Evelyne Sullerot

HISTORIA Y SOCIOLOGÍA DEL TRABAJO FEMENINO

Traducción de Melitón Bustamante

ediciones península®

La edición original francesa fue publicada por Éditions Gonthier, de París con el título *Histoire et sociologie du travail féminin.*
© Éditions Gonthier, 1968.

Cubierta de Jordi Fornas.

Primera edición: abril de 1970.
Segunda edición: noviembre de 1988.
Derechos exclusivos de esta edición (incluidos la traducción y el diseño de la cubierta): Edicions 62 s|a., Provença 278, 08008-Barcelona.

Impreso en Hurope s/a., Recared 2, 08005-Barcelona.
Depósito legal: B. 36.724-1988.
ISBN: 84-297-0641-0.

A Claire Préaux, profesora de la Universidad Libre de Bruselas, miembro de la Academia Real de Bélgica, que me ha honrado con la confianza y la amistad de pedirme que dictara en la misma Universidad el curso que ha originado este libro, en testimonio de respetuosa amistad.

Introducción

Este libro está dedicado a todas aquellas y a todos aquellos que profesan, respecto al trabajo de la mujer, opiniones bien determinadas y absolutas, que lo deploran como un rasgo espantoso de la época moderna que nos aleja de una edad de oro pretérita que no hubiera conocido semejante aberración o que hacen de esas opiniones la panacea y el único camino que se ofrece ante la mujer, sin vislumbrar las dificultades. Este libro se dirige más especialmente a aquellos a quienes se oye proferir, no sólo en los salones sino también en las innumerables reuniones de mujeres, de hombres, o de mujeres y de hombres conjuntamente, la pequeña frase siguiente: «Ahora que la mujer trabaja...»

Siempre causa sorpresa el observar ante cualquiera que nos escuche, que en Francia, por ejemplo, pese a que la población haya aumentado sensiblemente en unos diez millones de almas desde 1920, se cuentan, unos cuarenta años más tarde, dos millones de mujeres *de menos* en la población activa: disminución en cifras absolutas, y más aún en porcentaje, de las mujeres activas. Esta comprobación irrefutable hace poner el grito en el cielo: «¡Eso es imposible!»; y a colación el que se da por aludido no cesa de citar a su madre, sus tías, sus primas, hermanas, sobrinas e hijas. Es tanto como olvidar que en la mayoría de los casos dichos razonamientos aproximativos se hacen en un medio burgués, y que la afirmación «ahora que la mujer trabaja» sólo concierne a una cierta categoría de mujeres que, cuando menos así se las consideraba, encarnaban ellas solas la feminidad. «¡La mujer es la belleza, la gracia, ella no puede ni debe matarse trabajando!», me decía al cabo de un hermoso arrebato un caballero del mejor mundo y de opiniones más o menos avanzadas cuya esposa, encantadora y ociosa, en efecto, se levantó tranquilamente para agregar: «Mi marido se olvidó de decirle que desde su niñez y aún ahora, son unas mujeres —no su madre ni su esposa, sino unos seres del sexo femenino— quienes le han lavado su ropa sucia, vaciado sus basuras,

fregado los parquets sobre los cuales posa sus pies, son mujeres las que le han escrito sus cartas, marcado el número de teléfono, expedido sus paquetes en correos, vendido o empaquetado muchas de sus compras, preparado y servido su comida. Pero esas, sin duda, son mujeres sin ser la mujer.»

Hoy día todo burgués debe preocuparse por preparar, más o menos bien, a la mujer, es decir, su propia hija, para una profesión eventual, mientras que antes de la II Guerra se hubiera preocupado más que nada en casarla. Y la mayoría oyen los ecos del gran debate de las esposas a quienes el ocio pesa y que se sienten desvalorizadas en relación con sus semejantes que trabajan. Porque es posible trabajar y pertenecer a un cierto medio, mientras que hace una y sobre todo dos generaciones, la mujer que trabajaba quedaba alejada de toda una sociedad, de sus ritos y de los beneficios de su consagración.

Cierto que, en muchos países, en los Estados Unidos y el Canadá, pongamos por caso, el número de mujeres que trabajan es mucho más considerable hoy que en la época de los años 20. Pero otros, muchos otros países, ofrecen un cuadro inverso: Francia, Austria y todos los países profundamente rurales de Europa Central y Oriental, incluso los que ahora son comunistas y donde el trabajo de la mujer se ha generalizado, y Grecia, España, incluso Italia, ocupan menos mujeres y sobre todo menos tiempo en sus trabajos remunerados de hoy, que antaño el trabajo de la tierra, de los campos, de la hacienda ocuparan, teniéndolas esclavizadas desde los 15 a los 75 años de edad, sin fiestas y sin vacaciones pagadas.

El gran cambio al cual debemos tantos aforismos simplistas e inexactitudes proclamadas, estriba en la destrucción de la imagen absoluta de la burguesa ociosa, dueña y ama de casa, extraña a la lucha por la vida y símbolo harto abusivo de *la condición femenina.*

Es igualmente la diversificación de las profesiones abordadas por las mujeres: ser sirvienta no parecía un «trabajo», ser química parece ser uno que se vincula con ciertas normas masculinas.

El problema del trabajo de la mujer no existe en la opinión pública más que en la medida en que ese trabajo se plantea en unas formas y unas condiciones que se acercan a las de los hombres. Sin duda que es menos penoso ser química que sirvienta en el campo, pero ello aparece menos

«femenino» en la medida en que dicho oficio se compara más fácilmente con el destino del hombre. Así tenemos que una de las épocas en la que más inquietud se sintió por el trabajo de la mujer fue ese siglo XIX que vio a las obreras que trabajaban en sus casas irse una tras otra a las fábricas y las manufacturas. El ver a una mujer trabajando en la fábrica era un espectáculo «desolador» y la palabra «obrera» según Michelet, era una palabra «impía». Sin embargo veremos que si las mujeres ingresaban en las fábricas, era porque en ellas ganaban un poco más, por menos horas de trabajo, que trabajando en sus casas con telares arcaicos. Pero las que seguían trabajando «en casa» no despertaban la misma compasión indignada. La opinión se conmueve ante el trabajo de las mujeres a condición que ciertas normas se hallen afectadas, normas que según los tiempos y las épocas, delimitan cuidadosamente la división entre hombres y mujeres en las tareas y en los modos de vida.

Y de ello resulta que la historia del trabajo femenino sea muy distinta de la historia del trabajo masculino, aun cuando la primera se inserta en un desarrollo que le impone importantes evoluciones similares. Las mujeres como los hombres conocieron sucesivamente la esclavitud, la servidumbre, la artesanía, el nacimiento de la burguesía mercantil y manufacturera, la industrialización, las luchas obreras por la mejora de las condiciones laborales, de horarios, salariales, etc... Las mujeres, como los hombres, han conocido la sucesión de las herramientas, desde la azada al tractor, desde la rueca a las máquinas hiladoras eléctricas, y la diversificación de las tareas, consecuencia de la diversificación de los materiales elaborados y de las técnicas. Mujeres y hombres han vivido el taylorismo o los métodos socialistas de planificación.

Ahora bien, ni la historia social de los trabajadores ni la historia de las técnicas y de las herramientas, ni la historia de los métodos de producción o de organización laboral pueden dar cuenta de las profundas diferencias que siempre existieron y siguen existiendo aún entre el trabajo de la mujer y el trabajo de los hombres.

¿No es estimulante para el espíritu el constatar que una de las cuestiones más conocidas por los filósofos y los historiadores, el trabajo humano, jamás ha sido estudiado en su conjunto desde el punto de vista femenino? Sin embargo, nun-

ca el sexo femenino vivió el trabajo en las mismas condiciones, en la misma relación que el hombre y jamás como ahora los análisis y las teorías de los especialistas del trabajo humano han sido totalmente aplicables a las mujeres.

Esta constatación hace que nos atrevamos a intentar la reflexión que este libro constituye. En un país como Francia, los agricultores representan el 18 % de la población activa (hombres y mujeres juntos). Se comprende fácilmente que se les dedique estudios, libros, coloquios, congresos, mociones, programas, movimientos y hasta una agitación. Sin embargo, el 34 % de los trabajadores franceses son mujeres y si añadimos el trabajo clandestino y el trabajo a tiempo parcial, tendremos, sin duda, por lo menos el 36 %: nos hallamos pues ante una categoría de trabajadores numéricamente dos veces más numerosa que los agricultores. Este número, de por sí, ¿no justifica un estudio particular, *puesto que es indudable que la situación de esos millones de mujeres se resiente y se resentirá durante mucho tiempo aún de una historia particular que nunca ha sido escrita?*

No pretendo ni por asomo hacer la obra exhaustiva y fundamental que, cabe esperarlo, algún día podrá escribirse gracias al concurso de los historiadores del trabajo y los historiadores de la mujer del mundo entero. Sólo quisiera presentar un ensayo, y por vez primera tratar de organizar a través de la reflexión la materia que mis lecturas y mis búsquedas me han permitido reunir. Compilación, sí, pero incompleta, desgraciadamente. Más bien se trata de una tentativa de explicaciones acompañando una exposición de hechos ora bien conocidos, ora menos conocidos si no ignorados. Es bastante decir que esta pequeña obra está hecha para ser discutida así por los historiadores y los sociólogos como por el gran público. La parte de mis indagaciones personales directas es mínima; se trata mayormente de una reflexión sobre una materia informativa ya existente pero jamás reunida. El espacio más extenso estará dedicado a los trabajos de los demás, y en este punto quiero saludar aquí a todos los autores que citaré detenidamente, tratando de hacer la síntesis de sus descubrimientos. Naturalmente ellos son los primeros de quienes espero las críticas.

Más que nadie, soy consciente de las lagunas de este libro. Son de dos clases: unas dimanan de la dificultad de acceso a ciertas fuentes extranjeras de información. Sin embar-

go, hubiese sido más perjudicial aún el atenerse a un contexto francés que conozco, cuando no existe ninguna historia del trabajo femenino y que el objetivo de mi reflexión era la puesta al día de los aspectos específicos del trabajo de las mujeres en general. (Pienso muy especialmente en los países socialistas respecto a los cuales a veces me han faltado unos estudios accesibles.)

Las demás lagunas provienen de la pobreza de las fuentes en sí. La situación se presenta más o menos como sigue: una inmensa suma de obras filosóficas tratan del trabajo humano. Ningún autor alude al análisis femenino del problema. Se habla, en efecto, desde Marx, de la explotación específica de la mujer. Pero en nada se habla de la relación de la mujer con su trabajo. Los filósofos creen, sin embargo, dedicarse todos ellos a unos análisis universales. Todos sus razonamientos se basan sobre una cierta idea del trabajo que identifica el trabajador al hombre. Los ejemplos escogidos son todos masculinos, de una generalidad de parábolas. Si no hubiese tenido que realizar este estudio, quizá nunca me hubiera percatado de ello. Los filósofos suelen generalizar partiendo de un particular masculino. No es que excluyan a la mujer, sino que sencillamente no se acuerdan de ella cuando estudian las relaciones del hombre con el trabajo.

En cuanto a las fuentes históricas se refiere, la situación presenta menos lagunas. Como quiera que los historiadores se dedican a reconstruir después de haberla descifrado, una realidad pretérita, los que se han inclinado sobre el trabajo humano no han podido ignorar los documentos relativos al trabajo femenino y los citan más o menos abundantemente según los autores. Pero esos documentos son raros porque las mujeres han sido, sobre todo las trabajadoras, los personajes segundos de la historia y, al no ostentar el poder, han dejado pocas huellas de sus penas. Tanto más por cuanto a menudo carecían más cruelmente de la instrucción que los hombres, y los cronistas hubiesen creído perder el tiempo al hablar de la manera con que las mujeres hacían el pan o la tela. Los documentos más interesantes son casi siempre unos documentos de archivo relativos a la organización del trabajo. Sin embargo, algunos autores famosos —de voluminosas historias del trabajo o de los trabajadores— los pasan totalmente por alto, lo cual no deja de ser sorprendente.

La mayoría de los historiadores hablan, aquí y allá, bien

de la presencia de las mujeres en tal o cual profesión, bien de la existencia de unas profesiones exclusivamente femeninas, y citan sus fuentes. Pero nunca, salvo dos pequeñas monografías de unas cuantas páginas consagradas al empleo de las mujeres en tal o cual época bien definida, nunca, repetimos, esas comprobaciones desembocan en una profunda reflexión sobre la integración de las mujeres en la sociedad laboriosa de la época considerada. Presentes aquí y allá en uno u otro párrafo, las trabajadoras no acceden nunca al honor de figurar, por numerosas que fueren, en las conclusiones, las cuales se extraen siempre del examen del único trabajo masculino. Las mujeres no son más que unas figurantes desparramadas, treinta líneas aquí, dos páginas allí, un cuarto de página en otro lugar. Sólo las historiadoras y los historiadores del feminismo compilarán, a partir de finales del siglo XIX, algunas de aquellas briznas: pues se han preocupado mayormente de reivindicar que de analizar y hacen más bien obra de denunciadores que de observadores.

Los sociólogos que en la actualidad se preocupan por el estudio del trabajo humano nos ofrecen una materia mucho más extensa. Pero también aquí cabe hacer una observación similar, pues un gran número de ellos presentan admirablemente la problemática del trabajo femenino, mientras que los grandes teóricos la ignoran o fingen ignorarla. Interrogados, contestan que trabajador o trabajadora son sinónimos, que lo que se estudia es la evolución general del trabajo o la relación del hombre con su trabajo. Incluso si las expresiones son sinónimas, muy bien se soportaría un pleonasmo de vez en cuando, pero que la trabajadora esté presente. El verse siempre excluidas de la elaboración de las teorías generales sobre el trabajo, hizo de «las mujeres trabajadoras» un tema marginal que para muchos y en la mayoría de los países no se les antoja como un tema «noble» con el cual se ocupa un rango en la sociología del trabajo. Sin embargo, cualquier estudio serio lleva a constatar que las mujeres no responden nunca perfectamente al esquema de una teoría que se preciaba de ser global. Dicha situación no ha perjudicado, gracias a la conciencia de numerosos investigadores, a la seriedad de las encuestas que se han multiplicado. Ha perjudicado, sin duda, al valor de los estudios teóricos, por cuanto aún seguimos esperando al teórico del trabajo que realice la síntesis de todo esto. Abundan, particularmente en los Estados Unidos, excelentes monografías y a menudo se citan en

este trabajo unos estudios de los que solamente podremos rozar la riqueza en éste nuestro somero análisis.

A veces, es preciso buscar las informaciones relativas a las mujeres de un modo casi cómico: por ejemplo, en demografía, con harta frecuencia, la proporción comparada de hombres y de mujeres en una población se denomina buenamente «índice de masculinidad» y, cuando menos en las obras francesas, es el único que se cita. Si uno desea conocer el índice de feminidad, tiene que apañárselas para calcularlo como si nadie lo necesitara ni jamás se hubiese preocupado por él. En Alemania, esas informaciones demográficas y todas las informaciones estadísticas relativas a la actividad femenina no llegan a ser completas más que a partir de 1960.

En psicología social son numerosos los trabajos, hasta el extremo de que uno se siente ahogado dentro de una tal abundancia. El arranque entre los verdaderos estudios científicos y las innumerables encuestas o sondeos de opinión más o menos fantasiosos resulta a veces difícil de sentar. Por añadidura, aquí la dicotomía es la regla y puede llevar a los errores de apreciación, pues si se estudia siempre separadamente, para compararlos, a los hombres y las mujeres, haciendo del sexo la categoría primordial y privilegiada, desatendiendo o atenuando las categorías de trabajadores, los orígenes sociales o étnicos, se llega a veces a crear una impresión de disimilitud más importante que la que se obtendría si se utilizasen al mismo tiempo otras divisiones. Así ocurre, por ejemplo, en los Estados Unidos con las observaciones llevadas a cabo en relación con las poblaciones blancas y negras. La mayoría de los estudios realizados al respecto separan las dos poblaciones, y todo conduce a reforzar la comparación, siendo las diferencias los temas mismos del estudio. Cuando se estudia la división racial, pero según las capas de rentas progresivas, uno se da cuenta de que las diferencias observadas son más fuertes entre dos capas de rentas bien distintas que entre blancos o negros pertenecientes a la misma capa de renta. Igual suele ocurrir muy a menudo con los estudios de psicosociología realizados respecto al trabajo femenino. Los estudios serios suelen rodearse de un máximo de comprobaciones y cruzamientos de toda especie. Otros, emprendidos con más ligereza, tienden inconscientemente a probar algo y se detienen largamente sobre los aspectos específicos de cada sexo.

Junto a dichas fuentes, de espíritu o de aspecto científico,

¿acaso podemos desatender la enorme ola de defensas, de acusaciones, de denuncias, de reportajes de toda tendencia que la prensa acarrea? No se trata tanto de informaciones como de tomas de posición o de piezas probatorias para un *dossier*. Esto prueba que el problema está sujeto a apasionadas controversias. Al leer seguidamente centenares de recortes periodísticos consagrados al problema del trabajo femenino, pudiéramos llegar a la convicción de que las mujeres pueden forjar su destino y escoger entre trabajar o no trabajar, elegir entre dos concepciones de la condición femenina, entre dos tipos de vida. De ahí a concluir que las mujeres mandan en su propia suerte y gozan de una mayor libertad que los hombres, sólo media un paso. Resultaría muy peligroso el darlo. La impresión de libertad, de libre elección que innumerables artículos nos dan al respecto no es más que un espejismo. Pues unas determinaciones mucho más objetivas imperan sobre la condición de las mujeres, trabajen o no. Todas no pueden trabajar y todas no pueden dejar de trabajar. El objeto de este ensayo estriba precisamente en intentar desembrollar las influencias que provocan tal o cual situación de la mano de obra femenina, tal o cual estado de opinión respecto al trabajo de las mujeres.

La crítica de las fuentes a la cual acabamos de entregarnos es una manera como otra de pedir indulgencia, pues nada resulta más difícil que conservar alguna objetividad en un terreno tan mal desbrozado, tan minado de moralismo y de pasión. Sin embargo, es preciso intentar ese análisis, y la parte histórica es imprescindible, aunque sólo fuera para permitirnos —lo esperamos—, a algunas mujeres, volver a un juicio sano de las cosas.

Es bien seguro que se buscará lo que «preconiza» el autor, de qué lado se inclina, si se pronuncia en pro o en contra del trabajo femenino. Quizá sea bueno, para evitar ese tipo de diagnóstico apresurado, anunciar de buenas a primeras que el único exclusivismo que nos ha guiado hacia ese trabajo es un deseo —quizá apasionado— de esclarecimiento y de objetividad. Jamás las mujeres pudieron sustraerse al trabajo, jamás podrán escabullirse de él. Por consiguiente no es posible estar en pro o en contra sin absurdidad, sino tratar de dilucidar quién ha trabajado, en qué, por qué, quién trabaja y quién trabajaba, y el porqué y el cómo de esta *necesidad relativa* que es el trabajo de las mujeres. De camino, llegaremos a elaborar un cuadro bastante sombrío de los diversos

aspectos del trabajo femenino, a analizar y desentrañar las dificultades peculiares de las mujeres en el mundo del trabajo. Esas dificultades, esos aspectos penosos son suficientemente nítidos como para que el no buscarles remedio o una mejora pueda aparecer justamente como un escabullimiento. Así pues, con nuestras conclusiones se encontrarán diversas sugerencias que, a su manera, son unas tomas de posición. Pero aun cuando no se esté de acuerdo con esas sugerencias, no podrá negarse la complejidad de un problema que no data de ayer.

Si los historiadores han encontrado pocas huellas de la milenaria actividad femenina, es porque hasta el siglo XIX muy pocas preguntas se hacían al respecto. Sin duda, como veremos, porque las tareas realizadas por las mujeres han sido siempre asumidas a destiempo de lo que las épocas han ido valorando una tras otra.

Pues el trabajo no ha sido siempre un valor, y no basta para tomar rango en la historia de los trabajadores con realizar una actividad productiva o rentable, sino que aún es necesario que esa actividad sea reconocida y honrada.

¿Qué es lo que llaman trabajo? ¿Cuándo puede considerarse una ocupación o una actividad como «trabajo»? ¿Cuáles han sido las ideas y las posturas respecto al trabajo a lo largo de la historia? ¿Las ideas y posturas respecto al trabajo de las mujeres siguen siempre la misma evolución o divergen?

Primera parte

DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA NUESTROS DÍAS

HCS 58 . 2

I. Tres handicaps nunca superados en el curso de los siglos

¿Qué es el trabajo?

El trabajo es una actividad cuyo campo no es fácil determinar. Todos los análisis del trabajo que es posible encontrar en las obras de los filósofos arrancan del trabajo manual: si se interrogan sobre su propia naturaleza de filósofos-trabajadores, a todos se les antoja que nadie es capaz de negar que el herrero o el panadero son unos «trabajadores». En la mayoría de los idiomas modernos, la palabra «trabajadores» se aplica por lo demás y en primerísimo lugar a los manuales.

Así que el trabajo se define pues, someramente, como una actividad cuya finalidad es distinta y que no puede confundirse con la actividad en sí. El resultado del trabajo es el objeto o la cosa trabajada, no el estado del trabajador: el herrero no acciona su fragua para mantener sus bíceps sino para permitir la realización de una pieza de herrería. El resultado del trabajo del herrero es la cosa elaborada, no su estado muscular. Por consiguiente, el trabajo es ante todo una actividad de transformación. Cuando la cosa está transformada, la meta perseguida se halla lograda, pertenece al pasado, y el trabajador vuelve a empezar otra. Una actividad psíquica prepara y precede siempre al trabajo que, a su vez, es una actividad productiva. Cuando menos es en este aspecto que el trabajo, la idea del trabajo, se integra en la filosofía, desde el criticismo de Kant a los pragmáticos y a los marxistas. El hombre substituye a la Naturaleza, una Naturaleza trabajada, labrada. El trabajo manual sirve por tanto de arquetipo: el campesino y el obrero son los trabajadores por antonomasia, mientras que el monje contemplativo no es un trabajador.

Hasta la fecha nadie puede negar que esas definiciones se aplican perfectamente a las tareas femeninas tradicionales. La mujer transforma la lana de las ovejas en hilos, los hilos en tejido, el tejido en vestidos; transforma los granos que machaca en harina, la harina en galletas, etc... Sin em-

bargo, si todos los filósofos que he releído piensan en citar el ejemplo del panadero tan preciado por Jean Aicard, nadie piensa en tomar como prototipo del trabajador a la mujer que hace el pan o la comida.

¿Es porque el hombre no está considerado de hecho como un trabajador más que cuando suministra los productos de su actividad destinados a los demás y que extrae su sustento del intercambio de esos productos y del precio de su actividad? También hay mujeres que, desde milenios, han cocido y tejido para los demás o cultivado la tierra y criado el ganado, pero en la mayoría de los casos lo hacían para los habitantes de la casa donde vivían, que eran familiares o amos. ¿Acaso es ésta la razón por la cual todo el aspecto ético-social del trabajo se ha desarrollado como al margen de ellas? ¿Acaso no se empezaría a hablar de trabajo sino cuando hay un intercambio de servicios o de remuneración? Sin embargo nadie ha pensado jamás en considerar como no trabajador al campesino que cultiva sus tierras con su familia, tan querido por Catón. Los filósofos sólo observan que, según estén separados o confundidos el servicio y el provecho, el régimen de trabajo varía considerablemente. En el caso del labrador que lleva su hacienda con sus familiares y consume los frutos de su explotación, el trabajo no tiene otra finalidad que la de la utilización de los resultados. El autor del servicio es asimismo su beneficiario. La mujer ha permanecido mucho más tiempo que el hombre dentro de ese marco de actividad y en la mayoría de los casos sujeta a la autoridad del macho superior, esposo o amo, lo cual hacía que el beneficiario de su actividad no fuese tanto ella misma como una pequeña unidad en cuyo seno vivía pero en cuyo seno no gozaba de ninguna autonomía o libertad de acción.

La mujer marginal

Desde ahora ya podemos observar que la actividad de la mujer en el hogar ha ido acusando paulatinamente una *diferencia de régimen* cada vez mayor con el trabajo masculino, el cual evolucionaba, separándose cada vez más de los modelos de «producción - consumo» simples que la mujer perpetuaba. Esta distancia ha aumentado brutalmente en nuestros días porque la mujer que permanece en su hogar ya no pue-

de llamarse productora. Se ha transformado en utilizadora de productos manufacturados y, en cuanto a lo demás, está destinada a las labores de aseo. Lo que no hace tanto tiempo era trabajo (todas las que entre nosotras hemos sido madres de familia durante los años de miseria de la guerra o de la posguerra recuerdan muy bien los tiempos de su «productividad») se ha convertido en nuestros días más bien en una «ocupación» y la necesidad no aparece absoluta: hacer confituras ya no es rentable, y comprar confituras (o ropa) no tiene ninguna de las virtudes de la actividad productiva. Esta ambigüedad alimenta mucha amargura en muchas mujeres que permanecen en el hogar y son sensibles a la degradación de su papel.

«... Antaño, el hogar constituía una unidad económica, en él se hilaba la lana y el lino, en él se tejían los vestidos, se producía directamente de la naturaleza no sólo bajo la forma de comidas sino también bajo la forma de confituras, conservas, salazones, etc. La casa era asimismo el centro de formación y de educación de los hijos. La mujer no era marginal ni mucho menos. En nuestros días, se manda a los hijos al colegio, el marido trabaja fuera, y si aún acontece que la mujer tricote o haga conservas, ya no es más que el simple residuo de un hábito antiguo. El hogar perdió buena parte de su cometido educador y casi la totalidad de su papel productor. Los bienes que antaño se producían directamente: vestidos, cerveza, candelas, etc..., se obtienen ahora indirectamente a través del marido y de su salario. La mujer en el hogar, de productora que era se ha vuelto consumidora. De manera que ya no se trata, ni tan siquiera para ella, al buscar trabajo, de incrementar su papel, sino sencillamente de evitar el devenir totalmente marginal.» [1]

Así pues se impuso el lenguaje que utilizamos: la «mujer que trabaja» es aquella que realiza una actividad remunerada y en la mayoría de los casos fuera de su casa. La otra ya no se considera como una trabajadora y realmente ya no lo es. Por otra parte, cada día se ve menos considerada y de ello resulta un malestar difícil de disipar. No es cociendo su pan o confeccionando una misma sus cortinas por nostalgia del pasado que una puede volverse menos «marginal».

1. Robert GUBBELS, *La Citoyenneté économique de la femme*, Oficina belga para el incremento de la producción, 1965, p. 11.

No hay edad de oro pretérita

Ahora bien, un análisis parecido sería totalmente erróneo en la medida en que diera a entender que antaño, un antaño mítico, la mujer productora bien insertada en una economía armonizada con su régimen de actividad y sus fines familiares, era una trabajadora estimada. Más vale tomar las cosas como son ahora mismo, por cuanto jamás fue así. Y decimos jamás, salvo en los textos edificantes de los libros de lectura de la segunda mitad del siglo XIX, y veremos por qué.

Indispensable, sí, la mujer lo fue desde siempre y sin duda mucho más en las épocas en que la producción le incumbía bastante más que al hombre, ocupado por la guerra. Pero socialmente honrada como productora, jamás.

Jamás, en ninguna época, el trabajo exclusivamente reservado a las mujeres, respecto al cual veremos más adelante que era a veces muy penoso (machacadoras de mineral en las minas de la Antigüedad o esclavas girando los molinos) o que exigía una gran pericia (tejedoras de oro y de seda en el Medioevo), nunca esos trabajos reservados a las mujeres les valieron consideración alguna dentro de la sociedad. En todas las épocas vemos a las mujeres substraerse al reconocimiento de la sociedad por su actividad y sobre todo escapar a la construcción misma de dicha sociedad. Ellas trabajan época tras época, se fatigan, producen, pero nunca reciben una verdadera consagración social por sus actividades. Su trabajo no les confiere ni derecho de ciudad, ni riquezas —sino todo lo contrario— ni sobre todo independencia. Además, cuantas veces las ideas respecto al trabajo evolucionan y ciertas actividades llegan a ser admiradas y honradas, parece como si las mujeres se hubiesen quedado en el apeadero. Ellas trabajan mucho en las épocas en que el trabajo no es un valor y cada vez menos en las épocas en que el trabajo abre las puertas de la existencia social, hasta el extremo de que la primera definición de un hombre es la respuesta a la pregunta: «*¿Qué hace?*»

¿Por qué las mujeres llevan siempre un pequeño retraso respecto de la historia social? Los motivos son sin duda innumerables. Sin embargo, me gustaría aislar tres de esas fuentes de subestimación continua del trabajo femenino. Me parecen importantes en la medida en que, con fortunas diversas, han influido en todas las épocas, incluida la nuestra, y sobre todas las actividades realizadas por las mujeres.

1. *EL ARGUMENTO DE LA NATURALEZA*

Un orden sistemático

Una tras otra, las civilizaciones han sido pródigas en definiciones de la «naturaleza» femenina. En la mayoría de los casos esa «naturaleza» se describe a partir de la norma masculina. En nuestras civilizaciones patriarcales, el sentar aquellas distinciones aseguraba al hombre unas exclusividades que el otro sexo no hubiese podido disputarle sin «violar el orden». Ese «orden» que dictaba los papeles y las tareas de uno y otra, así como la forma de sus vestimentas respectivas y de sus conductas parasexuales, era en gran parte un orden social sin una justificación fisiológica constante e innegable. Pero era dictado y sentido como el orden mismo de la Naturaleza. Y no era —siempre lo sigue siendo— sino más sagrado e intangible aún. Conforme las leyes de la Naturaleza, la mujer alumbra a los hijos, amamanta al más pequeño, es menos fuerte muscularmente que el hombre. Éste, además de resistir mejor ciertos tipos de fatiga, no está desaventajado por los embarazos durante su existencia.

De estas sencillas constataciones han de resultar unas divisiones, unas tareas que, estudiadas de cerca, aparecen en la mayoría de los casos como enteramente arbitrarias y absolutamente infundadas sobre la fisiología. La mujer amamanta a su niño: ¿es a partir de este hecho que ella sola deberá ocuparse, en regiones enteras de África, de los cultivos alimenticios que el hombre no sabría tocar sin degradarse? Este ejemplo podríamos multiplicarlo al infinito. Esas distinciones y divisiones son vividas y defendidas sin embargo como si las hubiese dictado la Naturaleza.

La imposibilidad de las impugnaciones, de las refutaciones y experiencias inversas por las mujeres que vivían ese orden en parte protegidas, en parte dominadas, permitió el reforzamiento de unos condicionamientos milenarios respecto a los cuales ya no sabemos muy bien en el día de hoy dónde empiezan y dónde acaban.

La palabra «orden» que hemos escogido expresa perfectamente a un tiempo el deseo de habilitación sistematizada y la imposibilidad de romper ese ordenamiento sin sembrar el escándalo. En efecto, se acompaña de todas las sanciones morales y sociales que contribuyen a mantener un orden. Su fuente profunda es sin duda el miedo a cualquier confusión.

El miedo a la indiferenciación

Lo diferente asusta al hombre, ciertamente, pero sin duda menos que la impugnación de las diferencias. Esto puede observarse muy bien, por ejemplo, en la mentalidad racista: las justificaciones segregacionistas se hallan a menudo en la base de los argumentos de naturaleza. Los nazis intentaban justificar el odio hacia la «judería» con la búsqueda de ciertas características físicas. Los segregacionistas cristianos argumentan que Dios hizo a los blancos y los negros diferentes para que sigan siendo diferentes y separados por sus diferencias. El saberlos diferentes es la fuente de un miedo latente, pero ese miedo se vuelve pánico cuando se impugna esa diferencia entre sí y se adelanta la idea de que todos los hombres, blancos o negros, son potencialmente semejantes. El miedo a la indiferenciación es más fuerte aún que el miedo a lo diferente. La actividad mental de toda sociedad primitiva estriba en primer lugar en sentar las distinciones, clasificaciones, la fijación de las diferencias y en las búsquedas, más o menos mágicas, de las fuentes de tales diferencias, generalmente para justificarlas y reforzarlas.

El hecho de minimizar las características secundarias, las diferencias, los rasgos específicos, de concebir a cada ser como un potencial similar, amplía a buen seguro el campo mental, pero también constituye en cierto sentido, una amenaza de autodestrucción. El blanco se siente menos blanco, el negro menos negro, el francés o el inglés menos francés o inglés, el hombre menos hombre, la mujer menos mujer. Si su personalidad se limita a un modo de vivir, sus características de blanco frente a los negros, de negro frente a los blancos, de inglés o de francés frente a los súbditos de otras naciones, de hombre opuesto a la mujer, de mujer opuesta al hombre, el miedo al vacío impera. Las recias personalidades pueden soportar ese ejercicio mental, pero no son muchas. La mayoría de los seres humanos esperan sus propias definiciones de sus semejantes y desarrollan su vida interior como un pequeño cañamazo sobre el cuadro que así se les ofrece. Esto les da toda una gama de situaciones y de papeles ya prestos y la honestidad se limita a menudo a respetar esas costumbres en lugar de impugnarlas.

Los hechos sexuales, más que otros tabúes, se hallan construidos totalmente sobre las ideas simples de lo diferente y sus corolarios. Si A y B son diferentes, son opuestos

o complementarios, por cuanto la pareja AB es una entidad.

Lo que resulta legítimo en el campo de la sexualidad se vuelve más artificial una vez transpuesto en otros dominios como por ejemplo, el del trabajo. Pero no hay que olvidar que las sociedades antiguas, de las cuales las nuestras salieron, estaban mucho más «sexualizadas» que las nuestras. La dicotomía hombres-mujeres se introducía por doquier: ella regulaba el vestir, el lenguaje, las tareas, los cometidos sociales.

Una multiplicidad de conformismos diferentes

Es interesante observar que esos signos artificiales de pertenencia a un sexo como son, por ejemplo, la vestimenta o las tareas, no son iguales en cada sociedad.

El pantalón, desde la Antigüedad, le estuvo prohibido a la mujer en Occidente y los casos de infracción formarían una historia curiosa y pintoresca. A menudo han sido juzgados muy severamente. Napoleón prohibió por lo demás el llevar pantalones a las mujeres por una ordenanza que aún no ha sido abrogada. Al mismo tiempo, en Extremo Oriente, el pantalón era el vestido femenino, sin escándalo de ninguna clase, y las primeras *affranchies* de aquellos países intentaron adoptar la falda occidental en señal de rebelión en el preciso momento en que sus hermanas de Occidente se ponían pantalones sin reparar en las tempestades que aquello podía desencadenar.

Aquí, la mujer debe dedicarse a la agricultura, pero cuidará del ganado. En otra parte, será al revés. Tratándose de los cometidos femeninos y masculinos, no hay ninguna conformidad de especie dentro de la especie humana, como pudiéramos hallar algunos ejemplos entre los animales donde todos los machos o todas las hembras de tal o cual especie tuvieron, tienen y tendrán los mismos comportamientos prenupciales y los mismos comportamientos y divisiones de cometidos después del nacimiento de los pequeños. Entre los hombres, el conformismo ya no es más que un conformismo de sociedades mantenido por la costumbre, las leyes y la economía. Los viajes, el estudio de la etnología, las comunicaciones cada vez más rápidas, todo contribuye a volver a poner hoy en tela de juicio los más artificiales de esos papeles pretendidamente sexuales.

Obligadas constantemente a elaborar nuevas definiciones cada vez más alejadas de posibles justificaciones naturales, nuestras sociedades no dejan sin embargo de hallar pruebas según las cuales este oficio es masculino y el otro femenino, incluso cuando el estudio de las fisiologías comparadas de los dos sexos ya nada tiene que ver en eso. De la misma manera que sería muy dificultoso decir por qué los hombres se abotonan sus americanas hacia la derecha mientras que las mujeres abotonan las suyas hacia la izquierda (lo cual crea las naturales complicaciones a la industria del vestido que no obstante no logra cambiar esa costumbre), podemos preguntarnos también por qué es tan femenino escribir a máquina para formar unas letras y es tan poco femenino el darle a una máquina tipográfica para formar también unas letras...

¿Es imposible una sociedad natural?

La constante redistribución de las tareas provoca unas profundas perturbaciones, pues hasta la fecha, en la historia humana, no ha existido ninguna sociedad sin signos artificiales distintos entre hombres y mujeres, trátese de la vestimenta, de los cometidos o de las tareas. La falta de referencias a una tal sociedad que jamás existió pese a que la sintamos confusamente posible, explica en gran parte nuestra angustia. ¿Por qué todas las sociedades conocieron y conocen unas divisiones de tareas quizá arbitrarias, que hay que reexaminar, pero reales, vividas? ¿Por qué no se ha visto nunca una sociedad en que las diferencias entre los sexos se limitasen al estricto terreno sexual y amoroso?

Puesto que eso jamás existió, será porque no puede existir —piensa confusamente la mayoría que no se formula problemas y admite el orden artificial de la división de los signos y de los papeles entre hombres y mujeres como un orden natural. Toda impugnación al respecto le resulta penosa y angustiosa, lo cual se refleja maravillosamente en esta pequeña frase, que quiere decir mucho: «¿A dónde vamos?» ¿A dónde llegaremos si las muchachas y los muchachos se visten y se peinan —o se despeinan— de la misma manera? ¿A dónde vamos a llegar si las mujeres se ocupan de la política y los hombres de la moda? El hecho de que ciertos hombres sientan más afición o gusto que ciertas mujeres por la moda y

que algunas mujeres tengan más gusto por la política que algunos hombres no importa para esa reacción primaria. Pues ésta expresa muy bien la petición de un orden y la angustia de un mundo sin ejemplo en el cual uno ya no sabría orientarse. El individuo se impondría sobre la pertenencia al grupo. «¿A dónde llegaríamos?»

En efecto, no sabemos hasta dónde llegaríamos, pero en cambio sabemos muy bien de dónde venimos. Y no deja de ser instructivo buscar las justificaciones, mediante el argumento natural, no sólo de las tareas femeninas sino a la vez del descrédito en el que esas tareas han sido mantenidas en la mayoría de los casos. Llamamos descrédito al no reconocimiento de esos trabajos mediante los honores, los salarios, los títulos que, durante los mismos períodos históricos, reconpensaban unas tareas masculinas que no eran más útiles a la vida humana o social. No consideramos la literatura sentimental, nacida a finales del siglo XVIII como glorificadora de las tareas (aburridas y fáciles) de la mujer, como una verdadera consideración. Sólo se empezó a ensalzar al ama de casa cuando precisamente quiso hacer otra cosa, al igual que nunca se cantó tanto el retorno a la tierra como cuando los campesinos la abandonaban en masa porque ya no podía hacerlos vivir según las normas de los demás.

Confusión entre funciones impuestas y Naturaleza

El primer grave descrédito recayó sobre la mujer en la Antigüedad. Por entonces era una productora. Todo el vestido y la casi totalidad de la alimentación, la producción y la confección, descansaban en su labor. Desgraciadamente, en aquella época —primer contratiempo serio— el trabajo y sobre todo la producción no se estiman en mucho. La palabra griega que designa con más frecuencia el trabajo es esa misma que está en el origen de nuestra palabra «pena» y del «pain» inglés... Platón distingue entonces el «conocer», el «hacer» y el «obrar». El «hacer», poético y artesano, era el menos considerado. El acto de producir se le antoja a Platón inferior al acto de gozar. Pero la mujer es productora. Produce hijos, y vestidos y comida. ¿Por qué? *Porque está en su naturaleza, es su función natural.* Ha sido creada para hacer hijos y leche para esos hijos, y, por consiguiente, todo

lo demás. Lo demás, en aquel entonces, no era cualquier cosa. ¿Con qué se iban a vestir los filósofos, que tanto discurren sobre el ágora y «gozan» con delectación, si las mujeres no hilaran, no tejieran, no tiñeran? Platón dice tranquilamente: «¡Si la Naturaleza no hubiese querido mujeres y esclavos, habría dado a las lanzaderas la facultad de hilar solas!» ¡Percibimos el tipo de argumento ontológico! La mujer está definida por sus funciones, y sus funciones sociales se definen como naturales.» En aquella época era así, pero más tarde la lucha será apasionada para despojar a las mujeres de sus funciones llamadas naturales: y así tenemos que las mujeres ya no podrán ser tejedoras a partir del siglo XIV, etcétera...

Razones para despreciar la actividad femenina

Sin embargo, el argumento natural es poderoso en sus efectos y es debido a que son la expresión de su naturaleza por lo que sus tareas no pueden conferirle la menor consideración. El trabajo manual aparece por lo demás en aquella época como una actividad extraña a la pura esencia del hombre, y es una necesidad que está por debajo del hombre. Aristóteles despreciaba el trabajo manual que suprime los ocios necesarios a la vida teórica y a la vida política. También despreciaba a aquellos y aquellas que realizaban ese trabajo, «porque se semejan a esas cosas desanimadas que actúan sin saber lo que hacen, como el fuego arde sin saber lo que quema. Las cosas desanimadas cumplen con sus funciones en virtud de su propia naturaleza». Los esclavos, y las mujeres, pues muchas de ellas son esclavas o realizan la labor generalmente reservada al esclavo cuando el amo no puede costearlo, es decir, la producción de la casi totalidad de la comida y de la vestimenta, las mujeres toman ahí su primer handicap que ya no sabrán superar. Su actividad, al ser explicada por su naturaleza, no es ya una actividad libre, sino una función. No se les tiene más consideración que la que se pueda tener por un árbol que produce frutas. Se tiene apego al árbol, se le mantiene en buen estado, pero nunca se le imputan a él mismo sus éxitos. La actividad de las mujeres en la Antigüedad no aparece ya como la expresión de un libre albedrío, de una habilidad inteligente susceptible de mejora. Veremos cómo Aristófanes

se mofará de ellas a causa de la repetición de sus trabajos.

En compañía de los esclavos, parecen realizar espontáneamente lo que emancipa al hombre libre de la dura tarea de la transformación de la Naturaleza y le permite consagrarse a las nobles actividades del espíritu. Entonces, se piensa que todo trabajo manual corrompe, por cuanto mezcla el alma y la materia. Las mujeres están, por naturaleza, corrompidas por cuanto nacieron para producir materia. Por cuanto están abocadas a la materia, se las descartará de todo cuanto se considere noble, principalmente el arte, la política y la filosofía.

Esa idea se propagó a través de los siglos, perdurando, y la volvemos a encontrar en cada época. Durante la Revolución Francesa, es cierto que la hallamos nutrida de una imitación de los antiguos, pero de todos modos, fuente de nuestro mundo moderno, Robespierre prohibirá toda actividad política a las mujeres —prohibición de formar clubs femeninos y prohibición de asistir a las asambleas políticas celebradas por los hombres— utilizando unos mismos argumentos, por cuanto la exposición de las motivaciones de la ley sentando dichas prohibiciones insiste especialmente sobre «la organización natural» propia de las mujeres, y que «las vuelve incapaces» para las funciones nobles de la política. De la misma manera volvemos a reencontrar muy viva esa idea en muchas declaraciones respecto a la cocina, el fregar los platos o el remiendo de la ropa, «actividades femeninas naturales».

2. *LO DE DENTRO Y LO DE FUERA*

Los herreros afeminados

La división del trabajo entre las mujeres por una parte —libres o esclavas— y los hombres por otra, introduce, ya en Egipto, una segunda y gran razón de su no inserción en la ciudad a través de su trabajo, que se ha mantenido a lo largo de los siglos hasta nuestros días. Los esclavos masculinos trabajaban fuera mientras que las esclavas y las mujeres de hombres libres trabajaban en el interior. Jenofonte ha justificado penosamente ese estado de hecho con una voluntad divina, sacando a relucir también en este caso el

argumento natural. «Los dioses han creado a la mujer para las funciones de dentro, al hombre para todas las demás. Los dioses la han colocado en el interior porque soporta menos bien el frío, el calor y la guerra. Para las mujeres, es honesto el permanecer en casa y malhonesto el "arrastrarse" —observen el verbo peyorativo utilizado ya por entonces por el autor griego— fuera; para los hombres sería vergonzoso el "quedarse encerrado" —idéntica observación— en sus casas y no ocuparse de lo que ocurre fuera» (*Económicas*, VII). Menandro dirá más brevemente lo que se convertirá en una regla general: «Una mujer honrada debe quedarse en su casa; la calle es para las mujeres perdidas.» Bien se ve el origen sexual de esta división de los papeles. Pero acarrea una división de tareas importante, ya que todo lo que se hace de hermoso, de bueno, de grande, la vida del espíritu, de la ciudad, sólo podrá hacerse fuera. Este dualismo era tan poderoso que en las *Económicas* (IV, 2) Jenofonte pone en boca de Sócrates estas palabras sorprendentes:

«Las artes aplicadas son difamadas y con razón los Gobiernos hacen poco caso de ellas. Minan el cuerpo del que las ejerce al obligarle a quedarse en las casas y a veces incluso a permanecer junto a la lumbre. Sin embargo, cuando los cuerpos están afeminados, las almas pierden toda su energía.»

Resulta interesante detenerse un momento sobre la causalidad puesta aquí de relieve. Es un cierto modo de vida, en el interior, el que merma la energía, y ese modo de vida ha de ser el de la mujer. De manera que ésta no puede descondicionarse. Interior = mujer, por lo tanto en el interior nada puede hacerse de grande, o mujer = interior, y por consiguiente ninguna mujer puede hacer algo grande, etc... De todas formas, las cosas están ligadas indisolublemente y los valores de la sociedad griega, así como los de la egipcia o de la romana, se construirán «fuera». Herodoto, expresa igualmente su desprecio por toda persona que permanece en las casas y trabaja.

Dentro - debajo

Esa dicotomía no ha desaparecido. El exterior ya no querrá decir bajo nuestros climas, el ágora o el fórum sino únicamente el «fuera de casa». Este «fuera de casa», cam-

po plenamente abierto a la actividad más diversificada y por ende la más noble, le estará reservado al hombre, mientras que el «en casa» le será reservado a la mujer. El filósofo Alain ha escrito también un texto extravagante que concuerda perfectamente con la ingenua división de los papeles ideada por Sócrates y tan ventajosa para el hombre. En dos páginas, es posible encontrar tres veces la expresión «necesidad exterior», «la que nos obliga de llano» y escribe: «Para el hombre, el manejo de la necesidad exterior que cabe superar.» «Es *natural* que el carpintero de obra trabaje sobre el tejado y que la mujer esté debajo.»[2] Este ejemplo ingenuo de la casa es muy elocuente: el hombre está fuera, la mujer dentro, pero el hombre es carpintero sobre el tejado, y la mujer está «debajo». El ejemplo no hubiese tenido la misma significación si la mujer hubiese estado en la casa, y el hombre en el sótano instalando la caldera, por ejemplo. Entonces, se hubiese encontrado «debajo» y la dualidad «interior-exterior», «dentro-fuera» no hubiera tenido el mismo significado. Pues de hecho, la pareja «dentro-fuera» se traduce para Alain, como para la mayoría de los hombres, por la pareja «inferior-superior», incluso si es con una semiinconsciencia. La mujer está dentro-debajo. Este hermoso razonamiento de superficie, cuyas articulaciones profundas por lo demás nunca aparecen, lo conduce, una página más adelante, a pensar que la mujer, incluso instruida (todo esto se escribe en 1933 sin embargo) no puede convertirse en maestra más que de los niños pequeños y que debe dejar los adolescentes y los mayores para los profesores masculinos.

Un «dentro» ligeramente ampliado

No deja de ser cierto que a lo largo de los siglos la idea acerca del concepto «dentro» ha evolucionado. No obstante veremos cómo en el siglo XIX aún era lo bastante poderosa, cargada con todas sus implicaciones sexuales, como para llevar a esa creación enteramente original del trabajo femenino: los internados de obreras, verdaderas órdenes laicas de reclusas que sin embargo no habían pronunciado ningún voto, pero obligadas a ganarse la vida. Les estaba pro-

2. ALAIN, *Propos sur l'homme.*

hibido salir salvo si iban acompañadas de una monja y por una necesidad perentoria. Hace muy pocos años que en España podían encontrarse al unos talleres organizados conforme a unos métodos casi semejantes. La mujer, movida y obligada por la evolución de la economía a abandonar su hogar para irse a trabajar a la fábrica, hizo que la propia fábrica se transformase a su vez en un interior de lo más cerrado. El salir afuera sigue estando prohibido. Pero en nuestros días la idea de lo de «dentro» se ha ampliado. La mujer puede salir a trabajar fuera de su casa. Sin embargo permanecerá lo menos posible ausente de ella y sobre todo, la extensión de su campo de acción no puede compararse con la del hombre. Con motivo de la elaboración de uno de mis trabajos anteriores, fui a consultar a los Jóvenes Patronos.*

Les pregunté fundamentalmente cuáles podían ser las posibilidades y oportunidades que las mujeres más destacadas profesionalmente podrían tener para integrarse, en un próximo futuro, en el grupo de los tecnócratas, de los cuadros que «deciden», de los «ejecutivos», de la categoría número uno. La primera respuesta espontánea fue una exclamación reveladora: «Eso sería difícil porque, ya sabe usted, se precisará una movilidad cada vez mayor. Habrá que viajar cada vez más, tomar a cualquier momento el avión para Milán, Nueva York o Tokio. Para una mujer, eso es imposible.»

Y no porque así estaría expuesta al «calor y al frío» a los cuales los dioses, en su solicitud, según Sócrates, la habían sustraído. Pero parece imposible que su campo de acción geográfico personal pueda compararse con el de un hombre, sobre todo cuando con ello precisamente se trata de conquistar los puestos clave. Los peligros sexuales son sin duda equivalentes en la oficina, situada a cuatro estaciones de Metro, que en las peregrinaciones desde los aeropuertos hasta otras oficinas. Pero la apuesta no es la misma. La nueva dicotomía interior-exterior opera en nuestros días contra cualquier forma de vida que alejaría a la mujer de su hogar libremente.[3] Ha conquistado el derecho a trabajar fuera de su casa, pero sin ir muy lejos. Puede pastar fuera de su campo, pero el ronzal sigue estando ahí. Los puestos que

* Agrupación social de los jóvenes empresarios en Francia.

3. Salvo para las actrices, cantantes, bailarinas, cuyo oficio consiste en agradar a los hombres: ellas pueden viajar.

podrán serle confiados dependerán en sumo grado y en numerosos casos de esa falta de actitud a viajar lejos o a menudo que se le atribuye. La pareja dentro-fuera reencuentra su segunda significación de debajo-encima, tan pronto como de atribuir salarios y responsabilidades se trata.

Por el solo hecho de su trabajo, las mujeres jamás conquistaron el derecho de ciudadanía. Cuando cumplían solas unos trabajos que más tarde pasaron a manos de los hombres y que permitieron a éstos transformarse lentamente en trabajadores libres y en «burgueses» que hablaban recio ante los nobles que no producían ni trabajaban, los realizaban encerradas y aisladas en sus casas, con muy pocas posibilidades de presionar sobre la vida pública ni tampoco sobre las condiciones de trabajo. Ésta ha continuado siendo la debilidad más grande de las mujeres en el trabajo: haberse vuelto de espaldas al sindicalismo por varias razones que más adelante contemplaremos; pero también por hábito del aislamiento más que por individualismo, por miedo a la acción de masas que transcurre en la calle, por cuanto también ellas opinan en términos de dentro-fuera. La mejor mujer del mundo, la más generosa, la más decente, la más conforme al ideal de las virtudes femeninas no valdrá nada o muy poco a los ojos de sus vecinas si «anda siempre fuera de su casa» como dice la expresión popular.

El bien público, el bien de la ciudad, que se elabora fuera, la historia que se escribe fuera (¡incluso la historia del trabajo realizado dentro!) las encuentran ausentes o minoritarias. ¿Acaso es por falta de imaginación, de valentía, de arrojo, de generosidad? ¿Acaso sea el resultado lógico de ese largo e interminable condicionamiento que tan pesadamente ha influido sobre su suerte profesional, mientras que este destino profesional suyo desde un punto retirado repercutía sobre su estatuto?

3. *LA SOMBRA DE LA PROSTITUCIÓN*

El trabajo de la mujer, antecámara de la prostitución

Las implicaciones sexuales son ya evidentes dentro de esa división del trabajo fuera y dentro de casa entre el

hombre y la mujer. El hombre desea más que nada guardar máximamente a su mujer de las influencias exteriores y sobre todo de sus peligros. Y es que los peligros han sido en todos los tiempos, en el aspecto sexual, más grandes para la mujer indefensa. El que trabaja proclama así su vulnerabilidad económica a la vista de todo el mundo. Cuando esa vulnerabilidad económica se dobla con la debilidad tan extensamente atribuida a las mujeres, los peligros son mucho mayores aún, según la opinión de la sociedad.

En la Antigüedad y durante el Medioevo vemos considerados los talleres de las siervas y obreras indefensas como unas antecámaras de la prostitución. La esclava, la sierva, la sirvienta y más tarde la obrera están al servicio del amo desde la noche hasta la mañana como desde la mañana hasta la noche. Esto es una cosa reconocida. Veremos los esfuerzos de las corporaciones femeninas para alejar el espectro de la prostitución. Veremos a esas desgraciadas obreras agrícolas u obreras fabriles del siglo XIX casi obligadas a caer en la prostitución por la calculada insuficiencia de sus salarios considerados siempre como «segundos salarios». Cuando la mujer no está casada o ha sido abandonada ya casi no puede vivir sin caer en un engranaje de miseria y de sospechas de las cuales la Fantine de Victor Hugo sigue siendo la imagen de fábula, pero sin embargo verdadera. La segunda mitad del siglo XVIII vio aumentar considerablemente en toda Europa el número de niños abandonados. Al estudiar ese fenómeno, Camille Bloch escribe: «La cantera de las madres solteras eran las obreras y las sirvientas.»

No hay más remedio que reconocer que la historia del trabajo femenino se halla algo así como forrada de negro por la historia de la prostitución.

La prostitución, que se ofrece a tantas muchachas necesitadas como una solución de facilidad y más aún como una manera de poder comer saciando su hambre y que desde el origen de la humanidad ha hecho subsistir a millones de mujeres, no se ha opuesto al trabajo como una aberración, una desviación horrorosa y degradante. En efecto, habría sido posible ver en la organización viable del trabajo para las muchachas y las solteras cuando menos un remedio capaz de combatir la prostitución. Es lo que adelantarán, en el siglo XIX, las sansimonianas que consideraban que «la independencia

económica» de la mujer es la única «garantía de moralidad» capaz de acabar con la prostitución.

Pero, muy al contrario, *la prostitución ha sido el pretexto constante, el argumento invocado para no respetar el trabajo femenino que, según decían, conducía fatalmente a ella.* Se hubiese podido hacer del trabajo el perfecto antídoto de la prostitución. Pero entonces se le hubiese tenido que pagar a la mujer obrera tanto como al hombre, no aceptar nunca la confusión de los dos estados de obrera y de prostituta. Sin embargo, los ejemplos abundan en lo contrario. Los reyes normandos de Sicilia, tan respetados, vivían en Palermo como reyes muy cristianos. En los arrabales de su capital, tenían unas «villas» en las que mantenían unas especies de serrallos, a la turca, al amparo de unas «manufacturas de seda».

Podríamos citar hasta el infinito ejemplos similares, pero no haría más que invadir inútilmente el relato cronológico somero que creemos conveniente hacer.

Sin embargo, hay que tener presente ese vínculo constante que se formó desde el origen de las sociedades históricas entre el trabajo y la prostitución y comprender bien que, en el espíritu de los coetáneos, las causas y los efectos estaban muy embrollados, por no decir confusos. El trabajo de la mujer *parecía ser la causa de la prostitución,* por cuanto de todas maneras cualquier mujer que salía de su casa era potencialmente una «mujer perdida». Lo sexual siempre se ha mezclado íntimamente a lo económico cuando de las mujeres se trataba. Lo veremos aún más adelante cuando tendremos que desembrollar la complicada madeja de los oficios femeninos y masculinos.

Actualmente, muchos oficios les siguen estando prohibidos insidiosamente a las muchachas por causa de la promiscuidad sexual a la cual su actividad las arrastraría. Hasta tal extremo, que resulta harto difícil afirmar cuál de los dos peligros parece ser el más importante: la emancipación económica de la mujer que lleva a la independencia, o su libertad sexual. Casi siempre ambas proposiciones se confunden. En todo caso, es en nombre de los peligros de la libertad sexual que la libertad económica mediante el trabajo le ha sido regateada constantemente y en la mayoría de los casos negada.

La que alumbra a los hijos

Deseo recordar aquí el inconveniente, actualmente considerado como mayor, de los embarazos, que tienen una incidencia económica nefasta sobre la asiduidad en el trabajo o el rendimiento de la trabajadora y más aún, en nuestros días, sobre su biografía profesional.

En el pasado, poco importaban los embarazos. La mujer trabajaba hasta el último momento, reanudando tan pronto como daba a luz su tarea, y su hijo, si era esclava, era guardado como futuro esclavo. No es por culpa de este inconveniente que los oficios prestigiosos le quedaron vedados, así como tampoco las profesiones de un buen rendimiento o autoritarias. Pues hubo muchas reinas que tuvieron embarazos e hijos. Nunca se les echó en cara por cuanto el sistema estatal imponía que permaneciesen a la cabeza del estado y quienes las servían deseaban mantener y prolongar aquel sistema. No fue sino cuando las ideas democráticas empezaron a propagarse, en el siglo XVIII, que se reparó en que el inconveniente de los embarazos podía invocarse para negar a las mujeres el sufragio universal. Este argumento le hizo decir a Condorcet: «Afirmar que una mujer debe quedar excluida de las funciones públicas a causa de sus ligeras indisposiciones mensuales o de un posible embarazo es tanto como decir que también se apartará a todos los hombres que tienen la tendencia a resfriarse y a los que tienen la gota.»

El trabajo, considerado en cierta medida para la mujer como una función natural, como una prolongación de su fisiología; el trabajo realizado en casa y a ser posible en la casa del padre o del esposo; o la amenaza de ser sospechosa de prostitución o de verse arrastrada a la prostitución por su actividad: tales son los tres rasgos específicos de la actividad femenina que han creado para las mujeres un handicap, hasta el extremo de hacerles perder todos los benéficos virajes de la historia social del trabajo.

Las ideas respecto al trabajo a través de las épocas y las mujeres

Ya hemos visto que las mujeres eran trabajadoras manuales y productoras en la Antigüedad cuando el «hacer» y muy

especialmente el trabajo manual sedentario se despreciaban. Este divorcio sigue en pie durante el Medioevo. En aquella época, el trabajo no se considera como un valor: las mujeres trabajan tremendamente. Cabe afirmar que salvo las mujeres pertenecientes a la nobleza, todas las mujeres trabajan. Tienen la exclusiva de los oficios mecánicos que requieren una gran destreza, y con harta frecuencia son comerciantes. Sin embargo, santo Tomás, que con todo condena el ocio, clasifica el trabajo, al que estima muy poco, como sigue:

a) el agrícola;
b) las artes mecánicas;
c) el comercio.

Aun cuando el Medioevo fue probablemente la época más favorable para las mujeres en el aspecto del trabajo, al igual que en otros sectores, no dejamos de constatar empero que se sitúan mayormente entre las categorías que no gozaban de estima por parte de la población. De todos modos no están relegadas.

Siguen los Tiempos Modernos, el Renacimiento y la Reforma. El trabajo, despreciado por el Medioevo y sobre todo por la Iglesia, conoce entonces una importante transformación al convertirse en un valor humano de primer orden. Lutero va a cambiar revolucionariamente el concepto del trabajo. La palabra *Beruf* significa para él, a la vez, profesión y vocación. Calvino considera el trabajo como el servicio de Dios. Sin detenernos mucho en las teorías de Max Weber y de Ernst Troeltsch, que ven en el ascetismo protestantes las fuentes del capitalismo (¿qué dicen del capitalismo florentino o veneciano del siglo XV?), nos vemos obligados a constatar la revolución que va a producirse en las ideas siguiendo este impulso. Un dinamismo racionalista y laico va a emanciparse de las premisas teológicas calvinistas. Se asiste al nacimiento de un nuevo tipo de hombre, un *homo economicus* desdeñoso de la rutina, fabricante, emprendedor, técnico. El *homo faber* se vuelve gradualmente sinónimo del *homo sapiens*. El trabajo se convierte en una finalidad. El Renacimiento impone una idea demiúrgica del hombre. Tanto Giordano Bruno, como Thomas More o Rabelais, los pensadores florifican el trabajo y sobre todo las artes mecánicas y manuales. Bernard Palissy es el modelo y héroe de esta revolución.

Sin embargo, tenemos que en aquella misma época, las mujeres se ven excluidas y despojadas de todas las profesio-

nes más técnicas que hasta entonces ostentaràn y lanzadas hacia la agricultura y hacia la servidumbre.

A lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII el trabajo se extiende por doquier, la artesanía y el comercio fortalecen a la burguesía. En ese mismo tiempo, las mujeres de la burguesía que, durante el Medioevo trabajaban junto a sus esposos, son devueltas a sus casas en virtud del Derecho romano nuevamente ensalzado. La instrucción se extiende entre los varones. No deja de ser sospechosa entre las mujeres. A este respecto, Molière es una verdadera compilación de citaciones. Ahora bien, ya resulta imposible el éxito profesional sin instrucción.

Unánimemente, el siglo XVIII ensalza el trabajo. Pero los revolucionarios de fines del siglo niegan a las mujeres la instrucción que reclaman y sólo se preocupan, para coronar el Siglo de las Luces, de promover la educación de los varones. Rousseau sigue siendo la fuente más elocuente de este ostracismo, al afirmar en su *Emilio* que toda la educación de la muchacha debe tender a hacer de ella una sirvienta del hombre.

El siglo XIX será el siglo del trabajo. Kant así lo había anunciado, Fichte prosigue la obra. Hegel se hace más encarecido aún: «Todo ha de ser trabajado, incluso el aire que requiere ser recalentado.» Bergson podrá decir: «Es en tanto que obrero que el hombre celebra su divinidad.»

Sin embargo, es durante el siglo XIX que las mujeres reciben (¡y con su cuenta y razón!) sin mucha parsimonia y por vez primera en la historia, un regalo que habrá de alejarlas singularmente de este mundo furioso de los trabajadores técnicos: la educación de los hijos que hasta entonces muy poco habían asumido más allá de la niñez. La «madre educadora» —expresión nueva que en todas partes está en boga con la de «madre institutriz»— es la contrapartida del *homo faber* poseído todo él por su sueño de actividad. La historia social va a edificarse a partir del «derecho al trabajo», el cual, precisamente, no le será reconocido a la mujer. Ella está totalmente entregada a su nueva tarea —la educación de los hijos— que asimila apasionadamente, en la que invierte su anhelo de autoridad y de poder y que bien pronto le presentan como una función natural. La obrera, la humilde trabajadora que ha de ganarse la vida es entonces sentida violentamente como una competidora por los trabajadores, y ello, paradójicamente, tanto más por cuanto ha visto dete-

riorarse su situación y cobra mucho menos que los hombres. Así, en este duro período de enfrentamiento entre patronos y obreros en lucha por la mejora de las condiciones laborales, la mujer se halla considerada casi como «esquirol», como una rompehuelgas, aliada de las patronas. De ello tendremos muchos ejemplos.

Acontece, primero en Inglaterra, luego en Francia, más tarde en Alemania y mucho más pronto aún en EE.UU., el fin del trabajo familiar realizado en las casas y que ya no puede resistir la competencia de las manufacturas. El hombre en primer lugar, y a su vez la mujer, resiste mientras puede, especialmente en Alemania, antes de emprender el camino de las fábricas. Pero este combate desesperado la reduce a una condición de miseria raramente conocida. Cuando se decide a irse a trabajar en una manufactura, la célula familiar parece estallar a los ojos de los observadores de entonces, y la mujer es acusada duramente en medio de sus esfuerzos por sobrevivir. Villermé, que a mediados del siglo XIX se dedica a estudiar el mundo de los obreros, se siente preocupado por la promiscuidad de los hombres y las mujeres que trabajan en las fábricas, y percibe en esa manera de trabajar de la mujer la causa del recrudecimiento de la prostitución. La degradación de la mujer se considera como un hecho casi inevitable, por cuanto el trabajo industrial la marca con infamantes estigmas. Sin embargo, no se adelanta ninguna solución por parte de quienes no conciben la sociedad sino como un conglomerado de unidades familiares provistas todas ellas de un jefe del sexo masculino que gana suficientemente como para dar de comer a todos. Michelet escribe por entonces su famoso texto: «¡Cuánto más culpables aún no serán los que cogieron a las mujeres, los que abrieron ante la miseria de la muchacha de las urbes, ante la ceguera de la campesina, el funesto recurso de un trabajo exterminador y la promiscuidad de las manufacturas!»[4]

El historiador lírico de la Edad Media parece haberse olvidado lo muy bien que sabía el Medioevo lo que eran las obreras. De otro lado, uno se pregunta cómo remediar «la miseria de la muchacha de las urbes» y la «ceguera de la campesina». Michelet no reclama que se mejore la suerte de la obrera sino que más bien proclama la incompatibilidad esencial entre la mujer y el trabajo industrial, lo que no

4. *La Femme*, 1860, p. 21.

pinta el futuro de la mujer con unos tintes muy halagüeños.

Pero es precisamente en esa época cuando unos granos de arena llegan a encasquillar la máquina que parece obligar a las mujeres a perder todas las evoluciones sucesivas de las relaciones del hombre con el trabajo. En un principio llegan a conseguir por fin —pues los hombres ya no tienen tiempo de educar a los hijos, arrancados como se ven por la sociedad industrial a la familia patriarcal y separados de ellos por las nuevas necesidades— un mínimo de instrucción en una época en la cual la instrucción deviene imprescindible. Poco a poco, en todos los países, las mujeres se afanan por consolidar esa instrucción y cada vez se vuelven más conscientes de la necesidad de alcanzar en ese terreno un nivel aceptable, si no una paridad total con los hombres. Al mismo tiempo tratan de que se les reconozca el derecho al trabajo. En efecto, como más adelante veremos, fueron las obreras las que comprendieron el perjuicio que se les hacía al limitarse a compadecer a su doliente feminidad sin aumentar sus salarios, que siempre eran la mitad de los de los hombres, y sin formarlas en unos oficios mejores que los que se les dejaba ejercer. Esas voces que abogan por el reconocimiento de la dignidad del trabajo, por la necesidad de batirse en este terreno en el momento en que el trabajo se convertía más que nunca en un valor reconocido, nunca saldrán de la burguesía ni de los intelectuales, sino de las filas de las propias obreras. Pese a ser poco numerosas, las mujeres que procedieron a estos análisis y alentaron a sus compañeras a completar su formación y a mejorar el taller, pero sin abandonarlo, habían destrozado una fatalidad. El análisis económico y político que llevan a cabo, en la mayoría de los casos en el seno de las familias de los socialistas utópicos así en Inglaterra como en Francia, les permite distinguir la importancia del trabajo dentro de una sociedad nueva que entonces se está forjando en medio de la miseria y el esfuerzo. Establecen claramente que el trabajo debe permitirles resistir a la prostitución en lugar de caer en ella, conquistar su independencia económica y la dignidad, que son lo único que se aprecia en este mundo nuevo, y hasta su puesto dentro de la ciudad y el poder para influir sobre el mundo. A Proudhon, que sólo veía una alternativa para la mujer, «ama de casa o ramera», Jeanne Deroin, antigua obrera costurera llegada a maestra de escuela, replica claramente: «Antes ama de casa

que ramera, estoy de acuerdo con Ud., pero ¿cuántas no se habrán vuelto rameras por asco de los quehaceres domésticos? *Es preciso ofrecer a las mujeres un término medio, el trabajo. ¿Quiere sacarlas del taller? Muy bien, pero no hay que sacarlas del taller para echarlas en medio de la calle. Hay que transformar el taller, esa fuente de actividad y de independencia*» (14 de abril 1849).

Desde ese momento, la masa femenina contará siempre con una minoría activa que velará por arrancarla del atolladero exigiendo para ella cada vez más instrucción y cualificación. Pero el ballet de las ocasiones perdidas no ha terminado con ello. La batalla respecto al trabajo de la mujer continúa siendo ampliamente «proteccionista». Se busca arrancar el máximo de ventajas específicas para defender la feminidad, lo cual, está claro, vuelve el mercado del trabajo más pesado para la mujer que para el hombre y sólo resulta provechoso para las que están bien integradas dentro de los hogares normales. La lucha por el acceso a las carreras prohibidas será más bien un combate de retaguardia, por valeroso que fuere. Las carreras masculinas sólo serán accesibles a las mujeres hasta cierto punto tan pronto como dichas carreras hayan perdido algo de su valor de prestigio o de poder.

Los contratiempos y las paradojas seguirán insertándose en la historia del trabajo femenino: en su gran mayoría hostiles a las guerras, las mujeres hallarán no obstante durante los períodos de los conflictos mundiales su más grande posibilidad de mutación, su mejor oportunidad de demostrar sus aptitudes. Son unas pruebas que toda sociedad desea olvidar pronto, una vez restablecida la paz, y que a pesar de todo tienen un sabor de amargura y desgracia. Aun cuando no tienen la culpa, los progresos de las mujeres durante las guerras no dejan de tener unos resabios de suerte de enchufadas. El reflujo muy pronto llega con la paz, y el deseo de reencontrar una norma.

Pero por desgracia, en lugar de esa supuesta vida normal en la que cada cual ocuparía su puesto conforme al designio de alguna madre Naturaleza, hacia 1929 surgió la gran Crisis económica que vino a despertar toda la acrimonia que se había amontonado a lo largo de los duros años del siglo XIX contra toda mujer que buscaba ganarse la vida. La Crisis —y el paro generalizado— será la hora de la verdad para las

mujeres a las que, sin contemplaciones de ninguna clase, se les niega el derecho al trabajo en bastantes países.

Al salir de la Segunda Guerra Mundial, se perfila una segunda evolución que va a permitir realizar unos progresos seguros. En los países socialistas, las mujeres conquistan una posición que jamás ostentaron anteriormente. Pero en Occidente la prosperidad rebasa en amplitud todo lo que se había conocido y a las mujeres que de ella participan minoritariamente se les brinda entonces una nueva vocación: la de consumidoras. Ensalzadas, mimadas, tentadas como lo están siendo, las mujeres sólo conquistan muy poco terreno, y difícilmente, como productoras.

¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué opciones se les ofrece? La opinión, al apasionarse, frena cualquier toma de conciencia objetiva. Sin embargo esa opinión evoluciona. Mientras que antaño el principio en sí del trabajo de la mujer fuera de su casa se desechaba por «impío», hemos visto a la opinión reconocer a la mujer soltera el derecho al trabajo; luego a la viuda o la divorciada; finalmente, a la mujer casada sin hijos y a la madre de familia cuyos hijos ya se hicieron mayores. Por consiguiente, el debate se circunscribe, en nuestros días, al caso de la madre joven que tiene hijos pequeños.

II. El trabajo de la mujer en la Antigüedad y en el Medioevo

Como él le decía: «¿Quién ha dejado su lanzadera sobre el telar?» Hipparchia contestó: «He sido yo Teodoro, mas al hacerlo ¿crees que hice mal al dedicar al estudio todo el tiempo que, dado mi sexo, había de perder en la rueca?»

Diógenes Laercio, *Vida, doctrinas y sentencias de los filósofos ilustres.* (Tomo II. Hipparchia.)

EGIPTO

Es sumamente difícil hacerse una idea de los trabajos concretos que realizaban las mujeres en la Antigüedad egipcia, por cuanto los historiadores se detuvieron poco sobre estos aspectos de la vida femenina. Además hay pocas fuentes, trátese de textos o de documentos iconográficos. Los egiptólogos se extienden más gustosamente sobre los aspectos jurídicos de la condición femenina los cuales nos son revelados por los libros, los códigos, los procesos. Naturalmente, se hablará más bien de las «costumbres». A menudo es el único capítulo que nos habla de la existencia de las mujeres.

Los textos que enseñan al marido cómo debe tratar a su mujer, le aconsejan «que cuide de que su mujer no tome autoridad, de alejarla de todo mando, por cuanto ella desencadenaría la tempestad». Por su parte, el hombre afirma que «el lugar donde están las mujeres no es bueno». Cabe imaginar por tanto que las actividades de la mujer no le confieren ni autoridad, ni prestigio, si hemos de dar fe a lo que apuntan estos dos textos.

¿Qué hacían pues las mujeres? A juzgar por la iconografía, las vemos participar en la siega junto a los hombres. Muy concretamente, a las mujeres les toca hacer de espigadoras, pero también vemos a algunas segando el trigo en medio de los hombres que llevan las gavillas.

Están encargadas de hacer el pan, pero les está vedado el cocerlo: a la inversa de las norteamericanas que, en nuestros días, compran una masa enteramente elaborada y que ellas

mismas ponen a cocer. Las egipcias machacaban el trigo dentro de unas artesas de piedra con unos cantos que hacían rodar. Preparaban la harina y seguidamente la masa y la amasaban. Pero eran los hombres los que cocían el pan en las tahonas.

Sobre todo es curioso observar que lo que incumbe hacer a la mujer es considerado infamante para el hombre. Así, un papiro de la XVIII dinastía describe la revolución acontecida hacia el año 2160 a. de C. En él se relatan todos los trastornos sociales que se produjeron, y para dar una idea de lo ocurrido, de ese «mundo al revés», se dice que «los ricos se habían vuelto pobres», «los hombres machacaban el trigo», etc.

La mujer también tenía que remover la boñiga de las vacas, haciendo con ella unas pequeñas briquetas que servían de combustible. De la división de las tareas masculinas y femeninas, la opinión no retiene con harta frecuencia más que el aspecto gracioso, delicado, familiar, poco penoso, en una palabra, «femenino», de lo que se deja hacer al bello sexo. La realidad ha sido siempre muy diferente y muchas tareas femeninas tradicionales han sido muy poco «femeninas».

De hecho, las mujeres estuvieron muy a menudo y durante muchísimo tiempo encargadas de elaborar el combustible. Las miniaturas del Medioevo nos las enseñan no sólo recogiendo la «madera mala» sino también serrando la leña y apilándola.

La vestimenta es en el Antiguo Egipto una producción totalmente femenina. Son las mujeres quienes se encargan de esquilar a las ovejas, las que preparan la lana y la tejen. Esta producción no debía ser exclusivamente familiar. Un texto citado por Pirenne, el cual no da ninguna otra información al respecto, da a entender que existían unos talleres en los que se empleaba a jóvenes mujeres o cuando menos a muchachas. Se trata de «una joven obrera sin experiencia que trabajaba en una tejeduría del Estado y que había sido despachada por el jefe de taller. La madre de la muchacha fue a quejarse al escribano de la contaduría a la cual pertenecía el taller. Se dio la orden al jefe de taller de readmitir a la obrera.»[1]

Todo parece indicar que también se ocupó a las mujeres en las tejedurías y los talleres de productos alimenticios per-

1. PIRENNE, *Histoire de l'Egypte*, vol. III, p. 384.

tenecientes al Estado. Confeccionaban asimismo un gran número de ungüentos y pomadas, comerciando con ellos. También se asegura que existían unas órdenes de sacerdotisas y de músicas.

Las mujeres muy pobres parecen haber tomado parte asimismo en las grandes obras de construcción a las que toda la población debía participar. Hacia 2100 a. de C. toda la población ocupada en la edificación de un templo de Tebas negóse a trabajar. Los hombres se presentaron en delegación ante Psarón, gobernador de la ciudad, para pedirle dos galletas suplementarias al día, en caso contrario dejarían el trabajo. Esta primera entrevista no tuvo más que trágicas consecuencias: Psarón mandó detener a los instigadores y que los ahorcaran. Entonces «las mujeres de la obra» fueron a ver al Faraón para decirle: «Eres sabio y has de comprender que no es posible trabajar con el estómago vacío. Llevamos tres días sin comer.» Este papiro tiende pues a demostrar que había mujeres trabajando junto a los hombres en aquellas gigantescas construcciones. Agrega, además, que el Faraón contestó: «Estas mujeres tienen razón. No pueden trabajar con el estómago vacío ni dar de comer a sus hijos si ellas mismas tienen hambre. ¡Que Psarón proceda a las distribuciones demandadas y que se reanude el trabajo!»

Ahora bien, si en lo más bajo de la jerarquía social encontrábanse mujeres mezcladas con los hombres para asumir los trabajos penosos, en el nivel superior de la jerarquía, el predominio masculino era absoluto: los escribanos eran exclusivamente masculinos así como los cargos estatales.

BABILONIA Y LA GRECIA AQUEA

Son pocas las cosas que conocemos acerca de la civilización babilónica en cuanto a la división de las tareas, salvo que existían esclavas al igual que esclavos. Además, las mujeres que no eran esclavas podían servir como moneda para liquidar una deuda: el cabeza de familia insolvente conserva el derecho de entregar su mujer al acreedor en pago de su deuda. Algunos autores (Delaporte) creen que existían unos talleres de tejeduría integrados por mujeres. En resumidas cuentas, los mismos trabajos que durante la época aquea parecen deparársele a la mujer.

En la Grecia homérica, la división de las tareas es muy clara, incluso entre los esclavos. Los hombres se dedican a ciertas faenas agrícolas (por ejemplo, labran) y a la ganadería —contrariamente a lo que ocurre en nuestros días en los medios rurales donde son las mujeres las que cuidan de los animales— pero más que nada guerrean para el amo. Las mujeres aseguran una parte de las faenas del campo: recogida de la aceituna y vendimia. Pero sobre todo, en casa del amo, aseguran la producción textil, hilan, cardan, tejen. Homero nos muestra a menudo a las esclavas tejiendo o hilando la lana [2] o cumpliendo con los diferentes quehaceres domésticos.[3] Pero Homero nos las muestra también realizando tareas de fuerza: llevan las cargas [4] y son, como en Egipto, las que muelen el trigo; para ello se las engancha al molino.[5]

Pero lo que sobresale más que nada es que aquella vida de trabajo llevaba consigo la humillación de tener que servir al amo en algunos casos en su propio lecho si así lo deseaba, así como en el molino. Cuando el sacerdote Criseis se presenta ante Agamenón para rescatar a su hija reducida a la esclavitud, Agamenón se niega y le contesta al padre: «La vejez la alcanzará en mi palacio de Argos, lejos de su patria, yendo y viniendo delante del telar y cuando a mi lecho la llamo, corriendo viene.» [6]

Se comprende muy bien por qué Héctor teme la derrota, que obligaría a su viuda a convertirse en sirvienta en todas las cosas. Pues la mujer del vencido se vuelve esclava si nadie paga el rescate para liberar al marido. Así pues, Héctor se queja a Andrómaca: «Irás a casa de los argólicos a tejer la tela para otra, sacar el agua del pozo, con el corazón lleno de amargura bajo el peso de una necesidad despiadada.»

En las costas mal defendidas, se capturaba a veces a las mujeres para convertirlas en esclavas. Los hijos que pudieran tener o bien devenían esclavos o eran matados al nacer. En la casa de Ulises hay muchas esclavas: vemos aparecer a una docena que se dedican a moler el trigo con la muela, otras veinte que sacan y transvasan el agua, y muchas otras que hilan o tejen bajo la vigilancia de una intendente.

---

2. *Ilíada,* I/31 - VI/456; *Odisea,* VII/105 - XVIII/315 - XXII/423.
3. *Ilíada,* VI/457; *Odisea,* VIII/310 - XIX/61-64 - XX/146.
4. *Odisea,* XII/60.
5. *Odisea,* VII/104 - XX/105.
6. *Ilíada,* I/29-32.

En Atenas, en la época de Pericles y antes también, seguía habiendo esclavas cuyo destino era más o menos idéntico. En su *Historia de la esclavitud*, Wallon propone la siguiente cifra para los esclavos de la capital de Atenas en el siglo IV:

Hombres: 95.000
Mujeres: 90.000
Niños de menos de 12 años de edad: 20.000

Según el citado autor, las mujeres se hallaban repartidas en las casas particulares, el comercio y la industria.

Las mujeres manejaban la muela y machacaban el grano; en la industria, en las minas de plata o de hierro siguen siendo las mujeres quienes separan el mineral de su ganga, lo pasan por la muela y lo lavan. En el Laurión, las mujeres, dentro de las galerías, recogían el mineral con unos cuévanos y lo transportaban, dobladas debido a la escasa altura de las galerías, hasta los pozos o las escaleras de madera y hasta la superficie.[7] En las minas del Sudán, también había mujeres, y Diodoro de Sicilia nos ha dejado una sobrecogedora descripción de la vida, si así cabe llamarla, de los esclavos mineros: «Esos desgraciados no están en condiciones de cuidar sus cuerpos. No tienen ni tan siquiera ropa para cubrir su desnudez. Es imposible verles sin sentirse conmovido ante su desgracia. No pueden esperar ni misericordia ni descanso aun estando enfermos o lisiados ni incluso tratándose de débiles mujeres. Bajo la amenaza del látigo, siguen encadenados a su trabajo hasta el día en que, deshechos y acabados, se mueren en su esclavitud.»[8]

De todas maneras, se trataba en este caso de una minoría, ya que la mayoría de las esclavas empleadas en la industria trabajaba en los talleres textiles.

Por lo demás las muchachas libertas aprendían junto a sus madres las mismas tareas domésticas: esquiladura de las ovejas, tratamiento de la lana, lavado de la lana con agua muy caliente, cardado con un curioso instrumento denominado *onos*, hilado y tejido.

Era muy raro que estas muchachas aprendiesen a leer y escribir, y «el colegio de muchachas ricas» que Safo diri-

7. E. ARDAILLON, *Les mines du Laurion dans l'Antiquité.*
8. DIODORO DE SICILIA, *Biblioteca histórica*, III, XI y XII.

gía en la isla de Lesbos no dejó de ser una excepción. La *sophrosuné*, es decir, la buena educación requería que la muchacha, como lo dice Iscómaco a su joven esposa en las *Económicas* de Jenofonte, «viva bajo una cerrada vigilancia, vea las menos cosas posibles, oiga las menos cosas posibles y formule las menos preguntas posibles». Imaginamos fácilmente la repercusión que una semejante educación podía tener sobre el desarrollo intelectual. Menandro lo expresaba muy bien al afirmar que «una mujer honesta debe quedarse en su casa, pues la calle es para las mujeres perdidas», que nos anuncia esa clausura respecto a la vida pública en una época en que la vida pública lo es todo.

Sin embargo, al igual que más tarde en el mundo musulmán, esa clausura total no era posible entre los campesinos pobres, puesto que la mujer trabajaba en el campo y a menudo trataba de mejorar el presupuesto familiar vendiendo en el mercado los productos de sus cultivos. La madre de Eurípides —Aristófanes se mofa bastante de ello— era también verdulera, lo cual no dejaba de considerarse como un estado despreciable. De todas maneras, el comercio se consideraba como una condición vil y, además, aquellas mujeres eran peor consideradas aún que los hombres por cuanto eran sospechosas de caer en la desvergüenza. No obstante, el espíritu comerciante de los griegos también se deja notar en las mujeres, y, en el siglo de Pericles, podemos encontrarlas vendiendo el producto de sus artes: unas trabajan la lana para su clientela, otras venden cintas, hilos, tejidos y vestidos por ellas confeccionados. Así, Safo le promete a su hija que le comprará uno de esos tocados que las mujeres de Cos han puesto de moda. Se trata de esas coronas evocadas por Jenofonte en sus *Memorables* y que las mujeres confeccionaban y vendían con cofias y cintas.

La iconografía nos ha legado asimismo la imagen de las panaderas amasando los panes en serie, probablemente en una tahona dependiente de una tienda.

Fuera de esas tareas —todas ellas ligadas a la producción— eran pocos los oficios asequibles a las mujeres. Podían ser comadronas: recordemos que Sócrates era hijo de una comadrona y que Platón le hace bromear al respecto a propósito de la «mayeútica». Pero no podían ser médicos y una de ellas que se había disfrazado de hombre para ir de casa en casa y cuidar a las mujeres fue juzgada por el Areópago y condenada a una dura pena.

También cabe citar a las tocadoras de cítara y a las bailarinas que vemos aparecer incesantemente en las obras de Platón. Estaban sometidas a una tarifa y no podían pedir más de dos dracmas diarios. Si tenían varios clientes, éstos debían sortearlas, pero nunca aquellas mujeres podían acumular clientela.

ROMA

Pocos cambios se observan desde la Antigüedad griega a la Antigüedad romana. En esta época, los esclavos están divididos en *servi publici* y *servi privati* y las mujeres forman en su mayoría entre estos últimos.

La fabricación del tejido y de los alimentos, incluido el pan, están aún en manos de las mujeres así en las casas particulares como en los talleres. El trabajo de la lana se desarrolla mucho y durante los dos últimos siglos del Imperio romano, encontramos talleres femeninos para la fabricación de los tejidos de lana en Tiro, Lidia, Cesárea, Tarento, Puzolas, Ancona, Baies, Siracusa, Cumas, Lucera. En la parte oriental, las mujeres tejen alfombras que se venden muy especialmente en Verona.

Asimismo seguimos encontrando mujeres en las minas; por ejemplo en las de Laurión, donde las esclavas que trabajan en la extracción y el tratamiento del mineral se cuentan por millares; en las minas de oro de Vercelli; en Cartagena, donde 40.000 esclavas extraen la plata.

Las esclavas no tenían en la mayoría de los casos ni nombre siquiera; a veces, llevaban un apodo provinente de su provincia de origen. Podían ser matadas sin motivo ni razón. En esto nada las distingue de los hombres sometidos al mismo espantoso destino de la esclavitud. Pero un rasgo distingue claramente la esclavitud de las mujeres: en los mercados de esclavos, durante las ventas públicas, las mujeres ofrecidas a la venta estaban divididas en dos grupos, las esclavas de trabajo y las esclavas de placer. El nexo entre el trabajo y la prostitución sigue siendo muy sólido, se trata, en suma, de una cuestión de apariencia física. No hay que olvidar a las esclavas rurales que realizaban las tareas del campo: Tiberio Graco nos las describe con gran compasión tal como las viera ejecutando las faenas agrícolas en España.

Existe, sin embargo, una diferencia con Atenas: no parece que en Roma haya habido mujeres comerciantes. Los grabados no nos las presentan y las comedias de Plauto, llenas de alusiones a los gastos frívolos que las «mujeres dotadas» solían hacer, sólo mencionan a los mercaderes y comerciantes de sexo masculino.

GALIA Y GERMANIA

El cuadro es muy diferente en estos países de tribus con un régimen comunitario aún y que ignoran más o menos lo que es la propiedad privada.

Tanto en derecho como de hecho, la situación de la mujer se diferencia menos de la del hombre. Dos rasgos principales sellan esta originalidad: las mujeres van a la guerra junto a los varones; se dedican a la agricultura y la ganadería. Ciertas monedas galas nos muestran a unas mujeres a caballo con espada y escudo. Con harta frecuencia, acompañaban a sus esposos, haciéndose matar o suicidándose si éstos hallaban la muerte en el combate. Algunas mujeres marchaban a la guerra montadas sobre unos caballos blancos; eran las sacerdotisas, encargadas entre otras funciones de la lúgubre tarea de degollar a los prisioneros... Como vemos, distamos mucho de la *sophrosuné* griega.

Cuando se casaba, la joven germana recibía un par de bueyes y un arado como regalo, según los relatos de Tácito a quien las mujeres de Germania no dejan de sorprender y extrañar.

Tácito no es el único en manifestar su perplejidad ante aquellas costumbres que le impartían a la mujer una suerte tan diferente de la comúnmente reservada a la mujer romana. Tanto la mujer germana como la gala formaban parte del consejo que decidía sobre la paz y la guerra y eran jueces de los hombres. Así, Estrabón, ante aquel mundo al revés, pronuncia esta frase misteriosa y tajante: «En cuanto al reparto de las faenas, se realiza a la inversa de lo que sucede entre los griegos y los romanos.»[9]

La agricultura parece estarles casi exclusivamente reservada. Por otra parte se sabe que las mujeres tenían otra ex-

9. ESTRABÓN, lib. IV, cap. IV.

clusiva muy curiosa: la búsqueda y la elaboración del oro.[10] Eran en todo unas soberbias trabajadoras. Diodoro de Sicilia nos cuenta en su *Historia de la Galia* la anécdota de aquella gala, empleada en unos trabajos de remoción de tierras como peón y que fue presa de los dolores del parto. Fue a cobijarse bajo un matorral para dar a luz, reanudando acto seguido su faena. Pero el recién nacido, en medio del matorral, empezó a dar vagidos. Así se descubrió la cosa ante el asombro del jefe de los trabajos, un griego, quien mandó a la mujer abandonar el tajo e ir a descansar con su criatura. Pero al parecer tuvo que insistir y discutir mucho el capataz antes de persuadirla, pues ella se negaba a marchar...

Las germanas parecen haber sido de la misma estirpe que aquellas terribles galas que tanto espantaban a Mario con su manía de colgarse de los árboles para no sobrevivir a su esposo y sobre todo para no caer en la esclavitud, mientras que él las hacía prisioneras para mandarlas a Roma como esclavas... La joven esposa germana participa junto a su esposo en la construcción de la casa conyugal. Para las nupcias, la tribu les asignaba un lugar adecuado y les ofrecía la madera para la construcción, y la joven esposa y su marido se ponían a trabajar. Más tarde, si tenían un hijo, tenían derecho a dos acarreos de madera y si se trataba de una hija, solamente tenían derecho a un acarreo (citado por A. Bebel).

¿Se trataba de las costumbres germánicas o bien de las primeras influencias romanas? Es interesante recordar aquí que el primer código de la Iglesia romana para una población germánica, el *Fuero Juzgo* de los visigodos, rezaba que la mujer vale la mitad del hombre y que por consiguiente, el asesino de una mujer sólo se halla sometido a la mitad del castigo infligido al asesino de un hombre (según Paul Gide).

De la combinación de estas civilizaciones que, como afirma tan claramente Estrabón, repartían las tareas entre los hombres y las mujeres de una manera tan radicalmente opuestas, iba a nacer el Medioevo.

10. ATENEO, lib. IV, cap. XXV.

EL MEDIOEVO

Con una sola palabra se abarca un largo y rico período muy variado. Durante mucho tiempo se consideró al Medioevo como una especie de túnel bárbaro y oscurantista, e incluso después de las talentosas rehabilitaciones a las cuales se hizo acreedor, sólo se retienen, a menudo, los excesos o la complejidad del mismo para desconocer su profundo equilibrio. Equilibrio entre lo rural y lo urbano, y por ejemplo, también nos brinda un equilibrio relativo entre los hombres y las mujeres. Ahora bien, téngase en cuenta que esto no atañe al siglo XV, que ya pertenece, en parte, a los Tiempos Modernos. Durante largo tiempo, Europa ha vivido sobre el doble legado del colonizador romano y los derechos costumbristas de los viejos pueblos. En el siglo XIII, unos religiosos vuelven a descubrir el derecho romano, devolviéndole su primacía, y la situación de la mujer se degrada. Pero habrá de degradarse mucho más en el siglo XVI cuando aquella sociedad movediza y que de repente cree más en el hombre que en Dios y más en la técnica que en la magia se pone a honrar al genio humano en un magnífico impulso. La fe en el trabajo humano propicia una renovación extraordinaria de las artes y las técnicas. Nunca más habrá de impugnarse, pero las mujeres serán las que pagarán los gastos de esa revolución.

En el Medioevo, el trabajo no es un valor moral, y menos aún social. Con el trabajo no se conquistan los honores, ni menos aún la nobleza, mientras que la sociedad feudal está claramente dividida en órdenes. Todo el edificio feudal descansa sobre el desprecio al trabajo manual, el desprecio al comercio, el desprecio a todo cuanto se mueve por el dinero. El trabajo se hallaba naturalmente mucho mejor considerado que el ocio cuando se trataba de un villano. Pero esto era así por cuanto se trataba de su deber social más absoluto a la par que el marchamo de su inferioridad. El trabajo se esperaba del villano, pero sin que se le respetase. La gestión de los asuntos del mundo, el poder, pertenecían conjuntamente a la nobleza y al clero y se ejercían con ayuda de la influencia espiritual o de la violencia a un tiempo o alternativamente. En lugar de ser un modo de acceder al mundo, el trabajo era una maldición divina y quienquiera que trabajara, bien lejos de emanciparse, afirmaba con ello estar sumiso a aquella maldición.

El arte, como tal, tampoco gozaba de respeto a semejanza de lo que conocemos. Seguía siendo un trabajo manual sometido a unas directivas concretas y precisas que poco margen deparaban a la libre iniciativa. El cliente suministra o costea la tela, la madera, los colores al pintor y controla su empleo. Decide del tema, de los tintes dominantes, redacta un contrato que somete estrechamente al artista ejecutante. Éste es pagado a destajo y a veces le dan la comida. El salario, fijado con antelación, sólo le es abonado si la obra es aceptada, reconocida como conforme a la demanda y de buena calidad. Así se ejecutaron algunas de las maravillas del arte que llegaron a menudo hasta nosotros. Pero raros son los nombres de los artistas que así pudieron atravesar por los siglos. Siguen siendo oscuros ante la posteridad como lo fueron relativamente en su tiempo.

Las mujeres han trabajado mucho en la Edad Media. Si no han gozado de una igualdad total con los hombres han tenido, a pesar de todo, mejores situaciones relativamente en comparación con los períodos anteriores o siguientes. Han asumido toda suerte de tareas y realizado a buen seguro muchas de las obras que hoy día tanto admiramos: tapicerías, orfebrería, bordados.

La agricultura sigue siendo la principal ocupación. Las mujeres cuidan de los huertos, del ganado, de la viña. En España, en Italia y en Francia, los viñedos situados cerca de las ciudades eran cuidados por una mano de obra asalariada, un proletariado muy especial entre el cual figuraban numerosas mujeres. Las mujeres se ocupan al igual que en la Antigüedad de los rebaños de ovejas, que trasquilan ellas mismas. Cuidan de las aves domésticas y las ceban. Crían en los huertos esas «hierbas» y esas «raíces» que de hecho no son sino las verduras. Como en los tiempos de Ulises, mueven la muela de los cereales. Paradójicamente, sólo perderán en parte la molienda del grano cuando ésta se mecanizará. Los bosques han desempeñado un gran papel en la vida medieval: eran una fuente de riqueza, el habitáculo natural de poblaciones numerosas. Mientras el hombre cazaba y cortaba la leña, la mujer lo ayudaba a almacenar las reservas de esta leña; realizaba la recogida de las frutas silvestres; recogía las ramas; cultivaba alrededor de la casa el trigo y los cereales inferiores: espalta, centeno, sorgo, mijo; apacentaba las vacas, que a menudo pacían en el mismo bosque. Además de estas tareas que su-

ministran el alimento y la calefacción, aseguraban totalmente la fabricación de la ropa en las casas rurales. Se trata en este caso de una industria doméstica. Las mujeres de la casa preparaban la lana, espadillaban el lino, tejían los paños y las telas, cosían los vestidos. Durante los disturbios de finales del siglo XIII en Flandes, los mercaderes se dirigieron hacia las trabajadoras del campo, facilitándoles trabajo a domicilio para hacer bajar el precio de la mano de obra.

Existían numerosas siervas que no podían casarse más que si el señor lo consentía. Siempre podía apoderarse de ellas y de la mitad de sus hijos, incluso después de casadas, a su antojo. Generalmente, sólo podían casarse con un siervo del mismo feudo.

También existían talleres de siervas que hilaban y tejían en los apartamentos reservados de la hacienda señorial, desde el alba hasta el anochecer. Una vigilante, a veces el ama del castillo, dirigía cada taller. Este trabajo ininterrumpido era ejecutado a cambio de la sola comida; esto es, ningún salario les era pagado a las siervas. Chrétien de Troyes ha hablado de estos talleres de muchachas que cantaban: «Siempre labramos la seda — Nunca iremos mejor vestidas — Siempre pobres y desnudas — Siempre con hambre y sedientas — Nos dan pan con parsimonia — Poco por la mañana y menos aún a la noche.»

También existían parecidos talleres de siervas en los conventos. En Alemania, algunos de ellos contaban hasta trescientas muchachas a la vez. Estos talleres fueron siempre unos focos de prostitución. Los señores acudían a ellos. Aquellos siglos tan píos han sido unos siglos de enorme prostitución. La prostitución era un oficio reconocido. Las prostitutas debían llevar un vestido especial y ciertos barrios les estaban más o menos reservados.[11]

En las ciudades, algunos oficios son exclusivamente femeninos y organizados más o menos como los oficios masculinos. El *Livre des métiers* de Étienne Boileau, en el siglo XIII (1254), cita como «femeninos» los oficios cuya materia prima es la seda y aquellos cuya materia prima es el oro: hilanderas con huso grande y huso pequeño; tejedoras de seda, tejedoras de oro, confeccionadoras de sombreros de

11. Véase SAINT-PALAYE, *Mémoires sur l'Ancienne Chevalerie*, entre otras.

oro, tejedoras de sombreros de seda; batidoras de oro, etc... Observamos que se confiaba a las mujeres dos de las materias más preciadas y más rebuscadas de la época. Sus corporaciones comprendían, al igual que las corporaciones masculinas, a las aprendizas, las obreras y las maestras. Al igual que entre los hombres, existen unos reglamentos de aprendizaje, de taller, y unas normas que reglamentan las condiciones de acceso a la maestría. Estas corporaciones cuentan con las «mujeres buenas» de la misma manera que las corporaciones masculinas tienen a sus «hombres buenos» para juzgar los litigios laborales. Ahora bien, esas mujeres buenas no gozan de la misma autonomía, pues tienen a un hombre bueno para «vigilarlas». Los miembros de los consejos de hombres buenos encargados de la vigilancia de las componentes de los consejos de mujeres buenas eran nombrados por las autoridades, generalmente por el preboste de la ciudad. Los Archivos de París conservan un acta de 1390 que señala concretamente la existencia de aquellos vigilantes, «los cuales son puestos y quitados a su antojo por el preboste de París». En aquella época se introdujo una modificación en los estatutos de las tejedoras de seda y en el documento puede verse la firma de la mujer buena de la corporación, llamada Eudeline des Prés, seguida de la de tres hombres buenos.

Fraccionamiento de las tareas

En los registros de 1292-1300, se citan quince oficios como exclusivamente femeninos. Antes de enumerarlos, bueno será recordar una realidad del trabajo en el Medioevo generalmente olvidada hoy día: la extremada división de las tareas. El taylorismo —tal y como lo evoca el film *Tiempos modernos* de Charlie Chaplin— nos ha espantado por la estúpida monotonía de unos gestos repetidos infinitamente, por el fraccionamiento de las operaciones que frustra al obrero la satisfacción de la tarea cumplida. El trabajador es más bien un ejecutante que un creador. A menudo se ha contrapuesto a esos robots embrutecidos por la repetición, los trabajadores de la Edad Media que ejecutaban unas «obras maestras» y que servían de ejemplo de aquella nobleza del trabajo que la fragmentación de las tareas había matado. Es olvidarse algo de prisa de que los obre-

ros del Medioevo no eran admitidos en su totalidad, ni mucho menos, a ingresar en el maestrazgo, que no todos realizaban obras maestras, ni con mucho, y que la gran mayoría sólo repetía incesantemente los mismos gestos sumamente especializados. He aquí la lista de los oficios exclusivamente femeninos:

—Las *devideresses* o devanadoras, llamadas en Flandes *wideresses*, que devanan los hilos y los entregan en madejas de tamaños y pesos determinados.

—Las *pigneuses* o peinadoras: protegidas por un delantal de cuero, con un peine de hierro en cada mano, desembrollan las fibras y las alargan eliminando la borra. Sus peines de hierro están calentados al rojo vivo. Se trata de un trabajo largo y monótono.

—Las «cardadoras» aparecen en el siglo XIV, su labor consiste en extender las vedijas de lana sobre un tabla de madera, pasando y repasando sobre ellas con gruesos cardos o bien con una tablilla dotada de dientes de hierro. Este oficio no gozaba de ninguna estima por cuanto las lanas cardadas eran de una calidad inferior a las lanas peinadas.

—Las *élisseresses* realizan asimismo una labor fastidiosa de primera preparación de la lana.

—Las «urdidoras» preparan la urdimbre en los telares.

—Las *aumonières* o confeccionadoras de bolsas y faltriqueras.

—Las «sombrereras de seda».

—Las «hacedoras de sombreros de oro».

—Las «batidoras de seda».

—Las «floreadoras de cofias».

—Las «malleras de seda».

—Las «batidoras de estaño».

—Las «batidoras de oro», etc.

Por su parte, las costureras de ropa blanca están en competencia con los trabajadores masculinos de la corporación. Las aprendizas de labor blanca no tropiezan con ninguna limitación de su número y esta profesión queda ampliamente abierta a las mujeres. Pero severas precauciones las preservan de la prostitución, con lo que son muchas las jóvenes burguesas que eligen esta rama, pues:

«Es noble oficio en el cual, para aprender modales honestos, costura, calidad de los géneros, y evitar el ocio, las

nobles gentes de justicia, burgueses, mercaderes y otros notables de nuestra ciudad de París, meten a sus hijas.» [12]

Las obreras de ropa blanca tenían derecho a unos puestos en las Halles. En París, este emplazamiento corresponde a la rue de la Lingerie —la calle de la Lencería. Los estatutos corporativos de las costureras han durado por lo menos trescientos años, desde 1200 hasta 1500 aproximadamente. Las muchachas que se comportaban mal eran expulsadas del oficio. Quizá de ello provenga la conocida expresión de «honrada costurera»... El rey les otorgó la siguiente reglamentación: «No admitirán de ahora en adelante a ninguna mujer o muchacha vituperada o escandalizada, en su cuerpo o de otra manera, a fin de que por culpa de ellas las mujeres o mozas buenas del citado oficio no sean vituperadas o escandalizadas.» [13]

Mas las «muchachas ligeras» podían «trabajar fuera de la calle de la Lencería. Les hacían a las honradas costureras una competencia tanto más severa cuanto que contaban con otros recursos además de los que les brindara la aguja.[14]

Cada corporación vela celosamente para que su esfera no se vea invadida por los demás oficios. Así vemos a las cinteras demandar a las «adornadoras». Las bordadoras, tras dilatadas tractaciones, obtienen el privilegio de suministrar los trajes de bodas.

Todos estos oficios del sector textil cuentan con un gran número de obreras en el sentido en que hoy día entendemos dicha palabra: las mujeres que escogen, peinan, hilan la lana, nada tienen que les pertenezca. Que trabajen en sus casas o en la mayoría de los casos, en el taller, es el fabricante el que presta peines, tijeras, husos, ruecas, etc.

Por el contrario, la tejedora que es propietaria de su telar, sobre todo si se trata de un telar para la seda, es considerada casi como persona notable. Sin embargo, no participa en los negocios de la ciudad, incluso en las ciudades italianas en las que el tejido de la seda es una renom-

12. 20 de agosto de 1485, Archivos Nacionales, Y 7 folio 283, v°, a 284, v°.

13. La mala conducta acarreaba la exclusión, la privación del derecho de tener un taller o una tienda. A este efecto, las maestras gozan incluso de un derecho de policía: podían llamar a los oficiales de policía del Châtelet, sargentos u otras personas.

14. Archivos Nacionales, Y 9 folio 9 v°, confirmado en 1515 por Francisco I.

brada especialidad. Las mujeres no realizan tampoco el comercio de los tejidos que ellas mismas confeccionan. Les está estrictamente prohibido teñir o dar a teñir el tejido y venderlo. Los mercaderes de paño, verdaderos hombres de negocios, son los únicos que dominan la jerarquía y se hallan introducidos merced a su actividad en la vida políticoeconómica de las ciudades.

Las mujeres han mejorado en varias ocasiones los telares para la seda. No obstante, el oficio va pasando paulatinamente a manos de los hombres hacia finales del Medioevo. Ellas siguen siendo devanadoras, dobladoras, pero, en primer lugar y mayormente en Italia, pierden el derecho de tejer.

Sin embargo, en Toulouse vemos a un italiano persuadir a los *Capitouls* —los antiguos magistrados municipales— para que levanten una manufactura de seda y de terciopelo y así competir con las mercancías de Tours: «...porque varias muchachas pobres vagan por las calles y muchas mujeres pobres envejecidas podrán ganarse así una moneda de plata para vivir.» He aquí cuanto menos un texto que expone los motivos que llevan a enjuiciar el trabajo como un remedio preventivo de la prostitución.

Los oficios mixtos

Los oficios asequibles tanto a las mujeres como a los varones son más numerosos, contamos casi con un centenar. Casi todas las profesiones fueron asequibles a las mujeres en los siglos X, XI, XII, XIII y XIV. Luego surgen nuevas dificultades.

Así tenemos que ese verdadero Medioevo, pues el siglo XV era más o menos el Renacimiento (totalmente en Italia, a medias en Francia, menos aún en Inglaterra, Alemania o los países nórdicos), ese Medioevo ha conocido a mujeres escribanas, mujeres médicos. En Bolonia, la prestigiosa Universidad de la época, el número de mujeres que estudian la Medicina es proporcionalmente bastante elevado. Un edicto francés de 1311 impone las pruebas a los médicos «hombres y mujeres», así reza en el mismo. En el siglo XIV, Francfort cuenta con quince mujeres que han estudiado y ejercido la Medicina.

Las mujeres pueden acceder al maestrazgo en algunos ofi-

cios mixtos, pero sólo en caso de defunción del marido, habiendo sido él mismo un «maestro». Así tenemos a las maestras cerrajeras, pasteleras, zapateras, fabricantes de vainas, bolsas y cinturones. Pero el otorgamiento del título de maestría a la viuda de un maestro está sujeto a menudo a unas condiciones y limitaciones que ponen de manifiesto el rigor con el cual los hombres entendían conservar la dirección de las corporaciones mixtas. Así, los zapateros no autorizan a la viuda del maestro a ejercer la profesión más que al año de la defunción de su esposo. Los pasteleros de Toulouse la declaran privada de sus derechos al maestrazgo si mantiene relaciones sexuales con uno de sus oficiales u «otro cualquiera». Esta medida, frecuente en otras corporaciones, subraya claramente la sexualización intensa en la cual se hallaba la situación social de la mujer. No es mediante su trabajo y su habilidad que puede acceder al maestrazgo, sino únicamente a través del lecho conyugal. Se le atribuyen los honores conquistados por el marido al igual que se hacía para un título nobiliario, sin ninguna clase de miramientos por sus capacidades o incapacidades profesionales; y perderá esas ventajas tan pronto como se entregue a otro hombre. No es en tanto que mujer trabajadora que la corporación le otorga el honor de su más encumbrado título, sino en tanto que viuda de un hombre. Los veleros de París defienden así de un modo más drástico aún la virtud de la viuda maestra (o «maestra viuda») al obligarla a trabajar exclusivamente en su taller y no salir de él. Si se casa con un hombre que no pertenece al oficio es desposeída de sus derechos mas si lo hace con uno que sí pertenezca entonces éste se halla dispensado de las condiciones requeridas para la maestría... En este caso el papel del vínculo sexual de la mujer se destaca con mucha nitidez, pues aparece como totalmente extraña a la tarea que asume la corporación para ser tan sólo el eslabón que habrá de servir para transmitir la maestría de hombre a hombre. Por lo demás, en el caso de las viudas, lo que preside a su cualificación es la preocupación de permitirle educar a su prole, cuyos varones habrán de enriquecer a la corporación con su industria. Así tenemos que al igual que en Francia y en Flandes, los sastres de Francfort del Main tienen un reglamento que estipula que «las viudas deben gozar de todos los derechos que tuvieren sus maridos con el fin de poder atender a las necesidades de sus hijos». No obstante, la mujer que ha accedido a la maes-

tría puede conservar los aprendices que su esposo tuviera, pero no tiene el derecho de admitir a otros.[15] De manera que no tenía más remedio que el de casarse más temprano o más tarde con uno de sus oficiales, quien, con ello, devenía maestro. Excepcionalmente, en algunas corporaciones, aquí y allá, estaba autorizada, después de la defunción de su marido, a aprender otro oficio para legárselo a sus hijos.

Así encontramos a mujeres en todas las ramas de la industria urbana: pulidoras de cristal, peleteras, curtidoras, fabricantes de agujas, de cordones, tejedoras (en estos dos últimos oficios, podían llegar a ser maestras); basta hojear los registros de contribuciones.

Demografía del Medioevo

Continuamente hallamos en los archivos los testimonios del aumento constante de la oferta femenina contra la cual los hombres luchan esforzadamente. Así, en 1324 los tejedores de lana de Estrasburgo demandan a las mujeres que trabajan sin formar parte de la corporación. Su poder era tal que obligaron a toda mujer dueña de un telar, incluidas las tejedoras de gasa o de tela, a pagarle una cuota a su corporación.[16]

Resulta que existían más mujeres que hombres, tal y como atestiguan todos los documentos del registro civil, o mejor dicho los que cumplían con ese papel en las parroquias. De vez en cuando un censo resalta ese desequilibrio del modo más crudo: en Basilea, en el año 1254, hay 1.246 mujeres por 1.000 hombres; en 1449, en Nuremberg, 1.207 mujeres por 1.000 hombres. Las guerras mataban a más hombres que mujeres y muchos varones se quedaban solteros: los monjes, naturalmente, los sacerdotes y, lo que se olvida con mayor frecuencia, los oficiales de los gremios. Si cada cual hallaba la suya, incluso sin desposarla, no podía realizarse lo contrario, y la condición de mujer soltera no dejaba de plantear problemas. Los conventos de beguinas fueron la respuesta original del Medioevo a esa cuestión angustiosa. Estas mujeres, con harta fre-

15. STAHL, *Das deutsche Handwerk*, 1874.
16. G. SCHMOLLER, *Die Tucher und Weberzunft in Strassburg.*

cuencia, deseaban sobre todo alguna seguridad, una vida tranquila. De manera que se reagruparon. Tenían alojamiento, y trabajaban en sus casas para ganarse la vida. Los salarios que cobraban eran muy bajos, pero el miedo, la soledad, la depravación y los más graves peligros que por entonces amenazaban a una mujer soltera eran conjurados de este modo. Se cuentan 1.000 beguinas en Colonia, 1.500 en Basilea, 2.000 en París, en Francfort 6 mujeres adultas sobre 100 se albergan en los conventos de beguinas.

No hay que olvidar que debido a esta desproporción entre los hombres y las mujeres, pandillas de mujeres recorren los caminos: saltimbanquis, cantadoras, músicas...

Otras iban siguiendo los ejércitos, formando escuadras femeninas, que se encargaban del tren, del forraje, la paja, y atendían al servicio de la leña. Avezadas y valientes, cuidaban de los campamentos al igual que hubieran cuidado del corral de la hacienda, pues eran ellas las que tapaban los agujeros, limpiaban las acequias. Durante los sitios ayudaban a cegar los fosos con fajos de leña; durante el asalto, a colocar las piezas de artillería y a desatascarlas. Huelga agregar que aquellas mujeres eran despreciadas al igual que las prostitutas y que probablemente aquello las tenía sin cuidado.[17]

Degradación progresiva de la situación femenina

Poco a poco la situación de las mujeres se va degradando. Buscan más el trabajo por ser más numerosas, sobre todo durante los períodos de guerras, y aceptan trabajar por unos salarios cada vez más bajos, lo cual no deja de granjearles el recelo y hasta el odio de los trabajadores. Éstos consolidan sus posiciones, que al comienzo de la Edad Media son muy precarias, y forman poco a poco una élite que andando el tiempo se convertirá en la burguesía. Van organizándose cada vez más los nuevos oficios libres dentro de los cuales rige el sistema de las *jurandes*, o sea, las juntas de los encargados de velar por los intereses corporativos. Las mujeres que ejercen los nuevos oficios nunca forman parte de dichas juntas, y sobre todo, el salario femenino refleja más que nada ese retroceso de la situación de la mujer. Al ca-

17. Karl BÜCHER, *La cuestión de las mujeres en la Edad Media.*

bo de largas investigaciones, D'Avenel ha logrado evaluar más o menos lo que ganaban los peones en los medios rurales. Mientras que en la Alta Edad Media los salarios femeninos y masculinos, sin ser parejos no acusaban unas diferencias escandalosas, a partir del siglo XIV vemos acentuarse la diferencia entre los mismos. A finales de dicho siglo, la mujer gana las tres cuartas partes de lo que gana el hombre. En el siglo XV sólo le pagan la mitad. En el siglo XVI, mientras que la ideología del trabajo humano se va consolidando y enriqueciendo, la jornalera sólo gana las dos quintas partes de lo que gana el jornalero.

Empieza el Renacimiento. Las mujeres van perdiendo uno tras otro los oficios de gran destreza que les pertenecían, y el trabajo de las materias preciosas cuales eran el oro y la seda se les escapa de las manos. Las corporaciones las defienden cada vez menos y la protección que a falta de justicia les habían garantizado a las viudas se esfuma paulatinamente y cae en el olvido. Incluso dentro de sus propios gremios las mujeres van siendo controladas más estrechamente cada día por los hombres.

Pero no hay que olvidar que en la Edad Media existió una verdadera condición femenina obrera que, con todo y, guardando las proporciones, era menos miserable que la que las mujeres conocerán, pongamos por caso, en el siglo XIX.

Junto a aquellas obreras ¿cómo no recordar a las trabajadoras del campo, del medio rural, aún tan dominante, que hilaban, tejían para atender a las necesidades familiares, fabricaban el jabón y las velas, braceaban la cerveza, salaban la carne, atendían el huerto, cuidaban de los animales y de las aves de corral?

III. Del Renacimiento a la Revolución

Sobre Madame de Genlis

Troca pues, mi hija,
Tu pluma en aguja,
Quema tu papel;
Te has de resolver
A hilar, a coser:
Ese es tu oficio.

(Citado por Choderlos de Laclos.)

El viejo mundo se mueve y cambia, y sobre todo desea cambiar, cree en el cambio, en el progreso posible a través del cambio. ¡Los chinos también habían descubierto la brújula, el papel y los procedimientos de impresión! Y sin embargo no hicieron los Tiempos Modernos. Por tanto habían mandado sus galeras hasta las costas de África: cuando aquellas tripulaciones regresaron a China y describieron lo que habían visto, recibieron la orden de callarse y de no volver a zarpar nunca más. El papel y la forma de imprenta de los chinos sólo sirvieron para transmitir de una generación a la otra el respeto por el orden establecido y la intangibilidad de la pirámide social. Un gran pánico ante cualquier cambio impidió toda corriente verdadera de comunicaciones salvo las órdenes que bajaban desde la pirámide, desde el poder central hacia las masas a fin de mantener intacta aquella rígida construcción. Se cuenta incluso que algunos matemáticos chinos coetáneos de aquella época habían descubierto los mismos principios pero que jamás conocieron su mutua existencia. La sociedad china desconfiaba del cambio. Sus artistas se dedicaban a copiar a sus maestros y la palabra plagio no podía darse en aquel país, mientras que, en Occidente, el deseo de lo nuevo, del cambio, aireaba un mundo fragmentado cuya fragmentación en sí iba a volverlo permeable a las conmociones de la violencia y las ideas.

El mundo occidental se agita y se renueva gracias a los fabulosos viajes de sus descubridores españoles y portugueses, venecianos, genoveses, y más tarde franceses, ingleses, flamencos y holandeses. Mas sólo se trataba de unas empresas de hombres aislados, tremendas y embriagadoras.

Más que nunca el progreso parece estar ligado al descubrimiento del exterior, que deviene un «otro lugar». Por un movimiento compensatorio que consagra la desemejanza de los destinos, la mujer se halla consagrada cada vez más al espacio interno, a la casa. Basta con recordar que durante la época de las Cruzadas, las mujeres y los niños acompañaban a los guerreros cruzados en sus interminables peregrinaciones. En el siglo XVI sólo los hombres emprenden la salida.

El artesano anónimo se vuelve artista; se le conoce por su apellido, incluso si sus realizaciones siguen siendo colectivas. Viaja, enseña, va de una corte a otra ar astrando tras él a su oscura mujer. La moral prohíbe absolutamente a una mujer hacer otro tanto.

Esta fe en el cambio se traduce en una filosofía totalmente diferente de la del Medioevo. Se ha hablado con justeza de humanismo: en efecto, el hombre aparece, por ejemplo, a Ficino, como un semi-Dios, precisamenete porque cambia, se transforma, porque trabaja. Giordano Bruno canta y glorifica el trabajo humano. En la *Utopía* de Thomas More ya no existen las castas sociales, pero tampoco existen los ociosos: todos trabajan. Estamos muy lejos de la Caballería. Rabelais también da cuenta de esa vigorosa y optimista confianza en la actividad humana no ya despreciada por ser la expresión de la maldición de Dios, sino glorificada y reconocida. Así Ponocrates le enseña a Gargantúa los trabajos manuales más humildes.

Por otra parte, la enseñanza preocupa a los mejores espíritus. Tanto en Montaigne como en Rabelais domina la preocupación por la Pedagogía. El siglo XVII refinará mucho las cosas y el aprendizaje del saber o del trabajo se convertirá en una investigación en la que se aplican por igual los protestantes, los jesuitas y los jansenistas. ¿Qué pequeño francés no recuerda a su maestro o su maestra citándole el ejemplo, a sus ojos muy absurdo, de aquel ministro de frío semblante que tanto amaba el trabajo, que tenía por costumbre, al llegar a punta de alba ante su mesa de gabinete, frotarse las manos de contento cuando la encontraba cubierta de pilas compactas de expedientes?

Esta burguesía emprendedora y activa, ingeniosa, comerciante, fabricante, le da a Europa una nueva fisonomía. Se comprende que, para dar cuenta de esa actividad de la inteligencia y la técnica, fuera necesaria una Enciclopedia

monumental. Los enciclopedistas profesan por el trabajo un respeto absoluto y D'Holbach hubiera deseado incluso que el trabajo se volviese obligatorio. La revolución total de la idea del trabajo acabó cumpliéndose en dos siglos y medio.

Toda una doctrina económica basada en el trabajo se elabora en Inglaterra. Locke elogia el trabajo y ve en él la fuente de la propiedad económica, idea ésta que hubiese sido el colmo de la perversión en lo más hondo del período feudal. Todo lo que hace progresar el trabajo es considerado como bueno en sí. Para Mandeville los vicios privados son unos bienes públicos puesto que estimulan la producción. Hume, siguiendo este impulso, llega incluso hasta celebrar la riqueza y el lujo. Los periódicos de moda en el siglo XVIII nos han legado con el estilo más ingenuo la expresión de esa misma fe: «Un "futilista" da trabajo a veinte obreros.» ¡Vivan pues los fútiles, los futilistas, la moda y sus turiferarios! Adam Smith franquea el paso que media entre la economía y la moral, y considera que la única clase estéril es la que vive en el ocio.

La idea del trabajo está vinculada a la idea de la producción, la riqueza, el incremento de las riquezas, pero está ligada asimismo a la idea del conocimiento y al respeto naciente por la Ciencia.

Es este período rico y lleno de energía el que va a asistir al rápido rebajamiento de la mujer. No porque no sea ensalzada, y hasta un tanto divinizada, sino por considerarla como seductora, como ociosa, como objeto de codicia y como cosa a poseer, como menor de edad que hay que vigilar.

Antes de estudiar la resonancia sobre su situación en el mundo del trabajo de esta nueva fe en el hombre y en la actividad como fuente de riquezas, en la técnica, en la educación y en la Ciencia, será bueno examinar cómo se traduce, en las prácticas jurídicas, esta transformación de la economía feudal en economía precapitalista. La economía feudal estaba asentada mayormente sobre el derecho de uso mientras que la economía capitalista estará basada en el derecho de propiedad. Así tenemos que los derechos de sucesión se modificarán para mermar la parte de la mujer. A finales de la Edad Media las mujeres continuaban siendo aquí o allá herederas al igual que los hombres. Los bienes se acumulan y los hombres tratarán de justificar los de-

rechos de sucesión que excluyan a las hijas de la partición. El Derecho romano cada vez más reincorporado va a servir para justificar ese rebajamiento. Pero también influye el deseo de imitar a los nobles; por ejemplo, la primogenitura era una práctica de la nobleza al igual que los privilegios de la masculinidad. Los plebeyos se afanan por adoptarla en la medida en que van enriqueciéndose. Surgen ciudades industriosas en Flandes, Francia, Inglaterra, Alemania y los Países Bajos. En ellas es abolida la vejación de la servidumbre; se introducen las administraciones municipales. Los burgueses se convierten en una aristocracia venida a menos que quiere imitar a la aristocracia feudal. La exclusión de las hijas en las sucesiones fue insertada entonces en la legislación burguesa, la cual tiende a aproximarse a la legislación noble y confundirse con ella. Los burgueses flamencos e ingleses del siglo XV, los franceses y alemanes del siglo XVI se separan cada vez más de la plebe, que sigue sometida a la jurisdicción del señor, y la igualdad de los hermanos y las hermanas en las particiones no deja de resentirse de ello. Sin embargo, lo que en la burguesía se lega no son tanto los feudos, los títulos, los derechos de caballería, un poder militar, sino que lo que se lega son los negocios, tierras, mercancías, un rango dentro de una corporación, una empresa.

Cuando los bienes son repartidos entre las muchachas y los muchachos, se empieza por dividirlos según el principio del «dentro» y del «afuera»: la tierra es entregada al hijo y los muebles a la hija (leyes de Burchard, obispo de Worms). Pero cada vez con más frecuencia las hijas son excluidas y los hijos se reparten libremente la herencia. Se decía «partir villanamente» cuando todos los hijos se veían igualmente favorecidos, y «partir noblemente» cuando únicamente los varones accedían a la sucesión por primogenitura.

A la par que quedan excluidas de la herencia de las riquezas que a menudo representa la empresa del padre, las hijas van siendo excluidas cada vez más de la educación profesional que estaba vinculada a la práctica de un oficio. Este movimiento alcanza a los gremios, en los que también se perfila el sistema capitalista. Con la decadencia de los gremios y las corporaciones, que se modifican en desventaja suya, la situación de las mujeres no hace sino periclitar. En Inglaterra existían mujeres herreras, fontaneras y fun-

didoras. Desaparecieron como también desaparecieron las mujeres que se dedicaban a la Cirugía y a la Medicina. Laboulaye cita el género de argumentos que por entonces se utilizaban para pronunciar aquellas exclusiones. He aquí por ejemplo un extracto del *Songe du Verger* publicado en 1516 en París: «La mujer es una bestia que no tiene firmeza ni estabilidad, está llena de odio confundiendo a su marido, amamanta la maldad y es el comienzo de todos los pleitos y de todas las tensiones, y en ella se encuentra el camino y la vía de todas las iniquidades. No digo empero que no haya ninguna mujer buena, pero son muy raras, y por lo tanto una ley que no debe promulgarse es una ley de mujeres buenas, por cuanto la ley ha de hacerse para las cosas que acontecen comúnmente» (Lib. I, cap. 147). De lo cual el autor saca la conclusión de que las mujeres no deben ser jueces[1] ni admitidas a ostentar un puesto o negocio cualquiera.

Los hombres se apoderan entonces gradualmente de todos los oficios hasta entonces ejercidos por mujeres. La cervecería, por ejemplo, negocio exclusivo de las mujeres, pasa a poder de los hombres en el siglo XVI. En York, los hombres quieren apoderarse de la fabricación de las velas. Las mujeres resisten desesperadamente pero en definitiva sucumben. En Francia, la industria de la seda, que va mejorándose y mecanizándose, pasa a manos de los hombres y las mujeres sólo conservan las faenas ingratas y mal pagadas, tales como la preparación de los capullos de los gusanos de seda y la *tire* sobre lo cual volveremos más adelante.

Incluso dentro de la costura la ofensiva masculina las atropella y reduce su posición a un nivel subalterno: en efecto, un edicto francés de 1675 ya no otorga a las costureras más que el derecho de coser las faldas, los abrigos y ropas de noche con exclusión de los vestidos y los trajes «que sólo pueden confeccionar los sastres».

A finales del siglo XVII las mujeres quedan totalmente excluidas de las *jurandes* y el sexo masculino constituye por doquier una condición para la admisión en las compañías profesionales. Cabe recordar esa evolución y esa ex-

1. Bajo el feudalismo, la mujer que poseía un feudo podía impartir la justicia.

clusiva masculina en la organización del trabajo libre para comprender la alegría de las mujeres cuando la Revolución abolió los gremios, y las esperanzas, muy mal fundadas, que esta abolición hizo nacer en los medios femeninos.

Desde el siglo XVI, el trabajar en un taller con una mujer no se ve con buenos ojos. En el siglo XVII, el trabajo femenino es declarado francamente «deshonesto e infamante». Es un estigma para la que lo ejecuta así como para los varones de su familia y los hombres que trabajan con ella.

¿Acaso esto significa que las mujeres dejan de trabajar?

Ni mucho menos. Por lo demás, no hubieran podido y nunca dejaron de trabajar por fuerte que fuere la reprobación del momento. Pero en la medida de lo posible trabajan en sus casas, cada cual en su hogar y son empleadas por unos corredores a quienes entregan su trabajo. En suma, se trata de un trabajo a domicilio sin garantía y que va a intensificarse a lo largo de ese siglo XVIII apasionado por la técnica y persistir incluso en el siglo XIX, cuando la revolución industrial habrá empezado ampliamente: lucha patética, pues estaba perdida de antemano, con el maquinismo. Las mujeres luchan denodadamente mientras sus fuerzas, sostenidas por el respeto a las costumbres y su pudor, se lo permiten. Este trabajo a domicilio se realiza, claro está, con un material ligero. Desde el momento en que un progreso mecánico importante se verificaba en la fabricación de un producto o de un objeto, aquel recurso escapaba a las mujeres, obligadas a permanecer en sus casas, incapaces de adquirir unas máquinas costosas y de admitir auxiliares. Con lo cual la historia del trabajo femenino no deja de convertirse en una batalla de retaguardia. Cada vez que un oficio se les escapa en razón de su perfeccionamiento mecánico y de su economía más capitalista, las mujeres inventan otra actividad que siga requiriendo un material ligero y un mínimo de gastos de instalación. Pero naturalmente esto significa que la mano de obra tendrá en él una parte esencial. La fabricación de los artículos basados cada vez más en la especialización de una mano de obra hábil deviene fatalmente una fabricación de objetos de lujo. Pero el mercado de los objetos de lujo está sometido a los imperativos de la moda y presupone la existencia de una clase rica dominante. Estos nuevos oficios que responden a

una situación cada vez más difícil continúan siendo unos oficios marginales cuyos beneficios no pueden incrementarse mucho —pues la habilidad y la celeridad humanas tienen sus límites y no es fácil aumentar la producción— pero cuya demanda puede agotarse fácilmente por cuanto se trata de unos artículos superfluos.

En Inglaterra, en Flandes y en Francia, las máquinas de hilar y de tejer Vaucauson, perfeccionadas por Cartwright, acabarán por arruinar la pequeña producción artesana y hogareña de las mujeres. El algodón ha sido introducido hacia comienzos del siglo XVI, y entra, por ejemplo, en la fabricación de las telas de fustán. Las mujeres lo hilan y lo tejen, muy especialmente en Normandía. Pero en 1767 Hargreaves inventa la *spinning jenny* cuyo nombre por sí solo indica perfectamente a quién le quitaba el puesto. La *spinning jenny* hilaba ocho hilos a la vez. Más tarde, Arkwright y Crompton inventaron máquinas de hilar de 100, 200 y hasta 1.000 husos. Tres obreras pueden realizar entonces el trabajo de 500 hiladoras. La mujer pierde su sustento. Al mismo tiempo se mecanizan el blanqueo y la impresión de las telas. Las *handloom weavers* se lamentan; una encuesta parlamentaria[2] saca a la luz su miseria y su angustia. ¿Qué hacer? Los oficios autorizados a las mujeres son cada vez menos numerosos. Las trabajadoras, acosadas, no pueden reagruparse, pues casi no se conocen unas a otras acostumbradas como están a trabajar en sus casas. Unas están casadas, otras, solteras, esperan el matrimonio, y sus principales energías tienden a salvaguardar o conquistar ese hogar que hay que atender, alimentar desde dentro. No pueden exiliarse: pues es fácil imaginar cuál puede ser la suerte de una mujer vagabunda en busca de trabajo. Sólo pueden contar con su único ingenio dentro de los límites de esas condiciones de vida encerrada y vigilada. Y así las vemos inventar dos nuevos oficios que van a sumirlas más aún en su condición: el encaje y el bordado.

Los encajes nacen en Venecia a finales del siglo XV —las grandes ciudades italianas están por entonces en la plena revolución precapitalista de su economía— y se expanden lentamente hacia el Norte en el siglo XVI. Se perfeccionan al substituir el huso por la aguja, y el punto de Francia y el punto de Flandes luchan con el punto de Venecia. Los edic-

2. La *Handloom weavers' Enquiry.*

tos tratan por lo demás de detener la expansión de esa mercancía lujosa. Pero el encaje se beneficia, en todo caso en Francia, del edicto de Enrique IV que había prohibido las pasamanerías de oro y de plata para frenar el lujo de la nobleza. El encaje reemplaza aquellas marcas de lujo y hace furor. En nombre de la virtud, se trató en balde de limitar su fabricación; mas, al contrario, tras esas tentativas puritanas se organizó el negocio de los encajes e incluso se estimuló como una posible mercancía de exportación. Colbert, ministro de Luis XIV, llega hasta entregar a la señora Gilbert, de Alençon, un castillo y 15.000 libras para sufragar los gastos de la primera instalación. Toda Normandía se lanza entonces al trabajo, y hace maravillas. La reina Elisabeth de Inglaterra, con su gusto inmoderado de los atavíos, había estimulado dicha fabricación en sus país. Brabante, Flandes, Lorrena, los Vosgos y Renania siguen el ejemplo. Pronto hubo tantas encajeras que la gente comenzó a inquietarse y no tanto esta vez en nombre de la virtud y la moral puritanas, sino por cuanto preocupaba el ver a las mujeres trabajar y ganarse la vida de un modo en resumidas cuentas «holgado y poco penoso» sustrayéndose así a unas tareas y unas condiciones más repulsivas para las cuales se las consideraba hechas. Así, Tarle cita la sentencia del Parlamento de Toulouse en 1640 prohibiendo en el marco de su jurisdicción «el trabajo del cojín por cuanto el encaje substrae a demasiadas mujeres a sus ocupaciones domésticas». ¡Los burgueses de las provincias de Velay y de Aquitania ya no encontraban ninguna sirvienta! El desamparo de las encajeras fue tan grande que, aunando sus fuerzas, se buscaron un abogado y lo encontraron en la persona del padre François Régis, quien defendió su causa y la ganó. Millares de obreras de Velay se lo agradecieron. El cronista nota que «la prosperidad volvió entonces a los chamizos». En la sola región de Le Puy las encajeras sumaban más de 100.000 en 1789.

Por las mismas razones, el bordado y sobre todo el bordado blanco, se extiende e invade progresivamente todos los Estados de Europa durante los siglos XVII y XVIII, siendo particularmente próspero en Sajonia, Suiza, en los Vosgos y en Escocia. Hacia 1750, la bordadoras mejoran su rendimiento al inventar el tambor y luego la máquina de bordar. En la Suiza alemana y en el Macizo Central francés, las mujeres inventan el trabajo del ganchillo el cual

se va extendiendo de chamizo en chamizo por toda la Europa del Norte.

He aquí, pues, la fisonomía de esos siglos de transición. Valga lo que valiere, las mujeres bordan, hacen ganchillo, imaginan puntos de encaje y siguen urdiendo, hilando, tejiendo a domicilio en la medida de lo posible. Es difícil imaginar el número extremadamente crecido de aquellas obreras hogareñas. Podemos afirmar que cada casa contaba con una o varias de ellas. Los informes locales de cada principado, de cada país nos dan 40.000 aquí, 70.000 allá. Trabajan para las manufacturas o las empresas a veces muy alejadas. Lille y Roubaix hacen trabajar en Bélgica, en Artois, en Picardía. Le Mans hace trabajar a 35.000 mujeres repartidas en tres departamentos actuales hacia finales del siglo XVIII. Tarle cita además a ese intendente del Languedoc y del Gévaudan, Boulainvilliers, quien hace notar en uno de sus informes: «No hay jornalero, artesano, labrador que no tenga en su casa un telar montado por su cuenta. Su mujer y sus hijos cardan, hilan, preparan la lana, sobre todo durante el invierno. Un débil candil alumbra hasta muy avanzada la noche toda esa suerte de trabajos.» La máquina para hacer medias invade la región de Cévennes. El género de punto de toda clase se extiende por las campiñas de toda Europa. Un informe francés de 1770 señala que es «imposible enumerar con exactitud» los ingenios ligeros para la fabricación de los géneros de punto que están repartidos por las aldeas.

En ese trabajo a domicilio, los salarios siguen acusando el rebajamiento de la mujer. Una hiladora, una bordadora, sólo ganan la mitad e incluso ni eso siquiera de lo que gana, por ejemplo, un tejedor. Young, que visita Francia por entonces, constata esa disparidad y también observa que ocurre otro tanto en Inglaterra, donde la retribución del trabajo a domicilio es igual de mísera. Pero este mísero salario no dejaba de ser un suplemento a los ingresos en frutos o en metálico extraídos de la pequeña hacienda de cada familia campesina. Y se da el caso de que en Inglaterra, el fenómeno de las *enclosures* —las cercas—, que arruinará la pequeña propiedad, obliga a los campesinos y campesinas a buscar fortuna en el pueblo o en la ciudad, en la *workhouse* o la manufactura, con casi tres cuartos de siglo de antelación respecto a los otros países a los que el maquinismo obligará a una mutación semejante. La migra-

ción hacia las ciudades y el trabajo femenino en las fábricas serán más precoces en Inglaterra, más tardíos en Francia, más aún en Alemania y mucho más en la Europa del Este.

Con todo, la obrera de taller no ha desaparecido en Francia, pero su situación se ha degradado y aparece peor que la de la obrera del siglo XIX. En su tesis sobre el «obrero de la seda», Justin Godard nos ofrece un ejemplo significativo al respecto cuando evoca a aquellas *tireuses* —tiradoras— que ayudaban al tejedor de seda. Pisoteando en un espacio muy reducido debajo del telar, estas obreras tenían que agacharse para tirar de los paquetes de cuerdas, que eran pesadísimos. También hacían los lazos, las husadas y cuidaban de la limpieza del taller. Solamente en Lyon, en 1752, son unas siete mil. Estas obreras han de habitar en casa del amo, están contratadas por un año y no pueden abandonar su trabajo sin llevar un certificado conforme han cumplido ya el tiempo de contrato. En 1716, su salario asciende a 40 céntimos diarios por *dieciocho horas de trabajo*, condición peor aún que la que el maquinista siglo XIX infligirá jamás a las obreras manufactureras. En una memoria del 9 de mayo de 1765, el intendente Bouillon escribe al respecto: «Me interesaba por la suerte de las tiradoras. Me dijeron que por un módico salario trabajaban durante 18 horas del día y que acaban por contraer unas enfermedades considerables que tarde o temprano las vuelven inaptas para el trabajo, y que mueren en plena miseria.» Al proponer un dispositivo que habría de hacer su trabajo más llevadero, un inventor argumenta en su exposición que «de este modo le ahorraría al Hôtel Dieu —hospital— de 60 a 80 camas que las citadas tiradoras ocupan en la actualidad, por cuanto sus enfermedades provienen de la pesadez de lo que manejan».

Después de un período de paro, la comunidad de Lyon decide en 1751 «que dado que esa clase de muchachas proceden de las montañas del Delfinado y de la Saboya, serán designadas varias personas para ir a aquellos países y anunciar que el trabajo ha vuelto a reanudarse y que hay cantidad de puestos por cubrir en casa de los dueños, y obligarán a aquellas de las muchachas que se han marchado a regresar a esta ciudad, trayendo con ellas a un gran número de otras muchachas».

Estas muchachas no debían aprender a tejer. Eso les estaba prohibido. El reglamento de los tejedores subrayaba

claramente que si se permitiese ostentar el oficio a las mujeres «la rareza de las tiradoras provocaría el aumento ruinoso de la mano de obra».

Con su brutalidad sin rodeos ni, aparentemente, ninguna huella de mala conciencia, el texto en cuestión es el ejemplo tipo que aclara la superexplotación femenina. Es de un racismo sencillo: utiliza una característica de posibles trabajadores, cual es el sexo, para justificar de un modo arbitrario que en ningún caso podrán elevarse por encima de una determinada condición. Lejos de afirmar que las mujeres no sabrían tejer —muy por el contrario se sabía que serían capaces de hacerlo y que habían existido maestras tejedoras— se afirma que no deben —en tanto que mujeres— tener la ocasión de probar su habilidad. La razón nos es brindada lo más nítidamente del mundo: si no se rebajase arbitrariamente a las mujeres sería imposible encontrar a bajo precio unas auxiliares capaces de querer asumir una tarea tan especialmente ingrata, físicamente penosa y absolutamente desprovista de porvenir.

El caso de las tiradoras da luz igualmente a otro fenómeno raramente evocado del trabajo femenino de aquella época, cual es la migración de las muchachas pobres de las regiones desheredadas, en ciertos casos concretos. No se marchan a la aventura en busca de trabajo, sino que se las va a buscar, batiendo el tambor en los pueblos y aldeas, a sabiendas de que el manantial de muchachas que buscan ganarse el pan es inagotable. De la misma manera, por cuanto aceptan unos trabajos penosos y con unos salarios muy bajos, las muchachas, aquí y allá, son llevadas en migraciones temporales para efectuar determinadas faenas agrícolas. En los pueblos se las contrata por grupos para la siega, la cosecha de la aceituna, para la vendimia u otras faenas temporales. Estas tareas las llevan a veces muy lejos de sus casas. Pero por ello no están más libres. Los mayordomos e intendentes iban a buscarlas a sus aldeas y las enganchaban como a unos soldados. La gendarmería estaba avisada de su paso, lo que dejó sus huellas en los documentos archivales. Todo parece indicar que aquellas emigrantes recorrían a veces hasta trescientos kilómetros cada temporada para realizar los trabajos que les estaban reservados, y ello bajo una cuidadosa vigilancia.

Entre las que de este modo eran llevadas lejos de su casa sin por ello disfrutar de la libertad y de las posibilida-

des del «afuera», cabe contar a las inumerables domésticas. ¿Cómo lograr calcular su número? Investigando acerca de la historia de mi pueblo, situado en un cantón forestal a 80 kilómetros de París, volví a encontrar las estadísticas locales de empleo, es decir, la lista de las profesiones para una circunscripción de 5.000 trabajadores repartidos en una quincena de pueblos muy pequeños y de una pequeña ciudad. En el siglo XVIII, de unas 2.500 mujeres aproximadamente, 502 eran consideradas como «en condición» —sirvientas—, o sea alrededor de una sobre cinco.

Sin embargo las domésticas no eran aún el más bajo nivel de la escala social. No hay que olvidar que la servidumbre no estaba abolida aún en toda Europa. En Francia, aún quedan en el año 1779 un millón de siervos y de siervas. María Teresa, hasta 1775 no limita las prestaciones obligatorias de los siervos y siervas en Hungría. La servidumbre se halla más extendida aún en Alemania, y el Emperador liberal Federico II permite a los siervos que apelen a su persona. En Austria «quien no pudiere probar que ha sido emancipado pertenece al señor de la tierra sobre la cual está establecido». En Polonia y en Rusia, la servidumbre está por entonces en su apogeo, pese a no haber aparecido más que a finales del siglo XV. Iván el Terrible sacrifica los campesinos al apoyo de los nobles y el régimen de servidumbre no deja de extenderse tanto para los hombres como para las mujeres. Numerosos eran «esos animales bravíos, machos y hembras, repartidos por la campiña, negros, lívidos, y enteramente quemados por el sol, atados a la tierra que hurgan y remueven con una obstinación inquebrantable», de los que La Bruyère escribía que «tienen una voz articulada, y, cuando se levantan, muestran algo como una faz humana: y, en efecto, son hombres». Y mujeres.

Henos aquí muy lejos de la imagen de las mujeres que nos legara la literatura aristocrática o burguesa de la época. Sin embargo, dicha literatura permite que nos percatemos de hasta qué punto dentro de la propia burguesía no se trataba mucho de instruir a las muchachas en lo que fuere. Molière es al respecto, con su gravoso antifeminismo burgués, un excelente ilustrador. Sus *Preciosas ridículas* han conseguido su objetivo y todo el mundo sigue riéndose aún. Sin embargo, no deja de ser un hecho que las «preciosas» eran

unas mujeres que deseaban instruirse y, en realidad, fueron también conmovedoras en sus esfuerzos por salir de la ignorancia supina en la cual las mantenían confinadas. Las heroínas estúpidas de Molière no pueden hacernos olvidar a Madame de Lafayette. En fin, de todas maneras, nada de latín ni de griego, aún menos de ciencia, para las muchachas de buena familia, entre las cuales las más talentosas forjan su destino en la religión o en la estrategia amorosa. Las escuelas sólo eran frecuentadas por los muchachos. Los pensionados de las jóvenes aristócratas están bajo la dirección de las monjas, que no dispensan ninguna instrucción puesto que muchas de ellas son analfabetas. Son los hombres, los maestros, quienes vienen de fuera para enseñar algunas nociones rudimentarias a las damiselas. Las mujeres aún no tienen derecho a enseñar. La única disciplina profesada por una mujer era la costura. Fénelon había pensado, en el siglo XVII, preparar a algunas muchachas pobres de buenas familias para ganarse la vida. Pero aquello se había limitado a impartirles algunas buenas maneras y la religión. La educación facilitada en la institución de Madame de Maintenon era ciertamente excelente, pero sólo puede concebirse como preparatoria para el trabajo. Un siglo más tarde, Basedow escribe en Alemania en el mismo sentido que Fénelon o Madame de Maintenon, y Caroline Rudolphi, su discípula, crea una escuela en Hamburgo. En su *Tableau de l'éducation féminine* publicado por entonces, escribe esta frase cuya resonancia es ya tan moderna: «Haced de vuestras hijas unas personas humanas. No empecéis a hacer de ellas unas mujeres del mundo o unas amas de casa. En primer lugar, haced de ellas unos seres valientes que en caso de necesidad puedan marchar por sí solas en la vida.»

Éste será el estribillo de las primeras feministas, Olympe de Gouges, Madame Mouret, Etta d'Oelders en Francia, Mary Astell y Mary Woolestonecraft en Inglaterra. Condorcet aquí, Cheridan allá, reclaman la instrucción femenina. Para tener idea de lo que entonces representaba el handicap de la falta de instrucción para las muchachas, basta pensar que el examen del registro de matrimonios de una gran ciudad como Toulouse atestigua que, en 1789, el 54 % de los hombres que se casan son capaces de firmar con su apellido pero que sólo lo hacen el 20 % de sus jóvenes esposas...

Las mujeres que saben escribir se afanan como pueden al anuncio de la reunión de los Estados Generales de 1789 de los que saldrá la Revolución, para hacer saber que quieren instrucción y trabajo. Los libelos escritos por mujeres no dejan de ser explícitos al respecto. *Las quejas de la pobre Javotte, abogada de los pobres,* las resumen claramente: «Queremos un empleo —escribe— no para usurpar la autoridad de los maridos, sino *para poder vivir.*»

Pues de eso precisamente se trataba. En aquella época, París contaba, según el padre Havel, 70.000 prostitutas, es decir, dos veces y pico más que en la actualidad para una ciudad diez veces menos poblada. Y en muchos de los oficios mal retribuidos (las obreras de las lavanderías, las sirvientas de toda clase, las chicas recaderas de las tiendas de modas), las trabajadoras eran unas semiprostitutas que redondeaban sus pésimos ingresos con la vida.

Así pues, vale la pena subrayarlo, los primeros gritos públicos de las mujeres no han sido unas reclamaciones de derechos exhorbitantes ni de autoridad, sino más bien un llamamiento angustioso para pedir trabajo. Una de sus peticiones públicas en 1789 pide que todos los oficios consistentes en hilar, tejer, tricotar y coser les sean reservados. No sólo no rechazaban el título de obrera del cual tanto se ofuscará Michelet, sino que lo reivindicaban.

Aquellas mujeres fueron muy mal acogidas por los revolucionarios y sobre todo por los que, como Robespierre, estaban fuertemente impregnados de Rousseau, para quien la unidad básica de la sociedad, una sociedad que desea libre y no ya jerarquizada como en los «tiempos góticos» tan despreciados, es la familia. El trabajo productor, y por consiguiente remunerador, al igual que la vida pública, le están reservados al hombre, y la mujer debe a su sombra ocuparse exclusivamente del bienestar de su marido y de sus hijos. Veremos más adelante que sus teorías van a ser la base de un profundo cambio al cabo del cual los hijos serán confiados a la madre, que cuidará de modo preponderante de su educación —lo que hasta entonces no hacía— y que de resultas de ello una instrucción mínima les será consentida por la sociedad a las mujeres para que estén en condiciones de criar a sus hijos y sus hijas. Pero el «derecho al trabajo» que por lo demás no le está reconocido francamente al hombre por la Revolución, es negado totalmente a las mujeres.

Amar, correveidile de Robespierre, dirá: «Cada sexo está llamado a un tipo de ocupaciones que le es propio. Su acción está circunscrita dentro de un círculo que no puede franquear. (Se trata naturalmente en este caso de las mujeres.) La honradez de una mujer ¿acaso permite que se exhiba en público, que luche con los hombres?» Y Chaumette, otro «convencional», ponente de la ley que prohibía las asambleas y los clubs de mujeres declara en una hermosa proclama: «La Naturaleza le dice a la mujer: sé mujer. Los tiernos cuidados hacia la infancia, las dulces inquietudes de la maternidad, he ahí tus trabajos. Pero ¿tus ocupaciones asiduas merecen una recompensa? ¡Muy bien, la tendrás! Tú serás la divinidad del santuario doméstico, tu reinarás sobre todo cuanto te rodea por el embrujo invencible de las gracias y la virtud. Mujeres incautas que queréis volveros hombres ¿Acaso no tenéis todo cuanto queréis? ¿Qué más queréis? ¡Reináis sobre nuestros sentidos! ¡Los legisladores están a vuestros pies!»

Este discurso resuena de un modo más cómico si sabemos que las mujeres no reinaban ni por asomo sobre los sentidos de Chaumette, atareado en otras solicitudes. Pero, esto aparte ¿No es ésta una lúgubre respuesta al grito de «queremos instrucción y un trabajo» que había resonado en los clubs prohibidos por aquel hermoso fragmento de elocuencia? Por tanto, las mujeres habían creído que la Revolución iba a emanciparlas *al igual que había emancipado a los esclavos y los negros.*

Las nociones de lo de «dentro» y de lo de «fuera» se vieron reforzadas por el puritanismo del siglo XVII y por mucho que el siglo XVIII vea el relajamiento de las costumbres, ello no impedirá que las mujeres sigan mantenidas en la clausura de las casas con la única excepción de las comediantes, las vendedoras de objetos de moda, y de todas cuantas buscan fortuna a costa de «su honra y su virtud».

Durante la segunda mitad del siglo XVII, hemos indicado más arriba, la gente empieza a preocuparse por confiar a las mujeres la educación de los hijos más allá de la niñez. Montaigne o Rabelais se hubiesen sorprendido. Jamás se insistirá bastante sobre ciertas observaciones que chocan en relación con la opinión corriente: la idea que se tiene, por ejemplo, sobre el amor maternal, que cada cual considera, pese a algunas excepciones, más fuerte que el amor pa-

terno. La palabra «madre» evoca en nosotros la realidad de los vínculos afectivos privilegiados entre la que da la vida y la enseña y sus hijos. Nos resulta difícil concebir que el amor materno, no a escala de un individuo sino de una civilización, tiene una historia al igual que el amor humano tiene la suya. Si situamos bien el nacimiento del amor cortés y la modificación de los sentimientos que unen a los hombres y las mujeres desde los siglos, jamás se vuelve a impugnar la perennidad del amor o del sentimiento maternal y de sus modalidades, como si se tratase en tal caso de un dato natural, inmutable, muy poco afectado por los climas sucesivos de las civilizaciones y totalmente desobedientes a la moda. Quien trate de escribir la historia del sentimiento amoroso (y ciertos autores lo lograron con éxito) construye su búsqueda y asienta sus explicaciones sobre las citaciones de los textos literarios y de los escritos de todo tipo. Lo cual parece legítimo. Pero en ese caso, intentemos hacer otro tanto para escribir la historia del amor maternal y nos daremos cuenta de que, por decirlo así, no ha dejado ninguna expresión de sí a lo largo de los siglos, ni por parte de autores femeninos ni por autores masculinos. Al cantar el amor humano, el hombre ha sabido siempre hablar al mismo tiempo del amor que la mujer sentía por él. Desde finales del siglo XVIII, el hombre ha sabido también arrancarnos las lágrimas al describir el amor materno. Pero antes, no había más que un desierto. Los gritos de amor paterno y de amor filial que empiezan por la veneración del padre, son mucho más numerosos. Los pocos relatos de amor maternal que la literatura encierra desde la Antigüedad hasta entonces, son exclusivamente unos relatos de actos heroicos y de sacrificios realizados por unas madres de niños muy jóvenes descritas como lobas defendiendo a sus cachorros. O bien se alaba a unas madres excepcionales por sus cualidades de energía y de inteligencia. Pero el amor maternal, pasión dominante de las mujeres tal y como invadirá la literatura del siglo XIX, ése no existe. Una excepción famosa es la persona de la marquesa de Sevigné. Sin embargo, la divina marquesa es más bien un caso aparte y no el ejemplo de una norma. ¿No tenía dos hijos? ¿Acaso no centró toda su devoción sobre su única hija, permaneciendo respecto a su hijo en la indiferencia de buen tono que por aquella época era costumbre? Mucho más que un sentimiento común admirablemente expresado, Madame de Sévigné grita en sus

cartas, entre líneas, una pasión, pasión toda ella personal, sazonada con amargos celos, imperiosas angustias y sublimes gozos casi incestuosos.

Es sumamente difícil tratar de imaginar un mundo en el que el amor maternal no se expresaba en la educación de los hijos y seguía siendo un asunto de individuos aislados. Si la literatura —tanto la literatura popular como la «culta»— es casi muda hasta fines del siglo XVIII respecto a un sentimiento que desde entonces ha suministrado tanta materia a tantas y tantas efusiones líricas, el estudio cuidadoso de los hechos diarios y de los documentos históricos no hace sino reforzar la evidencia de la considerable evolución del sentimiento materno en las civilizaciones occidentales. Philippe Ariès[3] ha sabido mostrar admirablemente que en la Edad Media, por ejemplo, no se tenía el sentimiento de la niñez y que ni el vocabulario ni tampoco el vestido diferenciaban claramente los distintos períodos de la infancia. El papel sumamente esfumado de la madre era el corolario de una tal situación. El Renacimiento vio nacer la idea de la educación, los balbuceos de la pedagogía, pero en provecho tan sólo del amor paterno. La madre sigue desempeñando un papel pasivo y de poco relieve.

Las mujeres de la nobleza y de la burguesía no crían a sus hijos. Desde su nacimiento, son confiados a un ama de leche. Rousseau tratará de despertar en las mujeres el deseo de amamantar personalmente a sus hijos, desencadenando aquella moda que Madame de Genlis ridiculizaba al hablar de las «vanidades de la teta» que por entonces se daban mucho en los salones. Pero aquellas mundanas tentativas no logran apenas contrarrestar la costumbre que consiste en deshacerse del hijo recién nacido. Pues las amas de leche contratadas a domicilio para cuidar de un niño son menos frecuentes que las amas de leche rurales a cuyas casas se mandaba la criatura. A principios del siglo XIX, en los periódicos femeninos que trataban de defender la causa de la educación del hijo por la madre, es posible leer interesantes artículos sobre esa «calamidad social» que el ama de leche representa. Uno se da cuenta de que el niño muy raramente tenía una sola ama de leche. En la mayoría de los casos cambiaba de nodriza repetidas veces, bien

3. Ariès PHILIPPE, *L'enfant et la famille dans l'Ancien Régime*, París, Plom.

porque la primera se quedaba sin leche, bien porque una visita repentina hubiese convencido a los padres de la mediocridad de los cuidados con los cuales atendía al vástago: «Os encontráis a vuestro hijo dando alaridos, colgado de un clavo, cerca de la lumbre, mientras el ama de leche se marchó al campo para varias horas.»

Criado de este modo desde su más tierna edad por otra u otras mujeres, el niño pasa seguidamente a las manos de diferentes domésticos, hombres y mujeres, y preferentemente de los hombres si se trata de un varón y de las mujeres si es una niña. Sigue alejado de su madre, a quien llama «madame», y sólo empieza a conocerla cuando tiene edad de frecuentar el salón materno. Los detalles de su educación y las grandes opciones de su vida de niño o de niña o de adolescente incumbe al padre. La madre sólo se preocupa por ellos cuando falla el padre o cuanto tiene carácter, temperamento, ideas, o corazón, pero esto no está ni mucho menos de moda. Cuidar del niño significa por lo demás, en el mejor de los casos, encontrarle unos maestros.

En los medios populares, el hijo es amamantado por su madre al mismo tiempo, a veces, que un niño de familia rica, no siendo raro que esa madre prefiera éste a su propio hijo. Así crece en un hogar de familia numerosa donde es querido y perfectamente admitido, pero donde no se preocupan de él más allá de lo normal. Las abuelas, los hombres, los hermanos y hermanas se ocupan de él otro tanto que la madre. Si la casa en la que el niño o la niña crece no está poblada de varias generaciones de colaterales, el niño es criado casi por todo el pueblo, corriendo por los caminos y los campos desde su más tierna infancia y trabajando muy temprano. Es muy frecuente que lo coloquen en una casa extraña a partir de los siete u ocho años de edad. No es raro tampoco que sea casi adoptado por otras personas que no sean parientes suyos y pase su vida en la casa en la que ha sido colocado en lugar de en su ambiente familiar. De todas maneras, salvo en su primera niñez, los hijos no se hallan bajo el cuidado exclusivo de la madre. Las mujeres no están consagradas a ellos mientras el padre ejerce una autoridad indiscutida que se acompaña de una ingerencia —muy relativa— en la educación del niño. El padre es el responsable, la madre sigue siendo un per-

sonaje secundario, esfumado y no asume ningún papel privilegiado.

Las pocas personas que se han interesado por esta mediocridad del sentimiento maternal antes del siglo XVIII alegan que morían tantos niños recién nacidos o de corta edad, que el niño no tenía la misma significación que en la actualidad. El padre también se desinteresaba del crío. Montaigne es un claro ejemplo de ese desinterés carente de mala conciencia. La madre que traía el niño al mundo debía ejercer a su respecto un fatalismo que restringía sus impulsos maternos, al ignorar si Dios no se lo volvería a llevar o no. Así, se abandonaba a la Providencia, que era la que decidía —según pensaba— en aquella lotería, más que a las atenciones con las que podía rodear al bebé. Pero esto hubiese sido un argumento de peso si Pasteur hubiera sido un coetáneo de Rousseau, si la moda del hijo y la boga extraordinaria de la «madre educadora» hubiera sucedido inmediatamente a los progresos decisivos de la ciencia y a la atenuación de la mortalidad infantil. Pero más de un siglo separa la moda del hijo, la moda de la «maternidad», del mejoramiento decisivo de la higiene a raíz de los descubrimientos de Pasteur.

Las postrimerías del siglo XVIII, que vieron nacer este nuevo cometido de la mujer y esta moda del niño se caracterizaron por una elevada mortalidad, aumentada por un número de niños abandonados que confunde la imaginación. En 1771, se acoge en la Inclusa de París a un número de niños dejados en el «torno»[4] o «expuestos» sobre los peldaños de las puertas de las iglesias y en las calles cuyo total equivalía a la tercera parte del número total de nacimientos de la capital parisina... Es verdad que sobre estos 7.000 y pico de recién nacidos abandonados,[5] muchos procedían del campo. Ciertos personajes, en efecto, tenían como oficio el de recoger en las aldeas a aquellas criaturas indeseadas. Mediante unas monedas que les daban los padres, esos individuos llevaban, a carretadas, a los niños abandonados a

4. Puerta giratoria ciega que permitía depositar al niño sobre una tablita sin ser visto por el personal de la Inclusa. Luego, se hacía girar la puerta y el bebé se encontraba en el interior del local.

5. A guisa de comparación, señalaremos que actualmente y con una población diez veces mayor, se cuentan en París, según los años, entre 0 y 3 niños abandonados anónimamente.

la Inclusa de París, donde —un cálculo indiscutible establecido sobre la base de los archivos lo atestigua— sólo uno sobre nueve alcanzaba la edad de los veinte años. Esta tremenda proporción de niños abandonados no era privativa de París, pues Amsterdam, Estrasburgo, Nancy, etc... conocían asimismo unas marcas de idéntica tristeza, como atestiguan sus archivos, y otro tanto debía ocurrir en otros lugares —sobre todo en las ciudades donde el concepto católico de la caridad había propiciado la construcción de las casas de expósitos, pues por su parte los protestantes consideraban que eso era tanto como estimular la posible cobardía de los padres.

Fue en medio de esa atmósfera, en medio de esa espantosa realidad, que se extendió el concepto tan nuevo de la madre cabal, consagrada a los hijos, educadora, divinidad del hogar, que iba a transformar tan profundamente la condición femenina y modificar hasta las reacciones más íntimas de las mujeres respecto a los hijos. Así pues, en el origen nos encontramos no con la mejora de la higiene, el progreso de la puericultura y la regresión de la mortalidad, sino más bien con una nueva concepción de los cometidos femeninos y masculinos que llegan a regular hasta los mismos sentimientos y que está mejor adaptada a la economía capitalista a punto de nacer y a la civilización técnica en gestación. Fabricantes, obreros, empleados de todas clases van dejando cada vez más el hogar urbano a horas fijas y para la jornada entera. Se van dispersando cada vez más las extensas familias que abarcan a los abuelos, los parientes colaterales, los servidores y las sirvientas e incluso a las personas solas que viven en una casa extranjera toda su vida; se van dispersando cada vez más aquellas grandes familias que habían encontrado en el medio rural y semirural un óptimo desarrollo. Ceden el puesto a las familias urbanas más restringidas que se hallan integradas principalmente por el padre, la madre y los hijos del matrimonio. Este nuevo núcleo social es considerado como la unidad básica de la sociedad. El productor de dicha unidad será el hombre, y la mujer cuidará en casa de los hijos, a quienes no se puede dejar vagar por las calles de la ciudad de la misma manera que corrían por los bosques y los campos. La esposa encargada de las tareas de la supervivencia diaria y de la educación de los hijos constituye la condición implícita de las construcciones de los revolucionarios del siglo

XVIII, la condición de la construcción de la era industrial capitalista del siglo XIX.

La vida privada, la vida interna en sí de las mujeres, iba a profundizarse singularmente, a ampliarse y embellecerse merced a este regalo que les hizo, no la Naturaleza sino más bien una vicisitud de la Historia. El siglo siguiente será el heredero del sentimentalismo del siglo XVIII que nunca se destacará como merece. Son mayormente las mujeres las que asumirán ese sentimentalismo en su propia vida. Ellas extraerán del mismo unas ventajas apreciables, incluso en otros aspectos diferentes del de la vida íntima. Se las instruirá mejor para que puedan criar mejor a los hijos, por ejemplo.

Pero como lo veremos seguidamente, ese regalo exclusivo de la educación de los hijos hecho a la madre, el cual anuncia el ocaso y la abstención progresiva del padre, contribuirá a alejar cada vez más a las mujeres de la sociedad técnica, científica e industrial en desarrollo. Las volverá cada vez más dependientes económicamente del hombre, y, por consiguiente, vulnerables y frágiles en el rudo mundo del trabajo, que está realizando su mutación sin consultarlas, sin reservarles un puesto. Sólo las acogerá en la medida en que se doblegarán a aceptar su servidumbre.

IV. El siglo XIX

¡El siglo XIX! Cuanto más se aleja en la bruma de la Historia, más se agiganta. Huecos umbríos y espantosos de la miseria, poderío de las ideas, humaredas, máquinas, ruido, multitudes, y un impulso irresistible de vitalidad, una vitalidad que tiene un regusto de muerte. Mas también unos claros de luz, unas individualidades que cambian el destino, otras que son como unos paisajes inagotables, unas personas verdaderas de las que se siente casi ganas de llamar «almas» más que en ninguna otra época. Un despertar de tantas cosas, una mutación tan profunda y al mismo tiempo esa corteza de aburrimiento, esas costumbres osificadas de la burguesía, esos corsés y esos cuellos tiesos... El horror, la fría crueldad, el cinismo, el desprecio por el sufrimiento de los demás, la maldad, destacan en él como nunca. Hay una fealdad del siglo XIX que espanta por cuanto es una fealdad humana. Los hombres aún no han sido rebasados por las armas que inventaron, aún no se han machacado con los sistemas y los mecanismos ideológicos como lo serán en el siglo XX. Están frente a frente, y pueden sondear sus motivos recíprocos, su sed, pueden verse respirar como adversarios enfrentados, verse degenerar de miseria o cebar por darse demasiada buena vida. Nunca tampoco la sensibilidad fue tan vibrante, el corazón arrastrándose en todos los escritos, las lágrimas más cercanas, las embriagueces del alma y las piedades más vivas. Jamás los destinos individuales han sido tan importantes. Jamás se dio tanta valentía, tanta energía bravía, pero tampoco tanta cobardía. Siglo de la hipocresía así como del sentimiento sincero, y no amordazado por el escepticismo que parece haber desaparecido de la escena. Siglo de las pasiones, el siglo XIX no es el siglo de las luces. Las ideas son fuerzas en él, que hacen mover, más que unas luces que iluminan. No hay ningún equilibrio escondido que descubrir. Un ritmo de vida arcaico y sereno intenta pervivir, pero todo en la sociedad del siglo XIX es desequilibrio dinámico.

Ideas sobre el trabajo

Siglo del trabajo más que ningún otro. Los filósofos del siglo XVIII así lo vaticinaron. Kant, para quien vivir es realizarse como unidad a través del caos de la multiplicidad, es imponer el orden al desorden, es esfuerzo, es tensión, es facultad productora, es trabajo. Fichte, también, del que se percibe bien la concepción demiúrgica; el hombre no encuentra la dicha sino en la actividad; el Estado, según cree, debe garantizar a los ciudadanos el derecho al trabajo. Y más aún Hegel, para quien todo debe ser trabajado, incluso el aire que nos rodea.

Los filósofos del siglo XIX se preocuparán del trabajo de una forma mucho más concreta. Serán economistas, serán políticos, pondrán el mundo de los deheredados en marcha desmontando el mecanismo de su opresión. Marx y Engels enseñarán que el trabajo puede y debe ser organizado, que ha de convertirse en la puerta y la gloria del trabajador y nunca más en su cruz y en el instrumento de su opresión. Todo esto es demasiado conocido para necesitar una nueva concreción.

El trabajo se convierte en una nueva religión. En Europa, conduce a los grandes trastornos sociales y a la Revolución Rusa por cuanto aguza el anhelo de justicia social al desentrañar la idea de que el que trabaja y produce crea la riqueza de la sociedad; sociedad que debe otorgarle el poder, puesto que él asegura su prosperidad. En América esta religión del trabajo se convierte entonces en la religión de la prosperidad, la religión del éxito y de la riqueza, después en la religión del confort, del consumo, de las distracciones.

De todas las ideas respecto al trabajo que circulan en el siglo XIX y que llenarían una vasta biblioteca, algunas atañen al trabajo de la mujer. Con el retroceso histórico hoy nos es posible clasificar casi a los filósofos y los utopistas del trabajo conforme al puesto y la solución que les asignaron a este anexo irritante, a esta excepción que no confirma la regla, a este caso singular de centenares de miles de seres que constituye el trabajo de las mujeres.

Marx es nítido, coherente, lógico. Para él, al igual que para Saint-Simon, cuando dice hombre, ello significa el hombre o la mujer. Analizando toda la problemática del trabajo

bajo la relación de fuerza de la lucha de clases, desmonta el mecanismo de la explotación del hombre por el hombre. Y en su manuscrito de 1848, tomará la relación entre el hombre y la mujer como la relación tipo entre el explotador y el explotado, el ejemplo a partir del cual pueden deducirse todos los demás. Empero, quizá hubiese sido preciso ir más lejos y ofrecer un análisis sobre el modo especial en que esta última explotada, la mujer, podría liberarse de esa relación de fuerzas, y particularmente aquella que trabaja y que es dos veces explotada, dos veces proletaria. Veremos que los *métodos* de la lucha obrera contribuirán a destacar la inferioridad de la mujer, por cuanto serán aplicados como unas relaciones de fuerza.

Proudhon, el antimujer

Es menester citar a Proudhon pues grande fue su influencia sobre la evolución de las ideas en el mundo del trabajo. Especialmente sus ideas respecto al trabajo de las mujeres que inspiraron y siguen inspirando a menudo a los sindicatos masculinos. Proudhon era un antifeminista patológico, narcisista y sin duda un homosexual recalcitrante tal y como afirman sus últimos biógrafos. Tanto odio y tanto recelo sentía por la mujer que se tomó el trabajo de escribir a su respecto unas elucubraciones pasionales de una tal necedad que tendría que ser obligatorio que todo espíritu curioso que estudie a Proudhon las leyera.[1]

Generalmente, cuando alguien se refiere a la obra y el pensamiento de Proudhon, se suele echar un discreto velo sobre esas enormidades que acostumbran a ser tratadas como cosas sin importancia. Pero no se trata ni mucho menos de fútiles pormenores, sino de la expresión exacerbada de una opinión que fue muy escuchada; en todo caso esas futilidades contribuyeron ampliamente a atizar el fuego entre trabajadores femeninos y masculinos. Para Proudhon, la mujer es congénitamente inferior y no cabe esperar de ella ninguna evolución. (Sin embargo, teme como la peste cualquier síntoma de evolución y de desarrollo intelectual en cualquier mujer, y fulmina con insultos a las que tratan de pensar, de discutir y le formulan preguntas.) Expresa

1. Véase P. J. PROUDHON, *La Pornocratie.*

«científicamente» el cálculo de la inferioridad de la mujer mediante una fracción que da el valor de la mujer en relación con el del hombre: ¡8/27! El único destino de la mujer debe ser el servicio de su esposo, las labores domésticas, la procreación. Y ni hablar del placer físico, sobre todo ninguna educación y menos aún instrucción, y como trabajo, nada que pueda parecerse a un oficio. ¡Un oficio significaría un salario, una apariencia de independencia, qué desgracia! La mujer, para Proudhon, no debe poder costear sus propias necesidades. Sólo la concibe en tanto que ama de casa o cortesana; las mujeres buenas siendo amas de casa y las malas, rameras, como es natural. Llega hasta desear una selección genética que permita eliminar a las malas esposas y formar una raza de buenas esposas disciplinadas al igual que se forma una raza de buenas vacas lecheras. Aspiraba a una legislación que le diera con amplia latitud al marido el derecho de vida y de muerte sobre su mujer, incluso por causa de «desobediencia» o de «mal carácter». ¿Un loco? Pues no es lo que parecen creer todos cuantos admiran su obra, por lo demás bastante interesante. Pero es lo cierto que su influencia en Europa fue profunda, incluso en el campo mismo de su locura antimujer. Para él, la mujer que trabajaba era una ladrona que le robaba el trabajo a un hombre: veremos con qué satisfacción aquellas palabras fueron bien acogidas por los hombres que seguían arrancando a las mujeres todos los oficios que hasta entonces fueron suyos. Naturalmente, no podía concebir ninguna igualdad de salario a trabajo igual entre hombres y mujeres, aun cuando de todos modos, para ciertas faenas, se conservaba a las mujeres en el trabajo. De manera que perteneció a los que arraigaron la idea de la diferencia de salarios que debían percibir los hombres y las mujeres, acarreando con ello el empleo preferente de las mujeres por aquellos patronos que trataban de pagar los salarios más bajos posibles, y la hostilidad de los hombres contra aquellas *esquiroles* que impedían cualquier aumento salarial. Las ideas proudhonianas sobre la mujer fueron muy perjudiciales para el mejoramiento de la suerte de los hombres mismos, por cuanto todo está ligado dentro de una sociedad, y la raza de esclavas pías y embrutecidas que Proudhon deseaba hacer con las mujeres no podía contribuir al bienestar de la humanidad. Por el contrario, un tal prejuicio de desigualdad se revolvía fatalmente contra aquel pueblo del

que había salido y al que quería defender con toda su sinceridad y todo su talento.

Fourier, de ayer y de mañana

Los utopistas feministas tuvieron un concepto muy distinto del trabajo. Owen, en Inglaterra, ayudó mucho a las obreras a conquistar su dignidad y a sus talleres llegaron trabajadoras de Francia, de Bélgica, de Alemania, que regresaron a sus países como ardientes propagandistas. Cabet asignó igualmente a la mujer un puesto importante y numerosas fueron las que se embarcaron para las Américas con el fin de constituir aquellos famosos falansterios en los que debía reinar la armonía y que se dispersaron, derrotados por falta de organización. Pero el más original de los pensadores utopistas de aquella época fue sin duda el solterón Charles Fourier, de quien no hemos acabado de descubrir la sorprendente presciencia. Mientras que cada cual celebraba la religión del trabajo, Fourier afirmaba tranquilamente que el hombre no trabaja más que movido por la miseria, la avaricia, o la presión social o religiosa. Triste constatación que mucho dista del lirismo del trabajo ensalzado entonces por doquier. Fourier, que aquí y allá se había aburrido mucho trabajando como empleado de comercio, considera que es preciso hacer del trabajo un verdadero placer. Siendo el placer y las pasiones las fuerzas motrices, hay que hacer del trabajo un juego y una pasión. Para conseguirlo, es necesario reducir la duración del tiempo de trabajo, tratando de liberarlo de toda monotonía. No nos apresuremos en sonreír, pues se trata en este caso de los problemas con los que el mundo de mañana va a enfrentarse. Fourier, con toda serenidad y enteramente feminista, hasta el punto de desear la libertad sexual y el completo desarrollo y florecimiento de la mujer sin coacciones particulares, puesto que a sus ojos toda la desgracia del mundo arranca de los apremios que él mismo se impone, anhela para las mujeres la libertad de opción en su profesión y una remuneración equivalente por el mismo trabajo a la de los hombres. Fourier no tuvo una influencia directa bien clara sobre su época. Pero cabe subrayar aquí que se granjeó la eterna gratitud de algunas mujeres, que se convirtieron en

discípulas suyas, y estas mujeres, precisamente, asumieron un gran papel en la lucha obrera de Francia.

Ellas fueron las únicas que supieron alzarse en contra de una opinión unánime que compadecía a las mujeres que por necesidad se veían obligadas a trabajar y que anhelaba a más corto o largo plazo que el trabajo femenino desapareciese, y por ende que el derecho al trabajo no se les reconociera a las mujeres. Veremos más adelante cómo estas discípulas de Fourier supieron, por vez primera en la historia del trabajo femenino, analizar la sociedad en la cual vivían, reconocer el papel preponderante que en ella desempeñaba el trabajo en tanto que valor, garantía de independencia, de dignidad, de forma de pertenecer al mundo e incluso de actuar sobre el mundo y de rechazar los consejos y las quejas de todos los que las apremiaban a luchar para conquistar «la libertad de quedarse en el hogar». Las mujeres fourieristas fueron las únicas —cuando menos en Francia— en saber discernir y salvar las trampas y elaborar y plantear una primera Carta de la condición femenina que, esta vez, no era ninguna cita fallida con su época.

Fin del trabajo a domicilio

«El vapor, desde su aparición en el mundo de la industria, ha roto todos los tornos, todas las ruecas y ha sido preciso que las hiladoras y tejedoras se pusieran a reclamar un puesto a la sombra del alto horno de la fábrica», escribe Jules Simon en 1860 en un artículo intitulado: *Le Travail et le Salaire des Femmes.*[2] Primero en Inglaterra, después en Bélgica y en Francia, más tarde en Alemania, donde por otra parte resistieron hasta la miseria total, las mujeres van a vivir más dramáticamente aún que los hombres el fin del trabajo industrial a domicilio. Todos los chamizos donde se carda, hila, teje, van a quedar arruinados. Sobre todo en Inglaterra donde el desastre es total para la clase campesina cuyas mujeres trabajaban en la industria, ya que la transformación del régimen agrario privaba a las familias de la parte agrícola de sus ingresos. En los EE.UU., el movimiento industrializador empieza a desarrollarse sobre todo después de la guerra de 1812. El tejido del algo-

2. En «Revue des Deux Mondes», 15 de febrero de 1860.

dón y de la lana se transfiere entonces desde las casas particulares a las fábricas. En 1810, la mitad de la producción algodonera se hacía aún en las casas: 26.076.997 dólares para la producción artesana a domicilio y 26.608.788 dólares para la producción manufacturera. En 1840, la producción en los hogares aumentó hasta representar casi 30.000.000 de dólares, pero la producción fabril había doblado y ya representaba más de 60.000.000 de dólares. A partir de ese momento la rentabilidad del artesanado casero desciende y las mujeres cesan en este trabajo y en esta lucha.

En el campo francés, la miseria impera totalmente. Los hombres, los primeros, abandonan la casa y emprenden el camino de las fábricas. Se marchan a las ciudades a hacer el trabajo que hasta entonces las mujeres realizaban en el marco y a la escala del hogar familiar. Ellos que nunca habrían salado la matanza o confeccionadó las velas en sus casas lo van hacer en los talleres fabriles. Ellos que nunca hilaban y que hubieran considerado esa tarea como infamante van a hilar con los husos mecánicos de las manufacturas. Muy pronto se lanzarán las acusaciones contra las mujeres que, llegadas también a las ciudades y tratando de que las contraten en las fábricas, les «roban su trabajo». Sin embargo, vale la pena insistir una vez más sobre esta obserción esencial: *la revolución industrial se caracterizó en primer lugar por el paso a las manos de los hombres de casi todas las producciones que hasta entonces fueran femeninas.* Al principio, a menudo, los hombres se marchan solos, dejando en la casa a la mujer que velará sobre los hijos, y sobre la vaca, encargada del cuidado de la tierra y de la pervivencia por todos los medios en espera del dinero que el padre mandará, el padre que se marcha a engrosar en las capitales las filas de esas clases laboriosas y peligrosas a las que alude Chevalier. Un análisis histórico de la demografía parisina permite ver cómo aumenta la población de algunos barrios mediante esta aportación de emigrantes, y el exceso de hombres, de hombres jóvenes especialmente, es muy característico de este nuevo poblamiento.

El monstruo textil

Pero bien pronto la industria más poderosa del momento, la industria textil, que representa desde tiempo el sector

que emplea más gente, tanto en Gran Bretaña como en Francia, va a llamar a las mujeres a los talleres, así como a los niños. Si nos vemos movidos a hablar tan extensamente de la industria textil es porque se asemeja a un gigante: en 1874 un censo oficial efectuado en Francia pone de manifiesto que la industria textil y la confección emplean aproximadamente a un *millón* de personas, mientras que sólo 35.000 están empleadas en la extracción hullera y 38.000 en la siderurgia. En Inglaterra, la industria pesada y la producción del acero, se hallan muy adelantadas sobre el resto de Europa. Pero el ramo textil sigue siendo en ella un sector importante debido al número de sus trabajadores.[3] La modernización de las industrias textiles transcurre en plena anarquía. Los métodos más anticuados siguen subsistiendo, por ejemplo para el estirado y el devanado de la seda, que ya en las fábricas importantes arrastraba a las mujeres y a los niños hacia su calvario. Villermé, médico de profesión pero sociólogo sin saberlo, publica en 1840 su *Tableau physique et moral des ouvriers des manufactures*. Sus descripciones de las cohortes que marchan camino de las fábricas de Mulhouse se hicieron merecidamente famosas: «Hay que verlos llegar cada mañana a la ciudad y marcharse por la noche. Hay entre ellos una multitud de mujeres, pálidas, flacas, andando con los pies descalzos en medio del barro y que, por falta de paraguas, llevan, tapándoles la cabeza cuando llueve, su delantal o la más exterior de sus faldas para protegerse el rostro y el cuello.» Levantadas a las cuatro de la madrugada, deben recorrer largos kilómetros a pie, arrastrando a sus hijos y volver del mismo modo al atardecer, después de doce o trece horas de trabajo en unos talleres más que insalubres.

Las pensionistas del trabajo

En los demás lugares se observan unas verdaderas migraciones de mujeres y de muchachas hacia las ciudades donde se levantan hilanderías. En Saint Quentin «las más pobres de estas mujeres se agrupan para vivir juntas en una habitación en la cual duermen sobre unos malos jergones».

3. La mayoría de los ejemplos ofrecidos por Marx en *El Capital* pertenecen por lo demás a la industria textil.

En Amiens, por veinte sueldos semanales, tomaban, entre varias, pensión en las casas de familias pobres. En el valle del Ródano se las ve bajar de las montañas del Drôme, del Vivarais, de los Cévennes y del Ardèche. Las que viven en una casa no muy alejada regresan a su aldea el sábado por la tarde, a pie, en pequeños grupos, volviéndose a marchar al alba del lunes siguiente, apretando bajo sus brazos el pan que habrá de durarles toda la semana. Los molineros y los maestros de taller alojan a las demás, a las que viven demasiado lejos. Se les da una cama para dos, o paja. Guisan en común y por turno se encargan de hacer la comida. El cuadro es más o menos el mismo del otro lado del Atlántico. Las obreras norteamericanas del ramo textil que proceden del campo son alojadas por grupos de ocho en una misma habitación, con camas para dos personas. Una estampa de la época las representa lavando y remendando sus anchurosos vestidos a la luz de una sola vela mientras que algunas de sus compañeras, abrumadas por el cansancio ocupan ya su puesto en el jergón. No hay mesa, ni armario, sólo unos cajones o baúles que al pie de las camas, contienen las prendas de cada mujer.

Demasiadas mujeres

Esas mujeres no son sólo muchachas que trabajan antes de la edad de casarse. Muchas de ellas son adultas, pues el excedente de mujeres solteras es claro y trágico. En Inglaterra, en 1851, un censo pone de manifiesto que 2.000.000 de mujeres están obligadas a atender a sus necesidades y a menudo a las de los niños o los padres a su cargo, por cuanto están solas. Miss Leigh Smith comenta en un folleto que causó sensación, *Women and work*, la significación de esta cifra. En los EE.UU. los hombres han sido durante largo tiempo más numerosos que las mujeres. Pero en el siglo XIX, se restablece el equilibrio de los sexos y hasta aparece un desequilibrio inverso en los Estados industriales del Este. En 1860, Connecticut, Maryland, Massachusetts, New Hampshire, New Jersey, Caroline del Norte, Rhode Island y el Estado de Nueva York cuentan más mujeres que hombres. En la propia capital de Nueva York, se cuentan 38.783 mujeres en edad de casarse más que hombres. ¿Qué hacer con ellas? Se solía hablar generalmente —utilizando una expresión fe-

roz— de *superfluous women*. El grito general de aquellas *superfluous women* era: *¡Give us labour!* —¡Dadnos trabajo![4] Ingresan entonces en las fábricas, especialmente en las fábricas textiles, y forman más o menos de los 2/3 a los 3/4 de los obreros no cualificados de aquellos establecimientos y a veces incluso hasta los 9/10. En 1850, 1.074 fábricas algodoneras emplean, en veinticinco Estados, a 32.295 hombres y 62.661 mujeres. Diez años más tarde, las mujeres serán más de 75.000.[5]

Pero esas cifras son relativamente más bajas en comparación con las que se dan por entonces en los países de Europa. En Inglaterra, según el censo Baker, 467.261 mujeres trabajaban en el ramo textil. En Francia, las cifras son parecidas, entre 400.000 y 450.000. En 1846, en Bélgica 63.636 mujeres trabajan en dichas manufacturas mientras que hay ya 71.000 en la industria pesada y más de 7.000 en las minas. Allí también, las grandes ciudades cuentan con un excedente de mujeres solteras. En Alemania, la situación se halla agravada aún por la emigración. A todo lo largo del siglo, en efecto, los alemanes abandonarán el país para marcharse a América del Norte o del Sur, a Australia, etc... Pero se da el caso de que emigran tres veces más hombres que mujeres. Entre 1851 y 1880, serán 300.000 los hombres que dejarán el país, abandonando tras ellos a enormes contingentes de mujeres solas muchas de las cuales para subsistir no tienen más remedio que ingresar en las industrias nacientes.[6]

Las mujeres enclaustradas a causa del trabajo

Aquella demografía especial, esa mezcla de moralismo puritano y de avidez capitalista propia de la época, va a engendrar un fenómeno muy singular del trabajo femenino en el siglo XIX: las pensionistas de las empresas de tejeduría. He aquí, por ejemplo, ofrecida por un contemporáneo, la descripción de la fábrica de tafetán de Jujurieux, en el departamento del Ain, más aterradora que la de un Carmelo

4. *History of Women Education in the United States*, por Thomas WOODY, 1929.

5. *Social History of the American Family*, por CALHOUN, vol. II, página 175.

6. A. WEBER, *Die Entwicklungsgrundlagen der grosstädtischen Frauenhausindustrie*, Leipzig, 1899.

o de una prisión, por cuanto aquellas inocentes no tenían la vocación del claustro y no habían cometido otro delito sino el de haber nacido pobres y estar solas y sin amparo: «El empleo exclusivo de las mujeres ha permitido establecer en Jujurieux una regla que, por su severidad, se parece a la de las congregaciones religiosas. Allí no se pronuncian votos, no se consagran vínculos eternos, pero las obreras están sujetas a un tipo de vida que las aleja y las aisla del mundo entero, preservándolas quiéranlo o no de los riesgos de caída. Y así las monjas asumen el gobierno de la casa. En Jujurieux, en Tarare, en la Seauve, son las hermanas de San José, y en Bourg-Argental, las hermanas de San Vicente de Paúl. Sólo se admite en Jujurieux a las muchachas o a las viudas sin hijos. Cuando las obreras salen, y sólo lo hacen en casos muy determinados, las acompaña una monja. La iglesia parroquial hubiese podido ser un punto de contacto con el mundo: pero una capilla ha sido consagrada dentro de la manufactura y los fieles del exterior no son admitidos en ella. En cuanto a los obreros que un servicio pueda llamar a penetrar en las salas, son escogidos con el máximo cuidado y sólo hacen en ellas una breve estancia. El silencio les está impuesto so pena de inmediato despido.»[7]

Aquellos penales de inocentes mujeres tejían cintas y tafetanes para los volantes de los miriñaques. Preocupábanse de su alma encerrándolas, pero los salarios que percibían no les permitían ni tan siquiera el ahorrar para hacerse una dote modesta, ni —¿quién sabe?— el precio de la libertad. Aquellas mujeres ganaban entre 80 y 150 francos al año en Jujurieux y de 40 a 100 francos en Tarare. Si de tal salario se deduce lo que debía pagar a sus carceleras, les quedaban 16 céntimos diarios. En la Seauve aquellas reclusas del trabajo cobraban a destajo y se mantenían ellas mismas. Se cita en este lugar el ejemplo pasmoso de tres hermanas que al cabo de tres años, sin salir ni una sola vez y comiendo quien sabe qué ¡habían ahorrado 476 francos!

El revés de la caridad

Aquello era la Orden, con toda su feroz hipocresía. Aquí lleva los colores del catolicismo, pero en otros lugares el

7. L. REYBAUD, *Études sur le régime des manufactures. Conditions des ouvrières en soie*, p. 201.

protestantismo no lo hace mejor. En la Gran Bretaña, los niños se mueren de fatiga y de espanto en las fábricas donde han de trabajar doce o catorce horas seguidas, recibiendo en caso de descuido golpes con varas de hierro (el *billy-roller*). Las madres conducen a sus hijos a la fábrica con el corazón anudado, pero apremiadas y forzadas a hacerlo; saben que si no hacen trabajar a los hijos, la parroquia las dejará morir de hambre; sólo tienen derecho a ser socorridas si sus hijos trabajan. A partir de *Poor Law Amendment Act* de 1834, la asistencia parroquial deviene regional para favorecer el reclutamiento de mano de obra de la gran industria, teniendo a su cabeza un consejo de tres comisarios que los pobres han calificado de «el monstruo de las tres cabezas». Y así las familias no tenían más remedio que enrolarse a la fuerza en las terribles *workhouses*, aquellas «Bastillas de los pobres». Reina en ellas un régimen carcelario, las mujeres se hallan separadas de sus esposos para así ofrecer menos resistencia. Se las puede pagar a capricho puesto que en cuerpo y alma son prisioneras de aquel sistema llamado caritativo.

Y se comprende que hayan querido huir de los establecimientos que para ellas habían preparado las buenas monjas o los consejeros presbiterianos de alma serena.

La fábrica

Pero abandonar aquellos terroríficos asilos con preces significaba caer en los talleres de las fábricas ordinarias. El salario prometido es a veces un engaño habida cuenta de la feroz disciplina que en ellos impera. La más leve falta: el abrir una ventana, lavarse durante el trabajo, o ir sucio, o dejar el más mínimo residuo sobre los husos o los telares, o, peor aún, estar enferma sin haber mandado a una reemplazante, se castigaba con fuertes multas. Se cita el caso de ciertas obreras que, sobre un salario de 30 francos, tenían que abonar 26,75 francos por diferentes multas.

Maniatadas, con el cuchillo sobre la garganta, ¿cómo no iban a buscar el «medio de apañarse» que el encargado alegre les proponía a las más jóvenes y más vivarachas? Aquellos encargados eran su terror y de él había que sufrirlo todo para granjearse su buena merced. Ellos mismos, tan pronto como habían elegido a la obrera que les apetecía,

«recurrían a todo lo posible para conseguirla, utilizando los medios más repugnantes, sin excluir la necesidad y el hambre».[8]

En Alemania, el informe de la encuesta de 1877 para Prusia señala, por ejemplo, que en la industria tabacalera, el contramaestre exige de sus obreras una obediencia absoluta que llega a menudo hasta el «derecho del señor» y que la obrera que no se deja hacer puede estar segura de ser despedida. El mismo informe nota, respecto a la industria de la confección, lo siguiente: «La obrera que fabrica los vestidos depende totalmente del obrero encargado del acabado y, generalmente, es su amante.» ¿Qué es lo que ha cambiado desde los talleres de siervas de la Edad Media entre las cuales el señor del lugar venía a escoger sus distracciones? Humillación suplementaria para unas pobres muchachas que en el verano trabajan desde las tres de la madrugada hasta la noche y en invierno desde las cinco de la madrugada hasta las once de la noche, o sea 17 horas diarias, con sólo una hora para comer, en «unos talleres a menudo insalubres en los que nunca penetraban los rayos bienhechores del sol», como dice Noël Turpin en sus *Mémoires et aventures d'un prolétaire.* «La mitad de aquellas muchachas —prosigue— se vuelven tísicas antes de acabar su aprendizaje.»

Pues aún tenían que hacer un período de aprendizaje durante el cual no cobraban nada, para después tener el derecho de realizar aquellas tareas secundarias de plegado, empaquetado y acabado en las que sólo trabajaban las mujeres mientras que los hombres se apoderaban de los puestos mejor retribuidos. El número de mujeres es considerable y alcanza dentro de la clase obrera una proporción tan elevada que no puede compararse con lo que esos mismos países conocen en la actualidad. A medida que la industria textil se desarrolla, se emplean en ella más mujeres y muchachitas, hábiles, veloces, y menos pagadas que los hombres. Las hilanderías inglesas emplean a tres mujeres por cada dos hombres. A partir de 1850, su número aumenta regularmente:

En 1850: 18.865 muchachas de menos de 13 años.
260.378 mujeres y muchachas de más de 13 años.

8. *La vérité sur les événements de Lyon,* folleto anónimo, 1831.

En 1856: 25.068 muchachas de menos de 13 años.
305.700 mujeres y muchachas de más de 13 años.

En 1861: 32.667 muchachas de menos de 13 años.
338.500 mujeres y muchachas de más de 13 años.

Vemos pues que en diez años el número de mujeres se ha incrementado en más de un 30 % mientras que el número de las niñas doblaba. Las cifras alemanas son bastante inferiores. A finales del siglo, el censo de 1882 sólo arroja una cifra de 186.726 obreras empleadas tanto en el tejido y el hilado como en el lavado, el tinte, el apresto y la impresión de los tejidos. La confección emplea a cerca de tres veces más.

Otras tareas «femeninas»

Pero el ramo textil no es, ni mucho menos, el único sector que absorbe a las trabajadoras femeninas. Las fábricas de calzado las reclutan profusamente. En Lynn, en el Estado americano de Massachusetts, una fábrica de calzado emplea, en 1850, a 6.400 mujeres contra 3.500 hombres. Aquellas sólo reciben 37 dólares mientras que los hombres cobran 75.[9] Sin embargo, Leroy-Breaulieu, que por entonces realizaba un estudio sobre el trabajo femenino y le había pedido a uno de sus amigos que precisamente regresaba de Massachusetts que le contara lo que allí había observado, se oyó contestar: «Las mujeres norteamericanas son libres, y no trabajan.» Sólo había visto las hamacas sobre las que se arrellanaban las jóvenes muchachas delante de las casas y los pianos que para ellas compraban sus padres campesinos.

En Norteamérica y en la Gran Bretaña, a las mujeres les está prohibido trabajar en las minas.[10] Pero en Bélgica y en Silesia, suelen ser escogedoras o cargadoras en las minas de hulla y a veces incluso trabajan en el fondo de las minas. Las mujeres son mayoritarias en las fábricas de porcelana, en las fábricas de ladrillos y en muchas papelerías. En Irlanda suelen ser zapateras. También trabajan por salarios muy bajos en la industria del caucho, en las fábricas de velas y en los polvorines, donde realizan las faenas que los hom-

9. *The College the Market and the Court*, por C. DALL, 1875.
10 Robert GUBBELS, *Le Travail au Féminin*, Marabout, 1967.

bres rechazarían. Las tareas «femeninas» distan mucho, a menudo, de las definiciones a las cuales nos ha acostumbrado la literatura: Robert Gubbels cita en su libro [11] a aquellas obreras de las fábricas de azúcar que obligaban a descargar de noche las remolachas «porque las mujeres resisten más que los hombres la suciedad y el frío». Los dioses de Sócrates, que habían creado a las mujeres para las tareas subalternas de dentro de casa «por cuanto no aguantan el frío» se hubiesen admirado mucho. Subalternas, ciertamente, pero también ahora metidas en el fango y en el frío. Pues son limpiadoras de cloacas, depuradoras de grasas y aceites, escogedoras de trapos y barrenderas de calles. En París, las barrenderas son casi todas alemanas o flamencas, a raíz de unas miserables migraciones.

En cualquier lugar que se les abra la puerta, se precipitan, no teniendo otro remedio que el de aceptar cualquier faena para sobrevivir. Así invaden las fábricas de tabaco en Francia mientras que en la Gran Bretaña son rechazadas. Ingresan en la metalurgia en todos los lugares donde se dignan admitirlas: mayoritarias en Inglaterra en las fábricas de tornillos y de tuercas desde 1840, acaban por formar del 80 al 90 % de las plantillas obreras. Sólo los cuadros son hombres. La manufactura de clavos de Wolverhampton sólo tiene mujeres. La de Warrington, en la que fabrican alfileres, cuenta con una plantilla femenina tres veces más importante que la masculina. Un autor inglés que por entonces visita aquellas fábricas metalúrgicas con predominancia femenina, describe con una especie de repulsión a las obreras que ha visto en ellas: «*Extraordinary figures, black with soot, muscular, brawny, undelightful to the last degree.*» [12]

¿Cómo resistir a la fábrica?

Pero aquellas siluetas extraordinarias y tan repulsivas, a lo mejor tampoco se sentían muy bien en el lugar donde se hallaban. Una pregunta se nos ocurre: ¿Por qué las mujeres hacían tales trabajos? ¿No podían ganarse la vida más

11. Sin embargo, Pauline Rolland, que efectúa un viaje a Inglaterra hacia 1845 trae de allí unas descripciones aterradoras del trabajo de las mujeres en las minas. Las había visto.

12. «Siluetas extaordinarias, negras de hollín, musculosas, carnosas, desagradables en sumo grado.»

que entregándose maniatadas a aquellos internados-prisiones-penales, a aquellas fábricas de pesadilla? Algunas intentaron resistir y continuar el ritmo de sus vidas de amas de casa, jardineras, obreras caseras en sus hogares, con sus hijos, tal y como estaban acostumbradas. Pero la miseria era su destino. Hacia 1860 puede calcularse como promedio que el salario diario en una fábrica es el doble del que puede conseguir la trabajadora a domicilio. En ese mismo año de 1860, por ejemplo, el muy burgués «Journal des Demoiselles» publica una especie de «reportaje» conmovedor, que probablemente hace romper algunas huchas de fina porcelana para aplacar el remordimiento de conciencia de las niñas modelo que lo leyeron y con esta intención se buscaba a unas «pobres buenas» para aliviar su miseria. Se trata esta vez de una «hábil encajera» de Gante que asienta muy sencillamente sus ingresos y su presupuesto de gastos: sin levantar cabeza durante su trabajo, laborando trece horas diarias, que le permiten muy exactamente procurarse el pan y el carbón para ella y su hijo. Y se acabó. Para todo lo demás, estando sola no tiene más remedio que contar con la caridad pública.

En Alemania, las mujeres fueron unas obstinadas de la tradición del trabajo a domicilio. Ofrecieron una resistencia desesperada a las fábricas, respaldadas por sus maridos que hubiesen considerado aquello como una ofensa, pero también y sobre todo por la fragmentación política de la Alemania de entonces y el retraso de su industrialización capitalista. A costa de mucho trabajo y privaciones, consiguieron conservar totalmente la fabricación artesanal de la lana hasta 1875. ¡Pero a qué precio! De doce pasan a trece y catorce horas de trabajo en el torno y el telar, y su salario diario, amputado de las comisiones que se llevan los intermediarios indispensables y abusivos que recogen sus labores, no representa más que 0'30 francos mientras que la inglesa o la francesa que trabaja en la fábrica cuenta con un salario que oscila entre 0,80 y 1 franco hacia 1840, de 1,50 a 2 francos hacia 1860, y de 2 a 2,50 francos hacia 1875. Y la jornada abrumadora en la fábrica tiende a disminuir lentamente, pasando en la segunda mitad del siglo a diez horas, mientras que las trabajadoras a domicilio ven la suya aumentar fatalmente por unas ganancias cada vez más mínimas.

Por otra parte, si las mujeres aceptan unos trabajos tan poco femeninos como la limpieza de las cloacas o el entresacado del carbón, es porque los oficios tradicionalmente femeninos están pletóricos y porque los hombres se van introduciendo cada vez más en ellos. Sin embargo, no es posible esbozar un cuadro de la condición femenina en el siglo XIX sin visitar los innumerables pequeños talleres de costureras, modistas y de labor blanca en los que se mueve un mundillo muy jerarquizado que vive a la punta de la aguja en medio de los trapos, a menudo en medio de las cintas y los satines, respirando un olor de lujo que con mucha frecuencia embriaga y hace perder la cabeza.

En lo más bajo de la escala, las *trotteuses* que hacen los recados y las faenas de toda índole, mientras que arriba están las *premières* que son las reinas de ese reino del hilo y de la aguja. Éstas comparten con la patrona el «almuerzo con tenedor» mientras que las obreras y las aprendizas se conforman con un pedazo de pan y el tazón de caldo adquirido en la esquina de la calle y para el cual les dan un sueldo, a veces dos... La cena se toma en común, pues se trabaja aún después de ella y a veces hasta la medianoche. Las obreras salen de la mesa después de haberse comido las verduras, mientras que las *premières* comparten el postre con la patrona. Es fácil imaginar las intrigas que podían urdirse en aquel ambiente de modistillas ordenado con una precisión semejante a la del ejército o de los prelados. Los talleres agrupaban generalmente a veinte o más personas. Los más hermosos, los más espaciosos y los más soleados son los de las modistas, aristócratas de la aguja. Los talleres de costura son más inconfortables. Los de las obreras de labor blanca son unos verdaderos penales. En la costura, la jornada empieza generalmente a las nueve de la mañana para terminar hacia las once de la noche e incluso a medianoche. Pero esta actividad bordoneante sólo dura una temporada o mejor dicho dos cortas temporadas. Se contrata a las costureras de marzo a mayo para la temporada estival y de septiembre a enero para la invernal. Cuando llega el marasmo, en el intervalo de las temporadas se despide a una buena parte de las obreras que han de esperar pues, angustiadas, tirando de la aguja hasta saber quiénes entre ellas serán las afortunadas y quiénes las condenadas.

Viviendo del lujo y para el lujo, estas mujeres están alienadas hasta en sus actitudes políticas. Jeanne Deroin hablará de ellas con indulgencia inmediatamente después de la Revolución de 1848 escribiendo: «He de decir que son poco republicanas. La República trastorna todos sus sueños. Entienden a lo sumo la República de Venecia con sus patricios, sus cofrecitos de joyas, sus dux...»

Así, para las más hábiles, su sueño en París no es otro que el de verse contratadas para aquellos países lejanos que eran por entonces Alemania, Polonia y sobre todo Rusia adonde van a llevar el gusto francés. Un tal contrato, constituye dos años de existencia garantizada y la posibilidad de ahorrar una cantidad bastante bonita que les servirá de dote y permitirá casarse al regreso. Y ser patrona de un pequeño taller o de una tienda...

La guerra de los sexos

Pero todas las mujeres que trabajan en la costura están amenazadas continuamente por dos competencias: de un lado la que les hacen los conventos y las cárceles donde quebrantan los precios al hacer trabajar casi sin pagarlas a las monjas en un lugar y a las presas en el otro; por otra parte está la competencia de los hombres que se van colando por todas partes en el mundillo femenino del vestido y las galas, y que, apenas instalados en él, las substituyen. Antaño los sastres jamás hubiesen aceptado hacer unos pantalones; ahora sin embargo ya confían su hechura a los hombres de más edad antes que dejárselos hacer a las mujeres. Éstas hacían los chalecos, pero ahora están surgiendo los chalequeros. Hay hasta hombres modistas, que «Le Charivari» muestra en sus caricaturas, perseguidos por una horda de féminas vengadoras que los ataca a golpes de «hormas» de madera, y presentadores de sombreros. Y es que en este ramo, al igual que en la metalurgia, el «hombre siempre es el amo» como lo hace constar un periódico femenino, pese a que a «las mujeres no les gusta ser mandadas por un hombre en los trabajos femeninos».

Jules Janin se lamentaba: «¡Las pobres mujeres! Hay que empezar a tenerles lástima... Los oficios que les pertenecían desde siempre les han sido quitados por la especulación de los hombres. Basta con levantar la mirada y ¿qué es lo que

vemos por todas partes? Hombres mercaderes de atuendos de moda, costureros y hasta camiseros; se ha robado la aguja, su herramienta natural, de las débiles manos de la mujer.»

Fijémonos de paso en lo admirabe de la «herramienta natural». ¿Acaso las mujeres prehistóricas nacieron con sus agujas de hueso en los dedos?

Y la bandada gorjeadora y piadora de las modistillas y de las empleadas de las tiendas a las que tanto costaba el hacerse admitir en una *boutique* «en la que debían empezar por pagar una fianza», se ve, a su vez, suplantada por una cohorte de empleados cosmeticados. Vale la pena ver cómo los increpan en sus periódicos, a «esos dependientes, verdaderos vampiros que roban el pan de cada día a tantas pobres muchachas que se ven echadas del puesto que les fuera asignado por su organización (entiéndase su "naturaleza") y por su educación restringida entre las clases laboriosas».

La clase obrera dividida

Y es que la industrialización ha trastornado toda la economía de los países de artesanos y campesinos. En medio de este torbellino en el que todo parece estar patas arriba, la máquina suplanta a diez hombres o más, los cuales toman el puesto de una decena de mujeres en otro lugar y estas mujeres, reducidas a la miseria, no tendrán más remedio que aceptar a su vez el puesto de un hombre, a un precio más bajo. Pues si para los coetáneos parece como si las diferencias de sexo tendieran a desaparecer (¡es el «mundo al revés»!), en realidad nunca fueron tan claras. La fluctuante frontera que separa las actividades masculinas de las femeninas vuelve a ser sinuosa. Pero una norma se vuelve intangible, norma que explica todos estos cambios y mutaciones: la mujer es y debe seguir siendo inferior; por consiguiente, percibirá un salario más bajo y estará dedicada a las tareas secundarias.

De lo cual surge una tensión suplementaria dentro de esa clase laboriosa ya tan dividida, en el seno de la cual los diferentes gremios se oponen; los intermediarios, los capataces y los dependientes de toda clase abusan y oprimen a los que se hallan bajo su mando. Será preciso el largo y san-

griento esfuerzo que fue el movimiento obrero para lograr hacer comprender a los trabajadores que la unidad era su única posibilidad de defensa, aun cuando debiéramos hablar más bien en plural de los movimientos obreros de emancipación, por cuanto las querellas y las oposiciones muy naturales de las corrientes de pensamiento y de táctica, no dejaron de promover nuevas divisiones. Mas éste no es nuestro cometido. Aquí nos conviene más bien el aislar a uno de esos antagonismos del que se valieron los explotadores del trabajo humano, el antagonismo real entre trabajadores y trabajadoras.

La mujer tiene menos necesidades

Este antagonismo tiene su fuente en la desigualdad salarial que parece una cosa normal entre un hombre y una mujer, incluso si realizan el mismo trabajo con el mismo rendimiento. Esa desigualdad era una regla por doquiera:

En Amiens, en unos mismos talleres, por el mismo trabajo las mujeres cobraban entre 1,25 y 2 francos diarios mientras que los hombres cobraban de 2,5 a 3,5 francos.

En Fourmies, las hiladoras ganan 1 franco y los hiladores 4 francos por un rendimiento muy poco diferente.

Para toda la ciudad de París, en 1870 el promedio de los salarios femeninos es de 2,14 francos y el de los salarios masculinos de 4,75 francos, o sea más del doble.

En Alemania los salarios femeninos son especialmente bajos y sólo representan la mitad e incluso la cuarta parte a veces de los salarios de los hombres que realizan las mismas tareas. Así por ejemplo, en la industria papelera, con un rendimiento superior al de los hombres, las obreras consiguen ganar de 9 a 12 marcos mientras que los varones ganan de 18 a 20. Y es que por una producción de mil hojas de papel ¡el hombre cobra 1 marco y la mujer 0'50!

En Inglaterra la relación es la misma y para aclarar estos hechos se alegan las siguientes razones:

a) las mujeres tienen «menos necesidades»;

b) debido a su falta de formación, son pocas las profesiones que les están abiertas, con lo que el mercado de la mano de obra femenina está siempre *overstocked* —abarrotado—;

c) se hallan sostenidas por un marido, por eso son poco exigentes;

d) las industrias femeninas están poco mecanizadas y por consiguiente son poco «progresivas», constituyendo la mano de obra la casi totalidad del precio de coste.

¡Y he ahí por qué su hija es muda! ¿Remedios? Ni se preocupan en hallarlos... Todo esto parece inmutable por cuanto está ligado con la naturaleza femenina. La desigualdad salarial no es impugnada ni tan siquiera por las mujeres más revolucionarias en 1848. Leamos «La Politique des Femmes», un pequeño periódico de republicanas bravías y hasta socialistas, redactado por mujeres. Lo dirigía una lencera que había trabajado en los talleres del reformador Owen en Inglaterra (le había puesto a su primogénito el nombre de Owen) y había sido elegida por la segunda circunscripción de París como delegada en la Comisión de Luxemburgo que se ocupaba de las cuestiones del trabajo durante la Revolución de 1848. Esta militante decidida, Désirée Gay, lucho en defensa de las mujeres y por la implantación de las ideas socialistas toda su vida, se exilió a Bélgica para escapar a las persecuciones y no se la puede tildar de moderada. Es tanto más interesante observar cómo en el seno de las asociaciones obreras que trata de fundar, y respecto a las cuales publica el detallado proyecto, las obreras cobran 1,50 al día; las probadoras de vestidos, 2 francos; la vendedora jefe, la contable y la directora, 3 francos... y el mozo de los recados ¡3 francos! o sea dos veces más que una obrera, el mismo salario que la directora, aun no siendo más que un zagal que no puede hacer gala de ninguna formación profesional o fuerza muscular especial...

¿Quién quita el trabajo a quién?

Los prejuicios estaban por tanto muy bien metidos en la mente de las propias mujeres socialistas. Sin embargo, cabe agregar que Désirée Gay sabía perfectamente que durante el período de paro tremendo en el cual Francia estaba sumida por entonces, el hecho de pedir la igualdad de salario para las mujeres era tanto como condenarlas a la inanición. Y así tenemos justificada la observación inglesa relativa a este mercado de la mano de obra femenina que siempre está *overstocked*. En efecto, el paro afecta con mayor crueldad a la mano de obra femenina que a la masculina. Las personas asistidas por la Oficina de Indigentes de la

Villa de París y que se reclutaban exclusivamente entre los parados cuentan a más mujeres que hombres. Según el informe de Husson ante la Academia de Ciencias Morales, esta cifra representaba, durante los años del 1860, a 35.000 mujeres contra 21.000 hombres.

Los patronos se valen de esta situación que no desconocen y, a sabiendas de que siempre podrán contratar a las mujeres, y a cualquier precio, lo utilizan en contra de los trabajadores masculinos si estos abrigan pretensiones de aumento salarial o de reducción de las horas de trabajo. ¿Cómo no iban a irritarse los hombres? ¿No eran escandaloso que las mujeres les quitasen el pan? Escuchemos una parte de la defensa que pronunció ante el jurado que lo juzgaba en Lancaster, en marzo de 1843, Richard Pilling, obrero fabril al que pusieron el nombre de «padre del movimiento huelguista». Este portavoz de la miseria hace gala de la más sobria elocuencia que arranca la emoción mucho más que lo pudieran hacer los sabios movimientos oratorios. Pinta el horror de la condición trabajadora y busca ejemplos entre los hechos más escandalosos que le ha sido dado presenciar o vivir. Así va contando:

«Señores miembros del Jurado, aún no les he descrito como pudiera hacerlo el sistema de la fábrica. Conozco un caso en Stockport en el que un amo, el alcalde de la ciudad, emplea a 600 personas y no le permite ni a un solo hombre que trabaje en su fábrica. He visto a algunos maridos traer a sus hijos a la fábrica para que sus madres los amamantaran, traerles el almuerzo a sus mujeres... Yo he visto todo eso en la fábrica de Bradshaw en la cual se emplea a las mujeres en vez de los hombres. He formado parte de la delegación que ha sido enviada a Mr. Orrel de Stockport, y también a Mr. Bradshaw, para pedirles que permitieran a los hombres trabajar en sus fábricas, pero se han negado. Una mujer solicitó que su marido fuese autorizado a trabajar junto a ella, pero le fue negado. Tales son los casos que he podido conocer, pero hay miles de casos semejantes. Como consecuencia del empleo de las mujeres, los vigilantes, los contramaestres y demás instrumentos del amo se toman con ellas las más escandalosas licencias. Si yo les relatara los pormenores de los rasgos que yo mismo he presenciado por parte de los hombres de esta calaña, Vds. se admirarían de que unos padres o unos maridos abrigasen

aún algún sentimiento hacia las obreras de las fábricas, pero no se extrañarían de que algunas trataran de reformar el sistema.» [13]

¿Qué hubiera sucedido si se hubiese tratado de una mujer arguyendo que en tal o cual fábrica —en casi todas— los hombres hilaban en su puesto, que en tal o cual taller cosían en su lugar, etc.?

No hubiese pasado nada. Una mujer no hubiera podido quejarse por tenerle que llevar el almuerzo a su marido y a buen seguro que no se le hubiera ocurrido la curiosa argumentación sexual siempre mezclada en cualquier defensa dirigida contra el trabajo femenino; ¿no es curioso que, al relatar las odiosas presiones que los encargados y contramaestres ejercían sobre las obreras para obligarlas a ceder en su honra, aquel hombre honesto considerara que era posible extrañarse de que unos padres o unos maridos aún siguiesen queriendo a aquellas víctimas? ¡Como si ellas fueran realmente culpables, como si su miseria hubiera de traducirse en el acto por la palabra «abyección»! Una vez más el lazo queda establecido y puesto de manifiesto, entre el trabajo de las mujeres y la prostitución, medio forzada o no, pues en el fondo, poco importa... Incluso inocente y apremiada, la mujer es la que queda ensuciada. ¡Y no deja de ser sorprendente que aún pueda abrigarse algún sentimiento por ella! Es verdad que ella hacía comer a la familia, y que había que cerrar los ojos.

Las «esquiroles»

Pero además de esta pesadilla que hace vivir a los hombres esa impresión de estar perdiendo sus prerrogativas, el trabajo de las mujeres a precios rebajados entorpecía singularmente cualquier intento masculino de reivindicación. Y éste era un hecho muy serio ya que el mejoramiento de las condiciones de vida de todos los trabajadores se volvía a poner en tela de juicio si la rivalidad entre ambos sexos se ponía por medio del movimiento obrero. Las mujeres se encontraban a menudo al lado de los hombres durante sus huelgas y sus luchas. Las trabajadoras, habían aceptado en una y otra parte, al igual que sus hermanos y sus esposos,

13. Citado por E. DOLLÉANS, *Histoire du Mouvement ouvrier*, vol. I. p. 166.

el *lock out* antes que ceder. Incluso se dejaron matar a su lado, en la calle Transnonain, avanzando hacia los soldados de Saint-Étienne y gritándoles: «¡Tirad si os atrevéis!» Pero en uno u otro lugar, a causa de la escasez de empleos que las afectaba más duramente aún que a los hombres, por culpa de sus salarios inferiores, jugaron sin quererlo el papel de rompehuelgas. Su debilidad y su miseria mermaban más aún la fuerza de la clase obrera en su lucha.

Un ejemplo entre tantos: los tipógrafos de la imprenta Le Clère piden en 1861 aumento de salario. Peticiones, delegaciones. En el intervalo de las sesiones de la comisión encargada del asunto, el impresor despide a seis obreros y los reemplaza por seis mujeres cajistas con un salario muy inferior. Otros impresores lo habían hecho así y estimulaban la formación, en los conventos, de aprendizas cajistas. En 1863, durante una poderosa huelga dirigida contra un gran impresor parisino, Paul Dupont, que tenía un taller de mujeres, los huelguistas, para hacérselo cerrar, invocaron... ¡la ley sálica! En Suiza, los cajistas e impresores, para permanecer en la misma profesión, son igual de acérrimos contra el trabajo de las mujeres a su lado, y eso que se dicen «socialistas». Un artículo del Reglamento de su Sociedad Tipográfica prohíbe el trabajo de las mujeres en la imprenta por «razones económicas, financieras y morales». «Económicas» hubiese bastado. En efecto, el texto que sigue es claro: «No queremos mujeres, ni con un salario inferior ni con un salario igual, porque si les pagan un salario igual siempre será posible rebajárselo más tarde» y servirse de ello en contra de los obreros.

Se comprende el recelo de los obreros tipógrafos. Estas escenas se repiten varias veces, dándose las más graves en Nancy, en casa de Berger Levrault, y en la Bolsa del Trabajo de París donde los tipógrafos masculinos y femeninos llegaron casi a las manos.[14]

No podemos dejar de preguntarnos si esos lamentables incidentes se habrían producido si el oficio de cajista, perfectamente adecuado a las mujeres, les hubiera quedado ampliamente abierto, con un salario normal. Por el contrario,

14. Véase *La Femme dans la typographie,* «Revue de Morale Sociale», marzo 1901, anónimo; y, sobre todo, *Les Femmes et l'organisation syndicale avant 1914,* de Madeleine GUILBERT, París, CNRS, 1966.

los tipógrafos masculinos, desde fines del siglo XVIII habían centrado sus esfuerzos para conseguir excluir a las mujeres de esta profesión. Cuando las mujeres lograban penetrar en ella, les prohibían componer mediante los reglamentos internos de su asociación. Una mujer pintoresca, que más tarde sería fundadora del *Marché aux Puces* —los encantes— pudo hacer personalmente una experiencia aleccionadora al respecto. Empleada en casa de un impresor, pidió pasar al taller de los cajistas donde el salario era cuatro veces superior al que ella cobraba. Se lo negaron. Entonces, se hizo cortar el cabello, se compró un traje de hombre, se caracterizó ligeramente y dos días más tarde se hizo admitir en el codiciado taller, con el salario anhelado, por su antiguo patrono que no la había reconocido.

La prensa rusa de finales del siglo XIX publicó en varias ocasiones el relato de los procesos incoados a algunas mujeres que se habían hecho pasar por hombres o que vivían con documentos masculinos para ganar más. La más conocida fue una tal Uliana, identificada en Kamychin, que se hacía llamar Egor y vivía disfrazada de varón desde hacía dos lustros. Trabajaba como mozo de cuerda, transportando bultos de cinco a siete puds. Interrogada acerca de los motivos que la habían movido a llevar la ropa y un nombre masculinos, contestó que vestida de mujer sólo habría ganado de tres a cinco rublos mensuales, mientras que disfrazada de hombre ganaba de doce a quince... ¡Cuatro o cinco veces más! [15]

Si la injusticia sufrida por los hombres en lucha por el mejoramiento de su condición era dura, la injusticia respecto a las mujeres lo era mucho más aún y su contrarreacción no podía por menos que debilitar las tentativas masculinas de emancipación de los trabajadores.

Sin embargo, la mayoría de los hombres no lo entienden así. En este punto, la influencia de Proudhon es determinante.

«En nombre de la libertad de conciencia, en nombre de la iniciativa individual, en nombre de la libertad de la madre, dejadnos arrancar del taller que la desmoraliza [16] y la mata, a esa mujer a la que soñáis ver libre... La mujer tie-

15. Citado por V. BILCHAI, *Le problème féminin en URSS*, Moscú, 1957.

16. Es decir que la vuelve «inmoral».

ne por meta el ser madre de familia, *la mujer debe permanecer en casa, y el trabajo le ha de estar prohibido.*»

Eso es lo que afirman los máximos líderes de la Internacional Obrera en 1867, en París, bajo la influencia proudhoniana.

En Bruselas, un médico belga, el doctor H. L. Lefèvre, lanza truenos y centellas contra «el amor a la ganancia» que «caracteriza a las mujeres». ¿Acaso la pasión de la ganancia no caracteriza a los hombres? Pero el doctor prosigue: «No existirá ninguna sociedad bien organizada mientras las mujeres y las muchachas, que necesitan de la protección de los hombres, disfruten de la libertad plena y entera de dedicarse a toda clase de trabajos. Las mujeres han de estar asimiladas a los menores de edad.»

Siempre en Bruselas, los tipógrafos belgas publican un manifiesto invocando la «Europa tipográfica» en nombre del axioma «la mujer en su casa» y se pronuncian contra «un sistema que tendería a *envilecer* a la mujer al *sujetarla* al oficio de cajista».

Podríamos seguir citando textos de esa misma tinta en todos los idiomas. Pues se trata de la expresión de una teoría basada sobre tres postulados:

a) La mujer es una menor de edad. Según la expresión en boga por entonces, «el hombre es para la mujer lo que la mujer es para el niño». En suma, una especie de padre. La libertad de elección del trabajo, la libertad de ganarse la vida no ha de serle otorgada pues a la mujer.

b) La unidad básica de la sociedad es la familia, y el hombre es el único componente de esta célula que debe tener contacto con la sociedad, representarla y hacerla vivir.

c) El trabajo femenino hace una competencia perjudicial al trabajo masculino y rebaja los salarios. También fomenta el paro.

En virtud de un tal razonamiento o de esa imbricación de razonamientos implícitos que forman un estado de espíritu, toda mujer debería estar acompañada de un hombre-padre. ¿Qué hacer entonces con las personas adultas del sexo femenino sin padre, sin marido por haber sido abandonadas, por haber enviudado o por no haberse casado? ¿No tienen existencia alguna? No son más que esas *superfluous women* que hacen estrellar los más bellos razonamientos. Es preciso insistir sobre un hecho que veremos confirmarse más

adelante: son las mujeres solteras las que en su mayor parte han garantizado la evolución femenina por cuanto ellas eran un problema sin solución a los ojos de los partidarios del hombre-padre.

Maltusianismo antifemenino

Si bien no podemos detenernos demasiado tiempo en argumentar en contra de la «mujer menor de edad», creencia reconfortante para las mentes masculinas primitivas, en cambio, tenemos la obligación de analizar seriamente el tercer postulado de los partidarios de la prohibición del trabajo femenino. Esa historia de la competencia maléfica de la mujer que origina el paro tiene siete vidas. En aquella época, si se esgrimía ese concepto, es porque se seguía creyendo firmemente aún en el dicho de Cobden según el cual: «Cuando dos obreros corren detrás del amo, el salario disminuye. Cuando dos amos corren detrás de un obrero, el salario aumenta.» Sin embargo, desde entonces, se ha probado con creces que el nivel de los salarios está ligado, más que nada, no a la rareza de los obreros, sino con el nivel de la producción. Si la producción aumenta, el salario aumenta y si la producción disminuye, el salario disminuye. Por muy tosco que pueda ser este esquema no deja de ser ineludible, con mujeres o sin ellas. El artesano se creyó condenado a morirse de hambre por culpa de la máquina «que realizaba el trabajo en su lugar» y tuvo que transcurrir mucho tiempo hasta que comprendiera que, por el contrario, era allí donde había máquinas y donde la producción aumentaba que existía trabajo. Y eso lo comprobamos perfectamente en nuestro mundo industrializado de los ricos hacia el cual afluyen cada año los jornaleros de los países subdesarrollados que a él acuden en busca de trabajo. Las mujeres han jugado el mismo papel de espantapájaros en esa concepción maltusiana de la economía que durante largo tiempo fue la del trabajador medio, obsesionado por la pesadilla de perder su trabajo y con un recelo sistemático que cabe perdonarle, aun cuando sea necio. Ahora bien, si el recelo hacia la máquina sólo era necio, el recelo hacia la mujer trabajadora por parte de quien era más fuerte que ella y más libre que ella, era algo más que necio, era una cobardía. Porque ¿qué es lo que aquellos hombres propo-

nían para las mujeres que ningún hombre podía «sostener» con su trabajo? ¿Acaso el Estado debía ampararlas? ¿Y quién iba a pagar? En realidad, únicamente preocupados de sí mismos y de sus prerrogativas desmochadas, a los hombres les tenía sin cuidado.

Veo a dos pueblos dentro de nuestras ciudades

Es cierto que a aquellas quejas celosas se mezclaban los gritos humanitarios de nobles corazones indignados por la pena y la miseria de la mujer trabajadora en ese «siglo de hierro». Será necesario citar todo el capítulo que Michelet dedica a la obrera en su libro *La femme*:

«Veo a dos pueblos dentro de nuestras ciudades: uno vestido de paño, es el hombre. El otro, de miserable indiana ¡y ello incluso en invierno! Uno, me refiero al último de los obreros, al menos pagado, al cenagoso, al servidor de los obreros; sin embargo, ese hombre consigue comer carne por la mañana, un trozo de embutido en el pan u otra cosa cualquiera. Por la noche, entra en una tasca y se come un plato de carne y hasta se bebe un vino peleón. La mujer de ese mismo nivel social, se toma un sueldo de leche por la mañana, pan a mediodía y pan a la noche y apenas un sueldo de queso. Su jornada es de diez sueldos y no puede ser ni de uno más.» Pero ¿cuál es para Michelet la causa de esa situación? ¿El remedio que preconiza? «¿Por qué andan las cosas así? —prosigue—. El hombre ya no quiere casarse, no quiere proteger a la mujer. Vive solo, golosamente.» A juicio de Michelet ya no se casan más que los campesinos que lo hacen «para tener un obrero. En las Antillas se compra un negro, en Francia se desposa a una mujer... En todo, ella tiene lo peor. El hombre poda su viña con holgura. Ella, la cabeza gacha, rasca y cava la tierra. Él tiene intervalos de descanso, ella no. Él tiene fiestas y amigos y se va solo a la tasca. Ella se marcha un momento a la iglesia y en ella se cae dormida. Por la noche, si él vuelve borracho, ella será golpeada y, lo que es peor, quedará embarazada».

Y el despiadado cuadro continúa. Pero Michelet, hombre de buen corazón y «protector» de la mujer, no busca cómo mejorar su suerte mediante el mejoramiento de sus condiciones laborales en la ciudad o en el campo. No ve más solución que una mejora del hombre.

El trabajo de la mujer defendido por las mujeres

Las mujeres, influenciadas desde los años 1830-1840 por el movimiento sansimoniano y fourierista, si bien fueron menos famosas no dejaron de ser en todo caso más lúcidas. Resulta interesantísimo volver a considerar en la actualidad sus ideas y sus sugerencias. Por una parte, por haber sido las primeras en enfrentarse con la opinión dominante y en querer integrarse a toda costa en el mundo del trabajo por haber comprendido que sólo el trabajo «puede conferir la dignidad», cuando menos en el siglo en que vivían. Fueron las únicas en propugnar el trabajo de la mujer como remedio a la prostitución, que nuevamente había tomado unas proporciones aterradoras. Por vez primera, expresan la idea de que el trabajo es para la mujer la dignidad, *puesto que la independencia económica le permite no tenerse que vender*, y así establecen unos parangones audaces entre las desgraciadas que se venden a la hora y las burguesas que se venden para toda la vida con el matrimonio. En efecto, por aquel entonces, el matrimonio se hallaba en plena crisis por ser ante todo un asunto de dinero, de seguridad, tramado más por los notarios que por el amor.

Por otra parte, porque sus ideas sobre la organización del trabajo femenino fueron originales y a veces muy adelantadas en relación con su época.

Tuvieron que batirse contra la famosa «naturaleza» femenina que les lanzaban a la cara tanto más por cuanto se hallaba ultrajada por todas partes. Al famoso dilema despreciativo de Proudhon que no veía a la mujer más que como «ama de casa o ramera», Jeanne Deroin, antigua obrera lencera llegada a duras penas a maestra aprendiendo ella sola a leer y a escribir, contestaba con orgullo: «Antes ama de casa que ramera, estoy de acuerdo con Ud. Pero ¡cuántas se han vuelto rameras por asco de los quehaceres domésticos!... Es preciso ofrecerle a la mujer un término medio, el trabajo... *No hay que sacar* —como dice Ud.— *a la mujer del taller, sino que hay que transformar el taller, esa fuente de actividad y de independencia.*» [17] Esta preeminencia del ser social femenino sobre su ser natural se traduce

17. Véase É. SULLEROT, «Journaux féminis et luttes ouvrières», en *La Presse Ouvrière de 1848*, Sociedad de Historia de la Revolución de 1848.

por el derecho al trabajo, que les parece tan sagrado para la mujer como para el hombre. Esa madre admirable que fue Jeanne Deroin tendrá además la gallardía, en plena mitad del siglo XIX, de añadir que la libertad de la mujer no está como lo afirman, en la maternidad, *puesto que la mujer no disfruta de la libertad de ser madre.* Pues debe conquistar su libertad como cualquier ser humano que vive dentro de una cierta sociedad. La sociedad que se instauraba en aquel siglo industrial quería que la libertad de cada individuo estuviese basada en su actividad, y la mujer debía conquistar el derecho a ejercer su actividad según su gusto y en las mejores condiciones posibles.

Al igual que sus hermanas inglesas, las partidarias de Fourier que publican en 1834 «La Tribune des Femmes» y más tarde, en 1848, un diario, «La Voix des Femmes» y otros pequeños diarios pronto perseguidos por la policía, como «La Politique des Femmes» y «L'opinion des Femmes» se han percatado de que la salvación estaba en la unión. Así, fundan unos sindicatos que entonces llevan el nombre de asociaciones: asociaciones fraternales de mujeres asalariadas, asociaciones de obreras lenceras, de lavadoras y planchadoras, de comadronas etc...

Las cocineras nacionales

Uno de los rasgos originales de estas asociaciones fue su tendencia a preconizar nuevas soluciones. El gusto a los empleos estatales, que por fin entrañaría la seguridad y la justicia para aquellas mujeres explotadas por unos intermediarios glotones, se vislumbra en ella. Las comadronas piden ser «afectadas a las salas de los hospitales y a las casas-cuna y a convertirse en funcionarias sociales acarreando con ello la desaparición de las oficinas de caridad, tan humillantes». La asociación de las cocineras solicita la creación de «restaurantes nacionales», o sea de cantinas en las que los trabajadores podrían comer de un modo modesto pero sano y de los cuales ellas serían las funcionarias. Julie Hémal, una obrera, pide para la costura la creación de «maestras funcionarias con sueldos fijos para controlar el trabajo con el fin de suprimir a los intermediarios abusivos».

Cabe subrayar esta originalidad, pues también tiende a hallar unas soluciones que descarguen en parte a la mujer

de los quehaceres domésticos que recaen sobre ella. Se trata de una preocupación muy viva en nuestros días y recuerdo haber oído a un eminente sociólogo manifestar su sorpresa de que las mujeres no hayan tratado nunca de agruparse para racionalizar esas tareas domésticas y ahorrarse de ese modo un tiempo y una fatiga muy considerables. En realidad, nunca se subrayará bastante, los primeros documentos públicos de las mujeres obreras, sus primeros periódicos, cuando menos en Francia desde 1833 a 1850, están llenos de esas ideas revolucionarias. Y así imaginan unas «lavanderías nacionales» que podrían «emplear dignamente» a las trabajadoras y les ahorrarían a las demás una buena parte del esfuerzo agotador que constituyen las coladas en una época en que las vestimentas eran tan amplias y en la que el ir a buscar el agua, encender el fuego, representaban grandes y prolongados esfuerzos. Forman el proyecto de instituir unas «casas del pueblo» en las que podrían hallarse esas lavanderías, esos restaurantes, y una sala de diversiones y de conferencias en la que —sorprendente innovación— las mujeres y los hombres serían admitidos conjuntamente... Ven en estas «casas del pueblo» un medio para «luchar contra el alcoholismo y las tabernas» y para «ofrecer a los trabajadores de ambos sexos las ventajas de la limpieza».

Piensan asimismo en el problema tan específico del empleo femenino cuyo mercado no cesa de ser fluctuante y de estar lleno de malas sorpresas ya que este oficio está abierto para las mujeres un día y al día siguiente ya no lo está y que otro, enteramente femenino, conoce períodos de marasmo y así imaginan un Instituto Nacional Femenino que centralizaría las demandas, los estudios, los problemas de toda índole planteados por el trabajo de las mujeres. ¿No es concretamente lo que habrán de ser los *Women's Bureau* —departamento femenino— en los países anglosajones o escandinavos?

Y uno se sentía ofendido de que una mujer...

¿Qué ha sido de aquellos hermosos proyectos, de aquellas ideas fecundas? Mejor sería preguntar: ¿qué ha sido de aquellas mujeres? Perseguidas, desterradas, trabajando hasta el último límite de sus fuerzas... Pero el epílogo más interesante, por cuanto afecta a la organización del trabajo

por una parte y al destino que frecuentemente se depara a las ideas femeninas que se convierten en ideas masculinas, es la propia historia vivida por Jeanne Deroin. Imbuida de la idea de la necesidad absoluta de unión para los trabajadores explotados, la hermosa y ardiente Flora Tristan había publicado ya, unos años antes de la aparición del *Manifiesto comunista,* un opúsculo que predicaba por la Unión obrera, y tomado el bastón de peregrino para ir de fábrica en fábrica llamando a los trabajadores a asociarse. En esta labor, que rebasaba sus fuerzas, perdió la salud, muriéndose en el camino y siendo acompañada a su sepultura por millares de obreros agradecidos. De la misma manera, Jeanne Deroin, unos doce años más tarde, fue la primera e infatigable promotora de la federación de todas las asociaciones de trabajadores y de trabajadoras existentes. Logró primero federar a 43, después a 84 y más tarde a 104. En su periódico, «L'Opinion des Femmes», publicó íntegramente un muy interesante y completo proyecto de Unión de las Asociaciones de Trabajadores, prefigurando así las grandes centrales sindicales interprofesionales. Las reuniones de la junta de aquella Unión se celebraban en su casa y en ella irrumpió la policía. Todos fueron detenidos y Jeanne se encontró con Pauline Rolland en la prisión Saint-Lazare, acusada de «conspiración». Su ficha de policía, de las más curiosas, dice que, pese a estar casada, se negó a abandonar su apellido de soltera y que puso «al servicio de sus principios políticos y sociales una inteligencia *fatalmente organizadora.* En ella ha germinado la idea de la Unión. Asume toda la responsabilidad por ese hecho».

Pero se da el caso de que, ya en la cárcel, tuvo un día la visita del abogado de sus coacusados masculinos, quien le hizo una singular demanda: «Se me pidió encarecidamente en nombre de las asociaciones masculinas que no reconociera que yo era la autora del proyecto y del acta de la Unión. Los prejuicios seguían imperando aún en el seno de la asociación donde se ofendían por la parte preeminente que una mujer entregada a la causa del derecho de sus hermanas había asumido en aquella obra.» Entonces, un penoso dilema se le plantea a Jeanne: ¿Debe acceder a esa curiosa demanda y por consiguiente contribuir a reforzar el «prejuicio» contra el derecho de las mujeres a ocuparse de las cuestiones sociales y políticas y a asumir en ellas alguna competencia, o bien, con su negativa, provocar un resque-

brajamiento en la unidad del bloque de los acusados, frente al tribunal de opresión que los hacía comparecer? Después de haber reflexionado una noche entera, optó por el silencio dejando a sus camaradas hombres el honor de haber fraguado la «conspiración». A la pregunta del juez de si era ella la que había tenido la idea de aquella empresa, sólo contestó «Nada tengo que decir a ese respecto», no queriendo —como lo aclara en una carta a una de sus amigas— «provocar una desavenencia entre socialistas, en presencia de nuestros adversarios».

Más tarde, salida de prisión muy quebrantada, encuentra a su marido en plena depresión nerviosa y a sus hijos desparramados. Logra reunir a su gente y sale para Inglaterra donde abrirá, sin un céntimo, una escuela para los hijos de los desterrados y en ella enseñará hasta la edad de setenta y dos años, teniendo a su cargo a un marido enfermo que pronto morirá y a un hijo incurable. Por modestia, se negó a escribir en los periódicos feministas de finales de siglo, «por no tener bastante instrucción y estilo, y ahora lo que se necesita no es audacia, como en mis tiempos, sino talento».

V. Las conquistas

Mucha razón tenía la desdichada Jeanne Deroin, ella que tuvo que enseñarse a sí misma a escribir «copiando en los libros» y a la que una vez habían rechazado en los exámenes correspondientes al certificado de estudios primarios por «escritura inconforme»: ¡escribía con letras de imprenta, en *script*! Sabía muy bien que se estaba librando para las mujeres otra batalla que iba a asumir una mayor trascendencia que la de la dura supervivencia de las obreras: la batalla por la instrucción, por la conquista no ya de los empleos subalternos sino de las carreras nobles, no por el derecho al trabajo sino por el derecho a la profesión.

Las analfabetas

El handicap seguía siendo enorme, ya que el derecho a la instrucción no les estaba reconocido realmente a las muchachas. En Alemania, en la mitad del siglo, dos veces más mujeres que hombres son analfabetas. En 1861, en las escuelas de Inglaterra sólo hay 827.000 muchachas, mientras que 1.210.297 están registradas en la Escuela dominical. La religión es para aquellas muchachas, pero no la instrucción. En Francia, la Escuela comunal se proclamó obligatoria para toda comuna de más de 800 habitantes, a partir de 1833 para las de más de 500 habitantes; pero sólo para los muchachos. Fue preciso que la esposa del ministro de Instrucción Pública, Pauline Guizot, sostuviera una larga campaña cerca de su esposo para que diecisiete años más tarde, la misma obligación abarcara a las escuelas de muchachas. Pero no existen las escuelas de maestras para las mujeres... Las maestras han de formarse como pueden. Y así se da un círculo vicioso: las escuelas de muchachas casi no son frecuentadas porque la maestra no está capacitada o, con mayor frecuencia si cabe, porque es un maestro y, en el campo, las familias se lo piensan, ¡antes de mandar a una niña todo el día con un hombre! Tan pronto como hubo

maestras en las escuelas de muchachas fue mejorando. Pero una encuesta organizada por la Cámara de Comercio de París de 1860 a 1867 sigue atestiguando que si el 75 % de los varones saben escribir, sólo el 57 % de las mujeres están en las mismas condiciones.

En Inglaterra, Hannah More y Mary Edgeworth se hicieron las propagandistas de la enseñanza femenina y abrieron escuelas de maestras.

En los EE. UU., Emma Villard, mofada y puesta en ridículo, abrió en Troy la primera escuela de maestras.

En Alemania, en la misma época, algunas mujeres crean varias escuelas serias. Charlotte de Siebold dice de las muchachas cuyo nivel de instrucción era lamentable: «Salen del Catón para caer en la cocina o en el cuarto de aseo.» La imagen es perfecta y caracteriza muy bien la vida intelectual de las niñas alemanas de la burguesía. En Bélgica volvemos a encontrar la proporción de 5 mujeres por 3 hombres. Pero aún cabe concretar que, para las muchachas del pueblo, la situación es desesperanzadora: pues en 1864, de las 344 obreras empleadas por la fábrica de Cockerill en Seraing, Bélgica, 24 sabían leer, escribir y contar, 56 sabían más o menos leer, y 268 eran totalmente analfabetas. Por lo demás, instruir a las muchachas no era tarea fácil. Durante el día, trabajaban; por la noche ayudaban en sus casas y su familia no quería que salieran, bien por no poderse arreglar sin ellas, bien por el temor de dejarlas salir a la calle después de llegada la noche.

En Rusia, es casi increíble, a fines del siglo XIX, en 1897, el 12,4 % solamente de las niñas de más de 10 años saben leer y escribir contra el 35,7 % de los niños.[1]

Las pobres muchachas «bien»

Junto a estas pobres mujeres analfabetas, había muchachas y mujeres que no sólo sabían leer, escribir y contar, sino también hablar los idiomas extranjeros y, a falta de una instrucción muy adelantada, muchas tenían «una excelente educación». Todas aquellas muchachas habían de cifrar sus anhelos en el matrimonio. Sin embargo, el casamiento resultaba difícil para la joven sin dote. Y así se vio en

1. I. PISSAREV, *La población de la URSS*, Moscú, 1963.

Burdeos una extraordinaria asociación de jóvenes «pobres y bien educadas» constituirse en sociedad con una cuota anual de 100 francos. Todos los años, una de las societarias era sorteada, remitiéndosele a la afortunada una dote. Si en el transcurso de aquel año, pese a esta seducción suplementaria, no lograba encontrar ningún pretendiente, debía devolver el dinero a la sociedad y otra muchacha era elegida, y así sucesivamente. Las que no podían, matemáticamente, ganar en una tal lotería, y todas las demás señoritas sin dinero del mundo burgués, aquí y allá ¿qué podían hacer? Su situación no dejaba de ser angustiosa. Dos estados, pues no nos atrevemos a hablar de profesiones, se les brindaban: dama de compañía o maestra privada, es decir ama de llaves. Ni totalmente domésticas ni plenamente burguesas. Esto huele a clisé, por el número tan grande de personas de dignidad que hemos visto arrastrarse por las novelas de época, mas la ficción suele tener con mucha frecuencia unas excusas realistas. Entre 1825 y 1861, en Prusia, su número pasó de 705 a 7.366. El censo de 1861 pone de manifiesto, en Prusia, la existencia de ¡700.000 mujeres solas de más de 24 años de edad! Así, Lily Braun nos cuenta que en 1861, pudo verse «en una ciudad prusiana, a 114 candidatas presentarse en una sola semana para un único puesto que se ofrecía».

Las más emprendedoras de entre aquellas mujeres cultas empezaron a moverse para encontrar alguna salida a todas aquellas muchachas sin recursos. Las circunstancias fueron aprovechándose una tras otra. En primer lugar, la guerra. Pues las guerras se volvían cada vez más mortíferas, arrastrando tras ellas a todo un complejo de nuevas administraciones. Así, la Guerra de Crimea, en 1854, posibilitó a algunas mujeres ofrecerse para trabajar en los hospitales de ultramar. La profesión de enfermera acababa de nacer, y una mujer, Florence Nightingale iba a darle su verdadera figura al crear los métodos modernos de cuidado de los heridos.

La invención del teléfono y de la máquina de escribir, hacia finales de siglo, les brindó nuevos empleos. No fue sin dificultades que la mujer pudo devenir secretaria. Alejandro Dumas padre, que había ejercido personalmente la función de secretario «por tener una bella escritura», se rebelaba al pensar que una mujer pudiese pretender ese estado. Llegó hasta decir que «perdería toda su feminidad al pisar una oficina». No deja de ser curioso el releer esa pre-

dicción cuando en nuestros días se oye celebrar a diario los rasgos tan «femeninos» de la profesión de secretaria, que parece como si esta posición subalterna representase la quintaesencia de la profesión adecuada y que más le conviene a la «naturaleza de la mujer». Pero es que en tiempos de Alejandro Dumas, un secretario era todo un personaje, comparado con un ama de llaves o una dependienta. Ahora, la secretaria ha alcanzado un rango totalmente distinto en la escala del prestigio profesional.

En la medida en que el sector terciario y muy particularmente los trabajos de oficina se volvían más numerosos, las mujeres fueron incorporándose a ellos, asumiendo las tareas ejecutorias. Esto se consideraba ya como un gran triunfo, y Remington, inventor de la muy conocida máquina de escribir que lleva su nombre, se consideraba como el «bienhechor de las muchachas» a las que había ofrecido un empleo mucho menos agotador que la fábrica y mucho más seguro que un puesto de ama de llaves.

Sin embargo, la batalla por la enseñanza se intensificaba, y, en todas partes, se abrían escuelas secundarias de muchachas. Las universidades se vieron entonces asediadas por la élite de las que habían continuado sus estudios, pero durante mucho tiempo permanecieron sordas a la demanda femenina.

Volver a traer a la memoria la historia de la enseñanza secundaria y superior para las jóvenes, requeriría largos comentarios que corresponderían más bien a una historia de la enseñanza, ya que las disparidades entre los diferentes países de Occidente fueron importantes. Sin embargo, vale la pena subrayar que cuando se crearon aquellas enseñanzas para las muchachas, nunca fueron equivalentes a las de los muchachos. Los programas eran diferentes, incluso en Francia donde la unificación de la enseñanza pública hubiera podido llevar a calcar la enseñanza femenina sobre la enseñanza masculina. Las cosas anduvieron de otro modo y por doquier nos volvemos a encontrar con el afán de hacer de la enseñanza femenina una enseñanza aún muy impregnada del concepto tradicional de lo que debía ser «toda una mujer» y a la vez, desde el punto de vista de la instrucción y de la preparación a la vida activa, una enseñanza de poca monta. No importa que sea un *Vassar College* en Massachusetts, que llevaba el nombre de *Vassar Female College* o una Escuela Normal francesa; dichos es-

tablecimientos eran considerados abiertamente como impartidores de una enseñanza más fácil y menos completa que los establecimientos correspondientes para muchachos. Las consecuencias de estas disparidades fueron muchas: ¿quizá se debe a ellas la sorprendente desigualdad salarial entre un profesor masculino y un profesor femenino en Inglaterra hasta estos últimos años? En todo caso cabe atribuirles las dificultades con las que las muchachas tropezaron para ingresar en las Universidades y Facultades por cuanto no llevaban ningún diploma equivalente a los diplomas masculinos.

Se trata pues de otras tantas maneras de desalentar el acceso de las mujeres al coto reservado por excelencia cual eran las profesiones liberales con diplomas superiores. Una inglesa, Elisabeth Blackwell, tuvo que aprobar en América sus exámenes de doctor en Medicina. Las gestiones y las luchas de la primera francesa que se atrevió a presentarse al examen de Bachillerato, Julie Daubié, constituirían por sí solas una novela.

Cómo una mujer se convierte en abogado

Antes que desparramar nuestras consideraciones, o de extendernos demasiado, pues la conquista del derecho al ejercicio de las profesiones liberales fue una epopeya, hemos preferido tomar un ejemplo concreto intentando sacar seguidamente las debidas conclusiones. Escojamos, pues, la profesión de abogado y después seguiremos los esfuerzos de una belga que quiso ser abogada.

Aspasia u Hortensia, en Grecia y en Roma, habían asumido por sí mismas la defensa de sus causas, pero no por ello cabía adelantar que fuesen unas abogadas. Algunas Universidades del Medioevo y muy especialmente la de Bolonia, del siglo XII al siglo XVII, habían aceptado a algunas mujeres y hasta ofrecido cátedras de Derecho a unas licenciadas femeninas tales como por ejemplo Magdalena Buonsignori, Bettina Calderini o Bettesia Gozzadini. Ese liberalismo se vio ahogado por el desarrollo de la burguesía precapitalista del siglo XVII, respecto al cual hemos podido ver cómo se había teñido de triunfalismo masculino. Desde entonces, la profesión estaba vedada a las mujeres, incluida la enseñanza del Derecho y hasta el estudio del Derecho.

Ahora bien, no deja de ser curioso el hecho de que las mujeres no habían sido excluidas específicamente. La ley de 1810 que, en Francia y en todos los Estados que habían sufrido la influencia napoleónica, al adoptar el Código civil regulaba la profesión de abogado, no llevaba ningún artículo excluyendo a las mujeres del ejercicio de la profesión. Formalmente, lo que no está prohibido está permitido y lo que no está excluido está autorizado. Pero de hecho, si se había omitido formular dicha exclusión, es porque los legisladores no habían pensado siquiera en que una mujer pudiera ser tan osada como para querer pertenecer a la abogacía. De lo cual muy bien habrían de percatarse Maria Verone en París y Marie Popelin en Bruselas. Sigamos a Marie Popelin, pues las dificultades con las que tropezó son harto ejemplares. Nacida en 1846, ya ha dejado de ser una muchacha cuando en 1880, tras innumerables dificultades y una labor intensa realizada en la soledad, logra matricularse en la Facultad de Derecho de la Universidad de Bruselas. Las cosas no anduvieron tan fáciles, dado que las homologaciones le fueron negadas, pero finalmente, como quiera que era tenaz y perseverante, en 1888 obtuvo su doctorado de Derecho con distinción. Presentada por dos abogados, pidió entonces prestar el juramento de abogado ante la Audiencia. El fiscal general, indignado, se opuso a aquella demanda absurda. El Tribunal de Apelación de Bruselas pronunció incluso una sentencia el 12 de diciembre de 1888 según la cual Marie Popelin no era admitida a prestar el juramento de abogado, considerando que la tradición reserva dicha profesión a los hombres y que «la naturaleza especial de la mujer la vuelve inapta para las luchas y las fatigas de la abogacía».

Las fatigas no la atemorizaban y Marie interpuso apelación. Su recurso en Casación fue presentado por dos abogados cuya tesis era la siguiente: ninguna disposición legislativa prohíbe a la mujer el ejercicio de esta profesión. El recurso fue desestimado. Y con unas sutiles conclusiones: «...considerando que, si esta ley (sobre la obtención de los grados académicos) ni por su texto ni por su espíritu prohíbe conferir a las mujeres el grado de doctor en Derecho, no se desprende que dicho grado les otorgue un título para ejercer la profesión de abogado... que, cuando una mujer exhibe un diploma de doctor en Derecho para ser admitida a prestar juramento, el Tribunal de Ape-

lación no puede ni tan siquiera examinar la regularidad del mismo; que debe apartarla mediante una negativa previa, sabiendo que, según la ley, un diploma de doctor en Derecho obtenido por una mujer nunca constituye un título para ser admitido como abogado. (...) Considerando que el Tribunal de Casación no tiene por qué pronunciarse sobre los motivos de la sentencia atacada que se deduce de la naturaleza particular de la mujer y de su papel dentro de la sociedad, para justificar su exclusión de la profesión de abogado; (...) que la solución de esta cuestión le está reservada al legislador; el Tribunal rechaza el recurso de la demandante y la condena al pago de los costes».

Más claro, esa jerga significaba que el Tribunal no haría nada para interpretar liberalmente el silencio que la ley en vigor había guardado acerca de la posibilidad o imposibilidad para una mujer doctora en Derecho de hacerse abogada, y que sólo se inclinaría si una nueva ley intervenía intimándole claramente a admitir el juramento de una mujer doctorada en Derecho.

Habrían de transcurrir más de 30 años antes de que una ley semejante se votara.

En octubre de 1893, el Colegio de Abogados cerca del Tribunal de Apelación de Bruselas creó una Comisión encargada de realizar diferentes reformas profesionales; el acceso de las mujeres a la abogacía obtuvo en ella el visto bueno (3 votos contra 2). Pese a esta recomendación de su Comisión, el Colegio de Abogados la rechazó.

En abril de 1894, la Asamblea general de los abogados de Bruselas decide sin discusión «que no ha lugar volver asequible a las mujeres la profesión de abogado».

En 1901, una proposición de ley encaminada a admitir las mujeres a la prestación del juramento y en la profesión es presentada, y seis años más tarde dicha proposición es devuelta a las secciones. En 1908, la proposición es aceptada por dos secciones y rechazada por cuatro. En 1912, llega ante la Asamblea y es rechazada por paridad de votos. Ocho años después es presentada nuevamente, esta vez por un miembro del Gobierno, Vandervelde, por entonces ministro de Justicia y en nombre del Gobierno. En su exposición de los motivos, el Ministro alegaba el hecho de que muchos países extranjeros ya se habían adelantado a Bélgica en este camino y que al prolongar aquella situación, se violaba «la libertad y la independencia económicas de todo el sexo fe-

menino». Fueron necesarios otros dos años para que la ley se votara finalmente. Corría el año 1922. Marie Popelin que durante todo aquel tiempo había trabajado como colaboradora oficiosa de algunos abogados, había muerto.

La barrera del saber y el ejercicio del poder

Si hemos escogido ese ejemplo no es porque Bélgica fuera el primer o último país en autorizar a las mujeres el ejercicio de la abogacía sino porque el caso es ejemplar. Una profesión, honorable, lucrativa y que por eso mismo confiere lo que cabe llamar un cierto prestigio, se organiza en el curso del siglo XIX, adopta unos reglamentos, y exige para todo candidato un cierto saber sancionado por la Universidad. Este bagaje intelectual y la promesa de obedecer las reglas morales y cívicas de la profesión, parecen ser las únicas condiciones para su ejercicio. Ahora bien, cuando las mujeres conquistan los diplomas requeridos y ofrecen las garantías morales imprescindibles, la profesión, alocada, busca otros pretextos. Entonces, se invoca la debilidad, física o nerviosa, no se sabe muy bien cuál, de la naturaleza femenina y las «fatigas» de la abogacía. En realidad, lo que se quiere proteger es la profesión-prestigio y no el equilibrio nervioso de la mujer. El mismo proceso exactamente para el acceso de las mujeres a la carrera médica. La barrera para acceder a ella, a saber, la formación intelectual, los conocimientos científicos, se eleva constantemente. Algunas mujeres, pese a sus dificultades para seguir los cursos universitarios, la superan. Entonces, los argumentos cambian de estilo y se alega la dura prueba que la práctica de la medicina representa para los frágiles nervios «y para el pudor femenino». Pero en ese mismo tiempo, las mujeres son admitidas ampliamente en la profesión de enfermera. Curar las heridas más espantosas, velar a los muertos y lavar a los ancianitos o a los jóvenes y vigorosos heridos de guerra, no pueden en ningún caso, al parecer, ofuscar el pudor femenino o quebrantar los nervios de estas delicadas compañeras, siempre y cuando estén bajo las órdenes de hombres médicos, mientras no compartan el prestigio ligado (de un modo muy artificial por lo demás) con la profesión, mientras no cobren más que irrisorios salarios y no respetables honorarios.

Y así se opera una disociación entre el saber, que no hay más remedio que reconocer que es asequible a las mujeres, y el poder, con su doble significación de capacidad y de poderío. En la medida en que una profesión aporta a la vez riqueza y prestigio, difícilmente le será concedida a las mujeres. Si dicha profesión se degrada, incluso si su ejercicio cotidiano se complica y si el bagaje de conocimientos requerido para ejercerla no cesa de incrementarse, entonces se derrumban las barreras. Es así cómo la profesión médica, muy apreciada y hasta sobreestimada en los EE. UU., sigue siendo una profesión de hombres cuyo porcentaje femenino es actualmente insignificante —del 5 al 7 % de mujeres médicos— mientras que la misma profesión, socializada y relativamente poco remunerada aun cuando igualmente difícil, en la URSS se convierte en una profesión femenina: más del 76 % de los médicos son mujeres en la Unión Soviética y ellas representan el 86 % de las funcionarias de la Sanidad Pública. No hay ni un solo cirujano mujer en los países donde el prestigio del cirujano le ha convertido en una especie de señor ricamente pagado y rodeado de una corte servicial de asistentes y asistentas. Una mayoría de mujeres cirujanos existe allí donde esta tarea no está rodeada de la misma aureola ni retribuida con la misma munificencia.

La historia del acceso a la profesión de abogado a finales del siglo XIX está calcada exactamente sobre ese modelo. Con algunas variantes locales cabe decir que el acceso a la profesión se hace en tres etapas:

a) Autorización para seguir los cursos de las Facultades de Derecho en calidad de estudiantes regulares; autorización para presentarse a los exámenes y certámenes; posibilidad de obtener el diploma terminal.

b) Luchas entre las primeras mujeres diplomadas y los Colegios de Abogados. A veces, cuando el Colegio local de abogados había dado su opinión favorable, la barrera era erigida por el Ministerio Público. Éste fue el caso de Lydia Poët, recibida el 9 de agosto de 1883 en el Colegio de Turín: el Ministerio Público hizo oposición y el asunto se llevó sin pérdida de tiempo por cuanto en noviembre de ese mismo año Lydia Poët perdía en Apelación y en abril de 1884 en el Tribunal de Casación. Otra italiana, Teresa Labriola, sufrió el mismo fracaso.

También tenemos al fiscal general de Bucarest que se opone a la prestación de juramento de Sarmisa Bilcescu en 1891, y el de París a la de Jeanne Chauvin en 1897. Cuando en 1886, Emilie Kempin-Spyri se presenta como mandataria de su marido ante el Tribunal de Zurich, la sentencia pronunciada por este Tribunal que se negó a escucharla fue confirmada por la sentencia del Tribunal Federal suizo en enero de 1887. La misma actitud se produce por parte del Tribunal de Copenhague y del Tribunal Supremo de Dinamarca (octubre 1888) con relación a Nanna Berg, apoderada de un abogado. En algunos Estados o, tratándose de Federaciones, en algunas provincias o cantones, los reglamentos de la profesión, siempre mudos respecto a la cuestión del sexo, fueron interpretados liberalmente: éste fue el caso que se dio en el Estado de Iowa en los EE. UU., que fue el primer Estado en admitir a una mujer abogado —Arabella Mansfield en 1869— y también se dieron otros casos en el cantón de Berna en Suiza, así como en Holanda y en Finlandia.

c) Finalmente, en una tercera fase, conquista de la profesión mediante la modificación de las leyes vigentes. Así fue promulgada una ley especial en Francia, en Bélgica, en Nueva Zelanda y una disposición especial se insertó en la ley vigente en Suecia. En Gran Bretaña, la accesión de las mujeres a la abogacía fue un caso particular de su admisión en las diversas profesiones, mediante el *Sex Disqualification Removal Act;* en Suiza, una ordenanza federal proclama inconstitucionales las leyes cantonales que excluyen a las mujeres de la abogacía. En la URSS, el asunto se limita a la mera aplicación del principio de igualdad de los sexos. Pero la mayoría de estos actos legislativos sólo ocurrieron llegado el siglo XX —y a veces incluso sólo después de la Segunda Guerra Mundial, como en África del Sur, Alemania, Austria, Bolivia, España, Gran Bretaña, Grecia, Italia, Japón, Polonia, Portugal, Rumania, Checoslovaquia y Yugoslavia.

Añadiremos que la ley griega excluía a las mujeres del Colegio de la Abogacía y que en la provincia canadiense de Quebec, las mujeres podían ostentar el título de abogado pero sin poder ejercer y que en varios países, entre ellos, Bélgica y Francia, no pudieron ingresar en la Magistratura hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Pero la batalla librada inteligentemente en un campo

restringido ha sido ganada y, contrariamente a lo que legítimamente hayan podido pensar las adelantadas que estuvieron esperando toda su vida luchando por un cambio de la legislación, se ganó con relativa rapidez. Relativamente, por ejemplo, a la batalla sostenida por las mujeres mucho más numerosas de los medios populares en la industria.

Promoción para las obreras

Las victorias de la élite femenina no fueron quizá muy completas pero no dejaron de ser espectaculares y no conocieron retrocesos, o los conocieron muy raramente. Por el contrario, la lucha de las mujeres pobres por el derecho al trabajo, por la mejora de sus condiciones laborales, por la apertura del abanico de sus posibles empleos, por la formación profesional, la cualificación y la promoción y, finalmente, por la igualdad de salario con el hombre por un trabajo de igual valor, esa lucha, mucho más enconada y difícil, llevada a cabo en un frente mucho más oscuro y mucho más vasto, no fue ganada en el siglo XIX y aún no lo ha sido.

Y no fue por falta de adelantadas cuya energía y erudición política fueron notables en todos los aspectos. Pero la resistencia de los medios obreros masculinos, alimentada por un cierto maltusianismo, el miedo al paro, los tenaces prejuicios, las fuertes influencias filosóficas, se vio fortalecida por el gran capital cuyo evidente interés consistía en mantener a una masa de trabajadoras semiparadas, poco formadas, que, año tras año, no tenían más remedio que aceptar los empleos sin porvenir y mal retribuidos que de vez en cuando se les ofrecían, aquí o allá, según la coyuntura.

Sin embargo, algunos militantes obreros empiezan a comprender hacia finales de siglo la lógica de las feministas obreras. Los mutualistas siguen pensando que la «mujer debe permanecer en el hogar», aun cuando en él deba morirse de hambre incluso si no tiene ni tan siquiera un hogar, y que el trabajo en el exterior debe estarle prohibido por la ley. Naturalmente, una tal ley nunca será votada por los que tiran los hilos de la producción, pues esos saben muy bien la ventaja que sacan del empleo femenino, cuando es preciso. Pero otros militantes obreros de Francia, hacia

1869-1870 empiezan a razonar de forma distinta y vislumbran que su mismo interés está en pedir el aumento de los salarios femeninos. Eugène Varlin y su grupo, por ejemplo, consideran que hay que partir del hecho de que son numerosas las mujeres que no pueden dejar de trabajar. Varlin, por ejemplo, incorpora en 1866, la igualdad de derechos de los hombres y las mujeres en los Estatutos de la Sociedad Mutua de obreros encuadernadores de París. Los zapateros otorgan parsimoniosamente a las mujeres una voz consultativa. «Voz» no deja de ser, por lo demás, un término muy inadecuado puesto que estas mujeres símbolo no pueden formular ninguna proposición u observación a la cámara sindical que no sea por escrito o por el intermediario de un miembro masculino del sindicato. Los sastres, tímidamente, imitan esta forma larvada de paternalismo liberal. Los trabajadores de la porcelana de Limoges van un poco más lejos y admiten el ingreso de las mujeres en su sindicato bajo un pretexto claro y sin tapujos: «Considerando que las mujeres producen tan bien como los hombres y que tienen las mismas necesidades.» Era la primera vez que aquellas verdades elementales se pronunciaban. Por otra parte, los sindicatos femeninos empiezan a constituirse por doquier. En Lyon se ve incluso a las «ovalistas»[2] sostener en 1869 una huelga victoriosa y constituir una sección de la Internacional.

Aquí y allá se comienza a defender a «esas mujeres que reclaman junto a su esposo el derecho a vivir trabajando y a las que se les enfrentan los escuadrones de caballería» (Emile Aubry en Rouen, 1870). Hacia la misma época, Emma Paterson, en Inglaterra, emprende la creación de uniones entre las obreras: la *Women's Protective and Provident League*, en 1874, que un poco más tarde habrá de transformarse en la *Women's Trade Union League*. Nunca se insistirá demasiado en la importancia de la labor asumida por esta liga en una época en que las mujeres inglesas no se hallan admitidas dentro de los sindicatos masculinos. Beatrice Web, por su parte, contribuyó a la creación de las comisiones del trabajo encargadas de la reglamentación de los salarios y de las condiciones laborales dentro de lo que llamaban las «industrias no organizadas», y en las que es-

2. Las mujeres que preparan los capullos del gusano de seda, para elaborar la fibra.

taban empleadas precísamente un gran número de mujeres.

Y así pudo verse, hacia finales del siglo, a los trabajadores más humildes de Inglaterra rebelarse contra los líderes encasillados en las *Trade Unions* y que constituían una especie de pequeña aristocracia dentro de la clase obrera. De un modo confuso se pensaba que para vencer, para poder resistir a los patrones y la policía e incluso a la fuerza armada a la cual se recurría con mucha frecuencia, ante todo había que ser fuertes. Las tropas de choque de las *Unions* no estaban integradas por lo tanto por unos desarrapados, peones, obreros no cualificados y menos aún por obreras. Sin embargo, un acontecimiento insólito hará reflexionar a la clase obrera británica. En julio de 1888, las más débiles entre las más débiles, las más pobres entre las más pobres: las obreras de las fábricas de cerillas, las cerilleras como se las llama, consiguieron la satisfacción de sus reivindicaciones por parte de los patronos. Una mujer indomable, Annie Besant, las había sostenido con su ardor y sobre todo con su inteligencia, pues había sabido servirse de la opinión pública y la presión de ésta logró lo que la fuerza de los puños no hubiera podido conquistar. Sydney Webb confiesa que aquello fue un choque:

«La victoria de las cerilleras abrió una nueva página en los anales del tradeunionismo. Hasta entonces, el éxito había sido exactamente proporcional a la fuerza de los obreros. Era una novedad el ver cómo el débil triunfaba precisamente a causa de su debilidad, gracias a la intervención del público.»

Pero, en verdad, se trataba de mucho más que aquello: era la desmentida de una táctica del siglo XIX y la presciencia, el anuncio del arte de la comunicación y del manejo de la opinión pública que en el siglo XX se volverá más importante que los afrontamientos físicos y oscuros. En efecto, el siglo XIX había sido testigo de la toma de conciencia de su fuerza por parte de los miserables trabajadores. De la fuerza mediante la unidad, de la fuerza pasiva a través de la huelga, de la fuerza de la violencia revolucionaria. Todo el siglo decimonono ha pensado en términos de fuerza. Ahora bien, más que nunca en su historia, por sentimentalismo o por hipocresía, la mujer es considerada débil. Sólo se habla de ella en la literatura popular llamándola «pobre mujer», «pobre muchacha». La galantería estaba mo-

derada por esa lástima lacrimosa. La mujer era débil porque entonces la fuerza física aún contaba por encima de todo y más quizá que la fuerza moral y la resistencia física. La resistencia a los patronos explotadores era concebida como una guerra a la que los hombres deben marchar solos. La policía o la fuerza armada nunca se hallaba muy lejos y era preciso tener los puños sólidos, músculos y una cabeza dura. Las mujeres no dejaban de ayudar a sus hombres a veces con mucha combatividad, pero no estaban a la altura de aquellas rudas luchas; por más que Mother Jones se convirtiera en los EE.UU., donde las luchas obreras fueron tan enconadas y tan duras, en la gran inspiradora, la conductora de hombres de gran corazón; por más que durante las revueltas de las *potteries* —alfarerías— en Inglaterra, pudiera verse a las mujeres en Blackburn y en Preston abastecer a los huelguistas de proyectiles a la llegada de los policías o de los soldados. Es a Fergus O'Connor a quien las masas inglesas aclaman, Fergus, el atleta de más de seis pies de estatura y cuyo aspecto y «voz de trueno» tranquilizan y que incluso designan como a un campeón. ¿Cuál es el consejo que Stephen podía dar cuando la resistencia se organizó en los distritos del noroeste? A cada hombre, el tener prestas sus pistolas y su pica; a cada mujer su par de tijeras; a cada niño su caja de alfileres. Y ahí es donde vemos claramente la jerarquía de utilidad en la lucha, la tenue posibilidad que a las mujeres se les depara de sacudirse ellas mismas el yugo sin el auxilio de sus esposos: un par de tijeras... ¡Contra los fusiles!

Una táctica para las mujeres

Pero la historia del trabajo femenino no es posible calcarla sobre la historia del trabajo de los hombres ni escribirla de ninguna manera a su sombra. ¿Qué debe hacer la mujer para librarse de su demasiada dura explotación? Eso no se dice en ninguna de las páginas de las obras de los teóricos de la lucha obrera. La mujer, claro está, debe ayudar a los hombres en sus tareas, no destruir su coraje con sus quejas y sus temores, permanecer a su lado y esperar a que aseguren los progresos comunes por duros caminos oponiendo sus fuerzas a la fuerza de los poderosos. Las mujeres serán pues unas obligadas, unas protegidas, que han de

ser leales vasallas. Pero ¿en qué consistirá la protección? Para algunos, ya lo hemos visto, se trata de alejar del trabajo a la mujer y de garantizarle su «libertad» en la casa bajo la tutela del marido. Para otros, entre ellos los marxistas, se trata de garantizarle, a ella también, el derecho al trabajo y, a veces, unas limitaciones y protecciones suplementarias que la halagan y la frenan a un tiempo: defensa de trabajar por la noche, prohibición de este o aquel oficio, etc...

Se concibe fácilmente el carácter original de la victoria conseguida por Annie Besant y las cerilleras inglesas, recurriendo a unos métodos poco ortodoxos: hicieron llorar a la opinión, se sirvieron de su debilidad reconocida, cantada y deplorada hipócritamente por cada cual, y no recabaron la ayuda de las brigadas de choque de los sindicatos masculinos. Utilizaron, si se quiere, unas armas femeninas, pero utilizaron sobre todo a la sociedad que las había reducido a la situación en que se encontraban, la utilizaron al igual que un siglo más tarde se aprenderá a utilizarla en las grandes casas de publicidad y en las cadenas de radio o de televisión. Las contadas victorias femeninas contra la injusticia que se les depara dentro del mundo laboral han sido casi todas el fruto de una inteligente utilización de la opinión pública, de la transformación en ventajas de los regalos envenenados que se les suele hacer de buen grado a las trabajadoras. Pero, esas cosas no dejan de ser raras en un mundo dominado por las relaciones de fuerza. Empero, las mujeres aprenden una cosa muy útil en el siglo XIX, pues aprenden la manera de que se hable de ellas. Bueno, para ser justos diremos que se habla sobre todo de las que no trabajaban. Pero también se hablaba un poquitín de las que trabajaban. Cuando se evoca a nuestras bisabuelas, ¿acaso no las vemos siempre como a unas personas ociosas atareadas en bordar envolturas de macetas, bufandas o estuches para los lentes? Basta con pensar que en 1880, Bélgica cuenta con una población femenina de 2.761.540 almas. Sobre este total, 1.486.174 ejercen una actividad cualquiera. Entre las 1.272.366 que no trabajan, hay muchas niñas. Quedan algunos centenares de miles de personas distinguidas que tanto han hecho hablar de ellas que su imagen resume para nosotros aquella fecha del 1880. Para que las demás dejasen de ser explotadas a capricho, hubiese sido necesario que también hubiesen hecho hablar de ellas,

más y más, en los periódicos, en las asambleas, en las revoluciones, en las comisiones y en las universidades. Y esto es lo que, hasta cierto punto, las trabajadoras comprendieron en el vigésimo siglo, con lo cual comienza otra historia.

VI. Guerras y revoluciones del siglo XX

Siglo de las ideas-fuerza, el decimonono no pudo ignorar la cuestión del trabajo femenino. Hacia fines de siglo, la opinión pública, que las obras de Stuart Mill había sensibilizado en relación con el problema de la mujer, será sacudida mucho más violentamente aún por la obra estrepitosa del alemán Augusto Bebel, *Die Frau und der Sozialismus —La mujer y el socialismo—* aparecida en 1879. Veinticinco ediciones fueron agotadas en quince años sólo en alemán sin contar las innumerables traducciones. Bebel liga la situación de la mujer a la del trabajador oprimido, pero al igual que Marx, subraya el hecho de que, además, se halla oprimida por el propio obrero. Para emanciparla de esta doble sujeción, Bebel sueña con concederle, dentro de una sociedad nueva, un puesto que correspondería bajo todos los aspectos al del hombre: así plantea la necesidad de un salario igual por un trabajo igual, y el carácter un tanto utópico de una parte de su obra no pudo mermar la profunda impresión causada por ella y que volvió a dar un nuevo y apasionado impulso a la discusión de aquellas cuestiones entre los trabajadores y dentro del mundo socialista. Veremos más adelante de qué manera las ideas de Lenin sobre el trabajo femenino se aproximaban al concepto de Bebel así como las consecuencias que iban a tener.

Y es que la situación ha madurado. El fin del siglo XIX ha sido testigo por doquier del incremento del número de trabajadoras. Desde hacía un par de lustros, sus filas se habían estabilizado en casi todos los lugares. En los albores del siglo XX, son decenas de millones las mujeres que trabajan para vivir. Mas no basta ya con señalarlo de un modo tan general, sino que es preciso batirse con las cifras. Y es a conciencia que queremos abrir este capítulo consagrado al siglo XX con una estadística. Entonces, la misma historia social cambia de semblante: de impresionista se vuelve fotógrafo; de novelista se vuelve contable. No ha lugar a quejarse de ello, muy al contrario, pues no podemos empezar

a concebir un fenómeno más que si disponemos de los medios necesarios para enjuiciarlo en su conjunto, seguir su evolución de un modo estático.

Los efectivos

He aquí pues reunidas, las cifras que, en los albores de este tremendo siglo, van a servirnos de prólogo o de presentación de los personajes, antes del desarrollo de la obra. Hemos reunido aquí los porcentajes de mujeres que trabajan y que los censos más próximos al año 1900 nos ofrecen en diecisiete países. No hay que analizar esos datos sin antes tomar algunas precauciones. El término de «mujer activa» no se entendía en todos los lugares del mismo modo, y las definiciones son muy frágiles en lo que atañe a las ayudantes familiares y las mujeres que trabajaban en el agro. Sólo doy la cifra adelantada por la Rusia zarista para señalar con ella un ejemplo de estadística torcida: en ella no figuran las campesinas, sin embargo constituían seguramente el 75 % del total de las mujeres o por lo menos el 70 %. Es ésta la cifra que también cabe retener tratándose de unos países de muy elevada densidad agrícola tales como Polonia, Bulgaria, Rumania, Estonia, Finlandia. En lo que a España se refiere, una observación cuidadosa de la realidad también hubiese permitido corregir probablemente ciertas estimaciones.

Tras estas observaciones, consideremos este cuadro. Nos ofrece dos porcentajes distintos: en la primera columna tenemos el porcentaje de las mujeres trabajadoras referido a la población femenina total de la época considerada; en la segunda columna, el porcentaje de las mujeres referido al conjunto de la población laboriosa, hombres y mujeres.

Es fácil percatarse de que son enormes las disparidades entre los distintos países. Los altos índices del trabajo femenino no parecen estar vinculados con el alto desarrollo industrial de los países considerados: así, Gran Bretaña, por entonces el país más industrializado del mundo, tiene un bajo índice así como los Países Bajos y sobre todo los EE.UU. cuya industrialización se había iniciado sin embargo ampliamente y cuya prosperidad era muy dinámica. El índice extremadamente bajo del trabajo femenino en Norteamérica, debe ir acompañado de una observación esencial, y es que en aquella época, el 41 % de las mujeres negras

trabajaban, lo cual rebaja más aún la tasa de participación de las mujeres blancas.[1]

PORCENTAJE DE MUJERES ACTIVAS A COMIENZOS DEL SIGLO XX.

países	*años*	*% de trabajadoras referido al total de la pob. femen.*	*% de trabajadoras referido a la pob. activa total*
Austria	1900	47,4	43,2
Francia	1906	39	38,1
Dinamarca	1901	34,2	34,8
Italia	1901	32,4	32,5
Alemania	1907	30,4	33,8
Noruega	1900	29,4	34,5
Bélgica	1900	29,2	29,8
Suiza	1900	28,8	31,5
Suecia	1900	28,3	32,7
Hungría	1900	27,6	30,2
Escocia	1901	25,8	29,8
Inglaterra	1901	24,8	29,1
Irlanda	1901	24,3	28,0
Países Bajos	1909	18,3	23,9
EE.UU.	1900	14,3	18,3
España	1900	14,2	15,4
Rusia	1897	8,7	17,5

FUENTES: Doctor Gertrand WOLF *Der Frauenwerb in den Hauptkulturstaaten*, Munich, 1916, y censos facilitados por la Oficina Internacional del Trabajo, ulteriormente.

Las tasas elevadas de trabajadoras tampoco parecen significar que los países que las tienen se hallan retrasados en su desarrollo: en aquella época Francia y Austria eran poderosas naciones adelantadas, y Dinamarca no puede contarse como un país subdesarrollado en 1900. Sin embargo, estos tres países tienen las proporciones más elevadas de trabajadoras.

¿Por qué más o menos mujeres en el trabajo?

Nos planteamos ahora por primera vez, esta pregunta fundamental, a saber: ¿Con qué se relaciona la tasa de participación de las mujeres en el trabajo?

Pregunta ésta sumamente ardua y respecto a la cual cabe

1. Esther PETERSON, «Working women» en *The Woman in America*, The Daedalus Library, vol. III, p. 157.

adelantar que nadie hasta la fecha ha logrado contestarla satisfactoriamente. Sin embargo, vale la pena que cada cual reflexione acerca de la misma y que con ocasión de esta primera estadística, pondere la dificultad del problema. Pues no puede darse una respuesta simplista. Sólo con mirar esta tabla se eliminarán las ideas que a veces se oye proferir: de una sola ojeada se ve que la magnitud del país considerado no entra en cuenta por cuanto no era posible comparar a los EE.UU. y Holanda así como tampoco a Francia y Dinamarca. ¿La antigüedad en la industrialización? Pero entonces ¿por qué Inglaterra, primer país industrializado del mundo tendría un índice bajo, como España que no se hallaba industrializada en ningún grado? ¿Acaso las costumbres y especialmente la religión? Pero entonces ¿por qué tanta disparidad entre una Italia y una España católicas? ¿Entre una Dinamarca y unos EE.UU. protestantes? Y ¿por qué tanta semejanza entre la Inglaterra protestante y la Irlanda católica? ¿Acaso se trata de las ventajas conferidas a las mujeres que trabajan? Esto sería tanto como dar la vuelta al problema: pues las conquistas no se logran más que en la medida en que la masa femenina trabajadora es importante y combativa. Veremos como muy pronto en la Rusia soviética, es el régimen político el que optará a un tiempo por hacer penetrar masivamente a las mujeres en la vida profesional y por rodearlas de unas garantías como nunca hasta entonces las trabajadoras habían conocido. Pero aún no hemos llegado hasta eso. Todos estos países aplicaban un capitalismo empírico. ¿Entonces, qué?

La única relación que, en opinión del autor, podemos atrevernos a establecer para dar cuenta de tales disparidades sobre un largo período no deja de ser compleja, pues ha de tomar en consideración el grado de industrialización y, en el caso de los países industrializados, de índice de paro forzoso, o incluso de la pesadez del mercado del trabajo para los trabajadores masculinos en los países considerados. Un país en el que el hombre no encuentra trabajo fácilmente o donde puede perder su empleo fácilmente, será un país con un bajo nivel de empleo femenino. A la inversa, los países industrializados, durante los períodos de prosperidad y de pleno empleo verán siempre incrementarse el índice del empleo femenino. Ciertamente que conviene manejar con las mayores precauciones esta relación, por cuanto a veces el paro obedece a una crisis económica y otras ve-

ces a una situación demográfica específica: así, cabe interpretar probablemente el índice de empleo femenino en Holanda, donde siempre estuvo muy bajo, recordando que se trata de un país sumamente poblado en atención a su superficie y que desde hace mucho tiempo es una tierra de emigración. En Italia, con la demografía galopante que el país conoció a comienzos del siglo XX y las dificultades económicas enormes provocadas por la falta de materias primas, veremos cómo el índice de las mujeres trabajadoras pega un salto hacia abajo espectacular. No volverá a subir más que con el «milagro económico» de 1960. Los EE.UU. son al respecto un barómetro más sensible aún. La extraordinaria prosperidad que conocen en estos momentos se acompaña de un índice de empleo femenino más elevado que nunca, mientras que veremos manifestarse la influencia inversa en la crisis económica de 1929.

La guerra y las trabajadoras

Pero aún no hemos llegado a eso. 1900: Europa y América trabajan. El descontento aumenta entre las masas obreras. Las naciones se afrontan por medio de los diplomáticos. Pronto habrán de ser inmensos ejércitos los que zanjarán mediante la más estúpida de las guerras y la más mortífera hasta entonces, los litigios de sus cancillerías. Las mujeres por lo que respecta al trabajo, son un poco unas «beneficiarias de la guerra». Quién de entre nosotros no ha contemplado todavía esas imágenes saltarinas que nuestras televisiones nos muestran a veces cuando hurgan en sus archivos: unas mujeres con pesados moños y con el talle estrangulado por el corsé conducen los tranvías, rectifican obuses, montan fusiles, se dedican a la recogida de las cosechas. Ciertas damas abandonan sus anchos sombreros y sus pieles para vestir la bata de enfermera. Las muchachas fabrican explosivos. Estamos en guerra. Sobre todo en Francia, donde todos los hombres se hallaban movilizados, y en Alemania, esas imágenes han impresionado las imaginaciones. Se hizo una extraordinaria explotación sentimental de aquellos hechos y todo aquello nos deja la impresión confusa de que todo empezó entonces para la mujer, en 1914-1918, y que van a tener la oportunidad de vivir unas experiencias que nunca vivieron, de catar la independencia financiera hasta el pun-

to de verse transformadas por ella, pues ¿no fue durante la guerra de 1914-1918 que empezaron a cortarse el cabello, que acortaron sus faldas? Los millones de combatientes, al regresar a sus casas a la terminación de la guerra, no reconocieron a sus mujeres.

¿Qué había ocurrido?

En primer lugar cabe hacer una curiosa comprobación: cuando se comparan los porcentajes de mujeres trabajadoras de 1920, después de la guerra, con los de 1900 o incluso de 1910, nos damos cuenta de que la mayoría han bajado y son menos importantes después de la guerra que antes de ella: estos descensos son a menudo notables y afectan por igual tanto a los países beligerantes como a los que permanecieron al margen del conflicto; tanto a los países vencedores del conflicto como a los vencidos:

Austria	— 12,0 %
Dinamarca	— 10,0 %
Bélgica	— 7,9 %
Noruega	— 5,6 %
Italia	— 5,6 %
Irlanda	— 4,9 %
España	— 4,4 %

Otros países, menos numerosos, arrojan un incremento a raíz del conflicto, pero dichos incrementos son con todo más modestos que las bajas que acabamos de referir:

Alemania	+ 5,2 %
Francia	+ 3,2 %
Suiza	+ 2.0 %
Estados Unidos	+ 2,1 %

(Conviene comentar en seguida esta última cifra, pues aun siendo cierto que el porcentaje de trabajadoras dentro de la población laboriosa estadounidense pasa desde 1900 a 1920 de un 18,3 % al 20,5 %, sería erróneo atribuirle este pequeño aumento a la guerra. En efecto, en 1920 el porcentaje de las mujeres que trabajan es inferior en un 0,7 % a lo que fuera en 1910. Pues fue entre los años 1900 y 1910 cuando el porcentaje se había elevado.)

También cabe agregar la muy laboriosa comprobación relativa a la extraordinaria estabilidad de la mano de obra femenina en la Gran Bretaña: 29,1 % en 1901 y 29,5 % en 1921.[2]

¿Acaso esto significa que la guerra no tuvo ninguna influencia sobre el empleo femenino? Pues el ejemplo que a menudo se nos ofrece acerca de Alemania (+ 5,2 %) es asimismo engañoso: en el mismo lapso de tiempo en que la población activa femenina referida a la población femenina total pasa del 30,4 % al 35,6 %, la población masculina activa pasa del 61,4 % al 68 %, o sea que su evolución es más acentuada aún. De forma que si se calcula el porcentaje femenino referido a la población activa total, vemos que no varía mucho.

En realidad, esta sorprendente estabilidad, el poco efecto producido por la guerra del 1914-1918, y las propias bajas, se superponen con dos fenómenos interesantísimos:

a) Hubo efectivamente un brutal incremento del número de mujeres trabajadoras durante las hostilidades, pero la regresión, el retorno al hogar fue también repentino, tan pronto como la guerra terminó.

b) Esos porcentajes tan estables y esas disminuciones encubren un profundo trastorno cualitativo: las mujeres cambian de tipo de trabajo, se notan unos traslados muy claros de la mano de obra femenina de un sector a otro de la economía.

1. *Flujo y reflujo de la mano de obra femenina, o las «disponibles en caso de necesidad»*

En uno de los sectores, el de la agricultura, el fenómeno se manifestó como suma claridad. Como quiera que los hombres se hallaban en el frente, las mujeres hicieron funcionar las explotaciones agrícolas, substituyendo a los hombres ausentes con la contratación de mujeres para ayudarlas. El aumento fue enorme: un millón en Alemania y un poco más en Francia, país más agrícola.

¡Habría tantas cosas que decir respecto a este relevo rural realizado por las mujeres! Pues las cifras carecen dema-

2. Fuentes: *International Labour Office, The War and Women's Employment, The Experience of the United Kingdom and the United States,* Montreal, 1946.

siado de contenido humano. Nos detendremos tan sólo un momento para leer la carta de una campesina de Provenza escrita el 6 de noviembre de 1914 y publicada en el periódico «La Française» el 20 de febrero de 1916.

«Saint Pierre-lès-Martigues, a 6 de noviembre de 1914

»Pese a todo el cansancio y todas las molestias, estoy bien de salud y los niños también se encuentran todos bien. A finales de enero, llegará mi cuarto hijo, pero todo esto no tiene importancia, pues no son los niños los que me causan pena. Es una lástima que Julio no esté aquí, pues tengo al suegro que está malo, ha cogido un gran catarro y con la edad que tiene se ahoga toda la noche. Tengo muchas dificultades para trabajar todas las tierras, tengo el rebaño que me ha llegado del monte sin pastor, me lo guarda un muchacho de dieciséis años de edad que he contratado después de que Julio se marchó. No tengo a nadie para cuidar de las tierras. No podemos hacer la siembra; no para de llover, todo se nos pone en contra. El 5 de octubre movilizaron a los caballos, se me llevaron los míos, no me queda nada para hacer trabajar. Julio aún no lo sabe, pues eso la causaría pena, porque los quería mucho. Ya me queda tiempo para decírselo. Imaginen todas las preocupaciones que me quedan: tengo que cuidar de los once marranos y de todas las gallinas, pero lo que más me preocupa es la tierra. A pesar de eso me doy buen coraje para que nada sufra, con la esperanza de que Julio regrese con buena salud. Si tuviese la dicha de verle volver, me olvidaría de todas las penas.» [3]

Tan pronto como los hombres regresaron, la mayoría de aquellas campesinas extra volvieron a sus hogares. Como quiera que en ambos países hubo muchísimos muertos, quedó un cierto número de mujeres que siguieron reemplazando al agricultor desaparecido. Pero muy pronto, esa aportación se reabsorbió.

La industria fue otro sector que conoció una marea femenina, seguida de un reflujo. En Gran Bretaña, 792.000 mujeres ingresaron en la industria entre los años 1914 y 1918. La demanda más apremiante partió naturalmente de la me-

3. Citado por Yvonne DELATOUR en *Les effets de la guerre sur la situation de la française d'après la presse féminine 1914-1918*, D.E.S. ms., 1965.

talurgia. En Alemania, la comparación de las cifras de 1913 y de 1918 pone de manifiesto un incremento de 842.964 mujeres en las ramas industriales siguientes: minas, metalurgia, mecánica e industria química. La mecánica registró el más fuerte aumento. Volvemos a encontrar en una medida mucho más débil ese aflujo brutal en los EE.UU., principalmente en la industria del acero. En Francia, los contingentes femeninos se inflan brutalmente en las ramas de la mecánica, de la gran fundición, de la industria química y de la electricidad.

684.000 mujeres ingresaron en las fábricas de armamento. Una inspectora de la Comisión del trabajo femenino en la artillería y el amunicionamiento, Marcelle Capy, encuentra entre aquellas mujeres una madre de siete hijos, costureras, sirvientas, una antigua bailarina y una vendedora de artículos de moda. Están de pie desde las tres de la madrugada hasta las nueve de la noche, contando el tiempo que gastan en el transporte y en hacer unos rápidos quehaceres domésticos. En el taller, «ni una palabra, ni una risa. Apretados los dientes, lívidas, luchan por el pan. Tienen unos rostros de ancianas y sin embargo ninguna cuenta con más de 30 años de edad. Están penando durante quince días y después durante quince noches infernales». Una doctora visita la fábrica Citroën: las mujeres trabajan en el estampado de los obuses de acero incandescente, al ritmo de 50.000 obuses diarios. «Un taller en el que trabajan 4.000 mujeres fue construido en seis semanas hace un año. El obús que llega solamente estampado al taller sale totalmente terminado del mismo. Todas las obreras llevan una bata de tela; por la noche, les sirven una sopa por la cual pagan 0,25 francos o un café por 0,10 francos con el fin de cortar las diez horas de trabajo seguidas. Una casa cuna acoge a los niños y sólo los devuelve el domingo a las madres.»

Sobre estas obreras solían correr los rumores menos halagueños tales como estas palabras escuchadas junto a la mesa de un hotel provinciano y recogidas por «La Voix des Femmes» el 30 de enero de 1918: «Yo le aseguro a Vd. que las mujeres no han sido nunca tan felices, pues trabajan, ganan buenos jornales y perciben una renta del Gobierno a la que no estaban acostumbradas. ¡Con eso andan crapulosamente de jarana!» Y es que, añade otro periódico, «La Française», «bruscamente trasplantadas en un ambiente muy diferente de sus hogares, ya no tienen junto a ellas ni tan

siquiera al guía que les fuera dado para remediar su profunda inexperiencia». Una vez más, se acusa a las obreras de caer en la prostitución, lo que parece cuando menos difícil cuando se piensa de qué modo invierten el tiempo. Pues la madre de familia apenas si tiene tiempo para besar a toda prisa a sus hijos de los que cuida a menudo el mayor o la mayor de diez u once años de edad. En cuanto a las muchachas se refiere, vuelven a encontrar en ciertas fábricas el reflejo de aquellos internados de obreras del siglo XIX que ya hemos descrito: allí se preocupan de su producción y de su honra a un tiempo. En casa de Félix Potin (conservas) las muchachas son alojadas en la empresa y sólo tienen derecho a salir dos veces a la semana a condición de que no estén privadas de ello por haber faltado a la disciplina. Durante los otros cinco días «dejan el refectorio para irse directamente al dormitorio». «Se hace imposible toda maternidad, no nos hacen enfermar pero a diario nos roban científicamente la totalidad absoluta de nuestras fuerzas hasta el límite extremo de lo soportable.»

Sin embargo, el trabajo de la mujer, incluso cuando contribuye a salvar a la patria, está mal visto. En el mundo burgués está considerado como una «degradación». En plena guerra, el 12 de mayo de 1917, una joven mujer cuenta en «La Mode Pratique» que, desde que trabaja, sus amigas sólo la reciben a unas horas determinadas, aparte, como una apestada por la cual se siente compasión pero que hay que mantener alejada del sano rebaño.

En efecto, durante la guerra centenares de miles de mujeres ingresaron en el comercio y las oficinas. Medio millón en Gran Bretaña, país en el que de 600 mujeres funcionarias en 1914 se pasa a la cifra de 170.000 en 1918; trabajan en la Policía, en los servicios auxiliares de la Marina, en todas partes. En Francia, el movimiento es casi tan importante puesto que en los servicios públicos administrativos la cifra pasa de 99.163 a 202.007 en 1921. Sin embargo, a estas funcionarias tan numerosass, cabe agregar un suplemento de 169.306 mujeres que trabajan en el comercio, lo que hace que en 1921 su número supere las 900.000. Con un aumento redondo de 50.000 mujeres en los Bancos y los Seguros, y, cosa más destacable aún, con un superávit neto de 81.404 mujeres más ejerciendo una profesión liberal.

En lo que se refiere a Francia, es preciso corregir lige-

ramente esas cifras por cuanto, a raíz de la guerra, el país contaba con tres departamentos más que durante los censos de antes de la guerra. Pero esta afluencia femenina a los «empleos intelectuales» es posible traducirlo de todas maneras mediante un cálculo irrefutable: el número de mujeres por cada mil personas de cada categoría profesional. Pues por mil comerciantes se cuentan 23 mujeres más; por mil personas que ejercen una profesión liberal, 75 mujeres más; por mil personas empleadas en la Administración, 94 mujeres más, o sea un incremento del 9,4 %. Si sumamos todos los «empleados», la aportación femenina aparece más importante aún, puesto que sobre 1.000 empleados de ambos sexos se cuenta en los años 20, a 163 mujeres más que en 1906.[4]

Y, sin embargo, a partir de 1920 o de 1921 ya no se vuelve a reencontrar esa enorme aportación en el número absoluto de mujeres que trabajan, pues parece haber sido reabsorbida. Los efectivos de las mujeres activas han vuelto a encontrar su importancia de antes de la guerra más o menos. ¿Qué había ocurrido? Por una parte, los hombres habían regresado y habían visto con muy malos ojos aquella invasión femenina por cuanto sus substitutas cobraban, en todos los casos, unos salarios inferiores a los que ellos cobraban antes de la guerra, y así temieron que el empleo de las mujeres deteriorase sus situaciones. Incluso las empleadas de los autobuses y del Metro perciben salarios más bajos que los de los hombres que han reemplazado: «¡Menos mal que a todas os licenciarán cuando los hombres vuelvan de la guerra!» Como dice una señora distinguida a una *watt-woman.*

Y por otra parte, la industria armamentista había dejado de marchar con el ritmo alocado que llevaba durante la guerra. Hay que intentar imaginarse lo que había sido la vida de aquellas mujeres para poder comprender cuán felices se sintieron al verse liberadas. He aquí de qué manera los obreros hablan de ello: «El régimen impuesto a las mujeres es intolerable —considera en un informe el sindicato de chapistas. Se las obliga a realizar ciertos trabajos a los que los hombres se negarían. En la soldadura autógena es criminal hacer trabajar doce horas a las mujeres

4. *Le travail des femmes en France devant la statistique,* por F. DAURIAC, en «Revue d'Economie politique», 1933, núm. 1.

mientras que los hombres no podrían aguantarlo debido al calor.» En la fábrica de proyectiles de artillería de Saint-Juéry: «Las mujeres trabajan en las máquinas y en el temple así como en la elaboración de los proyectiles. Su producción es idéntica a la de los hombres. El trabajo nocturno para las mujeres que trabajan en los proyectiles es agotador: terminan la jornada a las cuatro de la madrugada, descansando sólo tres horas para poder hacer sus labores caseras. Reanudan la faena sin haberse tomado el suficiente descanso y esto explica la frecuencia de los accidentes.»

En Saint-Étienne, «3.000 mujeres ocupadas en la fabricación de las espoletas, de la vaina y del cuerpo de la vaina trabajan diez horas seguidas, por un salario de 2,50 a 4 francos diarios». En Saint-Nazaire, en la fabricación de los cartuchos, la mitad de las mujeres trabajan desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana con una hora de descanso a medianoche, es decir doce horas de estancia y once horas de trabajo. Y durante el resto de la jornada tienen que cuidar de sus hijos, de la casa y hacer las compras.[5] Ahora bien, cómo no citar aquí la reflexión de una obrera empleada en una fábrica de guerra donde ha de manipular unos aparatos elevadores que desplazan hasta cinco toneladas. El hecho es recogido por el «Boletín de las Fábricas de Guerra» del 29 enero de 1917: «Como quiera que los trabajadores más antiguos se indignaban y protestaban de que "jamás se había visto tal cosa", la muchacha, de 19 años de edad, afirmó hallarse menos cansada por ese trabajo que por las doce horas de costura que antes hacía.»

Contra todas las reclamaciones que pudieran hacer, se les objetaba «el estado de guerra». Del otro lado del frente, en Alemania, se daban las mismas escenas. Agotadas por una cierta subalimentación debida al pésimo abastecimiento y rendidas por el tremendo cansancio puesto que debían realizar un trabajo agotador, durante más tiempo que los propios hombres en tiempos de paz, a lo cual se añadían todas las obligaciones domésticas y maternales, las mujeres trabajadoras aflojaban una tras otra. Un minuto de inatención y ocurría un accidente. El porcentaje de las obreras accidentadas aumentó rápidamente. En 1918 se había cuadruplicado. Los informes de los inspectores del trabajo

5. «L'Unión des métaux», núm. 61, 1 mayo 1915 y núm. 62. Citado por E. DOLLEANS, en *op. cit.*, vol. II, p. 230, nota al pie de la página

señalan un recrudecimiento de las enfermedades profesionales, especialmente en la industria química de guerra donde se manipulan los productos tóxicos apresuradamente, manteniendo un ritmo febril. Y sin embargo, la diferencia entre el salario de estas mujeres y el salario masculino sigue siendo importante.[6]

Finalmente, no hay que olvidar la presión de la opinión pública una vez acabada la guerra para que las mujeres recobren su «cometido natural» e incluso su «debilidad». Después de tantas escenas sombrías, permitámonos una fantasía y leamos con respeto lo que un periódico femenino de gran tirada, «Le Petit Écho de la Mode», aconsejaba a las francesas en 1920: «Nosotras, las mujeres, nos hemos visto obligadas a tomar unas iniciativas que nos han envalentonado. Durante la guerra, no nos estaba permitida la indecisión, pues había que actuar, había que trabajar. Ahora, nada de lo que concierne a los quehaceres domésticos puede sernos extraño. Nos hemos hecho a nosotras mismas la prueba de nuestra fuerza. Pero sabemos muy bien que la debilidad que nos atribuyen es un poderío, un encanto, un atractivo...»

Solazaos pues, queridas señoras, jugad a las débiles que han de ser protegidas, regresad a vuestras cocinas y encerraos en vuestras casas. El orden debe restablecerse, y ese orden quiere que seáis fuertes cuanto es menester, pero desarmadas y debiluchas el resto del tiempo...

2. *Variaciones cualitativas del empleo femenino*

En realidad, las cosas son más complicadas que eso. Las mujeres que entre 1914 y 1918 ingresaron en las oficinas ya no sintieron ningún deseo de abandonarlas y en ellas se quedaron. En el comercio ocurrió otro tanto. En suma, las cosas anduvieron así en todo el sector terciario. Y también una buena parte de las obreras fabriles, puesto que en todos aquellos países beligerantes el número de mujeres aumenta en los empleos cualificados de la mecánica, la química y la electricidad durante los años que siguen inmediatamente a la terminación de la guerra. Entonces, ¿qué es lo que ha pasado?

6. P. Umbreit y Ch. Lorenz, *Der Krieg und die Arbeitsverhältnisse*, Berlín, 1923, p. 380.

Pues que sistimos a los traslados sumamente importantes de la población femenina de un oficio a otro. En 1914-1918, las mujeres comenzaron a abandonar definitivamente los oficios para los cuales las habían apremiado y que no les gustab n.

Por ejemplo, ya no quisieron ser sirvientas. Ya hemos visto la fuerte disminución del porcentaje de trabajadoras femeninas en Austria. Pues se debe casi totalmente al descenso de un solo grupo profesional: el de las domésticas.

En los EE.UU., de 1910 a 1920, en diez años ¡350.000 sirvientas menos! En Alemania, de junio 1914 a junio 1918, hay 200.000 sirvientas menos. En Francia, 150.000 menos y en Gran Bretaña 400.000 menos. ¡En cuatro años! Y terminada la guerra, ninguna antigua sirvienta desea reintegrarse a su trabajo. Pues habían pasado por la fábrica y habían hecho el más duro de los oficios, se nos dice. Sin embargo, preferían esto a su antiguo oficio de sirvienta para todo. En el otoño de 1917, Alemania se vio afectada por los primeros ataques del desempleo y muchas obreras, antiguas sirvientas, se encontraron sin recursos. Una encuesta de la época pone de manifiesto que casi ninguna quiso volver a su antigua profesión y que prefirieron quedarse en la miseria en espera de otro trabajo fabril antes que regresar a lo que llamaban «la servidumbre».[7]

Por otra parte, el empleo de las mujeres siguió el desarrollo industrial de las diferentes naciones. En todas partes se observan uertes disminuciones del número de mujeres empleadas en el sector textil, debido sin duda a que se halla en completa reorganización. Al introducirse la mecanización, ésta provoca ciertos trastornos: en Francia, en cinco años, 162.788 mujeres abandonan el ramo textil; pero las reemplazan 13.123 hombres que ocupan unos puestos de una tecnicidad superior. Si se calcula sobre la base del año 1907, se constata que el ramo textil ha perdido el 23 % de sus efectivos femeninos. En Inglaterra, lo abandonan 80.000 mujeres entre 1914 y 1918, y dichas mujeres ya no se reintegraron. En los EE.UU., asistimos a la caída vertical del número de mujeres empleadas en la agricultura.

Y así se comprende cómo, en 1919, se asistió a una profunda redistribución de las tareas femeninas. El número de

7. OPPENHEIMER y RADOWSKI, *Die Probleme der Frauenarbeit in der Übergangswirtschaft*, Mannheim, 1918.

empleadas de oficina, en los Ministerios, de las funcionarias de todo tipo, de maestras, de personal sanitario y hasta de mujeres que ejercen profesiones liberales aument en todas partes. En una palabra, el sector terciario empieza a ser testigo de ese deslizamiento de la mano de obra femenina que irá acentuándose en el correr del siglo. Es preciso subrayar que ese incremento muy regular y muy espectacular de los empleos de oficina, del trabajo «intelectual» como lo denominan las estadísticas soviéticas, sigue con un sorprendente paralelismo la evolución de las mujeres. Cuanto más instruidas, más dejan la fábrica por la oficina. Pero las que están en las fábricas acudieron ellas mismas a trabajar en ellas por causa de la guerra. Antiguas sirvientas, antiguas obreras agrícolas que han aprendido nuevas técnicas, permanecerán en gran número en la mecánica y en la industria química, por ejemplo. Por lo demás, las fábricas habían sabido y aprendido durante la guerra a adaptar su material a las mujeres con el fin de utilizar lo más provechosamente posible sus aptitudes especiales de celeridad remediando con ello su falta de fuerza muscular. Esas fábricas después de la guerra se racionalizan muy rápidamente, introduciendo los métodos del taylorismo, del trabajo en cadena. Las mujeres, por su parte, habían aprendido a adaptarse a las máquinas.

Como vemos, se trató de un fenómeno de *nuevo reparto*, que marcó una *clara evolución* y que estuvo ligado con la elevación del nivel de instrucción de las mujeres. No se trató de una invasión. Las mujeres no han expulsado a los hombre de la vida activa. No han «destruido la familia» como tan a menudo se las acusó con tanta violencia al terminar la guerra. El porcentaje de las mujeres que permanecen en el hogar sigue siendo el mismo y hasta aumenta en ciertos países. Pero han realizado progresos. En Gran Bretaña, el acceso a la mayoría de las profesiones y carreras sólo les fue reconocido a raíz de la guerra, en 1919, por la ley sobre la supresión de las discriminaciones de elegibilidad debidas al sexo. En 1919, Lady Astor, resultó elegida diputada y diez años más tarde, una mujer, Margaret Bondfield, devino ministro de Trabajo y miembro del Gobierno. Pero dichos progresos fueron mal acogidos por la opinión masculina así como por esa gran parte de la opinión femenina pasiva que no piensa por sí misma y que sigue el movimiento general. La fórmula que por entonces se arrastraba por doquier era más o menos la siguiente: «El trabajo de las mujeres aumenta el

paro y es nocivo para la familia.» De manera que las mentes estaban maduras para revolverse contra las mujeres activas cuando la gran depresión de 1929 empezó en los EE.UU. y vino a barrer Europa. ¡Se clamó contra las mujeres! Resulta tan fácil tomar a la víctima como cabeza de turco y como responsable de todos los males que no se logra domeñar. Sin embargo, antes de abordar la difícil y capital cuestión del trabajo de las mujeres durante la Crisis, conviene volver la mirada hacia el Este, donde han acontecido cosas nuevas. La Revolución rusa, en efecto, se ha traducido por un cambio aún más radical en la vida de las mujeres que en la vida de los hombres de la antigua Rusia zarista.

Las mujeres rusas antes de la Revolución de Octubre

Las mujeres rusas de antes de la Revolución de 1917, eran, para Occidente, aquellas fascinantes criaturas que hablaban el francés tan bien como el ruso y con un deje encantador, y asimismo, muy a menudo, el alemán y el inglés; que viajaban, pensaban y estudiaban también con un ardor y un brío que las mujeres occidentales no habían alcanzado probablemente aún, incluso dentro de la élite. Se las veía llegar a la Sorbona, a veces más numerosas que las propias francesas en atreverse a organizar el asalto a las Universidades. André Pierre, en sus obras sobre la mujer soviética,[8] tiene razón al recordar que la primera mujer que tuvo el honor de ser nombrada para ostentar una cátedra de matemáticas superiores en una Universidad fue una rusa, Sofía Kowalewski, en la Universidad de Estocolmo. Turbulenta y destacada élite, que preocupaba al régimen: cuando en 1912, reivindicaron el derecho de poder elegir y ser elegidas a la Duma se les opuso una negativa motivada como sigue: «Un cuidadoso examen de la realidad demuestra que en nuestro país existe el peligro de ver a las mujeres apasionarse por los ideales revolucionarios, y este hecho obliga a mostrarse prudentes.»[9] Las mantenían cuidadosamente al margen. Siendo jurista, no podían ejercer su profesión incluso cuan-

8. Cf. André PIERRE, *Les Femmes en Union Soviétique*, 1961, y también *Les femmes soviétiques*, en «Esprit», núm. 295.

9. Cf. G. GROMOVA, *La femme soviétique travailleuse et mère*, Moscú, 1963.

do tenían el derecho a enseñar. Tampoco podían dedicarse a una actividad científica. Sin embargo seguían estudiando.

No obstante, en su mayoría, las mujeres rusas no se parecían en nada a esta destacada y brillante élite. Y el 8,7 % que el censo de 1897 llamaba «trabajadoras», aquellas obreras de las urbes que cobraban la mitad o las dos terceras partes menos que sus compañeros masculinos no representaban tampoco a la masa de las mujeres rusas. La gran masa eran las mujeres de los mujiks. En principio la servidumbre estaba abolida desde 1861, pero si el régimen de los antiguos siervos había cambiado muy poco, el de sus mujeres seguía siendo, a buen seguro, el de la esclavitud. Nación de Oriente a través de la cual se había extendido la doctrina bizantina que rezaba que «la mujer debe obedecer al marido al igual que la esclava obedece a su amo», Rusia había conocido la costumbre de los serrallos de clausura, los *terems* y los *verkn* de los que la mujer sólo podía salir con el velo puesto. Hizo falta toda la energía de Pedro el Grande para arrancar el velo a las mujeres. También prohibió que las casaran contra su voluntad, pero no obstante se siguió disponiendo de ellas como de meras mercancías. «Es mi mujer, por lo tanto me pertenece», contestaba el campesino ruso con plena serenidad a quien le reprochaba el maltratar a su esposa. Y Nicolas Nekrassov, que observaba que «los siglos han transcurrido y todo en este mundo tiende hacia la felicidad, pero el sombrío destino de la mujer de mujik es lo único que Dios se ha olvidado de cambiar», Nicolas Nekrassov les dedicaba estos versos:

El destino os ha reservado tres cosas amargas:
Casaros con un esclavo
Ser madre de un hijo esclavo
Obedecer toda vuestra vida a un esclavo.

Estaban sometidas a las tareas más duras y su vida social debía limitarse a la práctica de una religión totalmente impregnada de supersticiones. La instrucción, ni hablar de ella: en 1897, las muchachas y mujeres que sabían leer y escribir sólo representaban el 12,4 % de la población femenina total (contra el 35,7 % de los hombres). Es decir, que *¡de 100 mujeres, 88 no podían ni leer, ni escribir!*

Por otra parte, las estadísticas rusas nos señalan, con toda la aridez de unas cifras de un carácter trágico difícilmente

imaginable, que en los albores de este siglo xx la longevidad media de las mujeres era de 33 años. Tenían un número tremendo de hijos, siendo la natalidad en 1913 de un 47 por mil, o sea, una tasa más elevada que algunas de las que se registran en la actualidad en los países subdesarrollados más prolíficos, y con una mortalidad infantil enorme: doscientos setenta y tres niños sobre mil no alcanzaban el primer año de vida.

Una masa espantosamente miserable, sumida en una ignorancia total, acostumbrada desde siglos a una pasiva resignación a los golpes, al trabajo, a la desgracia, aparentemente sin el más mínimo espíritu de iniciativa, sin la menor chispa de revuelta ante el destino que era el suyo. Sin embargo, a partir de 1904-1905, algunas campesinas y obreras habían seguido a los hombres en la revueltas. En 1912, se dieron hasta revueltas de mujeres solamente, por ejemplo, de 400 campesinas atacando a las autoridades que habían llegado para trazar los límites de las tierras. En enero de 1913, las nuevas hiladoras de San Petersburgo promovieron una huelga de mujeres que tomó grandes proporciones y sólo pudo ser rota por el envío de las «esquiroles» apoyadas por la fuerza armada. El trabajo de las mujeres no deja de preocupar a Lenin, que quería arrancarlas del embrutecimiento de la economía doméstica y darles todas las oportunidades. «La verdadera emancipación de la mujer —decía— sólo empieza allí donde se inicia la lucha contra esa pequeña economía doméstica, o mejor dicho con su masiva reorganización en el marco de una gran economía socialista.» Era lo que ya decían las sansimonianas de 1848 al preconizar la creación de unas lavanderías y restaurantes nacionales. «Es imposible incluso edificar la democracia y menos aún el socialismo, sin la participación de las mujeres en las funciones públicas, en la vida política, sin arrancarlas del ambiente embrutecedor de las faenas domésticas y de la cocina.»

La Revolución y el trabajo de las mujeres

Desde el comienzo del año 1913, «Pravda» publica artículos sobre el trabajo de las mujeres y la vida de las obreras, y a principios de 1914, un nuevo periódico clandestino, «Rabotsina» —«Trabajadora»— aparece, consagrado exclusivamente a dicho problema. La Revolución estalla y las muje-

res participan ampliamente en ella. A los cuatro días de la conquista del poder, el 29 de octubre de 1917, son promulgados los nuevos decretos laborales: jornada de 8 horas, prohibición del trabajo nocturno a las mujeres y los adolescentes, prohibición a las mujeres de laborar en los trabajos subterráneos. El 14 de noviembre de 1917 se promulgaba el programa de seguros sociales que venía a reforzar el derecho al trabajo para cada mujer: subsidio de maternidad, vacaciones de ocho semanas antes y de ocho semanas después del parto. El primero de septiembre de 1918, se publicaba un texto mucho más capital aún, la reglamentación salarial: *el salario será igual al del hombre que efectúe un trabajo idéntico en cantidad y en calidad.* Por primera vez una nación proclamaba en su legislación el principio de «a trabajo igual, salario igual», que nunca había sido reconocido y que —como veremos— aún no lo ha sido totalmente en nuestros días, ni mucho menos. Además, el salario mínimo quedaba fijado por decreto y era el mismo para cualquier obrero adulto sin distinción de sexo. El artículo 122 de la Constitución de la URSS especificaba: «Derechos iguales a los del hombre le son conferidos a la mujer en todos los terrenos de la vida económica, pública, cultural. social y política.» Pero lo que también es nuevo y debe subrayarse, es el hecho de que la represión se preveía *contra todo el que impediría ejercer sus derechos a una mujer.* Este delito es castigado por la ley conforme al artículo 134 del Código Penal. Quizá sea esta preocupación por evitar un retorno a las costumbres pesadamente patriarcales, que el país había conocido, lo más interesante y lo más original. Pues los votos piadosos no dejan de ser numerosos dentro de las Constituciones respecto a las mujeres. Pero antes que detenernos en los pormenores de una legislación social muy hermosa sobre el papel y que no siempre fue aplicada, sobre todo en los comienzos, conviene subrayar esa voluntad de impedir todo retorno al pasado.

Esto se vio más claro aún al final de la guerra, cuando los hombres regresaron a sus hogares y queriendo reanudar su trabajo, expulsaron a las mujeres que durante las hostilidades se habían instalado en sus puestos. Si Lenin no hubiese intervenido, se habría asistido con toda seguridad al mismo reflujo que en los países occidentales, agravado por el estado de trágica inferioridad en que se hallaban las mujeres rusas. El XIII Congreso del Partido, en mayo de 1924,

puso de manifiesto que la *conservación de la mano de obra femenina en las empresas tenía una importancia política.* Las mujeres despachadas fueron reintegradas, la hemorragia de trabajadoras cesó de repente y aquel mismo año fueron contratadas 217.000 obreras nuevas, o sea un incremento del 50 por 100 de la mano de obra femenina obrera que ya estaba empleada. Se prohibió despedir a las madres solas y se impuso a todos los organismos económicos el reforzar el trabajo de las mujeres y sobre todo ayudarlas a adquirir una cualificación. Operación sin precedentes en la Historia que consistía en bloquear un proceso tradicional que impone que la actividad femenina sea utilizada en tiempos de guerra y después rechazada, con lo cual la decisión del XIII Congreso aportaba dos ventajas: la mujer rusa quedaba liberada de su esclavitud particular y la producción doblaba su potencial humano.[10]

La epopeya de las mujeres rusas

La sorprendente epopeya de las mujeres rusas comenzaba, y Occidente iba a seguirla con admiración y horror al mismo tiempo. Los viajeros describían a aquellas mujeres vistas en las minas, en las obras de construcción, en los puertos, realizando unos trabajos que nada tenían, a los ojos de aquellos observadores, de «femenino». Ver a las mujeres alquitranando las carreteras, transportando los carriles sobre sus hombros, cargando y descargando vagones y barcos indignaba tanto más a los testigos de aquellos excesos —que sin embargo habría que comparar a numerosas tareas agrícolas igualmente penosas y que uno se había acostumbrado a ver realizadas por las mujeres— como que en el mismo momento, el régimen favoreciera las uniones libres y, por ende, la famosa disgregación de la familia, espantajo número uno. El trabajo de las mujeres se les apareció a muchos como sujeto a aquellas consecuencias espantosas para cualquier sociedad basada sobre el respeto de la familia en el seno de la cual la mujer asume un papel particular.

De hecho, la legislación soviética emancipaba de todo servicio laboral obligatorio a numerosas mujeres, por ejemplo, cosa extraña, a las mujeres de más de 40 años de edad

10. Véase V. Bilchai, *Le Problème féminin en URSS*, Moscú, 1957.

así como a las que tenían hijos de menos de 8 años si no tenían a nadie para guardarlos. Pero no deja de ser cierto que a menudo las leyes eran infringidas y que más tarde fue necesaria una revisión desgarradora —en 1957— para poner coto a una explotación exagerada de las fuerzas de las mujeres soviéticas. Retendremos de paso el pánico que en Occidente produjo aquel trastorno, pánico comparable al que más tarde causó el anuncio de las comunas chinas. Veremos cómo la sociedad soviética retorna bastante rápidamente a unas concepciones claramente más «familiares» y hasta «proteccionistas» respecto a las mujeres trabajadoras pero, al hombre-con-el-cuchillo-entre-los-dientes de la imaginería antibolchevique del período de entre las dos guerras, cabe añadir ciertamente la de la trabajadora-de-fuerza-viviendo-en-concubinaje-y-abandonada-por-un-«padre fugitivo»-con-un-hijo-que-ella-iba-a-entregar-al-Estado.

Empero, esa dura epopeya iba a arrancar de su milenaria ignorancia a las masas femeninas las cuales demostrarán que Nekrassov y los grandes escritores liberales de la Rusia zarista tenían razón al confiar en su inteligencia y en su valentía. A comienzos del siglo, el 88 % de las mujeres no sabían leer ni escribir. ¿Cómo realizar un trabajo tan gigantesco como el de su alfabetización? En 1906, la revista «Vestnik Wospitana» —«Mensajero de la Educación»— vaticinaba que se precisarían 280 años para enseñarles el alfabeto a todas las mujeres de Rusia. Bastaron 50 años para acabar totalmente con el analfabetismo que hasta la víspera de la Segunda Guerra Mundial seguía siendo más acentuado entre las mujeres y especialmente entre las mujeres rurales que entre los hombres. A partir de los años 1924-1925, cuando se realizó el gran cambio que fue decisivo sobre el empleo de las mujeres, 17 millones de personas se habían registrado para aprender a leer y sobre estos 17 millones, había 14 millones de mujeres... A partir de 1919, se organizaron las secciones de trabajo para las mujeres y son las delegadas de las «secciones femeninas» que consiguieron triunfar durante el hambre espantosa que en 1921 azotó a las regiones del Volga. Al mismo tiempo invaden las fábricas y a partir de 1929 representan en la industria, el 34,2 % del número total global de los obreros, es decir, más de una obrera por cada tres trabajadores industriales. Puede decirse, sin exagerar, que la Rusia soviética también fue edificada por las mujeres a costa de unos esfuerzos tremendos. Como más tarde vere-

mos, sus conquistas distaron mucho de ser despreciables, particularmente en los sectores llamados «intelectuales» y no como trabajadoras de fuerza. Esas conquistas se deben a su valentía y su talento, pero también a una situación excepcional: en un país con mayoría femenina inmediatamente después de la Guerra Civil que había diezmado a los hombres, en virtud de la ley se brindaron iguales oportunidades a los hombres y a las mujeres en el campo laboral. La corriente natural que hacía que los hombres que volvían de la guerra expulsaran a las mujeres del trabajo se detuvo. El pleno empleo fue instaurado y mantenido por todos los medios, tanto para las mujeres como para los hombres. Por lo tanto, no era posible reprocharles a las mujeres el favorecer el paro al trabajar ellas mismas, como se hacía por aquel mismo período en Occidente. Merced a aquellas protecciones extraordinarias, las mujeres rusas pudieron demostrar sus capacidades. Claro que el precio a pagar fue muy duro. Las conquistas parecen sólidas y en ciertos sectores espectaculares. Sin embargo, en una cierta medida, las mujeres soviéticas han puesto de manifiesto que el postulado de la igualdad entre el hombre y la mujer debía sujetarse a unos matices más realistas. El camino que ellas siguieron no fue el mismo que el de los hombres y consiguieron unos éxitos diferentes en unos campos muy particulares. Mas esto es harina de otro costal, de lo cual sacaremos las enseñanzas más adelante. De momento dejemos a esos millones de mujeres trabajadoras buscar su camino específico y volvamos a ver lo que ocurrió con las demás una vez la paz fue restablecida.

VII. El periodo de entre las dos guerras y la gran Crisis

Creación de la Oficina Internacional del Trabajo

En 1919, había sido creada la Organización Internacional del Trabajo con sus tres órganos principales: la Conferencia Internacional del Trabajo, que reúne anualmente a las delegaciones nacionales tripartitas, el Consejo de Administración, que se reúne cuatro veces al año y dirige los trabajos de las Comisiones, y, tercer organismo, la Oficina Internacional, o secretariado permanente. Desde su origen, los objetivos de la O.I.T. fueron el pleno empleo, la elevación del nivel de vida de los trabajadores, la igualdad de oportunidades en la formación profesional, la protección contra los accidentes, la protección a la maternidad y la infancia, la cooperación entre los empresarios y los trabajadores.

La O.I.T. no podía desinteresarse de los problemas del trabajo de las mujeres. Desde un principio fueron estudiados con la mayor seriedad y el encuentro de los expertos internacionales se reveló inmensamente beneficioso. Era posible confrontar ciertas situaciones y aprovechar las experiencias de los demás. El objetivo esencial de la O.I.T. fue inmediatamente el de suprimir las discriminaciones, de las cuales la mujer seguía siendo objeto en el trabajo, y crear las condiciones más propicias para que «todos los seres humanos, cualesquiera que fueran su raza, su creencia o su sexo tengan el derecho de proseguir su progreso material y su desarrollo espiritual dentro de la libertad y la dignidad, completa seguridad económica, y con iguales oportunidades».

Al comienzo de su acción, la O.I.T. se mostró extremadamente «proteccionista» con relación a las mujeres, o «protectora», pues uno no sabe muy bien qué adjetivo utilizar: miramiento a la que ya era madre o que podía serlo, así como a su relativa debilidad física de la cual tanto se había abusado. Una convención fue adoptada en la sesión de Washington que prohibía el empleo nocturno de las mujeres en las empresas industriales. Seguidamente se adoptó una conven-

ción sobre la protección a la maternidad. Pronto aparecieron las oposiciones a aquella tendencia. El concepto de la mujer, ese ser específico que hay que rodear con garantía suplementaria, hacía correr el peligro de dificultar definitivamente su promoción y de agravar singularmente el mercado del trabajo para las mujeres, las cuales ya se hallaban confinadas en un número demasiado reducido de sectores profesionales. El Congreso de París, en 1924, adoptó incluso una resolución a tenor de la cual «ninguna reglamentación diferente a la de los hombres ha de serle impuesta a las mujeres». En 1927, la Confederación Internacional de Trabajadoras adoptó una postura opuesta. Desde entonces, las dos tendencias no han dejado de hacerse sentir, la doctrina relativa a las mujeres trabajadoras inclinándose ora en el sentido de la protección, ora en el sentido de la igualdad de oportunidades. No cabe buscar ninguna doctrina política y menos aún ninguna influencia nacional tras una u otra de dichas interpretaciones. Más bien cabría decir que se trata en este caso de dos ideas respecto a la mujer fundamentalmente distintas, una poniendo el acento sobre el individuo que la mujer representa y que tiene derecho a las mismas libertades y a las mismas oportunidades que el individuo masculino, y la otra que pone el acento sobre el papel específico de la mujer dentro de la familia y, por consiguiente, dentro de la sociedad. Estos debates fueron muy ricos y naturalmente aún no han terminado en los momentos actuales. La obra de la Oficina Internacional del Trabajo, que ha sido inmensa, refleja a un tiempo las dos preocupaciones mayores de aquellos y aquellas que la animaron.

A partir de 1919, el reconocimiento del principio «a trabajo igual salario igual» figuró entre los objetivos a conseguir. Se sucedieron las convenciones; la principal ofrecía protección a la maternidad, la cual preveía unas vacaciones de seis semanas antes y seis semanas después del parto; prohibición de despedir a la mujer durante dichas vacaciones; recomendaciones para que la interesada perciba unos subsidios de maternidad extraídos de los fondos públicos o pagados por un sistema de seguros; atribución de horas de descanso después de la reanudación al trabajo para permitir amamantar al niño. Dieciocho Estados ratificaron dicha convención y muchos otros se inspiraron en ella. En 1919, un solo país había fijado el período de vacaciones de maternidad a doce semanas; poco a poco, más de veinte naciones siguieron este

ejemplo. Sin embargo, en el mismo tiempo, los observadores atentos pudieron percatarse de los perjuicios de una protección demasiado sistemática de la mujer trabajadora. A su juicio, las leyes relativas a su empleo corrían el riesgo de multiplicarse y de espantar a los empresarios. Para ellos era casi tan peligroso hacer trabajar a una mujer que hacer trabajar a un muchacho de menos de dieciséis años de edad. Aquí y allá, se vio a ciertas mujeres perder sus empleos por culpa de las leyes promulgadas para protegerlas. Ahora bien, si cabe pensar legítimamente que el trabajo de los niños y los adolescentes debe acabar, y que esto será la consecuencia de un progreso humano, no es posible adoptar la misma postura en lo que respecta a las mujeres. Pues centenares de miles de mujeres necesitan trabajar y deben gozar de un derecho al trabajo tan nítido como el de los hombres. La búsqueda de un justo equilibrio entre la protección que habrá de impedir los abusos y la libertad que permite más fácilmente el empleo y la promoción, no deja de ser una tarea difícil que complican como lo veremos las crisis y las guerras.

Así se da el caso de que la convención sobre la prohibición del trabajo nocturno tuvo que ser reexaminada y enmendada repetidas veces por la Oficina Internacional del Trabajo con el fin de no perjudicar a la promoción profesional de las mujeres. En efecto, es evidente que es injusto obligar a una mujer soltera, para la cual su trabajo lo es todo, a que renuncie a una promoción o a un cambio de cualificación cualquiera que la obligaría a trabajar después de las diez de la noche, si ella lo desea absolutamente. Esta mujer se sentiría frustrada en su carrera por el solo hecho de pertenecer al sexo femenino. Se trataba en este caso de impedir los abusos y las explotaciones escandalosas y no de impedir que las mujeres vivan una vida profesional interesante y provechosa. Por esta razón hubo que introducir unas derogaciones cada vez más numerosas, especificar, por ejemplo, que dicha prohibición no se refería ni a las mujeres que ostentaban cargos de dirección o de responsabilidad ni por otra parte a las empleadas en los servicios sanitarios y que no realizaban un servicio puramente manual.

No obstante, seguía existiendo el peligro de ver agotarse todo un reclutamiento femenino debido a las disposiciones específicas que los empresarios se veían obligados a respetar. Por otra parte, no era posible dejar de refrenar ciertas

prácticas explotadoras especialmente penosas. Así, en 1935, la O.I.T. adoptó una convención prohibiendo el empleo de las mujeres en los trabajos subterráneos en cualquier clase de minas así como en los trabajos de pintura en los que se utilizaba la cerusa o el plomo y en toda operación que requiere el manejo del plomo o del cinc debido a los peligros que dichas operaciones constituyen para la maternidad.

Hemos de notar, sin embargo, que las convenciones para la protección a la maternidad eran aceptadas mucho más fácilmente que las proposiciones tendentes a exigir la igualdad de salario por un trabajo de igual valor entre los hombres y las mujeres. El deseo muy claro manifestado por la O.I.T. en este sentido tuvo que esperar hasta el año 1951 para concretarse en una convención que los Estados miembros adoptaron; ¡pero su aplicación pertenece aún al futuro!

Con todo, como lo veremos más adelante, el inextricable problema del paro forzoso y del empleo femenino en tiempo de crisis deja aparecer claramente los perjudiciales resultados de la práctica corriente de la remuneración inferior de las mujeres por prejuicios sobre el sexo.

Vendería mi alma por conseguir trabajo

Tres recuerdos de niña muy pequeña no han dejado de influir misteriosamente toda la labor de documentación y de reflexión que va a seguir. Tres migajas de memoria que son como la última onda de una gran tempestad que viene a lamer la vida de una niña feliz en un país que, entre todos los países occidentales, fue el menos afectado por la Crisis. Las cifras, las estadísticas, los documentos que irán sucediéndose dan la medida de aquel cataclismo; pero también, a su manera muy diferente, restituyen mis recuerdos de infancia:

Estábamos sentados a la mesa, mi padre por entonces era un pastor protestante, y, al comienzo de cada comida, uno de nosotros, los niños, decía la oración. A los cinco años yo acababa de acceder a aquel honor y me aprestaba a recitar aquellas frases aún misteriosas, cuando mi padre me detuvo. Leyó un artículo periodístico relatando que un hombre, en América, había insertado un anuncio de demanda de empleo redactado como sigue: «Vendería mi alma por un trabajo.» Mi padre comentó aquella horrible noticia y él fue

quien pronunció la oración, larga y trágica meditación que me dejó el recuerdo de un negro abismo. Cuando, más tarde, oía las palabras *la desgracia del mundo*, aquel instante durante el cual, los ojos cerrados detrás de mis manos, intentaba sin lograrlo comprender lo horroroso que debía ser el verse reducido a «vender su alma» lo ilustraba.

El segundo recuerdo es cómico: había hecho reír hasta las lágrimas a mis hermanos porque se habían dado cuenta de que yo no sabía lo que eran las «preocupaciones». Para mi los *soucis* * eran unas flores maravillosas y yo no llegaba a comprender por qué los mayores podían entristecerse con ellas. Comoquiera que mis dos hermanos mayores, un poquitín verdugos, se morían de risa ante mi estupidez, les pedí que me dijeran lo que eran los *soucis*. Entre dos carcajadas uno de mis hermanos me contestó: «Los *soucis* —preocupaciones— son la Crisis.» Para mí, como si no hubiera dicho nada pues, curiosamente, ya sabía que «la Crisis» era de color negro y no anaranjado o pajizo como las flores. A partir de aquel día, para mí, los *soucis* —maravilla— se volvieron negras como la Crisis.

El tercer recuerdo, con mucho el más dramático, se sitúa un poco más tarde. Mi padre había terminado sus estudios de medicina y acababa de fundar una clínica psiquiátrica dentro de la cual seguía profesando el culto protestante. Como no tenía ninguna fortuna, algunos parroquianos holgados le habían adelantado el dinero para montar su clínica. Los llamaban, misteriosamente, los accionistas y sabíamos confusamente que era preciso mostrarse muy bien educados con ellos. Un día, en el salón de la clínica recién creada, uno de ellos, un hombre de negocios, hablaba de la Crisis. Profirió estas palabras de las que me acuerdo perfectamente: «Lo que nos convendría, para salir de esta crisis, es una eficaz pequeña guerra.» Mi madre pegó un salto de la silla, se plantó ante él y le gritó: «¡Haga usted el favor de salir de aquí!» Escándalo, algazara, confusión... como mi padre se acercaba a ella, me cogió por el cuello y apretándome contra ella, dijo con calma: «O ese señor sale inmediatamente y no vuelve a poner jamás los pies aquí o me voy con mis hijos esta misma noche, aunque tengamos que dormir en la calle...»

Yo sabía que la guerra, de un color rojo sangrante, era

* En francés esta palabra significa a la vez que las preocupaciones el nombre de una flor. [N. del T.]

la mayor de las desgracias. Que alguien pudiera desearla por dinero, para conjurar la Crisis, volvía más tenebroso aún el misterio de aquella cosa negra. ¿Qué podía ser pues la Crisis para que moviera a los seres a proferir tales sacrilegios y a vender su alma?

Y la Crisis fue eso, ese desmantelamiento, esa desbandada, esa destrucción, esas arenas movedizas. Lo contrario de una epopeya, el horror de las soledades multiplicadas.

Durante las guerras, las sociedades sienten el peligro «exterior» y para defenderse de él se reagrupan, galvanizan su coraje, exaltan sus energías, conjuntan sus fuerzas. Durante la Crisis, las sociedades afectadas por ella se vieron roídas desde el interior. Las leyes y las normas se desmoronaban. La unión ya parecía imposible; cada cual llevaba más solitariamente su pena; dependía del que era responsable y sentía la vanidad de la lucha y la revuelta. El enemigo y el salvador se confundían con harta frecuencia en los espíritus confusos de los que vivieron aquel gran desorden. Jamás se vieron tantos suicidios. Todas las estadísticas de los suicidios, en todo los países afectados, presentaron entonces un trágico aumento. Sin embargo, cuando los animales están enfermos de la peste, el pobre borrico se halla en un peligro más grave todavía. Hacía falta un responsable: ese responsable, a los ojos de la opinión, fue muy a menudo el trabajo de las mujeres. Los diarios se exasperaron. Algunos países llegaron a prohibir el trabajo a las mujeres casadas. En realidad ¿qué es lo que había sucedido?

Resulta muy difícil resumirlo. Tanto más difícil en cuanto las situaciones no dejaron de ser diferentes en cada nación. Por tanto, es conveniente estudiar a un tiempo las situaciones específicas de los países más afectados, los EE.UU., Alemania sobre todo, e intentar aislar ciertos fenómenos generales que aparecen dentro de dichas situaciones específicas.

¿Las mujeres «provocan» la Crisis?

Hemos visto cómo los EE.UU. eran, hasta entonces, uno de los países del mundo en el que el trabajo de las mujeres estaba menos extendido. Conviene hacer al respecto una primera observación: esto no significa ni mucho menos que las norteamericanas fueran más gandulas que las europeas. Su vida era distinta. La inmensa mayoría no trabajaba en el exterior o a domicilio por un salario, sino que esas muje-

res no tenían ninguna sirvienta o domésticos en su casa. En una época en que la mayoría de las europeas holgadas se hacían ayudar por una sirvienta, el 95 % de las mujeres norteamericanas no tenían a nadie para ayudarlas en los quehaceres del hogar. Ellas no «hacían hacer» sino que hacían ellas mismas la faena. Esto explica a la vez el desarrollo de las artes domésticas mecanizadas en los EE.UU. y el pequeño número de mujeres que ganaban su vida. Un gran cambio se operó en 1930, cuando acababa de empezar precisamente la gran depresión económica. El censo de 1930, pone de manifiesto una inflamación de los efectivos de las mujeres trabajadoras que se le antojó enorme a la opinión norteamericana. Pues su número pasó de 8.549.500 a 10.778.800. En realidad, ese salto hacia arriba no era tan considerable. Desde 1920 hasta 1930, mientras se registraba ese incremento de trabajadoras, la población femenina global de los EE. UU. había aumentado en 8.828.000 personas. El porcentaje de las nuevas trabajadoras no era nunca superior al 25 % o sea a una mujer sobre 4, cifra que aún seguía siendo inferior a la proporción de las trabajadoras en muchos países europeos. Pero esta cifra se consideró impresionante.

a) Una mujer sobre 3, entre las activas, estaba empleada en los servicios domésticos privados o públicos. El único incremento realmente notable era el de las empleadas de oficina, que aquel año se aproximó a los dos millones.

Puede hacerse la misma comprobación en Alemania: entre 1926 y 1930, la proporción de las mujeres ha aumentado en casi todos los grupos profesionales, tanto en lo que se refiere a las obreras como a las empleadas. Pero si las obreras se incrementaban en un 6,3 %, las empleadas pasaban del 33,4 al 37,1 % del total de los empleados.

El número de obreros también había aumentado considerablemente durante ese mismo período. Mientras que el número de los empleados masculinos sólo había conocido un incremento limitado, en nada comparable al de las mujeres:

EMPLEADOS DE OFICINA Y DE COMERCIO EN ALEMANIA.

años	*hombres*	*mujeres*
1926	1.128.000	565.000
1930	1.230.000	781.000
Aumento	102.000	216.000

Comprobación principal: por cuanto la Crisis afectaba más rápidamente y más brutalmente a la industria que a los empleados de oficina, se tuvo un poco la impresión de que las mujeres eran las «enchufadas» de la Crisis. Por otra parte, el movimiento de oposición contra el empleo femenino surgió mayormente en los medios de los empleados masculinos. La divulgación de la máquina de escribir había creado un número considerable de empleos femeninos, tanto más por cuanto los hombres no habían tratado de encontrar un puesto en ese sector mal retribuido de los pequeños empleos. Al modernizarse las empresas y las entidades públicas, la demanda de mano de obra femenina fue mayor en todas partes. A medida que se iban comprando máquinas de escribir y cajas registradoras, se iba buscando personal femenino. La oferta era pues claramente más importante para las mujeres que para los hombres en el mundo de los empleados. No hay que olvidar tampoco que este incremento del personal de oficina femenino corresponde a una elevación constante del nivel de instrucción de las mujeres. En EE.UU. su número aumenta en un 40 % entre 1920 y 1930 y vuelven a alcanzar a los efectivos masculinos, rebasándolos incluso con creces en los pequeños empleos —taquimecanógrafas, cajeras y contables. *Es preciso subrayar que en dichos empleos las mujeres cobraban menos que los hombres.*

b) En el sector industrial, acontecieron grandes cambios en unos pocos años, que igualmente pueden explicar hasta cierto punto la ira masculina: no se trataba en ningún caso de unas tropas femeninas que se lanzaban al asalto de las fábricas despojando de sus puestos a unos hombres que se encontraron en la calle, sino de un proceso mucho más complicado de *modernización de la industria.* Ya hemos visto —y nunca se subrayará bastante— que los comienzos de la industrialización habían despojado a las mujeres de su producción tradicional en provecho de los hombres que ingresaron en las manufacturas para fabricar un mayor número de aquellos productos. Por una especie de reacción, por lo menos esto es lo que les pareció a los obreros interesados, la industria, al perfeccionarse, creó unos empleos femeninos en sustitución de los empleos masculinos. Bien entendido, esto no se hizo por pura filoginia. Pero la guerra, que había abarrotado las fábricas de personal femenino, había sido una ocasión para los industriales de realizar interesantes ex-

periencias. Las mujeres se habían mostrado muy inferiores a los hombres en todas las fabricaciones que requerían grandes esfuerzos musculares, como por ejemplo la de los gruesos proyectiles de artillería de 110 kilos. Pero se demostraban superiores a partir del momento en que se requería celeridad y precisión. Las mujeres eran más vivas. Según la fórmula de un industrial de la época: «Conviene imponer a la mujer, no unos esfuerzos sino unos movimientos.» De manera que al organizar el trabajo a ejecutar de modo a dividir los esfuerzos, era posible emplear personal femenino y acumular sus dos ventajas: una mayor velocidad de ejecución y un salario más modesto.

He aquí algunos ejemplos: en la industria del automóvil americana, un trabajo determinado de pintura que empleaba a 22 hombres, después de la introducción de la pistola es realizado por cuatro muchachas. En Alemania, «todos los núcleos de fundición para los automóviles se hacen ahora en cadena. Los bloques cilindro para los motores que anteriormente eran producidos por los obreros cualificados en el tiempo de una a tres horas, son hechos actualmente por mujeres y jóvenes en media hora y hasta en seis minutos con las máquinas de inyección».[1]

PORCENTAJE DE MUJERES ENTRE LOS TRABAJADORES DE LA INDÚSTRIA METALÚRGICA ALEMANA.

	1927	*1931*
Artículos de hierro	26,8	27,9
Otros artículos metálicos	36,5	38,2
Aparatos eléctricos	35,8	37,3
Mecánica de precisión	29,1	30,7
Maquinaria de oficina	17,9	20,2

1. Fuentes norteamericanas: «Monthly Labour Review», 1930-31-32-33-34. Publicaciones del *Women's Bureau,* entre las cuales: *Women in the Economy of the United States of America,* por Mary Elizabeth PIDGEON. - *America through Women's Eyes,* por Mary BEARD, 1935, Boletines del *Women's Bureau* núms. 73, 100, 109, 113. *National Industrial Conference Board, Inc. Women workers and Labor Supply,* 1936. *Effet des codes industriels sur les salaires des femmes aux Etats-Units* en «Revue Internationale du Travail», vol. XXIX, núm. 6, 1934.

Fuentes alemanas: «Der Arbeitsmarkt im Deutschen Reich», suplemento estadístico del «Reichsarbeitsblatt». - *Die Rationalisierung in der Metallindustrie,* Berlín, 1933. - *Effets de la rationalisation sur l'emploi et les salaires des femmes en Allemagne,* por Judith GRÜNFELD en «Revue Internationale du Travail», vol. XXIX, núm. 5, 1934.

Resultaría fastidioso imponer la enumeración de todas esas operaciones con nombres bárbaros que cambiaron de aspecto pasando así de las manos de los hombres a las manos femeninas (desde la fabricación de los pasadores para los muebles hasta el taladro de las chapas, pasando por la guarnición interior de los refrigeradores). De estas largas letanías, resaltan dos constataciones: el material y el utilaje han sido modificados para conseguir *una producción óptima con los bajos salarios femeninos.* El ahorro realizado sobre los salarios movía los empresarios a desarrollar la mecanización de la producción con el fin de convertir el trabajo masculino en un trabajo femenino.

Cabe distinguir dos aspectos en este fenómeno: de un lado, la racionalización del trabajo, que en su esencia no dejaba de ser un progreso; de otro lado, la utilización humana irracional de dicha racionalización debido al hecho de la remuneración inferior tradicional de las mujeres. Irracional por cuanto, en efecto, dicha remuneración inferior siempre se había justificado con el rendimiento más bajo de la mano de obra femenina. Sin embargo, en todos los casos en que se dio el cambio del sexo de los trabajadores en aquella época, el rendimiento femenino resultó superior al rendimiento masculino por una mejor —no deja de ser un eufemismo— utilización de las dotes específicas de las mujeres.

Ahora bien, lo que más a menudo se tuvo en cuenta fue el aspecto de transferencia en provecho —si así puede decirse— de las mujeres. Tanto más por cuanto el paro empezaba a manifestarse cada vez más duramente.

Las mujeres y los hombres se hallaban perjudicados

¿Acaso esto significa que aquella transformación de la industria sólo perjudicaba a los hombres? Ni mucho menos. Se sabía muy bien que había mujeres paradas. Pero su número parecía estar sumergido dentro de la trágica masa de los parados, y las cifras que se adelantaban las relegaban al rango de un problema de segundo orden. En los EE.UU., el *Women's Bureau* del Ministerio del Trabajo considera que *una trabajadora de cada cinco* se ha visto afectada por el paro. Esta es la proporción que ofrecen las encuestas efectuadas en las grandes ciudades norteamericanas en enero de 1931.

Sin embargo, la situación es muy variable según los Estados y según las ciudades. Y mucho más aún según los sectores profesionales. Las primeras en verse afectadas por el paro forzoso fueron las obreras de los sectores con una mano de obra tradicionalmente femenina. Estas mujeres sufrieron el mismo choque que los hombres en los sectores de la economía donde éstos eran mayoritarios. Las obreras cigarreras están paradas, las obreras del textil andan en busca de trabajo, etc... Pero el número más importante de paradas está formado por las vendedoras, domésticas, sirvientas, barmaids, que las compresiones de personal originadas por la Crisis han privado de su empleo. En sus filas ya de por sí muy nutridas se mezcla una masa apreciable de *mujeres que, antes de la Crisis, no trabajaban y que andan buscando un empleo remunerado porque su marido se encuentra sin trabajo.* No sabiendo hacer otra cosa sino las faenas domésticas y la cocina, vienen a engrosar la multitud que ha perdido su empleo. En cierto sentido, no se trata de paradas, por cuanto no han perdido su empleo sino de unas *unemployed women* —mujeres desocupadas— en la medida en que desean trabajar y en que sus demandas quedan insatisfechas. Vemos pues que el asunto no deja de ser complejo. La Crisis ha afectado a las mujeres trabajadoras y, entre ellas, en los EE.UU., a 1.000.000 de cabezas de familia sin apoyo masculino de ninguna clase. Además, ha afectado —a través de la desocupación masculina— a una masa innumerable de mujeres que han venido a incrementar la demanda de trabajo femenino.

En suma, mientras que durante los períodos de prosperidad económica *la demanda* de trabajo femenino se estabiliza, en *los períodos de depresión, paradójicamente, el paro tiende a desarrollar el trabajo de las mujeres casadas.*

Como muy bien lo hace constar entonces Marguerite Thibert en un estudio exhaustivo realizado para la Oficina Internacional del Trabajo,[2] no es a través de las estadísticas globales que es posible analizar el problema de la repercusión de la crisis sobre el trabajo de las mujeres. Esas estadísticas fueron elaboradas en base a los datos de las oficinas públicas de colocación (demandas de empleo insatisfechas al final de cada uno de los meses considerados) o bien partiendo de

2. *Crise économique et travail féminin,* por Marguerite THIBERT, división de investigaciones de la Oficina Internacional del Trabajo, en «Revue Internationale du Travail» vol. XXVII, núms. 4, 5, 1933.

los datos facilitados por los sindicatos o de las listas de las persona que disfrutaban del seguro de paro y cobraban los subsidios del mismo.

A guisa de indicación, he aquí algunos de esos datos:

ALEMANIA

	demandas de empleo insatisfechas en las oficinas públicas de colocación		*porcentaje de parados entre los miembros de los sindicatos*			
			paro total		*paro parcial*	
	hombres	*mujeres*	*hombres*	*mujeres*	*hombres*	*mujeres*
1931						
Oct. . . .	3.734.620	888.860	29,7	26,4	24,8	33,3
Nov. . . .	4.073.536	986.237	31,0	27,6	24,1	30,6
Dic. . . .	4.564.589	1.103.598	33,7	31,1	25,5	32,2
1932						
Enero . .	4.844.066	1.197.844	35,1	31,5	25,8	33,1
Feb. . . .	4.922.085	1.206.344	35,5	32,0	25,6	33,3
Marzo . .	4.841.047	1.193.053	36,4	33,0	25,8	33,3
Abril . . .	4.585.916	1.153.154	36,7	33,0	25,2	32,3
Mayo . .	4.456.022	1.126.598	36,8	33,3	25,8	34,8
Junio . .	4.357.159	1.118.619	37,0	33,4	25,7	32,8

FUENTE: Estadísticas del «Reichsarbeitsblatt» - Los porcentajes de parados facilitados por los sindicatos están calculados para las profesiones permanentes salvo los oficios temporales.

AUSTRIA

número de personas en busca de trabajo a finales de cada mes		
	hombres	*mujeres*
1931		
Oct.	213.823	67.722
Nov. . . .	260.809	72.211
Dic.	311.610	84.371
1932		
Enero . .	334.483	88.201
Feb.	338.903	87.795
Marzo . .	331.601	85.577
Abril . . .	287.311	80.355
Mayo . . .	259.174	75.713
Junio . . .	251.102	76.425

FRANCIA

número de personas en busca de trabajo a finales de cada mes		
	hombres	*mujeres*
1931		
Oct.	61.677	18.686
Nov. . . .	98.358	25.533
Dic.	140.699	36.595
1932		
Enero . .	217.769	60.914
Feb.	264.705	72.424
Marzo . .	269.471	77.975
Abril . . .	261.986	79.074
Mayo . . .	245.907	76.413
Junio . . .	22.514	72.964

OBSERVACIÓN. — Las mujeres formaban por entonces el 33 %, o sea 1/3 de los trabajadores. Pero una muy fuerte proporción de las mismas eran campesinas. La relación entre paradas y parados pone de manifiesto una mayor proporción de mujeres que la relación global entre hombres y mujeres dentro de la población trabajadora no agrícola.

GRAN BRETAÑA E IRLANDA DEL N. ITALIA

personas aseguradas registradas como desocupadas a finales de mes	*hombres*	*mujeres*		*hombres*	*mujeres*
1931			*1931*		
Oct.	2.167.676	625.303	Oct	633.383	199.190
Nov. . . .	2.166.867	567.987	Nov. . . .	686.440	199.163
Dic.	2.132.343	538.474	Dic.	758.952	231.648
1932			*1932*		
Enero . .	2.303.990	550.800	Enero . .	828.064	256.484
Feb.	2.300.063	509.040	Feb.	921.707	252.559
Marzo . .	2.211.205	449.209	Marzo . .	850.239	243.413
Abril . . .	2.269.733	456.712	Abril . . .	781.696	241.049
Mayo . . .	2.322.736	499.104	Mayo . . .	744.823	259.161
Junio . . .	2.357.963	505.125	Junio . . .	651.962	262.454

OBSERVACIÓN. — En Italia, el porcentaje de mujeres dentro de la población laboriosa global era en aquella época de un 21 %. El porcentaje de desocupadas referido a la cifra de parados era mucho más elevado.

Crítica de estas cifras

Al igual que Marguerite Thibert en el estudio que realizó en aquella época sobre el paro femenino, no concedemos a dichas estadísticas un valor muy grande. No obstante, nos servirán aquí, no como base de razonamiento para llegar a unos diagnósticos, sino como punto de partida de una crítica de las fuentes, la cual nos permitirá comprender la dificultad que surgía y que sigue en pie retrospectivamente, para valorar la amplitud de la desocupación femenina. En efecto, los márgenes de errores dentro de las dos series comparadas, hombres y mujeres, no son en ningún caso del mismo orden.

Las estadísticas al parecer más seguras son las que han sido elaboradas con las cajas del seguro de paro en los países en que dicho seguro es obligatorio, es decir, Gran Bretaña, Italia, etc... Esta base es quizá la más sólida en lo que atañe al paro masculino, pero no deja de introducir unos errores muy apreciables dentro de la comparación del volumen de desocupación de ambos sexos. Pues numerosas profesiones estaban eximidas del seguro de paro y la masa de los parados no pudo ponderarse en aquellas profesiones. Sin embargo, en ellas precisamente, dominaba el elemento femenino cuando no eran únicamente unas profesiones fe-

meninas. Por ejemplo, el personal doméstico quedaba eximido del registro en Austria, Gran Bretaña, Italia y Polonia. Sin embargo, son pocas las profesiones que fueron tan afectadas como esa por el paro. Los trabajadores a domicilio —en su mayoría mujeres— se hallaban total o parcialmente excluidos de tales estadísticas. Del mismo modo nada figura en ellas respecto a los trabajadores llamados «ocasionales», o sea, las mujeres de la limpieza, costureras a domicilio, etc... Tampoco figuraban en aquellas estadísticas las enfermeras y el personal de la enseñanza; así como tampoco las trabajadoras a tiempo parcial. Es fácil comprender, tras estas observaciones, que las cifras que arrojan las fuentes estadísticas de la época no pueden servir de base ni para la evaluación del paro femenino, ni para sentar una comparación entre el paro masculino y femenino.

Además, existen también otras causas de errores por falta de datos en la evaluación del número de mujeres desocupadas.

Hemos facilitado los datos relativos a las inglesas a partir de octubre 1931. Pero se da el caso de que en el mes anterior, en septiembre de 1931, la cifra absoluta de las mujeres desocupadas aseguradas y registradas era superior en cerca de 100.000 personas (707.244). Pero el 3 de octubre de 1931, en Gran Bretaña entró en vigor la llamada ley de las «Irregularidades» en virtud de la cual un número considerable de mujeres casadas quedaron borradas de las listas, por cuanto se iba agotando el dinero en las cajas del seguro de paro y se trataba de reducir el número de beneficiarias. Se empezó por las mujeres casadas bajo ciertas condiciones. La curva del paro femenino acusa por consiguiente un descenso notable pero totalmente artificial. Estas mujeres que ya no tenían derecho al seguro de paro no habían logrado encontrar trabajo ni mucho menos. En Bélgica, también en 1931, las prórrogas asistenciales del Fondo Nacional de Crisis fueron suprimidas para las mujeres casadas que se hallaban sin trabajo.

Además de esos casos específicos muy claros, las mujeres sufrieron con particular dureza las consecuencias de las muy numerosas reglamentaciones que restringían por doquier «el derecho a los subsidios de paro de las personas susceptibles de ser mantenidas por otros recursos que los del trabajo personal».

Existe otra categoría de estadísticas que facilita el cálculo de las demandas insatisfechas en las oficinas de colocación a fines de cada mes. Este método presenta muy pocas garantías de exactitud y el margen de errores es significadamente mayor tratándose de las mujeres. Todas las mujeres casadas despedidas y cuyo marido seguía trabajando no se presentaban en las oficinas de paro dado que no se daba curso a sus demandas. Sin embargo, estaban sin trabajo y a la Crisis debían, precisamente, el hallarse desocupadas y sin esperanza de encontrar un empleo. Esta comprobación puede aplicarse igualmente a las estadísticas elaboradas en base a las inscripciones sindicales: así por ejemplo, los alemanes han notado que las mujeres casadas afiliadas a los sindicatos dejaban de cotizar —lo cual representaba para aquellas mujeres duramente afectadas por la Crisis, una carga bastante gravosa— pues sabían que las mujeres casadas eran eliminadas del mercado laboral y que el sindicato no podía serles de ninguna ayuda.

Finalmente, las estadísticas oficiales sólo se refieren a las demandas de empleo depositadas en las oficinas públicas de colocación. Sin embargo, las oficinas privadas de colocación, que no entran en el cómputo, se ven habitualmente asediadas por una clientela femenina.

Cabe guardar presentes en la memoria todas esas restricciones en cuanto a la exactitud de las estadísticas y también hay que pensar en comparar el volumen de las mujeres sin trabajo no con la población femenina laboriosa global del país considerado, sino con la cifra de la población femenina laboriosa empleada en los sectores no agrícolas, antes de efectuar cualquier comparación.

Tras haber corregido dichas comparaciones —demasiado minuciosas para exponerlas aquí —llegamos a pensar que las mujeres, proporcionalmente, se vieron tan afectadas como los hombres por la Crisis. *Cuando se vieron afectadas, fue duramente, más duramente que los hombres, por cuanto en todos los lugares se han visto socorridas menos regularmente que ellos.*

Al decir esto no imputamos los sistemas de ayuda a los parados de aquella época ni tampoco esa selección sistemática del hombre para la atribución de un trabajo o de un subsidio en un período tan catastrófico para las masas labo-

rales. Sólo queremos subrayar lo precario de las informaciones de que se disponía respecto al paro femenino y poner en duda los razonamientos adelantados por entonces con el fin de reanimar la competencia entre los trabajadores de ambos sexos y azuzar los rencores.

Los salarios bajan

En efecto, las mujeres sufrieron duramente la Crisis —y ellas siempre fueron las víctimas de cualquier crisis económica— de otra manera aún: pues *sus salarios, muy bajos ya de por sí, sufrieron una disminución más sensible que la de los salarios masculinos* por lo que muy a menudo cayeron por debajo del mínimo vital. En los EE.UU., en el Japón, el descenso de los salarios femeninos y sobre todo de los salarios horarios, asumió proporciones inquietantes. En las industrias de productos manufacturados del Estado de Nueva York, entre junio de 1931 y junio del año siguiente, la baja de los salarios fue del 19,2 % para las mujeres, contra el 16 % para los hombres. Uno de los efectos de esta baja no controlada fue ciertamente la transformación en puestos femeninos de muchos puestos masculinos de trabajo. *Se trata en este caso de un efecto mórbido para la sociedad en pleno y no de una «ventaja» femenina.*

Podemos ver los ejemplos de ello en las medidas que se adoptaron en un lugar y en otro para frenar la Crisis del empleo y estimular la nueva contratación laboral. Por ejemplo, en Alemania el decreto sobre la Crisis del 5 de septiembre de 1932 tuvo unos efectos inesperados. Pues se concedió al empresario, bajo ciertas condiciones, una prima de reempleo de 7,7 RM por semana y por trabajador reincorporado. Sin embargo, según las tasas salariales en vigor en aquel período, la prima de readmisión que el empresario cobraba cubría el 44,7 % del salario semanal cuando era contratada una mujer y solamente el 24,5 % si se admitía a un hombre. Se pusieron de manifiesto algunos ejemplos claros: «Una gran empresa metalúrgica, al contratar a 16 hombres y 83 mujeres, por el efecto combinado de la disminución autorizada de los salarios del personal y del cobro de las primas de readmisión, pudo conseguir 4.752 horas de trabajo por semana con un ahorro de pago salarial de 94 RM.»

Esto permite medir perfectamente los peligros que representa la remuneración sistemática más baja de las mujeres, peligros que se agravan considerablemente durante los períodos en los que la mano de obra es abundante.

Las tentativas norteamericanas de superación

En los EE.UU. el *Reemployment Agreement* del presidente Roosevelt estimuló a los empresarios a reducir las horas de trabajo —40 horas semanales como máximo— con el fin de admitir a más personal garantizándole a la vez un salario mínimo por debajo del cual no se podía descender. Los efectos de lo que se ha dado en llamar el NRA fueron concluyentes y el incremento del número de empleos en las industrias que aceptaron el NRA fue mucho más importante que el que se verificó en el resto del mercado del trabajo. Pero la tendencia había sido, claro está, la de calcular los salarios horarios, puesto que se pedía a los empresarios que redujeran el tiempo de trabajo. Esta política de saneamiento debía acompañarse por lo tanto de una vigilancia sobre los salarios horarios en la medida bastante delicada en que el sistema de liberalismo estadounidense, preocupado por la no ingerencia del Gobierno en los asuntos privados, lo permitía. De lo cual dimanó una política salarial bastante compleja. Sin que podamos estudiarla a fondo, no deja de ser interesante observar las informaciones que nos ofrece respecto a los salarios femeninos durante la Crisis.

Mucho antes ya de la Crisis, era costumbre que las mujeres cobrasen menos incluso cuando realizaban el mismo trabajo con el mismo rendimiento que los trabajadores masculinos. Durante la depresión, se acentuó la tendencia hacia la baja remuneración de las mujeres. En varios Estados, se trató de remediarlo a través del único medio que la Constitución norteamericana brindaba, a saber, el de una legislación especial para las mujeres. Quince Estados tenían ya unas leyes sobre los salarios mínimos de las mujeres. A principios de 1933, mientras que el trabajo femenino iba desvalorizándose cada vez más, solamente seis legislaciones semejantes se hallaban en vigor. Entonces, otros Estados promulgaron una nueva legislación para fijar las tasas de los salarios mínimos para las mujeres. Ahora bien, dichos Estados se encontraron indefensos contra la competencia económica

que les hacían los Estados que no pensaban ofrecer aquella garantía a sus trabajadoras. La lucha no dejaba de ser desigual: 35 Estados sin salario mínimo femenino garantizado contra 13 solamente que habían promulgado unas disposiciones constituciones en ese sentido.

La ley de recuperación económica cambió el aspecto del problema del trabajo femenino al promulgar unos códigos de «competencia leal» para cada rama de la economía. Sin embargo, la remuneración a una tasa inferior de los trabajos femeninos aparecía como una forma malsana de competencia cuya desaparición parecía imponerse por cuanto eran evidentes sus efectos mórbidos. Parece que según las intenciones de la Administración rooseveltiana, el principio de «a trabajo igual, salario igual» debía convertirse en una regla. A su llegada al poder, la ministro del Trabajo, Miss Perkins, manifestó su intención de combatir «el doble nivel de los salarios», sostenida en ello por la directora del *Women's Bureau*, Mary Anderson que trabajaba a sus órdenes. Mrs. Eleanor Roosevelt, desde el inicio de la campaña del *New Deal*, expresó igualmente su convicción de que la recuperación económica no podía, en modo alguno, desarrollarse sobre otra base.[3]

La Administración norteamericana trató pues de hacer prevalecer aquel principio en la elaboración de los códigos que fueron el resultado de los compromisos con los empresarios cuyo interés evidente estribaba en conservar una mano de femenina a bajo precio. Veamos el resultado de aquella desigual lucha:

En fecha primero de enero de 1933, la mayoría de los códigos (77 %) establecen unos salarios mínimos comunes para los dos sexos y entre ellos existen algunos códigos más importantes, habida cuenta del número de mujeres empleadas en dichas industrias, como, por ejemplo, el de los textiles o el de la industria vidriera. Al año siguiente, las cosas ya van empeorando. Luego, es posible seguir la evolución: cada serie de nuevos códigos salariales comportaba un mayor número de códigos introduciendo mínimas salariales diferentes según los sexos. Pero aquellas mínimas no concedían la igualdad de remuneración sino que servían única-

3. Cf. «New York Times», 12 agosto 1933: *Equal Pay Step Seen by Mrs. Roosevelt. New Codes will have simple basis for women and men, she predicts.*

mente como barrera ante una depreciación demasiado acusada de los salarios femeninos.[4]

Estas pequeñas derrotas, más numerosas cada vez, sólo eran aceptadas a regañadientes por la Administración. Ésta sintió la necesidad de concretar que incluso cuando los salarios mínimos habían sido fijados a una tasa diferente para las mujeres, las diferencias salariales «no han de interpretarse como un hecho consagrador de las diferencias de sexo y que si los trabajadores masculinos y femeninos realizan la misma tarea, deben ser remunerados de idéntica manera». Mas esto era solamente la recordatoria de una norma y no una ley coercitiva.

Por lo demás al empresario le era fácil variar ligeramente la cualificación de las tareas atribuidas a los hombres y a las mujeres. Este subterfugio fue utilizado ampliamente pese a las denuncias del *Women's Bureau.* Si lo subrayamos es porque sigue siendo aplicado aún extensamente en Europa desde la adopción del artículo 119 del Tratado de Roma que establece el principio de salario igual por un trabajo del mismo valor.

Por otra parte, ciertas disposiciones permitían fijar a una tasa inferior los trabajo llamados «livianos». *Su remuneración podía descender hasta por debajo del mínimo garantizado.* Ahora bien, la inmensa mayoría de las personas que realizaban aquellos trabajos «livianos» eran mujeres. En ciertos códigos, otra disposición permitía asimismo a los empresarios *remunerar según una tasa inferior de hasta un 25 % más baja a los trabajadores que en la fecha del 15 de julio de 1929 cobraban un salario inferior al fijado en el código*: y se da el caso de que dichos trabajadores eran casi exclusivamente mujeres, negras mayormente. El resultado de aquellas sutilezas llegó a ser a veces una aberración, pues en la industria eléctrica, las mujeres que realizaban un trabajo cualificado cobraban menos que los hombres que efectuaban una labor no cualificada. La fraseología utilizada en las reglamentaciones salariales respecto a los *light works*[5] permitió pagar ciertos trabajos delicados ejecutados por las mujeres, como por ejemplo los trabajos de relojería, a una tasa francamente más baja que las labores de los hombres

4. *L'effet des Codes Industriels sur les salaires des femmes aux Etats-Unis,* OIT, en «Revue Interntionale du Travail», vol. XXIX, núm. 6, junio 1934.

5. Trabajos livianos.

no cualificados. Una vez más nos vemos obligados a hablar de un fenómeno mórbido por cuanto las consecuencias de aquellas prácticas defectuosas no dejaban de ser gravosas no solamente para las mujeres, sino también para toda la clase laboral. Pues no sólo rebajaban en ese grado los ingresos de cada familia, sino que además movían muchas veces a los empresarios a contratar a las mujeres en lugar de los hombres.

La Liga de los Sindicatos Femeninos, la Liga Nacional de los Consumidores y muchas otras asociaciones se elevaron contra tales prácticas planteando claramente el problema. Pero el éxito no debía coronar sus esfuerzos en la mayoría de los casos.

La supresión y la prohibición del trabajo a las mujeres, remedio milagroso

Cabe decir que aquellas protestas de las personas lúcidas, no eran las únicas que se escuchaban. En la mayoría de los lugares, los nuevos apóstoles de la supresión radical del trabajo femenino como remedio de todos los males lograron hacerse escuchar.

Pues, para resolver la crisis del empleo y acabar con el paro, proponían sencillamente quitar el trabajo a unas cuantas mujeres que lo tenían. Esto puede parecer tan extravagante como la solución del zapador Camember quien para deshacerse del montón de tierra que había hecho al cavar un agujero, cavaba otro agujero para poner la tierra extraída del primero... Porque en resumidas cuentas, *aquello sólo podía llevar a desplazar el paro pero no a liquidarlo.* Pero esto ilustra muy bien lo poco que han evolucionado las mentes respecto a la cuestión femenina. Muchas gentes prestaban el oído a aquellos profetas del «no hay nada más que...» «Con suprimir el trabajo de las mujeres...» Los artículos se multiplicaban en los periódicos. Proudhon, en su tumba, debía regocijarse de lo lindo...

¿Qué pasaría?

Vamos a suponer que el problema ha quedado resuelto. Esto es lo que hicieron con mucha seriedad numerosas re-

vistas alemanas en una época en que la idea de un proyecto de ley prohibiendo el trabajo de las mujeres ya estaba en el aire. Es lo que hizo, por ejemplo, Lorenz Popp, en un estudio muy interesante aparecido en diciembre de 1930.[6] Lorenz Popp tomaba las cifras relativas al empleo del censo de 1925. En aquella época, en Alemania, 11.478.000 mujeres trabajaban. Sobre esta cifra, 6.802.000 eran solteras —las pérdidas humanas de la guerra de 1914-1918 habían desequilibrado la balanza demográfica entre los sexos. Si se suprimía el trabajo de las mujeres, no había más remedio de que el Estado se hiciera cargo de aquellas 6.802.000 solteras. De otra manera, ¿de qué habrían vivido? ¿Y el millón treinta mil viudas?

Quedaban 3.645.000 mujeres casadas, es decir el 31,7 % del total. ¿Suprimiendo de un plumazo el derecho al trabajo de la mujer casada, iban a facilitar 3.645.000 empleos a los hombres? Así es como, ingenuamente, razonan generalmente los partidarios de esa solución «natural». Pero la realidad es mucho más resistente. Lorenz Popp hacía observar que sobre esa cifra de esposas trabajadoras, 2.501.335, o sea más de las tres cuartas partes, no eran sino trabajadoras de empresas conyugales: unas ayudaban a sus maridos a explotar la hacienda familiar, otras, comerciantes, ayudaban a su esposo en la tienda que administraban entre los dos. Ya podían promulgar una ley prohibiéndoles trabajar que a buen seguro quedaría más o menos sin efecto. El marido seguiría pidiéndole a su mujer que ordeñara las vacas o que cuidara de la caja en los momentos de afluencia de la parroquia. Aquellas mujeres no estaban ligadas por ningún contrato de empleo. El mismo problema se planteaba para las 309.160 trabajadoras independientes. De manera que la substitución forzada de las trabajadoras asalariadas por los hombres sólo podía interesar al resto, o sea a las 835.000 mujeres casadas activas. ¿En qué trabajaban estas mujeres? 44.233 eran domésticas en las casas particulares. ¿El albañil o el fundidor en paro forzoso iba a aceptar acaso el convertirse en niñera? Un gran número de aquellas mujeres eran costureras o modistas. ¿Acaso los ajustadores iban a aprender a coser? Lorenz Popp, a fin de cuentas, consi-

6. *Kann durch die Abschaffung der Frauenerwerbsarbeit die Arbeitslosigkeit beseitigt werden?*, por Lorenz Popp, en «Gewerkschaftsarchiv», diciembre 1930, p. 356.

deraba que una ley semejante liberaría como máximo 200.000 empleos que los hombres podrían asumir. Otros autores llegaban al cabo de sus cálculos, a la cifra de 80.000 empleos. ¿Era el remedio capaz de salvar a más de 6.000.000 de hombres del paro?

Y eso sin contar que aquellas mujeres casadas no trabajaban generalmente por el gusto de hacerlo sino por una necesidad económica perentoria puesto que los recursos del matrimonio eran insuficientes.

En los EE.UU., la *Warton School* de la Universidad de Pennsylvania, un año más tarde, hizo una encuesta que alcanzó a 4.000 familias. Se puso de manifiesto que dentro de 1.700 familias la mujer era el único sostén de la casa. En el 90 % de las demás, la mujer trabajaba para pagar las deudas resultantes de una enfermedad o de un período de desocupación del esposo, o de la ayuda prestada a los padres ancianos y sin recursos, o para criar a los hermanos y hermanas, etc... Una letanía de razones muy diversas que hacen aparecer la carga que hubiese representado para el Estado la sustitución de aquellas trabajadoras, puesto que no hubiera habido más remedio que imaginar una forma cualquiera de asistencia.

En Austria, Käthe Leichter, al realizar un estudio sobre 1.320 obreras[7] llegó a unas conclusiones más formales aún. Invitadas a manifestar si preferían continuar trabajando o quedarse en su hogar, el 95,3 % contestaron que si pudieran se quedarían en sus casas. Si pudieran, significaba que en el caso de que el salario del marido fuese suficiente. Pero en casi todos los casos, la aportación del trabajo de la mujer representaba el 50 o el 75 % del salario del esposo. ¿Es posible imaginar que los salarios masculinos hubieran aumentado en la proporción del 50 o el 75 % si el trabajo femenino hubiese quedado suprimido en toda la medida de lo posible?

Toda la clase obrera se hubiese encontrado más bien empobrecida con ello. Los hijos que a costa del salario de la madre podían seguir en la escuela hubiesen dejado de estudiar. Las casas que las familias mandaban construir o arreglar se hubiesen abandonado, con la pérdida de trabajo que

7. *So leben wir... 1320 Industriearbeiterinnen berichten über ihr Lebens* por Käthe LEICHTER, secretaria para el Estudio del Trabajo de las mujeres en la Cámara de Obreros y Empleados de Viena.

esto habría originado para los obreros y los comerciantes que tenían como clientes a aquellas familias, etc...

Por lo que se refiere a la supresión de los empleos femeninos «burgueses» sólo habría suprimido un número irrisorio de puestos de trabajo. Hubiese lanzado a la calle a toda una masa de auxiliares domésticas. Esto es lo que ocurrió por lo demás, por ejemplo en Francia, cuando las grandes administraciones privadas, bajo la presión de la opinión pública, despidieron a las mujeres casadas que trabajaban para ellas. Las oficinas de colocación se vieron invadidas por las mujeres de los servicios que andaban buscando trabajo o solicitando un auxilio social que necesitaban con la máxima urgencia.[8] La Universidad de Wisconsin calculó por entonces que el despido de 64 mujeres funcionarias acarreaba la desocupación de cien personas asistentes domésticas de diversas categorías que aquellas empleaban directa o indirectamente.

Y no hablemos del despilfarro de donativos... Del despilfarro que representaría la instrucción pública de las mujeres a los ojos de algunas personas... ¿Por qué no volver a las proposiciones de Sylvain Maréchal, quien, bajo Napoleón, había sometido un proyecto de ley prohibiendo a las mujeres aprender a leer?

Marguerite Thibert, en 1933, concluía su estudio sobre el problema del empleo femenino en tiempos de crisis, de la siguiente manera: «Parece que el remedio descubierto por algunos es una medida de infortunio de la cual cabe esperar más efectos nocivos que saludables. (...) Ciertamente, en las evoluciones sociales, siempre hay que realizar unas adaptaciones que incumben a los hombres que se ven afectados por el movimiento de aquellas evoluciones, pero sus esfuerzos nunca podrán instaurar nuevamente las formas sociales de una época que terminó para siempre.»

8. Boletín del Ministerio del Trabajo, abril-junio 1932.

VIII. Consecuencias de las doctrinas fascista y nazi sobre el trabajo de las mujeres. Progresos de las soviéticas. Movilización de las inglesas y las norteamericanas. 1933-1945

> El judío nos robó a nuestras mujeres mediante la democracia sexual. Nosotros, la joven generación, hemos de levantarnos para matar al dragón y hacer revivir lo que hay de más sagrado en el mundo: la mujer sirvienta y esclava.
>
> Gottfried Feder (líder nazi)

En materia de opinión pública, empero, el buen juicio no tiene la virtud movilizadora de las pasiones. Las mujeres que trabajaban lo hacían por necesidad, no por pasión. Los adversarios del trabajo femenino, por su parte, temblaban de indignación y alimentaban sus diatribas de pasión. Estas contribuyeron sin duda a culpar a las mujeres. Sus reacciones fueron escasas y no se lanzaron al asalto de aquella civilización que pesaba sobre ellas, como les pedía Fourier con toda tranquilidad. Más bien dejaron —plenamente entregadas a la absorbente oscuridad de sus dificultades cotidianas— el campo libre a los desbordamientos de los defensores del orden. Aquellos mesías, que sabían, por cuanto a ellos se refería, el lugar que la mujer debía ocupar, iban a restablecer el orden. Se iba a ver lo que jamás se había visto.

Y, en efecto, hemos visto el tipo de sistemas políticos que saben engendrar y alumbrar quienes sueñan apasionadamente, entre otras cosas, con mandar nuevamente a las mujeres a su cocina. Esto no era quizá más que un capítulo de su obra, pero es importante ver cómo lo han escrito. ¿Qué es lo que ocurrió, bajo las dictaduras que prepararon la Segunda Guerra Mundial, con las mujeres trabajadoras? ¿Cómo se resolvió aquella querella de la actividad femenina que la Crisis había despertado y reavivado?

El caso de Italia

Hemos visto cómo Italia, a principios de siglo, contaba con una población femenina especialmente trabajadora. Sin embargo, desde 1901 hasta 1936 el porcentaje de las italianas activas baja desde el 32,5 % al 24 %. En ese mismo lapso de tiempo, la promoción femenina, que al principio había subido verticalmente gracias a un brillante movimiento feminista, se estanca para luego acusar un retroceso.

En primer lugar hay que poner de manifiesto que el descenso del número de trabajadoras ha sido más aparente que real. El error de apreciación dimana de la profunda mutación experimentada, desde 1911 a 1936, por la población agrícola. Italia atravesó entonces por lo que se ha dado en llamar la «desproletarización» de la agricultura.[1] El número de los pequeños agricultores independientes aumenta sensiblemente, pasando del 18 % de la población rural al 33 %. Los campesinos arrendatarios, pasan del 9 al 19 %. A partir de la instauración del fascismo cabe agregar a dichas cifras a los nuevos colonos aparceros, que llegan a formar hasta el 20 % de los agricultores. En el mismo tiempo, el número de jornaleros agrícolas asalariados desciende brutalmente. Del 54 % de la cifra global de agricultores en vísperas de la Primera Guerra Mundial, ya no representan más que un 28 % en 1936. Lo que supone una pérdida de 1.500.000 asalariados agrícolas, compensada por el aumento paralelo de 1.500.000 campesinos independientes. Sin embargo, durante los censos, la mujer del campesino independiente, muy orgullosa de su ascenso social, contesta que es una ama de casa, una *casalinga,* incluso si cuida de los animales y echa una mano en el cultivo. Mientras que la trabajadora agrícola asalariada era contada como activa en el censo.

Pero, hecha esta importante salvedad, es innegable que la actividad femenina se ha restringido. Los sectores secundarios y terciarios han absorbido mayormente a los hombres, contrariamente a lo que sucedía en los demás países. El empleo de las mujeres en el sector no agrícola no se ha incrementado en lo más mínimo en las mismas proporciones que el de los hombres. Los factores ideológicos no han dejado de ser preponderantes, reforzados por la sobreabundancia crónica de la mano de obra masculina. La Italia moder-

1. Véase M. BANDINI, *Cento anni di storia agraria,* Roma, 1957.

na aún lleva las huellas de aquella situación: es quizá el único país del mundo en el que el sector del «turismo» así como el de los servicios públicos no emplean o emplean a muy pocas mujeres en los contactos con el público. La oposición cobraba un doble aspecto: la oposición al trabajo no doméstico de la mujer y la oposición al salariado de la mujer.

A buen seguro que la influencia católica —cabría decir más bien, vaticana— no dejó de ser en este punto preponderante. De un lado influyó sobre los empresarios, y de otro sobre las mujeres susceptibles de trabajar. Recordemos rápidamente algunos textos de las encíclicas papales.

La encíclica *Rerum Novarum* de León XIII declara en 1891: «Ciertos trabajos son menos adecuados para la mujer, *a quien la Naturaleza destina mayormente a los trabajos domésticos que salvaguardan admirablemente la honra de su sexo.*» (Observemos de paso el nexo estrecho que se establece entre las ideas trabajo=exterior=peligro sexual, y labores caseras=interior=salvaguarda del pudor.) Pío XI reafirmará más claramente aún, en 1931, en la encíclica *Quadragesimo Anno*: «Es *en casa* y en las dependencias de la casa y en medio de las ocupaciones domésticas que se sitúa el trabajo de las madres de familia. Es un *abuso nefasto* y que hay que *hacer desaparecer a toda costa* el que las madres de familia, por culpa de la modicidad del salario paterno, se vean obligadas a buscar fuera de casa una ocupación remuneradora.» («Fuera de casa» y «remuneradora», ahí están con toda claridad las dos oposiciones.) En la encíclica *Casti Connubii* (1930), se afirmaba claramente respecto a la emancipación de la mujer mediante el trabajo: «Se trata más bien de una forma de corrupción del espíritu de la mujer y de la dignidad maternal, de un trastorno de la familia, ya que si la mujer desciende de ese puesto verdaderamente real al que fue elevada por el Evangelio en el *interior de los muros domésticos*, pronto se verá reducida a la antigua servidumbre y se convertirá en lo que fuera entre los paganos, en un mero instrumento de su marido.» Confieso que no entiendo la segunda parte de este razonamiento, pero no es posible no sentir la reprobación que pesaba sobre cualquier mujer tentada de infringir esa orden.

Todo lo cual sirve perfectamente los intereses de Benito Mussolini. Pues él sólo ve una misión para la mujer: ser la

guardiana del hogar al estilo romano, y «darle la primera impronta a la prole, que deseamos numerosa y robusta. Las generaciones de pioneros, de soldados, necesarios a la defensa del Imperio, serán lo que vosotras hagáis de ellos». (Discurso a las mujeres fascistas, 20 de junio de 1937.)

El trabajo de las mujeres es considerado a menudo por los demógrafos, muchas veces de una forma perentoria, como nefasto para la natalidad. Mussolini quería muchos pequeños italianos para el «Imperio», por lo tanto había que quitar a las mujeres las ganas de trabajar, por todos los medios. En 1931, el dictador promulga unas leyes limitando su empleo en la Administración y despidiendo de los servicios públicos a las mujeres casadas. Claro está, las administraciones privadas, debidamente estimuladas en ese sentido, siguieron el ejemplo. Hubo incluso algunos acuerdos corporativos al respecto. El decreto ley del 5 de septiembre de 1938 reguló todo aquello. Se instauró una cuota para limitar el empleo de las mujeres en las oficinas dependientes del Estado: no debían rebasar el 10 % del número total de los empleados. En todos los lugares donde las cosas andaban diferentemente, se fijó un plazo de tres años, antes del término del cual el personal masculino debía haber reemplazado al personal femenino despedido. Así, los hombres se volvieron mecanógrafos.[2]

Al mismo tiempo se instituyeron unos subsidios familiares especiales en 1936 para las mujeres que permanecían en sus casas. Por su parte, los periódicos se vieron abastecidos de «estudio sobre la patología del trabajo femenino», con los pormenores de todos los males espantosos que aguardaban a las mujeres en las oficinas y los talleres.

El destacado movimiento feminista italiano fue ahogado prontamente ya que al estar ligado con los medios liberales, radicales socialistas y democráticos, no dejaba de ser fatalmente sospechoso.

Sin embargo, este sistema forma un todo coherente que quiere que la mujer no sea considerada más que como una madre; desvalorizada por tanto como trabajadora y por ende, subremunerada. El lógico encadenamiento es apremiante. Pero al cobrar la mujer menos que el hombre —en la

2. Véase *L'évolution récente du travail des femmes en Italie*, por F. ARCHIBUGI, en «Revue Internationale du Travail», vol. LXXXI núm. 4, abril 1960.

Italia fascista cobraba un 50 % menos— emplearla devino una tentación permanente para los industriales y los patronos de toda clase. Para ultimar el sistema sin revalorizar a la mujer, el régimen fascista rodeó al empleo femenino de tantos y tantos reglamentos obligatorios y de tantas prohibiciones especiales para «proteger a las mujeres trabajadoras» que consiguió crear entre los empresarios una sicosis de miedo. Temían verse cogidos entre las redes de las leyes sobre el trabajo de las mujeres casadas al emplear a las muchachas que podían casarse. En todos los lugares donde fue factible, reemplazaron a las mujeres por hombres. De esta manera, incluso en la industria textil en la que durante mucho tiempo habían sido mayoritarias, las mujeres se vieron substituidas por los varones. Igual ocurrió en la industria del vestido.

Vale la pena estudiar también la forma en que se establecieron los contratos corporativos; las mujeres eran repartidas en cualificaciones, tres en la mayoría de los contratos, contra cuatro en los de los hombres. Primeramente se habló de las trabajadoras de las categorías A y B. Más tarde de las trabajadoras de primera, segunda y tercera categorías. Quedó entendido que la primera categoría femenina correspondía a la segunda categoría masculina y así sucesivamente. De esta manera las mujeres se encontraron excluidas automáticamente de la primera categoría o sea la de los obreros cualificados.

¿Puede decirse que la guerra vino a interrumpir ese cuadro perfecto de un sistema basado sobre la idea que los romanos se hacían del *imbecillitas sexus*? ¿No es más bien ese sistema en el que las matronas debían parir soldados y no mandar a sus hijas a la universidad sino casarlas bien pronto para que también pariesen soldados y pioneros para el Imperio, no es dicho sistema el que condujo a la guerra?

La mujer bajo el régimen de Hitler

En Alemania, donde, recordémoslo, más de once millones de mujeres trabajaban, las cosas anduvieron con celeridad. Dando el ejemplo, el Estado, a partir del 30 de junio de 1933 licenció a las mujeres casadas, incluidas las maestras. Prioridad absoluta para los trabajadores masculinos.

La Oficina del Trabajo —*Arbeitschaft*— extendió rápidamente su autoridad por doquier. Todos los trabajadores debían registrarse en ella y todos los empresarios debían dirigirse también a ella. La contratación privada se volvió excepcional siendo por lo demás inmediatamente seguida de la inscripción en la Oficina del Trabajo. La distribución del trabajo fue sometida a ciertas normas:

a) Nada de salarios dobles en un mismo hogar.

b) Prioridad del hombre sobre la mujer en la atribución de un empleo y en la retribución.

Una campaña de gran envergadura fue organizada contra el trabajo de la mujer casada. Se llegó hasta prohibirle el trabajo privado y si no éste fue sometido a un severo control. Las denuncias de los particulares señalando los casos de las mujeres casadas que trabajaban fueron estimuladas: la mujer de un oficial inválido deseosa de aumentar los ingresos del matrimonio que se limitaban a la pensión del marido, se dedicaba a hacer de corredora de artículos de género de punto del modo más discreto. La denunciaron, le prohibieron trabajar y le pusieron una fuerte multa.

Una mujer casada tampoco podía dar lecciones particulares de ninguna materia. Las mujeres profesoras eran suspendidas tan pronto como se sabía que eran novias, aun cuando los noviazgos duraban tradicionalmente varios años en la Alemania de entonces.

La cifra total de mujeres trabajadoras baja de un modo espectacular y sólo en 1936 asciende al 25 % del número total de trabajadores, o sea un descenso de 10 % en 10 años.

Las becas quedaron suprimidas en la enseñanza secundaria y el ingreso en las universidades entorpecido para las jóvenes o sometido a una severa limitación. A partir de 1934, sólo 700 muchachas fueron admitidas en las universidades. El trabajo intelectual era considerado especialmente nefasto para la mujer. Si se compara el número de las muchachas y mujeres estudiantes en 1932-1933 y el del año siguiente, después de la toma del poder por los nazis, se observa que su número ha disminuido un 15 % en farmacia, 22 % en medicina, 25 % en odontología, 35 % en ciencias económicas, 41 % en ciencias administrativas, 48 % en filosofía y pedagogía, 53 % en ciencias físicas, 53 % en ciencias químicas, 57 % en derecho y 58 % en geografía.

A partir de 1935 a las mujeres les estuvo prohibido establecerse como abogados o postular por el puesto de juez.

Las mujeres médicos ya no fueron admitidas a realizar sus prácticas en los hospitales y se les prohibió «momentáneamente» establecerse.

Pero contrariamente a las italianas, las alemanas, no fueron pura y simplemente devueltas a sus hogares con la orden de parir hijos y con la bendición papal. Fueron movilizadas por el nazismo. Las niñas fueron enroladas en el *Bund deutscher Mädchen*, se abrieron escuelas de formación de *führerinnen* para las adolescentes, y las muchachas de 14 a 18 años se vieron obligadas a registrarse en el *Arbeitsdienst* y a ponerse durante un año al servicio del país. En esos centros les enseñaban los trabajos agrícolas, los trabajos domésticos y la doctrina nazi. Más tarde, las muchachas en paro forzoso pudieron registrarse para el servicio voluntario abierto para las jóvenes de raza aria de 17 a 25 años de edad. Las licenciadas de segunda enseñanza, las bachilleres, por así decirlo, no debían rebasar la proporción de un 20 % del efectivo total. Aquellas muchachas fueron dirigidas hacia unos centros donde les hacían hacer, bien trabajos domésticos o de auxilio social, bien las faenas agrícolas; también se las empleaban en la «colonización» es decir, mayormente en la roturación de las tierras baldías.

Una vez casadas, debían criar a sus hijos —que Hitler al igual que Mussolini quería numerosos y fuertes— en el amor al Tercer Reich. Y ya tenían que renunciar a todo sueño de ilusoria promoción: «Nunca hicimos y nunca haremos ningún progreso hacia la igualdad de la mujer alemana con el hombre; sólo consideramos los derechos y los intereses de la mujer en función y dependencia de las necesidades del pueblo alemán», declaraba en Nuremberg, en septiembre de 1935, la *Frauenführerin* Scholk-Klink.

Pero aquella inacción forzosa consagrada a la propaganda y a la procreación —hasta dentro de los «Centros de sementales» arios— no fue de larga duración. Pues como era de prever, la prohibición del trabajo de la mujer casada no consiguió dar trabajo a seis millones de desocupados. Pese a la mejora general de los negocios y de la coyuntura económica internacional, la Alemania nazi tenía que resolver un grave problema de tipo laboral. Halló una solución radical: dos millones de jóvenes fueron mantenidos bajo las armas y otro medio millón ingresó en la Administración

nazi. Una economía de guerra sucedió brutalmente a la crisis. Cuanto más se acercaban los principios del Anschluss —anexión de Austria a Alemania— tanto más cambiaba el aspecto del mercado del trabajo bajo el influjo de aquellos febriles preparativos militares. Muy pronto, hacia 1937, Alemania, metida de lleno en su producción de guerra, empieza a sufrir una falta de mano de obra. Entonces, se volvió a pensar en las mujeres para las cuales —se había proclamado— el trabajo era lo que más había que desaconsejar. Los préstamos a los jóvenes matrimonios fueron concedidos incluso cuando la joven esposa continuaba trabajando mientras que antes de 1937 para poder conseguirlos tenía que abandonar su empleo. Las jóvenes muchachas que habían sido separadas de la enseñanza superior fueron invitadas encarecidamente a cursar estudios de enfermera, de medicina y de química.

Pronto volvieron a ingresar en masa en las fábricas armamentistas. Alemania se había jactado de vivir en economía cerrada, en autarquía. Pero este sistema sólo podía llevar hacia una explosión. Durante este lúgubre período las mujeres fueron tratadas como meras herramientas que se vuelven a tirar tan pronto como se consideran inútiles, para volverlas a utilizar más tarde. Nunca fueron consideradas como unos seres humanos en plena evolución. Hay que decir, en aras a la verdad, que ellas consintieron con una pasividad que a veces cobró las formas de un estusiasmo delirante.

Aceleración de la evolución de las mujeres en la URSS

Los EE.UU. y Europa occidental no fueron los únicos en chocar por entonces contra las dificultades económicas. La URSS, nacida de la Revolución de Octubre, debía enfrentarse con una situación interior dramática. Las soluciones empleadas se diferenciaron radicalmente de las de los países occidentales, particularmente en lo que atañe al trabajo femenino.

Ya hemos visto cómo el Congreso de 1924 había establecido que su mantenimiento o su integración en el mundo del trabajo era una «necesidad política». Los esfuerzos del Gobierno soviético para hacer participar a las mujeres en la vida activa del país no debían aflojarse sino por el contrario

intensificarse con motivo de la puesta en marcha de los planes quinquenales.

Un decreto del 19 de mayo 1931 publica de este modo una lista de muy numerosas ocupaciones cualificadas dentro de las cuales *el empleo de las mujeres debía incrementarse considerablemente.*[3] En efecto, al tiempo que se orientaba al empleo femenino se trató de aumentar notablemente su cualificación. Por lo general, se había puesto de manifiesto que el empleo femenino era rentable y valorado sobre todo en la medida en que las mujeres eran empleadas en los trabajos que requerían destreza y habilidad más que esfuerzos y fuerza muscular. Por lo tanto necesitaban una intensa formación profesional.

Entre 1928 y 1933, el número de mujeres activas aumentó en 5 millones. En el primero de julio de 1933, constituían el 37,7 % del número total de trabajadores. De paso señalaremos que este porcentaje es poco más o menos el que se daba en Francia por ejemplo, y esta comparación permite juzgar en lo que valen las diatribas indignadas de los franceses que en numerosos periódicos condenaban aquella «civilización del trabajo que en la Unión soviética esclavizaba a las mujeres».

Es verdad que los trabajos de las mujeres rusas seguían siendo duros. Trabajaban en la metalurgia, las minas, la mecánica y las industrias químicas en unos puestos que requerían cada vez menos esfuerzos musculares y cada vez más habilidad, pero quizá quepa pensar legítimamente que unas occidentales se habrían acomodado bastante mal a los puestos que les eran destinados. Sin embargo, su promoción empieza ya a perfilarse. Ya hemos visto que habían arrancado de un nivel muy bajo. Sin embargo, en 1933 ya constituyen el 10 % del total de los «jefes responsables» en todos los campos de la producción, evaluación ésta que no encierra ni la enseñanza ni los servicios sanitarios, sectores donde ya son mayoritarias. Se observa la misma evolución en la agricultura, donde en 1931 existen 6.000 mujeres presidentes de koljoses, 28.000 «jefes de brigada», 10.000 «orga-

3. «Voprosy Profdvizenia», 1934, núm. 3, Moscú. *La progression du travail des femmes en URSS*, en «Revue Internationale du Travail», vol. XXXI, febrero 1935. Y *La main-d'oeuvre féminine dans l'industrie soviétique*, en el vol. XXVI, noviembre 1932.

nizadoras del trabajo», etc... Sin contar aquellas 7.000 «conductoras de tractores» que tanta tinta hicieron correr en nuestros periódicos.

En la industria, las mujeres soviéticas consiguen las más diferentes cualificaciones de una forma masiva, especialmente en el sector mecánico. A partir de 1931, forman el 15 % de los operarios torneadores, el 38 % de los fresadores y el 65 % de los taladradores. Se estimula la formación de ajustadoras, y otros empleos que exigen una alta especialización.

Este gran sector secundario —sabemos la importancia que por entonces la URSS le asignaba, casi religiosamente, a la industria pesada— encontró a más de la cuarta parte de sus efectivos entre las campesinas pasadas a la industria (27 %) y un poco más aún entre las amas de casa y antiguas sirvientas (30 %).

El nivel cultural de las mujeres sigue siendo muy inferior al de los hombres: por ejemplo, sobre 100 trabajadores examinados por una comisión en 1932, en el ramo de la siderurgia, el 75,3 % de los varones habían ido al colegio contra un 58,8 % de las mujeres; en la construcción, el 74,5 % de los hombres contra el 49,6 % de las mujeres. ¡Ni siquiera la mitad! Además, seguía siendo bastante crecida la proporción de las mujeres que no habían estado en la escuela más de dos años y medio.

El fuerte contingente de analfabetas se halla constituido por las mujeres de más de 35 años de edad. Mayormente, las rurales, que en vísperas de la Segunda Guerra Mundial contarán aún con un 33,5 % que no saben leer ni escribir. (Los hombres del campo, en 1939, estaban escolarizados en un 90 %.) Pero, contraste sorprendente, las muchachas por su parte nada tienen que envidiar a los jóvenes y desde los años 30 confirman su superioridad en ciertas ramas. Sin embargo, las de más edad, con una aplicación conmovedora que tuvo que exigirles no pocos esfuerzos, seguían los cursos nocturnos después del trabajo. Así, el 17 % de las obreras siderúrgicas, el 21 % de las trabajadoras de la mecánica, para no citar más que éstas, se hallan inscritas en 1933 en diferentes cursillos y escuelas para adultos.

El desarrollo de la enseñanza incrementa muy rápidamente el nivel de los efectivos femeninos. En cinco años, de 1928 a 1933, las muchachas afluyen a las escuelas superiores:

establecimientos	efectivos femeninos 1928	1933
Escuelas superiores:		
industriales	6.109	46.220
de agricultura	3.901	19.040
pedagógicas	11.077	46.674
de medicina	5.188	33.145
Facultades obreras	7.652	119.919
Escuelas industriales	49.210	283.834

Este esfuerzo se dobla con el desarrollo de las instituciones que tienden a aliviar las tareas domésticas y maternales. Entre 1928 y 1933, el número de cantinas pasa de 6.026 a 387.000. Las casas cuna también se desarrollan pero los partes de victorias de los planes quinquenales no pueden engañar: el número de plazas en las casas cuna y en los jardines de infancia sigue siendo irrisorio en relación a lo que debían ser las necesidades de las jóvenes madres. Se imagina fácilmente que aquel período tuvo que ser muy duro para ellas. Al parecer, las abuelas y más generalmente las mujeres de mayor edad, tuvieron que relevarlas. En aquella época, en la URSS el trabajo ocupa sobre todo a las capas jóvenes de la población femenina. A partir de los 40 años de edad ya no se exige de la mujer que tenga una actividad. Cabe extrañarse realmente de esa opción que no corresponde ni mucho menos al movimiento natural de la vida femenina. En efecto, es cuando está en su juventud y conoce los inicios del matrimonio y las maternidades que le resulta más difícil trabajar fuera de casa mientras que a partir de los 35 años de edad, la actividad suele plantearle muchos menos problemas. Cabe pues extrañarse justamente hoy día del movimiento que experimenta la pirámide de edad de las trabajadoras soviéticas de aquella heroica época de los primeros planes quinquenales. Esta paradoja no debía serlo, quizá a los ojos de aquellos que se inspiraban en la filosofía leninista, que creía en la igualdad abstracta del hombre y de la mujer y tendían, con toda honradez, a alienar la vida de la mujer sobre un modelo masculino. El favor que se les hacía a las mujeres era el de adelantar la edad del retiro, siendo especialmente apreciada esta medida por los trabajadores de entonces. De otro lado no hay que olvidar que la sociedad soviética estaba totalmente por edificar y

que más valía empezar con los jóvenes antes que hacer enormes sacrificios para formar obreras especializadas y técnicas con unas antiguas amas de casa analfabetas que habían rebasado los 40 años de edad. La situación de la mujer irá modificándose a medida que las nuevas generaciones postrevolucionarias irán reemplazando a las demás. Después de la Segunda Guerra Mundial, veremos aparecer incluso una política familiar diferente. Con lo cual es más necesario, *hic et nunc*, subrayar la *performance* de aquellas generaciones de jóvenes mujeres que desde 1917 a 1942, literalmente lo hicieron todo a un tiempo: hijos, instrucción, producción, promoción. Ellas han escrito una de las páginas más eficaces de la historia del trabajo femenino. Colmando su retraso, acelerando su evolución de una forma mucho más acentuada que los hombres del mismo período, las mujeres soviéticas parecían haber ganado, y bien ganado, el derecho a disfrutar de unos esfuerzos que a buen seguro fueron durísimos cuando la guerra, la más espantosa que su país tuvo que afrontar, estalló. Los hombres se marcharon a los ejércitos y ese inmenso país vivió casi esencialmente gracias a las mujeres que dieron la más extremada prueba de la confianza que Lenin había depositado en ellas. La «necesidad política» del trabajo de las mujeres, que había podido aparecer como una opción ideológica, resultó ser entonces una necesidad vital.

Una movilización general

La URSS no fue el único país que si pudo enfrentarse con la Segunda Guerra Mundial fue gracias a la utilización total de los recursos de energía, de inteligencia y de fuerza de sus mujeres. Inglaterra brindó otro ejemplo, que debe ocupar un puesto aparte en la historia del trabajo femenino. Fue el único caso conocido de movilización femenina organizada en una democracia occidental.

Cuando en septiembre de 1939 la guerra estalló, la primera consecuencia para las trabajadoras inglesas fue el súbito y grave incremento del paro. La mayoría estaban empleadas en las industrias del consumo —textil, géneros de punto, vestido, hostelería— y en los servicios y el pequeño comercio que la guerra afectó duramente. Además, mientras hubo hombres desocupados, no se llamó a las mujeres

para las fábricas de guerra. Se empezó por olvidarlas. En diciembre de 1939, 270.000 mujeres constaban como desocupadas, pero bien pronto, sobre todo después de la derrota de Francia, las autoridades se percataron de la verdadera naturaleza de aquella guerra total que tenían que organizar, una guerra tragadora de material más que ninguna otra hasta entonces. Se elaboró un plan de producción de guerra y, en marzo de 1941, la decisión de hacer trabajar a las mujeres fue adoptada por el Gobierno. El Ministerio del Trabajo y del Servicio Nacional se encargó de un verdadero reclutamiento que en muchos aspectos se pareció al reclutamiento de los hombres para el ejército. Se hizo por categorías de edad, empezando por las mujeres más jóvenes. A los empresarios privados les fue prohibido el empleo de las mujeres de veinte a treinta años de edad, las cuales estaban bajo el control de las *Work Orders* —órdenes de trabajo. Quedaron exentas únicamente las campesinas que substituían a sus maridos movilizados, así como las enfermeras, las comadronas y las maestras. En mayo de 1942, la movilización abarcó a las mujeres de 18 y 19 años.

En 1944, 7.650.000 mujeres se hallaron incorporadas de este modo en la industria y los servicios auxiliares o en la defensa civil. 900.000 trabajaban a tiempo parcial bajo el control de los mismos servicios. 1.000.000 realizaban un trabajo no remunerado bajo los auspicios de los *Women's Voluntary Services*. Cabe agregar a estas cifras las campesinas, enfermeras, profesionales de la enseñanza, etc... y las domésticas de todo tipo. Las mujeres que quedaron al margen de esta amplia campaña de reclutamiento nacional fueron las que frecuentaban las escuelas, las estudiantes —más adelante veremos en qué condiciones— y las que tenían tales cargas familiares que les era imposible el realizar cualquier otra actividad. En efecto, había que criar a 9.000.000 de niños. Puede calcularse en 2.000.000 la cifra de las mujeres que anteriormente no trabajaban y que se encontraron insertas en la actividad de ese país en guerra. Casi todas estaban bajo el control de las *Essential Work Orders* y no podían abandonar su trabajo sin el permiso de un oficial del Servicio Nacional.

Más tarde, cuando la falta de mano de obra volvió a notarse, los empresarios fueron estimulados a reclutar a las madres de familia a tiempo parcial. Para poder emplear aquellas mujeres se descentralizó al máximo la producción.

Depósitos de utillaje y talleres fueron montados apresuradamente en los suburbios residenciales donde se podía reclutar a las madres de familia. En julio de 1942, la movilización para el trabajo a pleno tiempo había alcanzado a las capas de edad de hasta los 46 años. De manera que era preciso encontrar el medio de utilizar las pocas horas de que podían disponer todas las mujeres que habían quedado libres por razones familiares. El trabajo a tiempo parcial se incrementó rápidamente: en junio de 1942, 255.000 mujeres trabajaban así varias horas diarias en los transportes, la electricidad, la radio, la confección, la industria conservera, etc... En 1943, ya eran 650.000 y al año siguiente, 900.000.[4]

La demanda de mano de obra se volvió finalmente tan apremiante que muchas empresas organizaron nuevas formas de trabajo a domicilio para las mujeres. Las aldeas de la dulce campiña inglesa conocieron entonces aquellas salas públicas que servían de depósito para el utillaje y los suministros que las mujeres venían a buscar. Luego, realizaban en sus casas los montajes, ensambladuras, y todos los pequeños trabajos posibles en tales circunstancias. Cuando estuvo bien organizado, este tipo de trabajo resultó fructífero. Por ejemplo, una empresa de fabricación de material de guerra calculó que dicho sistema le permitió procurarse 3.290 horas de trabajo útil por semana, o sea el equivalente de 70 personas trabajando a razón de 48 horas semanales. Sólo en la región de Midlands, se estima que el trabajo a domicilio organizado de este modo reemplazó a más de 1.000 obreras trabajando a pleno tiempo. Cuando las herramientas o las mercancías eran demasiado pesadas, unos camiones pasaban a repartirlas por las haciendas y casas de campo, recogiendo a la vez el trabajo terminado. Cuando el utillaje y los suministros eran más ligeros, las mujeres acudían ellas mismas a buscarlos y devolvían los artículos terminados a los depósitos aldeanos. Esta diseminación representaba una ventaja en un país sometido a los continuos bombardeos que trataban de desorganizar su economía.[5]

4. Ministry of Labour and National Service and Ministry of Production, *Marking the Best of Part-Time - Practical Suggestions in the Light of Experience*, en «Production and Enginnering Bulletin», vol. II, núm. 11, octubre 1943.

5. *Producing Centre Drills in a Village Workshop*, en ídem, julio 1943.

En 1942 la demanda de mano de obra femenina era tal que se llegó hasta el punto de restringir el ingreso de las muchachas en las universidades. Sólo fueron autorizadas a proseguir sus estudios las que preparaban una carrera de utilidad nacional, como por ejemplo, las futuras maestras, o las que eran susceptibles de conseguir su diploma final el mismo año en que cumplían los veinte de edad. Las derogaciones sólo eran concedidas en casos excepcionales y exclusivamente a las muchachas que podían justificar notas sobresalientes. Se fijó una edad tope para los estudios que habitualmente no solían tenerla, tales como los estudios de medicina, de odontología, de veterinaria y de farmacia. Vale la pena analizar retrospectivamente los resultados de aquellas severas medidas encaminadas a reducir el número de las estudiantes y la duración de sus cursos acelerando el ritmo del trabajo sin rebajar el nivel del mismo. Se habla a menudo de las estudiantes diletantes que llenan inútilmente las universidades. Aquellas medidas debían inclinarlas a abandonarlas. Sin embargo, el número de estudiantes no bajó entre las muchachas, más bien intensificaron el ritmo de sus estudios, con lo que varias universidades funcionaron ininterrumpidamente todo el año, permitiendo, gracias a la introducción de un cuarto trimestre en lugar de las vacaciones, que las estudiantes amenazadas por el límite de edad pudiesen terminar su carrera antes del plazo prescrito.

Como quiera que las sufragistas británicas, en su tiempo, habían sido noticia, en Francia sobre todo se seguía teniendo la impresión de que Inglaterra era por antonomasia el país del feminismo triunfante. Sin embargo, las cosas distan mucho de ser así y muchas querellas que ya no existen en otras partes seguían —y a veces aún continúan— dificultando ciertas promociones femeninas. Así por ejemplo, las escuelas que seguían estando cerradas a las muchachas aún eran numerosas al estallar la Segunda Guerra Mundial. Bajo la perentoria presión de las necesidades fueron adoptadas ciertas medidas que las mujeres inglesas consideraron como otras tantas victorias. Así, el *Faraday Electrical Engineering College* decidió abrir sus puertas a las muchachas. Siguiendo el ejemplo, numerosas facultades de medicina y hospitales que seguían cerrados para ellas fueron cediendo uno tras otro. El ministro de Sanidad publicó al respecto unas claras recomendaciones:

a) Todas las facultades de medicina deben quedai abiertas para las muchachas.
b) Un porcentaje mínimo «razonable» de 1/5 de muchachas debe admitirse en ellas.
c) Las barreras que dificultan las prácticas de las mujeres médicos en los hospitales han de ser suspendidas.
d) Las dotaciones sólo serán concedidas a las facultades de medicina que acepten una proporción razonable de muchachas (1/5).

¿Qué se hizo con aquel ejército de mujeres trabajadoras al terminar la guerra? Pues fue promovida una «desmovilización» progresiva y, a partir de mayo de 1945, las mujeres de más de sesenta años de edad fueron autorizadas a abandonar el trabajo. Se suspendió el reclutamiento de las mujeres de más de cuarenta años de edad. A su vez, las mujeres de más de cincuenta años o de menos de veintiuno pudieron abandonar su empleo así como todas aquellas que alegaban tener pesadas cargas familiares, en el caso de que su empresario estuviese de acuerdo en privarse de sus servicios.

Finalmente, en diciembre de 1945, la mayoría de las mujeres quedó libre del control de las *Registration for Employment Orders* con excepción de las enfermeras y las comadronas que permanecieron movilizadas. Quedaron suspendidos los límites de edad para los estudios universitarios.

Sin embargo, la oferta seguía siendo grande en el mercado del trabajo, dado que quedaba por restaurar totalmente el comercio exterior, el país por reconstruir y que la reconversión de la economía de guerra en economía de paz era un asunto necesario y urgente. Pese a la desmovilización, en todas partes se notaba la falta de mano de obra. El Ministerio de Trabajo moderó, pues, en diciembre de 1945 el movimiento de «regreso al hogar». Hablando de las mujeres, declaró en la Cámara de los Comunes: «*They have done a splendid job during the war and we need their help just as much now*» —« Ellas han asumido durante la guerra una magnífica labor, y en estos momentos seguimos necesitando su ayuda».

No obstante, la mano de obra femenina se redujo rápidamente, sobre todo en las industrias metalúrgicas y químicas así como en la agricultura. Los hombres regresaban, buscando ellos mismos un empleo y esperando a que sus muje-

res cuidaran de ellos en el hogar por fin reencontrado. Rápidamente el número de mujeres oficialmente desocupadas volvió a subir.

Empero, la experiencia había sido positiva y las mujeres se habían mostrado a la altura de la confianza que la nación depositara en ellas. Ganaron la guerra al igual que los soldados. Habían obedecido con una disciplina del todo militar a esa primera movilización femenina promovida en una democracia occidental sin discriminación de clases sociales. Claro está que sus oscuras tareas hicieron que se hablara menos de ellas que de las hazañas de los pilotos de la *Royal Air Force*, pero el trabajo de las mujeres dejó de considerarse durante unos años como un factor marginal y un tanto molesto. Había pasado a la primera fila y había sido uno de los factores esenciales del esfuerzo de una nación en guerra.

Este beneficio moral no impidió que el problema del empleo femenino se planteara nuevamente después de la guerra con toda su agudeza siempre mal definida. Las conquistas eran frágiles. Es cierto que las mujeres habían sido adiestradas y cualificadas, pero generalmente en unas ramas industriales que, una vez terminada la guerra cerraron sus puertas. Algunas mujeres lograron colocarse nuevamente en otra industria con su nuevo nivel de cualificación. Pero la querella de los «oficios masculinos» y de los «oficios femeninos» no quedó resuelta: los convenios y los arreglos otorgados durante la guerra entre los empresarios y los sindicatos respecto al empleo de las mujeres en los puestos llamados masculinos fueron considerados cancelados tan pronto como la guerra terminó.

Y el asunto de los salarios volvió a cobrar toda su gravedad. Durante la guerra la demanda había sido tal por parte de la industria, que se había ofrecido a las mujeres unos salarios más o menos equivalentes a los que cobraban los varones en los mismos puestos, si se garantizaba el mismo rendimiento. Con ello los salarios bajísimos de las mujeres de los demás sectores, las enfermeras, domésticas, etc..., tuvieron que subir un poco. Tan pronto como se verificó el regreso masivo de los hombres desmovilizados, las mujeres se hallaron en una situación crítica y, para no perder su empleo, no tuvieron más remedio que ceder en cuanto a sus salarios.

Antes de la guerra, a las mujeres casadas les estaba vedado el acceso a muchas carreras. Durante la guerra se in-

trodujeron algunas excepciones, como por ejemplo para los profesores y funcionarios. Pero en la mayoría de las profesiones el prejuicio volvió a tomar nuevos bríos después de la guerra. Pues siguen existiendo en Gran Bretaña ciertas universidades que no admiten a las estudiantes casadas, y la función pública o la diplomacia siguen siendo unas esferas masculinas invioladas, así como la Bolsa. No se introdujo ninguna legislación obligando a los empresarios a adoptar el principio de la igualdad salarial entre el hombre y la mujer por un trabajo del mismo valor. Pese a ello, el número de mujeres casadas que ejercían un empleo no dejó de aumentar y, desde 1948 hasta el presente, el millón y medio de mujeres casadas que vino a engrosar las fuerzas femeninas en el trabajo modificó considerablemente el cuadro general de la vida inglesa. La preguerra era ya un mero recuerdo.

Los Estados Unidos se mueven

Quizá sea en los EE.UU. donde la guerra iba a provocar el cambio más duradero y profundo en la vida de las mujeres. Norteamérica, mucho más que Inglaterra, parecía ser —vista desde el continente europeo— la patria de las mujeres independientes. No había ni un solo diario femenino francés que no se indignara virtuosamente a cada momento ante aquella «emancipación» respecto de la cual se recordaba periódicamente que hacía feliz a la «libre americana». La americana, para una francesa o una italiana era una especie de super-mujer, piloto de avión, médico, *manager*, *vamp*, etc... Todo parecía posible en aquel país nuevo y lanzado como un bólido. Las mujeres, especialmente, nos aparecían de un dinamismo agotador y de un autoritarismo devastador que espantaba y petrificaba a la pequeña esposa europea. Las norteamericanas hacían fregar los platos a sus maridos, formaban poderosas ligas que por doquier imponían su ley y no sé cuantas cosas más.

Mas la realidad era muy diferente. Los mitos tienen una vida tan dura que resulta casi vano intentar destruirlos retrospectivamente. Pero las cifras no pueden mentir hasta el punto de enmascarar la realidad vivida, y las que vamos a citar son innegables. Hay que saber imaginar a través de ellas aquella sociedad, mucho más conformista y burguesa que lo que nuestros sueños y nuestras pesadillas, ali-

mentados por el delirio de Hollywood, podían hacérnoslo pensar. La Norteamérica de antes de la Segunda Guerra Mundial era, en primer lugar, un país de mujeres de su casa, con un aire ciertamente más desenvuelto y a menudo más libre que las europeas, pero con todo mantenidas más que éstas al margen del mundo de la actividad, del poder, de los negocios y de la ciencia. El porcentaje de mujeres activas era muchísimo más bajo en Norteamérica que en Europa y para una mujer no le resultaba fácil precisamente encontrar un trabajo si se veía obligada a buscarlo. El bienestar no dejaba de aumentar pero la desocupación seguía siendo una enfermedad endémica y, como ya lo hemos visto muchas veces, un país donde el paro masculino rebasa un cierto límite nunca puede ser un país donde la mujer pueda trabajar fácilmente ni tampoco pueda ser bien retribuida.

Cuando los EE.UU. entraron en la guerra, en 1942, más de cinco millones de hombres se hallaban sin ocupación. Un año más tarde, ya no eran más que 600.000, cifra mínima para un país de aquella estatura. Fue solamente entonces, cuando el paro masculino se resolvió, que se estudió la posibilidad de incrementar el empleo femenino con el fin de hacer frente a las necesidades de la economía de guerra. Sin que, proporcionalmente, las soluciones dadas a ese problema puedan compararse con las adoptadas por Alemania, la URSS o Gran Bretaña, el país conoció, sin embargo, una especie de movilización de sus fuerzas que arrancó a las mujeres del aislamiento y la protección de sus hogares. La Comisión de la Mano de Obra de Guerra solicitó cuatro millones de personas suplementarias para las fuerzas armadas y la industria armamentista. Hasta entonces, en los casos de un esfuerzo extraordinario, la economía estadounidense siempre había podido recurrir a la reserva permanente de los desocupados. A partir de 1943, por primera vez, la situación se presenta muy distintamente. Todo cambiaba, los obreros se volvían soldados o pasaban de una industria de paz a una industria de guerra, la nación entera era presa de una mutación profunda para realizar el enorme esfuerzo necesario para ayudar al mundo presa de la ambición desmedida de los imperios fascistas. Esos traslados no podían enmascarar durante largo tiempo la falta de mano de obra. Entonces, y sin reclutamiento autoritario de ninguna clase, el número de las mujeres trabajadoras empezó a incrementarse considerablemente. En marzo de 1941, son 10.880.000;

en agosto de 1944, 18.030.000. Más de 16 millones de mujeres se hallaban incorporadas en los oficios no agrícolas y dos millones en la agricultura. El paro declarado, que en 1940 alcanzaba a 1.770.000 mujeres, había bajado en 1944 a 400.000. En diciembre de 1944, las mujeres norteamericanas constituían el 34 % del total de los trabajadores. Esta proporción, comparable a la de muchos países de Europa en tiempos de paz es muy considerable para una nación en guerra. Pero se trataba de una verdadera novedad en los EE.UU., novedad que iba a inaugurar una era diferente en la historia del trabajo de las mujeres. En efecto, el impulso dado por la guerra al empleo femenino decayó después, como cabía esperar. La mujer norteamericana se puso a trabajar, se sintió en él lo bastante a gusto como para desear continuar y la economía, estimulada por toda suerte de factores, inició un *boom* que debía permitir alcanzar un nivel de empleo jamás conocido antes de la guerra.

Sin embargo, durante la guerra no resultó tan fácil reemplazar a los hombres por mujeres en las fábricas y las oficinas. No porque ellas se negaran, sino debido a que la resistencia de los empresarios y los sindicatos al empleo de las mujeres fue tenaz. Tuvo que producirse la falta más aguda de mano de obra, la más amenazadora para los beneficios y el dinamismo de las empresas para que algunos se decidieran a contratar a las trabajadoras. Pues formulaban sus dudas en cuanto a la facultad de adaptación, a la seriedad, la eficacia y la resistencia de las mujeres. Pero con la práctica, aquellas reservas desaparecieron bastante rápidamente. No obstante seguían surgiendo serias dificultades cuando se trataba de abrirles a las mujeres algunos «oficios masculinos», dificultades mucho más importantes que en Europa. En agosto de 1943, pese a que la guerra hacía estragos, los servicios gubernamentales debían seguir contando con la repugnancia declarada de numerosos empresarios que se negaban a emplear a las mujeres.[6] Sobre todo, los empresarios se negaban a contratar a las mujeres no sólo «de edad» sino que únicamente ya no eran «muy jóvenes». La Comisión de la Mano de Obra de Guerra y la Oficina de Estadísticas del Trabajo habían adelantado a comienzos de 1943, que la escasez de mano de obra sólo podía ser re-

6. *The War and women's Employment*, OIT, 1946 y también en «International Labour Review», vol. XLVII, febrero 1943, p. 233.

suelta mediante el empleo de aquellas mujeres de 35 a 45 años de edad que los industriales no querían contratar. En abril de 1943, doce millones de mujeres pertenecientes a ese intervalo de edad no trabajaban. Solamente una de cada ocho era activa durante aquellos años de madurez, lo cual ponía de manifiesto la «pobrísima utilización de una fuente importante de aprovisionamiento en mano de obra», para volver a emplear las palabras del *chairman* de la Comisión. Fue necesario recurrir a la prensa, la radio y a todos los medios de persuasión para que la negativa de los empresarios respecto a las mujeres de más de 35 años desapareciera frente a los imperativos nacionales. Es tanto más interesante subrayar ese hecho en cuanto el trabajo de la *mature women* va a convertirse en una de las características del trabajo de las mujeres en los EE.UU.

Otra forma de empleo de las mujeres debía encontrar sus primeras utilizaciones en Norteamérica durante la guerra: el trabajo a tiempo parcial. Las norteamericanas no tienen personal doméstico, los jardines de infancia son muy raros y carísimos y casi no existen las casas cunas. De manera que se imaginaron los puestos que pudieran ocupar las madres de familia durante algunas horas del día. Otros empleos practicaban el trabajo un día sí y otro no o solamente tres días a la semana. La mayoría de los efectivos del trabajo a tiempo parcial correspondió a las madres de familia y las estudiantes. En la práctica este tipo de trabajo resultó satisfactorio para quienes lo habían introducido: permitió aumentar considerablemente el número de mujeres activas, aliviando a los trabajadores a tiempo completo de todas las tareas parcelarias de sencilla ejecución. Por otra parte, se pusieron de manifiesto las ventajas del trabajo a tiempo parcial en las tareas que reclamaban un alto grado de concentración o anormalmente agotadoras. El rendimiento suele ser óptimo cuando la actividad no rebasa 4 ó 5 horas al día.

Las recomendaciones de la Oficina femenina del Ministerio del Trabajo de la época, son interesantes en atención a las preocupaciones que encierran:

a) La Oficina exige que los salarios horarios sean los mismos para los trabajos a tiempo limitado que para los empleos a pleno tiempo. (Se advierte que la citada Oficina te-

mía la desvalorización sistemática de los salarios para aquellas trabajadoras «parciales».)

b) Las condiciones de trabajo, de seguridad, confort e higiene deben ser las mismas.

c) No se recomienda el reclutamiento de las madres de niños de corta edad.

Esta última recomendación dice mucho sobre la discordancia existente entre los deseos de los empresarios, quienes, llevados por la costumbre, tratan de contratar a las personas jóvenes, y la experiencia de los especialistas de las cuestiones femeninas que saben muy bien que la joven madre de niños de corta edad no es la mejor trabajadora existente, sin contar que el futuro de los niños privados de su madre y entregados a las soluciones de fortuna les preocupaban con justeza. Vale la pena destacar que las mujeres más feministas se han mostrado siempre reticentes ante el empleo de las jóvenes madres mientras que los empresarios tendieron siempre a buscar un personal femenino joven.

Nadie mejor que las norteamericanas para conocer las dificultades que para las mujeres constituye el ingreso brutal en un mundo del trabajo que ha sido ideado y forjado por los hombres para los hombres. Necesitaron años y mucha habilidad para hacer entrar en razón, parcialmente, a la opinión pública y los empresarios, y hacerles abandonar sus prejuicios contra las mujeres mayores de 35 años, pese a que tales prejuicios iban en contra de los intereses de todos y de todas.

Volveremos a hablar de las mujeres negras norteamericanas. Sin embargo, vale la pena notar que fue precisamente durante la última guerra cuando empezaron muy modestamente, a experimentar la lenta mejora de su suerte a la par que una profunda evolución. Las negras norteamericanas tenían un índice de actividad elevado, más elevado por ejemplo que las mujeres rusas. Es tanto como decir que todas trabajaban. Pero en la mayoría de los casos eran domésticas y obreras agrícolas: en 1940, el 70,3 % eran domésticas y el 16 % obreras agrícolas. En 1944, el porcentaje de las domésticas había bajado un tanto (62,5 %), y dentro del fuerte grupo de las domésticas se advertían algunos cambios, pues las sirvientas para todo eran cada vez menos numerosas y había cada vez más «domésticas especializadas», o sea cocineras, camareras y sirvientas de restaurantes. Naturalmen-

te no era ninguna fortuna, pero se notaba que aquella mano de obra miserable se arrancaba a la servidumbre. En tres años, los efectivos de las obreras agrícolas se reducen aceleradamente (del 16 al 8 %), mientras que se cuadruplica el número de las mujeres negras empleadas en la industria.[7] Este ingreso de las mujeres negras en la industria es un hecho nuevo. Pero la operación no se hizo sin dificultades. Numerosas industrias de guerra se habían negado a contratar a las mujeres negras. Sólo a la larga y cuando la costumbre de emplear a las mujeres blancas había arraigado, disminuyó ligeramente el fortísimo prejuicio en contra de las mujeres negras. Ciertamente, las que fueron contratadas en la industria obtuvieron los puestos inferiores que no requerían ninguna cualificación ni tenían futuro alguno. Empero, se trata ya de un progreso al igual que fue un progreso, y considerado como tal, para aquellas domésticas alemanas o francesas cuyos testimonios hemos citado después de la guerra de 1914-1918: antes la fábrica, antes el paro que la «servidumbre». Por lo demás, paralelamente vemos elevarse el nivel de instrucción de las mujeres negras. Ahora bien, no hay que invertir los factores e imaginar que es la elevación de su educación la que les permitió pasar de la domesticidad a los empleos de la industria incluso muy poco cualificados. Es la guerra, la escasez de mano de obra, el empleo de las mujeres blancas lo que les permitió trabajar en los diferentes sectores dándoles finalmente un poco de independencia fuera de las horas de trabajo; y el nuevo sentimiento de dignidad que les confería su pobre condición de obreras es el que las ha llevado a conseguir a toda costa más instrucción para ellas mismas y para sus hijas.

Una vez terminada la guerra, la brutal deflación del número de mujeres trabajadoras no prosiguió durante un tiempo tan largo y de un modo tan absoluto como cabía esperarlo. Las norteamericanas no se apartaron del mundo del trabajo. Sus efectivos siguieron estando muy por encima de lo que estuvieran desde principios del siglo XIX, y por primera vez se aproximaron a las tasas europeas. El trabajo a tiempo parcial siguió conociendo una buena aceptación. La costumbre de contar a las trabajadoras a tiempo parcial junto con las demás no deja de inflar ciertamente los efec-

7. *War and post-war Trends in Employment of Negroes*, en «Monthly Labour Review», enero 1945.

tivos en Norteamérica, sobre todo cuando se hacen comparaciones con Europa donde generalmente sólo se tienen en cuenta las trabajadoras a tiempo completo. Pero de todos modos el hecho es que se había producido un viraje trascendental. Pues desde 1942, en los EE.UU. las mujeres son las que han asumido la mayor parte del incremento de la mano de obra.

Segunda parte

EL TRABAJO DE LAS MUJERES EN LA ÉPOCA ACTUAL

I. Soviéticas, norteamericanas, canadienses

Los efectivos, hechos y tendencias

¿Y ahora? ¿En qué ha quedado el trabajo femenino? ¿Cuantitativamente, cualitativamente? ¿Cómo se acepta? ¿Es soportado, buscado? ¿Qué problemas específicos plantea a los empresarios en los EE.UU.? ¿A las familias, a los hombres, a las propias mujeres? ¿En qué situación se encuentra el crucial problema del «salario igual»?

Lo ideal sería lograr contestar una tras otra a todas estas preguntas después de haber desentrañado un elemento general de la síntesis de las situaciones que se dan en varios países. En efecto, es conveniente rehuir el etnocentrismo de los estudios, que en la mayoría de los casos, intentan presentar una realidad nacional como una verdad universal. Sólo así estaremos en condiciones de analizar los propios aspectos específicamente femeninos del empleo en los países evolucionados, o sea aquellos aspectos que más resisten a las diferentes experiencias políticas, sociales o económicas.

¿Cuántas mujeres, en la actualidad, son consideradas activas? Sería absurdo presentar un promedio mundial, pero no deja de ser tentador el efectuar algunas comparaciones. Sin embargo, en la primera fase de este estudio ¿no es preferible resistir a la tentación perezosa de sentar las estadísticas sobre el empleo de las mujeres en los diferentes países que las elaboran? Generalmente es posible encontrar en los diversos artículos y publicaciones, esos cuadros hermosos en los que se van alineando, uno debajo del otro, los porcentajes de actividad de las mujeres o las proporciones de mujeres en relación con el conjunto de la población laboral. Estas cifras son ampliamente asequibles en las naciones desarrolladas y también cabe añadirles las que han sido facilitadas por los países en vías de desarrollo que han realizado los censos. Pero las comparaciones que un cuadro semejante suscitaría serían en buena parte artificiales y poco fecundas. El problema del trabajo femenino en los países en vías de desarrollo es a tal extremo diferente del de los países in-

dustrializados que no deja de constituir un sujeto en sí. Hemos escogido deliberadamente dejarlo de lado aquí por cuanto es a la vez demasiado importante para ser tratado con prisa y demasiado específico. Pero incluso si consideramos los países industrializados ¿qué sentido tendría comparar el porcentaje total de mujeres activas en la URSS (48 %), en EE.UU. (37,3 %) y en Francia (33,4 %)? Se sacaría una impresión que mucho peligraría de ser falsa. Pues es el caso que los norteamericanos incluyen en la cifra de sus mujeres activas a las trabajadoras a tiempo parcial y a las que no trabajan todo el año. El último anuario del trabajo femenino en los EE.UU.[1] nos brinda este dato: «Las mujeres, mucho más a menudo que los hombres, trabajan, bien a tiempo parcial bién sólo durante una parte del año. Solamente el 37 % de las mujeres que trabajaron durante el año 1964 estuvieron empleadas a pleno tiempo todo el año. Contrariamente a los hombres, que en un 66 % fueron durante el mismo año unos trabajadores a pleno tiempo todo el año.» Y el cuadro insertado en dicho capítulo lleva el siguiente título: «Menos de dos mujeres sobre cinco trabajan la jornada completa durante todo el año.» (Los motivos suelen ser diversos: cargas familiares, continuación de los estudios, paro involuntario, etc.) Las cifras francesas, a la inversa, más bien pecarían por omisión; las trabajadoras ocasionales no figuran en ellas, al igual que las que trabajan unas horas diarias, si su salario no rebasa un cierto límite. Por otra parte, la prima concedida a los matrimonios cuando la esposa no trabaja, el subsidio denominado de «salario único» lleva a las mujeres a no declarar, en lo posible, su actividad para seguir disfrutando del subsidio mensual. En lo que a los soviéticos se refiere, tienen una forma especial para computar la actividad de las mujeres. No son consideradas trabajadoras las mujeres de los campesinos, de los obreros o empleados «ocupadas exclusivamente en las explotaciones auxiliares individuales», es decir, las mujeres que cultivan una parcela de tierra en propiedad privada y no son remuneradas por el Estado. Se hallan separadas, en las estadísticas de las que «cuidan exclusivamente de su casa y de sus hijos». Sin embargo, estas pequeñas campesinas individuales son cerca de nueve millones. En otros países quizá las llamarían «agricultoras». ¿Cómo comparar por lo demás los porcentajes de mujeres acti-

1. *Handbook of women workers*, 1965, *U.S. Department of Labor*, Boletín 290, pp. 53-54.

vas cuando el sector agrícola es muy importante? En Turquía, según las estadísticas, el porcentaje de mujeres trabajadoras es uno de los más elevados del mundo occidental y en Grecia o en España uno de los más bajos. Si se pasa de Grecia a Turquía o al revés ¿acaso nos encontraremos aquí con el espectáculo de unas mujeres ociosas mientras en el otro lugar se hallan ligadas en forma masiva con la producción del país? Cabe dudarlo y es mucho más probable que las estadísticas no han sido establecidas sobre las mismas bases.

Quizá fuera más conveniente y prudente a la vez el dar, país por país el porcentaje de mujeres ocupadas en cada sector económico: sector primario (agricultura), sector secundario, y sector terciario (servicios, comercio, etc...) y establecer un cuadro comparativo. Pero los rusos no utilizan las mismas categorías por cuanto dividen a las mujeres entre las que están «empleadas en la producción material» y las que «trabajan en las ramas improductivas» o bien, en otros cómputos, en las que «realizan un trabajo normal» y las que «están empleadas en un trabajo intelectual». La camarera de un restaurante que en Europa occidental está clasificada en el «sector terciario» con los profesores y los empleados de oficina, en la Unión Soviética no estará con las «intelectuales» sino con las «manuales» entre las cuales se integran las koljosianas (sector primario) y las obreras fabriles (sector secundario).

De ahí la dificultad de las comparaciones. En una primera fase lo único que no engaña es el estudio de la evolución reciente del problema dentro de los límites de cada país.

LAS SOVIÉTICAS

Sobre un total de 114.777.000 mujeres, el 48 % trabajan (1962). Más de 50.000.000 de mujeres no trabajan, pero de esta masa considerable sólo 11.465.000 se ocupan exclusivamente de su hogar y de sus hijos y no cursan estudios. También cabe recordar que en la Unión Soviética las mujeres se jubilan a partir de los 55 años, lo cual explica el gran número de jubiladas, de «babas», abuelas a menudo jóvenes aún y que cuidan de sus nietos. La mujer soviética, que vive como promedio hasta los 72 años, conoce pues casi 20 años de vida de jubilada sin trabajo. En princi-

pio esos años están cubiertos por una pensión del Estado. Sin embargo, es cierto que el espectáculo de la calle desmiente a veces esa certidumbre estadística y pueden verse numerosas mujeres de más de 55 años empleadas en pequeñas tareas. ¿Quiénes son esas mujeres? No hay que olvidar que el retiro para los campesinos —que por lo demás solamente existe en la URSS— es una medida muy reciente (1964). Hasta entonces, las viejas koljosianas han debido trabajar probablemente de un modo o de otro hasta después de los 55 años de edad.

La duración del trabajo femenino es aquí más variable que lo que cabría pensar a simple vista. Numerosos koljoses no emplean a las mujeres durante los meses demasiado fríos de un invierno especialmente largo y riguroso. Otras mujeres, muy numerosas, sólo trabajan 6 ó 7 horas diarias. Y sobre todo, la tensión, como por lo demás la productividad, es mucho menos fuerte en la URSS que en Occidente en la mayoría de los puestos. Los rendimientos de las obreras no pueden compararse con los que se obtienen en ciertos países occidentales y los ritmos laborales son menos intensos. Los días festivos son muy numerosos y se suman a las vacaciones pagadas.

La reciente evolución que cabe observar en la URSS no se refiere tanto al número de las trabajadoras, el cual llegó probablemente al máximo, como al de la distribución de dichas trabajadoras por sectores de actividad. Como en todas partes hay cada vez menos agricultoras y cada vez más empleadas. En estos últimos veinte años sobre todo, el número de las mujeres que realizaban un trabajo manual no ha dejado de reducirse, aun cuando sigue siendo considerable (34.000.000 aproximadamente). Son menos numerosas que los hombres en esa categoría. Por su parte, el número de las mujeres que efectúan un trabajo «intelectual» se ha incrementado en un 21 %. Las mujeres son más numerosas que los hombres en el trabajo «intelectual» (54 % del total de los trabajadores del sector intelectual).

El análisis del sector algo misterioso del «trabajo manual» permite desentrañar, en la industria, una tendencia muy clara: el paso de las mujeres del sector no mecanizado al sector mecanizado. Es evidente que el país, mucho mejor pertrechado industrialmente, ofrece cada vez más puestos «mecanizados». Pero incluso recordando este correctivo es imposible no sorprenderse ante el deslizamiento de la

mano de obra femenina hacia los oficios que requieren el mínimo de esfuerzos musculares. El empleo de las mujeres en las obras, los muelles y las minas no es ni mucho menos una cosa corriente. Con relación a los hombres, las mujeres son poco numerosas en la metalurgia (15 % contra el 85 % de hombres; en Francia, en el mismo año de 1962, la proporción era del 17,7 % de mujeres contra el 82,3 % de hombres), pero todas trabajan en el sector más mecanizado, formando el 53 % de los pulidores, el 64 % de los prensadores y el 73 % de los escariadores. En la industria textil siguen dominando, pero su porcentaje ha disminuido, al igual que en la industria tabacalera (87 %) y en la alimentación (64 %). Las mujeres han invadido la imprenta y forman el 76 % de los cajistas lo cual no tiene seguramente ningún parangón en otros países donde la imprenta suele ser un sector masculino. En comparación con otros países, las mujeres siguen siendo relativamente numerosas en la construcción, con un 18 %.

En el agro, se han convertido en especialistas de la cría del ganado y de los frutos y hortalizas. Son muy poco numerosas dentro de la silvicultura.

Pero la evolución reciente más espectacular, o mejor dicho más interesante por lo que encierra como promesas, se ha producido dentro de los trabajos «intelectuales». En 1939, sobre 1.000 mujeres, 3,8 tenían una instrucción superior sancionada por un diploma —estudios proseguidos hasta por lo menos los 22 años de edad— mientras que en 1962 más de 7 millones de mujeres (7.219.000) eran especialistas con instrucción superior o secundaria completada por una especialización, o sea un 54 % de la población con un nivel de instrucción superior. Había ya en 1939 en la URSS 74.600 mujeres médicos— cifra ya de por sí impresionante. ¡En 1965 existían 366.000!

Esta cifra es fabulosa por varias razones. De por sí es enorme. A guisa de comparación, si la URSS tuviese, proporcionalmente a su población, los médicos de ambos sexos que existen en Francia, su número total giraría alrededor de los 220.000. Sin embargo, hay en la URSS 366.000 mujeres médicos. La densidad de médicos en relación con la población es en la Unión Soviética muy superior —más de dos veces— a la de Francia. Pero lo más sorprendente, y que constituye un fenómeno sin precedente y sin posible comparación, es la proporción de las mujeres referida al ejer-

cicio de la medicina: representan, naturalmente y como cabía esperarlo, el 99 % de las enfermeras, pero asimismo el 76 % de los médicos... Casi todos los médicos soviéticos son mujeres. El resultado de esta feminización del cuerpo de la sanidad pública no parece ser catastrófico para el país, donde la gente alcanza unas edades tan avanzadas como en Inglaterra, en Francia en los EE.UU... Para aquellos a quienes las cifras no resultan elocuentes, buscaremos algunas comparaciones: en los EE. UU. sólo 6 médicos de cada cien son mujeres; en Francia aproximadamente el 21 %, entre las cuales algunas no tienen clientela privada sino que se dedican mayormente a los empleos médicos estatales (asistencia médica escolar, seguridad social); y en Inglaterra, alrededor de 24 médicos de cada cien son mujeres. Volveremos sobre este asunto cuando analicemos los oficios llamados masculinos y los oficios llamados femeninos. Pero el enorme volumen de mujeres médicos en la URSS merecía señalarse como una especie de rasgo nacional. Además, es muy interesante observar que dentro de ese cuerpo médico, las mujeres son mayoritarias hasta en las especialidades habitualmente reputadas como masculinas —por ejemplo la cirugía— y que inclusive los médicos jefes y directores de establecimientos hospitalarios cuentan un mayor número de mujeres que de hombres. En 40 años, las mujeres han incrementado en 25 veces sus efectivos en esos puestos superiores de la medicina.

Por su parte, las juristas son 20 veces más numerosas que hace cuatro lustros. Su proporción dentro de dicha profesión ha hecho más que doblar: representaban el 15 % en 1941, el 32 % en 1961. Recordemos que en los EE.UU., un 3 % solamente de los juristas son mujeres, en Gran Bretaña, un 3,5 % y en Francia un 17 %.

Más interesante aún se nos antoja el incremento considerable del número de ingenieros diplomados: de 44.000 en 1941, han pasado a ser 487.000 el 15 de noviembre de 1965. De modo que hay aún más mujeres ingenieros que mujeres médicos en cifras absolutas. Este hecho es totalmente nuevo. En los países occidentales, la cifra de mujeres ingenieros es prácticamente insignificante: en Gran Bretaña las asociaciones de ingenieros oficiales cuentan a lo sumo 149 mujeres ingenieros[2] y en Francia alrededor de 5.000; en los

2. Según la *Central Office of Information*, Londres, octubre 1964, *La mujer en Gran Bretaña*, p. 16. - referenrencia : R.F.P. 4497/64. No he-

EE.UU. su número es ínfimo —no figurando en las estadísticas oficiales, se adelanta un porcentaje femenino del 0,7 al 1 %.

Es preciso sumar a esas ingenieros industriales, un número igualmente inusitado en otros países, de mujeres con una formación superior en agronomia o zootecnia: 119.000 en 1965, o sea el 39 % de dichos especialistas, y 202.000 técnicos femeninos de la agronomía o de la zootecnia con una instrucción secundaria especializada, es decir el 43 % de esta categoría de especialistas.

Actualmente, en la Unión Soviética un ingeniero sobre 3 pertenece al sexo femenino.

Entre los trabajadores científicos, se contaban en 1965 un total de 254.800 mujeres, o sea el 38 % de la categoría.

En los últimos 20 años se ha verificado igualmente la progresión fulminante de las mujeres «economistas»: de 18.000 a 119.000. Además, las mujeres constituían en el año 1963 el 71 % del personal de la planificación. Esta proporción considerable es debida a la concentración femenina en los empleos más bajos de esa especialidad, pero su presencia en los escalones superiores no es, sin embargo, nunca despreciable y siempre superior a 1/3:

Jefes de sección del Plan	39 % de mujeres
Economistas	74 % de mujeres
Inspectores y controladores	57 % de mujeres
Contables	69 % de mujeres
Estadísticos	91 % de mujeres
Cajeras	88 % de mujeres
Calculadoras mecanógrafas	95 % de mujeres
Secretarias y empleadas	93 % de mujeres

De modo que hay un hecho y es que aquellas mujeres, de las cuales se decía que eran rebeldes a las cifras, a la técnica y a la ciencia, se han adaptado por centenares de miles a la evolución técnica. El profundo desequilibrio que observaremos en todos los países occidentales entre la instrucción femenina y su inserción en la vida económica de su país existe en una proporción menor en la Unión Soviética. Cabe ha-

mos encontrado ningún otro dato estadístico pese a que la cifra global de las mujeres británicas que ejercen la profesión de ingeniero debe ser seguramente más elevada.

blar incluso tratándose por ejemplo de los médicos, de una feminización, de un desequilibrio en beneficio de las mujeres. Esto es debido por un lado —no hay que olvidarlo— a la aplastante superioridad numérica de las mujeres en la URSS después de la última guerra. El excedente de las mujeres en la población alcanzó hacia los años 50, cerca de 20 millones debido a las enormes pérdidas humanas ocasionadas en las operaciones militares. Este excedente se va reabsorbiendo. El porcentaje de las mujeres dentro de la población soviética sigue siendo, sin embargo, del orden de un 54,1 %. No obstante, a partir de 1962, el número de hombres de menos de 35 años había rebasado el de las mujeres.

El demógrafo Innokenti Pissarev escribía además en su último trabajo sobre la población de la URSS lo siguiente: «El derecho a que el trabajo de las mujeres asuma un papel excepcionalmente importante en la economía nacional dimana hasta cierto punto de la última guerra. Con el tiempo, las proporciones normales [?] para el trabajo en período de paz volverán a restablecerse. La proporción de hombres y de mujeres empleadas en él será sensiblemente igual.»

No podemos cerrar este capítulo de «cómputo» sin subrayar el lugar preponderante ocupado por las mujeres dentro de la enseñanza: 1.558.000 mujeres enseñan, o sea el 69 % del total del magisterio. Esta cifra, por muy considerable que sea, es menos sorprendente que los contingentes de mujeres médicos, ingenieros o juristas que ya hemos considerado. En los EE.UU., la cifra de maestras es más o menos la misma teniendo en cuenta la relación de las cifras de la población. Además, en la URSS como en todas partes las maestras son mucho más numerosas en la primera enseñanza y la enseñanza secundaria que en la enseñanza superior en la que los hombres dominan, siendo las mujeres sólo el 38 %.

Finalmente, sólo existe un 21 % de mujeres entre los dirigentes del partido o de los sindicatos, un 28 % entre los dirigentes de los órganos de gestión del Estado y sólo un 12 % entre los directores de empresas. Estas proporciones, vueltas a transcribir en unos términos equivalentes de poder o de responsabilidad en nuestras democracias de Occidente, se les antojaría a muchos feministas como un sueño milagroso. Pero no dejan de atestiguar de todos modos los límites de una promoción con todo espectacular y única de las mujeres, llevada a cabo, ciertamente, en sólo cuarenta años.

Respecto al matriarcado americano

A lo largo de esta revista histórica, ya nos hemos referido repetidas veces a las mujeres trabajadoras norteamericanas. Sin embargo, es preciso poner las cosas en su punto antes de exponer su actual situación, debido a los errores inverosímiles que suelen cometerse a ese respecto entre la opinión pública europea. Los países latinos suelen tener, muy especialmente respecto a la mujer norteamericana, unas opiniones muy tenaces acerca de las cuales pudiéramos preguntarnos cuál es su exacta procedencia. Se suele hablar comúnmente del «matriarcado americano» y se pinta un país de pobres maridos maniatados y obligados a fregar los platos —insulto supremo— y a pagar unas pensiones exorbitantes a unas mujeres exigentes y triunfantes que acaban por matarlos de trabajo antes de marcharse, viudas ya, a gastarse su dinero ganado a duras penas en las loterías o viajando de Hilton en Hilton. También se alude constantemente al oculto poderío de los grupos femeninos de presión, clubs y asociaciones de toda suerte. Más o menos, uno imagina un país regentado por unas féminas autoritarias que ostentan el dinero y el poder.

Quizá en el origen de esta caricatura quepa buscar más bien una asimilación de películas y de *comics* misogínicas que un exacto conocimiento de los hechos norteamericanos. Es cierto que en los EE.UU. existe una misoginia a menudo acerba y que se expresa abiertamente. También es verdad que la figura de la madre, la *mom'* de los hogares norteamericanos, es una potencia y una potencia temida. Pero cuando la madre es poderosa, trátese de la *mamma* italiana o de la *mom'* norteamericana, es precisamente porque la mujer no tiene en la sociedad económica y política una importancia muy grande. Como contrapartida, se halla divinizada en el hogar hasta el extremo de cobrar dentro del inconsciente colectivo unas proporciones gigantescas y hasta pesar exageradamente sobre la vida privada de los hijos y de los hombres.

Esto no significa que el poder le pertenezca dentro de la sociedad. En la sociedad norteamericana el poder no es oculto. Lo confiere el dinero, la actividad, los diplomas y la influencia política. Todo lo demás no es sino una cuestión de

ambiente. Sólo cabe hablar de matriarcado en una sociedad en la que el poder de decisión perteneciera a las mujeres ¡y los EE.UU. distan mucho, muchísimo de ese modelo! Ninguna otra sociedad le asigna más importancia a la precedencia viril, al modelo de la familia patriarcal. El propio término de *matriarchy* es allí sumamente peyorativo: por ejemplo, se «denuncia» como una tara lastimosa al pretendido matriarcado que reina supuestamente entre la comunidad negra, la cual trata por todos los medios de «librarse de esa afrenta». De igual manera hay pocos países en los que el calificativo de «feminista» esté gravado con un peso más infamante de ridiculez y de excitada agresividad. Son pocos los países en los que las mujeres traten más bien de parecer femeninas y de disculparse a cada momento de toda sospecha de feminismo. Por ejemplo, las francesas son mucho más feministas que las norteamericanas. Yo sé que al decir estas cosas no voy a convencer, ni mucho menos, a los que ya se han forjado un criterio al respecto y creen conocer más que nadie el peligro del triunfalismo de la mujer norteamericana. Pero era preciso decirlas, ya que las cifras y los hechos que vamos a comentar contradicen esas ideas comúnmente aceptadas. Podría invocar la representación femenina en los organismos políticos, que es una de las más débiles del mundo industrializado, pero estamos aquí para comentar la suerte de las trabajadoras. Ésta va a aparecer muy por detrás de la de los hombres, aunque éstos sean negros. Las tentativas de introducción de una legislación más favorable para las mujeres requirieron últimamente grandes esfuerzos. Así tenemos que el presidente J. F. Kennedy vinculó su nombre a los trabajos de una comisión que patrocinaba y la cual debía enderezar la situación claramente desaventajada de las mujeres en numerosos sectores y especialmente en el mundo del trabajo.

A la inversa de la opinión europea que concibe a las norteamericanas como unas temibles matronas ineludiblemente victoriosas, una tendencia de la opinión femenina norteamericana, bastante bien representada por Betty Friedan, autora de *The Feminine Mistique* y su movimiento, exageran quizá un poco en su pesimismo denunciador. Se han realizado progresos y se está vislumbrando una evolución. Es justamente dentro del sector del trabajo profesional donde mejor puede notarse esta evolución. Pero no deja de ser cierto que al analizar el problema del trabajo de las nortea-

mericanas es como se aprecian claramente los handicaps y los obstáculos que han de superar.

Pero ¿quién habla de las norteamericanas trabajadoras? Existe una tal masa de escritos sobre las mujeres norteamericanas que cabe desafiar a un autor de haber leído todo cuanto se publicara recientemente al respecto antes de ponerse a escribir. Pero en medio de este mar de impresos, en resumidas cuentas pocas cosas se han dicho acerca de los problemas de los 26 millones y pico de mujeres que trabajan en los EE.UU. Existen las destacables publicaciones del *Women's Bureau* del Ministerio del Trabajo y algunos artículos aquí y allá. En su mayoría los demás escritos tratan de la burguesa compradora, de la madre de familia de los suburbios residenciales, de las *college girls* e incluso de las *hippies*. Quien se suma al estudio del trabajo de las mujeres siempre suele verse conmovido por el descubrimiento del mar de dificultades con que se enfrentan, por la injusticia que aún sigue reinando en lo tocante a su remuneración y su promoción. Es harto normal que se lancen gritos de alarma incluso si a algunos les parecen exagerados.

Con toda objetividad, la realidad se sitúa quizá entre esas dos posturas contradictorias: las norteamericanas no son unas matriarcas todopoderosas y su situación dentro del mundo laboral dista mucho de lo que pudiera y debiera ser. Pero, como venimos diciendo, desde hace cinco o seis años se está perfilando una evolución; las más altas instancias del país van cobrando gradualmente conciencia del asunto; las mujeres van despertando y las jóvenes se percatan con frecuencia de que los prejuicios perpetúan su dependencia y su inferioridad dentro del mundo del trabajo. A menudo, se sienten desgraciadas, debilitadas por una especie de complejo de culpabilidad que dimana de las mofas o de la reprobación social.

Los EE.UU. no cuentan con una vieja tradición respecto a la participación de la mujer en la vida activa. Sólo después de la Segunda Guerra Mundial empezaron a ingresar masivamente en la *labor force*. Desde 1942, son las mujeres las que aseguraron el incremento de la mano de obra estadounidense. Este incremento se acompañó de un aumento muy sensible del nivel de instrucción de las muchachas, cada vez más conscientes de la necesidad de prepararse para la vida profesional. En suma, de un lado se trata de una segunda fase de desarrollo del empleo femenino

que varios países europeos habían conocido con mucha antelación; y, de otro lado, de una evolución de la economía norteamericana aún sin precedente en Europa y que acarrea una incrementada demanda de mano de obra femenina, pese a no haber existido ninguna preparación de la misma.

La situación se puso lo bastante crítica como para que John Kennedy, en 1961, le diese un nuevo impulso al problema de la igualdad de oportunidades al instituir la Comisión para el Estatuto de la Mujer. Un poco más tarde, el *Acta sobre los Derechos cívicos* de 1964 más conocida en el extranjero por su intento de integración racial, también se utilizó extensamente para intentar abolir las discriminaciones fundadas en el sexo y que hasta entonces eran la regla en el mundo laboral, y muy especialmente en cuanto a la contratación. Veremos más adelante cómo recientemente se acometieron nuevos esfuerzos encaminados a sanear la cuestión de los salarios.

Todos los sectores de la actividad no quedan ni mucho menos, abiertos a las mujeres, sobre todo los trabajos más remuneradores. Esos maridos que se mueren de un infarto de miocardio a los cincuenta y cinco años de edad y por los que tanta lástima sienten los franceses, quizá estaban agotados, pero en ningún caso hubieran admitido que su esposa compitiera con ellos librando las batallas y compartiendo las victorias. Entre los empresarios los prejuicios están muy anclados. Los educadores y las propias mujeres tienen unas opiniones muy determinadas acerca de lo que puede ser un oficio «femenino» y sobre lo que debe seguir siendo una exclusividad intangible masculina. Para una extranjera, hay algo que sorprende en Norteamérica: el modo de presentación de los anuncios de ofertas de empleo en la mayoría de los periódicos. La mayor parte de las veces van impresos en dos columnas distintas: *Help wanted Men* y *Help wanted Women.*[3] De esta manera las profesiones que en principio les están abiertas a las mujeres les resultan a veces difícilmente asequibles. El cambiar los hábitos de pensamiento parece ser largo y difícil, aun cuando los dos últimos presidentes de los EE.UU. no han cesado de declarar como imprescindible una revisión desgarradora.

3. Ofertas de empleo de hombres, ofertas de empleo de mujeres. Práctica ilegal desde la promulgación del *Civil Rights Act,* pero que sigue siendo la más corriente.

«La mayoría de nuestros problemas arrancan de la ignorancia y del deseo de evitar un cambio cualquiera. Éste es el caso del problema de la igualdad de oportunidades para las mujeres. La tecnología moderna ha creado unos modelos de producción que requieren más inteligencia y rapidez que músculos y resistencia. Al propio tiempo hemos desarrollado una reserva de empleos para colmar las necesidades, pero no hemos sabido armonizar la extensión de la demanda de trabajadores inteligentes y adiestrados y la preparación de las mujeres dotadas de las requeridas cualificaciones.» (Discurso de Johnson, el 24 de septiembre de 1962 en Washington.)

El aumento del trabajo femenino y sus causas

Sin embargo, el empleo de las mujeres aumenta regularmente:

años	*cifra total de mujeres activas*	*% de mujeres en relación con la población laboral*
1947	16.320.000	27,6
1950	18.063.000	29
1953	19.296.000	30
1955	20.154.000	31,2
1960	23.239.000	33,3
1965	26.108.000	35

FUENTES: *U. S. Department of Labor, Bureau of Labor Statistics, Employment and Earnings,* mayo 1965.

Las causas de este incremento espectacular y continuo son numerosas. Los EE.UU. no han conocido la hecatombe masculina que afectó a la URSS. No obstante, los factores demográficos siguen siendo importantes:

a) Enorme incremento de la esperanza de vida de las mujeres: a comienzos de siglo la mujer norteamericana contaba con una esperanza de vida de 43 años mientras que ahora cuenta con 73.

b) Baja continua de la edad media de casamiento, que en la actualidad está fijada en un promedio de 20 años y medio para las muchachas. Esta disminución de la edad ma-

trimonial hace bajar la proporción de las muchachas que trabajan.

c) En consecuencia desciende continuamente la edad de las madres en el momento de dar a luz, lo cual se halla reforzado por la existencia de las posibilidades de contraconcepción. En los países en los que los procedimientos anticoncepcionales son asequibles, y ello ocurre en numerosos Estados, las parejas parecen utilizarlos mayormente después de las primeras maternidades, que ocurren durante los primeros años del matrimonio, cuando la mujer es muy joven. Los nacimientos tienden a agruparse dentro del período de juventud de la mujer en lugar de repartirse a lo largo de todo su período de fecundidad. Actualmente, en los EE.UU., el 52 % de las mujeres casadas tienen su último hijo a los 26 años de edad. Lo cual significa que cuando este último hijo llega a la edad de ingresar en la escuela primaria, a los siete años de edad, a la madre le quedan 40 años de vida, o sea casi la duración media de vida de su abuela. Veremos la importancia de estos factores cuando estudiemos el reparto de la población femenina trabajadora por categorías de edad. Por de pronto nos conformaremos con anotar que dichos factores intervienen asimismo en parte como responsables del incremento del número de trabajadoras.

Cabe subrayar también la trascendencia de los factores económicos: de una nación de agricultores los EE.UU. se habían transformado en una nación industrial. En la actualidad están en trance de convertirse en una nación de «cuellos blancos», de cuadros y empleados de oficina, dada la importancia que el sector terciario ha asumido dentro de la economía en relación con los otros dos sectores. Pero es el caso que el sector terciario ofrece más empleos considerados como factibles para una mujer.

Se eleva el nivel de educación

Finalmente existen los factores sociales, a saber que las labores domésticas absorben cada vez menos tiempo, el ama de casa se ha convertido en compradora de máquinas, de *gadgets*, de productos acabados y de alimentos preparados. Además, la abundancia actual favorece las nuevas actitudes: cada cual desea mejorar su nivel de vida, dar una mejor

instrucción a sus hijos —y los estudios superiores son con frecuencia onerosos en los EE.UU. La mujer se pone a trabajar para que su segundo salario le permita conseguir ese bienestar suplementario que se le antoja imprescindible dado que la presión de la opinión no deja de ejercerse. Finalmente se ha producido una elevación considerable del nivel de instrucción de las mujeres. Dicha elevación no puede compararse en absoluto con la verdadera revolución soviética que de unas analfabetas hizo ingenieros y médicos en sólo dos generaciones. Los EE.UU. llevaban un gran adelanto en materia de escolaridad y ésta sigue siendo importante. Es sobre todo desde hace una docena de años que esos progresos se han puesto de manifiesto, y en 1964 las trabajadoras de más de 18 años de edad daban en Norteamérica un promedio de 12,3 años de escuela si pertenecían a la población blanca y de 10,8 años si pertenecían a la población de color. Es interesante observar que las mujeres que trabajan tienen una instrucción superior a las que no trabajan, que respectivamente sólo cuentan con 11,8 años de escuela para las blancas y 9,2 años para las mujeres de color. Desde octubre de 1952 a marzo de 1964, esto representaba una ganancia de más de un año de escolaridad por mujer dentro de conjunto de las mujeres de más de 18 años de edad. Con todo, es importante notar que los hombres han progresado más aún durante el mismo lapso de tiempo. Sin embargo, la población negra presenta una curiosa particularidad: las mujeres son netamente más instruidas en ella que los hombres y realizan unos progresos más rápidos en su educación: en 1952, la mujer negra contaba con un promedio de 8,1 años de escolaridad y el hombre negro con 7,2 años. En marzo de 1964, las mujeres de color habían cumplido la media de 10,8 años de escuela mientras que los hombres se habían quedado en 9,7 años. Empero, y tal como lo veremos más adelante, esas mujeres más intruidas son pagadas bastante menos que los hombres de su grupo. Sin embargo, cuentan con unas 20.000 licenciadas de estudios superiores más que los hombres. (Esto se explica a través de un hecho demográfico bastante curioso. Los negros norteamericanos cuentan muchas más mujeres que varones; incluso al nacer, hay más niñas que niños contrariamente a lo que se observa en la mayoría de las sociedades. Por otra parte, la tradición escolar y educacional es manifiestamente más fuerte entre

las mujeres negras que entre los hombres desde la esclavitud que separó a las familias: las muchachas solían encontrar una ocupación doméstica más fácilmente que los hombres dado que los blancos no las temían y las madres tendían a cuidar de la educación de sus hijas mientras que los varones debían abandonar la casa muy pronto para buscar donde fuera y como fuera un trabajo. Ahora bien, esta explicación partiendo de la historia, adelantada por los partidarios del «matriarcado negro», se halla matizada por algunas mujeres negras que minimizan su importancia y destacan el desequilibrio demográfico de su comunidad.)

Las cifras que acabamos de presentar son unos promedios: recubren unas enormes disparidades, mucho más acentuadas que las que puedan existir en la Unión Soviética. Así, en 1961, los EE.UU. contaban concretamente con 2.300.000 mujeres *graduates*, es decir, que habían adquirido un nivel de instrucción superior,[4] pero contaban con un número equivalente de 2.300.000 que no habían terminado ni tan siquiera la escuela elemental, con medio millón que sólo habían estado en un colegio de uno a cuatro años a lo sumo, y otras cien mil que nunca estuvieron en él. Estas cifras pueden parecer sorprendentes en nuestros países, donde la escuela es tan estrictamente obligatoria que los padres que no mandaran sus hijos a ella 8 ó 10 años consecutivos se expondrían a la cárcel, pero en varios Estados de los EE.UU., ninguna legislación obliga al niño a ir a la escuela ni a sus padres a mandarlo a ella. De ahí algunos pequeños residuos de analfabetismo, raramente puestos de manifiesto, pero que no dejan de existir, muy particularmente dentro de la comunidad negra.

Con todo, los progresos son reales e importantes y atestiguan la prosperidad y el dinamismo del país desde la última guerra. Considerando el cuadro siguiente, se observará el incremento de la escolaridad de las muchachas: por ejemplo, si en 1950 sólo un 24,3 % realizaban estudios a los 18 ó 19 años de edad, 14 años más tarde alcanzaban un 33,7 %.

A pesar de todo basta con comparar las columnas «muchachas» y «muchachos» para darse cuenta de la enorme su-

4. A título de comparación, en la URSS en 1965, 6.941.000 mujeres trabajadoras tenían un diploma de estudios superiores o secundarios más una especialización. Las mujeres forman el 52 % del número total de los diplomados de estudios superiores en la URSS.

perioridad numérica de los muchachos sobre las muchachas en los estudios superiores.

ASISTENCIA ESCOLAR POR EDADES, MUCHACHAS Y MUCHACHOS.

edades	*número de estudiantes*		*% de la población total*			
	muchachas	*muchachos*	*muchachas*		*muchachos*	
	1964		*1950*	*1964*	*1950*	*1964*
14 a 17 años . . .	6.356.000	6.658.000	82,2	91,8	84,3	94,4
18 y 19 años . . .	958.000	1.238.000	24,3	33,7	35,2	50,9
20 a 24 años . . .	716.000	1.332.000	4,6	10,9	14,2	23,8
25 a 29 años . . .	148.000	411.000	0,4	2,6	5,9	8,1

FUENTE: *Bureau of Census*, «Current Population Reports», núm. 148.

La Unión Soviética aparte, las estadísticas ponen de manifiesto que es en los EE.UU. donde la proporción de muchachas estudiantes es más elevada por cada 1.000 habitantes. Sin embargo, es preciso introducir dos correctivos a esta observación: los estudios superiores empiezan en los EE.UU. en un nivel diferente del de numerosos países de Europa. Las francesas o las alemanas que se hallan en el último año de la secundaria estarían en los EE.UU. en el nivel de los primeros años de *College*. Además, la distribución de estas estudiantes por sectores de estudios escogidos es muy particular, pues del 75 al 80 % de ellas siguen unos cursos de economía doméstica —*Home economics*—, de bibliotecaria o de pedagogía. Sin embargo, en muchos países no se computa en la cifra de las estudiantes a las jóvenes que cursan en las escuelas de labores domésticas. Por lo tanto, la cifra global norteamericana parece algo así como inflada relativamente a las estadísticas de otros países cuyas definiciones son más severas.

Empero el número de diplomadas no deja de incrementarse. En 1964 las mujeres figuraban en un 40 % entre las diplomadas del primer grado de la enseñanza superior estadounidense. En 1920, eran el 34 % y su proporción alcanzó el 41 % en 1940 para bajar al 24 % en 1950. De modo que últimamente se produjo una recuperación de una situación que parecía estar comprometida.

Desgraciadamente, estos progresos no se traducen, ni mucho menos, en el aumento del porcentaje de las estudiantes que consiguen un diploma superior importante como el «Ph.

D.» (que corresponde más o menos al Diploma de Estudios Superiores francés) ahora que el título de «Doctor» es cada vez más necesario para realizar una carrera profesional interesante, debido a la elevación constante del nivel de los conocimientos. En cifras absolutas, las mujeres que consiguen el título de «Doctor» son más numerosas que antaño pero no proporcionalmente al incremento de los diplomas: si en 1930 constituían el 15,4 % del número total de los «Ph. D.», en 1964 sólo constituyen el 10,6 %.

En suma, al notable aumento del número de mujeres que trabajan corresponde el aumento del número de muchachas que tienen una buena instrucción media. Pero la promoción femenina sigue estando obstaculizada y sólo marca el paso desde hace varios decenios. No se vislumbra la posibilidad de que dicha situación pueda variar mucho en los años venideros, sobre todo debido al descenso continuo de la edad de casamiento de las muchachas que constituye un enorme obstáculo para la prolongación de sus estudios. Así pues, la masa de las trabajadoras estadounidenses está formada por unas trabajadoras que consiguen acceder a unas posiciones pequeñas y medias pero sólo una ínfima parte logra desprenderse de la masa para enriquecer con su aportación el destacado impulso de la tecnología, la investigación científica y la cultura norteamericana.

El trabajo a tiempo parcial y temporal

Vale la pena hacer otra observación y es que las cifras que aquí presentamos sobre el empleo femenino son los datos oficiales publicados por la Oficina Femenina del Ministerio del Trabajo. Estos datos no son siempre, como en los demás países, el resultado de los censos quinquenales relativos a la población total sino que se consiguen a través de unos sondeos mensuales. Una muestra representativa de 35.000 familias es interrogada por el *Bureau of Census*. Sin prejuzgar las posibles diferencias que puedan existir en los resultados obtenidos con estos dos métodos, es decir, el censo de toda la población o el sondeo en base a una muestra, hemos querido señalarlo.

Dichos sondeos ponen de manifiesto un fenómeno muy específico en el empleo femenino estadounidense: sólo el 37 % de las mujeres que trabajan lo hacen años enteros (50

semanas) y a pleno tiempo (al menos 35 horas de trabajo por semana). El 63 % restante, la mayoría, suelen trabajar a pleno tiempo pero no todo el año (el 15 % de 27 a 49 semanas, el 16 % de 1 a 26 semanas al año), o a tiempo parcial, es decir, con unos horarios inferiores a las 35 horas semanales todo el año (9 %) o bien sólo durante una parte del año y a tiempo parcial (23 %). Esta noción del trabajo discontinuo no deja de ser compleja. Comprende, claro está, el trabajo temporal pero da cuenta asimismo de la gran movilidad de la mano de obra norteamericana. De modo que cabe destacar que no deja de ser, con todo, un rasgo claramente más acusado entre las mujeres que entre los hombres, pues si sólo el 37 % de las mujeres que trabajan lo hacen a pleno tiempo durante el año entero, el 66 % de los varones se encuentran en este mismo caso. De igual manera el trabajo a tiempo parcial es también una especialidad femenina, ya que lo asumen el 32 % de las mujeres contra solamente el 13 % de los hombres.

Evolución de la distribución de las trabajadoras

Las tendencias recientes en lo que respecta a la distribución del empleo femenino son muy claras:

sectores económicos	*1940*	*1950*	*1965*
Sector terciario	8.830.000	12.797.000	19.920.000
Sector secundario . . .	2.400.000	3.464.000	4.053.000
Sector primario	690.000	916.000	674.000
Porcentajes:			
Sector terciario	73 %	73 %	80 %
Sector secundario . . .	20,1 %	20,2 %	16,4 %
Sector primario	5,8 %	5,3 %	2,7 %

En suma, observamos un incremento del sector terciario y un número muy bajo de mujeres en la agricultura, sobre todo si se compara con el número de campesinas soviéticas. Hay un aumento del número de obreras pero con una disminución en el porcentaje.

El deslizamiento aparece más claro si se divide el sector terciario en «servicios» de un lado y en «*white collar work*»

(trabajadores con cuello blanco, o sea empleados, funcionarios, profesiones liberales, etc.) del otro. Las «*white collar*» femeninas han aumentado en más de 6 millones en 15 años, o sea en más del 12 %, mientras que las trabajadoras de los servicios (a menudo servicios domésticos) disminuyeron en un 5 %.

En abril de 1965 el más nutrido grupo profesional estaba formado por las secretarias, taquígrafas, factureras, etc., que eran cerca de 3.000.000, lo que representa un avance de cerca de 1.500.000 desde el censo de 1950 y de 800.000 desde el año 1960. Si agregamos a esas secretarias las 340.000 telefonistas, las 800.000 contables, etc., conseguiremos una imagen del grupo más importante existente con los 7.800.000 pequeñas empleadas de oficina.

Siguen los 4.624.000 mujeres que trabajan en la industria. En Norteamérica las industrias productivas están divididas en «mercancías duraderas» (*durable goods*) y en industrias productoras de «mercancías no duraderas» (*nondurable goods*). Las mujeres se encuentran mayormente en estas últimas producciones (2.788.000): el vestido, sobre todo en el ramo textil, y en las industrias de la alimentación. Cabe observar que la industrialización, incluso la más adelantada, no cambió nada desde la época de los egipcios: el vestido y la alimentación siguen siendo las «tareas femeninas por excelencia» incluso cuando en la actualidad se trata de producirlos apretando unos botones o vigilando unas máquinas muy parecidas a las que elaboran otros materiales muy diversos. Las mujeres forman la cuarta parte del número de trabajadores de la imprenta y la edición, la mitad del de la marroquinería, la mitad o casi del de la industria tabacalera. En el sector productivo de las «mercancías duraderas» las mujeres trabajan mayormente en la pequeña mecánica y el equipamiento eléctrico como ocurre en todos los países industrializados.

Las carreras

Queda finalmente por ver el caso de las *professionals*, es decir, de las mujeres que siguen una carrera, asumen un oficio interesante e incluso una profesión liberal. Resulta difícil enumerarlas, por cuanto en las estadísticas, se mezclan las profesiones liberales y técnicas de todas las clases.

El único grupo importante es el que está integrado por las maestras y profesoras que en abril de 1965 eran 1.381.000, mientras que en el año 1950 sólo eran 839.000, por tanto se nota un gran aumento. Entre ellas, dos de cada 10 son profesoras de segunda enseñanza. Generalmente tienen más años y menos conocimientos que sus colegas masculinos.

Otro grupo importante es el de las enfermeras-diplomadas (curiosamente computadas como *professionals*) que en 1965 eran más de medio millón. Hay que agregar a las ayudantes-dentistas, las empleadas de los laboratorios, etc. (86.000).

Pero cuando se llega a las verdaderas profesiones liberales, las cifras se reducen considerablemente: 15.513 mujeres médicos en 1960, con lo que distamos mucho de las 366.000 mujeres médicos soviéticas. (Es cierto que en los EE.UU. los estudios de medicina son más largos que en la URSS.) De manera que sólo forman el 6 % del cuerpo médico.

Existen algunas mujeres que hacen carrera en las relaciones públicas, la publicidad, pero su número no deja de ser restringido. El número de mujeres ingeniero es ínfimo y ni se publica en las estadísticas oficiales. Al parecer, representan entre el 0,7 y el 1 % del cuerpo de ingenieros, pese a las numerosas aperturas facilitadas en este dominio por el inmenso desarrollo de la investigación y por la gran prosperidad.

Así pues, la promoción sigue siendo modesta o muy modesta en la cúspide de la escala profesional; sólo un 3 % de mujeres ejercen la abogacía. En el mundo de los negocios, las mujeres empresarios son raras y más bien una excepción. Hay cada vez menos mujeres comerciantes individuales por cuanto en los últimos años las empresas individuales han ido desapareciendo en beneficio de los supermercados, las cadenas de almacenes y las grandes empresas.

Se observa, pues, un incremento muy claro del número de trabajadoras, integradas mayormente en el sector terciario, en los pequeños empleos. Se eleva el nivel de educación lo cual hace esperar un mañana más feliz, pero la promoción de las mujeres a los cargos superiores es dificilísima y sigue siendo la excepción. Huelga decir que no se trata en este caso de una opinión personal del autor, quien por el contrario ha querido subrayar los motivos que llevan a esperar una evolución más favorable para las mujeres. He aquí por ejemplo la opinión de la persona que mejor conoce la

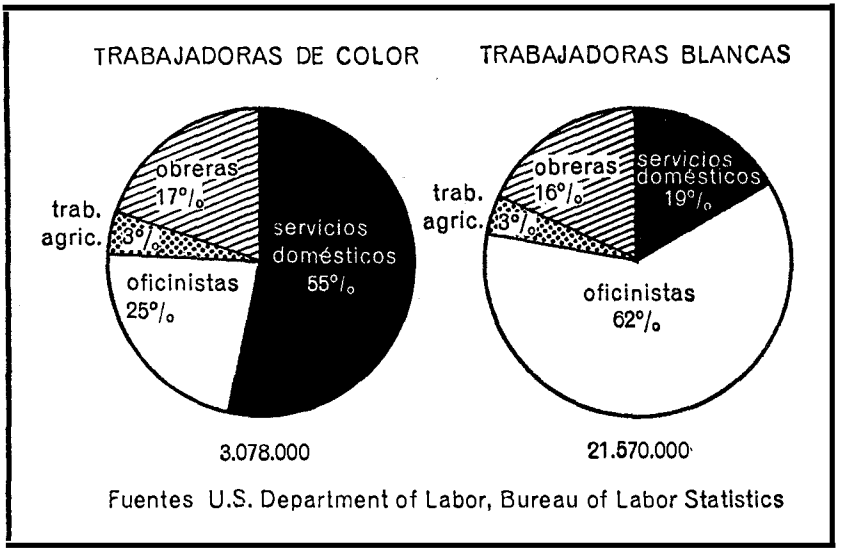
problemática del trabajo femenino en los EE.UU. Mary Dublin Keyserling, directora del *Women's Bureau* del Ministerio del Trabajo estadounidense, tal y como la expresaba en un discurso el 11 de noviembre de 1965: «El presidente ha destacado muy particularmente el despilfarro de la mano de obra femenina en el mundo laboral. Sólo un 3 % de abogados pertenecen al sexo femenino, y sólo hay entre los médicos un 6 % de mujeres. Las mujeres no asumen ningún papel importante en la cuestión de la industria. Su participación en las funciones públicas sigue siendo baja. En general, su posición relativa dentro de la enseñanza o de las carreras técnicas no se ha elevado durante estos últimos años pese al hecho de que el número de mujeres trabajadoras ha doblado desde 1940. Las mujeres siguen estando muy concentradas en los empleos mal pagados y poco cualificados que han sido tradicionalmente los suyos.»

Cabe completar este breve análisis con algunas observaciones acerca de las mujeres de color que en los EE.UU. tienen una tasa de actividad mucho más alta que la de las blancas, puesto que el 49 % de las mujeres de más de 14 años de edad trabajan. Es importante destacar que dentro de esa población femenina negra, las mujeres solas son numerosísimas: más de una mujer negra sobre tres, después de los 18 años de edad es viuda, divorciada o abandonada por su marido, o soltera con hijos a su cargo. Por añadidura, se hallan más afectadas por el paro que las blancas. Es el caso que su distribución dentro del mundo laboral no puede compararse con la de las blancas. La mayoría de las mujeres negras están relegadas a los servicios domésticos. El 37 % trabajan como domésticas en casas particulares y el 26 % en los servicios domésticos de las colectividades, empresas, restaurantes, bares, hospitales etc... Sin embargo, hay que señalar un pequeño movimiento alentador de evolución más favorable: estos últimos diez años hemos visto aumentar en un 6 % el número de las mujeres negras pertenecientes a la categoría de los «cuellos blancos» o sea empleadas en las oficinas y en el sector «intelectual». Parece incluso que logran mejores resultados que los hombres negros en dichos cargos. Pero se trata de todos modos de una ínfima minoría si descontamos las maestras aldeanas de las regiones rurales del Sur, pues no hay más de 35.000 mujeres que tengan un trabajo de oficina medianamente retribuido. El paro afecta duramente a las trabajadoras negras. Su

índice (8,1 %) es el más alto de todos los grupos de la sociedad norteamericana: a guisa de comparación, la desocupación entre los blancos arroja un 2,8 %, la de las blancas un 4,4 %, y la de los hombres negros un 6,3 % —abril 1966.

Se trata por tanto de un grupo especialmente desaventajado cuyas oportunidades en el mundo del trabajo no dejan de ser irrisorias, sobre todo si se tiene en cuenta que su nivel de instrucción es relativamente bueno.

UNA MAYOR PROPORCIÓN DE MUJERES DE COLOR QUE DE MUJERES BLANCAS TRABAJAN COMO DOMÉSTICAS. (*Reparto de las trabajadoras blancas y no blancas, abril 1965.*)



LAS CANADIENSES

Los EE.UU. nos han dado la oportunidad de trazar un cuadro del empleo femenino en una nación de alto nivel económico, capitalista y de tradición familiar conservadora. Hemos visto que después de haber permanecido durante mucho tiempo detrás de la mayoría de los países europeos en lo que respecta al número relativo de mujeres que trabajan, los EE.UU. habían realizado un salto adelante espectacular

cuando menos cuantitativamente: son cada vez más numerosas las mujeres norteamericanas que trabajan. Éste es igualmente el caso del Canadá que podemos vincular estrechamente a ese tipo de evolución.

A comienzos de la década de los 50 sólo el 25 % de los trabajadores canadienses eran mujeres. Entre 1950 y 1960, se verifica un aumento en cifras absolutas de un 50 % del número de trabajadoras. Esta progresión continuará aumentando. El Consejo Económico del Canadá prevé como sigue la evolución de la mano de obra femenina:

1950 alrededor de 1.000.000
1960 alrededor de 1.500.000
1970 alrededor de 2.500.000

Los dos millones ya han sido alcanzados. Más aún que en los EE.UU. el sector terciario se lleva la parte del león: emplea el 30, luego el 34 y más tarde el 46 % de las trabajadoras, mientras que la agricultura baja del 23 % en 1950 al 12 % en 1962. Desde entonces el descenso ha ido acentuándose. El sector secundario —industria— demuestra una gran estabilidad. El número de trabajadoras aumenta en este sector, pero no de un modo proporcional al conjunto de la población femenina trabajadora.

Sin embargo, no es posible hablar del trabajo femenino en el Canadá sin distinguir entre las provincias que forman ese inmenso país. Pues la participación de las mujeres en la vida económica nacional difiere considerablemente de una región a la otra.

REPARTO POR REGIONES DE LA MANO DE OBRA FEMENINA.

	1965		*1960*	
regiones	*número*	*%*	*número*	*%*
Prov. Atlántica	123.000	7,7	166.000	8
Quebec	450.000	27,2	566.000	27,3
Ontario	661.000	40	798.000	38,4
Pradera	273.000	16,5	349.000	16,6
Colombia Brit.	142.000	8,6	197.000	9,5
En todo el Canadá . . .	1.653.000	100	2.076.000	100

FUENTE: Consejo Económico de Canadá.

Se aprecia de qué manera el incremento de la mano de obra femenina parece estar ligado al paso desde una economía industrializada a una fase aún más adelantada en la que los servicios cobran más importancia que la producción o cuando menos aumentan más rápidamente. La región de Ontario realiza ese tipo de sociedad que se aproxima mucho a la sociedad norteamericana. Las provincias con predominio agrícola son unas regiones con un bajísimo empleo femenino. En efecto, las mujeres llegan a encontrar trabajo en las agriculturas basadas en la explotación intensiva de las pequeñas propiedades, tales como existen en los viejos países, pero muy poco en las agriculturas extensivas muy mecanizadas como ocurre en el Canadá. La URSS es una excepción, pero la enorme proporción de campesinos con la que contaba en el momento de la Revolución de Octubre la obligó a un paso mucho más lento de su mano de obra a la industria y los servicios. El caso de la provincia de Quebec es singular. Región poblada e industrializada, evoluciona según el mismo modelo que Ontario pero mucho más lentamente en razón posiblemente de su población, de predominio francófono y que durante mucho tiempo fue mantenida en un estado de relativa inferioridad. Además, el espíritu patriarcal y conservador de la familia católica canadiense francesa es más bien hostil al trabajo femenino, sobre todo al de las mujeres casadas pero también al trabajo de la mujer en general fuera de casa. Un pequeño sondeo realizado a comienzos del año 1960 por la Acción Católica de Montreal y que abarcaba a 208 jóvenes obreras llevó a la conclusión de que para la mayoría de ellas el trabajo en el exterior representaba «la expiación del pecado», o sea, el infierno sobre sobre la tierra. Esta opinión evoluciona con rapidez, pero sigue teniendo seguramente una cierta influencia sobre el ingreso de las mujeres en la actividad remunerada fuera de casa.

II. Inglesas, francesas, belgas, holandesas, noruegas, suecas

LAS INGLESAS

Tratándose del trabajo de las mujeres como de cualquier otro sujeto, Inglaterra es un caso aparte. Lo que más sorprende en este caso es la suma estabilidad del empleo femenino, aunque no más fuere en lo que atañe al número relativo de las mujeres que trabajan. Desde comienzos de siglo, la proporción de las mujeres en la mano de obra ha variado muy poco, fijándose más o menos en un 30 % hemos observado que durante la última guerra dicha tasa se infló brutalmente, pero tan pronto como la guerra terminó, las mujeres británicas volvieron a recobrar sus costumbres y la curva del empleo femenino asumió nuevamente el aspecto de una horizontal apacible. Esta calma aparente no deja de encerrar, sin embargo, un buen número de trampas para toda observadora extranjera. Pues si se desea perfilar más concretamente la fisonomía del mundo laboral femenino, empiezan a surgir unas dificultades insospechadas: algunas estadísticas totalmente claras y marcadamente bien elaboradas inducen a sentar ciertas hipótesis y comparaciones. Desgraciadamente, una pequeña nota al pie de una página nos informa que en estas estadísticas se integran Inglaterra, Irlanda del Norte y Escocia mientras que en las de más allá figuran ciertamente Escocia e Inglaterra pero no la Irlanda del Norte... Ahí reside todo el matiz entre el Reino Unido y la Gran Bretaña, matiz pintoresco y respetable pero no muy práctico para los extranjeros que abrigan la pretensión de desentrañar la fisonomía de una situación dada. Las administraciones laborales, así como los censos, suelen ser generalmente distintos en lo que se refiere a Irlanda del Norte. En cambio, los datos difundidos por el *Central Office of Information* tienen en cuenta a las irlandesas del norte. Pero eso no es todo: la fuente más segura, la «Ministry of Labour Gazette» del Ministerio del Trabajo también tiene sus criterios. Cuando establece el cómputo de las «trabajadoras», es preciso saber que en él se inserta a las desocu-

padas pero no a las empresarias ni a las que trabajan por su cuenta. En suma, es lo que en Francia llamaríamos las «mujeres asalariadas» en oposición a las «mujeres activas», que comprenden las mujeres patronas y las trabajadoras independientes. Pero cuidado con esa palabra de «asalariadas» por cuanto traducida al inglés (*salaried*) sólo designa a las mujeres que cobran por meses y por consiguiente no toma en consideración a las obreras, las cuales por su parte son remuneradas a la semana.

Se nos perdonará este cauteloso preámbulo, pues para el autor se trata de una justificación suplementaria por cuanto ha renunciado a elaborar unos cuadros comparativos internacionales que necesariamente habrían cojeado. Hemos preferido armarnos de cautela antes que pecar por temeridad.

A comienzos de 1964 Gran Bretaña contaba con 8.500.000 «trabajadoras civiles» —respetemos las formulaciones. Los rasgos más destacados del trabajo femenino en la Gran Bretaña irán apareciendo en los capítulos en los que trataremos de la distribución por categorías de edad y por estatuto matrimonial.

Desde hace mucho tiempo la agricultura sólo emplea a un bajísimo porcentaje de la población británica, y las mujeres son asimismo minoritarias en ella (el 15,6 % de los agricultores). Por consiguiente, el sector primario cuenta con pocas mujeres: unas 90.000. (A guisa de comparación, en Francia siguen siendo aún 1.272.000.) En cambio, en el sector secundario —industria, transportes, comunicaciones— hay una gran masa de mujeres. Existe un 33 % de mujeres en las industrias fabriles, lo que representa una proporción tan elevada como en la URSS. El grupo más crecido se encuentra en las industrias de transformación, con 2.833.000 mujeres. El sector textil emplea al mayor número (376.000) junto a la industria del vestido (364.000), como ocurre en casi todos los países de vieja industrialización. Pero después del textil y el vestido es la industria mecánica y eléctrica (381.000) y no la industria alimenticia la que emplea al mayor número de mujeres. Cabe ver en ello ciertamente una consecuencia de la guerra la cual propició la formación de numerosas mujeres para ejercer nuevos oficios en los talleres. Cerca de 150.000 obreras metalúrgicas se agregan a las cifras anteriores. La industria alimenticia, las tabacaleras, la edición y la imprenta completan ese cuadro que empezamos a conocer.

Desde principios de siglo, dicho cuadro ha sufrido unas

profundas modificaciones internas: el sector textil y el vestido, en 1891 empleaban al 18 % de las mujeres activas; desde entonces, esa proporción ha ido bajando constantemente: 16,1 % en 1901; 10,8 % en 1911; 9 % en 1931; 7 % en 1951. Sin embargo, la mayoría de las tareas altamente especializadas, generalmente reservadas a los hombres en la industria, continúan siendo asumidas por las mujeres en el sector textil donde es apreciada su habilidad.[1] En las demás industrias se conforman con las tareas poco cualificadas bajo la dirección y la vigilancia masculinas. Les está prohibido trabajar en las minas de carbón y por lo general no realizan los trabajos más duros. En la industria, el horario medio de las mujeres es más o menos de cuarenta a cuarenta y dos horas semanales. La deterioración del mercado del empleo tal y como se observa actualmente y el aumento del paro acarrean una disminución del tiempo laboral cotidiano.

Las domésticas y sirvientas, tan numerosas a comienzos de siglo disminuyen en número y en porcentaje: formaban aún el 23,8 % de las mujeres activas en 1931 pero ya no representan más que un 10 % Se observa la misma disminución en el número de mujeres empleadas en los demás servicios fuera de la domesticidad en las casas particulares, pasando del 34,7 % en 1931 al 22 % en la actualidad.

Incremento del sector terciario

Al igual que en todas las naciones desarrolladas, las empleadas de oficina, las dependientas de comercio y las mujeres que trabajan en la administración de Hacienda, los Seguros, etc., son las que asumen el relevo y ven crecer sus efectivos en dos veces en relación con los años 30. Sin embargo, las solemos encontrar más bien detrás de una máquina de escribir o en una centralita telefónica que en los puestos de responsabilidad. Las vendedoras son muy numerosas, más que los hombres, pero son contadas las que llegan a ser jefes de servicio. Lo mismo ocurre en los bancos, pese a que desde 1962 podemos contar con una mujer directora de una filial bancaria...

La enseñanza y las profesiones paramedicales cuentan con

1. En Francia, los empleos cualificados en el sector textil suelen atribuirse preferentemente a los hombres.

un número muy crecido de mujeres (enfermeras, asistentes de radiología, fisioterapia, odontología, etc.), con 219.000 enfermeras y comadronas trabajando a pleno tiempo mientras que 65.000 lo hacen a tiempo parcial. La enseñanza cuenta con un 55 % de mujeres: la enseñanza de los párvulos de menos de siete años de edad la asumen exclusivamente las mujeres y forman la mayoría en las clases de los niños de menos de once años. En cambio, en la enseñanza secundaria hay más hombres que mujeres en el profesorado y muchos más directores que directoras. En el nivel universitario la situación se degrada un poco más y ya no contamos más que con un 2 % de profesoras, un 7 % de profesoras auxiliares y un 34 % de lectoras. En suma, se trata de una pirámide de la cual las maestras formarían la extensa base y las profesoras de universidad la modesta cúspide. Por su parte, las proporciones masculinas varían en sentido inverso.

Las carreras

Desde la promulgación de la *Sex Disqualification Removal Act* —Ley que suprimía la discriminación entre los sexos— en 1919, las mujeres efectuaron unas marcadas incursiones dentro de las profesiones prestigiosas, hasta entonces estrictamente reservadas a los hombres. Empero, tanto en el mundo de los negocios como en el de la abogacía no lograron acentuar mucho sus progresos. En las facultades de medicina sigue existiendo un cupo de ingreso y la inscripción de las mujeres sigue siendo reducida: en 1/5 a 1/3 del total de las matrículas. En las demás facultades la proporción de las matrículas femeninas alcanza, sin embargo, un 37 %. Con todo, la cifra y la proporción de las mujeres médicos es claramente más ventajosa que en Norteamérica: un 24,6 %, o sea, 17.000 mujeres doctoras en medicina; así pues, más que en los EE.UU. con su población muchísimo más numerosa. Las dentistas y las farmacéuticas no son tan numerosas (respectivamente el 9 % y el 16 %). Pero las profesiones paramedicales (asistentes radiólogos, especialistas en ortofonía, rehabilitación, etc.) se hallan ampliamente feminizadas. El número de mujeres supera al de los hombres dentro de los servicios sociales: protección infantil, higiene mental, trabajadoras medicosociales, funcionarias de los servicios de la vivienda, y toda una suerte de actividades que desde

su origen fueron asumidas benévolamente por las mujeres caritativas y que, organizadas a escala nacional por el Estado se han convertido en un funcionariado social. Las abogadas son poco numerosas, formando sólo el 5 % de la abogacía en Inglatera y un 3 % en Escocia. Se observa igualmente una baja proporción femenina en un sector especialmente destacado en Inglaterra cual es el periodismo. Al parecer, se trata en este caso del tradicionalismo de una antigua corporación, por cuanto la radiotelevisión, que se ha desarrollado más recientemente, cuenta con un porcentaje mucho mayor de mujeres: aproximadamente el 40 % del personal de la BBC es femenino. Claro está que esta cifra comprende a muchas secretarias, pero también figuran en ella las realizadoras, autoras y jefes de estudios. Una mujer asume la dirección de los programas discográficos, otra es directora de los programas educativos, otra dirige los programas de charlas y actualidades en la televisión, otra asume la dirección de las emisiones familiares y otras dos mujeres figuran entre los administradores de la BBC. A título de comparación señalaremos que en los EE.UU. los efectivos de las diferentes cadenas de radiotelevisión sólo cuentan con un 5 % de personal femenino. En Francia, las mujeres están mejor representadas en la prensa escrita que en los países anglosajones, bastante bien en la radiodifusión, pero hasta 1967 no había ni una sola dentro del Consejo de Administración de la ORTF.

La valentía y las capacidades de las mujeres durante el esfuerzo de guerra causaron la viva admiración de la opinión pública británica, pero como destaca Viola Klein en su obra *Women's two Roles* * los hombres aún no se han acostumbrado a «una imagen de la mujer distinta a la de su madre». Sin embargo, la idea del trabajo en el exterior parece ser cada vez más natural y sobre todo se está asistiendo a la depreciación constante de la imagen de la mujer ligada a su hogar, pese a la orquestación de todos los medios de la prensa y de la publicidad que se afanan por hacerle recobrar su viejo valor. En resumen, la epopeya vivida durante la última guerra no ha dejado tras ella unas huellas efectivas muy claras. Muy pronto la vida volvió a recobrar su curso y la famosa gravidez sociológica influyó en favor

* Existe traducción castellana dentro de esta misma colección: *La mujer y la sociedad contemporánea*, Barcelona, 1969.

del retorno al *statu quo* de antes. La estabilidad de la proporción de la mano de obra femenina desde hace setenta años es el rasgo más destacado que puede desgajarse de un análisis del trabajo de las mujeres en Gran Bretaña.

Sin embargo, otra tendencia, que a largo plazo amenaza con modificar el pronóstico, se va perfilando poco a poco: el desarrollo bastante marcado del trabajo a tiempo parcial. La proporción de mujeres que trabajan a tiempo parcial no es tan considerable como en los EE.UU., alcanza no obstante el 14 % de la cifra global de trabajadoras. Se trata de un grupo muy fluctuante, difícil de estudiar, pese a que al igual que en los EE.UU. la literatura al respecto sea muy abundante. Muchos autores tienen una tendencia a hacer del citado grupo la solución a las contradicciones de la condición femenina.

LAS FRANCESAS

País que cuenta con una vieja tradición por lo que respecta al trabajo de las mujeres, Francia se encuentra actualmente en un caso opuesto al de los EE.UU. o del Canadá, puesto que el número y la proporción de las mujeres trabajadoras han disminuido y seguirán disminuyendo durante algunos años. En 1906, en Francia había 7.694.000 mujeres activas, mientras que el censo de 1962 arrojaba una cifra de 6.585.000. Como quiera que la población ha aumentado, la relación entre el número de trabajadoras y el número total de mujeres ha sufrido un descenso notable al pasar del 39 % a comienzos de siglo al 27,5 % en 1962. A su vez el porcentaje de mujeres en la población activa bajó del 37,1 % al 33,4 % en estos últimos sesenta y tantos años. Esta disminución de las cifras globales resulta más importante aún si nos referimos al censo de 1921 el cual arrojaba una cifra de 8.606.000 mujeres activas, o sea el 39,6 % de la población activa.

Millones de campesinas menos

Estas cifras permiten corregir el error, muy frecuente en los medios burgueses, que consiste en afirmar que «ahora,

cuando la mujer trabaja», nada marcha bien. Pero esta disminución requiere de todos modos una interpretación. Pues al fin y al cabo sería mucho más exacto decir que, al igual que Inglaterra, Francia se caracteriza por la estabilidad del empleo femenino. La disminución sólo aparece importante de una manera efectiva en un sector, el sector agrícola. País con una fuerte vocación agrícola a la vez que de pequeña propiedad, Francia, para modernizarse debe reconvertir su agro y encauzar hacia los sectores secundario y terciario las poblaciones rurales tradicionalmente ligadas con los cultivos. Las mujeres eran muy activas en la agricultura. En 1906, existían 3.329.000 campesinas y arrendatarias. En 1962 su número bajó a 1.272.000. Vemos pues que se trata de una verdadera mutación. Ésta ni tiene más remedio que proseguir pese a lo que ello conlleva de situaciones dramáticas para las familias campesinas. Vivimos en unas sociedades en mutación y la corriente que nos arrastra es irreversible: más producción, más consumo, urbanización, técnica, automación. En Francia la proporción de agricultores es aún demasiado gravosa para la carrera emprendida por las naciones más desarrolladas del mundo.

Este movimiento habrá, pues, de continuar. Y cuando una pareja abandona una explotación agrícola para instalarse en la ciudad, el marido encuentra un trabajo. Pero la mujer, ya no puede trabajar como lo hacía en la hacienda en las cercanías de su casa. A menudo carece de toda formación y estará buscando en vano un empleo o bien se cansará de las faenas tristes y mal pagadas que la ofrecen, sobre todo si tiene hijos y el problema de su guarda se lo pone mucho más difícil —cuando ella trabaja fuera de casa— que cuando repartía su jornada entre sus quehaceres domésticos y las tareas del campo dentro de un espacio común.

Sin embargo, cabe agregar que la urbanización de los agricultores empieza a menudo por las hijas de los campesinos por ser éstas las primeras que abandonan el campo. En las mayores capitales francesas, suelen contarse hasta 125 mujeres por 100 hombres, mientras que en ciertos departamentos rurales, la cifra es de 94 mujeres por 100 varones. Los campesinos jóvenes que desean seguir en el campo buscan en vano una esposa. Las muchachas huyeron hacia las ciudades para no ser como sus madres, tratadas mucho más como sirvientas que como hadas del hogar. Las opiniones de Michelet sobre los campesinos que buscan una sirvienta

al casarse siguen siendo verdaderas. Pero en la actualidad la televisión ofrece a estas muchachas las imágenes de una sociedad de la cual tienen la impresión que se hallarán exiliadas para siempre si siguen siendo transportadoras de agua y cuidadoras de puercos y de aves de corral. Las escuelas de enseñanza agrícola que forman a los muchachos para la agronomía y la mecánica agrícola, a ellas no les imparten más que una enseñanza de faenas domésticas. Así se marchan hacia la ciudad sin otro ajuar que lo puesto, pero firmemente dispuestas a no volver atrás. Entre 1954 y 1962 el número de agricultores ha disminuido en Francia en un 20 % y el de campesinas en un 30 %.

Cuidado con las estadísticas

Sin embargo, es preciso mostrarse algo precavidos con las estadísticas, pues la enorme disminución del número de mujeres activas en la agricultura tal y como la arrojan las cifras quizás sea algo exagerada. Nada más difícil que definir el estatuto de una mujer dentro de una explotación familiar. Algunos censos aceptaban unas definiciones muy amplias, ya que las esposas y las hijas que ayudaban en la granja familiar eran consideradas como activas. Los últimos censos han adoptado unas definiciones más restrictivas y menos ayudantes familiares han sido retenidas como «activas».

Además, no hay que olvidar la introducción en Francia después de la Segunda Guerra Mundial, de una medida de inspiración natalista: el subsidio al salario único. Se trata de una cantidad de dinero pagada mensualmente por el Estado a las mujeres casadas que no trabajan. Esta medida ha suscitado entre las capas más desaventajadas de la población asalariada un primer reflejo en las mujeres casadas: no declarar su actividad si es posible hacerlo. Las estadísticas francesas, a la inversa de las estadísticas anglosajonas, sobre todo norteamericanas, más bien pecarían por omisión. Una *baby sister* norteamericana es contada como mujer «activa», mientras que en Francia las trabajadoras temporales, las que trabajan a tiempo parcial y gran parte de las trabajadoras a domicilio no se dicen «activas». El trabajo a tiempo parcial se halla muy poco difundido, pues según B. Mendès-France y B. Grais sólo abarca un 7 % de las mujeres activas.

¿Cómo computar todo el trabajo no declarado, el llamado «trabajo negro», que sigue haciéndose en esas condiciones por miedo a perder el subsidio de salario único por parte de las mujeres casadas, o alguna pensión de viudez o de jubilación para las mujeres ancianas? Cada francesa «patrona» sabe muy bien la brega que le cuesta el convencer a su mujer de servicio para que «se declare» en el Seguro Social cuando está casada o viuda.

Si apartamos el número de mujeres que trabajan en la agricultura, nos daremos cuenta de que la proporción de mujeres activas en los demás sectores no ha variado en su conjunto. Se han producido unos deslizamientos considerables desde el sector secundario (obreras fabriles) al sector terciario (empleadas, funcionarias, etc.). A comienzos de siglo, Francia contaba con 2.000.000 de mujeres en la industria. Con una población netamente mayor, a los sesenta años ya no son más que 1.754.000. En cambio, el sector terciario que empleaba entonces a 2.079.000 mujeres cuenta actualmente con 3.463.000; estas son las cifras que ofrecía el censo de 1962. Desde entonces la tendencia no ha hecho sino acentuarse. El próximo censo confirmará seguramente esa aceleración. Los sectores públicos, los transportes, los bancos y los seguros han sido hasta la fecha los principales beneficiarios de ese incremento.

Las mujeres en la industria

El empleo de las mujeres en la industria atraviesa pues una ligera disminución en cifras absolutas y más aún en porcentaje desde comienzos de siglo. En estos momentos las obreras francesas son, por ejemplo, menos numerosas que las inglesas. Pero se han verificado importantes cambios en la distribución de la mano de obra femenina dentro de las diferentes ramas de la industria. El sector textil y el vestido, esos dos industrias gigantes del siglo XIX, sobre todo para las mujeres, están perdiendo sus efectivos femeninos. En ocho años, desde 1954 a 1962, la disminución ha sido del orden de un 33 %. Es preciso subrayar que la mano de obra masculina del sector textil, por el contrario, se ha incrementado, dado que a la modernización de los talleres corresponde la creación de empleos más cualificados y mejor remunerados que prefieren reservar para los hombres. Las obreras de las tejedu-

rías, por su parte, han visto sus filas derretirse. Las mujeres se han dirigido más bien hacia la metalurgia, que en ocho años ha ganado más de 400.000 obreras. El aumento es claro en la mecánica y la soldadura. La electrónica y radioelectricidad también han subido enormemente para convertirse en unos sectores industriales de una gran primacía femenina: entre 1954 y 1962, dichas industrias han incrementado sus efectivos femeninos en un 145 %. La industria química emplea asimismo un número cada vez mayor de mujeres al igual que las industrias de la alimentación. En esta última rama cabe agregar a las 175.000 obreras permanentes, las decenas de miles de obreras temporales. Las mujeres son también numerosas, más que los hombres, en las fábricas de productos farmacéuticos, de cosméticos y en la industria de materias plásticas. Las transferencias de una industria a otra no dejan de acelerarse. Existe pues un divorcio cada vez mayor entre la formación profesional tradicional que las muchachas puedan obtener y las posibilidades de empleo que se les ofrecen. Ya veremos cómo la mano de obra femenina se considera en principio como no cualificada y cómo los empresarios cuidan muy poco —sino más bien lo contrario— de que consiga alguna cualificación.

Promoción en el sector terciario

En Francia, lo más interesante es la evolución que se prosigue dentro de las profesiones no industriales. La presencia femenina en las oficinas es bastante antigua en Francia; según Madeleine Guilbert el sector «comercio y banca» ya empleaba en 1906 a 771.000 mujeres. Pero las funcionarias del Estado sólo eran 100.000 mientras que hoy día existen 1.800.600 empleadas de los servicios públicos... Entre 1954 y 1962 el incremento del número de hombres en los empleos de oficina es casi insignificante: 1 %; mientras que el incremento del número de mujeres es de un 32 %. En la actualidad son dos veces más numerosas que los hombres y no se trata únicamente del número de taquígrafas y mecanógrafas. Por el contrario, se observa que estos empleos de ejecutantes han aumentado menos que el conjunto de la profesión. Son las tareas cualificadas las que arrojan un crecimiento muy fuerte de sus efectivos: un 111 % más de secreta-

rias de dirección en contra de un 20 % menos de mecanógrafas, taquígrafas y asimiladas.

Lo que más cabe destacar es que las mujeres progresan claramente en los cargos superiores. He aquí algunas comparaciones que es posible hacer tomando como base los dos últimos censos:

categorías socioprofesionales	*variaciones entre 1954 y 1962*	
	hombres	*mujeres*
Cuadros administrativos medios:		
sector público	+ 15,5	+ 33,4
sector privado	+ 19,3	+ 62,2
Técnicos del sector privado	+ 46,4	+ 89,4
Cuadros administrativos superiores:		
sector público	+ 22	+ 81
sector privado	+ 67,1	+ 112,0
Profesiones liberales	+ 1,2	+ 14,6

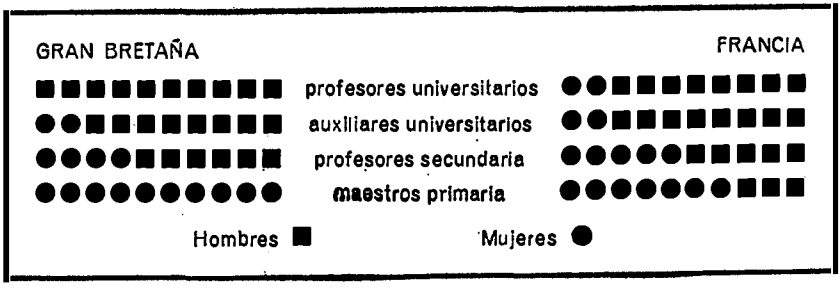
FUENTE: *L'Emploi féminin et son évolution depuis 1954*, Institut National de la Statistique et des Études Économiques.

Como vemos, el incremento de los cuadros es más claro entre las mujeres que entre los hombres. No hay duda alguna de que en muchas de dichas categorías tienen un retraso notable en relación con los hombres.

Las maestras

Si por ejemplo contásemos las enfermeras y las maestras de primera enseñanza, como suelen hacerlo los norteamericanos, dentro del número de las *professionals*, el número de estas *professionals* referido a la población femenina activa y su proporción, sobre todo en relación con los hombres, sería mucho más considerable que en los EE. UU. En la enseñanza, la participación femenina es satisfactoria en Francia si la comparamos con la de otros países, salvo la URSS. La proporción femenina y su evolución son mejores, por ejemplo, que en los países anglosajones o en Suecia. Las mujeres ocupan siete puestos sobre diez en la enseñanza primaria, cinco sobre diez en la secundaria. Las auxiliares de enseñanza superior han aumentado en un 286 % en 8 años y las profesoras de enseñanza superior

en un 93 % durante el mismo período. Globalmente, las profesiones de la enseñanza cuentan con un predominio femenino, constituyendo las mujeres el 63,7 % del efectivo total. En relación con los hombres y al igual que en la Gran Bretaña, las mujeres son más numerosas en la base y menos numerosas en la cúspide. Pero la pirámide así esbozada es menos nítida que la de las maestras y profesoras inglesas. Pues las inglesas sólo forman el 2 % al nivel de los profesores de universidad, mientras que las francesas constituyen el 20,6 %.



En Suecia, las mujeres sólo constituyen el 40 % del profesorado del segundo grado, el 10 % de los asistentes universitarios y las profesoras de universidad siguen siendo la excepción que «causa sensación» según el sociólogo James Rössel.

Las profesiones médicas

En las profesiones paramedicales la representación femenina es asimismo más importante que en los países anglosajones: el 42,2 % de mujeres entre los farmacéuticos, sin contar las practicantas, y el 29 % entre los cirujanos dentistas. Las mujeres médicos —el 20 % aproximadamente de la profesión— son menos numerosas que en la Gran Bretaña y muchas de ellas en vez de enfrentarse con la dura brega del médico de cabecera prestan servicio en los sectores estatales de la medicina: médicos de las Escuelas, del Seguro Social, etc... Las variaciones verificadas en estos últimos años arrojan en todas partes unos importantes incrementos (76 % para los médicos, 40 % para las farmacéuticas, 38 % para los cirujanos dentistas).

La gran debilidad de las francesas es su magra representación dentro de las profesiones tecnológicas en los niveles superiores. En 1954 sólo contaban con 2.140 ingenieros. En 1962 se encuentran con una cifra de 5.160 o sea un aumento de un 141 % muy marcado en 8 años. Pero, con todo, las mujeres sólo representan un débil porcentaje, alrededor de un 3 % dentro de esa profesión en plena expansión y aún esencialmente masculina.[2]

Dentro del comercio, la evolución reciente no parece serle muy favorable a las mujeres que vienen a engrosar las filas de las simples vendedoras a la par que el número de dueñas de tiendas disminuye junto a la eliminación de las pequeñas empresas comerciales que no pueden competir con las cadenas de almacenes y otros supermercados.

Las mujeres periodistas forman el 12 % de los efectivos de la profesión, lo que no deja de ser honorable en comparación con el extranjero, sin representar empero un éxito muy grande.

Las abogadas forman alrededor del 19 % de los miembros del Consejo de la Abogacía y el 25 % de los pasantes. ¿Asistiremos a una mayor feminización de la abogacía? Durante estos últimos años no se verificaron progresos decisivos; sin embargo, las mujeres son más numerosas entre los pasantes que en las anteriores promociones. La magistratura era un coto cerrado que sólo se abrió para las mujeres hace 20 años. Es digno de resaltar que tras ese corto lapso de tiempo forman ya el 8 % del total de los jueces y consejeros de los Tribunales. Pero los magistrados se inquietan ante la posible feminización de su carrera y actualmente estamos asistiendo a ciertas maniobras de pasillos tendentes a disuadir a las muchachas de presentarse a las oposiciones de la magistratura.

Mejoramiento de las «performances» en la enseñanza superior

Los últimos progresos conseguidos por las muchachas se traducen elocuentemente en la elevación de su nivel de instrucción. Al nivel de la segunda enseñanza la cifra de las muchachas es tan sólo muy ligeramente inferior a la de los muchachos y en 1970 habrá en Francia un número igual

2. En los demás países occidentales, del 0,5 al 2 % de los ingenieros pertenecen al sexo femenino.

de bachilleras y de bachilleres. (Hay que tener presente que el nivel del bachillerato corresponde a los primeros años de la enseñanza superior norteamericana en la medida en que sea posible establecer equivalencias.) Sin embargo, la distribución de las muchachas según las categorías de enseñanza que pueden elegir para lograr ese famoso bachillerato es muy diferente de la de los muchachos. Son más numerosas en los liceos clásicos y los colegios de enseñanza general y mucho menos numerosas en los liceos técnicos. El porcentaje femenino en la enseñanza técnica y profesional no parece mejorar. Claro está que no se trata de las aptitudes personales de los muchachos o de las muchachas sino de la orientación que los padres escogieron para sus hijos conforme a unos viejos prejuicios.

En el nivel superior, los efectivos femeninos progresan regularmente y las estudiantes representan en estos momentos el 40 % de la totalidad del estudiantado superior. (En 1930 formaban el 20 %.) En el nivel más elevado de los estudios franceses, el concurso de agregación, que tiene bien merecida su reputación de extremada dificultad, no desanima a las mujeres que consiguen unos éxitos tan destacables como los de los hombres: en 1961, 421 mujeres admitidas sobre 2.573 candidatas y 511 hombres sobre 2.972 candidatos. Sin embargo, las mujeres son minoritarias en las Facultades de Ciencias (32 % de muchachas); de Medicina (27 % de muchachas); de Derecho (29,5 % de muchachas), y francamente mayoritarias en Letras (57,5 %) y en Farmacia (60 %).

En Francia, sigue habiendo un pequeño número de establecimientos de enseñanza superior que están vedados a las mujeres: no sólo las academias militares y la Marina mercante sino también las grandes Escuelas de Ingeniería tales como la Escuela de Minas, la Escuela de Geología de Nancy, la Escuela de Bosques y Pesca y la Escuela de Ingeniería Rural.

Así pues la actividad de las mujeres en Francia se traduce por una disminución muy notable del número de mujeres que trabajan en la agricultura y una estabilidad de la proporción femenina en los oficios no agrícolas. El número de obreras no aumenta ni, desgraciadamente, tampoco sus cualificaciones pese a que van feminizándose nuevos sectores industriales, aunque sólo al nivel de la ejecución. El deslizamiento hacia las profesiones del sector terciario es muy ní-

tida. En cuanto a los empleos de oficinas es alentador observar que el incremento de las mujeres dotadas de una cualificación es más rápido que el de las simples operarias. La promoción femenina es bastante dinámica en las capas de la población femenina más instruidas aunque en ningún caso quepa hablar de un trastorno. El contraste sigue siendo sorprendente entre las dificultades enfrentadas por las mujeres sin cualificación que se amontonan en los puestos peor remunerados y más desprovistos de interés, y las esperanzas que les quedan abiertas a las demás. El problema crucial del empleo femenino en Francia sigue siendo el problema de la formación profesional del que volveremos a ocuparnos. Sin embargo, las francesas son después de las rusas las que mejor están situadas dentro de la enseñanza superior, lo cual permite esperar un fortalecimiento de los progresos de la élite femenina.

LAS BELGAS

La población femenina activa de Bélgica se cifraba el 31 de diciembre de 1961 en 907.838 personas, incluidas las trabajadoras a tiempo parcial (no muy numerosas por cierto). Lo cual sólo representa el 19,7 % del total de trabajadores, una de las tasas más bajas de Europa. Bélgica constituye con Holanda el país del Mercado Común donde el índice laboral femenino es menos elevado.

La participación de las mujeres en la actividad nacional fue una de las más fuertes durante los primeros años del siglo actual: en 1910 Bélgica contaba con más de un millón de trabajadoras para una población inferior a la actual. El porcentaje de mujeres que trabajaban seguía siendo en el año 1930 mayor que ahora. Sin embargo, alcanzó su nivel más bajo en 1947, habiéndose producido desde entonces una cierta recuperación tanto más interesante por cuanto durante el mismo período la población activa masculina ha disminuido en el 3,9 % mientras que la población activa femenina se incrementaba en el 10 %. No obstante, no se puede clasificar a Bélgica dentro del grupo de naciones que atraviesan por una elevación de la masa laboral femenina puesto que ni siquiera ha vuelto a alcanzar los efectivos de mujeres activas de 1930 y menos aún de 1910.

La agricultura sigue sufriendo un descenso de sus efectivos femeninos y en 1961 sólo el 4,4 % de las belgas activas eran campesinas. En un país de tan acendrada tradición manufacturera como Bélgica, la industria no emplea más que al 30 % de las mujeres activas, cifra no muy importante, siendo el del vestido el sector más nutrido con 77.000 obreras, seguido por el textil con 71.000 y las fabricaciones metalúrgicas con 42.000 trabajadoras.

Como en todas partes, el sector terciario es el que se halla en expansión. Sin embargo, los servicios se llevan la parte del león (243.575 empleadas en 1947 contra 346.227 en 1961), lo que no representa ni mucho menos una ventaja para la promoción femenina. El comercio al por menor emplea por sí solo al 18 % de la mano de obra femenina, mayormente como vendedoras. También están en alza los efectivos femeninos que trabajan en los bancos, los seguros y los negocios inmobiliarios.

En resumen, de 1947 a 1961, en Bélgica el sector primario ha bajado en un 32 %, el sector secundario en un 6,9 %, mientras que el sector terciario se ha incrementado en un 34 % por lo que atañe a la mano de obra femenina.

La enseñanza secundaria cuenta casi tantas muchachas como muchachos, pero se advierte una cierta disparidad en relación con los estudios debido a que no se estimula mucho la enseñanza mixta y que las escuelas de muchachas suelen tener corrientemente unos horarios más reducidos en matemáticas, física y química que los establecimientos masculinos del mismo grado. La cifra absoluta de muchachas que ingresan en la enseñanza superior aumenta con gran rapidez: casi ha doblado entre 1958 y 1963, pasando de 12.328 en 1958 a 21.528 en 1963. Esto corresponde a un movimiento general, pero por desgracia la proporción de muchachas en relación con la de los muchachos disminuye ligeramente. En 1958 formaban el 34 % del estudiantado mientras que en 1963 ya no representaban más que un 30,3 %. Son claramente mayoritarias en Pedagogía, en las Escuelas de maestros del grado elemental y normal mediano. En las universidades su proporción baja al 20,8 % del total, pero se hallan en ligero aumento. No obstante, como en todos los sitios, hay gran número de muchachas en las Facultades de Filosofía y Letras (el 43,2 % del total del estudiantado en dicha facultad) pero sólo constituyen el 19,8 % de los estudiantes en Ciencias (Matemáticas y Ciencias naturales) y apenas 38 en

conjunto, o sea el 0,8 % del total, en Ciencias aplicadas y en las Escuelas de Ingeniería.

La participación femenina en las escuelas técnicas sufre de las mismas insuficiencias que las que ya hemos apuntado para Francia. Quizá sea más acusada aún dentro de ciertas ramas preparatorias a las carreras de la industria como lo veremos cuando nos ocupemos de la formación profesional:

Enseñanza secundaria inferior:

Electricidad	0,5 % del total
Química	0,8 % del total
Metalurgia	0,2 % del total

De modo que no es difícil vaticinar el futuro: durante los diez próximos años no se verificarán en absoluto grandes cambios en lo que respecta a la promoción femenina en las diferentes ramas de la industria.

Empero hay otro aspecto del trabajo femenino en Bélgica que ofrece un evidente interés sociológico: se trata del reparto, por provincias, de estas mujeres activas. Flandes ofrece un cuadro muy distinto al del resto del país con un elevado porcentaje de mujeres trabajadoras: el 36,06 %. Brabante emplea él solo a 243.000 mujeres, mientras que Valonia conoce poco el trabajo femenino, pues las cuatro provincias de habla francesa sólo llegan a totalizar conjuntamente el número de trabajadoras que arroja Brabante por sí solo. Esta tan considerable disparidad no deja de acentuarse continuamente. Claro que es fácil comprender que, al hallarse concentradas las manufacturas de tejido en las provincias flamencas, el empleo femenino sean en ellas mucho mayor. Pero las diferencias son tan enormes que hacen pensar en que las provincias valonas, al enfrentarse con graves dificultades económicas, se ven afectadas por un paro femenino mucho más importante que el que las estadísticas puedan dejarnos sospechar. Más concretamente, se trata de un subempleo permanente de la mano de obra femenina, la cual no encuentra salidas por ningún sitio. Si bien en Flandes se cuenta con una cifra de 49 mujeres activas por cada 100 hombres, en Lieja esta proporción baja a 27, en Charleroi a 21 y en Huy a 19. Al aludir a estas regiones se suele hablar de la crisis de las cuencas carboníferas, que tropiezan con serias dificultades en su reconver-

sión. Y vemos cuán grandemente dichas dificultades influyen sobre el empleo femenino, pese a que las minas nunca emplearon a muchas mujeres. El bajísimo porcentaje de actividad femenina en ciertas provincias valonas refleja más bien un marasmo económico. Como muchos siguen pensando todavía el hecho de que las mujeres se retiren de la actividad económica no es ni mucho menos un signo de prosperidad.

LAS HOLANDESAS Y LAS NORUEGAS

El que haya manejado las estadísticas internacionales sabe muy bien el curioso papel normativo que Holanda desempeña en este mundo pesado de los balances, los totales, las curvas y los porcentajes. Holanda es el buen alumno de la clase, muy pequeñito en su rincón, pero excelente en todo, primero en todas partes y provocando complejos en los demás. ¿Porcentaje de suicidios? El más bajo de Europa con Noruega. ¿Índice de homicidios? El más bajo de Europa, con Noruega. ¿La vivienda? Una de las mejores de Europa y parece, a lo menos según rezan las cifras, que Holanda sea el niño bueno que se da como ejemplo a los demás: ¡anda, id a ver cómo hace sus deberes vuestro compañerito, y tomad ejemplo! Nada de lo que llega de Holanda puede por tanto serles extraño a las naciones imperfectas que la rodean.

Sin embargo, las mujeres holandesas no trabajan. Pues ahí tenemos, una vez más con Noruega, la tasa de actividad femenina más baja que pueda encontrarse entre los países industrializados.

1960	*población fem. total*	*pobl. femenina activa*	*porcentaje*
Holanda	5.755.090	928.115	16,1 %
Noruega	1.801.828	321.483	17,8 %

FUENTE: *Anuario estadístico del trabajo y anuario demográfico de las Naciones Unidas.*

Esos dos países cuentan exactamente con un 22 % de mujeres dentro de su población activa global.

Tanto uno como otro cuenta con el mayor número de mujeres trabajadoras en el sector poco glorioso de los ser-

vicios: el 46,3 % de las mujeres activas se concentran en él en Holanda, y el 44,5 % en Noruega.

En ambos países, poco industriales, las mujeres no suelen trabajar mucho en las industrias manufactureras. Sólo constituyen, dentro de los efectivos de trabajadores de la industria, el 16 % en Holanda y el 18 % en Noruega.

Porcentajes muy débiles y muy comparables de mujeres en la agricultura o la silvicultura: 4,3 % en Holanda y 3,9 % en Noruega. (Es cierto que no se computan las auxiliares familiares no retribuidas, que son muy numerosas.)

En los dos países, la corriente femenina hacia los empleos de oficina se ha manifestado con la misma celeridad:

PORCENTAJE EMPLEADOS DE OFICINA EN RELACIÓN CON LA POBLACIÓN ACTIVA DE CADA SEXO, EN NORUEGA.

	1920	*1930*	*1946*	*1950*	*1960*
Hombres	11,4	11,6	14,5	16,2	18,2
Mujeres	18,9	19,1	27	31,6	40,9

FUENTE: *El empleo de las mujeres en Escandinavia*, por Harriet Holter, «Revue Internationale du Travail», vol. IV, abril 1966.

En estos dos países también la proporción de las muchachas en la enseñanza superior es bastante baja: sólo forman la cuarta parte apenas de los efectivos estudiantiles. Y la pérdida de estudiantes ocasionada por el casamiento de las muchachas durante sus estudios es importante, sobre todo en Holanda (67 a 70 % de las estudiantes no terminan su carrera). Las noruegas cuenta con una cifra superior de mujeres diplomadas que llegan al final y emprenden una carrera. Pero su pequeño número en relación con el total de la población femenina no deja de diferenciar de todos modos a Noruega de los demás países escandinavos y sobre todo de Finlandia, nación de trabajo femenino, y de Suecia, donde cada vez más se piensa en los medios necesarios para ayudar a la mujer casada y a la madre a realizarse mediante el ejercicio de una profesión si lo desea.

Esos dos países con un bajo nivel de actividad femenina no son ni mucho menos unas naciones subdesarrolladas sino, por el contrario, unos países modelo en cuanto al confort y la higiene. Hay en esto materia de reflexión para todo el que tuviese la tendencia a establecer con demasiada premura una relación entre el porcentaje de actividad de las muje-

res y el grado de evolución de un país dado. En una obra famosa,[3] Alva Myrdal y Viola Klein adelantaban tres razones para fundamentar el trabajo de la mujer: *a*) La incapacidad de la economía para aguantar una cifra importante de adultos inactivos. *b*) El carácter antidemocrático de una posición asentada sobre el trabajo de otra persona. *c*) La necesaria redistribución de las tareas en las sociedades modernas con el fin de que todos puedan disfrutar de un tiempo libre en el seno de la sociedad de *loisirs* que todo parece anunciar. Al igual que J. E. Havel[4] no quedamos convencidos por tal razonamiento. Noruega y Holanda son unas naciones donde el espíritu democrático tiene una gran fuerza. La economía modernizada soporta mejor que antaño la disminución relativa del número de personas activas y cabe prever incluso que la extensión de la automación, de las calculadoras y programadoras electrónicas, etc., pueda llevar hacia la drástica reducción de los efectivos de trabajadores de ambos sexos en ciertos países superdesarrollados. Si esto no se verifica (y sin duda no se verificará) es porque dentro de las poblaciones modernas existe un evidente deseo de trabajar, aunque esté enmascarado tras muchas quejas y lamentaciones. El trabajo es una cosa natural para el hombre y cada vez más la mujer reivindica su justo derecho a pertenecer plenamente al mundo a través de su propia actividad. La mujer que quiere trabajar, lo veremos más adelante, busca un mayor bienestar, quizá su independencia, pero no nos parece que, con su actividad, piense en facilitar el ocio al hombre.

Las sociedades en las que las mujeres trabajan más cada vez son más bien unas sociedades empeñadas en una carrera hacia adelante que las obliga a una producción cada vez mayor, a un consumo siempre mayor, a más instrucción cada vez, a un rebasamiento continuo de sí mismas.

Holanda y Noruega parecen escapar a esta prosecución y rodear a sus mujeres de las garantías y los prejuicios que les impiden tomar a su vez el impulso hacia adelante. Se trata de unos países pequeños conocedores de sus posibilidades limitadas de expansión del mercado del trabajo. La Holanda superpoblada es un país de tradicional emigración. Noruega se halla un tanto exiliada debido a su situación geo-

3. Alva MYRDAL y Viola KLEIN, *Women's two Roles.*
4. J. E. HAVEL, *La condition de la femme,* Armand Collin, 1963.

gráfica y su clima y está limitada, en sus sueños potenciales, por su débil población.

Queda por hacer una curiosa observación: en general, los países que poseen un elevado índice de suicidios referido a su población, registran un bajísimo índice de homicidios. Bien entendido, se dan dos excepciones a esa regla: Holanda y Noruega, puesto que ambas cuentan con unos índices tanto de suicidios como de homicidios muy bajos. Como quiera que los países con elevados índices de suicidios, como por ejemplo Finlandia, Austria, Hungría y Alemania, tienen a la vez altas tasas de actividad femenina, nos damos cuenta de las conclusiones a las que podrían llegar unos moralistas bien intencionados, a quienes resultaría fácil ligar el trabajo de la mujer con la disgregación de la familia, de cuya disgregación nacen los suicidios, etc. Y así sacar a relucir los ejemplos holandés y noruego, como unos países llenos de sabiduría en los que las mujeres están en su sitio y donde no se mata a nadie ni se mata uno... Digamos sin dilación que tales equiparaciones no dejarían de ser de todos modos uno tanto tendenciosas y muy frágiles. Las personas que son más propensas al suicidio son los hombres (se suicidan tres veces más que las mujeres), y entre ellos, los solteros y los ancianos. No vemos muy claramente por qué motivo el trabajo de las mujeres habría de arrastrar a los solteros y a los ancianos jubilados a atentar contra su vida. Y por añadidura es posible dar ejemplos de países con muy bajos índices de suicidios y que conocen a la vez la generalización del trabajo femenino, como Polonia. No obstante, es verdad que los países que registran las más bajas proporciones de mujeres que trabajan no son en Europa unos países neuróticos, sino por el contrario unas naciones apacibles, confortables y democráticas. De modo que tras estas reflexiones, vemos cuán difícil resulta extraer del análisis del trabajo femenino unas conclusiones perentorias. ¡Siempre hay una Holanda para trastornar las más hermosas construcciones teóricas!

LAS SUECAS

Pese a su población relativamente poco numerosa, Suecia es una nación apasionante por varias razones. Por una par-

te, es quizá el país europeo cuya transformación se opera con más rapidez al igual que los EE.UU. Su industria y su comercio se han modernizado desde la última Guerra Mundial de una manera constante y destacada. En Suecia el nivel de vida es uno de los más altos del mundo. La vía seguida por este país, y que además recuerda a los EE.UU. en más de un aspecto, no es sin embargo muy original; se trata de un socialismo moderado, de una «vía media» que no subestima la responsabilidad del Estado hacia sus ciudadanos sin ninguna discriminación, conservando a la vez un dinamismo económico claramente capitalista. Finalmente y por encima de todo es uno de los países del mundo en el que la cuestión femenina se debate más gustosamente. La liberación y la emancipación de la mujer constituyen unas tareas de primer plano entre la opinión pública y, sobre todo durante los últimos años, han sido imaginadas y adelantadas unas soluciones originales a los aspectos más difíciles de la condición de la mujer trabajadora: readaptación profesional, guarda de los hijos, etc. Cabe vaticinar desde ahora que el futuro de las mujeres que trabajan en Suecia ya está pensado y preparado y que las generaciones venideras habrán de diferenciarse respecto a las que en la actualidad se hallan empeñadas en la vida económica del país.

Por de pronto, la situación de las mujeres trabajadoras no parece destacar mucho. El dilatado período de pleno empleo que se prosigue desde 1945 debiera haber reducido, al parecer, todos los obstáculos y permitido unas profundas mutaciones. Pero las cosas no son así. Los prejuicios y las tradiciones, muy vivaces y compartidas por los padres, los empresarios, los trabajadores y los sindicatos —muy poderosos en Suecia— parecen haber sido más fuertes que el espíritu renovador. A su vez, las mujeres suecas no parecen haber optado por la promoción mediante el trabajo. Se han limitado a seguir la evolución general: urbanización, concentración económica, ampliación del sector terciario y muy especialmente de los empleos de oficina. Por otra parte, se han casado en mayor número y más jóvenes que como se solía hacer en la generación anterior y el número de las trabajadoras muy jóvenes también ha disminuido. La estructura familiar, en los países escandinavos, suele ofrecer generalmente a la madre una posición sólida y a veces dominante. No hay que deducir, sin embargo, que en dichas sociedades la mujer encuentre la misma influencia en el mundo del

trabajo. Muy al contrario y tal como lo hemos subrayado en el caso de los EE.UU., la vida profesional cambia a menudo los papeles y cuando la mujer domina en el hogar, se halla ampliamente subordinada en la organización del trabajo. En la actualidad, en Suecia los papeles masculinos y femeninos tanto en el hogar como en el mundo laboral están siendo objeto de una revisión a veces radical y de encendidas polémicas. Este debate nos llega regularmente a través de la prensa, y a menudo nos parece que las suecas se hallan muy adelantadas en un futurismo que a muchos se les antoja peligroso. Somos numerosos los que nos hacemos de Suecia la idea de una especie de moderno espantapájaros que se agita a todo momento para impedir las evoluciones acerca de las cuales se imaginan más bien los peligros que la necesidad. Es tanto como olvidar que la situación de la mujer sueca dentro de la familia y la sociedad no se parece exactamente a la de Europa Occidental y que los debates que tienen lugar actualmente necesitan ser situados nuevamente en su contexto escandinavo. Por ejemplo, los franceses se sorprenden mucho cuando se les dice que la situación de la mujer trabajadora en Suecia no es tan ventajosa ni atestigua en ningún modo ese matriarcado que imaginan gustosamente, partiendo del efecto-choque que les hacen las hermosas muchachas rubias que encuentran en sus viajes, mucho más libres que las francesas, y sugestionados también por ciertas películas de Ingmar Bergman.

En 1964, 966.000 mujeres suecas trabajaban, lo que con una población activa global de 3.330.000, equivale al 29,7 %. Si el número de las mujeres que trabajan ha aumentado mucho desde 1940, no deja de ser cierto también que la proporción de mujeres activas en relación con el total de la población femenina ha variado muy poco:

mujeres de 15 a 65 años	*1940*	*1950*	*1960*
Total	1.674.000	1.894.000	2.467.000
Mujeres trabajadoras . .	688.000	749.000	966.000

Desde 1945, se han producido unas profundas mutaciones análogas a las que hemos advertido en todas partes: el número de empleadas de oficina, de comercio, de mujeres que trabajan en los servicios ha aumentado mucho en relación con el número de obreras.

Los grandes grupos profesionales femeninos son los siguientes:

Empleadas de oficina	182.000
Industria	160.000
Comercio al por menor	149.000
Servicios domésticos	127.000
Servicios sanitarios	85.000
Enseñanza	45.000

En la industria, al igual que en los demás países, el mayor número de trabajadoras están en el sector textil (47.000) seguido por la industria alimenticia, especialmente la panificación y la galletería, ramas en las que la presencia de las mujeres se observa desde hace mucho tiempo en Suecia.

En los empleos de oficina del sector público, el 73,4 % de las mujeres pertenecen a las categorías que menos ganan (escalas de 1 a 9) mientras que el 73 % de los varones pertenecen a las categorías salariales más elevadas y mejor pagadas (escalas de 10 a 27). La mayoría de las mujeres empleadas en las oficinas tienen una instrucción netamente inferior a la de sus compañeros masculinos. Por ejemplo, sobre una cifra global de 46.000 empleadas administrativas, sólo 289 tienen el diploma de Derecho (nivel de un bachiller en Derecho) mientras que ese mismo diploma lo tienen 2.018 hombres empleados en esas mismas administraciones.

En cuanto a las mujeres dueñas de establecimientos de comercio se refiere, su número, como en todas partes, está en franca regresión.

Sigue siendo bastante mediocre la posición de las mujeres en las profesiones prestigiosas. Como en los demás países son mayoritarias (62,8 %) en las bibliotecas y los museos, pero se trata en este caso de unos empleos especialmente mal retribuidos habida cuenta del bagaje cultural que requieren. Las mujeres suecas no son mayoritarias ni tan siquiera dentro del profesorado de segunda enseñanza (43 %), sólo forman el 10 % del número de asistentes universitarios, y el profesor de universidad del sexo femenino sigue siendo aún la «excepción que confina con la sensación».[5] En Medicina, existe un 13 % de mujeres médicos, o sea menos, proporcionalmente, que en Gran Bretaña y en Francia.

5. Según James Rossel, *Las mujeres en Suecia*, Instituto Sueco, 1967, p. 6.

Las dentistas son algo más numerosas y forman alrededor de la cuarta parte de los cirujanos dentistas en ejercicio (24,4 %). Las mujeres forman el 6,7 % dentro de la abogacía y entre los jueces el 6,1 %. Finalmente, las mujeres arquitectos o ingenieros sólo representan el 1,3 % de total de ingenieros diplomados de Suecia.[6]

La situación de las muchachas continúa siendo desfavorable en la enseñanza pero la profunda evolución que se está verificando en este sector hace pensar que va a mejorar. Hace veinticinco años, incluso dentro de la enseñanza primaria, no había tantas muchachas como muchachos que llegaban al examen final. Ahora la situación ha mejorado totalmente pero sin ser tan halagueña en el secundario ni sobre todo en la enseñanza superior:

	diplomados de la enseñanza primaria		*diplomados de la enseñanza secundaria*	
años	*muchachos*	*muchachas*	*muchachos*	*muchachas*
1941	24.600	14.200	9.100	4.900
1950	41.100	33.100	9.800	6.900
1960	70.900	71.400	29.100	26.300

Pese a todo, los progresos de la enseñanza de las muchachas han sido fulgurantes: en 1930 sólo existía un 28 % de muchachas entre los bachilleres del segundo grado, en 1941 ya eran un 33 %, en 1950, alcanzaban el 40 % y en 1960 el 49 %. Pero al mismo tiempo, se observaba una distribución muy especial entre las estudiantes: 8.700 entre las 14.000 estudiantes cursaban en Letras (Humanidades) mientras que solamente se contaban 238 estudiantes en tecnología, incluidas todas las disciplinas. Es verdad que en 1957, estas muchachas no eran más que 92 y que cabe hablar ahora de un cambio prometedor aun cuando los efectivos siguen siendo muy flojos.

Uno de los aspectos más originales de la vida del trabajo en Suecia es quizá la importancia del cometido de los sindicatos. Los observadores extranjeros no dejan de mostrarse sorprendidos ante el elevadísimo número de trabajadoras afiliadas a los sindicatos. Pues se conoce, en efecto,

6. Todas esas proporciones son por ejemplo inferiores a las de las francesas.

el poco interés que por lo general las mujeres parecen manifestar por esta forma de participación política y social. Por lo demás los sindicatos suecos cuentan con una larga ejecutoria en la defensa de los intereses de la mujer, cuando menos en el terreno ideológico. Ahora bien, no hay que forjarse demasiadas ilusiones respecto a la parte que a las trabajadoras se concede en la elaboración de la vida sindical sueca. Las mujeres son muy numerosas en la base, en tanto que miembros de los sindicatos, y muy poco numerosas en cambio dentro de los consejos y direcciones sindicales donde se adoptan las decisiones. Así, la gran mayoría de los afiliados al sindicato de los empleados municipales son mujeres, con un total de 79.300. Pero ya no son más que 2, entre 22 hombres, al nivel de los delegados en el Congreso. Lo mismo ocurre en el sindicato del comercio al por menor: los hombres sólo representan el 40 % de los afiliados, pero tienen sin embargo 20 delegados, mientras que las mujeres, ampliamente mayoritarias en la base, sólo cuentan con tres delegadas. La desproporción es aún más acusada en el sindicato del vestido en el que la enorme mayoría femenina (85 %) cuenta tan sólo con una delegada en el Congreso mientras que la pequeña minoría masculina cuenta con seis delegados. En las ramas profesionales con mayoría sindical masculina, las mujeres están totalmente marginadas de las delegaciones: por ejemplo las 26.700 mujeres pertenecientes al sindicato de los trabajadores de la metalurgia no tienen ni a una sola representante.

Por su parte las organizaciones de empresarios se interesan muy poco por la situación profesional de las mujeres.

Al percatarse de esas dificultades, las organizaciones femeninas y una activa minoría política e intelectual han empezado a estudiar seriamente las condiciones tendentes a una profunda modificación de la situación femenina en la sociedad y especialmente en el mundo laboral. Actualmente no sólo se analizan las causas más importantes de las dificultades femeninas en el trabajo, tales como la orientación profesional, la formación profesional y la readaptación, los problemas planteados por la guarda de los niños, sino que en Suecia se ataca la misma raíz de la situación marginal en que se coloca a las mujeres al replantear, a veces de un modo revolucionario, el reparto de las responsabilidades en el seno de la familia escandinava, y la definición de los famosos «papeles» masculino y femenino.

Efectivamente, un cierto malestar reina entre las mujeres y una encuesta realizada en 1964 durante una semana entre las amas de casa puso de manifiesto que sobre las 108.700 mujeres interrogadas, 9.400 habían trabajado menos de 35 horas por semana porque no habían encontrado un empleo a pleno tiempo, y 79.600 habían declarado que si hubiesen creído poder encontrar trabajo, lo habrían buscado... El Consejo Nacional del Empleo ha basado sus previsiones sobre un incremento del 58 % del número de las trabajadoras casadas. Vemos pues que aún con eso, se seguirá estando por debajo de las necesidades o de los anhelos de las mujeres. No obstante, el problema está planteado, y bien planteado, en Suecia. Según la Constitución sueca el derecho al trabajo es uno de los derechos sagrados que deben ser garantizados sin ninguna discriminación de sexo. Y los suecos empiezan a pensar que, tal y como lo escribía Erik Gustav Geiger a comienzos del siglo XIX, «la posición de la mujer, dentro de cualquier sociedad, ofrece la medida exacta del desarrollo de dicha sociedad».

III. Italianas, alemanas del Oeste y del Este, austríacas, españolas,danesas y finlandesas

LAS ITALIANAS

Al igual que Francia, desde comienzos de siglo el número de mujeres activas ha ido disminuyendo regularmente en Italia. Hemos visto que la brutalidad de esta disminución es fruto de un cierto juego de manos por cuanto la desproletarización de la agricultura italiana transformó a numerosos asalariados agrícolas en propietarios y que, por consiguiente se dejó frecuentemente de contar como «activa» a la mujer del pequeño propietario agrícola porque había dejado de ser asalariada. Sin embargo, no dejaba por ello de salir a trabajar al campo o al huerto o de cuidar los animales. De todos modos es un hecho que desde que la desproletarización agrícola aconteció en Italia, el número de mujeres que trabajan en el agro ha disminuido. En cifras absolutas, la disminución del número de trabajadoras equivale casi a las cuatro quintas partes de la disminución total de la población agrícola. Aun cuando las estadísticas no se sujeten exactamente a la vida real, la disminución del número de campesinas no deja de ser un hecho cabal.

No hay que olvidar que el sector agrícola es sumamente importante en Italia. Mientras que en los EE.UU., sólo el 7 % de la población activa pertenece al sector primario, en Italia un tercio de la mano de obra trabaja en la agricultura, un tercio en la industria y el último tercio en el sector terciario. Sobre los 5.834.000 de italianas «activas» que arrojaba el censo de 1963, cerca de 2 millones estaban empleadas en el sector agrícola, puesto que quedaban computadas 1.795.000, agregándose a esta cifra impresionante las auxiliares familiares.

Si la actividad femenina se hubiese desarrollado en los otros dos sectores, es decir la industria y el sector terciario, no se hubiese producido esa lenta disminución de la proporción de mujeres trabajadoras: en 1901, un 32 % de las italianas trabajaban, mientras que el porcentaje había

bajado en 1961 al 25 %; en 1901, representaban el 32,5 % del total de los trabajadores, representando sólo el 25,2 % en 1961 y el 28,9 % en 1963. Pero parece que el empleo femenino dentro de los sectores no agrícolas esté aumentando demasiado débilmente como para compensar la disminución de las trabajadoras rurales.

La misma proporción de mujeres empleadas en la industria o el comercio ha bajado en Italia durante los 50 primeros años de este siglo:

Industria:	en 1901:	32,4 % de mujeres
	en 1951:	21,9 % de mujeres
Comercio:	en 1901:	33,3 % de mujeres
	en 1951:	28,6 % de mujeres

No hay casi ninguna administración pública en la que no aumente ligeramente su porcentaje de empleadas. La tendencia general del ritmo de desarrollo del trabajo asalariado de las mujeres no deja empero de disminuir en comparación con el ritmo de desarrollo del trabajo asalariado masculino. En algunos sectores se han registrado ciertos aumentos importantes en cifras absolutas: por ejemplo, en comparación con 1937, hay 127.000 mujeres de más empleadas en el comercio y la industria. En realidad, la proporción femenina no deja de disminuir. En muchos casos los hombres han reemplazado a las mujeres. Así en los sectores llamados «femeninos» —textil, vestido— el número de empleos perdidos por las mujeres rebasa los 60.000 mientras que sólo conquistaban 35.000 nuevos empleos en otros sectores. No parece que en Italia se haya producido esa relación de substitución relativamente favorable a las mujeres y que hemos advertido en muchos de los países que acabamos de estudiar. En Italia el progreso del asalariado ha sido más débil que en los demás lugares. Por otra parte, nunca se subrayará bastante que durante todos esos años existió en Italia una sobreabundancia de mano de obra masculina a bajo precio que dificultó el recurrir a la mano de obra femenina. Finalmente, los prejuicios en contra del trabajo de la mujer en el exterior y contra la remuneración a la mujer por su trabajo siguen siendo muy vivaces hasta el extremo de formar una verdadera ideología compartida tanto por las mujeres como por los hombres.

Dada esa situación específica, la desrruralización de Italia, así como el «milagro económico», no han sido provechosos para las mujeres. Los sectores industrial y terciario absorben en primer lugar todo el excedente de mano de obra masculina representado por los tradicionales *disoccupati* y por los campesinos reconvertidos. Estos progresos recientes, pese a su magnitud, no han sido lo suficientemente importantes como para crear empleos suplementarios para las mujeres, las cuales en un país donde el trabajo siempre es muy preciado, son las últimas servidas. El derecho imprescriptible al trabajo se traduce por el predominio masculino absoluto en todos los países que no disfrutan del pleno empleo sino que por el contrario padecen un subempleo endémico.

Los italianos explican eso a su manera e insisten sobre el hecho de que las industrias «femeninas» no han aumentado últimamente en la misma proporción que las industrias «masculinas». Así, no explican el hecho de por qué sólo emplean al 6,9 % de mujeres en la metalurgia mientras que proporcionalmente la mayoría de los países emplean de 2 a 3 veces más. Tampoco aclaran por qué en el sector textil y pese a que como en todas partes su mano de obra disminuye, aumenta la proporción de trabajadores masculinos. Tampoco explican por qué sólo hay un 27 % de mujeres en la industria química mientras que en muchos otros países se trata de un sector «femenino». En realidad, en Italia, el empleo femenino es el último servido mientras que los convidados son numerosos y los víveres no abundan siempre.

No obstante, la situación está cambiando desde hace unos cinco años. Los verdaderos efectos del «milagro económico» se hacen sentir desde hace muy poco tiempo y las cosas no han terminado. Finalmente el sector terciario se está desarrollando con un largo retraso sobre el de los demás países de Europa occidental. Para empezar, está poblándose de hombres y muy especialmente de todos los tránsfugas de la agricultura. El ejemplo más sorprendente que puede ofrecerse acerca de dicha masculinización es el de las actividades vinculadas con el turismo, que no deja de ser un recurso esencial en un país tan hermoso y visitado como Italia. Generalmente, el turismo suele ser un sector en el que las mujeres encuentran fácilmente empleo tanto dentro de la hostelería como en los servicios de información, como guías e intérpretes. Sin embargo, aun cuando los efec-

tivos del sector turístico italiano se han incrementado últimamente en más de un 65 %, la proporción de las mujeres empleadas en el mismo ha disminuido.

Se observan ligeros aumentos del empleo femenino en los seguros, los bancos y los transportes, pero estos aumentos no compensan las pérdidas por cuanto la proporción de mujeres dentro de estas ramas es tradicionalmente muy baja en Italia. Sólo dentro de las comunicaciones se observa un aumento real del porcentaje femenino, pasando a ser más de una tercera parte de los empleados.

Las mujeres sólo han aumentado en número y en porcentaje en los servicios generalmente menospreciados por los hombres.

Sin embargo, desde el año 1961 aproximadamente, se observa un ligero aumento general de los efectivos femeninos en las estadísticas y es de suponer que el aumento proseguirá.

En la actualidad, además del 1.795.000 mujeres que trabajan en la agricultura, las italianas se encuentran mayormente en la industria donde asumen los empleos subalternos: en 1963 eran 1.796.000 en las industrias manufactureras. En los servicios forman un total de 1.139.000. No son más que un 33 % de las asalariadas del comercio, los bancos, los seguros y los negocios inmobiliarios, mientras que las proporciones de mujeres en estas ramas son más elevadas en los EE.UU., Alemania, Suecia, Noruega, Bélgica, Suiza, Francia y Gran Bretaña.

Las italianas integran el 62 % del personal del magisterio pero sólo son mayoritarias en la enseñanza primaria. Sin embargo, la élite femenina italiana de antes del período fascista ha permitido a las mujeres realizar unas conquistas que mal que bien pudieron conservar cuando la ley no les prohibía las funciones que codiciaban. Hoy día, en Italia, todas las profesiones les están abiertas, en principio, a las mujeres. Sin embargo quedan excluidas de la Magistratura, salvo de los Tribunales para menores, y asimismo les está vedada la Diplomacia.[1]

En estos últimos años la educación de las muchachas hizo grandes progresos. Sin embargo, si en 1966, sobre 100 mu-

1. Así como la aviación civil, la marina mercante, las fuerzas armadas, la administración de la policía, la conducción de los tranvías, autobuses, etc.

chachos que terminaron la enseñanza secundaria, 80,9 accedían a la enseñanza superior, sólo el 59 % de las muchachas seguían ese camino. Se sigue vacilando mucho aún en hacer continuar los estudios superiores a las muchachas. En las universidades su proporción referida a la de los muchachos no deja, sin embargo, de ser mejor que en Holanda o en Noruega, mucho mejor que en Suiza y que en Alemania federal y similar a la de Suecia. La situación no deja de mejorar en este sector: en 1955, las estudiantes italianas formaban el 28 % del estudiantado global; en 1963 formaban el 32 %. Lo que más merece la atención es el hecho de que su número ha doblado en 8 años: 38.813 estudiantes del sexo femenino en 1955, y 77.856 en 1963.[2] En la enseñanza superior el profesorado femenino sólo representa el 6 % del cuerpo docente global. Al igual que en numerosos países, las jóvenes italianas se suelen concentrar en las Facultades de Letras (donde constituyen un 67 % del total del estudiantado) y de Pedagogía (donde forman el 75 % de los efectivos); son tan sólo el 17 % en Derecho, el 18 % en Medicina, y si forman un tercio de los estudiantes de Matemáticas y Ciencias naturales, no están por así decirlo representadas en las numerosas escuelas de ingenieros: pues sólo el 1 % del estudiantado son muchachas.

Las consecuencias de las transformaciones de la sociedad italiana sobre el empleo femenino empiezan apenas a manifestarse tímidamente. Hasta la fecha, las relaciones de substitución de la mano de obra han favorecido a los hombres. La desrruralización permitió a éstos reintegrarse en la economía, bien en el sector secundario bien en el sector terciario, mientras que esa misma oportunidad no se les deparaba a las mujeres. Pues no hay que creer que la transformación de un país sumamente agrícola acarree fatalmente esa evolución difícil para el empleo femenino. El caso de Polonia y de Rumania, por ejemplo, ambos países agrícolas en un 80 % antes de la guerra, está ahí para demostrar que la industrialización de un país con tradición agrícola puede realizarse sin sacrificar el derecho al trabajo de las mujeres ni su promoción. Pero teniendo en cuenta el régimen de Italia, cabe pensar razonablemente que ha llegado el momento en que el país empezará a extraer solamente ahora

2. Fuente: Naciones Unidas, *Acceso de las mujeres a la enseñanza superior*, 1966.

los beneficios de su desarrollo de los años 1957-1960, y, con un cierto retraso, veremos a Italia registrar las características del empleo femenino de los demás países de Europa Occidental. Entre los jóvenes, la mentalidad es a buen seguro muy diferente de la mentalidad de la generación anterior y nunca las ideas respecto a la «mujer italiana» evolucionaron tan rápidamente como ahora. En Italia existe una opinión pública femenina llena de entusiasmo y quizá a largo plazo se producirán seguramente los cambios. La sociedad italiana nunca estuvo tan impregnada de la idea de la mujer en tanto que divinidad sagrada del hogar como en la época en que más italianas que en la actualidad trabajaban para vivir. Ahora en que un mayor número de mujeres se dedican a su hogar, las ideas, paradójicamente, evolucionan más rápidamente que a comienzos de siglo cuando la península era uno de los países de Europa en el que las mujeres trabajaban más.

LAS ALEMANAS

Alemania Federal

Pocos países conocieron unas fluctuaciones en el trabajo de las mujeres tan sensibles como Alemania. Nación de vieja tradición trabajadora, Alemania se ha visto sacudida en sus cimientos por unos acontecimientos políticos, sociales e ideológicos que en cada ocasión afectaron el destino de las mujeres alemanas. Éstas parecen haberse sometido cada vez con disciplina al espíritu de la época como si ellas mismas hubiesen estado, al igual que la sociedad alemana, preocupadas y poco seguras de su propio papel. La ideología de la mujer alemana ha variado mucho; ora predominaba la famosa trilogía «*Kinder, Kirche, Küche*» que ordenaba a la mujer el limitarse a su horizonte familiar y doméstico más estrecho; ora predominaba el ardor por el trabajo que asumía el sueño patriótico y se estimulaba a las mujeres a integrarse ampliamente en la actividad económica. Obligada desde el final de la última guerra a una estricta economía de paz, sin posible escapatoria militar, Alemania, al igual que el Japón, parece haber transformado sus sueños de dominación militar en unos objetivos económicos y haber trans-

ferido sus energías a la carrera hacia el desarrollo, fuertemente sostenida por los EE.UU. en razón de la división política de Europa durante la guerra fría. La mujer «sumisa y esclava» del período hitleriano, de la cual se exaltaba sobre todo las funciones reproductoras, se ha revelado muy útil e incluso indispensable para realizar esa recuperación económica fulminante que hace el orgullo de la Alemania actual. Las alemanas que se había censurado por querer ganarse la vida al principio del nazismo fueron estimuladas a hacerlo cuando el país se lanzó a su reconstrucción. Las pérdidas humanas habían sido tales que no es posible imaginar cómo el país hubiese podido dispensarse de utilizar las energías femeninas:

	1939	*1950*	*1961*
Población	43.008.300	50.808.900	56.184.900
Hombres	21.038.000	23.722.900	26.418.300
Mujeres	21.970.300	27.086.000	29.766.600

FUENTE: *Statistisches Jahrbuch für die Bundesrepublik Deutschland*, 1966.

En 1950, Alemania contaba con un excedente de mujeres de más de 4.500.000. Así pues, es lógico que entre 1950 y 1960 el aumento del número de mujeres trabajadoras se cifrara en más de 2.500.000. Sin embargo, dicho incremento ha proseguido más allá de los límites de la pura compensación demográfica.

ASALARIADAS EN EL TERRITORIO FEDERAL (SIN BERLÍN).

años	*hombres*	*mujeres*
1950	9.996.000	4.299.000
1956	12.454.000	6.156.000
1962	13.976.000	323.000

FUENTE: Ministerio federal del trabajo y del Orden social, 1965.

Durante los mismos años, mientras que la cifra de los hombres que ejercitaban una actividad independiente disminuía, el número de mujeres trabajadoras independientes se incrementaba en 160.000 (de 600.000 a 760.000 en diez años).

De cada tres mujeres alemanas, una trabaja: el porcentaje de las mujeres activas referido a la población femenina total asciende al 33,4 %. Si se separan las edades de activi-

dad y se calcula el número de mujeres activas en relación con las alemanas de 15 a 60 años de edad, se llega a la proporción del 48,4%. Estas cifras son importantes. Tanto más cuanto la aportación de las mujeres a la mano de obra total del país rebasa el 36 %. Se trata de uno de los porcentajes de actividad femenina más elevados de Europa si se exceptúan los países socialistas. El incremento del número de mujeres trabajadoras se verificó sobre todo durante el período de conquista de la prosperidad: tomando como base la cifra 100 para el año 1950, se observa que la población masculina asalariada se encuentra en 1964 en el índice 154,3 mientras que la población femenina asalariada se encuentra en el índice 174,3. El aumento del trabajo femenino asalariado se acentuó entre 1960 y 1964, cuando el desarrollo del país era ya un hecho.

El único sector del empleo femenino en disminución es el de la agricultura. En diez años, las asalariadas agrícolas han perdido la mitad de sus efectivos y las auxiliares familiares no retribuidas han disminuido en 500.000 personas. (Generalmente se considera que el 70 % de las auxiliares familiares se encuentran en el sector agrícola.)

Esta tendencia a abandonar la agricultura por las profesiones de los sectores secundarios y terciarios es muy característica de los países en pleno desarrollo industrial, pero lo que le es peculiar a Alemania es la distribución de los sexos durante dichas reconversiones. Mientras que en Francia las mujeres fueron más numerosas en dejar la agricultura y continúan abandonándola a un ritmo más acelerado que los hombres, en Alemania son los hombres los que se marcharon los primeros. En total, en 1963, en Alemania quedaban más mujeres (1.715.000) en la agricultura que hombres (1.457.000). Constituyen pues el 54,1 % de los trabajadores de la tierra, cosa que parece una paradoja. Es posible ponderar fácilmente la realidad de ese fenómeno en unas regiones como la de Baviera donde pueden verse corrientemente los matrimonios cuyo marido trabaja en la industria o el comercio estando la esposa a la cabeza de la explotación agrícola familiar tradicional. La mujer acumula sus tareas de madre de familia con las de jefe de explotación, cuidando tanto del ganado como de la tierra. El marido ofrece como explicación a esta situación el hecho de que la agricultura ya no es suficientemente rentable y que gana más en otro lugar, pero que no por eso hay que abandonar la

propiedad. De manera que a la esposa le toca convertirse en el ama de la hacienda, efectuando las tareas que antaño jamás le hubieran confiado y esto porque relativamente la agricultura rinde menos. Una vez más se verifica la vieja ley del reparto de las tareas, que no se establece tanto a partir de la escrupulosa observancia de las capacidades o resistencias comparadas de la mujer y del hombre, como, mucho más sencillamente, a partir de los beneficios, tanto en dinero como en prestigio, que es posible extraer de una actividad cualquiera. Hace solamente 50 años, las campesinas alemanas habrían sacado un gran prestigio de convertirse de ese modo en dueñas absolutas de sus fincas. En estos momentos, esas mismas tareas que realizan y que siguen siendo tan penosas y tan difíciles, no les confieren ese prestigio por cuanto la agricultura se ha convertido en una actividad menospreciada por ser poco remuneradora.

Las mujeres empleadas en la industria, representan el 28,3 % de la mano de obra alemana en dicho sector, lo que, dado el alto grado de industrialización del país, se traduce por la cifra muy importante de 3.661.000 mujeres obreras. Desde 1950, en todas las ramas de la industria aumenta el número de las mujeres obreras. Sin embargo, ciertas industrias atraviesan por una mayor expansión en comparación con otras y algunas cuentan con un grado más elevado de feminización. Como en todas partes, en el sector textil, el vestido y las industrias alimenticias dominan las mujeres. La industria tabacalera y la confitería se hallan casi exclusivamente en manos de las obreras. Fuera de esos sectores tradicionalmente femeninos, las mujeres han conquistado posiciones en la siderurgia y la metalurgia, industrias en las cuales sus efectivos se han incrementado, en diez años, en un 162,3 %. También son muy numerosas en la electrónica, la mecánica de precisión, la óptica, la relojería, la ferretería, y en general dentro de la pequeña metalurgia. Tienen asimismo una amplia predominancia en la fotografía, la fabricación de juguetes —gran especialidad alemana— y en suma en todos aquellos sectores en los que el ingenio y la habilidad son más necesarias que la fuerza física, lo cual no deja de ser lógico. Como quiera que esas industrias siguen desarrollándose y que los métodos de fabricación, así como la automación, favorecen a los puestos de «movimientos» más que a los de «fuerza», cuando menos al nivel de ejecución, las mujeres ingresan en número cada vez mayor en la industria. Sin

embargo, continúan integrando los empleos inferiores y muy raras veces consiguen llegar a los puestos de contramaestres, salvo en las industrias exclusivamente integradas por mujeres.

El aflujo más importante de mano de obra femenina se ha verificado en el sector terciario. También ha aumentado rápidamente el número de las mujeres empleadas en la artesanía (240 % en diez años contra 17 % para los hombres en este mismo ramo), pero esta tasa de progresión no se refiere tanto a la mano de obra muy especializada como a las obreras. Sin embargo, hay en Alemania algunas hijas de artesanos que vuelven a hacerse cargo de la empresa paterna que el hijo ya no quiere continuar y de este modo las hijas se convierten en maestras panaderas, plomeras o pintoras.

Sin embargo, el grupo de las funcionarias y empleadas es, con sus 3.670.000 mujeres, el más importante de la población femenina activa alemana donde las mujeres representan el 44 % de los efectivos de dicho grupo. En diez años sus filas se han incrementado en un 150 % en el comercio, los bancos, los seguros y también son más de 1 millón en los servicios públicos. Las empleadas gozaban de un cierto prestigio que aún no se ha gastado y que no corresponde ni mucho menos a la modestia de sus ganancias. Así es frecuente ver a una obrera pasar a trabajar de oficinista incluso a costa de una disminución de salario por el mero hecho de desear pertenecer a un estrato social un poco más prestigioso. Los servicios domésticos sufren un descenso de sus efectivos por esas mismas razones y las jóvenes empleadas suelen dirigirse más gustosamente hacia los servicios de un carácter más anónimo y menos «infamantes» del sector público. El trabajo doméstico —sin embargo, tan apreciado en Alemania— ha dejado de tener éxito entre las mujeres hasta el extremo de que periódicamente se habla de instituir una especie de «servicio doméstico» comparable al «servicio militar» de los varones, para poder asegurar la asistencia a los ancianos y enfermos y cuidar de los niños de las mujeres que trabajan. Afortunadamente, la Constitución alemana cuenta con una ley fundamental cuyo artículo 12 estipula que todos los alemanes tienen derecho a escoger libremente su profesión, su lugar de trabajo y su lugar de formación. De no ser así las mujeres alemanas, que ya tropiezan con difi-

cultades en el mundo laboral por causa de los nacimientos, el cuidado de sus hijos y sus cargas familiares, se hubieran visto por añadidura enroladas como domésticas públicas por un período obligatorio equivalente al servicio militar de los hombres. En todo caso, el sentir de las jóvenes alemanas se manifiesta elocuentemente en favor de la deserción de las profesiones con carácter doméstico, las cuales gozan, sin embargo, de toda suerte de garantías y que en la actualidad están mucho mejor remuneradas que numerosos empleos de oficina. Esa postura negativa ya la habíamos observado durante la primera industrialización de Alemania: antes la fábrica que la «servidumbre» doméstica —contestaban las muchachas interrogadas. Dicha postura se ha mantenido pese a que toda una serie de medidas han sido tomadas para aliviar y mejorar las profesiones domésticas. Eso no deja de ser elocuente acerca de lo que debió ser en Alemania el concepto de la domesticidad en las épocas en que la superabundancia de mano de obra obligaba a las muchachas a irse de sirvientas sin rechistar.

Efectivamente, la coyuntura económica no ha sido nunca tan propicia como la de estos últimos años para el trabajo femenino. Las ofertas de empleos y sobre todo de puestos de aprendizaje son más numerosas que las demandas para las jóvenes. En 1950, quedaron vacantes por falta de postulantes 7.927 puestos de aprendizaje; en 1963 la cifra ascendía a 91.081.

Debido a la extensión de la investigación científica y al desarrollo económico, numerosas profesiones nuevas se ofrecen a las mujeres: por ejemplo, las mujeres alemanas son mayoritarias en los consultorios jurídicos y económicos. Se abren fácilmente camino en Química y Biología así como en los laboratorios. También encuentran numerosas salidas en las comunicaciones, la radio y la televisión, y la industria editorial. Las profesiones paramedicales y medicales gozan de un gran prestigio en Alemania y atraen mucho a las muchachas.

Las Facultades de Medicina y de Farmacia han registrado igualmente un fuerte incremento de sus plantillas femeninas. En 1959, había ya un 36 % de mujeres entre los farmacéuticos, cifra inferior a la de Francia pero manifiestamente más alta que en los demás países de Europa occidental. En ese mismo año, un 28 % de los diplomas de doctor en

Medicina fueron para mujeres, lo cual hace pensar que la profesión va a feminizarse hasta cierto punto.[3]

En cambio, la participación de las mujeres alemanas en el sector educacional es bastante más reducida que en la mayor parte de los países adelantados. Pues no son ni tan siquiera mayoritarias en la enseñanza primaria donde sólo representan el 45 % del magisterio y no forman más que el tercio del profesorado de la segunda enseñanza. En el nivel superior, las mujeres no son más que un 5,8 %, casi todas ellas asistentes. Entre los 2.900 profesores de universidad sólo se cuentan 18 mujeres, de las cuales 7 en Letras. Un reciente sondeo ha puesto además de manifiesto que el 90 % de los profesores de universidad se pronuncian categóricamente contra el acceso de las mujeres a dichas funciones. Las razones que alegan son perentorias: «La universidad es un asunto masculino», o bien, «el intelecto es un privilegio de los hombres», «ni el pensamiento lógico ni la educación de los hombres convienen a las mujeres» y finalmente, un argumento masivo: «Las mujeres profesoras de universidad ya no son mujeres».[4] La participación de las mujeres en las profesiones de la Abogacía y de la Magistratura también es muy débil. En 1959, sólo se contaba un 10 % de muchachas entre las licenciadas de las Facultades de Derecho. La Magistratura no está prohibida a las mujeres pero el número de jueces del sexo femenino sigue siendo ínfimo, del orden de 1,9 %. Estas mujeres magistrados suelen hallarse confinadas por lo demás en los Tribunales ordinarios y no figuran ni en los Tribunales financieros ni en los Tribunales constitucionales o disciplinarios. Las abogadas sólo constituyen el 3,1 % de los miembros de la profesión.

Son raras en los cargos elevados de la Administración:

funcionarias		*empleadas*	
1a. clase	1,2 %	1a. clase	5,9 %
2a. clase	2,2 %	2a. clase	8,8 %
3a. clase	13,4 %	3a. clase	65,5 %
		4a. clase	77,1 %

FUENTE: «Realidades alemanas», servicio de prensa y de información del Gobierno Federal alemán, 1962.

3. 14 % de mujeres médicos en 1960.
4. Según Florence HERVÉ-MURRAY, estudio sobre *La Encuesta sobre la mujer alemana del Bundestag*, 1966.

La participación de las muchachas en la enseñanza superior parece francamente débil. Sin embargo se han verificado notables progresos por cuanto el número de muchachas matriculadas en las universidades y las escuelas superiores ha crecido de 33.649 en 1955 a 86.024 en 1963. Cabe afirmar que este número se habrá triplicado dentro de un período de diez años, lo que representa una verdadera revolución en las costumbres. Sin embargo, el porcentaje femenino dentro de la enseñanza superior era en Alemania de los más bajos: el 19 % de los efectivos estudiantiles en 1955 y únicamente Suiza y Noruega registraban unos porcentajes más bajos aún. Desde entonces se ha producido un incremento y el porcentaje era de un 28 % en 1966. Con todo, se trata de una cifra muy débil para una gran nación de vieja tradición intelectual. (En Francia, la enseñanza superior cuenta con un 40 % de muchachas estudiantes.) Además, las estudiantes alemanas abandonan a menudo sus estudios antes de terminar. Pese a la excelente calidad de la enseñanza de la tecnología, en Alemania apenas un 20 % de las muchachas siguen esa vía, con lo que el número de mujeres ingenieros no deja de ser marcadamente ínfimo y lo seguirá siendo.

En resumen, cabe subrayar la notable extensión del trabajo femenino desde la última guerra en la Alemania Federal, atribuyéndolo por una parte a una situación demográfica desequilibrada y por otra parte a la brutal mutación de la actividad de un país que acaba de registrar su mayor período de prosperidad desde sus orígenes. Esta prosperidad tuvo como consecuencia la creación de numerosos empleos y absorbió totalmente el subempleo femenino endémico que afectaba al país. Sin embargo, las mujeres no han conquistado unos puestos muy interesantes. Se han conformado a menudo con lo que los hombres les abandonaban, mostrando únicamente su voluntad resuelta en el rechazo de las profesiones domésticas.

Alemania ha emprendido tardíamente la democratización de su enseñanza superior, abriendo ampliamente sus puertas. Las muchachas han aprovechado esa coyuntura y el número de las que estudian ha triplicado rápidamente sin alcanzar no obstante y relativamente al número de muchachos una proporción muy notable. Alemania se halla algo así como dividida entre su antiguo culto por el concepto prestigioso que se hacía del cometido doméstico y familiar de la

mujer y la confortable realidad actual garantizada por la actividad femenina fuera del hogar. La opinión pública así como la gubernamental concilian esos dos valores fingiendo pensar que la vida profesional no deja de ser para la mujer alemana un accidente transitorio. Este accidente seguramente perdurará al generalizarse por lo que será preciso traducirlo ideológicamente de un modo coherente.

LAS AUSTRIACAS

Austria sigue siendo un país en el que desde hace mucho tiempo la participación de las mujeres en la vida activa es muy importante. Los efectivos globales, que habían disminuido en el período de entre las dos guerras, han vuelto a aumentar, mayormente desde 1950. Dado que el país tenía una predominancia rural cabía esperar la reducción del número de campesinas: efectivamente, ya no representaban en 1961 sino el 30 % de las mujeres activas mientras que en 1934 constituían el 44,2 %. Sin embargo, y al igual que en Alemania, la agricultura ha perdido a un mayor número de hombres que de mujeres y actualmente las mujeres forman el 52,4 % de los trabajadores del sector primario mientras que antes de la guerra eran menos numerosas que los hombres en dicho sector.

El servicio doméstico se halla igualmente en constante disminución. En cambio, la participación de las mujeres en la industria se ha incrementado singularmente. Es muy importante para el país (el 38 % de las mujeres trabajadoras están en la industria.) El comercio, las profesiones liberales (5,3 % de las mujeres activas en 1934, el 10 % en 1961), los servicios públicos se benefician del deslizamiento de la mano de obra fuera de la agricultura o del servicio doméstico, probablemente por rotación, sirviendo la industria como etapa transitoria.

REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA

Muy elevada ya en los años 1950, la participación de las mujeres en la actividad económica de la Alemania del

Este ha seguido incrementándose considerablemente entre 1952 y 1962. En esta fecha, el 60,6 % de las mujeres de 15 a 65 años de edad eran activas (contra el 46'2 % en 1952). Durante esos diez años la agricultura había perdido 200.000 mujeres y contrariamente a la Alemania Federal o a Austria las mujeres se habían vuelto minoritarias (46 %) en la agricultura. Se habían dirigido sobre todo hacia la industria en la que representan actualmente el 40 % de los efectivos —proporción igual a la de la URSS— y netamente más elevada que todas las que hemos observado en los países occidentales. Sin embargo, el comercio es el sector que aparece más feminizado y que ha registrado el mayor incremento de efectivos femeninos. (En 1952, el 56,5 % de las empleadas de comercio, pasando esa proporción a un 65,7 % en 1962.) Finalmente, los «sectores no productivos», es decir, los empleos de oficina y las profesiones intelectuales, se feminizan cada vez más: en 1962, un número de 869.500 mujeres representan el 64,5 % de las personas empleadas en dicho sector. Las mujeres de la República Democrática Alemana no llegan a ser tan numerosas como las rusas relativamente al total de los trabajadores pero casi. Sobre 100 personas activas, 46 son mujeres[5] en Alemania oriental.

LOS PAISES SOCIALISTAS DE EUROPA ORIENTAL

En todos estos países: Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Rumania, los recursos de mano de obra femenina han sido utilizados al máximo desde la transformación del país en República Popular socialista. Así, en Polonia, el Plan sexenal de 1950 preveía que el empleo femenino debía incrementarse en 877.000 unidades o sea en más del 80 %. En Checoslovaquia, el porcentaje de las mujeres en el conjunto de las fuerzas activas pasó del 35,1 % en 1947 al 41,3 % en 1953 y al 42,3 % en 1959. En Bulgaria y en Rumania se observa una evolución análoga, pero el número de mujeres ligadas con la agricultura sigue siendo muy elevado en estos países. En 1967 continúa alcanzando cerca del 70 % en Rumania. En casi todos estos países volvemos a encontrar una

5. Véase: *Die Frau in der Deutschen Demokratischen Republik, Staatische Zentral Verwaltung für Statistik,* 1963.

concentración de mujeres e incluso una mayoría en los sectores siguientes: agricultura (con un número considerable de mujeres cualificadas en agronomía y en zootecnia, contrariamente a lo que sucede en Occidente), comunicaciones y transportes, comercio y restaurantes, comedores, etc..., servicios municipales, administración de la vivienda, educación, cultura, orientación profesional, bancos y seguros, y finalmente en los servicios sanitarios y sociales en los que las mujeres figuran a menudo con las tres cuartas partes más o menos del personal ocupado en este sector.

Por ejemplo, en Checoslovaquia las mujeres forman actualmente el 33 % de la mano de obra cualificada y altamente especializada. Sin embargo, en 1961 sólo seguían representando el 23 % de las diplomadas de la enseñanza secundaria. Estas proporciones muy desfavorables para las muchachas van a enmendarse seguramente en los años venideros por cuanto en los años 1963-64 el número de las muchachas era superior al de los muchachos en las escuelas secundarias. Asimismo, el incremento es muy importante en lo que se refiere a los estudios superiores: en 1960 las muchachas constituían el 37,1 % del total del estudiantado de las escuelas superiores y universidades, y en 1963 ya habían alcanzado el 41,2 % del conjunto del estudiantado. Vemos, pues, que la promoción femenina será mucho más clara a partir del año 1970 aproximadamente cuando los contingentes de muchachas estudiantes mucho más importantes que los de los años 60 irrumpirán en el mercado del trabajo.

La promoción y la actividad de las mujeres de los países del Este están garantizadas para el futuro; el aspecto más interesante de estos países no deja de ser la forma más o menos original adoptada para aliviar a la mujer de sus tareas domésticas o familiares demasiado pesadas, con el fin de liberarla para ejercer una actividad productiva. Tras haber partido en flecha, las iniciativas en favor de la madre trabajadora se han frenado y hay quienes se formulan la pregunta acerca de su rentabilidad. Cabe preguntarse si esas vacilaciones no mueven a pensar que ya se ha logrado realizar la plenitud de los efectivos femeninos para el trabajo y si no seremos testigos en los años venideros de un estancamiento del número de las mujeres trabajadoras. Parece haberse producido una saturación, de un lado a causa de las muy claras dificultades con que los Gobiernos tropezaron para poner en marcha los servicios sociales necesarios para

esa movilización de las mujeres y de otro lado porque se ve despuntar un revisionismo, latente aun cuando no manifiesto, en las convicciones de esos Gobiernos respecto a la emancipación de la mujer del trabajo doméstico. El clima ideológico ya no es el que animara a Lenin, firme en su convicción de que la liberación de la mujer de la «esclavitud doméstica» y su mejor integración en la actividad de un país eran «una necesidad política absoluta».

LAS ESPAÑOLAS

Ningún otro país habrá observado durante más tiempo la clausura de la mujer, estrictamente reducida al mundo doméstico. «La mujer ha de quedarse en casa con la pierna rota» dice un proverbio castellano. Hemos visto cómo a comienzos del siglo XX España era ya uno de los países en los que el porcentaje de mujeres activas era más bajo. Bajó incluso hasta el 10 % de la población femenina total. Ahora bien, no hay que olvidar que España ha sido hasta hace muy poco tiempo, un país esencialmente agrícola y esas cifras de mujeres activas no significa que las mujeres no ayudasen en la producción, la cosecha y el cuidado de los animales. No se trataba, sin embargo, de una actividad asalariada, ya que ésta se veía con malos ojos. La mujer trabajadora era por lo general una sirvienta. Hacia 1950 se empieza a notar una lenta evolución; en 1966, el 17,7 % de las mujeres son activas y ya representan el 23 % de la población trabajadora. En suma, el porcentaje de las españolas que trabajan ha doblado en quince años.

Las estadísticas son mudas en lo que atañe al número de mujeres empleadas en la agricultura como auxiliares familiares no retribuidas, pero cabe suponer que es bastante considerable. El número de obreras es el que más ha aumentado, pero las tres cuartas partes de las mismas son obreras no cualificadas. En el sector secundario, sólo el 0,07 % de las mujeres ocupan un cargo de dirección y el 0'4 % pertenecen a los cuadros.

En el sector terciario, la promoción es igualmente modesta: el 0'7 % en los puestos directivos y el 7,6 % en los puestos de cuadros medianos.

La enseñanza sigue estando extremadamente compartimentada, ya que las muchachas siguen siendo educadas en unos establecimientos religiosos diferentes de los de los muchachos. Pero lentamente, la universidad, que en 1925 sólo contaba con el 5 % de muchachas, las acoge ahora más ampliamente. La brutal industrialización del país y su desarrollo económico han propiciado una especie de mutación que también tuvo su efecto en la imagen de la mujer. El resultado es aún modesto por cuanto sólo el 20 % del estudiantado pertenece al sexo femenino en 1966, pero esto no deja de ser, sin embargo, una proporción netamente superior a la de Suiza, por ejemplo. No hay que olvidar que las leyes españolas aún no son muy igualitarias pese a la ley de 1961 en virtud de la cual les son reconocidos a las mujeres para las actividades políticas y profesionales los mismos derechos que a los hombres. Así, la mujer sólo es mayor de edad a los veinticinco años mientras que el varón lo es a los veintiuno. Las carreras jurídicas le están vedadas a la mujer.

Existe casi una paridad entre los muchachos y las muchachas en la escuela primaria, pero el retraso de las muchachas se deja sentir a partir de la enseñanza secundaria, con sólo un 38 % de alumnas del sexo femenino. Las estudiantes de la enseñanza superior se orientan hacia los estudios de «adorno» que no preparan a ninguna carrera. Un fuerte porcentaje realizan estudios literarios. Sólo se cuentan en todo y por todo tres profesoras de universidad.

Una sociólogo española, Amelia Arana, consideraba en la conclusión de una encuesta recientemente realizada que «el movimiento de pseudopromoción femenina sólo obedeció a unas motivaciones estrictamente económicas». «La sociedad española conserva su configuración de antaño. Las mujeres no llegan a identificarse con esa sociedad porque la mayoría se resignan a ser meras espectadoras, no queriendo asumir las responsabilidades que comporta toda auténtica libertad.» Su encuesta señala que «la mujer española está atravesando por una grave crisis que puede comprometer su futuro. De un lado sus cualidades primitivas se han ido desvaneciendo poco a poco y ha perdido la fe biológica en las tradicionales virtudes femeninas —sumisión, pureza, abandono al matrimonio y a la maternidad. Aún no tiene conciencia de su nuevo estado y se comporta aún, a menudo,

como una niña.»[6] No deja lugar a dudas que el desarrollo económico del país —por sorprendente que sea su ritmo— no aventajará a las mujeres sino en la medida en que ellas operen una verdadera mutación interior. Sin embargo, nada las empuja por ese camino y mayormente la segregación de los sexos y la profunda dicotomía de los cometidos tal y como siguen practicadas casi anacrónicamente por la sociedad española. Se está creando, sin embargo, una especie de proletariado femenino de domésticas susceptible de ir formando gradualmente una especie de clase intermedia más dinámica en el seno de la cual las mujeres evolucionarán más rápidamente que las muchachas pertenecientes a la burguesía.

LAS SUIZAS

Suiza contaba en 1960 con 756.418 mujeres activas, o sea el 27,4 % del total de la población femenina y el 30 % de la población activa global. Estas proporciones razonables no son ninguna novedad en Suiza. A comienzos de siglo la tasa de actividad de las mujeres era un poco más elevada, sobre todo entre los años 1905 y 1925. El porcentaje aumentó un poco entre 1950 y 1960 sin volver a asumir no obstante la importancia que tuviera en los años 20. Sin embargo, cabe hablar con justeza de estabilidad.

Suiza no pertenece a Europa central en lo que atañe al trabajo femenino en la agricultura, pues su participación en dicho sector es muy débil, con un 4,7 % en 1950 y un 4,3 % en 1960. Sin embargo, no debe olvidarse que basta no contar como activas a las «auxiliares familiares» para que baje brutalmente la cifra de las mujeres ocupadas en el agro.

El porcentaje de las mujeres empleadas en la industria es bastante elevado, puesto que 279.100 mujeres trabajan en el sector secundario, lo que representa un 36,8 % de las mujeres suizas activas. Es una proporción considerable, quizás la más importante de los países occidentales. (Es verdad que estas obreras sólo representan el 27,8 % de las personas empleadas en la industria.)

Los servicios ocupan un número de personal mayor aún

6. Número especial sobre la mujer de «Cuadernos para el diálogo», junio 1966.

puesto que totalizan un número de 286.000 mujeres (el 37,7 % de las trabajadoras), a las que hay que agregar las 146.700 mujeres empleadas en los bancos, los seguros y el comercio, siendo estas últimas las que aumentan con mayor rapidez. Por otra parte resulta interesante comparar el importante papel que las mujeres desempeñan en la industria turística tan desarrollada en Suiza con el papel bastante reducido de las italianas: en Suiza son las mujeres quienes trabajan principalmente en la industria hostelera y los servicios turísticos; 91.600 mujeres participan de una u otra forma en las actividades de acogimiento de los turistas y en los transportes.

Hasta el presente, Suiza aparece como carente de alguna individualidad específica en cuanto se refiere al trabajo femenino. Sin embargo, es difícil hallar un país en el que la promoción femenina parezca consentirse de un modo tan parsimonioso. No huelga recordar que Suiza es el feudo inexpugnable de los europeos antifeministas, pues los varones suizos niegan a sus mujeres el derecho de voto. Suiza es asimismo el país que brinda menos oportunidades a las muchachas para abrirse una carrera interesante. En Suiza la proporción de muchachas estudiantes es la más baja de Europa: 83 por mil. En 1963 sólo se contaba pues en Suiza con el 14 % de muchachas entre los estudiantes, es decir un total de 4.848 estudiantes femeninas en todo y por todo. Suecia, con una población más o menos igual cuenta con 9.500. El porcentaje de muchachas en la enseñanza superior es netamente más del doble por ejemplo en Italia. Además esta situación no se mejora, pues las estudiantes suizas eran un 15 % en 1955, un 16 % en 1958 y un 14 % en 1963.[7] Se trata, por consiguiente, de un hecho tanto más inquietante en cuanto el número de mujeres que trabajan es bastante importante. Cabe hablar realmente de una inferioridad sistemática de la mujer suiza, inferioridad mantenida por una opinión pública muy conservadora. Las estudiantes suizas se dirigen mayormente hacia la Pedagogía pero con una salvedad y es que siguen siendo muy minoritarias en todos los demás sectores; no se cuenta ni una sola en las escuelas de ingenieros, sólo el 8 % en Derecho y el 19 % en Medicina. Además, la mitad de las mujeres con una instrucción superior no trabajan luego en la profesión para la cual se habían preparado.

7. Deducidas las extranjeras que cursan estudios en Suiza.

Dinamarca ofrece una fisonomía que recuerda mucho más a Suecia que no a su vecina Alemania. Sin embargo, las variaciones en la natalidad y la incidencia de la guerra y de la ocupación germana han promovido algunas fluctuaciones más importantes en la mano de obra femenina. En cifras absolutas ésta ha aumentado, pero muy poco en porcentaje, debido al considerable aumento de la longevidad femenina.

Las danesas representan actualmente el 32 %, aproximadamente, de las personas activas (trabajan 1.375.000 mujeres). Cabe agregar las bastante numerosas mujeres que trabajan media jornada o irregularmente y que no se declaran con ocasión de los censos como activas. Durante la década del 40 parece que la proporción de las mujeres activas haya sido más elevada. Pero, sobre todo desde 1950 el esfuerzo educacional ha sido tal que el número de muchachas trabajadoras ha disminuido mucho; en la actualidad suelen estudiar. Esta disminución que pone de manifiesto el dinamismo democrático de la nación danesa se halla compensada por el regular incremento del número de mujeres adultas y especialmente de edad madura que ingresan en la vida activa. Así, las tasas globales de trabajadoras referidas a la población femenina total no han cambiado; sin embargo, en treinta años, el número de las mujeres casadas que trabajan se ha triplicado...

El incremento del número de mujeres trabajadoras se ha manifestado sobre todo en las ciudades donde sus efectivos han doblado desde 1930 a 1960.

Las danesas son poco numerosas en la agricultura, siguiendo en ello, no el esquema corriente en Europa central, sino más bien el de Suecia, Holanda y Noruega.

La cuarta parte de las trabajadoras está en la industria, generalmente empleadas como obreras no cualificadas. Son netamente mayoritarias en la industria textil, de la alimentación, la industria química, de equipos eléctricos y electrónicos. La ley sobre la formación profesional de los obreros no cualificados (*Lov om Erhvervsmaessig Uddannelse af Ikke-faglaerte Arbejdere*) del 11 de mayo de 1960 empieza a permitirles elevar su nivel de cualificación.

Cerca del 70 % de las danesas activas trabajan en el sector terciario y los servicios. Forman exactamente la mitad del número total de los empleados del reino. La promoción

femenina es más bien mediana o reducida. Como en todas partes hay muchas enfermeras y maestras, pero la feminización de las profesiones liberales no ha progresado mucho: en la abogacía hay un 10 % de mujeres, un 15 % en la medicina y un 25 % de dentistas. Proporciones medianas, sin más. El régimen fiscal no es muy favorable para las mujeres casadas y la esposa que trabaja toda la jornada suele sacar menos ventajas que su marido incluso tratándose de dos empleos idénticos.

El acceso de las muchachas a la enseñanza secundaria es ahora un hecho, pero no ocurre lo mismo con la enseñanza superior, en donde sólo se cuentan 65 muchachas. Sin embargo, los progresos son constantes, con un 29 % de estudiantes del sexo femenino en 1955, un 31 % en 1958 y un 35 % en 1962. Dinamarca cuenta con más de 12.000 muchachas estudiantes o sea mucho más del doble de Suiza pese a que en este último país hay un número más crecido de muchachas.

LAS FINLANDESAS

Finlandia ha sido siempre uno de los países del mundo donde la actividad femenina era de las más elevadas. En 1940-1950, el 43 % de las finlandesas trabajaban. Esta proporción parece aún más destacable cuando se observa que se trata de una nación cuya población se halla muy dispersa, lo cual no favorece mucho el trabajo de la mujer casada y donde el sector agrícola sigue siendo muy importante aún. Veremos cómo una importante proporción de finlandesas continúan trabajando hasta edad avanzada y cómo el matrimonio no las aleja de la vida activa. Pero lo que quizá sea más destacable aún y que explica la gran actividad de las finlandesas es el excelente nivel de su instrucción. Este pequeño país ya contaba en 1963 con 15.000 estudiantes del sexo femenino en la enseñanza superior, o sea el 49 % de los efectivos totales universitarios y de las escuelas superiores. Se trata en este caso de una tradición, por cuanto los éxitos de las mujeres finlandesas en el estudio son ya antiguos. Y es que este país promovió una verdadera revolución en los métodos de enseñanza ya por los años 30. En Finlandia hace ya mucho tiempo que la enseñanza es mixta. Es quizá uno de los países del mundo donde las ideas son más

progresivas y donde los prejuicios son de menos peso cuando de la mujer se trata; no obstante, quizá debido a su alto grado de instrucción, de cualificación y de actividad, las finlandesas no se duermen sobre los laureles y no se consideran satisfechas. En Finlandia se están llevando a cabo profundas investigaciones acerca de las determinaciones de los «cometidos sexuales» y los grupos mixtos de profesionales de todos los horizontes están acorralando las reminiscencias de los prejuicios desfavorables a las mujeres.

Vale la pena subrayar que la rapidísima y acusada evolución de las finlandesas hay que apuntársela a la educación. Pues esta educación propició la inteligente utilización de los recursos femeninos y, en un país poco dotado por la Naturaleza, una elevación destacable del nivel de vida.

Las finlandesas se reparten con relativa armonía en los tres sectores principales de la actividad, con cierta predilección por el sector terciario, pues forman el 40 % de la mano de obra agrícola, el 39 % del personal industrial, el 53 % de los empleados de comercio y el 69 % de los empleados de los servicios. Volveremos a referirnos más adelante a los problemas de la formación profesional. Nos limitaremos a señalar aquí que Finlandia aparece como uno de los países donde el porcentaje de mujeres instruidas profesionalmente es más elevado.

¿De dónde procede esta actitud activa e independiente de las mujeres finlandesas? Ciertos sociólogos fineses —entre ellos la señora Elina Haavio-Manilla— se preguntan si el modelo de diferenciación de los sexos no se halla influenciado por las lejanas pervivencias de una tradición matriarcal. Si se quiere buscar a toda costa un matriarcado ¿será quizá necesario ir a buscar sus huellas en Finlandia?

BREVE CONCLUSIÓN.
Respecto a los efectivos de las mujeres trabajadoras, su distribución, la promoción profesional femenina y las perspectivas futuras

Es harto difícil resumir a grandes rasgos la reciente evolución del empleo de las mujeres en Europa y América del Norte. Si es preciso esquematizar, destacaremos los puntos siguientes:

a) Los países occidentales que ya conocen desde comienzos de siglo una participación femenina en la mano de obra global del orden de un tercio o superior al tercio no han registrado ningún aumento notable de esta proporción. A veces incluso ha bajado, como por ejemplo en Francia, Italia y Bélgica.

b) Los países donde, hasta después de la Segunda Guerra Mundial, el índice de actividad femenina era muy bajo han conocido recientemente unos incrementos espectaculares del número y de la proporción de trabajadoras (USA, Canadá, Alemania en relación con la Alemania hitleriana).

c) En las naciones occidentales existe la tendencia a estabilizar la tasa de actividad femenina alrededor del 30 %, pese a darse ciertas excepciones (Holanda, Noruega).

d) Resulta extremadamente arduo establecer una relación entre la importancia de la actividad femenina y el grado de desarrollo del país. No obstante, existe una relación segura entre la tasa de mujeres activas y el pleno empleo masculino. Los períodos de prosperidad y sobre todo el *gran dinamismo económico* se traducen en el pleno empleo siendo a la vez unos períodos de alto nivel de empleo femenino. El índice de actividad de las mujeres no expresa pues tanto el nivel de vida de una población como el dinamismo de expansión del país dado. El corolario de esta observación es, bien entendido, la muy grande vulnerabilidad del empleo femenino ante las grandes crisis económicas.

e) En los países socialistas la participación femenina en la vida activa es mucho más importante y se estabiliza alrededor de una tasa del orden del 46 % de la mano de obra total.

f) Actualmente se observan grandes disparidades según los países considerados —exceptuando a los países socialistas— empleen o no un número importante de personas en el sector agrícola. En todas partes se ve a las mujeres abandonar masivamente el sector agrícola. Sin embargo, en Europa central y oriental —incluidas Alemania del Oeste y Austria— las mujeres siguen siendo más numerosas que los hombres en el sector primario.

g) Fuera de la agricultura, el trabajo de las mujeres depende en sumo grado del desarrollo del salariado.

h) La participación femenina en la industria varía notablemente de un país a otro: las mujeres pueden formar del 20 al 40 % de la mano de obra industrial. Siempre dominan

en el sector textil y en las industrias del vestido —pese a que estas industrias estén en todas partes en regresión— así como en las industrias de la alimentación, pero la metalurgia absorbe a un número cada vez mayor de mujeres. Los sectores industriales que más se feminizan son la electricidad, la electrónica, la pequeña mecánica y las industrias químicas.

i) La evolución más espectacular en estos últimos años sigue siendo el incremento de los efectivos femeninos en el sector terciario y especialmente en los trabajos de oficina.

j) Se vuelve muy a menudo a encontrar a las mujeres en las ramas que han sido desertadas por los hombres por ser unas ramas que no tienen ningún porvenir o están pésimamente retribuidas.

k) Generalmente —salvo en los países socialistas y muy especialmente en la Unión Soviética— las mujeres son mantenidas dentro de las cualificaciones medias o inferiores.

l) La promoción femenina depende de la buena integración de las muchachas en la enseñanza secundaria, técnica y superior. En todos los países han aumentado los efectivos estudiantiles femeninos, pero en muchos países la proporción de las muchachas en relación con los muchachos dentro del estudiantado no crece mucho, inclusive cuando dicha proporción era mediocre. Además, la distribución de las muchachas en las diversas disciplinas universitarias aparece muy irrealista. Refleja más bien los prejuicios familiares que una disparidad de aptitudes entre los muchachos y las muchachas, y de la cual los soviéticos han demostrado la poca verosimilitud.

m) Los éxitos profesionales de las mujeres varían mucho de un país a otro. Parecen depender estrechamente del régimen político y económico. Los soviéticos ofrecen un ejemplo de promoción profesional que aún no tiene ningún equivalente. Los países totalmente capitalistas que garantizan a las mujeres un nivel de vida y un nivel de educación satisfactorios parecen negarlas el elevarse por encima de una relativa mediocridad profesional.

n) La existencia de una tradición del trabajo femenino (Francia) o de una minoría femenina activa y exigente (Suecia, Gran Bretaña, Finlandia) crean ciertamente un clima más propicio.

o) Sin embargo, en Occidente, la opinión pública sigue estando, por lo general, caricaturalmente en retraso con relación a los hechos. Es corriente oír decir, incluso en los

medios más autorizados, que el trabajo de la mujer es un precedente desgraciado y provisional, temporal. A menudo se actúa y se piensan los problemas del trabajo como si fuese posible hacer caso omiso del trabajo femenino, considerado como una excrecencia irritante. Sin embargo, no deja de ser evidente que se trata de una ilusión más que nunca peligrosa.

p) En los países en los que el trabajo de la mujer está reconocido como necesario y hasta exigido al igual que el de los hombres, como en la URSS, se pone de manifiesto que la actividad femenina no viene a doblar exactamente la actividad masculina sino que se granjea más bien unos feudos bastante específicos, pese al deseo de los dirigentes de mantener un equilibrio entre los sexos en cada profesión, preocupación a lo mejor llena de sabiduría, pero quizá un tanto utópica.

IV. Oficios masculinos y oficios femeninos

La tecnología triunfante no ha logrado suprimir en las tareas las divisiones entre hombres y mujeres aun cuando en casi todas partes ha atenuado sumamente el esfuerzo muscular excesivo y que resulta imposible realizar a las mujeres.

En nuestra época, cada individuo nace dotado de un sexo-Eros, de un lado, y, de otro, de un sexo-Sociedad, dictándole confusamente o con precisión ese último unas conductas y unas orientaciones que no siempre se hallan determinadas ni mucho menos por los imperativos de su fisiología.

Las mujeres quedan marginadas de ciertos oficios a causa de los peligros específicos que los mismos representan para su salud, y esto es lógico y coherente; pues así hemos podido ver cómo se prohíbe a las mujeres que trabajan en la industria cualquier manipulación, pongamos por caso, del plomo, que podría presentar ciertos peligros ante una posible maternidad. Asimismo, en la agricultura de los países del Este se abandonó la idea de dejar a las mujeres —que sin embargo en algunos de esos países poseen una fuerza poco común y capaz de hacer palidecer a muchos varones latinos— el manejo de los potentes tractores cuyas trepidaciones son perjudiciales para su salud ginecológica. Es normal asimismo el no encontrar mujeres en los trabajos que requieren una resistencia que está por encima de sus fuerzas, tales como la pesca y una serie de oficios ligados con la silvicultura.

Pero no deja de ser cierto que la división de las tareas no se atiene siempre a unas normas tan evidentes.

La agricultura

La distribución de las tareas sigue siendo sumamente variable en el agro no sólo de un país a otro sino también de una región a la otra. De un modo general cabe afirmar que

las mujeres se dedican preferentemente a la cría de los animales y de las aves de corral. Sin embargo, en los países donde la avicultura se mecaniza y se vuelve intensiva y mucho más rentable suele pasar extensamente a manos de los hombres.

Sin entrar en los pormenores, señalaremos un estudio de M-Th. de la Rivière, efectuado en 1961 en cinco comunas francesas bien diferenciadas no sólo por su situación geográfica sino también por su actividad agrícola: llanuras de trigo y maíz de la Beauce, Bocage normando, Flandes interior con sus cultivos de remolacha azucarera, Causses pobres y dedicadas a la cría de los ovinos y Alta Saboya, región de alta montaña. En Flandes son pocas las mujeres que trabajan en el campo. En Normandía 7 mujeres sobre 9 trabajan la tierra. En Alta-Saboya todas las faenas agrícolas son realizadas por las mujeres incluido el esparcimiento de estiércol o el trabajo que consiste en volver a subir la tierra sobre los terrenos con fuerte declive. En la Beauce sólo algunos trabajos tales como el arrancado de la remolacha están reservados para las mujeres. En la región de Causses las mujeres no se ocupan en absoluto de los cultivos sino de las ovejas, siendo numerosos los rebaños.

En la URSS, la mujeres están especializadas en la cría del ganado y la horticultura o sea en los sectores menos mecanizados.

En Alemania y más generalmente en Europa central, la totalidad de los trabajos agrícolas son realizados tanto por las mujeres como por los hombres.

Sin embargo, a menudo las mujeres se mantienen alejadas de los Consejos donde se decide sobre el futuro de las explotaciones; la formación profesional que les es factible adquirir en materia agrícola es en la mayoría de los casos irrisoriamente débil o inadecuada (en Francia los Colegios de enseñanza agrícola sólo programan para las muchachas unos cursos de enseñanza doméstica diversificada, pero nunca se les imparte ninguna noción de mecánica agrícola). Recuerdo el caso de aquel ingeniero agrónomo, consejero del Ministerio de Agricultura, al que mandaron a efectuar una jira por los pueblos para dar una serie de conferencias sobre la alimentación del ganado y la cría de los becerros. De salas de clase a salas de café, sólo tuvo como auditorio a unos campesinos medio soñolientos, y el conferenciante se lamentaba de tamaña indiferencia; cierto día uno de sus auditores le

dio la aclaración: «¿Por qué nos habla de los becerros a nosotros? ¡Son las mujeres las que se ocupan de los becerros, a nosotros eso no nos importa!»

Pero la idea de organizar unas sesiones de perfeccionamiento para las mujeres, acudiendo por la noche mientras que el marido se quedaba en casa, no se le había ocurrido a nadie o había parecido irrealizable.

En la Federación de explotadores agrícolas, cuando llega el momento de tomar las decisiones, cada explotación sólo tiene derecho a un voto; el del campesino. Si no puede acudir, su mujer lo puede substituir, pero votará con el nombre de su marido. Sin embargo, las encuestas han demostrado que las mujeres desean participar en los trabajos preparatorios de las opciones importantes y que muchas veces lo logran.

En la Europa del Este, con mucha frecuencia, la formación profesional agrícola ha preparado mejor a las muchachas para todos los aspectos de las faenas agrícolas. Pero las orientan más bien hacia las ramas menos mecanizadas. Por ejemplo, en Checoslovaquia entre el personal que cuida de la cría de las aves de corral figura un 89 % de mujeres, el 79,1 % se dedica a la cría de los grandes animales y el 72,3 % a la del ganado de cerda.

La industria

Al revés de lo que sucede en la agricultura, en la URSS los oficios industriales que han pasado a manos de las mujeres son los más mecanizados. Lo hemos visto cuando hemos expuesto la situación de la distribución femenina en las profesiones del sector secundario.

En los países occidentales, las cosas están mucho más estancadas. Madeleine Guilbert, que ha dedicado largos años de investigación y un libro a las *Funciones de la mujer en la industria*,[1] hace una serie de observaciones respecto a los oficios considerados como «femeninos» dentro de la industria, las cuales no dejan de ser muy aleccionadoras. Entre dichas observaciones figuran las siguientes:

a) Las mujeres asumen los trabajos sucios y repugnantes

1. Ediciones Mouton et Cie.

(pintura, limpieza del metal, pulimentación, etc.) con harta frecuencia. En esta clase de trabajo figura una mano de obra desfavorecida y de edad avanzada, compuesta por mujeres y por los argelinos. Es fácil percatarse de que existe a menudo una intercambiabilidad entre los norafricanos y las mujeres, mayormente las mujeres de edad: pues las mismas tareas repugnantes les tocan en suerte.

b) Las mujeres están colocadas en los puestos que ofrecen el mínimo de dificultades. Ello por falta de formación.

c) Las tareas que les son confiadas son más fraccionadas (montaje en cadena). Se trata de los trabajos de ejecución. Los trabajos de preparación (por ejemplo, la regulación del utillaje) nunca se encargan a las mujeres.

d) Las tareas encargadas a las mujeres no comportan ninguna variedad y no requieren ninguna «comprensión mecánica». Cuando una mujer se interesa por las máquinas, la consideran como un «fenómeno».

e) Son consideradas como femeninas las faenas que requieren menos conocimientos.

f) El carácter repetitivo de las tareas realizadas por las mujeres es más acusado por cuanto generalmente se trata de un trabajo de ciclo corto: remachado, taladrado, atado, pequeños montajes, trabajos realizados en la prensa. El trabajo femenino en la industria es sobre todo mucho más monótono que el que se encarga a los hombres.

g) La predominancia manual es característica del llamado «puesto femenino».

h) Las series son más largas. Cuando los trabajos masculinos y femeninos son idénticos, las series más largas se dejan para las mujeres.

i) Se exige de ellas ante todo rapidez e incluso aceleración.

j) Sus puestos son mucho más sedentarios que los de los hombres. A veces, incluso cuando son cualificadas, se las elimina de los trabajos que las obligarían a circular por los talleres. Generalmente, se evita que las mujeres se desplacen.

k) Sus puestos serán los que necesiten asumir menos responsabilidad: las máquinas costosas o las máquinas nuevas, siempre se confían a los hombres. Dentro de los equipos mixtos, siempre se hallan subordinadas a un hombre.

l) Las perspectivas de promoción son para ellas prácticamente nulas.

Las explicaciones de los empresarios no dejan de ser instructivas:

«No pueden hacer otra cosa. No han sido formadas y no saben nada.»

«Así como están se sienten satisfechas.»

«Las máquinas impresionantes las espantan.»

«Aceptan unos salarios con los que los hombres no se conformarían.»

Es interesante observar que dentro de esas justificaciones de la inferioridad de la situación de la mujer en la industria, nunca se invoca el argumento de su absentismo. Se sabe muy bien que la mano de obra masculina desfavorecida a la que se asigna también esos puestos sin responsabilidad y sin porvenir, mal pagados y repelentes, la mano de obra norafricana y portuguesa, tiene a su vez un índice de absentismo igual al de las mujeres. Los empresarios hablan más gustosamente de la «imprescindible jerarquía entre los trabajadores masculinos y los trabajadores femeninos».

Y sobre todo acaban siempre por dar el argumento supremo: «Las mujeres alcanzan rendimientos superiores a los de los obreros en las tareas monótonas.»

Por eso mismo serán pagadas al rendimiento y no a la hora como los hombres. Ellas mismas no cesan de acentuar el ritmo. Madeleine Guilbert cita el caso de una empresa de fabricación de pequeños aparatos domésticos que había fijado la remuneración de acuerdo con un determinado rendimiento, denominado «rendimiento Bedaux»: los tiempos habían sido estudiados y el ritmo regulado en «1 Bedaux», siendo alcanzado el máximo de prima con 1,33 Bedaux, es decir, que toda obrera que rebasaba esa norma no hallaba ningún beneficio remunerativo. Sin embargo, algunas obreras alcanzaron rápidamente un ritmo de 2,5 Bedaux, o sea dos veces y media más rápido que el que se les pedía. Bien entendido, el empresario se frotaba las manos y no tardó en elevar las normas mínimas y máximas. Al relatar el caso, el jefe de personal agregó: «Hubo un período de freno, pero el ritmo de trabajo volvió a subir. Parece como si no hubiera ningún límite.»

¿Ningún límite a la aceleración del ritmo de trabajo? Pues sí que lo hay. Lo atestiguan esas encuestadoras de la provincia de Quebec que señalaban que en ciertas fábricas, en los talleres de muchachas con un ritmo de trabajo muy alto, había permanentemente una camilla preparada en la sala para

la primera que se desvaneciera, y también citaban aquella otra fábrica en la que se distribuían copas de coñac para «sostener» la moral, y el ritmo de trabajo, como es natural.[2]

Sin embargo, cabe interrogarse sobre ese frenesí sin claro provecho inmediato que hace subir las normas en ciertos talleres de fabricaciones monótonas. Una obrera que habíamos interrogado acerca de este problema nos contestó: «No podemos obrar de otra forma, se trata de una cuestión de amor propio, una se distrae demostrando que es posible ir más de prisa.» Es decir, que esa necesidad de superarse a sí mismo que caracteriza al ser humano y la actividad humana y que nuestra civilización no deja de exaltar, se halla tan estúpida y estrechamente enfrentado en este caso concreto, que la prisionera de esos gestos absurdos no puede, para probarse a sí misma que aún es un ser humano perfectible y que lucha, no puede, repetimos, sino ir más de prisa, siempre más de prisa, incluso gratuitamente, de balde, para que toda esa absurdidad se convierta en una carrera y asuma paradójicamente un sentido al devenir un asalto lúdicro. Hay una rebelión en esa aplicación a la velocidad. Las obreras «aumentan el ritmo de trabajo». Pero no es menos cierto que el impulso vital y el placer de luchar y de mejorarse de esas maniáticas de la norma merecería otras oportunidades para lucirse que ese campo de lidia de la velocidad de un gesto siempre repetido.

Pese a las evoluciones, la mano de obra femenina en la industria sigue siendo insuficientemente utilizada en relación con su potencial cualificativo. Esto sólo es debido al deseo de mantener a una masa de trabajadoras sin formación específica que puede hacerse trabajar en lo que sea al precio más bajo posible, según la coyuntura.

El sector terciario

Sin embargo, es preciso observar que la gama de las actividades femeninas se ha ampliado singularmente desde fines del siglo XIX y que no deja de extenderse. En el sector terciario sobre todo, son cada vez menos las carreras que parecen estar reservadas únicamente a los varones, y por otra parte

2. Citado por HAVEL, *La condition de la femme*, Armand Colin.

la gama de las carreras femeninas se amplía progresivamente a la par que se modifican.

La participación femenina en las actividades no manuales varía, sin embargo, extensamente de una rama a la otra y de un país a otro. No obstante, sigue siendo preponderante en los trabajos de oficina, en ciertos servicios públicos, ciertas ramas del comercio y de la venta, en la enseñanza primaria, en la profesión de enfermera, en algunas actividades de la hostelería y en los servicios (por ejemplo, las peluqueras), y tiende a volverse preponderante en las actividades del trabajo social y en ciertas disciplinas de las profesiones liberales y técnicas (enseñanzas, bibliotecas, etc.).

Entre los empleos de oficina, hay que distinguir también entre los trabajos rutinarios y las funciones que presuponen una formación y ciertas responsabilidades. Faltan a menudo las estadísticas que ayudarían a determinar la distribución de las mujeres entre esos dos puestos. Sin embargo, las que existen no dejan de ser elocuentes: en el Canadá y en EE.UU., las taquígrafas parecen formar el grupo más importante del conjunto de los empleados de oficina. La categoría de los simples empleados de oficina, de los contables y cajeros, y finalmente la de las mecanógrafas y operadoras de máquinas de oficina abarcan asimismo a importantes efectivos femeninos.

Uno de los fenómenos más característicos de tales determinaciones artificiales del «sexo-Sociedad» es quizá la idea que la gente de nuestra época ha llegado a formarse acerca de la feminidad del oficio de secretaria (oficio que, cabe recordarlo, le estuvo vedado a la mujer durante mucho tiempo). Como ya hemos apuntado, Alejandro Dumas padre opinaba que si una mujer tuviese la audacia de aspirar a ser secretaria «perdería toda su feminidad al poner el pie en una oficina». Hoy día, un pequeño manual difundido —por unas ediciones populares belgas— ampliamente en Francia y en Suiza celebra el «oficio femenino por excelencia», el oficio de secretaria. En él se nos entera de que «sólo una mujer sabe captar la voluntad de un patrono». Otro párrafo del manual pone en guardia a la aspirante a secretaria contra la «mujer-patrón»: «Si la patrona es feminista ¡mucho cuidado!» Así pues el oficio de secretaria ya no se concibe sino como un sucedáneo de relación sexual. Por tanto, es preciso que la mujer se adapte a su patrono de la misma manera que al bailar debe adaptarse a su pareja, y esta sola

idea de pareja con el hombre determinante y la mujer espejo le da una justificación al «trabajo femenino». El capítulo de los «pequeños casos» en el que se estudia lo que procede hacer «si el patrón es un sentimental, un linfático, un sanguíneo, etc.» recuerda cabalmente los consejos de seducción para atrapar marido. Por lo demás el capítulo se intitula: «El acuerdo perfecto.»[3]

También está feminizándose cada vez más el personal de Correos; por ejemplo, los servicios telefónicos cuentan con un 82 % de personal femenino en Alemania Federal, el 96,5 % en el Canadá, el 95 % en EE.UU., el 95 % en Francia, el 98 % en Suiza, etc. Lo mismo sucede con las teletipistas, y las mujeres forman en Francia las tres cuartas partes del personal de los giros postales así como una importante proporción del personal de las oficinas de Correos. Sin embargo, los empleos técnicos de los servicios postales cuentan con un número mucho más bajo de mujeres; las cualificaciones exigidas se adquieren generalmente en las escuelas técnicas y según unas categorías de enseñanza que en numerosos países están casi enteramente reservadas para los varones.

Sin ocupar a tantas mujeres como los empleos de oficina, el comercio y especialmente las actividades de la venta constituyen un sector cada vez más femenino. Aquí también, la «presencia sexual» de la mujer se aprecia y es considerada como una ventaja si es joven y hermosa. La proporción de vendedoras es muy elevada en Australia, Gran Bretaña, Suecia (donde agrupa del 12 al 13 % de la población femenina activa), y es menos elevada en las naciones mediterráneas (Italia, Grecia, Yugoslavia, España), que no gustan de poner a las jóvenes mujeres en contacto directo con el público. Estas vendedoras lo son mayormente del comercio al por menor. En los EE.UU. las mujeres representan el 56 % del total de las vendedoras al por menor. En el Canadá es la tercera profesión femenina después de los trabajos de secretariado. En Alemania, en 1950, las vendedoras del comercio al por menor representaban el 78,3 % del total de la profesión. En Francia, en 1957, las asalariadas del comercio ascendían a 1.315.000, o sea el 40 % de los efectivos globales.

Volvemos a encontrar las mismas disparidades que entre los países latinos o mejor dicho mediterráneos y los países

3. *La secrétaire*, ediciones Marabout, col. «Flash».

anglosajones y nórdicos en el empleo de las mujeres en la hostelería: si son relativamente poco numerosas en Italia o en España, forman en cambio el 74 % del personal hostelero (1956) en Austria, y el 89,1 % en el Canadá. En los EE.UU., las camareras constituyen el 82 % de los efectivos globales de este grupo y son más de medio millón. Pero en esta misma rama, mientras que las mujeres forman la mayoría del personal hostelero (por ejemplo en Suiza) existe un mayor número de hombres entre el personal cualificado.

Casi es obvio llamar la atención sobre el oficio de enfermera. Recordemos solamente que un estudio de la Oficina Internacional del Trabajo, publicado bastante recientemente atestigua que las mujeres formaban más del 90 % de los efectivos diplomados entre el personal enfermero en Alemania, Austria, Dinamarca, Finlandia, Gran Bretaña, Grecia, Noruega, Suiza, etc. En los demás países, la proporción oscila entre el 75 y el 90 %.

Hace muy poco tiempo una gran revista de orientación profesional francesa destinada al gran público y consagrada en un número especial a las carreras femeninas, recordaba en el artículo *La mujer médico* que esta dura profesión requería «un equilibrio nervioso que no es el atributo de la mujer», que obligaba a soportar unas escenas penosas y que, en resumidas cuentas, el «oficio» de «esposa-de-un-médico» no era tan malo dado que no tenía aquellos inconvenientes. (Sin hablar del pudor femenino puesto a dura prueba y de la promiscuidad tan conocida de los hospitales...) Pero en el artículo *La enfermera* las cosas ya eran todas sencillas, hermosas y femeninas. Ya no hace falta ningún equilibrio nervioso para aguantar unos horarios agotadores y garantizar unos cuidados constantes a los enfermos con frecuencia difíciles de atender. ¡Qué importaba el pudor de la muchacha que tiene que dar los más íntimos cuidados a las personas de ambos sexos y de todas las edades! La enfermera es una «asistente» y no una responsable, la pagan mal, lo cual constituye otras tantas razones para considerar «femeninos» unos aspectos de su trabajo que parecerían chocantes si de ellos sacase poder y prestigio.

El oficio de enfermera al igual que el de asistenta social y como todas las profesiones de carácter social en general, no es más que una reliquia de las benévolas actividades caritativas de las burguesas del siglo pasado. Paulatinamente, dichas actividades han ido transformándose a tenor de la

tecnicidad exigible a las postulantes para ejercer unos oficios con diploma y una cualificación a veces muy elevada pero sin convertirse en unas profesiones competitivas. Hasta cierto punto continúan siendo unos apostolados laicos ofrecidos a la vocación femenina de dedicación. En todos los países son remuneradas al precio más bajo. En los EE.UU., donde los sueldos son mucho mejores, dichas profesionales se enfrentan con la competencia que les hacen los millones de mujeres que se ofrecen para asumir esas tareas benévolamente (*volunteer work*) lo cual pone de manifiesto el carácter híbrido de esas profesiones del buen corazón. Las enfermeras, quizá mejor consideradas en Gran Bretaña que en otros países, a lo mejor por ser ésta la patria de Florence Nightingale, han sido las únicas en atreverse en dicho país a exigir, mediante la huelga, unos horarios menos demenciales por unos salarios más razonables. Pero la lucha es difícil por cuanto la profesión está totalmente en manos de las mujeres, porque aún goza de cierto prestigio dentro de las clases y de los países desfavorecidos y porque el reclutamiento se prosigue debido al perpetuo paro parcial que reina entre las mujeres. Sin embargo, el reclutamiento está agotándose en Francia por culpa de los horarios realmente insostenibles. Bien pronto será preciso revisar el estatuto de la enfermera, pues de lo contrario acabará por no quedar ninguna.

CONCLUSIONES

¿Qué conclusiones cabe extraer de todas esas observaciones? En primer lugar que la gran ley que preside la división entre los oficios femeninos y los masculinos en los países capitalistas, es la ley del rendimiento y del prestigio. Pese a todo cuanto pueda decirse, la capacitación no deja de ser un aspecto secundario de la cuestión. En América los médicos son hombres mientras que en la URSS son mujeres. En América los médicos son muy ricos mientras que en la URSS el sueldo de un médico es magro. Ahí está el *quid* de la cuestión. Cabe alegar el hecho del estado algo primario de la medicina soviética, que no es posible comparar con la suma complejidad de la medicina norteamericana. Quizá habría que preguntarse si, una vez cumplida la última finalidad (la URSS, que se hallaba sumamente atrasada en el as-

pecto de la salud pública, es uno de los países del mundo donde se vive más años y que tiene el índice más bajo de mortalidad infantil), el resto no es el producto más o menos redundante o nocivo de la necesidad de crear ciertas competencias y rivalidades para hacer subir los precios. Se inventan tratamientos, enfermedades, especialidades y médicos de un tipo nuevo. Es incuestionable que dentro de los servicios de investigación pura hay muchos hombres y seria realmente pueril el pensar negar las dotes científicas masculinas y su combatividad incluso en aquellas situaciones que no implican su inmediato interés personal. Pero no es la superioridad del valor científico de los hombres sobre las mujeres en el terreno médico lo que explica la supremacía aplastante de los médicos hombres sobre los médicos mujeres en los EE.UU. y en la mayoría de los países capitalistas. Que se proceda a la nacionalización de la Medicina y que se equipare los sueldos de los médicos a un nivel justo y razonable, y veremos cómo los hombres abandonan esa carrera. No quiero decir con eso que ésa sea la solución que cabe preconizar, sino únicamente que las dotes y la capacitación tienen menos que ver en la distribución de una carrera entre los hombres y las mujeres que las condiciones ofrecidas por esa misma carrera. La organización de los estudios de Medicina en los EE. UU. es tal que cabe eliminar ya desde el comienzo a los estudiantes que no estarían en condiciones de dedicarle casi diez años de su existencia. Esos estudios cuestan caros. Hay la tendencia de eliminar a las muchachas que podrían abandonar sus estudios al casarse —a lo cual la opinión pública las invita valiéndose de mil y una presiones diarias— y por otra parte, los padres no están dispuestos a sacrificar las mismas cantidades para la carrera de sus hijas como para la de sus hijos. A nadie se le ocurriría la idea absurda de afirmar que las norteamericanas están peor dotadas intelectualmente que las mujeres soviéticas. Sin embargo, las condiciones que se las depara no les permiten administrar la prueba de sus dotes potenciales dentro de las mismas esferas de actividad.

La ley de la rentabilidad y del prestigio es inmutable. Tiene como corolario una segunda ley: la de que una profesión que cae en la órbita del funcionarismo, se feminiza. Puesto que gana en seguridad, pierde en prestigio y en beneficios inmediatos, y por consiguiente, los hombres más combativos desertan de ella para mudarse a unos campos en los que

la lucha por la vida les brinda unas victorias más sustanciosas. La división entre las profesiones masculinas y las femeninas no es por tanto un asunto de dotes intelectuales o de capacitación sino más bien una cuestión de energía. La energía masculina es mucho más agresiva, y los jóvenes se hallan mucho más impulsados hacia la búsqueda de una situación que los defina socialmente lo mejor posible.

Ahora bien, dando a las unas y a los otros iguales oportunidades, es evidente que las vocaciones femeninas y las masculinas no serán idénticas. Lo que cabe deplorar no es la diferencia entre los temperamentos o la variedad de las dotes entre hombres y mujeres sino la mala utilización que se hace del potencial femenino y la subcualificación de la enorme masa femenina.

Cuando una máquina nueva llega a un taller —tal como lo hemos subrayado— nunca se confía a una mujer. Pero basta con que una máquina aún más nueva sea instalada para que entonces la primera sea atendida por mujeres. Pues sabrán servírse muy bien de ella; igual lo hubieran hecho desde su instalación. Pero el prestigio vinculado con cualquier utilaje o cualquier nueva función no se les otorga de buenas a primeras. El caso del automóvil es aleccionador: llevar un coche fue un asunto de hombres. Y ahora, cuando el conducir un coche en los países tan ricos y mecanizados como los EE.UU. se ha convertido en una cosa fastidiosa, cotidiana, común y sin prestigio, los maridos norteamerianos gustan de hacerse llevar a la estación por su esposa a la cual no vacilan ni un segundo en confiarle el volante. Así ocurre, dentro de los límites de toda metáfora, con los nuevos oficios y los oficios prestigiosos. Por eso no deja de ser difícil opinar acerca de si las mujeres han realizado unos progresos tan verdaderos como los que se tiene a bien proclamar. Muy a menudo sólo entraron allí donde los hombres quisieron buenamente que entrasen, por cuanto les importaba poco defender ese feudo y porque se aprestaban a abandonarlo. De un oficio masculino duramente defendido, se convertirá en un oficio femenino: no siempre se trata de una conquista sino más bien de una concesión, de un abandono incluso. Pero a condición de que ciertos feudos sigan inviolados. La enseñanza ha sido vedada a las mujeres durante siglos. Hoy hemos visto que se está feminizando muy extensamente, salvo en los escalones superiores que siguen conservando el prestigio vinculado a las funcio-

nes universitarias. Igual ocurrirá quizá con la magistratura si deja deteriorarse la situación financiera de sus miembros. Las profesiones liberales, a fin de cuentas, pueden feminizarse una tras otra en la medida en que, supervivencia de los cargos honoríficos que poco a poco van perdiendo su brillantez, ya no podrán sostener la comparación con algunas carreras de la tecnología y del comercio o de la alta administración. Estas últimas son un coto cerrado masculino; pues a través de ellas se influye sobre el mundo y se preparan los mañanas. La combatividad masculina hace maravillas allí y difícilmente se dejará penetrar en ellas a las mujeres. Una gran organización internacional, que tiene como carta la declaración de San Francisco sobre la eliminación de las discriminaciones basadas sobre la raza, la religión o el sexo, pidió a un experto una obra sobre la función pública. Terminado el libro, se dieron cuenta de que el autor preconizaba la prohibición de la función pública a las mujeres en los escalones superiores. Este gran organismo internacional contaba sin embargo con algunas mujeres que se sobresaltaron ante esa singular aplicación de la Carta de los Derechos Humanos. El manuscrito nunca fue publicado, pero tal y como estaba había obtenido el visto bueno de un número apreciable de comisiones, a cual más distinguida e internacional.

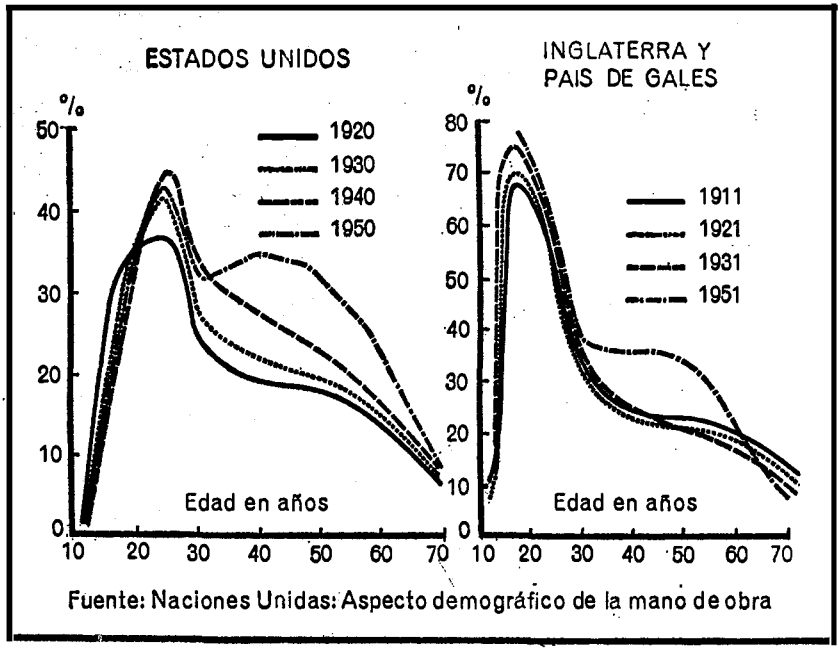
V. El trabajo de las mujeres de acuerdo con su edad

Antaño el trabajo femenino estaba partido en dos, más o menos: algunas mujeres trabajaban toda su vida, desde los catorce a los setenta años y más. Las demás, que no necesitaban, para vivir o hacer vivir a los que estaban a su cargo, el ingreso producido por una actividad en el exterior, se quedaban en casa. Una minoría muy reducida de mujeres trabajaban sin ser apremiadas por una necesidad de tipo económico. La enorme mayoría de las mujeres activas eran pobres o de modesta extracción, solteras, viudas o divorciadas. Si se establecía la curva de su número total de acuerdo con las diferentes edades de la vida, aquella curva solía cobrar una forma algo parecida a la que se obtiene con los hombres que trabajan, guardando las proporciones del caso, o sea que tomaba la forma de una montaña bastante curiosa con un perfil izquierdo abrupto y un perfil derecho de suave declive. Ello significaba que las muchachas se volvían rápidamente activas entre los catorce y los veinte años de edad según lo que duraran sus estudios: en este caso la curva subía verticalmente. Se observaba una cúspide: alrededor de los veinte años el porcentaje de las mujeres que trabajaban alcanzaba su máximo nivel. Luego la curva bajaba lentamente: cuanto más se avanzaba sobre la línea de las abscisas, es decir, cuanto más aumentaba la edad de las mujeres, menos numerosas eran las que seguían trabajando. La curva acababa suavemente hacia los setenta o setenta y cinco años sin por ello llegar al cero: incluso en una edad tan avanzada como la de setenta a setenta y cinco años, un 10 a un 15 % de mujeres seguían trabajando según los países. Esas mujeres eran por lo demás las mismas que habían empezado a trabajar a los catorce años.

Si a esas curvas de comienzos de siglo les superponemos las que hoy se obtienen al colocar siempre en las abscisas las edades de las mujeres y en ordenadas el número de trabajadoras, aparece un dibujo muy diferente. Más abajo reproducimos algunas de estas curvas de los años 50 comparadas con las de los años 1910. Desde 1950 la tendencia se

ha ido acentuando más aún. En efecto ¿qué es lo que observamos?

EVOLUCIÓN DEL ÍNDICE DE ACTIVIDAD DE LAS MUJERES SEGÚN LAS EDADES EN LOS DIFERENTES PAÍSES.



Fuente: Naciones Unidas: Aspecto demográfico de la mano de obra

a) Que las muchachas cursan estudios más largos: por eso su integración al trabajo es más tardía que a comienzos de siglo.

b) Que un mayor porcentaje de muchachas y de jóvenes mujeres trabajan a los alrededores de los veinte años de edad. En la actualidad, en todos los países avanzados, más de la mitad de las jóvenes de veinte años trabajan y este porcentaje alcanza corrientemente un 80 %, por ejemplo en Gran Bretaña.

c) Que la disminución del número de mujeres que trabajan entre los veinticinco y los treinta y cinco años de edad es a menudo más acentuada y más rápida que antiguamente. La mujer deja de trabajar para criar a sus hijos en la medida en que el nivel de vida se ha elevado y sobre todo en los países en que la familia con hijos es ayudada con los subsidios familiares (por ejemplo, Francia).

d) Que esta disminución del número de trabajadoras a medida que avanzan en edad, se detiene hacia los treinta y cinco años. Tras una horizontal, se ve aumentar el número de las mujeres activas y la curva vuelve a subir cuando se llega a las edades de cuarenta a cincuenta años.

En suma, la montaña dibujada por la nueva curva moderna tiene siempre la misma cima: las trabajadoras de una edad de veinte años aproximadamente, edad en la que el mayor porcentaje de mujeres son activas. Pero en lugar de bajar en suave declive a medida que se avanza hacia la edad madura, la curva vuelve a subir produciendo una segunda protuberancia, una colina en la ladera de la montaña que esta vez tiene por cima los cincuenta años de edad. Esa curva toma el nombre de «curva en lomo de camello». En Francia, en los EE.UU., en Gran Bretaña, el 35 % aproximadamente de las mujeres de cincuenta años de edad trabajan, lo que supone una cifra mucho más alta que a comienzos de siglo. En la actualidad, son más numerosas las mujeres que trabajan a los cincuenta años que a los treinta. Antiguamente era al revés. Finalmente, en los países que ofrecen el subsidio de vejez: Gran Bretaña, Holanda, Francia, etc.; se observa que el número de mujeres de setenta años y más que siguen trabajando es menos considerable que a comienzos de siglo. En cambio, en los países sin legislación social especial, como los EE.UU., el número de mujeres de setenta años que siguen trabajando es algo mayor hoy día que en 1900, 1920 ó 1930.

Es cada vez mayor el número de trabajadoras de edad madura

Así pues, vemos qué profundas variaciones de comportamiento encubren las estabilidades de los efectivos globales de trabajadoras que acabamos de considerar. La llamada curva de dos jorobas se vuelve característica para los países más industrializados. Refleja este fenómeno nuevo y muy importante: *la discontinuidad de la vida profesional de la mujer*, la reanudación del trabajo o la búsqueda de trabajo después de las maternidades. Dicha tendencia, especialmente clara en los EE.UU., en Canadá, Gran Bretaña, Suecia, Francia y Suiza, es de reciente aparición. Es un nuevo fenómeno que empieza a manifestarse, según los países, hacia

1950 ó 1960. Cabe vaticinar que afectará a los demás países industrializados en los próximos años. En buena parte es debido al aumento de la longevidad y especialmente de la vida de las mujeres, pues en todos los países las mujeres alcanzan mayores edades que los hombres y en todas partes hay cada vez más viudas que se enfrentan a veces con tremendos problemas de reconversión al morirse el esposo. Por otra parte, la vida de las mujeres ya no es la de antes. A los treinta y cinco años o a los cuarenta, la mujer tiene a sus hijos en la escuela todo el invierno, y en el verano en los campamentos y colonias de vacaciones o de viaje con las entidades juveniles; su casa es cada vez más confortable, mucho más que la que poseía cuando sus hijos eran pequeños; tiene menos trabajo doméstico y de pronto su vida se le aparece vacía y monótona. Ya no se siente imprescindible como para estar todo el día metida en casa. Una clara verdad la impresiona: si quiere seguir sacrificándose por los suyos sabe que desde ahora lo que sus hijos necesitan son unos estudios costosos, viajes, agradables vacaciones, viviendas cuando tengan la edad de instalarse. Cosas todas ellas que se pagan con dinero y que no puede asegurar quedándose en casa haciendo pasteles. De otro lado, tras esos años de intensa presencia para los demás que representa para una madre el período durante el cual los hijos son pequeños, después de haber estado totalmente entregada a los demás, consentida y colmada, o a veces agotada y un tanto reticente, la mujer, recuperado el ocio, se ve apremiada en su soledad relativa a enjuiciar los hechos, examinarse a sí misma y situarse.

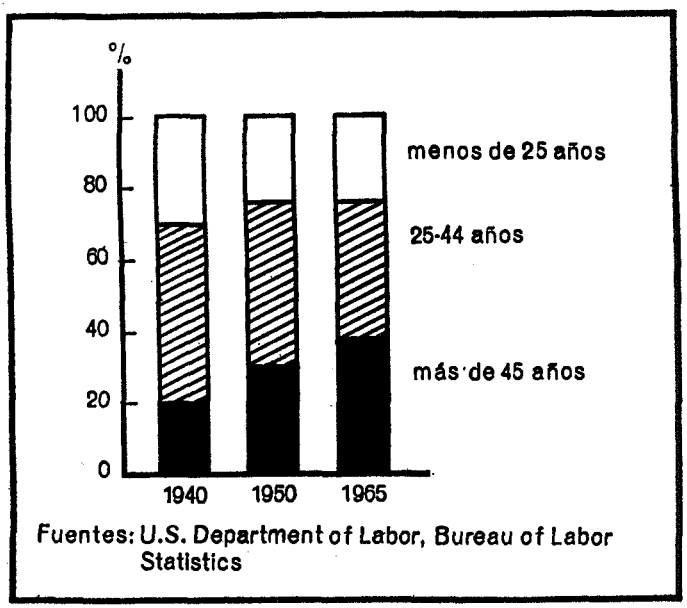
Son muchas las mujeres que, movidas por el deseo de aportar a su familia una ayuda más adecuada a sus nuevas necesidades, o por el afán de reencontrar el mundo exterior del cual se separaron durante tantos años de retiro maternal, o por miedo a la soledad, al ocio y también por previsión, son muchas —repetimos— las que reanudan una actividad hacia los cuarenta años. A menudo expresan confusamente sus aspiraciones y sólo hablan de ganar dinero para su familia, coartada sugerida por los condicionamientos sociales. La sociedad está construida de tal manera que la mujer no admite respecto a sí misma, sin culpabilidad, más que lo que es capaz de explicar a través de un afán de ayuda altruista.

La primera consecuencia de este estado de hecho es el

aumento considerable del número de trabajadoras en edad madura en todos los países desarrollados.

El ejemplo más impresionante es el de los EE.UU. Ese cuadro tan claro no necesita comentarios. La edad media de la trabajadora norteamericana era en 1920 de 28 años, mientras que ahora es de cuarenta.[1]

DISTRIBUCIÓN POR EDADES DE LAS MUJERES ACTIVAS.



Fuentes: U.S. Department of Labor, Bureau of Labor Statistics

En Francia, en las profesiones no agrícolas, el porcentaje de mujeres activas de cuarenta a cuarenta y cuatro años ha pasado del 28 % en 1921 al 33,5 % en 1962; el de las mujeres activas de una edad de cuarenta y cinco a cuarenta y nueve años, del 26,5 % al 35,5 %; el de las mujeres activas de cincuenta a cincuenta y cuatro años de edad del 24,8 % al 34,1 %; el de las mujeres activas de cincuenta y cinco a cincuenta y nueve años, del 22,6 % al 30,7 %.

En algunos países muy adelantados desde el punto de vista industrial en los que el nivel de vida es especialmente alto, se observa una disminución de la proporción de muchachas de veinte años de edad en el trabajo, lo cual contribuye a elevar más aún la edad media de la mujer trabajadora. Es

1. Cuarenta y dos años en 1967.

posible atribuir ese descenso del número de trabajadoras de veinte años de edad, por una parte a la tendencia hacia la prolongación de los estudios, y por otra a la clara tendencia hacia el rebajamiento de la edad del matrimonio.

Hay pues algo de paradójico en ver a unas mozas peripuestas representar a la trabajadora típica en los periódicos, el cine, la televisión, mientras que en realidad la mujer que trabaja es más bien una fémina de edad mediana, o quizá un poco más.

Originalidad de los países del Este

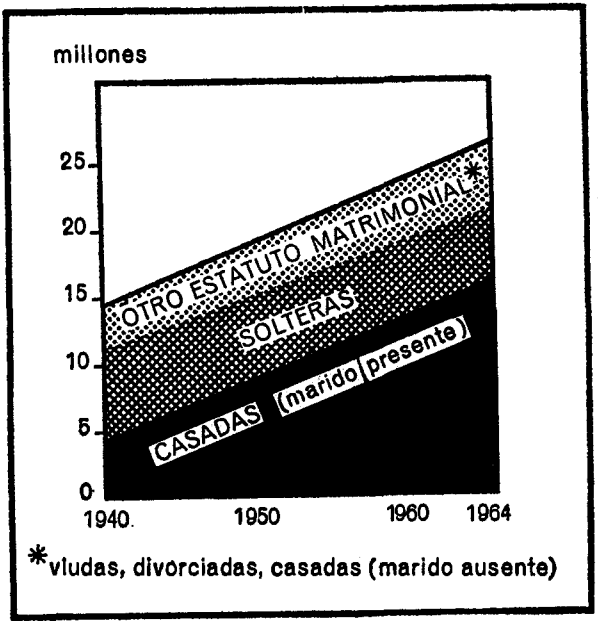
Cabe hacer una importante observación: todo lo que acabamos de exponer no atañe a los países socialistas. En dichos países, por el contrario, la curva de la cifra de trabajadoras por categorías de edad se parece a la de los hombres. Sólo termina más rápidamente dado que la edad de la jubilación es más precoz para la mujer que para el hombre: cincuenta y cinco años para la mujer, sesenta para el hombre. El censo de 1959 en la Unión Soviética, publicado en 1962, arroja los siguientes porcentajes de trabajadoras soviéticas en relación con la población global: se observa que el máximo es alcanzado por la categoría de edad comprendida entre los veinte y los veintinueve años. Seguidamente y de forma regular, el número de mujeres que trabajan disminuye. No hay ninguna reanudación laboral entre los 45-50 años sino todo lo contrario: a los cincuenta años de edad hay muchas menos mujeres soviéticas en el trabajo que en ciertos países de Europa o de América del Norte, el porcentaje es de un 15 a un 16 %, pero se trata mayormente de «manuales», es decir, de campesinas. La baja de los efectivos femeninos en el trabajo según la edad es mucho más acusada aún para las «trabajadoras intelectuales»; pues son un 75 % las que trabajan antes de la edad de cincuenta años; ahora bien, entre los cincuenta y sesenta años de edad, la proporción de las que siguen trabajando cae a un 6 %. La fisonomía general del trabajo femenino es radicalmente distinta en los países occidentales y los países del Este. Sin embargo, la observación diaria de la vida soviética permite darse cuenta de que las jóvenes mujeres que abandonan el trabajo, por ejemplo, en el momento de dar a luz, durante los meses de vacaciones que logran conseguir juntando sus vacaciones

anuales con las vacaciones de maternidad, suelen prolongar dichas vacaciones mucho más tiempo, pero esta vez sin cobrar su suelo. Con mucha frecuencia, en la capas más acomodadas de la población, las mujeres dejan de trabajar durante dos o tres años, para reanudarlo después. Pero la tendencia general y estimulada estriba en trabajar durante la juventud y en reposar tan pronto como se entra en la vejez, e incluso, para muchas mujeres vigorosas, antes.

Aumento de las trabajadoras casadas

En los países occidentales, la tendencia hacia la elevación de la edad de las trabajadoras tiene otra consecuencia importante: el espectacular incremento del número de mu-

MUJERES QUE TRABAJAN POR ESTATUTO MATRIMONIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS.



jeres casadas activas y de su proporción dentro del total de las mujeres que trabajan. Los ejemplos abundan. Las dos únicas excepciones parecen ser una vez más Noruega y los Países Bajos en los que la proporción de mujeres solteras

entre las trabajadoras sigue siendo elevadísima: el 75,6 % en Holanda; el 60,8 % en Noruega. Las mujeres casadas sólo forman el 18,9 % y el 24, 7 % respectivamente de la masa femenina trabajadora.

En todos los demás países, el incremento es considerable y las mujeres casadas forman casi la mitad de las activas. Es impresionante leer en el cuadro anterior ese fenómeno tan reciente tal y como se ha ido manifestando en los EE.UU. desde la Segunda Guerra Mundial.

En Francia, en el breve espacio de ocho años (1954-1962), las mujeres casadas del sector no agrícola se han incrementado en un 28 % mientras que la cifra total de las mujeres casadas francesas sólo se había elevado en el 17 %. Si dejamos aparte a las asalariadas de las profesiones no agrícolas, el incremento durante ese breve lapso de tiempo será de un 40 % (1.347.900 a 1.881.280). Sin embargo, en Francia la actividad de la mujer casada es un hecho antiguo. Con todo, el número de las trabajadoras francesas, incluso las no agrícolas, no aumenta vertiginosamente. Por otra parte es interesante subrayar que el número de las solteras y viudas activas baja ligeramente. Las esposas que trabajan forman en Francia el 53,2 % de la población trabajadora femenina, comprendidos todos los sectores (47,8 % en 1946 y 49 % en 1954).

Las madres de familia siguen este movimiento. Aún no son muy numerosas en cifras absolutas las que trabajan teniendo dos hijos de menos de diecisiete años de edad. Pero sus filas aumentan rápidamente:

AUMENTO DEL NÚMERO DE MUJERES CASADAS MADRES DE FAMILIA, EN LAS PROFESIONES NO AGRÍCOLAS, ENTRE 1954 Y 1962.

Madres de 1 hijo	+ 32 %
Madres de 2 hijos	+ 48 %
Madres de 3 hijos y más	+ 42 %

FUENTE: «Etudes et Conjoncture», INSEE, núm. 12, diciembre 1964, p. 44.

Si dejamos aparte a las asalariadas, el aumento es más impresionante aún puesto que alcanza el 83 %. Sin embargo, esta tasa de incremento que tanto impresionó a ciertas asociaciones familiares y que se ha subrayado a menudo, sólo se refiere a unas cifras absolutas débiles. Pues en Francia

sólo existen 306.460 asalariadas de las profesiones no agrícolas con dos hijos o más a su cargo.

En los Estados Unidos, el fenómeno parece acentuarse más aún. El número de madres de familia que trabajan no cesa de subir:

años	*% de madres de familia activas*
1940	8,6 %
1946	18,2 %
1950	21,6 %
1954	25,6 %
1958	29,5 %
1960	30,4 %
1964	34,5 %

FUENTES: *Bureau of Labor Statistics, U. S. Department of Commerce, Bureau of the Census.*

VI. El trabajo de las mujeres según el grado de instrucción

Las falsas impresiones

La postura que hemos elegido de mantenernos constantemente en el nivel estadístico de los nuevos aspectos del trabajo de la mujer, encierra el riesgo de cansar al lector debido al esfuerzo de atención que requiere. En efecto, sería más fácil hacer unos retratos tipo, dar las impresiones y hacer un poco de literatura. Pero, en tal caso, ¿no correríamos el riesgo de no ver una realidad que, al carecer de semblante y tener sólo unas instantáneas en forma de gráficos, no deja sin embargo de reflejar con toda su complejidad ese fenómeno irritante? Nada más engañoso que las impresiones. La opinión pública acostumbra a cometer esos errores de óptica a veces considerables y raramente corregidos y que suelen echar confortables raíces, pese a los progresos de los medios de conocimiento y de información. Recuerdo haber realizado un sondeo entre la población francesa para saber de qué manera las gentes valoraban el fenómeno del suicidio: se me contestó, en un 90 %, que en Francia se daban muchos más crímenes que suicidios cuando en realidad se producen anualmente casi veinte veces más suicidios que crímenes. En lugar de referirse a su cuadro de vida y a su experiencia vivida (es mucho más corriente el contar entre sus relaciones a una persona que se ha suicidado que a una persona asesinada...) esa enorme mayoría de personas evocaban la prensa. Los relatos de unos casos bien individualizados, son mucho más extendidos que el estudio cuantitativo de un fenómeno. Sin embargo, el estudio cuantitativo plantea quizá unos problemas más graves, más difíciles de resolver, incluso si no atañen a la psicología de las honduras. Se precisa una audacia singular para interpretarlos o para intentarlo siquiera. Hay que sentir vivir a las sociedades como a unos seres vivos que tienen sus leyes propias —aún por descubrir— de crecimiento, de morbidez, de muerte. El siglo XIX ha sido el siglo de la psicología, de la antropología, en una palabra, del estudio del hombre. El siglo XX se mira

vivir en tanto que sociedad, o más bien en tanto que sociedades en plural. Esta es su difícil vocación, pero también su gloria. Este trabajo de reflexión sobre sí misma, en tanto que sociedad, no se halla facilitado ni mucho menos por una cultura de masa dedicada por entero a la información fácil, a la personalización de los problemas, a la simplificación exagerada y desmedida.

¡Qué hermosa antología podría escribirse así, citando todos los textos en los que un autor de talento deplora la pérdida seca que representan, precisamente para la sociedad, esas muchachas que se instruye y que abandonan sus estudios para casarse! Y podría, por lo demás, empezar citándome a mí misma... En efecto ¿quién no ha conocido a alguna de esas brillantes estudiantes que de repente se vuelven unas apagadas o fútiles jóvenes mujeres y que se vuelve a reencontrar, licenciadas o hasta doctoradas, aprisionadas dentro del pequeño universo doméstico? Betty Friedan ha escrito al respecto algunas páginas tremendas que dan una idea del despilfarro de esas inteligencias apagadas apenas despertadas por el gravoso condicionamiento social. La muy penetrante Alice Rossi también atestigua que sus más brillantes estudiantes «no tienen ya ningún proyecto formado por cuantos se van a casar dentro de unos meses.» «Las muchachas parecen, con más frecuencia cada vez, no ver nada fuera del matrimonio, de la maternidad, y de la casa en el barrio residencial. Hay pocas Noras dentro de la sociedad norteamericana actual, porque las mujeres se hacen ilusiones sobre las dimensiones de la Casa de Muñeca, y piensan poder desarrollarse plenamente dentro de sus muros.»[1]

Las mujeres instruidas trabajan más

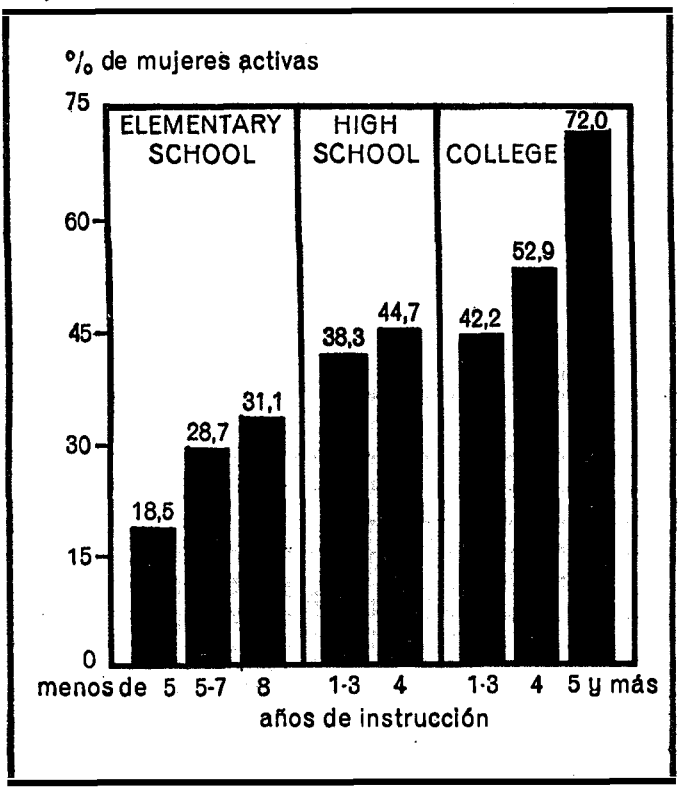
Hay que olvidarse de esas impresiones de profesora y volverse a sumir en las cifras y sus movimientos.

Una cosa es innegable: *las mujeres, cuanto más instruidas son más trabajan.* Las mujeres que obtienen una instrucción superior trabajan cada vez más, y proporcionalmente, mucho más que las demás. En los EE.UU. es un hecho patente. Existe una relación directa entre el grado de instrucción de la mujer y su participación en el trabajo. Cuanto más

1. Alice S. Rossi: «Equality between Sexes», en *The Woman in America*, The Daedalus Library, vol. III, 1965, p. 99.

instruida es una mujer, más oportunidades tiene de ganarse la vida. Antes que presentar unas relaciones de cifras, nos conformaremos con este esquema tan elocuente. En él observamos que los porcentajes más bajos de trabajadoras se encuentran entre las mujeres que tienen menos de cinco años de escuela. Los más altos, y en mucho, entre las mujeres que han estado en un *college* por lo menos durante cinco años.

TASA DE ACTIVIDAD SEGÚN EL GRADO DE INSTRUCCIÓN EN LOS EE.UU. (1964). *Mujeres de 18 años de edad y mayores.*



En Francia el fenómeno es igualmente claro. Es más impresionante aún en las edades jóvenes, lo cual demuestra que se trata de un fenómeno nuevo. Aún es más convincente en las edades habituales de la maternidad, por cuanto se pone de manifiesto cuán poco las mujeres instruidas suelen dejar su trabajo para dar a luz, sobre todo en comparación con las mujeres que no han obtenido ningún diploma.

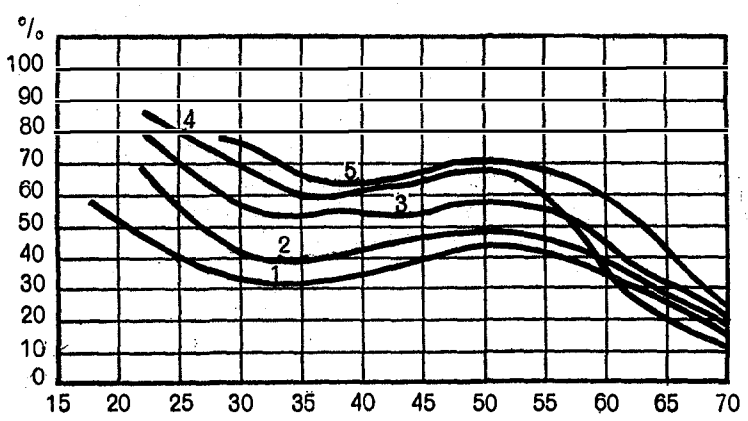
ÍNDICE DE ACTIVIDAD SEGÚN EL NIVEL DE INSTRUCCIÓN, EN LAS EDADES DE LAS MATERNIDADES.

edades	*ningún diploma*	*C.E.P.*	*B.E.P.C.*	*bachil.*	*diploma de estud. sup.*
25-29 . . .	37,0	47,1	64,9	74,9	80,1
30-34 . . .	32,3	41,0	54,9	61,4	69,1

FUENTE: *L'emploi féminin et son évolution depuis 1954* en «Etudes et Conjoncture», INSEE, núm. 12, diciembre 1964, p. 60.

Las curvas de actividad de esas cinco categorías de mujeres se hallan superpuestas unas por encima de otras, siendo la más baja la de las mujeres que no han conseguido ningún diploma y la más alta la de las mujeres que han obtenido un título universitario. Estos cambios sucesivos se manifiestan claramente hasta la edad de cincuenta años. Después se produce una caída brutal del índice de actividad de las bachilleres, caída que se acelera una vez cumplidos los 55 años de edad y que proviene de la jubilación de las maestras que generalmente tienen ese grado de instrucción.

ÍNDICE DE ACTIVIDAD DE LAS MUJERES EN FUNCIÓN DE SU INSTRUCCIÓN EN FRANCIA (1962).



1 - Ningún Diploma
2 - Certificado de Estud. Prim.
3 - Cert. Est. Sec. B.E. P.C.
4 - Bachillerato
5 - Diplomas Superiores y Univ.

Fuente: I.N.S.E.E.

¿Qué conclusión podemos sacar? Aparecen claramente dos soluciones ligadas entre sí: en todas partes el nivel de instrucción de las mujeres está subiendo y en todas partes el grado de participación en la vida activa de las más instruidas es más elevado. No hace falta ser un adivino para vaticinar que en todos los países la masa de mujeres diplomadas en busca de trabajo va a elevarse singularmente. Es más prudente escribir «en busca de trabajo» que afirmar «activas» por cuanto dicha progresión, siendo lógica y, si en un cierto sentido parece muy deseable (¿acaso no es de desear que el máximo de muchachas capaces realicen los estudios que corresponden a sus dotes para rendir luego, con su actividad, unos servicios apreciables a su país en vez de dejar malograr todas esas dotes?), no puede garantizarse que no sufrirá una brutal interrupción. Instruidas o no, hábiles o no, concienzudas o no, las mujeres no tienen ninguna seguridad de encontrar trabajo el día de mañana en la medida en que, contrariamente a lo que pensaban hace doce años Alva Myrdal y Viola Klein, el número de personas activas corre el riesgo de reducirse en las sociedades más desarrolladas, en la medida en que las mujeres se verán afectadas las primeras por esas reducciones, en la medida en que, por muy cualificada que sea, la mano de obra femenina no es en Occidente, a decir verdad una mano de obra auténtica, sino más bien una mano de obra de reserva, un volante de seguridad del mercado del empleo.

La suerte profesional de todas estas futuras licenciadas y diplomadas no deja de ser insegura, ligada no a sus esfuerzos ni a sus dotes, sino a las opciones económicas y políticas de los países que las habrán formado.

Asimismo habría que poder vaticinar fácilmente el progresivo mejoramiento del nivel de la mano de obra femenina, pero esa mejor instrucción, ese deseo de trabajar ¿llegarán a satisfacerse con las tareas que por regla general se les asigna a las mujeres? Hemos ido siguiendo desde la Antigüedad la historia alternativamente engañosa y matizada de esperanza del trabajo de las mujeres. Es factible realizar una mutación a través de la instrucción, pero ¿tendrá lugar en los países de Occidente? ¿Acaso no es demasiado tarde? Esa mutación interviene con retraso, sólo está en ciernes y cobrará un poco de amplitud en los años venideros, pero

esos serán precisamente los años del trastorno general que acarrearán consigo la generalización de la automación y más especialmente de las ordenadoras. Bien entendido que, desde un punto de vista absoluto, en el futuro cabría reducir la duración del trabajo para todos por igual, hombres y mujeres, manteniendo así un elevado número de empleos cada vez más cualificados. Pero ¿acaso se querrá? ¿No resulta mucho más perezosamente sencillo continuar por ese camino que ahora conocemos tan bien y distribuir esos empleos enrarecidos, sin disminución de horarios, a los hombres? Esa trágica cita fallida de las mujeres con el trabajo que vale la pena, que es algo muy diferente del trabajo sin interés y sin alegría, no se producirá en los países del Este, en cualquier caso no en la URSS donde las mujeres han conquistado unas posiciones que parecen inexpugnables. Pero ¿y en los otros países? ¿De qué sirve prolongar las curvas conjuntas de la elevación del grado de instrucción y del nivel de actividad de las mujeres hacia un hipotético porvenir que a lo mejor no aceptará esa prueba tan preciada que disponíanse a dar a sí mismas respecto a su capacitación?

VII. Ganancias y salarios de las mujeres que trabajan

Hemos visto ya cuántas mujeres trabajan en los diferentes países que pensábamos describir, a qué se dedican y quiénes son las mujeres que trabajan en relación con la población femenina global. Pero el cuadro del trabajo de las mujeres en la actualidad sería muy incompleto si no evocásemos la cuestión de su remuneración. En una obra como ésta no hay más remedio que dejar de lado ciertos aspectos de una cuestión demasiado amplia para ser tratada en un volumen. Así pues, con toda intención, reducimos a lo esencial aquellos aspectos más sicológicos: relaciones de la mujer con su tarea, opiniones de distintas sociedades sobre la mujer que trabaja, juicios morales y actitudes políticas. La prensa no cesa de volver sobre esos aspectos del problema. En cada país se han escrito libros muy pertinentes acerca de esos rasgos sicológicos o sicosociológicos a los cuales remitimos al lector.

Ahora bien, el cuadro del estado del trabajo femenino dentro de su compleja totalidad no sería completo si omitiésemos referirnos a los frutos tangibles de ese trabajo: las remuneraciones. Pues es el caso que todas las encuestas llevadas a cabo en los países donde el trabajo de la mujer no es ni obligatorio ni se estimula, demuestran claramente que la primera motivación que mueve a las mujeres a trabajar es la necesidad de ganar dinero. Es evidente que a menudo dicha motivación es expresada con unos términos ambigüos: «Para que los hijos puedan realizar unos estudios suficientes», «Para ayudar a la familia»; o sea otros tantos motivos que son a un tiempo económicos y tradicionales. Es interesante observar, como lo hacen M.-J. y P.-H. Chombart de Lauwe en su estudio, *La femme dans la société, son image dans les différents milieux sociaux*,[1] que el 85 % de las encuestadas señalan espontáneamente una motivación financiera respecto al trabajo de la mujer, pero que son más los

1. M.-J. y P.-H. CHOMBART DE LAUWE, *La femme dans la société, son image dans les différents milieux sociaux*, CNRS, 1963, p. 99.

hombres que las mujeres que alegan, al pensar en sus esposas, «el aburrimiento de tenerse que quedar en casa, el deseo de conseguir a través del ejercicio de una profesión, cierta independencia.» Las mujeres aún no se atreven mucho a proclamar tales deseos o repugnancias, salvo en los medios donde el apremio económico se deja sentir menos.

Una cosa por la otra, lo cierto es que las mujeres trabajan por el dinero que ganan, aun cuando dicho dinero represente para ellas: la dedicación a la célula familiar, la conquista de su independencia, la medida de su valor, su ambición social, etc.

Y en eso en nada difieren de los hombres... Tanto más por cuanto con harta frecuencia, ya lo hemos visto, no suelen asumir unos trabajos muy exaltantes y tienen pocas esperanzas de promoción. Alain Touraine lo dice muy bien, hablando de los hombres: «El trabajo reglamentado, parcelario, ya no tiene para el que lo ejecuta ninguna significación propiamente profesional. (...) El trabajador reacciona ante su trabajo *en función del salario que saca de él*, de las relaciones sociales, jerárquicas o igualitarias en las que lo sitúa y del ritmo con el cual debe efectuarlo.»[2]

Veremos más adelante cómo también la mujer encuentra en el trabajo algo más que esa satisfacción de las necesidades económicas, pero las motivaciones financieras dominan por cuanto son una justificación social a la par que una necesidad. Se le perdona a un mujer el que trabaje por dinero, pero no se le perdona tan fácilmente el que trabaje por la alegría de hacer y actuar fuera del hogar.

La segunda razón que explica el haber elegido estas páginas quizá un poco ingratas es que son algo así como la meta de toda esa larga evolución histórica que hemos esbozado. Hemos visto cómo desde finales del Medioevo, se hizo tradición remunerar a la mujer menos que al hombre, incluso por unas tareas idénticas. Hemos visto cómo en el siglo XIX y a comienzos del XX esas prácticas han tenido unas consecuencias nefastas para el conjunto de la clase obrera. Finalmente, hemos visto cómo a raíz de la guerra de 1914-1918 se había procedido al análisis de esa situación disparatada y de sus consecuencias mórbidas, y cómo la Organización Internacional del Trabajo, a través de su Oficina, había adop-

2. A. TOURAINE, *Travail, loisir, societé*, en «Esprit», junio 1959.

tado casi desde su fundación unas posturas muy firmes con respecto al asunto de la igualdad de salario por un trabajo de igual valor. ¿En qué ha quedado todo eso hoy día?

A veces resulta difícil reunir informaciones sobre unas cuestiones tan delicadas y hemos observado en reiteradas ocasiones que muy pronto se establece la confusión entre las ganancias de las mujeres comparadas con las de los hombres a escala de todo un país o a escala de una categoría profesional por una parte, y por otra parte el asunto muy específico de la igualdad de salario por un trabajo absolutamente comparable. Si la cuestión de la aplicación del principio de «a trabajo igual, salario igual» es teóricamente en mucho la más importante, no por eso es indiferente el tratar de formarse una idea de lo que ganan comparativamente los hombres y las mujeres que trabajan en diferentes países.

Los Estados Unidos

La diferencia entre los ingresos anuales procedentes del trabajo —sueldos, salarios, honorarios— de los hombres y de las mujeres es enorme.

Para el año 1964, la renta media de las mujeres ascendía a 1.909 dólares y la de los hombres a 5.015 dólares. No hay que olvidar que un gran número de mujeres norteamericanas, en mayor proporción que los hombres, sólo trabajan a tiempo parcial. Para obtener una medida más cabal de las disparidades de las rentas facilitadas por el trabajo es preferible computar únicamente los *trabajadores que trabajan durante la jornada completa y todo el año.* Entre los dos grupos de estos trabajadores la diferencia es aún muy considerable: la renta media de las mujeres es de 3.690 dólares y la de los hombres se establece en 6.195 dólares. Dicho con otras palabras, *las mujeres que trabajan todo el año a pleno tiempo sólo ganan el 60 % de lo que los hombres ganan en el mismo caso.*

Unas diferencias tan asombrosas pueden observarse cuando se clasifica a los trabajadores por categorías de rentas: el 25 % de los hombres ganan menos de 2.000 dólares, pero el 59 % de las mujeres están en el mismo caso. En la otra extremidad de la escala salarial, sólo hay un 10 % de mujeres que cobran más de 5.000 dólares anuales, mientras que el 47 % de los hombres figuran en ese mismo grupo.

(La creencia europea en el matriarcado norteamericano se halla tan hondamente anclada, que no parece inútil concretar que la comparación de las cifras de los ingresos de los hombres y las mujeres, computando todos los recursos, ofrecen unas disparidades aún mayores: la renta media anual de una mujer norteamericana es de 1.449 dólares y la de un hombre de 4.647 dólares. Además es muy normal que las mujeres tengan una renta inferior a la de los hombres puesto que son mucho menos numerosas en trabajar. Pero corren tantas leyendas acerca de la omnipotencia financiera de las mujeres norteamericanas, según las cuales ellas tendrían la economía estadounidense metida en un puño y harían moverse como unos meros fantoches a los pobres banqueros y políticos totalmente dominados por ellas, que vale la pena citar esos datos oficiales.) [*US. Department of Commerce, Bureau of the Census:* «Current Population Report», p. 60, número 47.]

Volviendo a nuestro asunto, esta vez es alarmante —y es así como lo entiende la Comisión para el Estatuto de la Mujer— es alarmante, repetimos, que la diferencia sea tan grande entre las ganancias de los trabajadores hombres y mujeres, sobre todo cuando *se observa que esa disparidad tiende a incrementarse.*

En 1956, los salarios de las mujeres que trabajaban a tiempo completo representaban el 64 % respecto de los de los obreros a tiempo completo. En 1964, el salario medio femenino sólo representa el 60 % del salario medio masculino. Durante dicho período la prosperidad es extraordinaria en los EE.UU. y los salarios aumentan, cada cual se beneficia de la prosperidad; sin embargo, los salarios femeninos aumentan mucho más despacio que los salarios masculinos.

En lugar de considerar el nivel de los salarios que, de todas maneras, siempre se le antoja muy elevado al trabajador europeo, sigamos fieles al método comparativo. Pues en efecto, es relativamente de poca importancia que los países en vías de desarrollo progresen en relación con el terrible hecho, cuyas consecuencias son incalculables, del retraso cada vez más acusado que toman sobre los países llamados desarrollados. El índice diferencial de incremento entre los países desarrollados y las naciones subdesarrolladas no cesa de aumentar. Al igual que el índice de desarrollo de Europa, por bueno que sea, acusa un retraso cada vez más considerable en relación con el índice de desarrollo estadounidense.

Nadie puede adelantar que esas disparidades siempre más acusadas sean una cosa buena y bella ni que al ahondar cada vez más las diferencias nos encaminemos hacia un mundo justo y apacible o simplemente feliz.

En el seno de la próspera sociedad norteamericana no deja de ser un hecho serio que la distancia sea cada vez más acentuada, en lugar de disminuir, entre la recompensa ofrecida por la sociedad al trabajo de los hombres y al de las mujeres.

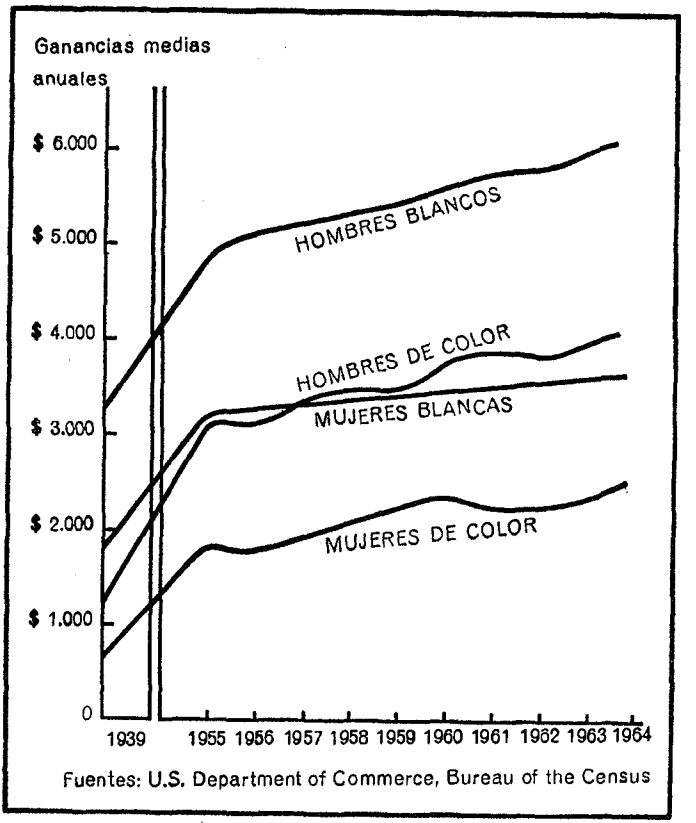
De 1956 a 1964, en ocho años, el promedio salarial de la mujer empleada de oficina ha descendido del 72 % del de los hombres de la misma profesión a un 66 %; el salario medio de la obrera pasa, durante el mismo período, del 62 % al 58 % del salario del obrero; el de las vendedoras que en 1957 sólo representaba el 47 % del salario de los vendedores, baja al 40 % en 1964. La renta de las mujeres pertenecientes a la categoría profesional de los cuadros, baja de la misma manera: el 64 % de la de los hombres cuadros en 1957, y sólo el 56 % en 1964.

Además, dentro de la colectividad femenina se advierten otras disparidades. Las mujeres de color, respecto a las cuales conocemos el alto índice de actividad, sólo ganan el 69 % de lo que cobran las mujeres blancas. Forman la categoría que recibe la parte más pequeña del pastel por mucho que se esfuercen. No obstante, su situación está mejorando y están superando o más bien dicho empezando a reducir un tanto la distancia que las separa de las mujeres blancas.

Pero cómo resistir a la tentación de colocar bajo los ojos de un público francés plagado de prejuicios extraños respecto a la sociedad norteamericana, el simple gráfico siguiente que establece el grado y la evolución de la media de los salarios de cuatro categorías de trabajadores estadounidenses: los hombres blancos, las mujeres blancas, los hombres negros y las mujeres negras. El hombre blanco planea muy por encima. Su salario medio, en 1964, era más de dos veces, mucho más de dos veces superior al salario medio de la mujer negra, la cenicienta de esa sociedad. Pero la sorpresa principal procede de la posición de la trabajadora blanca en relación con el trabajador negro, pues gana menos que él. Y la diferencia tiende a incrementarse. ¿Cómo no lamentar que el salario del hombre negro no sea más alto, confundiéndose con el del hombre blanco? Pero si este reflejo antirracista nos es común a muchos de nosotros, querría pedirle al lec-

tor que haga un esfuerzo suplementario: las mujeres blancas, y especialmente las que trabajan, son en los EE.UU. mucho más instruidas que los hombres negros. Tienen un promedio de unos tres años de estudios más por persona y cuentan con muchos más *doctors* y *graduates*.

GANANCIAS (SALARIOS Y SUELDOS) MEDIAS ANUALES DE LOS TRABAJADORES A TIEMPO COMPLETO QUE TRABAJAN TODO EL AÑO POR SEXO Y COLOR (1955-1965).



Mi propósito no consiste en juzgar aquí el carácter justo o injusto de una tal distribución de la educación y especialmente de la educación superior. Pero deseo hacer hincapié en el hecho de que *en el mundo del trabajo, la mujer blanca, más instruida, cobra menos que el hombre negro: el prejuicio del sexo es más fuerte que el prejuicio racial.*

Son pocos los que lo saben y menos aún los que se atreven a sacar las conclusiones al respecto, pues si la lucha contra la segregación y las prácticas racistas es y debe ser la de cualquier hombre honrado y la de cualquier mujer honrada, la lucha por la atenuación y la abolición de las discriminaciones respecto a la mujer es asimismo una causa que debiera granjearse el apoyo de todo ciudadano amante de la justicia.

Así es por lo menos como lo han entendido numerosos norteamericanos y, hecho poco conocido de este lado del Atlántico, se han servido del famoso *title seven*, ese parágrafo 7, del *Civil Rights Act* de 1964 cuyo primer objetivo era el de luchar contra la segregación y la injusticia racial. Ese artículo 7 denunciaba las discriminaciones basadas en la raza o el sexo. Tuvo unas influencias de las más felices sobre el empleo femenino mientras que las discriminaciones sexuales no eran quizá su meta principal. Habrá que esperar para que los efectos se hagan sentir, pero ya veremos cómo, merced al artículo 7 del Acta sobre los Derechos Cívicos, se ha comenzado a promover la idea de una leal remuneración de las mujeres trabajadoras.

Gran Bretaña

La situación no es mucho más halagüeña en Inglaterra. Las diferencias son mayormente sensibles en la industria, pero se da el caso de que la industria cuenta precisamente en dicho país con muchas mujeres. En octubre de 1963, el salario medio para todos los asalariados del total de las industrias fabriles y de algunas otras industrias importantes de transformación, era para el hombre de £ 16 14 s 11 d y para la mujer de £ 8 8 s 3 d, o sea un poco más de la mitad. Esta enorme diferencia obedece especialmente al hecho de que hombres y mujeres se hallan empleados en unas tareas distintas y a que las tareas femeninas se pagan mucho menos por cuanto se consideran poco especializadas. El argumento es harto conocido. No obstante, no explica sino imperfectamente el hecho de que, por ejemplo, en la industria mecánica en la que son especialmente numerosas, las mujeres cobran a la semana una media de £ 1 11 s 4 d (unas 337,94 pesetas)[3] *menos que el salario más bajo de los hombres.*

3. Antes de la devaluación de la libra esterlina.

En los casos relativamente raros en que los hombres y las mujeres están empleados en un mismo trabajo, la norma no es la igualdad de remuneración. La situación es mejor en los servicios públicos. En las profesiones liberales, «la costumbre hace que las mujeres no pidan unos honorarios inferiores a los de los varones», se dice con elegancia, lo cual significa que allí donde la competencia se deja sentir, lo «barato» de las mujeres pudiera perjudicar a los queridos colegas que a lo mejor verían disminuir su clientela. En este caso se plantea el principio de igualdad. Dentro de todos los demás sectores no manuales, sin embargo, las mujeres aun cuando hacen el mismo trabajo que un hombre, siguen ganando menos.

Las estadísticas del servicio fiscal indican que en 1960-1961, el 2 % aproximadamente de las mujeres asalariadas ganaban 1.000 libras esterlinas anuales o más, mientras que un 13,7 % de los varones se hallaban en ese caso; hasta 1.500 libras y más, sólo hay ya un 0,4 % de mujeres contra el 3,7 % de los hombres. Es difícil conocer la opinión clara y sincera de los sindicatos sobre dicho problema y muy especialmente acerca de la cuestión de la igualdad de salario para un trabajo igual y del mismo valor. Por un lado, la Confederación general de los sindicatos defiende el principio de la igualdad de remuneración, y de otro lado considera que este resultado debe alcanzarse a través de unas negociaciones especiales, en los lugares de trabajo y no por decisión gubernamental. Como quiera que los hombres son los que prácticamente mandan en los sindicatos, las batallas son muy suaves. Y la situación prosigue eternamente. Por lo demás será preciso cortar por lo sano cuando Gran Bretaña ingrese en el Mercado Común, por cuanto no tendrá más remedio que ratificar inmediatamente el Tratado de Roma cuyo artículo 119 estipula sin equívocos que las naciones europeas deben acatar el principio de «a trabajo igual, salario igual». Esto no será una pequeña dificultad para Gran Bretaña y se empieza a calcular febrilmente la cantidad enorme, realmente enorme, que dicho reajuste va a costar a los patronos; dicho con otras palabras, la suma enorme que hasta la fecha han ganado, como es bien notorio, a costo del sudor y el sacrificio de las trabajadoras.

En este país la situación no es muy halagueña pero tiene el gran mérito de ir mejorando. Alemania era un país de una tradición poco feminista y el salario de las mujeres, como hemos visto anteriormente, ha sido en ella durante mucho tiempo la mitad aproximadamente del de los hombres. En 1956, en la industria las mujeres ganaban el 63,8 % de lo que cobraban los hombres.

Después se acentuó la prosperidad y aquí, a la inversa de lo que ocurriera en los EE. UU., los salarios femeninos que tenían un retraso considerable, aumentaron un poco más rápidamente que los salarios masculinos, con lo cual algunas disparidades tienden a desaparecer. La situación en la industria es la siguiente:

SALARIO MEDIO EN BRUTO DE LOS OBREROS EN LA INDUSTRIA (EN D.M.).

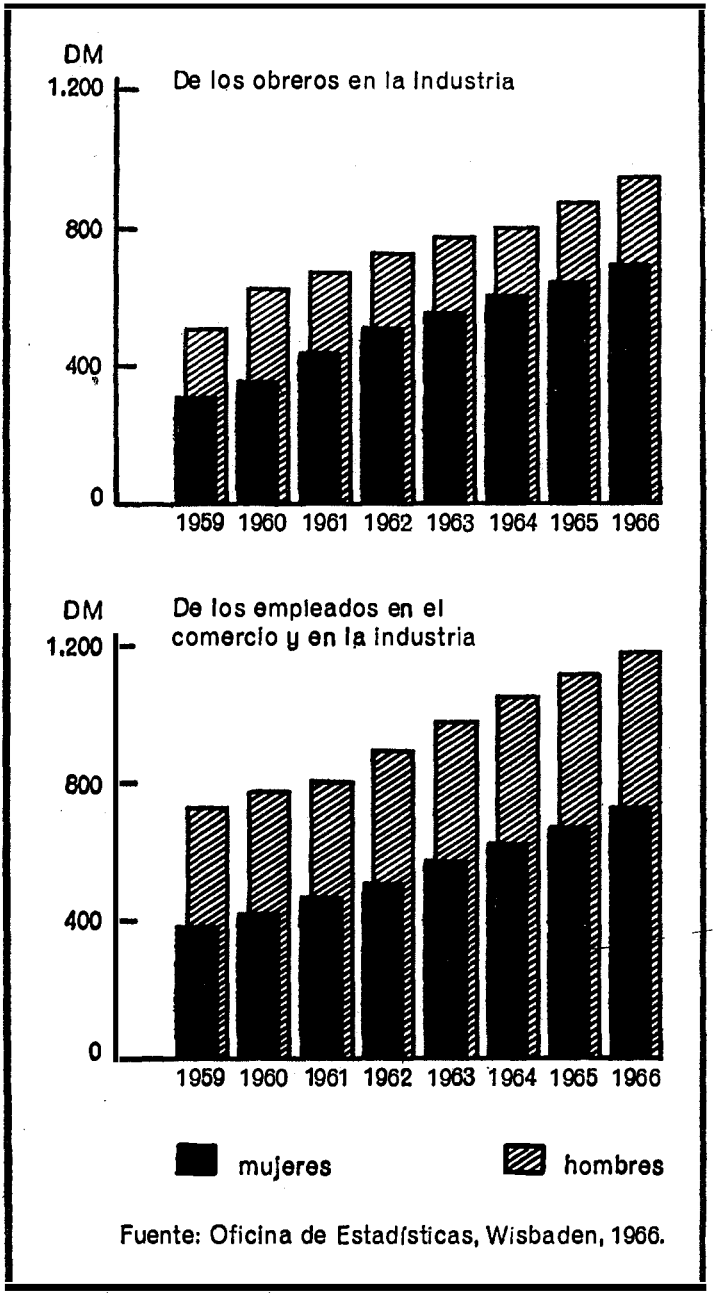
años	*obreros*	*obreras*
	salarios horarios en bruto	
1964	4,15	2,80
1966	4,84	3,33
	salarios semanales en bruto	
1964	186	115
1966	216	137

SALARIO MEDIO EN BRUTO DE LOS EMPLEADOS EN LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO.

años	*empleados*	*empleadas*
1964	969	578
1966	1.134	690

Al observar el gráfico que sigue y que expresa muy claramente las disparidades salariales existentes entre los hombres y las mujeres a lo largo de los últimos años, no ha lugar a gritar victoria para las mujeres... Sin embargo, todo parece indicar que la situación está mejorando, pues si se toma como base 1958 = 100, los salarios masculinos se sitúan en el año 1964 en el índice 164 y los salarios femeninos en el índice 176. Sin embargo, las diferencias siguen siendo muy grandes aún en numerosos sectores —curtido, agricultura— y el principio, oficialmente reconocido, de un

SALARIOS MENSUALES EN BRUTO.



Fuente: Oficina de Estadísticas, Wisbaden, 1966.

salario igual por un trabajo de igual valor, se halla vulnerado mediante unos métodos que más adelante expondremos: manipulación de las clasificaciones profesionales y utilización muy extensa de los llamados «trabajos ligeros» reservados para las mujeres. No obstante, se advierte un progreso bajo la influencia de la prosperidad económica y después de la firma del Tratado de Roma y de la Resolución de los Estados miembros de la Comunidad Europea.

Suecia

Entre todos los países occidentales Suecia aparece siempre como el país en el que la situación de la mujer parece estar mejor. Sin embargo, cualquier comparación entre salarios masculinos y femeninos, efectuada, bien globalmente o dentro de una misma rama, pone de manifiesto una diferencia desventajosa para las mujeres y que a veces no deja de ser muy importante. He aquí los salarios medios pagados en la industria y el comercio de Suecia durante estos diez o doce últimos años (no hay que olvidar que la indicación del salario medio no basta por cuanto, generalmente, la mujer no puede, al igual que el hombre, asumir las horas extras pagadas a menudo a una tarifa que acostumbra a resultar más elevada).

años	*industria* salario horario medio		*comercio* sueldo mens. medio	
	hombres	*mujeres*	*hombres*	*mujeres*
1946	2,05	1,37	—	—
1950	2,73	1,92	527	375
1955	4,64	3,21	772	531
1960	6,82	4,71	1.126	732

Corona sueca (1 = 13 ptas aprox.). Los salarios y los sueldos expresados más arriba comprenden las vacaciones pagadas, las horas extras, las prestaciones del seguro de enfermedad, etc.
FUENTE: *Socialstyrelsen* (Dirección de la Previsión Social).

Entre 1950 y 1960, la evolución salarial ha ido mejorando aquí y allá la relación entre los salarios masculinos y los femeninos sin que el cambio sea, no obstante, impresionante. Pues mientras durante ese período el salario de los obreros se ha incrementado en un 49 %, el aumento sólo ha sido

de un 46 % para las obreras. Es cierto que las mujeres también tuvieron su parte del *boom* de la posguerra, pero sin que por ello quedasen reducidas las desigualdades salariales entre los sexos.

Se da la misma situación en lo que atañe a los empleados: en 1950 las empleadas sólo ganaban el 60 % de lo que ganaban los hombres del mismo ramo. Diez años más tarde parece haberse reducido la distancia, pero de hecho no es así, no al nivel de los salarios en bruto sino de los salarios reales. El salario real de los empleados masculinos ha aumentado en un 94 % mientras que el de las empleadas subió el 91 %.

Francia

Según los últimos datos publicados en julio de 1966 por la revista del Instituto Nacional de Estadística y de Estudios económicos, el salario neto femenino representaba en 1964 el 64 % del salario masculino. En abril de 1967 aparecieron las estadísticas basadas en los promedios de los salarios netos de 1965: hubo pocos cambios puesto que conjuntando todas las actividades, el salario femenino se fijaba en el 64,21 % del salario masculino. Las disparidades son muy variables por cuanto van del 4 % al 40 % según los oficios.

Al igual que en los demás países, la diferencia entre los hombres y las mujeres juega un papel muy importante en dichas disparidades. Las empleadas son las que disfrutan de una mejor situación relativa en comparación con los hombres de su categoría:

categoría socio-profesional	*salarios masculinos*	*salarios femeninos*	*salario femenino % del sal. masc.*
Cuadros superiores . .	33.013	23.515	63 %
Cuadros medios . . .	18.730	12.809	68 %
Empleados	10.351	7.922	76 %
Obreros	8.759	5.843	69 %

Es evidente que las mujeres, al igual que en los demás países que hemos visto, suelen tener muy a menudo una duración del trabajo semanal inferior a la de los hombres,

los cuales añaden a sus salarios en bruto las horas extras, el trabajo nocturno, el de los días festivos que trabajan y que les valen ciertas primas. De modo que es más honesto comparar los salarios horarios. Se dan casos en los que el salario horario de la mujer es superior al de los hombres —en la industria química, por ejemplo— pero no dejan de ser muy raros; con mayor frecuencia los salarios horarios son equivalentes, y con más frecuencia aún, a lo menos dentro de la industria, *en cada nivel de cualificación y en casi todas las ramas los hombres tienen un salario horario superior al de las mujeres en un 10 % por lo menos.*

SALARIO HORARIO EN LA INDUSTRIA, COMPRENDIDAS TODAS LAS ACTIVIDADES.

	hombres	*mujeres*
Peón ordinario	3,06	2,81
Peón especializado	3,28	2,98
Obrero especializado	3,67	3,28
Obrero cualificado	4,39	3,86

Hemos visto que en el pasado existía una disparidad considerable entre las remuneraciones masculinas y las femeninas. Es evidente que se ha realizado un progreso inmenso en este terreno, también es evidente que la situación parece andar mejor que en muchos otros países. Pero la inferioridad salarial femenina no deja de ser manifiesta y ello, como lo destaca la C.F.D.T. (Confederación Francesa Democrática de Trabajadores), «pese a la multiplicación de los textos jurídicos destinados a encarnar en los hechos el principio que sirviera de lema movilizador a las obreras de Herstal: a trabajo igual, salario igual».

Antes de analizar esos textos y de señalar las numerosas infracciones respecto a la aplicación de los mismos, vale la pena subrayar otro aspecto de esa desigualdad remunerativa. Pues en muchos casos parece existir un nexo directo entre la cuantía de los salarios medios, por una parte tal y como se aplican en una rama determinada y por otra parte, el número de mujeres que están empleadas en ella. La C.G.T. ha elaborado así, según el centro de estadísticas de la ciudad de Grenoble, este pequeño cuadro impresionante:

industria	*mecánica*	*electricidad*	*artículos metálicos*	*textil viscosa*	*textil Valisère*	*vestido*
% de mujeres . . .	9,62	29	34	33	83,4	85,4
Salario medio mensual . . .	935 F	783 F	649 F	796 F	480 F	377 F

FUENTE: «Antoinette», periódico de la CGT, núm. 35, enero 1967.

Cuanto más numerosas son las mujeres dentro de la rama, menos elevado es el salario, incluso para los hombres.

Esta ley es sumamente importante, pues al tratar por todos los medios de separar a los hombres y las mujeres, creando artificialmente unos sectores masculinos y otros femeninos, los patronos consiguen bajar los salarios. Los hombres se conforman bastante bien con tal situación y más bien se sienten orgullosos al percatarse de que dentro de las ramas «masculinas» los salarios son netamente más altos, lo que permite perpetuar las separaciones y las disparidades.

¿Por qué esas disparidades?

Las causas, o mejor dicho las explicaciones «lógicas» de tales disparidades, son las mismas en todos los países occidentales:

a) *Falta de cualificación* de las mujeres, lo que nos remite a la tremenda carencia de las diversas enseñanzas técnicas en materia de formación profesional femenina. Las tareas encargadas a las mujeres sin cualificación, mucho más numerosas que las de los hombres que están en el mismo caso, son las que se pagan menos.

b) *Discontinuidad de la carrera femenina,* frecuentemente interrumpida por el casamiento o las maternidades, por cuanto la antigüedad es un importante factor para el salario elevado.

c) *Absentismo* de la mano de obra femenina; dicho absentismo obedece principalmente a dos motivos: por una parte —y ahí tenemos un círculo vicioso— la falta de cualificación que lleva consigo los bajos salarios y la tarea sin interés, sin posible promoción. Los estudios sobre el absentismo llevados a cabo por Madeleine Guilbert y Viviane Isambert

han permitido desentrañar la falta de cualificación como la variable significativa del absentismo: cuanto más cualificada, menos se ausenta la mujer. El grado de cualificación es más importante que el número de hijos o que el alejamiento del domicilio en relación con el lugar de trabajo. Por otra parte, la sociedad considera que es a la mujer a quien corresponde asumir el cuidado de los hijos, de la casa, de las personas que viven en su hogar; cuando hay un enfermo en la casa, el hombre marcha a su trabajo y la mujer solicita un permiso. Si ocurre lo contrario, no deja de ser un verdadero escándalo. Recuerdo el caso de un empleado de ministerio que se había ausentado para cuidar a su hijo enfermo porque su mujer, maestra de escuela, tenía que examinar aquel día a los alumnos de su academia que se presentaban para el Certificado de estudios primarios y su ausencia hubiera representado para todos aquellos niños una grave perturbación. El jefe de servicio del marido, enterado del motivo de su ausencia fue presa de una ira majestuosa y ridiculizó al esposo ante todo el personal. Esta dicotomía de las responsabilidades comienza a chocar por ejemplo en Escandinavia donde se está avanzando mucho ya en el estudio de unos proyectos de ley que estipularán que, en caso de enfermedad de un hijo o de un pariente que viva en el hogar, el marido o la mujer indiscriminadamente podrán ausentarse del trabajo.

Por lo demás, un profundizado estudio del absentismo permite observar que si las ausencias breves son más frecuentes entre las mujeres, las largas ausencias son más bien imputables a los hombres.

d) Protección de las mujeres. Las mujeres están excluidas con mayor frecuencia de las posibilidades de conseguir un sobresalario, como son por ejemplo las horas extras, el trabajo nocturno, etc. Por lo demás, al verse obligadas a realizar en sus casas una doble jornada con sus quehaceres domésticos, las mujeres no están en condiciones de efectuar horas extras.

e) *Horarios reducidos;* sobre todo en los EE.UU. y en Gran Bretaña, un número muy importante de mujeres sólo trabajan a tiempo parcial.

f) Finalmente, además de todas esas motivaciones, un prejuicio muy antiguo tiende a remunerar menos a la mujer por el mero hecho de serlo.

Este último punto ha sido objeto desde los años 60 de numerosas disposiciones legislativas nacionales e internacionales; es toda la historia reciente de los esfuerzos encaminados a conseguir la aplicación real, en la práctica, de la norma de «a trabajo igual, salario igual».

Este principio, evocado en 1919 en la constitución de la OIT ha sido reasumido por la misma organización en 1946; por la ONU en 1948, etc. Los tres textos más importantes son al respecto:

a) La Convención núm. 100 de la OIT que estipula: «...cada país miembro... deberá garantizar la aplicación a todos los trabajadores del *principio de la igualdad de remuneración entre la mano de obra femenina y la mano de obra masculina por un trabajo de igual valor*» (art. 2).

b) Tal y como lo subraya el artículo 119 del Tratado de Roma que rige para los países que se adhieren al Mercado Común: «Cada Estado miembro garantiza durante el curso de la primera fase y mantendrá en lo sucesivo la aplicación del *principio de la igualdad de las remuneraciones entre los trabajadores masculinos y femeninos por un mismo trabajo;* etc.»

Como muy bien lo destaca Robert Gubbels,[4] el texto del Tratado de Roma era mucho más inconcreto por cuanto sólo se refería a la igualdad por «un mismo trabajo» y no ya por un «trabajo de igual valor». «Así, numerosos países, Bélgica entre otros, interpretaron dicho texto como relativo únicamente a las funciones mixtas, es decir, realizadas indiferentemente por los hombres o las mujeres, dejando subsistir unas flagrantes anomalías allí donde las mujeres estaban sujetas a ciertos trabajos.» Para disipar equívocos, fue necesario un segundo texto, la Resolución de los Estados miembros, del 30 de diciembre 1961, que preveía tres fases hasta lograr una situación sana:

a) Reducción a un 15 % de las disparidades existentes, antes del 30 de junio de 1962.

b) Reducción a un 10 % antes del 30 de junio de 1963.

c) Realización completa de la igualdad de remuneración antes del 31 de diciembre de 1964.

4. R. GUBBELS, *Travail au féminin*, ed. Marabout, Bruselas, 1967.

La Resolución exigía, igualmente, la supresión progresiva de las discriminaciones en la contratación y en el lugar de trabajo que podían acarrear las disparidades en la remuneración.

La UNESCO y la ONU, insistieron al respecto, llamando a la vigilancia por cuanto a menudo la ley dista mucho de los textos. Desgraciadamente hasta la fecha, si en realidad hemos visto atenuarse las disparidades escandalosas, también es un hecho que hemos visto gastar mucha ingeniosidad para eludir la ley, tanto es verdad que los textos jurídicos no bastan para cambiar un estado de espíritu. No pretendemos extendernos mucho sobre esta cuestión, pero no podemos silenciar el ejemplo tan estimulante de la *primera huelga europea*, del primer movimiento de los trabajadores que tenía como punto de partida un texto «europeo»; se trata de la suspensión del trabajo durante tres meses, en Herstal, de las obreras de la Fábrica Nacional de Armas de Bélgica, en 1966. Huelga de mujeres que colocaron a los hombres —a quienes redujeron al paro al parar sus propios talleres— ante el hecho consumado, huelga decidida al margen de cualquier consigna sindical (pues ni una sola mujer representaba en los sindicatos a las 3.800 obreras que decidieron ir a la huelga), que promovió un movimiento de solidaridad femenina internacional sin precedentes: se vio desfilar, junto a las huelguistas belgas, a las francesas, holandesas, españolas, italianas; y los telegramas de apoyo y las ayudas materiales en dinero afluyeron, provenientes de todas las trabajadoras de Europa. ¡Qué sorpresa para la opinión, aquella huelga decidida que se prosiguió durante tan largo tiempo en medio del buen humor y la dignidad con miras a la aplicación de un principio ratificado por todos los Estados miembros de la CEE! Esta huelga permitió desenmascarar ante la opinión pública los manejos que la clase patronal utilizaba en todas partes para mantener a las mujeres en un estado de subremuneración pese a los textos jurídicos. Los diferentes puestos de trabajo de una fábrica estaban distribuidos en «clasificaciones» y el salario se fijaba en base a esas clasificaciones. Mucho se habían manipulado aquellas clasificaciones, aumentando el valor en puntos atribuido a la «fuerza muscular», disminuyendo el valor atribuido a la «agilidad», etc., para que los salarios de las mujeres no cambiaran.

En el momento de la ratificación del Tratado de Roma,

algunos países, Italia, Holanda, Bélgica, Alemania, se hallaron muy preocupados por la decisión que acababan de adoptar, por cuanto las disparidades salariales para un trabajo igual eran en ellos muy grandes, Francia —que había inscrito en su Constitución de 1946 el principio de la igualdad de los hombres y las mujeres— se hallaba en mejor postura, pues la protección jurídica de la igualdad remunerativa parecía ser total y seria (ley del 11 de febrero de 1950), con la aplicación en 1950 del Salario mínimo interprofesional garantizado, la Constitución de 1958, etc., y Francia hizo de la introducción del artículo 119 una condición para su firma del Tratado de Roma. Las disparidades de salario entre los puestos de trabajo equivalentes eran por entonces mínimas y raras.

Diez años más tarde, mientras en el extranjero la situación iba mejorando, en Francia empeoraba. Es muy difícil encontrar unas estadísticas oficiales que aludan a un estado de hecho ilegal puesto que en la mayoría de los casos está camuflado, pero cabe adelantar con toda seguridad que las disparidades se han agravado y que en la actualidad alcanzan de un 10 a un 12 % en detrimento de las mujeres. Esta situación se ha instaurado sobre todo a partir de 1958. La elevación del nivel de vida de los franceses desde esa fecha no ha beneficiado lealmente a las mujeres al igual que a los hombres. Es fácil, demasiado fácil, por desgracia, recoger abundantes ejemplos sobre la fijación de unos salarios diferentes para los hombres y las mujeres en los mismos puestos laborales: sin querer nombrar a unas marcas muy conocidas, puedo decir que dispongo de pruebas fehacientes en cuanto se refiere a ciertas empresas de fotografía, de galletería, de confitería así como del ramo de la piel, del vestido, etc. Tal gran fábrica de material fotográfico publica en 1966 su tarifa salarial en dos cuadros: salarios para los hombres y salarios para las mujeres, con discriminaciones para un mismo coeficiente tanto en el salario base como en las primas.

¿De qué sirven entonces los textos jurídicos si no se acompañan de unas disposiciones penales que permitan sancionar severamente a los patronos que derogan un principio reconocido?

También sería necesario que las trabajadoras perjudicadas de ese modo tuviesen un posible recurso ante los tribunales. Los abusos que aquí señalamos no se refieren sino

a algunos tantos por cientos, pero un principio es un principio y no es eludiendo la ley como Francia, que ostentaba hace veinte años la situación más sana en este terreno, tendrá el derecho de darles una lección de moralidad a sus vecinos que, por su parte, están progresando.

En los EE.UU. y el Canadá, la situación es menos halagüeña aún. El plazo para el ingreso en el Mercado Común no puede, como en el caso de Gran Bretaña, servir de impulso para una desgarradora revisión. Sin embargo, los EE.UU. están intentando conseguir gracias a la labor de la Comisión para el Estatuto de la Mujer, recientemente instituida, una mejora de la situación.

Fue en 1919 cuando se votaron, por parte de 24 Estados, las llamadas leyes del *Equal Pay* —igualdad salarial. Pero casi otros tantos Estados, por una parte no las han ratificado y por otra parte, pese a dichas leyes, «los porcentajes de remuneración inferiores para las mujeres que realizan el mismo trabajo que los hombres no son una excepción. Así, por ejemplo, ciertos estudios que datan de 1960 ponen de manifiesto la existencia de nóminas de pago de ciertas mujeres que con menos de 5 años de antigüedad arrojan unas diferencias de 5 a 15 dólares a la semana (350 a 1.050 pesetas) relativamente a los salarios masculinos que están en el mismo caso, así como también unas diferencias de 9 a 49 centavos a la hora (6,30 a 34,30 pesetas) entre los hombres y las mujeres empleados en los mismos trabajos en el lavado y la limpieza».[5]

En febrero de 1962, la Comisión para el Estatuto de la Mujer decidió dar todo su apoyo a la campaña por la remuneración igual de los trabajos de un valor comparable. Un proyecto de ley fue elaborado y enviado a ambas Cámaras en 1962 y nuevamente en 1963. Fue adoptado y firmado por el presidente Kennedy el 10 de junio de 1963. Las leyes laborales del 1938 se hallaron enmendadas de esta manera y la necesidad del «salario igual para un trabajo igual» se introdujo en ellas. Esta ley abarcó unos 27,5 millones de personas.

Sin embargo, se precisaba que seguidamente las leyes de cada Estado se modificasen en el mismo sentido. En la ac-

5. *American Women, Report of the President's Comission on the Status of Women*, 1963, pág. 37.

tualidad quedan veintiún Estados y Puerto Rico cuyas leyes no prohíben la discriminación sexual en el trabajo. Las personas que viven en dichos Estados y que se consideran perjudicadas por las leyes federales deben dirigirse directamente a la Comisión federal la cual tratará ella misma del caso con el Estado interesado. El procedimiento es muy pesado y se necesita mucho coraje y una excelente información para lanzarse a esa larga aventura jurídica.

Vale la pena mencionar que la Comisión para los Derechos cívicos ha recibido, en su primer año de funcionamiento, quejas alegando hechos de discriminación sexual que representaban el 33,7 % del total de las quejas presentadas. (Las demás se referían a las discriminaciones raciales.) En los dieciocho meses siguientes que finalizaron en diciembre de 1966, la proporción de las quejas por discriminaciones basadas en el sexo se mantuvo por encima del 30 %.

VIII. La formación profesional de las muchachas y las mujeres

¡Cuántas veces no hemos hablado ya de la falta de formación y de cualificación de las mujeres dentro de esta letanía de las causas de su situación, por lo demás poco halagüeña, en el mundo del trabajo!

La historia del trabajo no es risueña, en lo femenino, pero con todo no es ni mucho menos la historia de una derrota irremediable y continua. ¿Acaso el cuadro no ha cambiado desde la época en que la educación básica quedó abierta para las muchachas? Las mujeres que han conquistado la educación han superado la pretendida fatalidad de la inferioridad femenina en los aspectos más variados de la actividad. Pero es un hecho que todo el mundo no puede cursar estudios superiores y a veces incluso los estudios superiores no conducen tan fácilmente a lograr una situación profesional. Muchas estudiantes aún siguen siendo mandadas a la Facultad para adquirir «una cultura general» y, accesoriamente, encontrar en ella un marido. En cuanto a las demás, cabe preguntar lo que se hace por ellas, para armarlas, dotarlas no ya del ajuar, sino de una profesión que podrán, si lo desean o si lo deben, ejercer durante años, muchos más años que lo que se precisa para gastar las sábanas!

Ya no se imputan sino raramente las «aptitudes femeninas». Pero ¡cuántas prevenciones al nivel de las direcciones de la enseñanza por miedo a despilfarrar el dinero al formar a unas muchachas que se casarán y abandonarán su profesión apenas salidas de la escuela de aprendizaje, apenas diplomadas! ¡Cuántos cálculos en los padres que prefieren gastar más para darle una situación al muchacho dejándole a la hija la única lotería del matrimonio! ¡Cuánto irrealismo no hay finalmente en las muchachas mismas, que consideran normal que su familia pierda horas y horas discutiendo y vacilando en torno a la compra y elección de un coche o del lugar donde pasar las siguientes vacaciones, y tan poco tiempo como dedican a informarse cuando se trata de prepararlas a la vida activa! Todo las estimula por esa

vía, la prensa, el cine, la publicidad, todo las empuja a vivir como unas encantadoras muñecas esos años irrecuperables de la opción, y se dejan arrastrar a hacer cualquier cosa para cobrar lo antes posible el poco dinero que las permitirá comprarse los vestidos y las chucherías que codician, hasta el día de la boda, previsto como la meta final, una meta en sí, una solución definitiva para todo el futuro.

Todo esto se arremolina dentro de un perfecto círculo vicioso: los gobiernos no haciendo nada para forzar la mano a esas familias atolondradas y a esas hijas embaucadas por la sociedad y consentidoras; los patronos se frotan las manos de contento al pensar que siempre existirá una buena y amplia reserva de mano de obra no cualificada, que se podrá avasallar a discreción o casi; pues las enseñanzas profesionales y técnicas seguirán siendo pensadas en masculino, sin el menor remordimiento, garantizándoles incluso ser progresivas y adecuadas a las necesidades de la época.

Sin embargo, la OIT, la UNESCO, todos los organismos internacionales que pueden medir cada día la amplitud de esta carencia y la malignidad de sus consecuencias, no dejan de dar la voz de alerta y de votar resoluciones.

En el marco de esta obra no nos es posible agotar el problema, y conviene remitir al lector a los estudios muy complejos que existen en casi cada país, y en la esfera internacional, en los grandes organismos con vocación mundial, sobre la cuestión de la formación profesional de las muchachas. Sólo señalaremos las observaciones más importantes que pueden hacerse en relación con los finales de los años 60.

En los países a los cuales nos hemos referido aquí, la educación de las muchachas al nivel de la primera enseñanza es ya un hecho, pero ciertas distorsiones comienzan a aparecer en el nivel de la enseñanza secundaria. Incluso con una igual duración de frecuentación escolar, el contenido de los programas no siempre es el mismo para los muchachos y las muchachas. El problema queda zanjado de la mejor forma posible cuando los institutos secundarios son mixtos, es decir, cuando practican la coeducación de los jóvenes de ambos sexos. Sin embargo, numerosos países oponen aún a la coeducación ciertas prevenciones que los gobiernos no se atreven a vulnerar aun cuando se dan cuenta del ahorro que supone la enseñanza mixta y de los buenos resultados que brinda en aquellos lugares donde se realiza. Pero una de las consecuencias más perjudiciales de esta situación

es, para las muchachas, la falta de identidad de los programas dentro de la enseñanza secundaria femenina y masculina. Ello se refleja en un aligeramiento de los programas de los liceos de muchachas en relación con unas disciplinas que, en muchos casos, les serían sumamente necesarias para acceder ulteriormente a una formación profesional armonizada con las necesidades del mercado del trabajo. Las muchachas estudian menos matemáticas, física, química y, naturalmente, menos tecnología que los muchachos, y eso no por gusto sino por pura obligación.

Así, en Alemania Federal las *Mittelschulen* para muchachas tienen unos programas de matemáticas diferentes: cuatro horas para las muchachas contra cinco para los muchachos en el séptimo y octavo curso; tres horas para las muchachas contra cinco para los muchachos en el noveno y el décimo año. El tiempo así ahorrado (al igual que las horas de física, química y biología) está dedicado a la música, la costura y la enseñanza doméstica. En Austria, las *Frauenoberschulen* han adoptado un horario de matemáticas la mitad menos dilatado que el de las escuelas masculinas del mismo grado. También se dan disposiciones del mismo tipo en las escuelas secundarias de Bélgica y Gran Bretaña.[1]

Marguerite Thibert, especialista internacional de esta cuestión, destaca, con justeza, que la situación no es más halagüeña cuando las adolescentes pueden escoger entre los programas más o menos científicos o literarios, por cuanto en tal caso se ven dirigidas hacia las secciones literarias de un modo demasiado sistemático. Cita, para aseverarlo, una encuesta realizada en 1959 en Francia entre las alumnas del Conservatorio Nacional de Artes y Oficios: se trata en este caso de «unos elementos especialmente válidos de la población activa femenina, de unas trabajadoras, que a costa de un duro esfuerzo y siguiendo asiduamente los cursos de perfeccionamiento que tienen lugar por la noche, el sábado por la tarde y el domingo por la mañana, prosiguen su promoción profesional. Además de los cursillos técnicos que han de permitirles conseguir un diploma profesional, muchas de estas estudiantes siguen unos cursos científicos generales,

1. Cf. UNESCO, *World Survey of Education*, vol. III, *Secondary Education*, «Time-table for intermediate schools», p. 572. Y OIT, *L'orientation et la formation professionnelle des jeunes filles et des femmes*, 1964, D. 28.

especialmente cursos de matemáticas, para lograr los conocimientos fundamentales de los cuales las habían privado».[2]

Ya hemos visto de qué manera, en los distintos países, se orienta a las estudiantes de la enseñanza superior. En todas partes son mayoritarias en las Facultades de Letras. No se trata de impedir a una muchacha que estudie Letras si lo desea o siente vocación por dicha disciplina, pero no podemos por menos que observar que a menudo los familiares desaconsejarían a los muchachos dirigirse hacia aquellas disciplinas que no desembocan directamente en un empleo. Así, por ejemplo, en Grecia y en Italia, se observa un verdadero paro que afecta a las muchachas diplomadas de la enseñanza superior, y que se habían titulado más bien porque se trataba de un signo «social» que por conseguir una carrera. Obligadas a ganarse la vida, no encuentran trabajo, en el nivel que intelectualmente han alcanzado.

Se nota cada vez más la tendencia de las muchachas a conformarse con el más modesto de los diplomas. (Hemos visto como en los Estados Unidos son muy pocas las que se atreven a intentar conseguir el «Ph.D.».) Esta retención que se explica mucho más por una falta de confianza en sí que por el nivel de las aptitudes, es muy nefasta para las adolescentes por cuanto, como muy bien sabemos, para lograr imponerse en cualquier carrera, la mujer suele precisar de un mayor número de diplomas que un hombre.

Esas disposiciones «atávicas» se hallan ampliamente desmentidas por las estudiantes de los países del Este que son muy numerosas en un buen número de facultades y escuelas superiores que en Occidente no suelen tener éxito entre las muchachas. Lo cual no deja de ser una demostración de que en punto a dicha «orientación», se trata mucho más de un clima social que de unas dotes intelectuales estrechamente ligadas con las funciones hormonales...

Ahora bien, por lo que respecta a las muchachas que no van ni irán nunca a la universidad ¿cuál es su situación?

En 1956, la OIT y la UNESCO, que preparaban conjuntamente un estudio relativo al «acceso de las muchachas y de las mujeres a la enseñanza profesional técnica», quisieron utilizar las estadísticas facilitadas por los Ministerios de la Educación a la UNESCO. Muy pronto hubo que percatarse

2. Cf. «B.I.N.O.P.», sept.-oct. 1959, pp. 220-243, (Bulletin de l'Institut National d'Orientation Professionnelle).

de la verdad de que aquellas estadísticas no reflejaban ni mucho menos la visión real de las situaciones en este aspecto. Así, en ellas figuraba un número muy elevado de muchachas que seguían los cursos de enseñanza doméstica: cosa quizá excelente para su futuro marido, pero no es posible imaginar que una tal enseñanza las preparase para asumir una profesión cualquiera. Por ejemplo, en los EE.UU. existen unos cursos, llamados profesionales, que están subvencionados por el gobierno federal (*Public Vocation Courses*). En 1959, 1.831.058 muchachas se hallaban matriculadas en ellos y las autoridades estadounidenses subrayaban que estos cursos constituían uno de los principales recursos para las muchachas que deseaban conseguir una formación profesional. (Las otras posibilidades eran, mayormente, los cursos de formación profesional militar, y los programas de adiestramiento administrados por los Estados.) Pero es el caso que, sobre esa cifra de 1.831.058 muchachas, 1.543.512, o sea el 84 %, seguían unos cursillos de enseñanza doméstica de un interés meramente «familiar» y que no podían ni tan siquiera encaminarlas hacia las carreras de la economía doméstica, carreras que se cursaban en otras escuelas... Vemos, por tanto, que hay que ser circunspecto antes de opinar acerca de la situación real de la formación «profesional» de las muchachas.

Dado que resulta casi imposible el presentar un estado satisfactorio, es decir, exacto y concreto, de las formas existentes de formación profesional referidas al número de muchachas de las edades interesadas en cada país, es preferible atenerse al examen de la situación en aquellos países que han llevado a cabo al respecto estudios más desarrollados. Tomemos el ejemplo de Gran Bretaña, en donde la situación no es especialmente desfavorable. En dicho país se hizo una encuesta, publicada en 1961 bajo el título: *Better Opportunities in Technical Education —Mejores oportunidades para la educación técnica—*, que era una especie de «Libro Blanco» atestiguando el interés que el gobierno británico sentía por el asunto y la trascendencia que le concedía para el desarrollo económico de la nación.

En dicha encuesta se aprecia que el aprendizaje es el modo de formación más corriente, sobre todo en la industria, para conseguir una cualificación, siendo más rara la escolaridad dentro de una escuela técnica. En principio, las muchachas en aprendizaje durante dos o tres años gozan

de un día libre por semana para seguir los cursos de una escuela especializada. Se organizan unos cursillos de duración parcial muy numerosos para permitir a estas jóvenes asalariadas que puedan proseguir una enseñanza, por cuanto la ley obliga a impartir la enseñanza postescolar hasta la edad de 18 años. Estos cursos se celebran bien por la noche, bien durante la jornada. Las muchachas asisten muy numerosas a los cursos de noche, pues forman casi un millón, o sea el 41 % de los efectivos de estos cursos. Pero su proporción es bastante menos elevada en los cursos diurnos que requieren el permiso de ausencia de una jornada facilitado por el empresario. Entre los quince y los dieciocho años de edad, sólo hay una muchacha por cada tres muchachos y para la clase de los 18 años de edad, sólo queda una muchacha contra ocho muchachos. ¿Por qué? Porque los empresarios se preocupan muy poco de dejarles conseguir una cualificación, y también porque las muchachas se hallan más a menudo en las ramas laborales donde los patronos se niegan a conceder el permiso de ausencia semanal: comercio al por menor, restaurantes, bares, etc. Dentro del comercio —esto ha sido demostrado por un estudio— sólo el 4 % de las jóvenes empleadas obtenían la citada autorización. A guisa de comparación, en la industria mecánica, el 90 % de los muchachos de menos de 18 años de edad gozaban regularmente de dicho permiso. En la misma rama, la de la mecánica, sólo el 12 % de las muchachas de menos de 18 años de edad conseguían el día semanalmente acordado a los muchachos. En la industria química, los porcentajes de jóvenes aprendices autorizados a seguir los cursos diurnos en los centros de formación profesional eran respectivamente del 40 % para los muchachos y del 13 % para las muchachas.[3]

El gobierno parece haber previsto la adopción de ciertas medidas para remediar la situación. Pero si ese estudio no se hubiese llevado a cabo ¿se habría puesto de manifiesto esa disparidad de oportunidades entre las muchachas y los muchachos, pese a hallarse protegidas por la ley? No hay que olvidar que entre los empresarios existe una mala voluntad especial cuando se trata de permitirle a una muchacha o una mujer que intente subir los escalones. Lo que

3. Dorothy SILBERTSON, *Youth in a technical age, a study of a day release*, Parrish, Londres.

no sólo se admira sino que se estimula en los muchachos, o sea, la sana y justa ambición de sacar lo mejor de sí mismo, se aprecia muy poco en una muchacha. Se prefiere dejarla en su puesto, que es más modesto.

Las cosas andan mucho mejor en los establecimientos de enseñanza técnica de tipo escolar en los que la proporción de las muchachas es satisfactoria. Sin embargo, el secretariado permanente para la Educación hacía constar, en 1961, que el cuadro no dejaría de cambiar si se considerase el reparto de las muchachas y los muchachos en tales centros de enseñanza técnica por categorías de edad. En dichos centros el número de muchachas rebasaba al de los muchachos entre los quince y dieciséis años, pero a los dieciocho años, el número de los muchachos ya era mucho más elevado. Las muchachas ya estaban trabajando, sumidas en la vida activa.

Al nivel de los estudios técnicos más adelantados, para adquirir una cualificación superior, no se sabe exactamente en qué grado se sitúa la proporción de las muchachas. Hace diez años sólo formaban el 10 % de los efectivos, pero se ha hecho tanto para estimularlas a proseguir sus estudios que cabe pensar, razonablemente, que en la actualidad su participación es menos exigua.

En efecto, el Servicio del Empleo ha emprendido una campaña cerca de las muchachas, campaña elaborada en unos términos claros y razonables:

«La idea de que una carrera podría comprometer vuestras oportunidades de matrimonio ya no es cierta hoy día pese a que la necesidad de completar vuestra formación profesional pueda retrasar vuestro casamiento uno o dos años. Deberéis recordar que, generalmente, cuanto más elevado sea el nivel de vuestra cualificación profesional y el del empleo que ostentaréis antes de vuestro casamiento, mayores serán más tarde, vuestros recursos como esposa y como madre. En tanto que esposa, la decisión de continuar ejerciendo vuestra carrera o de interrumpirla depende de unas circunstancias que no podéis prever durante vuestra adolescencia. En tanto que madre, vuestra preparación a una carrera y la experiencia que en ella habréis adquirido podrán, en su hora, ayudaros considerablemente cerca de vuestros hijos.» [4]

4. *Choosing your carecer, Central Youth Employment Executive*, Londres, 1961.

¡Es de desear que todas las muchachas de 15 años de edad se aprendieran ese texto de memoria!

En Francia, la situación es alarmante en razón de su incoherencia. Las preparaciones profesionales se realizan allí mucho más dentro de las escuelas que en aprendizaje. Pero ya desde el comienzo el reparto de las muchachas es absurdo. En la enseñanza general, a partir del segundo ciclo, puede verse a los muchachos poblar las secciones industriales mientras que las muchachas permanecen en las secciones «clásica» y «moderna», es decir, que no se preparan para nada en absoluto. El mismo desequilibrio se observa en el seno de los colegios de enseñanza técnica: dentro de la sección industrial, en 1966 había 166.705 muchachos y 57.346 muchachas. Todas ellas se dirigen hacia las secciones comerciales. Hay que decir que toda la culpa no les incumbe a los padres ni a las adolescentes, pues pocos son los oficios que realmente se les brindan y la elección de las secciones ofrecidas a las muchachas es mucho más restringida que la de los muchachos: trabajos de costura, empleos de oficina y eso casi es todo. Se sabe que unos años más tarde se volverá a encontrar a las poseedoras de un diploma de costurera trabajando de obrera en la metalurgia, y clasificadas y pagadas como unas «no cualificadas», dado que su certificado de aptitud profesional de costurera no les vale absolutamente de nada en la industria del metal. Sin embargo, no faltan los empresarios que siguen elogiando ese tipo de formación. En repetidas ocasiones he podido oír cómo se citaba la admirable vocación de las bordadoras por hacerse montadoras de transistores u otras anécdotas del mismo tipo: en cada caso, mi interlocutor, con toda buena fe, estaba persuadido que me encantaba con su «feminismo» por cuanto hacía gala de unas palabras conmovedoras para reconocer las «cualidades de destreza minuciosa tan típicamente femeninas». Por desgracia, no las reconocía en la hoja de pago de la habilidosa bordadora.

Hay que reconocer que la tarea del gobierno no es fácil. En la propia medida en que planifica mejor y racionaliza esa situación estúpida y nociva, suprimiendo algunas secciones de costura y de secretariado, las muchachas abandonan la enseñanza pública, precipitándose hacia las escuelas privadas. Al nivel de los centros de aprendizaje, los muchachos son casi dos veces más numerosos que las muchachas en la enseñanza pública y las muchachas casi tres veces más nu-

merosas que los chicos en la enseñanza privada. Al nivel de la enseñanza secundaria, suele ocurrir algo parecido. Esas escuelas privadas son un freno considerable para el saneamiento de la situación general por cuanto siguen preparando a las muchachas para unos oficios sin ningún futuro para ellas, tales como los de secretariado, de la costura y la enseñanza doméstica. Y lo más absurdo es que disfrutan de una fracción del impuesto de aprendizaje que se cobra a los empresarios, los cuales nunca o muy raras veces emplean a las alumnas de tales escuelas.

¿Quién tiene la culpa? La culpabilidad es difusa: los padres, claro está, pero sería preciso que estuviesen informados. La mayor parte de las escuelas técnicas han estado separadas hasta la fecha según los sexos y, de hecho, un gran número de profesiones les estaban vedadas a las jóvenes debido a la falta de establecimientos de formación profesional para ellas. El gobierno ha remediado esta situación abriendo todas las escuelas que hasta entonces estaban reservadas exclusivamente para los muchachos a las chicas que deseaban ingresar en ellas (circular del 10 de octubre 1966). Una medida de esta naturaleza sólo puede dar resultados si está respaldada por una información intensa y continua cerca de las alumnas y de los padres. De lo contrario, se quedará en letra muerta. La Oficina Universitaria de Estadísticas se preocupa del problema y yo misma he participado en la elaboración de películas destinadas a todas las clases femeninas, de los trece a los quince años de edad, cuyo objetivo era a un tiempo el de hacer reflexionar y de informar. Pero cabe preguntarse si una adolescente puede persuadir fácilmente a unos padres acostumbrados a ciertas ideas limitadas y conformistas con respecto a las muchachas, quienes no deben asistir a una escuela de muchachos, aprender un oficio masculino, etc. La prensa se calla y la televisión se pone en marcha muy despacio.

El ministro de Educación Nacional volvió pues a mandar una nueva circular a todos los rectores, inspectores de academia e inspectores de la enseñanza técnica con ocasión del nuevo año escolar de 1967, y cosa más importante si cabe, se la mandó a todos los directores de los centros de orientación escolar y profesional, recordándoles que había sido planteado muy nítidamente el «principio de la igualdad de acceso de las muchachas a los establecimientos de enseñanza técnica y profesional de todos los grados».

Se procedió a la búsqueda de todos cuantos establecimientos profesionales especializados de carácter industrial estaban en condiciones de acoger desde ahora a las muchachas. «El estudio de las respuestas puso de manifiesto que un número importante de formaciones que acogen actualmente a los jóvenes serían susceptibles de quedar abiertas, sin restricción, a las muchachas.» «La lista de dichos establecimientos ha de ser, pues, ampliamente difundida entre las familias y los orientadores.» «Además, queda entendido que fuera de estos establecimientos ninguna candidatura femenina será rechazada... Sin embargo, será necesario evitar que la búsqueda de un carácter mixto de principio no desemboque en la integración, en algunos establecimientos, de un pequeño número tan sólo de chicas: éstas deben ser lo bastante numerosas como para que la formación que en ellos reciban sea lo suficientemente eficaz.»

Por otra parte, se pide, expresamente, que se prevean las condiciones indispensables para promover los internados tanto de muchachas como de muchachos, lo cual no deja de ser trascendental para las zonas rurales. Además, el Ministerio de Educación Nacional anuncia un censo a escala nacional «de los empleos susceptibles de ser ocupados por un personal femenino o que sería deseable que ocupara dicho personal».[5]

Los sindicatos y la oposición al régimen (gaullista) que no habían dejado de exigir que por fin se garantizase con toda equidad la formación profesional de las muchachas, se alegrarán de estas medidas y velarán sin duda por su aplicación que tanto anhelan.

La única manera de evitar la formación continua de ese subproletariado explotado que constituyen las mujeres sin cualificación estriba, sin duda, en reorganizar totalmente la formación técnica y profesional de las adolescentes. En nuestras conclusiones, expresaremos lo esencial de cuanto preconizamos en este aspecto.

En los países desarrollados, la expansión económica permite, en principio, a las mujeres ampliar mucho más su campo de actividad, pero no hay que olvidar la extremada movilidad de esas sociedades. Las nomenclaturas profesionales cuentan con varios millares de oficios, pero ¿cómo pue-

5. Circular núm. IV-67 370 del 12 de septiembre de 1967, «Boletín Oficial de Educación Nacional», 21 de septiembre de 1967.

de elegir razonablemente una adolescente sin estar mejor informada y aconsejada, incluso si todas las escuelas le quedan abiertas, cuando esos contactos cotidianos y la experiencia de su familia no le ofrecen más que una imagen limitada de las posibilidades profesionales de una muchacha? Todas las encuestas realizadas en las escuelas demuestran la total imprecisión que reina en la mente de los niños con respecto a las profesiones de los adultos. A esta imprecisión se une en las muchachas una pobreza de modelos que limita más aún su libertad de opción. *Sólo hay opción, sólo hay libertad cuando existe una buena información.*

La reintegración de las mujeres adultas

Aun cuando este trabajo de información y de educación se lleve a cabo en las mejores condiciones acerca de las adolescentes, de sus familiares, de los directores de los centros escolares, de los organismos de orientación escolar y profesional, otro problema, específicamente femenino seguirá en pie: el de la integración en la vida activa de los centenares de miles, de los millones de mujeres adultas que, teniendo a sus hijos ya mayores, buscan y buscarán cada vez más reintegrarse en la vida activa. Para algunas, que jamás trabajaron, se trata por consiguiente de una integración en el mundo laboral, para otras, de una reintegración al cabo de una muy larga ausencia y a una edad que no suele ser muy propicia en nuestro mundo dominado por el culto a la juventud y la obsesión de la inadaptabilidad de las personas de edad madura.

En este punto conviene hacer una observación muy importante. Nada prueba que lo que quizá sea cierto para los hombres, a saber, edad, dificultades de adaptación después de haber rebasado una cierta edad, tenga que reasumirse sin ningún correctivo con respecto a las mujeres. Algunos médicos gerontólogos franceses, entre ellos el doctor Denard-Toulet, han descubierto, al tratar de establecer la curva de las facultades intelectuales y psicotécnicas según las edades de la vida, que esa curva no ofrecía el mismo dibujo para los hombres que para las mujeres. Mientras que los hombres realizan sus mejores *performances* intelectuales y psicotécnicas durante la primera parte de su vida de adulto, más

o menos de los veinte a los cuarenta años de edad, para ver luego decrecer sus facultades paulatinamente conforme van envejeciendo, nos damos cuenta que no ocurre lo mismo con las mujeres. Por el contrario, se pone de manifiesto que para un gran número de mujeres, es a la edad de la mayor actividad hormonal, a la edad del matrimonio y de las maternidades, más o menos desde los veinte a los treinta años de edad, cuando realizan sus peores *performances*. Pues la curva de sus resultados no hace sino mejorar con su ingreso en la edad madura, ofreciendo después una destacada estabilidad desde los cuarenta hasta los sesenta años. Una vez más, se trata en este caso de la descripción de una dinámica de las posibilidades con el desarrollo de la vida y no de una comparación de las dotes y las *performances* absolutas de los hombres y las mujeres. Esto no significa por consiguiente de ninguna manera que una mujer de cincuenta años haga las cosas mejor que un hombre de la misma edad. Únicamente, que el ritmo de desarrollo de las aptitudes femeninas no obedece a las mismas leyes fisiológicas que el de los hombres.

Sólo cabe deplorar la rareza de los estudios sobre el género cuando pensamos en la fuerza de las ideas dominantes en nuestras civilizaciones del trabajo. ¿No se exige de las mujeres, al igual que de los varones, que demuestren sus capacidades en su trabajo durante los años de su primera juventud, en la edad misma en que su fisiología y su historia ginecológica la frenan al máximo? En suma, se proyecta a la mujer en un mundo del trabajo hecho e ideado por los hombres y para los hombres sin pensar en hacer a su respecto unos estudios especiales tendentes a descubrir las condiciones de su mejor inserción. En todas partes se necesita el trabajo de las mujeres, y cada vez se necesitará más a medida que se realizarán las mutaciones que han de sufrir nuestras sociedades, de un trabajo de cualidad por parte tanto de las mujeres como de los hombres. Cuando la automación habrá conquistado nuestras oficinas, ineludiblemente veremos reducirse las necesidades en taquimecanógrafas, y de otras pequeñas empleadas de oficina. En cambio, las necesidades de un personal cualificado se incrementarán dentro de la programación. Se trata sólo de un ejemplo al que cabría agregar muchos otros.

¿Acaso nos encaminamos hacia una falta de cuadros y de trabajadores cualificados sencillamente porque no se habrá

sabido utilizar convenientemente el potencial intelectual y activo de las mujeres? No basta con que algunos precursores descubran en los laboratorios unos sentidos de investigación como los que acabamos de señalar. Una extensa exploración científica de los ritmos de trabajo óptimos, de las posibilidades de adaptación mejores para las mujeres, sólo podría resultar beneficiosa para el país o los países que las emprendieran.

Una investigación científica rejuvenecida, depurada de todos los prejuicios respecto a la mujer o sobre las leyes de la actividad humana sería la condición primera de una revisión quizá desgarradora de los conceptos generalmente aceptados.

De todos modos las mujeres de edad madura son y seguirán siendo cada vez más numerosas en presentarse en el mercado del empleo. La gran mayoría de estas mujeres han asumido durante los años anteriores a este paso, su deber de educadoras y la sociedad no puede imputárselo ni penalizarlas por ello. Idealmente, debería incluso ayudarlas a reintegrarse. El mismo Platón consideraba ya que la mujer de cuarenta años era capaz de asumir todas las funciones dentro de la ciudad.

Sin embargo, ¿qué se hace para ellas? Casi nada. En Francia, en principio nada se opone a su reinserción, pero ¿qué significa esta optimista comprobación? En realidad, en la mayoría de las formaciones profesionales, existen unos límites de edad, treinta años aquí, treinta y cinco más allá, a veces cuarenta. Es verdad que las universidades les están abiertas pero no las grandes escuelas o a lo menos no todas así como tampoco la mayoría de las escuelas profesionales. Algunas iniciativas privadas han sido tomadas por ciertas firmas aquí y allá. Gotas de agua en el mar... La regla general sigue siendo la de que «¡se las apañen!», y su situación no deja de ser en la mayoría de los casos de lo peor, pues se les confían las tareas más repulsivas, las más ingratas, las menos pagadas. Últimamente, Francia entera se sintió presa de indignación ante el espectáculo de una emisión televisiva sobre «los trabajadores del alba»: al despuntar el día se veía afanarse a todos los que limpian las oficinas, las estaciones del metro, los grandes almacenes, los lavabos, las calles, antes que la ciudad despertara. Eran mujeres, y mujeres de edad. ¡Pagadas a razón de 2,50 F. la hora, y qué horas! Des-

de las cuatro a las siete de la mañana o desde las ocho a las diez de la noche. Resignadas, miserables, apreciando sin embargo su «libertad», es decir, el no ser unas domésticas particulares. Más bien unas domésticas públicas, que la sociedad que las utiliza *ya no ve*, ignora. Que se necesiten personas para realizar esas labores, es un hecho evidente. Pero ¿por qué solamente las mujeres y solamente unas mujeres de edad madura o ancianas? Porque la sociedad no hizo nada por reclasificar a esas viudas, a esas madres que ya quedaron solas, cuando aún no era tarde.

Se suele insistir sobre el hecho de que el aprendizaje de un oficio ya no es posible concebirlo en nuestros días como se concebía en el siglo XIX o a comienzos del XX, época en la cual la gente ejercía durante toda su vida una actividad para la que habían sido formados en su adolescencia. Las palabras *recyclage*, «educación permanente» salpican todos los discursos de los especialistas. ¿Por qué exceptuar trágicamente a las mujeres? Pues para ellas esa reinserción, esa recualificación es tanto más necesaria en la medida en que no han podido estar en contacto con el mundo del trabajo durante toda su vida.

En la Unión Soviética, la ligazón entre el trabajo y la escuela es constante en todas las edades sin distinción de sexo. El que trata de perfeccionarse continuando su trabajo goza de toda una serie de privilegios, tales como la reducción de la jornada o de la semana laboral, de vacaciones suplementarias durante el período de los trabajos prácticos obligatorios de la especialidad elegida y en los períodos de examen, de la reintegración de los gastos de desplazamiento hasta el establecimiento escolar o profesional al que se asiste, etc.

Suecia se preocupa asimismo de este problema, mucho más agudo en ese país que en la URSS donde pocas mujeres dejan su empleo para criar a sus hijos. Una oficina paritaria ha sido creada por las confederaciones patronal y obrera para tratar de resolver esta cuestión así como otras que se plantean específicamente con respecto a la mano de obra femenina. Una «Carta del Trabajo femenino» ha sido elaborada por las comisiones femeninas de los sindicatos, la cual exige mejores medios de formación profesional para las muchachas y para las mujeres de edad madura que se reintegran al trabajo. Esta Carta ha sido un modelo y hay una parecida que ha sido redactada por la Comisión Consultiva femenina del Congreso de los sindicatos británicos y del Congreso

de los sindicatos de Irlanda del Norte. En Suecia, la reinserción de la mujer de edad madura en la vida activa puede efectuarse a través del paso por unos períodos de pasantía que les son abonados a la mujer, por cuanto se considera que el tiempo que gasta en su aprendizaje representa una merma de ganancia que la sociedad le adeuda. La cuestión es importante en la coyuntura de prosperidad económica que Suecia está atravesando y habida cuenta del gran número de mujeres casadas que piensan reanudar el trabajo. Una encuesta del diario «Veckans Affarer» del 2 de noviembre de 1967, realizada entre las mujeres casadas que permanecen en su hogar, pone de manifiesto que el 60 % de las que cuentan de veinte a veintinueve años de edad desean encontrar trabajo dentro de los dos o tres próximos años; el 53 % de las que tienen de treinta a treinta y nueve años, el 43 % de las que tienen una edad de cuarenta a cuarenta y nueve años y el 20 % de las que tienen de cincuenta a cincuenta y nueve años de edad expresan el mismo deseo. De manera que el orientarlas lo mejor debido, el formarlas como se precisa, es un problema de interés nacional al igual que una generosa iniciativa.

La «continuing education»

En los EE. UU., una encuesta realizada en 1962 pone de manifiesto que entre las mujeres que habían abandonado el *college* hacía quince años, una sobre tres estaba trabajando, y cinco sobre seis de entre las demás deseaban reanudar una actividad. Pero expresaban a la vez su aprensión ante la idea de intentar ese paso sin un nuevo adiestramiento y buscaban cómo podrían reemprender sus estudios o empezar otros nuevos. Pensando en sus preocupaciones, se lanzó la idea de los cursos llamados de «*continuing education*» para las mujeres de más de treinta años de edad. La Universidad de Minnesota fue la primera en abrir el camino y organizar, ya a partir de 1960, unos cursillos para las mujeres adultas. El éxito rebasó las esperanzas de las organizadoras. Así surgió el *Minnesota Planning and Counseling Center for Women* abierto a las mujeres de cualquier grado de instrucción. En dicho centro hallaron un servicio de acogimiento, de consulta, de información respecto a todas las posibilidades de cursos y de empleos que les son

ofrecidas. Una oficina de colocación y una guardería infantil completan el Centro. Huelga decir que esos servicios son de pago, pero el Centro concede unas becas de estudios. Este éxito se extendió rápidamente a muchos lugares, no de un modo sistemático, sino a través de las iniciativas privadas. Son incontables las universidades o los *colleges* que desde hace poco han abierto unos cursos destinados a las mujeres casadas deseosas de reanudar sus estudios. Los horarios están estudiados para adecuarse a las necesidades de estas madres de familia y algunos de los cursos —del *Sarah Lawrence College* del Estado de Nueva York, por ejemplo— suelen impartirse hasta por teléfono; la mujer es seguida por un profesor al cual manda todos sus ejercicios y quien a su vez le comenta de viva voz, por teléfono, sus observaciones y sus consejos. Se estimula mucho el establecimiento de relaciones de amistad y de lazos amistosos entre esas mujeres aisladas que se dirigen separadamente al Centro. En el *Sarah Lawrence,* me explicaban que para promover esos lazos de amistad y de camaradería que han de contribuir a que la mujer pueda superar su timidez y su aprensión al darse cuenta de que no está sola en su caso, se daba expresamente cita, una primera vez, a las candidatas, a una hora determinada, para recibirlas solamente media hora más tarde. Durante su espera, se encuentran en una habitación agradable, con otras mujeres de su misma edad (la edad media es de treinta y cinco años para las principiantes), y con madres de familia como ellas, se les sirve café y se cuida de que la conversación se entable. Así se logra romper más fácilmente esa soledad que frena grandemente a la mujer que desea emprender algo difícil e inusitado. Al preguntarle a la sicólogo que recibe e interroga a las mujeres que se dirigen a la Universidad de Pensilvania, en Filadelfia, cuáles eran los motivos que impulsaban a tantas mujeres a reanudar o emprender tan tarde sus estudios, ella se quejó con una sonrisa de no haber tenido aún, desde la apertura del Centro, ni una sola jornada para sentar el balance y analizar todos los motivos indicados por las postulantes: ¡se esperaba a unas quinientas y se presentaron más del doble! La mayoría de las mujeres se quejaban de tener una vida «vacía y sin objetivo» y de no poder ejercer en su vida cotidiana todas sus facultades, de sentir que se iban embruteciendo.

Por desgracia, dichos cursos son muy costosos y sólo abarcan por consiguiente una minoría privilegiada. Además

suele ocurrir a menudo que la mujer que empezó muy bien su reinserción se ve obligada a dejarlo todo porque su marido está destinado a otro lugar y en su nueva residencia no existe ninguna «*continuing education*». La movilidad bien conocida de los trabajadores norteamericanos es muy perjudicial para sus esposas, pero ¿quién se preocupa por ello, fuera de las mujeres admirables que han fundado esas escuelas voluntarias?

IX. Posturas y opiniones respecto al trabajo de la mujer

Esta brevísima incursión en el terreno de las motivaciones que mueven a una mujer a trabajar o a volver a hacerlo tras varios años de interrupción nos lleva a interrogarnos sobre la trascendencia y la originalidad de los aspectos sicosociológicos del trabajo femenino. Dado que el trabajo en el exterior no es siempre para una mujer una necesidad ineludible, ¿cuáles son las actitudes de las propias mujeres respecto al trabajo, bien sean activas o permanezcan en su hogar? ¿Cuáles son los criterios dominantes en la sociedad acerca del trabajo de las mujeres? ¿Quizá esas opiniones influyen sobre las mujeres? ¿Acaso evolucionan a medida que las sociedades modernas se van familiarizando con la idea de ver trabajar a las mujeres? ¿Cómo sienten las mujeres su trabajo bajo el punto de vista sicológico y las condiciones en que transcurre? ¿En qué medida consideran el trabajo como una necesidad, una maldición, un derivativo, una realización?

He ahí otras tantas preguntas que no cesan de plantearse en la actualidad ante la opinión pública, hasta el extremo de que casi estamos cansados de leer y de oír todas esas encuestas y todos esos reportajes, contradictorios y a menudo orientados en uno u otro sentido. Ya se habrá comprendido que el principal objetivo de nuestra tentativa de información y de reflexión sobre el trabajo de las mujeres es muy diferente, pues por el contrario, hemos intentado apartarnos de esos aspectos eticosicológicos con miras a intentar describir, aun cuando imperfectamente y también muy sucintamente, en su evolución histórica y en sus aspectos sociológicos más indiscutibles, un fenómeno social tan viejo como el mundo, para desentrañar sus rasgos esenciales. Por consiguiente nos importa mucho más que el lector tome conciencia de esa irritante necesidad relativa cual es el trabajo de las mujeres, que no el que moralice con nosotros acerca de su legitimidad, su nocividad, sus virtudes, o de aclarar lo vivido a través de la sicología de las honduras. ¡Y no por negarle a ese tipo de trabajos todo su valor científico y humano! Muy al con-

trario. Voces más autorizadas que la nuestra ya se han pronunciado. Nos ha parecido necesario aportar una contribución diferente, constituir un *dossier* a partir del cual puedan elaborarse las discusiones.

Mas también sería mutilador el querer omitir voluntariamente la trascendencia de los aspectos sicológicos del trabajo femenino; sabiendo además que se halla sometido a las causas demográficas, económicas y políticas no deja de estar claro que también influyen en él los condicionamientos sicológicos que se ejercen sobre las mujeres, y sobre los hombres llamados a opinar respecto las mujeres. Es interesante observar que estos condicionamientos pueden llegar incluso hasta a oponerse a los objetivos económicos y sociales prevalentes, haciendo más difíciles las mutaciones. Se produce en tal caso una predominancia de los mitos sobre las realidades, pero los mitos triunfantes se vuelven a su vez unas realidades con las cuales la ciencia social ha de contar.

Sin embargo, queremos destacar la relatividad histórica y geográfica de esos condicionamientos sicológicos. Por lo demás, muchas pruebas se han dado al respecto a todo lo largo de estas páginas. Para que este capítulo fuese completo, hubiésemos tenido que describir por lo tanto, país por país, el estado de espíritu dominante, sus causas y sus consecuencias. Ello hubiera requerido unos desarrollos demasiado importantes. En casi todos los países que hemos analizado, se han dedicado numerosos estudios, libelos y defensas a los aspectos éticos y sicológicos del trabajo femenino. En la bibliografía se puede hallar la indicación de tales trabajos. Nos limitaremos pues a ofrecer aquí algunos de los rasgos más significativos de las actitudes y opiniones sobre el trabajo de las mujeres en la medida en que contribuyen a perfilar los contornos de una sociología del fenómeno.

Resistencia al estereotipo

Una primera observación es necesaria antes de cualquier desarrollo del problema: la mayoría de los trabajos de este tipo inclinan a pensar que las personas interrogadas no se han determinado en sus respuestas tanto en relación con el trabajo de la mujer como en relación con el estereotipo dominante de la mujer, un ser dedicado por entero a un destino específico que se realiza dentro de la familia. Las in-

terpretaciones de los resultados de las encuestas resultan a veces desviadas por ello. Así hemos encontrado en repetidas ocasiones, en diferentes autores, la citación de una pequeña encuesta de Madeleine Chapsal entre las muchachas francesas[1] y que se interpretaba como una prueba de la permanencia de la vocación femenina tradicional. La pregunta que se hacía era la siguiente: «¿Cree que una mujer debe ocuparse en primer lugar de su familia y de su hogar? ¿Realizarse ella misma? ¿Ejercer un oficio?» La pregunta se abría sobre el estereotipo y daba seguidamente una alternativa a escoger sobre aquél.

—Ocuparse de la familia: 27 %
—Ejercer un oficio: 21 %
—Realizarse una misma: 6 %
—Ocuparse de su familia y de su oficio: 28 %
—Ocuparse de su familia, de su oficio y de sí misma: 11 %
—Ocuparse de su familia y de sí misma: 7 %

Robert Gubbels[2] ve en esas respuestas un testimonio del miedo al «asalto a lo desconocido» y una tendencia a simplificar «ateniéndose al antiguo estatuto». Cabría replicar también que dichas respuestas ponen de manifiesto una sólida aptitud para resistir al estereotipo dominante. Si se suman las respuestas en las que se menciona el oficio, obtenemos: $21+28+11=60$. Si sumamos las respuestas en las que se menciona a la familia sin el oficio, se obtiene $27+7=34$. El 60 % de estas muchachas hablan de trabajar, el 34 % se atienen a la familia. («Realizarse una misma» es un objetivo demasiado indeterminado en sus modalidades para que sea posible hacerlo entrar en una comparación con las realidades sociológicas existentes.) Sin embargo, sabemos que si es corriente que el 34 % de las mujeres trabajen y que el 60 % no trabajen y se consagren a su hogar (el 34 % es por lo demás aproximadamente el porcentaje de mujeres que trabajan en Francia), nos damos cuenta que las respuestas de las muchachas en cuestión *invierten* esa realidad. Así que me parece destacable que resistan de esa manera tanto al estereotipo que les es presentado por la moral corriente,

1. Madeleine CHAPSAL, *Vérités sur les jeunes filles*, Grasset, 1960, pág. 143.
2. Robert GUBBELS, *La Citoyenneté économique de la femme*, Oficina belga para el aumento de la producción, Bruselas, 1965.

mayormente católica (siendo Francia una nación católica), como a la imagen de la realidad social dentro de su país. Si se hubiera preguntado a unos hombres si debían ganarse primeramente la vida, u ocuparse de su familia u ocuparse de sí mismos, y solamente el 27 % de los mismos hubiesen afirmado «primero ganarse la vida», eso hubiera hecho correr mucha tinta. Y se hubiera considerado con justeza como muy irrealista por parte de unos hombres. Porque, generalmente, por muy penosa que les resulte la obligación de trabajar y de tener un oficio, los hombres se adhieren al estereotipo masculino que les propone la sociedad. No hay pues ningún malestar.

Entre las mujeres, y muy especialmente entre las más jóvenes, existe, en nuestra época un malestar. Por ejemplo, se manifiesta más claramente en un destacado estudio de sicología de Bianka Zazzo: *Sicología diferencial de la adolescencia*[3] en el que la autora pone de manifiesto, tras una larga y minuciosa encuesta sobre el «nosotros» y el «yo» de los muchachos y las muchachas adolescentes de diferentes medios: «En general, cuando se les pregunta directamente, se observa en las muchachas *una tendencia a distinguirse de sus semejantes (chicas) mucho más acusada que en los muchachos.*[4] En efecto, en todos los grupos... la proporción de los muchachos que afirman "parecerse mucho a los demás" es mucho más importante que entre las muchachas.» Y más adelante, afirma: «La toma de posición —más o menos marcada— contra el estereotipo de su grupo aparece mucho más nítidamente entre las muchachas que entre los muchachos. Especialmente cuando se trata de reivindicar los intereses más amplios, una apertura sobre el mundo, las posibilidades de expresión y de pleno desarrollo del individuo. Esto es debido, en parte a la mayor fragilidad de la imagen de la muchacha... pero probablemente también al hecho de que el estereotipo del muchacho es más lisonjero y más atractivo en la medida en que expresa en sus virtudes como en sus defectos una afirmación de sí, un dinamismo, un impulso de vida que no dimana del estereotipo de la muchacha.»

Por consiguiente, nunca hay que perder de vista que la mayoría de las encuestas sobre las opiniones o las actitudes con respecto al trabajo de las mujeres se sitúan en rela-

3. Bianka Zazzo, *Psychologie différentielle de l'adolescence*, Presses Universitaires de France, 1966, véase pp. 115 y 121.
4. El propio autor subraya este pasaje.

ción con el estereotipo aún dominante de la mujer consagrada plenamente a las virtudes familiares por naturaleza y por necesidad de moral social; y que por otra parte es mucho más difícil y mucho más notable el resistir a un estereotipo que el ratificarlo.

¿Cuáles son las posturas de las mujeres sumidas en el trabajo activo? Sin estar en condiciones de adelantar que sobre este tema hemos realizado una verdadera encuesta con una muestra representativa y un aparato científico de medida, hemos intentado esquematizar los resultados de numerosas conversaciones que hemos mantenido con unas mujeres casadas que trabajan en los diferentes medios. Las situaremos en relación con el estereotipo dominante de la mujer que aún sigue en vigor en nuestras sociedades occidentales, y especialmente en las latinas.

Hemos llegado a distinguir tres grupos de mujeres casadas y a definirlas a través de la manera en que viven su actividad:

1. «*SOMOS UNOS SERES APARTE*»

Este grupo está ampliamente integrado por obreras y asimismo forman en él un cierto número de campesinas. Todas estas mujeres están totalmente obligadas a trabajar y sienten en lo más hondo de sí mismas el hecho de que les sea estrictamente imposible seguir el estereotipo social dominante de La Mujer, tal y como lo encuentran en la prensa, las comunicaciones de masas, la moral social corriente y la publicidad.

a) Por eso, sienten un vivo *sentimiento de frustración* en relación con las demás mujeres con las que consideran que no pueden compararse por cuanto no pueden vivir la misma vida que ellas. El sentimiento de «exclusión» social es muy acusado. Es parecido al que se encuentra generalmente en la clase obrera encerrada en su condición y que advierte que no puede salir de ella. Sin embargo, el sentimiento de frustración es mucho más intenso aún por cuanto también se manifiesta en relación con los hombres de su grupo, a quienes consideran más favorecidos, por una parte en el trabajo porque los pagan mejor, están mejor considerados y ocupan unos puestos o asumen unas tareas más interesantes, y por

otra parte, en la vida fuera del trabajo puesto que los hombres no tienen como ellas que acumular su trabajo con las fastidiosas tareas domésticas.

b) *El sentimiento de culpabilidad con respecto al hogar* es constante. Se acusan y excusan todas ellas de no poder atender al hogar como desearían hacerlo, están obsesionadas por la idea del remiendo retrasado, del polvo debajo de los muebles, del niño al que no se ayuda a aprender sus lecciones, del marido que las estará esperando solo en casa si se retrasan, o si las compras, realizadas después del trabajo, duran exageradamente, o si los transportes públicos que utilizan tardan demasiado tiempo en volverlas a llevar a su casa. Dicen gustosamente «mi pobre marido» o «mis pobres hijos» al hablar de su familia, pues se compadecen más de los que su trabajo priva en parte de algunas pequeñas atenciones y mimos que no tienen el tiempo de dedicarles, que de valorarse a sí mismas por garantizarles gracias a su salario las cosas necesarias de la vida.

c) *Todas demuestran una inmensa resignación.* La frase: «Somos unos seres aparte», oída con ciertas variantes en boca de muchas de ellas expresa tanto su exclusión como su resignación a esa situación aplastante. Esta resignación no es tanto la expresión de una pasividad como la adaptación desgarradora a unas condiciones de vida que dejan poco lugar al ejercicio de la libertad. Llega hasta a la aceptación de la monotonía de las tareas, por ejemplo en la fábrica, que presentan a veces como la única forma de trabajo que no viene a incrementar aún sus preocupaciones. «Si tuviese un trabajo que necesitara pensar en todo momento, con las preocupaciones que tengo ya, mi cabeza estallaría» me decía una de esas mujeres. Asimismo citaré los testimonios recogidos por Madeleine Guilbert en la industria: «Prefiero un trabajo rutinario para poder pensar en lo que tengo que hacer en casa.» O bien: «Un trabajo rutinario tiene la ventaja de que una puede pensar en sus preocupaciones.»

Aquí se toca el fondo de la alienación no tanto por el trabajo como por la miseria o la mera pobreza que alimenta la perpetua angustia del mañana, del presupuesto al que ajustarse, de las pequeñas desgracias que tan fácilmente vienen a destrozar un horario o una organización de la vida ya de por sí acrobáticos.

Sin embargo, no habría que llegar a la conclusión de que todas las obreras se hallan tan fácilmente «desanimadas»

que es posible hacerlas aceptar todo cuanto se quiere, y hasta la idiota monotonía de las tareas. Pues muy al contrario, muchas de ellas se quejan de tal monotonía. Citaremos nuevamente estos testimonios de la obra de Madeleine Guilbert: «La única cosa que me hace sufrir es el tener que hacer siempre lo mismo. Una se duerme, no piensa en nada o entonces piensa demasiado en lo que hay que hacer en casa, en el dinero que se lleva en el bolsillo.» O bien esta campesina a la cual sólo se le encargaban unas tareas monótonas y que confesaba: «El trabajo penoso no me asusta; pero eso no cambia de lo que hago en la casa, todo es siempre igual; preferiría hacer cosas más duras que me exigieran un poco de esfuerzo pero que me distrajeran algo más.»

d) Ahora bien, no hay sólo aspectos negativos en la relación de esas mujeres con el trabajo. Así, todas ellas se muestran sumamente orgullosas de su independencia económica. Una de ellas, abandonada con cinco hijos pequeños, me decía: «Cuantas veces los miro, me digo a mí misma: hija mía, ya no tienes que pedirle nada a nadie, puedes pensar lo que quieres, decir lo que quieres, a nadie tienes que rendir cuenta de tus cosas puesto que te ganas la vida.» Otra me confiaba: «La paga, claro está, es para vivir, pero también es por el orgullo, pues nuestros maridos nos consideran más.» Otra mujer: «Cuando una se gana la vida, se siente menos miedosa, una sabe que puede apañárselas sola.» Madeleine Guilbert destaca esta respuesta: «El hecho de poder sostener su propia opinión en una discusión con el marido, puesto que al igual que él se trae un salario a casa.» Andrée Michel notaba la indignación de esas mujeres cuando se enteraban que dentro de la burguesía acomodada ocurre con frecuencia que el marido le entrega a la mujer el dinero día a día o semana a semana. Generalmente se consideran ellas mismas como lo opuesto de una «mujer mantenida», de lo cual sacan la fe en sí mismas, consuelo y orgullo. Esto puede aparecer como una contradicción flagrante de la frustración manifestada en relación con las «otras mujeres», con las «mujeres como las demás», pero todo el que haya practicado algo de sicología social sabe perfectamente que las contradicciones internas de las conversaciones de las encuestadas son con harta frecuencia más significativas que la coherencia. Aquí se distingue claramente el nivel de lo vivido (sentimiento de independencia y de satisfacción por ganarse la vida) y el nivel de

los estereotipos dominantes de la sociedad a los cuales no resulta cómodo el no poderse adherir.

e) *Estas mujeres aprecian sumamente la amistad, la camaradería,* los lazos que se traban en el lugar de trabajo, la ayuda mutua, y hasta la alegría: «Yo no digo que seamos felices, téngalo en cuenta, pero a veces nos reímos, realmente, nos reímos; una mujer que se queda en su casa no puede saber lo que eso representa, no entendería lo que quiero decir.» «Se dice que las mujeres se ponen como un trapo entre ellas, cierto que las hay; pero también están las amigas, una no se siente sola, se sabe que en caso de desgracia una puede hablarles de sus penas y eso consuela.» «En mi taller, el trabajo es terrible, pero hay un buen ambiente, en una palabra, hay amistad. Esto vale mucho.» «Yo cuando voy al trabajo, no pienso en la faena, pienso en las amigas que voy a reencontrar, en lo que nos vamos a contar, eso me hace reír sola a veces en el metro; si una estuviese sola no podría aguantar, pero, ya ve, una no está sola...»

No deja de haber las que se quejan de los «huesos» y las «cochinadas», del espíritu torcido, pero son más numerosas las que aluden las relaciones de amistad y la camaradería del trabajo como uno de los aspectos más positivos. En esto no difieren de los hombres. Es esta camaradería, este ambiente lo que les falta a las domésticas, que trabajan aisladamente en casa de los patronos. Son muchas las obreras que antes fueron domésticas. A menudo ganan menos en la fábrica que cuando estaban sirviendo en las casas particulares, pero prefieren todas esa solución «porque así una es más independiente y además porque una tiene amigas». Las sirvientas parecen acumular todos los inconvenientes del trabajo, al igual que las trabajadoras a domicilio, a los ojos de aquellas que experimentaron su condición.

f) En muchas mujeres de esta categoría se reencuentra la intensa dedicación al trabajo que las hace acelerar los ritmos y de la cual hemos hablado anteriormente. Es ese «match contra sí misma» que permite ver «hasta dónde se puede llegar». Generalmente, a los hombres no les gusta que los metan en un taller donde están llamados a competir con las mujeres, pues conocen sobradamente su increíble encarnizamiento por superarse, sobre todo cuando su amor propio se halla estimulado por las presencias masculinas. «Se quiso poner a los hombres en las cadenas de montaje de los televisores y los receptores de radio y resultó imposible, pues se

niegan a trabajar al ritmo nuestro, siempre se las apañan para trabajar más despacio, a un ritmo que pueden mantener. Las mujeres ¡es espantoso lo rápidas que pueden ir! Son capaces de doblar su rendimiento en poco tiempo, viviendo sobre sus nervios, lo que un hombre se niega a hacer.» [5] La mujer que se expresaba de esta forma explicaba ese encarnizamiento con el hecho de que las mujeres «se sienten más amenazadas.» Ésta no debe ser la única explicación, puesto que en las conversaciones que es posible mantener con ellas, se vanaglorian espontáneamente de su pasión por el trabajo como si se tratase de un rasgo de su carácter del cual se sienten orgullosas, que describen con todos los detalles sin justificarlo nunca con unas consideraciones objetivas acerca de la precariedad de su situación. A juicio nuestro, sería preferible relacionar ese rasgo con la tendencia manifestada por tantas mujeres que se quedan en casa de inventarse tareas para no parar nunca, aportando en sus labores domésticas un perfeccionismo a veces maniático, como si de ello dependiera si no su vida misma, a lo menos su dignidad. Quizá entre en dicha tendencia un cierto masoquismo, o a lo mejor se trata de una desviación (la única que les permiten las circunstancias en que se hallan), de un dinamismo, de una profunda necesidad de superarse a sí mismas.

2. *«LO QUE HAGO ES BASTANTE EXCEPCIONAL, Y MI FAMILIA PROGRESARÁ GRACIAS A MÍ»*

Esta segunda categoría de mujeres se encuentra mayormente entre la pequeña burguesía, en el medio que P. H. y M.-J. Chombart de Lauwe denominan muy justamente el «medio intermedio». En general esas mujeres ostentan unos empleos de oficinas o comerciales, a menudo trabajan en los servicios (maestras, enfermeras, peluqueras, etc.).

a) Hablan espontáneamente, *ante todo del dinero por el cual trabajan.* Este dinero no es ya, como en la categoría anterior, algo absolutamente imprescindible a su supervivencia o a la de su familia (salvo en los casos de las solteras,

5. Véase «Esprit», número especial: *La Femme au travail,* mayo 1961, p. 838.

que son diferentes). Pero lo más característico es el destino que, en su mente, ese dinero debe tener; pues el dinero que aportan mediante su trabajo sirve «para costear los estudios de los hijos, amueblar mejor la casa, adquirir un piso más confortable, disfrutar de unas mejores vacaciones». Es el dinero de la televisión, de la máquina de lavar, del viaje a España, del esquí para los hijos, etc. Es el dinero del bienestar y el dinero que le garantiza un mejor porvenir a la familia o a la pareja. El dinero que gana el marido suele dedicarse a cubrir los gastos corrientes. Esta dicotomía es tanto más interesante cuanto, que como hemos visto, las tareas de la mujer han sido y siguen siendo tradicionalmente unas tareas que aseguran la supervivencia diaria: comer, vestirse, tener calor, ir limpios, mientras que la vocación del esposo se orienta más bien desde hace siglos hacia el exterior y está sujeta a las grandes mutaciones económicas y sociales que puedan acontecerle a una familia. De hecho, los dos salarios se adicionan, eso es todo. Pero en el espíritu de esas mujeres, el fruto del trabajo en el exterior no estriba en la supervivencia diaria, sino al contrario en el mayor bienestar.

b) Las relaciones con el esposo son complejas: hay en ellas una *mezcla de orgullo y de culpabilidad* a su respecto. No siempre está de acuerdo sin reservas en que su mujer trabaje. De un lado, ella lo entiende un poco y de otro lado trata constantemente de hacer resaltar las ventajas ligadas a su actividad. Empero algunas mujeres de esta categoría anhelan el no trabajar y acusan —con palabras veladas— al marido de no ganar bastante y de obligarlas moralmente a trabajar.[6]

c) *En el trabajo, muestran poca ambición*: su «yo» parece estar satisfecho por el mero hecho de trabajar, lo cual no es norma a su alrededor y lo que en rigor pudieran no hacer. Las que trabajan con un objetivo económico concreto, por ejemplo para acabar de pagar una casa o un piso, esperan con impaciencia el término de su contrato voluntario y se mantienen en el trabajo con atonía, contando y recontando y explicando sus complicadas cuentas. Otras se enca-

6. Nada más difícil que el fijar el máximo de lo «necesario»; varía ampliamente de un individuo a otro y las motivaciones económicas con frecuencia encubren a otras. Varias mujeres de esta categoría que afirmaban verse «apremiadas» económicamente a trabajar hubieran podido abstenerse perfectamente de hacerlo.

riñan con lo que hacen y es dentro de esta categoría que se encuentra el mayor número de mujeres que trabajan un poco para *servir*, por espíritu de abnegación, porque sienten la necesidad de hacer algo para los demás: estas mujeres suelen ser a menudo maestras o enfermeras y, aun cuando se quejan de las condiciones de su profesión, la escogieron por vocación y se sienten enriquecidas por ella.

d) Casi todas dan muestras de *grandes cualidades de organización doméstica* y sus casas están tan cuidadas como las de las mujeres que permanecen en su hogar. Son mucho más racionales en sus actividades caseras, se «apañan» muy bien pese a los horarios a menudo harto dificultosos. Generalmente, suelen ser unas excelentes madres de familia ambiciosas para con sus hijos para los cuales trabajan, o por lo menos así lo suelen explicar: «Hay quien va diciendo: no entiendo por qué trabaja teniendo hijos como tiene; pero ¡yo trabajo precisamente porque tengo hijos! ¿Se imagina que si no fuera por eso me esquilmaría a diario en un lúgubre ministerio? No, pero así mis hijos tendrán todo cuanto necesitan y cursarán los estudios que no pude cursar yo misma debido a la situación de mis padres.» En realidad, se dividen en dos grupos: aquellas cuyas madres ya trabajaban y que consideran perfectamente normal hacerlo a su vez; y aquellas mujeres cuyas madres no trabajaban y a las cuales acusan un tanto retrospectivamente. Harán para sus hijos más de lo que su madre hiciera por ellas.

e) Es preciso señalar su actitud ante la enfermedad: *estas mujeres están mucho menos enfermas* que las mujeres que se quedan en casa y sus afecciones ginecológicas son singularmente menos largas. Una ginecólogo me hacía observar al respecto: «Desde el primer momento, durante el interrogatorio o el relato de la paciente, se sabe si trabaja o no. La mujer que trabaja desea quedar aliviada de lo que la aqueja. La otra, a menudo, desea sobre todo ser escuchada y compadecida.» Es claro que no es prudente generalizar la observación de un médico. Pero se da el caso de que dicha observación se ha visto resaltada en repetidas ocasiones por ciertas encuestas más sistemáticas. Una encuesta del doctor Inge Jerperson en la *Mother's Institution* de Copenhague ponía de manifiesto que las mujeres que trabajan se confiesan dos veces menos enfermas que las que no lo hacen y van dos veces menos a hacerse visitar por un médico.

3. *«A TRAVÉS DE MI TRABAJO ME REALIZO»*

Mucho más raras, las mujeres de este tipo pertenecen a la clase acomodada y ejercen unas profesiones que les gustan. No quiero decir con ello que el querer su oficio y tener el sentimiento de realizarse en éste sea un privilegio de las mujeres pertenecientes a la clase acomodada, ni mucho menos. Entre las mujeres del grupo anterior, señalábamos la importante proporción de las que ejercen un oficio-vocación. Y sencillamente entre las mujeres a las que nos vamos a referir seguidamente, la necesidad pecuniaria ya no es un pretexto suficiente, capaz de oscurecer las motivaciones personales. Estas mujeres son numéricamente muy minoritarias, pero se habla tanto de ellas como de unos fenómenos que es preciso trazar su retrato-robot.

a) *Tienen o bien una ambición o bien un interés extremado por lo que hacen.* Mucho más que de su vida en general con el trabajo dentro de ella, suelen hablar del trabajo en sí mismo.

b) No pueden dejar de plantear en uno u otro momento, bien claramente, que «no son como las demás», pero esta vez lo afirman con cierta compasión hacia las demás mujeres. A menudo tienen un aire muy femenino, pero les gusta concretar que prefieren trabajar con los hombres y no se identifican muy bien con la imagen de la mujer que suele difundir la cultura de masas.

c) Confiesan que *no se imaginan a ellas mismas sin trabajar.* Sienten las mudanzas, las preocupaciones de carácter doméstico, las enfermedades de los hijos y las necesidades de su vida paralela de amas de casa como otros tantos obstáculos a superar en el camino que tienen la sana intención de seguir hasta su término. En suma, se trata de los escollos dificultades y complicaciones que hay que superar para poder proseguir su carrera. Y no es que quieran menos a sus hijos o desatiendan su hogar —por lo demás se hacen ayudar, pero esto no elimina sus preocupaciones— sino que su primera reacción es más bien la siguiente: «¡Vaya, otro contratiempo! ¡Cuándo podré trabajar en paz como todo el mundo!»

d) *El marido es un aliado;* se vanaglorian de su conformidad, de su apoyo. Se sienten orgullosas de poder explicar que han resuelto el problema al nivel de la pareja. Parece tan imprescindible para cada una de ellas el tener ese consuelo y esa certidumbre, que uno duda de calar en el asun-

to. Sin embargo, muchas de las afirmaciones a este nivel huelen a fórmula ya elaborada de antemano y quizá encubran un sentimiento de culpabilidad más o menos engolfado. En cambio, carecen de todo complejo frente a los otros hombres que encuentran en el trabajo y que consideran bajo todos los aspectos como a unos competidores. Confiesan francamente que prefieren trabajar con —¡o contra!— los hombres que con las mujeres, pero no por ello los adornan con todas las virtudes.

e) *Se las arreglan bien con los hijos,* que por lo general —todas las encuestas lo prueban— son más listos[7] y menos nerviosos que los hijos de las madres que no salen de casa. Castigan menos a los hijos, siguen mejor la marcha de sus estudios y crean menos conflictos familiares.

f) *Advierten que la evolución de las sociedades las ha de favorecer,* se sienten empujadas por el viento de la historia aun cuando se ven afectadas por los problemas de horario y de fatiga a veces muy importantes. Esta impresión de hallarse no en contra de la corriente sino en medio de la corriente —a veces muy optimista —les confiere un dinamismo impresionante. Leen, se cultivan, van al teatro, se interesan por los problemas políticos más que el promedio de las mujeres menos atareadas que ellas.

Algunos tipos psicológicos de la élite trabajadora

Si no perfilamos más el retrato de este último grupo de mujeres es porque nos gustaría citar aquí ciertas consideraciones que se han hecho acerca de esas mujeres instruidas que trabajan, por parte de un grupo de investigadores norteamericanos dirigidos por Eli Ginzberg en la Universidad de Columbia.[8] Este grupo ha observado el «estilo de vida» de 311 mujeres pertenecientes a ese medio y han intentado clasificarlas en «tipos» a partir de las relaciones que mantienen

7. Numerosísimos trabajos han puesto de manifiesto que generalmente los hijos de las madres que trabajan tienen un Q.I. y unos resultados escolares mejores. Ver, por ejemplo, la encuesta de la señora Génin sobre la «Repercusión del trabajo profesional de la madre sobre el comportamiento del hijo». Así como también: *Their Mother's Sons,* de E. STECKER.

8. Eli GINZBERG y colaboradores, *Life Styles of Educated Women,* Columbia University Press, 1966.

con ellas mismas, con los demás y con la sociedad. Las categorías a las cuales llegaron estos investigadores no reflejan ninguna teoría sicológica o social, ninguna idea preconcebida: se trata únicamente de unas categorías elaboradas empíricamente a través de una observación sistemática —las mujeres contestaban a unos largos cuestionarios.

Distinguen cuatro tipos principales:

1. EL TIPO INDIVIDUALISTA (*individualistic type*) cuya vida entera es un esfuerzo hacia la autonomía. Estas mujeres tienden a devenir dueñas de sí mismas más que a dirigir a los demás o a dejarse dirigir por ellos. «Nunca hubiera podido ser sólo esposa y madre, me habría vuelto insoportable para los que me rodeaban. Afortunadamente, he deseado siempre que me dejaran sola para poderme sumir en el trabajo, la lectura, el sueño. Mi carrera cuadra perfectamente con este sistema.»

De otra, madre con cinco hijos: «No podría conformarme con ser exclusivamente un ama de casa; con hijos o sin ellos, debo trabajar para expresarme a mí misma. La alternativa se plantea como sigue: o bien trabajo, o de lo contrario seré una mujer frustrada y en ese caso no sería buena para nadie, incluyéndome a mí misma.»

2. EL TIPO «INFLUYENTE» (*influential type*) cuya energía trata de influir en las personas y los acontecimientos. Algunas de estas mujeres son especialmente dominadoras, pero no forzosamente. También les gusta guiar, a menudo, a los niños: con frecuencia son profesoras o directoras de establecimientos escolares. Les gusta escribir y hablar, intentar convencer a los demás. Generalmente, se hallan fuertemente motivadas y despliegan mucha energía.

3. EL TIPO PROTECTOR (*supportive type*), que ante todo busca ayudar y proteger a los demás. A menudo pertenecen al servicio social y son unas excelentes madres de familia. En su trabajo buscan la satisfacción de hacer algo válido y constructivo que mejore la vida de las gentes, directa o indirectamente.

4. EL TIPO COMUNITARIO (*communal type*) está empeñado aún más claramente al servicio de una causa que debe servir a la comunidad a la cual pertenece, trátese bien de un movimiento religioso, ideológico o político. Más que trabajar, lo que hacen es «servir». Una de estas mujeres se expresa como sigue: «El interés que siento por la política ha

convertido la empleada de 9 a 5 que era antes en una ferviente de las 9 hasta la medianoche.»

Prevalencia del condicionamiento social

Pese al interés de esas distinciones sicológicas, el apremio económico y social sigue, sin embargo, prevaleciendo en las posturas de las mujeres con respecto al trabajo. Apremio y coacción social que se expresa a través de las justificaciones halladas para aclarar el por qué se trabaja: en el importante estudio dirigido por P.-H. y M.-J. Chombart de Lauwe sobre *La imagen de la mujer en la sociedad*,[9] Elia Perroy, que aborda las posturas mantenidas con respecto al trabajo, hace observar cuán a menudo las mujeres suelen contestar diferentemente cuando se expresan espontáneamente y cuando contestan a un cuestionario. En este último caso, alinean sus respuestas sobre las posturas sociales aceptadas alrededor de ellas. Así se da el caso de que unas mujeres que expresan espontáneamente el interés y el cariño que profesan por su oficio, al contestar a un cuestionario sólo le encontrarán unas justificaciones de índole económica.

El apremio económico se manifiesta mayormente en la diferencia existente entre las respuestas conseguidas en los medios con niveles económicos modestos, intermedios o acomodados. Las razones expuestas para justificar el trabajo femenino se ordenan como sigue en los tres medios (sólo hemos retenido las cuatro primeras opciones de las listas elaboradas por E. Perroy):

1. *En el medio obrero:*
Para mejorar el presupuesto familiar: 95 %.
Para permitir a los hijos el proseguir los estudios: 79 %.
Para obtener una pensión para la vejez: 28 %.
Para efectuar compras a plazos: 23 %.

(El apremio económico es tal que las cuatro primeras opciones se refieren al mismo. El «gusto o el interés por el oficio» sólo obtiene el 15 % de las opciones. La preocupación de impulsar los estudios de los hijos expresa a buen seguro las frustraciones de aquellas mujeres que hubiesen querido continuar estudiando ellas mismas pero que no pudieron hacerlo.)

9. *Op. cit.*

2. *En el medio intermedio.*
Para mejorar el presupuesto familiar: 95 %.
Para permitir a los hijos proseguir sus estudidos: 77 %.
Por afición al oficio: 49 %.
Porque se aburrían en casa: 40 %.
(El medio es muy poco dinámico y expresa a un tiempo el deseo de permitir a los hijos que lleguen más lejos que los padres y una ideología de mutación en las mujeres.)

3. *En el medio acomodado.*
Para mejorar el presupuesto familiar: 95 %.
Por afición al oficio: 58 %.
Porque se aburren en casa: 50 %.
Para ser independientes: 49 %.
(El número de opciones es mucho mayor en el medio intermedio que en el medio acomodado. En este último los criterios son ambigüos: lo de «aburrirse en casa» es una manera de reproche hacia las que desertan, por parte de ciertas encuestadas; por parte de otras, se trata de una mera comprobación. Del mismo modo, la relación «trabajo femenino /afán de independencia» es peyorativa para algunas mujeres y valorizadora para otras, sin ninguna duda.)

Mujeres y hombres no están de acuerdo

Pero lo que este estudio destaca como más interesante es la perfecta oposición que se manifiesta entre las opiniones masculinas y femeninas con relación al trabajo de las mujeres.

Por el trabajo de la mujer en general:
Hombres, 26,7 %.
Mujeres, 56,7 %.

Contra el trabajo de la mujer en general:
Hombres, 56,1 %.
Mujeres, 26,7 %.[10]

10. En Holanda: contra el trabajo de la mujer, hombres: 82 %, mujeres: 65 %.

Estas diferencias de actitud entre los hombres y las mujeres son especialmente acusadas en el medio obrero y en el medio intermedio, donde alcanzan diferencias del 38 y 37 %. (Medio obrero: el 65 % de los hombres están en «contra» y solamente el 27 % de las mujeres. En el medio intermedio, el 55 % de los hombres se pronuncian en «contra» y sólo el 18 % de las mujeres.)

Entre los hombres, la hostilidad al trabajo de la mujer disminuye a medida que nos acercamos a las clases holgadas. Lo contrario ocurre con las mujeres. Entre los hombres de la clase obrera, volvemos a encontrar el viejo temor del siglo XIX: «roban el puesto a los hombres; mientras exista el paro, las mujeres no deben trabajar». Añadiríamos gustosamente que, cada vez más se trata de unos hombres que ya se hallan frustrados en su vida profesional y social y que temen, al perder su título de único proveedor de su hogar, perder asimismo sus prerrogativas de «cabezas de familia». Si la sociedad es dura para ellos y si deben agachar la cabeza en ella, si se sienten humillados por todos los que son más ricos y poderosos que ellos, por lo menos «¡que sigan siendo los amos en su casa!» Si la mujer trabaja: «eso quebranta la vida familiar» dice uno. Otro considera que ello «conduce al aborto», a todos los peligros sexuales. Es la vieja idea según la cual si la mujer sale a trabajar fuera de casa, arriesga el caer en la prostitución. Uno de los entrevistados por Elia Perroy manifiesta: «Las mujeres que trabajan, en el 90 % de los casos es para hacer la puta.» Volvemos a reencontrar igualmente la idea de las funciones naturales de la mujer y de su necesaria clausura en la casa: «Eso las saca de su medio natural. Eso no es natural.» La idea de que «se vuelven exageradamente independientes» es expresada a veces con toda claridad, pero muy a menudo se camufla bajo un aparente realismo: «¿Cómo quiere que trabajen con los quehaceres de la casa y los chicos?»

Las mujeres pertenecientes al mismo medio imaginan soluciones para facilitar el trabajo: la famosa dicotomía de las tareas, de los papeles familiares, no les parece infrangible. Hablan de las guarderías infantiles, de las instituciones sociales, etc.

En el medio intermedio, en el que los hombres aún siguen siendo hostiles en gran medida, algunos imaginan ciertas soluciones que suenan con un acento familiar: en efecto, a raíz de cada conferencia que tuve la ocasión de dictar sobre el

problema del trabajo femenino, escuché cómo los hombres las adelantaban; invariablemente provocan unas reacciones tormentosas entre las mujeres, lo cual no deja de sorprender mucho al que hiciera la proposición. En primer lugar está la idea: «Que tengan un oficio, bueno, pero que no lo ejerzan.» Después llega el correctivo que provoca una mayor reprobación indignada entre las mujeres: «Que tengan sus propios oficios, unos oficios que nosotros no podemos asumir, como por ejemplo el de enfermera, y que nos dejen los demás oficios a los hombres.»

Al leer el informe sobre la encuesta de Elia Perroy, no podía dejar de escuchar retrospectivamente aquellos finales de reuniones apacibles, cuando de pronto rompían en la sala los «Huu» y los «Oh» de indignación y que una sala de parejas unidas y de asistentes corteses y bien educados se convertía de repente en un campo de batalla. Por mucho que una se esforzara en guardar un tono de objetiva neutralidad, por mucho que se mantuviera la balanza igual y se rodeara de garantías estadísticas, siempre me sentía agobiada, al final, por las declaraciones de ese tipo que literalmente hacían estallar la sala en dos partes: los hombres de un lado (no todos) y las mujeres del otro (casi todas). Es entonces cuando es posible percatarse de cuán precario es el equilibrio en el seno de muchas parejas. El hecho de sentirse numerosas les da a las mujeres el valor de afirmar vivamente una oposición que quizá silencian lo más a menudo en privado.

La encuesta del equipo Chombart de Lauwe permite ponderar esa oposición en el seno de las parejas: más del 40 % de los matrimonios obreros, el 36,5 % de las parejas de la capa mediana y el 23,5 % de las parejas del medio acomodado se han encontrado en contradicción en sus reacciones.

El malestar es seguramente más profundo que lo que muchos hombres piensan. A raíz de una conferencia pronunciada en Montreal, una canadiense me había hecho pasar una pequeña nota redactada como sigue: «En lo que atañe al trabajo, nuestros maridos se figuran que opinamos lo mismo que ellos, pero cuando no es cierto ¿cómo hacérselo comprender?» No se sabe lo que es más destacable: el desacuerdo latente, tan extendido, o el silencio dentro del cual se halla sumido.

Elia Perroy nota que la oposición es aún mayor cuando las parejas son interrogadas por separado acerca de las posibilidades futuras. Más de la tercera parte de las muje-

res que no trabajan manifiestan el deseo de reemprender una actividad, añadiendo con gran frecuencia estas palabras: «pero eso no le gustaría a mi marido». Evidentemente es así puesto que el número de hombres que quieren que su mujer reanude el trabajo es ínfimo, incluso entre los que se declaran abiertamente partidarios del trabajo femenino. Las parejas se hallan opuestas asimismo cuando se trata de opinar sobre el trabajo a domicilio para las mujeres. Para éstas, esa solución «acumula los inconvenientes»; para los hombres, «¡es una solución!». (Si la mujer trabaja, que no esté en contacto con otros hombres.)

Entre los estudiantes, las oposiciones son igual de tajantes si no más: sólo el 16 % de las estudiantes declaran no querer trabajar después de haberse casado. Pero el 44 % de los estudiantes, sus futuros *partenaires* desean que su mujer no trabaje. Entre los estudiantes de la capa acomodada, la proporción de los que desean que su esposa no trabaje se eleva incluso ¡hasta el 77,7 %! ¿Cómo se las van a apañar con esas muchachas que, en más de un 80 % desean trabajar? Bien, no se casarán con estudiantes. Pero ¡cuántos conflictos de modelos, cuántas declaraciones de principios no habrá que limar, cuánto camino no habrá que recorrer para ir al encuentro unos de otros! Se llega hasta a pensar que en resumidas cuentas es preferible promover la discusión, y en plena plaza pública, y en privado entre las parejas, facilitando los elementos para una tal discusión, antes que dejar agravarse los equívocos.

En casi todos los países, a lo menos en los países occidentales, el malestar es tan importante como mal explorado por las parejas.

Las mujeres suelen hacer gustosamente de la cuestión del trabajo una cuestión de principios: y no podríamos reprochárselo puesto que se trata de uno de los derechos imprescriptibles de la persona humana. Los hombres que tan a menudo acusan a las mujeres de ver las cosas por el ojo pequeño de los anteojos, de ser demasiado apegadas a las cosas y realistas, les otorgan el principio pero argumentan sin fin acerca de las dificultades de aplicarlo. Las imaginan dentro de una sociedad estática. Ellas replican que muy bien se podría cambiar esto o lo de más allá. Pero inmediatamente, el interlocutor masculino recurre a la defensa elástica y comenta, sarcástico: «¡Y el marido fregará los platos!», y otras imágenes horrorosas del mismo género. Aunque la

mujer trate de proseguir razonablemente que no hace falta llegar tan lejos, sino que..., el tono irrisorio le ha dado a su interlocutor una nueva impresión de fuerza «percusora». Sigue disparando flechazos, cada vez más satisfecho de sí mismo, y el debate no irá mucho más allá. Nada más raro que verle irrumpir por el único camino que llevaría a un terreno fructífero, a saber, esos famosos cambios que las mujeres idean para remediar las dificultades de aplicación de su principio. Y es muy de lamentar por cuanto muy a menudo ellas carecen de las informaciones imprescindibles para unas hipótesis razonables, y un intercambio de puntos de vista les vendría muy bien. Incluso en los medios políticos ¡es extraño ver cuántos hombres se manifiestan partidarios del principio de la libertad para la mujer de poder trabajar, y cuántos se muestran muy poco capaces de imaginar tres o cuatro reformas deseables para que ese hermoso principio pueda verse respetado sin demasiados abusos ni injusticias! Los más «avanzados» políticamente son muy a menudo los más conservadores cuando de su mujer o de su familia se trata.

Barrera de la opinión pública

Es preciso haber intentado plantear a menudo esos problemas para darse cuenta de los tabús de una sociedad patriarcal. Basta con ver la manera con que se extienden o ahogan los resultados de algunos trabajos.

Basta escribir sobre el «hospitalismo», enfermedad de los niños criados en un medio colectivo y privados de la presencia maternal, para que al día siguiente, o casi, vuestras obras se vean ampliamente reproducidas en la prensa y la televisión. Si un párrafo de vuestro texto concretaba que la presencia indispensable al niño puede no ser obligatoriamente la de la madre, sino un substituto materno que por lo demás podría muy bien ser un hombre, pueden estar casi seguros que ese párrafo quedará descartado.

Prueben con el apoyo de las cifras, que los hijos de las madres activas no son más delincuentes que los demás, que consiguen mejores resultados escolares que el promedio de los niños cuya madre está en el hogar, y al cabo de tres años aún esperaréis los artículos resonantes y el respaldo de los grandes medios informativos. Sin embargo, os escu-

charán cortésmente: «¡Vaya, qué me dice! ¡Jamás lo hubiera creído! ¡Es curioso! ¡Hay que decir esas cosas!» Pero esas cosas aun cuando se digan, no llegan muy lejos. Un filtro, que detiene todo cuanto pudiera afectar a la familia, las detiene.

Se especula más gustosamente con unas sorprendentes mutaciones sociales que tienen por objetivo la producción acelerada: y así se da el caso de que los franceses se hacen amonestar regularmente porque no son lo suficientemente «móviles» y porque no aceptan de buen grado el mudarse de lugar cada tres años con mujer e hijos, en busca de un nuevo empleo en una región «en expansión». Se habla muy raramente de que esas migraciones reiteradas tienen unas consecuencias nefastas sobre las familias. Pero el «trabajo de la madre» es muy fácilmente responsable de una serie de males. Esta especie de semisordera de muchos hombres respecto a dichos problemas no dimana de la mala voluntad, sino sólo de la inconsciencia. El trabajo de las mujeres no es ni por asomo un remedio para todos los males y malestares de la condición femenina. Ahora bien, es verdad que las mujeres especulan con él mucho más a menudo que los hombres y este desacuerdo cada vez más manifiesto ya no excita mucho la curiosidad masculina.

Los hombres y el hogar

Sin embargo, no deja de ser interesante buscar las fuentes de esas acusadas diferencias de criterio. Por ejemplo, a menudo se oye a los hombres sorprenderse sinceramente de que alguien que no lo necesita absolutamente pueda tener ganas de trabajar, cosa que no deja de ser una penosa, dura obligación, una traba, una maldición del Génesis, una roca de Sísifo, un imbécil apremio. Consideran el trabajo como el revés de la libertad. Sólo se olvidan de que, para la mujer, el trabajo fuera de casa se opone siempre, en su mente, al trabajo doméstico. Ellas no comparan: *ser libre de no hacer nada, y salir a trabajar,* sino más bien: *consagrarse toda la vida al polvo, a fregar los platos, a la tarea rutinaria de los quehaceres en el aislamiento, o salir fuera, ver otras gentes, cobrar por su esfuerzo, cambiar de tareas.*

En nuestras ciudades modernas en las que la vida de las

oficinas o del taller se agrega a los trayectos difíciles y agotadores, la casa se le antoja al hombre como un refugio, como el lugar de ejercicio de su libertad. No llega a comprender que para la mujer, esa misma casa es a la vez una esclavitud a la cual quisiera substraerse a veces aun cuando también la quiere. «¡Ah, si yo pudiera no trabajar!» suspira entonces el esposo que se irrita del «capricho» de su mujer. Pero no concibe, al pronunciar estas palabras, el verse cuidando él mismo de la casa, haciendo unas pequeñas tareas fragmentadas y siempre renovadas, no se concibe esperando a la pareja, ordenando su ropa sucia después de su partida, barriendo las migajas, haciendo la cama, preparando su comida. Al no saber oponer el «trabajo doméstico» al «trabajo en el exterior», muchos hombres se asombran ante esos deseos absurdos de sus mujeres. La idea de que el trabajo en el exterior pueda serle provechoso a la mujer sólo aparece en los medios acomodados, y ahí solamente se evocará la «libre opción», la «dignidad», el «pleno desarrollo de la personalidad». Dentro de estos medios, a menudo las mujeres son ayudadas en el cumplimiento de las tareas domésticas.

El psicoanálisis refuerza las soluciones individuales

En la mayoría de los casos, las posibles consecuencias del trabajo femenino son valoradas por los hombres del modo más pesimista. Ellos piensan más que nada en los hijos, que imaginan abandonados y perdidos. Vale la pena traer a la memoria en este punto lo que ya hemos anotado respecto a la educación de los hijos en el pasado: hace muy poco tiempo que los hijos son educados por las madres. Pero este resultado de la sociedad burguesa de la era de la industrialización, la perfecta dicotomía de los papeles, se ha visto singularmente reforzada por la aplicación a las mujeres actuales de las ideas freudianas sobre la feminidad. Revolución del pensamiento que pretendía ser la total liberación por encima de las morales y las coacciones sociales, el psicoanálisis ha estrechado asombrosamente el campo de vida de las mujeres. El mismo Freud profesaba acerca de la mujer unas opiniones que vemos transparentar en los pasajes de las cartas dirigidas bien a su esposa bien a otros corresponsales, pasajes muy juiciosamente reunidos y comentados por

Betty Friedan.[11] Algunos de sus discípulos han exagerado más aún con miras a garantizar el equilibrio síquico de toda una vida al asegurarle al niño pequeño una presencia maternal constante, y acabaron por desatender totalmente el equilibrio síquico de la propia madre. Este resultado bastaría para condenar el psicoanálisis en tanto que terapéutica *social*, aun cuando sólo se trata de la obra espuria de unos discípulos torpes, incluso si el psicoanálisis sólo quiere ser una terapéutica individual. La sociedad que lo practicase en gran escala condenaría a sus individuos a una semiimpotencia social y política, por cuanto todos los problemas sólo se le antojarían susceptibles de un tratamiento individual. Si hemos de creer las afirmaciones de Alice Rossi, es lo que ha ocurrido en Norteamérica y asimismo es lo que explica las dificultades con que tropiezan las mujeres de ese país y el ocaso de las ideas feministas que conocieron sus momentos de gloria:

«Al conservadurismo de la sociología y de la antropología social se liga estrechamente la penetrante infiltración del pensamiento psicoanalítico dentro de toda la sociedad norteamericana (...). Es la imagen tradicional de la mujer la que se populariza: la mujer que halla su pleno florecimiento en su exclusiva devoción al matrimonio y a la maternidad. Unas mujeres que hace treinta años habrían podido escoger una carrera antes que el casamiento, o restringir la magnitud de su familia para facilitar la combinación del trabajo, y de la vida familiar, han sido persuadidas de que tales opciones reflejaban la insuficiencia de su feminidad. Es el sentimiento de fracaso de la mujer que llevan en sí el que transparece en el tono defensivo y apologético de muchas solteras que hicieron carrera, dentro del sentimiento de culpabilidad que atormenta a la madre que trabaja (y que sospecho que es directamente proporcional a su familiaridad con las teorías psicoanalíticas), en el refugio apresurado del matrimonio, en la puerta cerrada de la Casa de la Muñeca. Nuestra sociedad se ha visto sumergida hasta tal punto por el pensamiento psicoanalítico, que cualquier insatisfacción, cualquier conflicto personal o familiar, se considera como requiriendo una solución individualista. Esto es lo que halaga especialmente a la inclinación norteamericana

11. Betty FRIEDAN, *La Femme mystifiée*, colección «Femme», pp. 118, 119 y 120.

hacia el individualismo, y las mujeres norteamericanas han recurrido, cada vez más, a la psicoterapia, solución individualista por antonomasia, para hallar las respuestas a sus problemas de mujeres. Es así como han perdido de vista que muchos problemas, hasta de orden familiar, no pueden hallar ninguna solución a escala individual sino que requieren una solución en el nivel social, unos cambios del contexto institucional en el que vivimos.» [12]

Este diagnóstico despiadado subraya muy bien el agente psicológico que ha servido de freno al pleno desarrollo de las mujeres en el mundo del trabajo. En este caso concreto, hay que ponerlo en paralelo con las declaraciones del Jefe del ejecutivo norteamericano que antes hemos evocado. El presidente de los Estados Unidos deploraba el retraso del desarrollo de la mano de obra femenina, la cual aparece cada vez como más necesaria para la nación. Hay, pues, un conflicto entre las necesidades económicas y los mitos prevalentes. Dado que lo económico suele triunfar generalmente sobre los mitos, sobre todo en un país como los EE.UU., las norteamericanas se han puesto a trabajar, cada vez más numerosas. Pero lo hicieron en unas condiciones que el mantenimiento de los mitos ha vuelto mucho más difíciles para su equilibrio síquico y, por consiguiente, para su promoción. Y de rebote, para sus familias.

12. Alice Rossi: «Equality between sexes», en *The Woman in America*, The Daedalus Library, vol. III, 1965, pp. 103-104.

CONCLUSIÓN

La importancia del factor «tiempo» para las mujeres

Llegada la hora de sacar conclusiones, la aprensión no deja de agudizarse al saber que un gran número de lectores y de lectoras saltarán de golpe hacia la conclusión, y muy especialmente aquellos que creen conocer el problema. Sin embargo, es un hecho que las múltiples informaciones, a menudo resistentes a la simplificación, que forman este largo *dossier* deberían constituir precisamente lo esencial del mismo. La conclusión del autor no es otra cosa sino una reacción individual ante dicho *dossier*. ¿Acaso podemos, sin pecar de impertinencia, remitir al principio de la obra al lector que se haya dejado tentar por el final? No por tratarse de una novela de la cual se desea reservar y cuidar el misterio y no desvelar el desenlace, sino más bien porque no seríamos capaces de recoger en sólo unas cuantas páginas la cuarta parte de las observaciones indispensables para un análisis concienzudo del problema. De modo que nos limitaremos a sentar brevemente nuestro diagnóstico personal.

La conclusión final no puede ser exageradamente optimista. Si intentamos olvidar esos largos meses de estudios y de pormenores acumulados, si intentamos reencontrar algún frescor de espíritu ¿cómo no asombrarnos, muy sinceramente, de que tras tantos siglos y tantos desmentidos que aquí y allá se han aportado a la doctrina del *imbecillitas sexus*, las mujeres no hayan podido lograr una mejor integración en el mundo del trabajo?

La historia permite sentar la sucesión de las derrotas sufridas, y la precariedad de las victorias: las sociedades antiguas, basadas sobre la fuerza y la victoria a través de las armas, no han valorado el papel de productoras de las mujeres que entonces garantizaban el vestido, la alimentación, el alumbrado y la calefacción, sin ser socialmente agradecidas. Cuando esas mismas sociedades se lanzaron más tarde hacia la industrialización y la batalla económica, procuraron excluir a las mujeres, en gran medida, de la producción.

Siempre imprescindibles, aunque no más fuera porque traen los hijos al mundo y cuidan de las casas, reuniendo las condiciones necesarias para la acción de los hombres, las mujeres no han dejado de volverse, cada vez más, *económicamente marginales.* La opinión común es que nunca como ahora las mujeres se han entremezclado en todas las cosas ni han hecho ni han sido tanto. Temo que, bajo el punto de vista económico eso no sea sino una reconfortante leyenda. Si fuera posible calcular la parte que les corresponde a las mujeres en la elaboración de las riquezas de una sociedad del Medioevo, sería interesante compararla con la parte relativa de las producciones nacionales que suministran en la actualidad.

Entonces se comprendería, de un lado, el deseo de las economías en expansión de utilizar más y mejor el potencial femenino; y por otro lado, el innegable «malestar» de tantas mujeres que sienten algo de angustia al definirse socialmente dentro de este mundo en que vivimos, mientras que suele ser corriente el definir a un hombre a través de la famosa pregunta: «¿Qué hace»; lo de «¿Quién es?» nos remite ya a una sociedad mundana caducada.

En la actual carrera hacia la producción máxima, emprendida con más o menos acierto por todos los países desarrollados, la conciencia de la falta de explotación parcial del potencial femenino comienza a abrirse camino. Se ha dejado estancarse a la masa femenina trabajadora, numéricamente limitada, por regla general en las tareas de ejecución. Sobre todo, hasta la fecha se ha considerado a las mujeres como un volante de seguridad en el mercado del empleo, como una reserva de humilde peonaje utilizable en los momentos eufóricos y febriles de las grandes aceleraciones económicas o en las horas lóbregas de las guerras y de las movilizaciones masculinas. Ellas parecían menos imprescindibles en la producción que en casa, y se tomó por costumbre el formarlas poco, instruirlas un poco o bastante, pero sin adiestrarlas con miras a una profesión o muy poco sistemáticamente. Se ha dejado que las familias decidan acerca del futuro de la muchacha en función de sus ideas personales sobre la feminidad por anacrónicas que pudieran ser dichas ideas, antes que velar seriamente por la inserción de las mujeres en un mundo económico en plena mutación. Se ha tomado la costumbre de considerar a la mano de obra femenina como una mano de obra barata, que es posible

pagar menos, emplear o despedir sin peligro según la coyuntura. Las normas sociales —que casi todas tienden a proteger la maternidad— y las declaraciones preliminares de las Constituciones proclamando la igualdad de los sexos ante el derecho a la educación y al trabajo pesaban poco junto a ese modo de indiferencia provechosa para algunos.

Sin embargo, la hora de las revisiones difíciles si no desgarradoras se perfila aquí y allá. La máquina de producir se desata, la inversión humana aparece con más claridad cada vez como la más segura, la más noble y quizá la más rentable de todas. Por doquier se advierte la escasez de cuadros, en todas partes se sabe que con el tiempo esa escasez no hará sino agravarse, con la automación, etc. Nos damos cuenta de que se ha despilfarrado inútilmente a los cerebros, porque eran femeninos. Se cita el ejemplo soviético —por lo demás no tan a menudo como sería de desear— por cuanto es hasta sorprendente que puedan surgir discusiones acerca de las posibilidades de extensión del trabajo de las mujeres sin una referencia al modelo soviético, tan diferente.

Pero los pensadores economistas conocen mal los problemas femeninos. Saben a través del rumor público y de su esposa o secretaria que muchas mujeres reclaman una mejor integración en el mundo laboral y se les ocurre regocijarse públicamente, pero sin ponderar suficientemente la amplitud de los problemas por resolver.

Todas las mujeres no desean trabajar ni que sus hijas trabajen. Pero de todas maneras cabe destacar que en todas partes se alzan voces femeninas para pedir, no unas leyes protectoras de las mujeres, no lisonjas y halagos sino más instrucción, empleos, responsabilidades. No me he enterado de que del lado masculino se escuche a un coro en responsorio pidiendo el derecho de quedarse en casa para hacer marchar el aspirador y la máquina de lavar, para cuidar del bebé, fregar los platos y volver a empezar. La vida de los hombres, a grandes rasgos, les conviene; en todo caso, les satisface en comparación con la que les es impartida a las mujeres, que no desearían a ningún precio. No piden el intercambio de los papeles ni la modificación de los estereotipos, por cuanto el suyo los valora. Observación sencilla y quizá necia, pero que requiere que se haga. Todas las veces que oigo a un empresario exaltar la vida de *far-niente* y de seguridad de sus obreros y llorar sobre su

propio cansancio, sus responsabilidades, sus impuestos y su propia inseguridad, oigo a mi madre, quien en tales casos, planteaba con voz pausada la misma pregunta: «Naturalmente, señor; usted no habrá dejado de aconsejarle a su hijo que más tarde se ponga a trabajar de minero...» En efecto ¡es tan preferible a enfrentarse con tantos quebraderos de cabeza! En un nivel tan simplista, pero tan importante es como debiera entablarse el diálogo entre los hombres y las mujeres. Pues si existe un malestar, éste se halla por parte de la mujer aun cuando no las afecte a todas y pone de manifiesto la desvalorización de la «mujer en el hogar», buenamente explicable por su difícil justificación económica en el mundo moderno, en comparación de lo que fue.

Pero las dificultades más serias empiezan cuando se trata de reunir las aspiraciones de las mujeres y las preocupaciones de los economistas y de los gobernantes. Se trata, en efecto, de que las condiciones de una mejor inserción de las mujeres dentro del mundo laboral *quedan fuera de ese mundo del trabajo*, y se denominan: los quehaceres domésticos y la guarda de los hijos. Resulta difícil para unos tecnócratas el contemplar de golpe esas cuestiones aparentemente domésticas, y, de hecho, de una magnitud nacional. Sin embargo, los problemas que más seriamente afectan a las mujeres que trabajan, cuales son el exceso de fatiga, la inestabilidad de las carreras, el absentismo, la culpabilidad y las tensiones nerviosas que de todo ello se desprenden, tienen su origen fuera del lugar de trabajo. Estos problemas no son insolubles. Pero es preciso medir su trascendencia para poderlos remediar. Si la actividad de un país se midiera en horas de ocupación y no en cifras de producción, sería posible percatarse de que las ocupaciones domésticas no remuneradas absorben un mayor número de horas, más tiempo, anualmente, que todas las actividades profesionales reunidas. Los cálculos han sido hechos con respecto a Francia: las actividades domésticas no remuneradas ocupan anualmente dos mil millones de horas más que las actividades profesionales remuneradas de la totalidad de los franceses, hombres y mujeres, que trabajan.[1] ¿Qué haría un director de empresa al que se dijese que den-

1. Por M. DAYRE. Véase É. SULLEROT, *La Vie des Femmes*, colección «Femme», Gonthier, p. 108.

tro de la misma se gasta más tiempo en quitar el polvo, lavar los instrumentos y los platos que en crear, inventar y producir? Convocaría su *brain trust* y reorganizaría su servicio de limpieza. Pero resulta mucho más difícil el reducir el tiempo gastado en el lavado de la ropa, en desempolvar, remendar, pelar y desmotar, en un país cualquiera, cuando ese tiempo está desmenuzado y fragmentado en millones de hogares.

Sin embargo, es el caso de que esos miles de millones de horas de unas actividades cada vez más estúpidas son los responsables del agotamiento de las mujeres, un agotamiento que puede alcanzar unas tensiones asombrosas. Bien entendido, hay mujeres semiociosas. Pero son muchas más las mujeres que realizan más horas de actividades obligatorias que sus homólogos masculinos. Las máquinas individuales, el confort doméstico han reducido en gran parte la fatiga muscular de la mujer y en una baja proporción solamente el tiempo imprescindible para realizar las tareas domésticas, la presencia en el hogar. Las únicas soluciones que realmente reducen el tiempo invertido en esas labores, el tiempo gastado en esas ocupaciones domésticas acerca de las cuales se decidió de una vez y para siempre que la mujer sería la oficiante, son las soluciones comunitarias del tipo más acabado y hasta las soluciones colectivas: instalaciones sociales juiciosamente concebidas y armoniosamente repartidas en el tramo urbano y formadas por los servicios —centralizados en determinados lugares— de lavado, planchado, tintorería compostura y remiendo, con unos equipos móviles de limpiadores de cristales, de paredes y de parquets; con la venta de platos preparados, de verduras limpias, en una palabra, todos los servicios que imaginarían unos varones solteros obligados a vivir en un mismo edificio. Esas dotaciones no serían en absoluto obligatorias y permitirían a las mujeres que gustan dedicarse a la confección de los buenos platos el pasar sus horas de ocio y sus domingos. ¿Acaso existe una mejor diversión que el cocinar para quien no tiene la obligación de hacerlo dos veces al día?

La infraestructura que permitiría la simplificación de las tareas domésticas que me empecinaré en no llamar por ello «femeninas» debería adelantarse a cualquier tentativa encaminada a una mejor utilización del potencial femenino. Así, hemos visto algunos países del Este lanzarse hacia la inte-

gración en el trabajo de las mujeres sin contar previamente con las suficientes instalaciones (por ejemplo, en Bulgaria) y las mujeres invierten semanalmente de 80 a 100 horas de actividad profesional y doméstica. Las semanas de más de 80 horas son algo corriente en Francia para las mujeres, y no cabe pensar que se trata de una excepción. Centenares de miles, millones de mujeres se hallan ocupadas durante más de 75 a 80 horas por semana y son demasiado numerosas las que hacen hasta 100 horas. Al igual que existe la preocupación por limitar el tiempo del trabajo asalariado —¿no se siente indignación al evocar los tiempos de trabajo existentes en los siglos XVIII y XIX?— hay que preocuparse por reducir el tiempo del trabajo doméstico. Y eso, *ninguna mujer es capaz de resolverlo individualmente.* Pese a que las comisiones femeninas se preocupan vivamente del asunto, los sindicatos no organizan ninguna campaña al respecto, dado que una gran parte de ese exceso de fatiga se realiza fuera del mundo del trabajo. Las Inspecciones del Trabajo no se inquietan mucho más, ni los partidos políticos. Sin embargo, se trata de un problema de gran trascendencia nacional y que sólo puede solventarse al nivel de todo el país. Nada pueden hacer en este caso las mañas de las mujeres.

Aún más difícil de resolver y hasta de plantear es el problema de los hijos, atiborrado de cargas explosivas. En primer lugar hay que comprender que un niño requiere un determinado tiempo de atenciones diariamente si se cría en el seno familiar, especialmente durante sus tres primeros años de vida, y que *dicho tiempo es incompresible.* La totalidad de los bonitos utensilios destinados al confort del niño y hasta los pañales de celulosa que se tiran y que retrospectivamente me hacen incurrir en pecados de celos cuando veo a las jóvenes madres utilizarlos ahora sin darse cuenta siquiera de lo que representaba lavar y secar ¡veinticuatro pañales al día!, incluso esos *gadgets* y soluciones ingeniosas no disminuyen el tiempo de presencia. Otra ley: cada niño requiere un cierto tiempo para sí mismo y es falso —como lo he oído decir cien veces cuando tuve mi cuarto hijo— que «a partir del tercero, el trabajo es el mismo». Todo eso son cuentos... Que sea el segundo o el séptimo, un niño requiere un determinado tiempo de atenciones casi incomprensible y una constante presencia junto a él. Lo único concreto en esa leyenda es que la jornada en sí no es exten-

sible y que la madre se enseña a hacer las cosas de prisa o a robarle tiempo al sueño. Esto bien sentado, y nadie debería olvidarse de esta ley absoluta, conviene poner de manifiesto que ninguna necesidad sicológica, fisiológica ni económica obliga a que la duración de las atenciones, el tiempo invertido en ellas, le sea exigido *totalmente* a la madre y sólo a ella. La presencia maternal es una necesidad, pero no su presencia continua. Más valen algunas horas diarias consagradas con alegría y tranquilidad que una obligación presencial que se traduce en un agotamiento físico y nervioso con deplorables efectos sobre el propio niño. Es preciso aliviar a la mujer de una parte del tiempo que requiere la guarda de un crío pequeño, lo que a menudo redunda en beneficio del mismo. Tan pronto como el niño llega a los cuatro años de edad, y frecuentemente antes incluso, es preferible para él socializarlo rápidamente yendo a un jardín de infancia durante unas horas al día, en lugar de quedar en el regazo de su madre. Los países que tienen unas excelentes escuelas de párvulos conocen muy bien sus provechos. Éste es el caso de Francia, pero aún no son suficientes puesto que siguen siendo muchas las escuelas de este tipo en las que por falta de lugar, no es posible acoger a otros niños salvo aquellos cuyas madres trabajan, lo cual impide a la mujer que desearía reanudar el trabajo el poderlo hacer. La buena madre no es tanto aquella que cuida de su niño desde por la mañana hasta la noche como la que lo ama con ímpetu y alegría y lo prepara para la vida normal al enseñarle a vivir y a jugar, y más tarde a trabajar con sus semejantes, de un modo normal y sin chantajes sentimentales. El problema más delicado es el de la guarda de los niños pequeños, por cuanto las instalaciones sociales que a ello podrían ayudar son muy deficitarias. Los propios países socialistas, con su difuso revisionismo económico de estos últimos años, empiezan a interrogarse acerca de la rentabilidad de tales establecimientos, opinando que la guarda del niño por la madre quizá le resulte más barata al país que un sistema de casas-cuna perfectas para los más pequeños. Por ejemplo, Hungría se halla en ese trance de reflexión, que más que cualquier otro factor, anuncia un contagio de los modelos económicos basados sobre la rentabilidad en lugar de la organización de la vida con miras al respeto de los derechos de cada cual. De todas maneras no cabe disimularse la dificultad del problema: el coste de

las casas-cuna es muy elevado y de otro lado, no deja de ser francamente inhumano el pedirle a una mujer que acaba de ser madre que deje a su bebé nueve o diez horas al día en un establecimiento público. (Estoy pensando, al citar esos horarios, en los casos de las occidentales, por cuanto en los países del Este, las mujeres tienen unas jornadas de trabajo más reducidas.) Es posible hallar otras soluciones, tales como las guarderías a domicilio, etc., pero no nos proponemos extendernos sobre este asunto en el curso de una conclusión que quisiera sujetarse a un nivel más general y más esencial.

A la par que subrayamos que se trata concretamente del aspecto más delicado de la vida de las trabajadoras, quisiera pedir que no oscureciera totalmente, como ocurre a menudo, todo el asunto y que no sirviera de callejón sin salida, de trampa, de motivación para no seguir adelante. Las jóvenes madres con niños muy pequeños son una *minoría* dentro de la masa femenina. En la vida de una mujer, los años consagrados a los bebés representan un muy breve período comparado con la duración total de su vida de adulta. Como madre de familia numerosa que no se ha separado ni un solo día de sus hijos cuando eran pequeños —habiéndolos criado sin abuela y sin sirvienta— creo tener el derecho de referirme a esas cosas sin exponerme a los reproches vehementes que se dirigen hacia aquellos y aquellas de los cuales se dice generalmente que «no conocen el asunto». Aun con el riesgo de parecer ridícula añadiré incluso que me sitúo entre las que aman con predilección a los bebés y aquellos años de la más tierna edad de mis propios hijos siguen en mi recuerdo como unos años excepcionales e inmensos —y agotadores. Pero las dimensiones del recuerdo no son la medida de los hechos. Aquellos años cargados de alegrías y de fatigas, aquellos años que huelen a carne, a leche, aquellos años animales y poéticos, rebosantes y justificadores, aquellos años cuya sola evocación llenan los ojos de lágrimas de emoción —¡y que se fastidien los que se mofen!—, aquellos años grandes ¡qué tenues son, comparados con todos los que habrán de seguir, con todos los que quedan por vivir! Últimamente, me di cuenta estúpidamente, en todos los sentidos de la palabra, puesto que fue con estupor y estupidez, que de los cuarenta a los sesenta ¡quedaban veinte años por vivir! Como tantísimas mujeres jóvenes, nunca se me había ocurrido pensar en ello. ¡Y me-

nos aún que también median veinte años desde los cincuenta y cinco a los setenta y cinco! Nuestra educación nos ha llevado a concebir nuestra vida como una rueda cuya cúspide gloriosa y la única iluminada coincide con el casamiento y la maternidad en lo que tiene de más mitológico, con los bebés sedosos y las jóvenes mujeres radiantes, para sumirse después en la oscuridad durante el resto de su curso.

En realidad, el tiempo es quizá la dimensión más imperiosa y más trascendental de la vida de una mujer, y se nos ha engañado en cuanto al tiempo. No se nos ha enseñado ni a aprehenderlo en su duración ni a sentir su inexorable resistencia. Sonámbulas agotadas durante la época de nuestra primera década de mujer adulta, nos volvemos a encontrar asombradas y estupefactas al medir el tiempo, prosternadas ante nosotras, tras esa gloria absorbente y efímera. Pido se me perdonen estas consideraciones quizá inesperadas que alteran y quiebran el tono de una obra, pero tienen su importancia *hic et nunc*. Engañadas sobre nuestra propia duración, no sabemos tomar la medida de nuestro tiempo de vida y no sabemos exigirle a la sociedad que también tome conciencia del mismo.

Sin embargo, el problema del trabajo femenino es más que nada un problema que requiere una adecuación del tiempo en su duración de vida humana y la adecuación del tiempo en sus horarios cotidianos.

Las sociedades modernas están lanzadas como unos bólidos en una carrera hacia la producción-consumición que no parece deba tener límite. Para aumentar la producción, se está dispuesto a reunir a los mayores expertos, los más «caros», a desplazar las poblaciones, a destruir los paisajes y el equilibrio vegetal y animal, a saquear las artes de vivir, a atropellar las culturas.

Esa sacrosanta producción se inserta empero, como cualquier actividad humana, dentro de un marco determinado e intangible que no es sino el tiempo. La educación de los horarios, del tiempo de vivir, de trabajar, de comer, de dormir, de viajar, de educar a los hijos, de hacer el amor y de leer a los poetas y hasta de aburrirse, es por tanto tan trascendental como la cifra global de extracción del petróleo o de la producción automóvil. Por cuanto justamente esos automóviles no podrán asumir su función que consiste en hacer ganar tiempo al ir desde un lugar a otro, si no es bajo

la condición de que el tráfico sea pensado de modo a no convertirse en un magma inextriable, una trampa para hacer perder tiempo.

Es el caso que la toma en consideración del factor tiempo y la adecuación racional de los horarios laborales, de la guarda de los hijos, del abastecimiento, etc., es la clave de todo el problema del trabajo de las mujeres. Sólo la reducción de los tiempos necesarios para las tareas domésticas y la reducción de los tiempos de trabajo para todos pueden permitir la armoniosa inserción en la actividad productiva de todo un potencial femenino hasta ahora subestimado, despilfarrado, destrozado. Una mujer, incluso madre de familia, puede trabajar perfectamente seis horas diarias fuera de su casa. Nunca se podrá adaptar a las nueve, diez y once horas de ausencia diaria de su hogar que le piden aquí y allá. Se hallará más en condiciones de rendir esas seis horas diarias de buen trabajo, por cuanto su marido no se verá él mismo obligado a pasarse fuera de casa diez o doce horas diarias, cosa corriente en nuestros brillantes y *executives* esposos, que en ello ponen a veces un pundonor, y en numerosos artesanos, comerciantes y obreros, que se embrutecen haciendo horas extras y no aceptan la idea de que su mujer trabaje. Los seres humanos que consiguen realizar ocho horas de trabajo efectivo y de buena calidad al día son rarísimos. En la mayoría de los casos, cinco o seis horas son realmente activas y las restantes son horas medio despilfarradas, tanto para el trabajo como para el trabajador. Pero la todopoderosa dicotomía de las tareas femeninas y masculinas que dura desde Sócrates hace que hoy día el hombre intente suministrar unas jornadas de actividad agotadoras, no siempre rentables, y que su mujer siga siendo un ser casi improductivo para la sociedad, empero sin ser libre. Que se pase el tiempo en hacer, a pequeña escala, las mismas tareas que su vecina realiza al otro lado de la pared sin que nunca se piense en racionalizar todo ese tiempo despilfarrado, todo ese esfuerzo perdido, les parece incluso a algunos un servicio que se le presta a la mujer.

Cada vez más los hombres abandonan a las mujeres —y empleo ese verbo intencionadamente— la educación de los hijos. Por añadidura, los horarios escolares, casi adecuados y en todo caso compatibles con la vida de una familia, atraen cada vez más mujeres hacia la profesión de maestra o de profesora. (Bien entendido, ya hemos visto

que también existen otras motivaciones para inducirlas a ello.) El resultado global de ambas tendencias es un matriarcado educacional que se prolonga desde el hogar a la escuela, desde la cuna hasta la terminación de los estudios secundarios. ¡Cuántos niños hay que sólo han sido criados y educados por las mujeres! Creo que no ha lugar a congratularse por eso, y lejos de mí la idea de pedir a los hombres que frieguen los platos... Pero, con todo, los hijos no están hechos para ser educados exclusivamente por las mujeres, las mujeres-madres, las mujeres-profesoras, las mujeres-sicólogos, las mujeres-enfermeras, las mujeres-guardianes. Y ello tanto para los muchachos como para las muchachas. En lugar de acusar al trabajo de la madre, que en numerosos países casi no ha variado en su evolución global desde hace sesenta años, los especialistas de la delincuencia juvenil y los que deploran las tan frecuentes inadaptaciones escolares, deberían interrogarse acerca de las graves carencias paternales y las carencias de modelos viriles de las cuales son víctimas nuestros adolescentes.

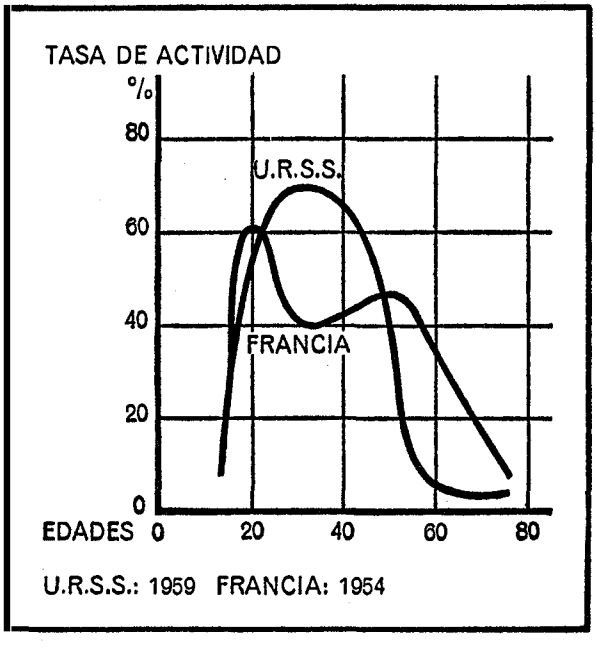
¿Se trata acaso de unas soluciones realistas? Unas sociedades que movilizan a los hombres para la producción y entregan a las mujeres los niños y los adolescentes. Unas sociedades en las que todo se piensa en función del aumento del nivel de vida pero donde nada o casi nada se piensa en base a la adecuación del tiempo de vida. Unas sociedades en las que los hombres y las mujeres están agotados por ser mal utilizados, los unos por pedirles demasiado, las otras porque las dejan embrutecerse en unas tareas mantenidas en un estado de salvajismo, en las que despilfarran sus dotes y embotan sus aptitudes. Unas sociedades en las que las mujeres reclaman en vano el derecho a trabajar y servir activamente y en las que los hombres se mueren demasiado jóvenes de accidentes cardíacos debidos a la tensión profesional. ¡Unas sociedades en las que las mujeres están aparcadas en los arrabales-gineceos mientras que los hombres se amontonan en las oficinas-cuarteles!

El trabajo de las mujeres puede ser algo más que la respuesta a los deseos de las mujeres irritadas al verse arrinconadas en las vías marginales; puede ser algo más que la respuesta a las necesidades en cuadros profesionales y en nuevos asalariados de los economistas. Puede ser la oportunidad de volver a pensar, a replantear el problema de

la división cualitativa y cuantitativa del tiempo y la actividad.

El tiempo es el factor primordial de la vida de las mujeres; que se llene hasta reventar dentro de los límites de una jornada de ocupaciones incomprensibles por mal organizadas, o que se extienda en duración desde esos veinte años de edad que no son la cumbre hasta los setenta y cinco años, es decir, cincuenta y cinco años de vida adulta, es un bien largo recorrido que puede ser rico si los impulsos tomados no son a corto plazo, a corto objetivo, si uno se niega a dejarse «ser» para «vivir» verdaderamente, o sea, no ser más que una serie continua de proyectos.

Dos conceptos del trabajo de las mujeres enfocados bajo el aspecto de la duración de la vida están en vigor en nuestra época. El de los soviéticos y el que aplican cada vez más amplia y frecuentemente los occidentales. La diferencia entre los dos conceptos aparece claramente a través de las curvas comparadas que ahora vamos a presentar. En lo que atañe a los occidentales, bien sea Francia, Gran Bretaña, EE.UU. o Suecia, existe una discontinuidad en la carrera y utilización de la mujer, sobre todo antes y después de



las maternidades. La tendencia a reanudar la actividad después de las maternidades irá en aumento. Se perciben bien los inconvenientes que la interrupción de la carrera de las mujeres, que de este modo se paran de trabajar durante diez años o más para criar a sus hijos, no deja de acarrear: dificultades de reclasificación, dificultades de adecuación de la formación profesional, subcualificación, salarios inferiores, imposible promoción. Además, estos inconvenientes propios de las mujeres que interrumpen su vida profesional no dejan de repercutir en toda la colectividad femenina y desvalorizan a cualquier trabajadora casada o soltera, madre de familia o sin hijos.

¿Cómo hacer para remediar esta situación? Se habla cada vez más, a diestro y siniestro, de la posibilidad para la madre de familia del trabajo a tiempo parcial. Es verdad que esto es lógico en la medida en que se rechaza la organización de esas instalaciones sociales que aliviarían a la madre de una parte de su tiempo de trabajo doméstico y de una parte de la guarda de los hijos. Y mayormente en la medida en que no se contempla la *reducción de los horarios de trabajo para todos los trabajadores,* ligada con una mejor utilización de los hombres y mujeres adultos en condiciones de trabajar.

Bien se conocen los inconvenientes del trabajo a tiempo parcial, pero no huelga recordarlos aquí: sólo puede tratarse de unas tareas fraccionales, sin ningún interés, carentes de responsabilidad, sin promoción posible, mal pagadas; los empleos de esa clase están condenados a ser liquidados a la primera crisis económica, a la primera compresión de personal. No obstante, es posible considerar perfectamente el trabajo a tiempo parcial como una oportunidad para las personas del sexo masculino o femenino que provisionalmente se hallan impedidas de realizar unas jornadas laborales íntegras comparables a las que son norma en su país.

Estas personas pueden ser tanto los estudiantes que prosiguen sus carreras como los adultos que siguen un curso de recualificación, los disminuidos físicamente, las personas de edad que se niegan a jubilarse totalmente, como las madres de los niños de muy corta edad. Del mismo modo cabe concebir que una mujer que ha conseguido un cargo de responsabilidad gracias a sus cualificaciones vea asignársele provisionalmente unas tareas menos absorbentes du-

rante los meses más difíciles de la niñez de sus hijos de manera a «permanecer en el asunto» sin dificultar por ello la marcha de la empresa a la que pertenece, siempre y cuando pueda recobrar su puesto más importante ulteriormente. Pero con todo, tales adecuaciones serán raras. Sin embargo sería bueno, en el marco de esta óptica, llevar a cabo en cada país el censo sistemático de todas las tareas que podrían adaptarse a los empleos a tiempo parcial y dar a conocer ampliamente esas posibilidades. Hasta la fecha, el trabajo a tiempo parcial se halla poco extendido en Europa según lo ponen de manifiesto las encuestas más recientes realizadas al respecto.[2] Como lo hemos visto, esta forma de trabajo está más difundida en Norteamérica, pero no parece haber tenido una influencia estimulante sobre la promoción femenina en el mundo del trabajo. Hasta sería posible adelantar un diagnóstico contrario con pruebas fehacientes.

Sea como sea, en ningún caso habría que dejar que se extendiera la idea de que el trabajo a tiempo parcial es «para las mujeres», por cuanto inmediatamente la opinión reaccionaría devolviendo la pelota, a saber, que las mujeres están hechas para el trabajo a tiempo parcial, o sea, que las mujeres son unas trabajadoras parciales y no unas trabajadoras totales. Y esto no dejaría de ser sumamente perjudicial para los estudios de las muchachas, su formación profesional, su contratación y finalmente para las carreras y los salarios de millones de mujeres que no son unas «jóvenes-madres-con-niños-pequeños-y-un-marido-suministrador-de-salario», en suma ello sería perjudicial para la mayoría de las mujeres.

Es claro, pero vale más repetirlo, que la reorganización general de los horarios de *todos* le rendiría a la sociedad un servicio mucho más importante. En efecto, más allá de una cierta proporción de trabajadoras a tiempo parcial entre las mujeres, se vuelve a caer forzosamente en el proceso de una minoría inferiorizada que aún conocemos en la actualidad.

Asimismo es conveniente hablar aquí de otra «solución» que algunos países, especialmente los anglosajones y singularmente aquellos cuyo sistema social está más asentado en

2. *Le Travail à temps partiel en Europe*, «Documentation française», núm. 3228, 19 octubre 1965.

el dinero, siguen considerando como una posibilidad interesante y un elemento específicamente femenino que cabe estimular, el *volunteer work* o trabajo benévolo. Este voluntariado se acompaña curiosamente de toda una mitología valorizadora que no es sino un fraude. Son muy numerosas las mujeres —se cuentan por millones en los EE.UU. las que realizan miles de millones de horas de trabajo benévolo— que han emprendido ese camino y que tienen la impresión de cumplir con su deber para con la sociedad y que llegan hasta a enorgullecerse además, por el hecho de no ser remuneradas. ¡Cuánto dinero no está encerrado, por supuesto, en esa dicotomía de nuevo tipo: el marido que goza de buena estima debe ganar mucho dinero para permitirle a su esposa igualmente bien estimada trabajar de balde! ¡Como si la esposa tuviera la obligación de devolver en gracia y en caridad, voluntariamente y con un pudor encantador, un poco de lo demasiado que su marido saca de su situación! Toda la diferencia entre la «caridad» en su sentido social más tristemente famoso, desgraciadamente, y no en su sentido religioso, y la «justicia» reside en ese equívoco.

La mujer que no necesita trabajar para vivir «sirve» entonces, con el horario que le conviene, como enfermera benévola, trabajadora social, etc. Ciertamente que no se la ha de criticar por cuanto no deja de estar ligada al el sistema. Pero al obrar así, contribuye a alterar el juego de la división y el reparto de las tareas, sobre todo en los países donde existe el paro y donde el índice de desocupación es muchas veces máximo entre las mujeres. Al desdeñar el salario, cree proclamar su desprecio por el dinero, pero en realidad proclama que el primer valor no es el trabajo, sino el dinero, y que el trabajo es un elemento accesorio puesto que puede ser «voluntario». Al realizar una actividad generalmente muy útil para la comunidad en la que vive, esa mujer se granjea el agradecimiento y todo un capital de buena conciencia moral y social, y de buena reputación mundana. Mientras tanto, la *barmaid* que durante diez horas tendrá que servir los alcoholes o las bebidas en un bar para ganarse la vida, aparecerá efectivamente no tener mérito alguno ni gloria y hasta será algo despreciable. Hay en esta melosa glorificación del trabajo benévolo, especialidad femenina, una hipocresía tanto más grande que las sociedades que la

practican no son, ni mucho menos, unas sociedades «benévolas». La idea de la actividad femenina resulta con ello extrañamente desapreciada mientras que las señoras, llenas de buena voluntad, que realizan esas horas de labor voluntaria, se granjean una unánime estimación. Erigido en sistema, el trabajo benévolo de las mujeres ricas no puede resolver en ningún caso el malestar del mundo femenino ante la actividad. Que las actrices de esta gran treta sean perfectamente respetables y estimables es un hecho evidente: mi propia familia me ha mostrado demasiados ejemplos de mujeres maravillosas que trabajaban toda su vida en las obras caritativas sin aceptar un céntimo para que yo no sienta hacia ellas una ternura casi filial. Mas esto no cambia en lo más mínimo el asunto. Esta retahila de obras caritativas de nuestras abuelas nada tiene que ver con las soluciones de la actividad femenina. Y no porque las mujeres hayan de verse privadas de toda iniciativa social, política, religiosa, cultural, absolutamente «gratuita». De este modo han prestado grandes servicios y aún pueden prestarlos sobre todo en la medida en que sus iniciativas privadas propician el surgimiento de las instituciones públicas que pasan entonces al sector del trabajo social normalmente remunerado. Pero el ejercicio gratuito de las vocaciones personales no puede ser el privilegio de las mujeres, y menos aún la especialidad de las mujeres con fortuna. No puede considerarse como un aspecto femenino el problema de la actividad humana en un mundo en el que las contingencias económicas prevalecen, sin que por ende se desconsidere a las demás mujeres, obligadas prosaicamente a ganarse la vida.

Queda la solución soviética de la organización de la vida de las mujeres dentro de su duración. Las mujeres trabajan casi todas y sobre todo en las edades jóvenes así como en la edad más madura. Después, dejan de trabajar mucho antes que las occidentales. Proporcionalmente, hay más francesas o inglesas o norteamericanas que trabajan a los sesenta años en comparación con las soviéticas.

La traducción de esas curvas a la vida es sin duda un esfuerzo muy grande en la edad de las maternidades. En la Unión Soviética existen unas instalaciones y servicios sociales para ayudar a las madres que trabajan más nu-

merosos que en Occidente, pero no obstante aún son insuficientes.

Las mujeres de más de cincuenta a cincuenta y cinco años, en la mayoría de los casos abuelas y ya jubiladas, suelen ayudar a sus hijas y a sus nueras a superar los años difíciles de la maternidad. Es el reino de las *babuchkas* que puede verse paseando a los pequeñuelos por los parques y jardines. Desde el punto de vista de la abuela ¿por qué no? Una mujer madura e incluso anciana es enteramente capaz de atender a un niño durante algunas horas al día y en la inmensa mayoría de los casos está encantada y no se queja de su tarea. Si no le gustase, podría negarse a ello. Por otra parte, en la mayoría de los casos suele mostrarse mejor niñera que una joven madre de diecinueve o veinte años de edad.

Desde el punto de vista de los niños nada hace suponer que salgan perjudicados. Ven a sus madres varias horas al día —pues las mujeres rusas sólo trabajan siete horas diarias y se habla por añadidura de reducir los horarios. Tienen con sus abuelas un contacto que no puede ser malo en el aspecto social. Y si van a las guarderías, no se quedan en ellas doce horas al día y no parecen sufrir de estar en las mismas. Cedamos la palabra a un norteamericano muy famoso entre las madres de familia, el célebre doctor Spock que sirve de experto en pediatría en tantos hogares. Escribe que «los niños rusos cuyas madres tienen habitualmente otras preocupaciones que las de su maternidad son en cierta manera más estables, mejor adaptados y más maduros que los niños norteamericanos a los cuales sus madres se consagran totalmente». Basta ver a los niños soviéticos, y a los adolescentes, para darse cuenta de que no se trata de unas generaciones sacrificadas afectadas de hospitalismo o de profundas frustraciones. Están con toda seguridad mejor criados que la mayoría de los niños de las democracias occidentales, y tan alegres como ellos.

Quedan las mujeres, las jóvenes madres. Quizá no sean las más satisfechas, a lo menos durante los años en que sus hijos son muy pequeños. Disfrutan de largas vacaciones de maternidad que en algunos casos pueden alcanzar varios meses y siguen cobrando su sueldo, pero la simple observación de la vida cotidiana permite darse cuenta de que un gran número de mujeres dejan de trabajar duran-

te un período que rebasa el de las vacaciones legales de maternidad, a riesgo de no ser pagadas durante algunos meses. ¿No es natural que deseen quedarse junto a su bebé? ¿No es natural que no tengan tantas ganas de reanudar el trabajo aun cuando disfrutan de las pausas para amamantar al niño? Toda mujer que tuvo que amamantar un niño sabe bien el estado algo embrutecido en el que una se halla en ese momento, por lo demás agradable, pero que no predispone a los grandes impulsos laboriosos ni a las *performances* intelectuales. Cabe recordar en este punto los estudios a los cuales nos hemos referido y que ponen de manifiesto que la mujer da muestras de menos facilidades, de menos aptitudes y de menos aplicación durante esos años de intensa actividad hormonal.

Las soviéticas piden a veces, de su propia iniciativa, en los congresos de trabajadoras, que se alarguen las vacaciones de maternidad. Y si en dicho sistema existe algún malestar, es sentido por las propias jóvenes mujeres. (En cambio, las mujeres de edad se suelen quejar de que las jubilan demasiado pronto y desearían seguir trabajando después de los cincuenta y cinco años.) Pero el análisis no sería equitativo si no destacásemos aquí el hecho de que la promoción tan extraordinaria de las mujeres soviéticas en menos de dos generaciones, en todos los sectores profesionales, *es el resultado de la continuidad de su carrera*. Pueden terminar sus estudios, escoger su camino, proseguir en su impulso, desarrollar armoniosamente una verdadera carrera. Es casi seguro que nunca hubieran conseguido los resultados que hemos observado sin esa continuidad de su vida profesional. Por otro lado no hay que olvidar que la formación y la utilización sistemática de las mujeres en la actividad del país le permite a la Unión Soviética reducir progresivamente los horarios de trabajo. La jornada laboral de la mujer rebasa raramente en la URSS las siete horas, salvo cuando la prolonga voluntariamente en algunas profesiones artísticas o liberales. Y se habla de próximas reducciones de los tiempos de trabajo. Sólo son factibles, precisamente, mediante el empleo continuo de las mujeres de dieciocho a cincuenta y cinco años de edad. Añadiremos que en la Unión Soviética el ritmo del trabajo, especialmente en la industria, no tiene comparación ninguna con la fiebre que reina en las empresas occidentales. Todo el mundo trabaja,

pero no mucho tiempo, y de una manera mucho más moderada y tranquila, sin excesiva tensión. Las mujeres no interrumpen su trabajo durante largo tiempo en la edad de las maternidades, pero disfrutan de una jubilación más temprana —y más temprana aún si son madres de familia numerosa.

¿Qué conclusión podemos sacar? Nos parece difícil zanjar la cuestión, al menos sin hacer afirmaciones políticas que en nada harían progresar el problema y que nada tienen que ver en este asunto. Pero hay un aspecto que escapa a la política, o por lo menos debiera escapar por definición a lo político, cual es el de la «naturaleza femenina» en su sentido más estricto. Si de veras las mujeres debido a su fisiología y a su biografía sexual y hormonal especial, no tienen las mismas aptitudes que los hombres en las mismas edades de la vida, si el trabajo les resulta difícil en las edades de la maternidad, independientemente de todas las circunstancias ajenas a sus vidas, si por el contrario sus aptitudes parecen mejorar conforme entran en edad y alcanzan su óptimo nivel a los sesenta años, en tal caso se comprenderá que sería racional organizar y adecuar la vida profesional de las mujeres de acuerdo con su fisiología, buscando seguidamente la manera de integrarlas armoniosamente en ese mundo del trabajo ideado y construido conforme a la óptica masculina, dentro de la «duración» masculina. El mundo del trabajo no debe ser ideado exclusivamente para los hombres, y las mujeres no han de adaptarse al mismo como si fuera un lecho de tortura. Demasiado lo intentaron, con desprecio muchas veces de su salud y de su felicidad. Es el trabajo el que debe adaptarse al ritmo femenino y a sus diversas posibilidades.

Así pues, según nuestra opinión, el primer acto constructivo habría de consistir en la elaboración de unas encuestas minuciosas, emprendidas por los médicos, los psicotécnicos, los psicólogos sobre las aptitudes de las mujeres, en relación con las posibilidades de toda índole ofrecidas por el mundo del trabajo, y especialmente sobre las variaciones de dichas aptitudes según la edad y según los períodos ginecológicos. Esos estudios deberían realizarse en todos los países con un gran rigor, con el mismo ma-

terial, las mismas escalas de medida, las mismas series de tests, los mismos modelos en cuanto a la edad y el estatuto matrimonial, el número de hijos, los períodos de embarazo, de lactancia, etc. Estos estudios habrían de realizarse en gran escala, pero sobre todo deberían llevarse a cabo en diferentes países, *incluida la URSS*. Efectivamente, las conclusiones que podrían extraerse aquí y allá en los países occidentales, de unos estudios muy sinceros quizá pudieran verse invalidados por los resultados obtenidos en un país en el que desde hace dos generaciones, las mentalidades y las costumbres han cambiado con respecto a las mujeres y al trabajo femenino. Esta es una condición *sine qua non*. En efecto, es preciso dejar abierta la posibilidad de comprobar si el medio y la costumbre modifican las actitudes y las *performances* femeninas, le imparten a la curva de su resistencia al trabajo y de su inteligencia un aspecto diferente. Según el caso en que dichas experiencias dieran globalmente en todos los países el mismo resultado o, por el contrario, dos series de resultados sensiblemente diferentes de acuerdo con la sociedad considerada, la postura que habría que adoptar sería diametralmente opuesta.

En el primer caso, cabría vanagloriarse de haber sentado unas constantes naturales en la mujer frente a la actividad, en función de la edad y de la vida ginecológica, y habría que sacar las conclusiones en escala mundial o bien denunciar los sistemas que van en contra de los datos de la naturaleza. Aun cuando, a fin de cuentas, diesen unos resultados que pudieran considerarse como buenos o excelentes, no podrían servir como modelos.

En el segundo caso, se probaría que lo que se ha dado en llamar «naturaleza femenina» y actitudes «naturales» cabría considerarlo más bien como el resultado de las conquistas originadas por los condicionamientos sociales. En este caso, convendría olvidarse de todas esas recomendaciones sobre la feminidad natural y pensar únicamente, para la adecuación del trabajo femenino, en las condiciones más ventajosas para las mujeres. Para ellas es preferible que se esfume la dicotomía de los papeles. Tan pronto como se establece, esa dicotomía redunda en perjuicio suyo, a lo menos en el mundo del trabajo.

¿Vale la pena concretar que esos estudios sobre las aptitudes de las mujeres en el trabajo según la edad y el es-

tatuto matrimonial y maternal nada tendrían que ver con las definiciones de la virilidad y de la feminidad que tanto gustan a nuestros periodistas? Por lo demás, anotamos con cierto regocijo que hasta la fecha, a nadie se le ocurrió la idea absurda de proclamar que los soviéticos habían perdido su virilidad porque sus esposas son ingenieros o economistas. No, las acusaciones de «desvirilización» se guardan más bien para el consumo interno de las sociedades occidentales presas de inquietud. La doctrina respecto al trabajo de las mujeres es en estas sociedades inconfesable o fluctuante, mal definida: Este estado de incertidumbre es propicio para todas las inquietudes más o menos simuladas de quienes desean que nada cambie.

Las encuestas que preconizamos serían algo muy distinto a una búsqueda muy vana de unos arquetipos inútiles: contribuirían al progreso de una rama de las ciencias sociales hasta la fecha muy desatendida, cual es el estudio del trabajo humano desde el punto de vista de las mujeres. Esas encuestas permitirían una cooperación mundial que sólo resultaría benéfica tanto en el aspecto humano como en el plano científico. Pondrían coto a las racionalizaciones a posteriori de la precaria situación de la mujer en el trabajo, a las imputaciones carentes de pruebas, a las hipótesis gratuitas.

Pero ¿por qué hablar de un estudio serio del trabajo de las mujeres según las edades, o de reducir el tiempo de trabajo repartiendo mejor la actividad (y los beneficios) parece más loco que la idea de ir a la Luna?

Quizá por ser más difícil. Pero sería ciertamente más prudente. La Luna no desaparecerá.

Bibliografía

Historia del trabajo femenino

AFTALION: *Le développement de la fabrique et le travail à domicile dans l'habillement.* París, 1906.

ANDERSON, Mary: *Women and their jobs. Some lessons of the Depression,* en «Journal of American Association of University Women», octubre 1932, Washington.

D'AVENEL, G.: *Histoire économique de la propriété, des salaires et de tous les prix en général depuis l'an 1200,* 4 vol., 1898.

BARRET, Francis: *Histoire du Travail,* 1958.

BEBEL, August: *Die Frau und der Sozialismus,* Stuttgart, 1891. —*La femme dans le passé, le présent et l'avenir,* 1880.

BÉCHAUX: *Le travail à domicile en Suisse,* en «Économiste Français», 27 noviembre 1909.

BENOIST, Ch.: *Les ouvrières de l'aiguille à Paris.* París, 1895.

B. I. T.: *The war and women's employment in the U. K. and the U.S.A.,* Montreal, 1946.

DE BOISSIEU: *La question du travail à domicile en Belgique,* en «Le mouvement social», septiembre 1911.

BOREL, E.: *La mobilisation féminine en France 1914-1919,* París, 1919.

BORNE, Étienne, y HENRY, Francis: *Le travail et l'homme,* 1937.

BRAUN, Lily: *Le problème de la femme, son évolution historique, son aspect économique,* 1908.

BRIZON, Pierre: *Histoire du travail et des travailleurs,* Bruselas, 1926.

BURET, E.: *De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France,* París, 2 vol., 1840.

CANEVASCINI, Guglielmo: *Il lavoro umano attraverso i secoli,* Roma, 1942.

CARDYN: *Le travail à domicile en Allemagne,* en «Revue sociale Catholique», 1 de septiembre 1907.

CORNAERT, F.: *Les corporations en France avant 1789,* París, 1940.

DOLLÉANS, E.: *Histoire du Mouvement ouvrier,* 3 vol., París, A. Colin, 1957.

DUBY, G.: *L'économie rurale et la vie des campagnes au Moyen Age,* 2 vol., París, 1962.

DUVEAU, G.: *La vie ouvrière sous le Second Empire,* París, 1946.

ENGELS, F.: *La condición de la clase obrera en Inglaterra 1844. Con un prefacio escrito en 1893*, Londres 1892.
FAGNIEZ, G.: *Etudes sur l'industrie et la classe industrielle XVII^e siècle*, París, 1877.
—*La femme et la société française dans la première moitié XVII^e siècle*, París, 1929.
GEYER, A.: *Die Bedeutung der Erwerbsarbeit verheirate Frauen für die wirtschaftliche Lage und den Zusamm halt der Familie*, en «Die Arbeiter Wohlfahrt», octubre 19
—*Die Frauenfrage im Lichte des Sozialismus*, 1929.
GODARD, J.: *L'ouvrier en soie*, tesis de Derecho, 1899.
GUILBERT, Madeleine: *L'évolution des effectifs du travail minin en France depuis 1866*, en «Revue française du Trava septiembre 1947.
—*Les femmes et l'organisation syndicale avant 1914*, CNRS, 19
HAUSER: *Le travail industriel des femmes aux XV^e et XVI^e s cles*, 1897.
HAVEL, J. E.: *La condition de la femme*, París, A. Colin, 1
HEERS, Jacques: *Le travail au Moyen Age*, París, PUF, 1
HEWITT, Margaret: *Wives and mothers in Victorian Indust* Londres 1958.
ISSAIEV: *Le travail à domicile en Russie*, en «Revue d'Économ politique», mayo 1893.
LEFRANC, Georges: *Histoire du travail et des travailleurs*, 19
LEICHTER, Käthe: *Internationale Krisen, Probleme der Frau arbeit*, en «Die Frau», julio 1931, Viena.
—*So leben wir... 1320 Industriearbeiterinnen berichten über i Leben*, 1932.
LE PLAY: *Les ouvriers européens; étude sur les travaux, la v domestique et la condition morale des populations ouvr res d'Europe*, París, 1855.
LEVASSEUR, E: *Histoire des classes ouvrières et de l'industr en France avant 1789*, 2 vol., París, 1901.
LOUIS, Paul: *Le travail dans le monde romain.*
LÜDERS, Marie Elisabeth: *Volksdienst der Frau*, 1937.
MAITRON, J.: Les *penseurs sociaux et la famille dans la premiè moitié du XIX^e siècle*, en «Renoveau des idées sur la fam lle», INED, cuaderno núm. 18, PUF, 1954.
MANTOUX, P.: *La Révolution industrielle au XVIII^e siècle. Ess sur les commencements de la grande industrie moderne Angleterre*, París, 1906.
MARTIN-SAINT-LÉON: *Histoire des Corporations des Métier* París, 1941.
MELIS, F.: *Aspetti della vita economica medievale*, Siena, 1962.
MICHELET, Jules: *La Femme*, París, 1860.
MILHAUD, C.: *L'ouvrière en France*, París, 1906.

MONNIER, F. M.: *De l'organisation du travail manuel des jeunes filles: les internats industriels*, París, 1869.
OIT: *L'Organisation Internationale du Travail et le travail des femmes*, 1919.
POPP, Lorenz: *Kann durch die Abschaffung der Frauenerwersarbeit die Arbeitslosigleit beseitigt werden?*, en «Gewerkschaftsarchiv», diciembre 1930, Berlín.
PROUDHON, P. J.: *La Pornocratie ou les femmes dans les temps modernes*, París, 1875.
REYBAUD, L.: *Études sur le régime des manufactures; condition des ouvrières en soie*, París, 1859.
SÉE H.: *La France économique et sociale au XVII^e siècle*, París, 1925.
SIMON, Jules: *L'Ouvrière*, París, 1861.
SULLEROT, Evelyne: *Histoire de la Presse féminine des origines à 1848*, A. Colin, París, 1967.
TARLÉ, E.: *L'industrie dans les campagnes en France à la fin de l'Ancien Régime*, París, 1910.
THIBERT, Marguerite: *Crise économique et travail féminin*, en «Revue Internationale du Travail», vol., XXVII, núms. 4-5, 1933.
VALLENTIN, Antonia: *L'emploi des femmes depuis la guerre*, en «Revue Internationale du Travail», 1932, núm. 4.
VILLERMÉ: *Tableau de l'état physique et morale des ouvriers employés dans les manufactures de coton, de laine et de soie*, París, 1840.
WOLFF, P.: *Histoire générale du Travail. L'âge de l'artisanat, V^e-XVIII^e siècle*, París, 1960.
WOODHOUSE, Chase G.: *After college what? A study of 6665 Land-grant college women, their occupations, earnings, families*, en «Bulletin of the Institute of Women's Professional Relations» (North Caroline College for Women), mayo 1932.
WOODY, Thomas: *A History of Women's Education in the United States*, Boston, 1929.

Sociología actual del trabajo femenino

ALLAUZEN, Marie: *La paysanne française aujourd'hui*, París, Gonthier, 1967.
Aménagement des temps de travail et des temps de loisirs. «Documentation française», octubre 1964.
American Women. President's comission in the Status of Women, Washington, 1963.
ARANA, Amelia: «Cuadernos para el Diálogo», junio 1966, número especial sobre la mujer.

AUMONT, M.: *Femmes en usine. Les ouvrières de la métallur parisienne*, París, Spes, 1953.
BAETJER, A. M.: *Women in Industry*, Filadelfia, 1946.
BILCHAI, V.: *¿Cómo se ha resuelto el problema femenino en URSS?*, Moscú, 1957.
BRUNFAUT, Émilienne: *La formation professionnelle des jeun filles et des jeunes femmes*. Informe. Comisión femeni belga del Movimiento europeo, diciembre 1965.
CASSARA, Beverley B.: *American Women: the changing ima* Boston, 1962.
CAZIN, Madeleine: *Le travail féminin*, tesis, 1943.
CHOMBART DE LAUWE, P.-H. y M.-J.; HUGUET, M.; PERROYE, N.; B SERET: *La femme dans la société, son image dans différents lieux sociaux*. Centre National de la Recherche Scientifiq París.
COX, D.; DYCE SHARP, K. M.; IRVINE, D. H.: *Women's attitudes repetive work*, Londres, National Institute of Industrial P chology, 1953.
DOAIC, Jean: *La population féminine active en France et à l'étr ger*, en «Population», núm. 1, enero-marzo 1947.
DINGWALL, J. E.: *The American Woman*, Londres, 1956.
DOBB, M.: *Wages*, Cambridge Economics Handbooks, 1948.
FARBER, S. y WILSON, R.: *The potencial of women*, Nueva Yo McGraw Hill, 1963.
La mujer y el niño en la URSS, «Compendio estadístico», M cú, 1963.
La Femme et le Travail, número especial de «Esprit», ma 1961.
Femmes au Travail. Confederación francesa democrática Trabajo. Coloquio, mayo 1967.
La formación profesional de las mujeres. «Informaciones ciales», abril 1960.
FOURASTIÉ, Jean: *Pourquoi nous travaillons?*, 1959.
Die Frau in der Deutschen Demokratischen Republik, Staa che Zentralverwaltung für Statistik, 1963.
Frauenenquete 1966, «Statistisches Jahrbuch für die Bund republik Deutschland», 1966.
FRIEDAN, Betty: *The Feminine Mystique*, Nueva York, Nort and Co, 1963; trad. francesa: *La femme mystifiée*, Gonthi
FRIEDMANN, Georges: *Où va le travail humain?*, París, 1950.
—y NAVILLE, P.: *Traité de Sociologie du travail*, 2 vol., Pa Colon, 1961.
GINZBERG, E. y colaboradores: *Life styles of Educated wom* Nueva York, Columbia University Press, 1966.
GIRARD, Alain: *Le budget-temps de la femme mariée dans agglomérations urbaines*, en «Population», núm. 4, 1958.
GRÉGOIRE, Ménie: *Le métier de femme*, París, Plon, 1965.

GROMOVA, G.: *La mujer soviética trabajadora y madre*, Ediciones del Consejo Central de los Sindicatos de la URSS, Profizdat, Moscú, 1963.
GUBBELS, Robert: *La citoyenneté économique de la femme*, roneotipo, Oficina belga para el incremento de la producción, Bruselas, 1965.
—*Le travail au féminin*, Bruselas, Marabout, 1967.
GUELAUD-LERIDON, Françoise: *Le travail des femmes en France*, Commissariat général au plan, Presses Universitaires de France, 1964.
GUILBERT, Madeleine: *Fonctions des femmes dans l'industrie*, 1966, Mouton et Cie.
—*Quelques aspects actuels du travail féminin*, en «Journal de Psychologie normale et pathologique», núm. 1, 1957.
—*Le travail des femmes*, en «Revue Française du Travail», noviembre 1946.
—y ISAMBERT, V.: *La répartition de la main-d'oeuvre par sexe*, en *Traité de Sociologie du Travail*, París, A. Colin, 1961.
—*Travail féminin et travail à domicile*, París, Centre National de París, Centre National de la Recherche Scientifique, 1956.
—*Une étude de biographies professionnelles: formation et carrière professionnelle de 1.000 jeunes femmes de la région parisienne, en* «Population», octubre-diciembre 1958.
HOLTER, Harriet: *L'emploi des femmes en Scandinavie*, en «Revue Internationale du travail», abril 1966.
KÄTSCH, Elke Maria: *Langfristige Bestimmungsgründe für die Erwerbstätigkeit von Frauen*, 1967.
KLEIN, Viola: *L'emploi des femmes. Horaires et responsabilités familiales*, encuesta en veinticinco países, OCDE, 1965.
—*Working wives, a survey of facts and opinions concerning the gainfull employment of married women in britain*, Londres, Institute of personal Management, núm. 5, 1959.
KORCHOUNOVA, E. y ROUHIANTSEVA, M.: *Los derechos de la mujer soviética*. Consejo Central de los Sindicatos de la URSS, Moscú, 1962.
LAGBY, Anna Lisa. *Comisión de la mano de obra femenina*, Instituto Sueco, 1967.
Il Lavoro della donna in Italia, Pirelli, Milán, 1963.
L. DE LESTAPIS, S.: *La femme et le travail*, 1947.
Main-d'oeuvre. 42 Congreso de la Confederación de los Sindicatos nacionales, Montreal, octubre 1966.
MICHEL, A. y TEXIER, G.: *La condition de la française d'aujourd'hui*, 2 vol.; en la colección «Femme», París, Gonthier, 1964.
MYRDAL, Alva y KLEIN, Viola: *Women's two roles*, Londrés, 1956. Edición castellana: Ediciones Península, noviembre de 1969.
Negro women workers in 1960. Women's Bureau, Boletín núm. 287, 1963.

NYE, F. I. y HOFFMAN, L. W.: *The Employed Mother in America*, Chicago, Rand McNally and Co, 1963.
Part time employment for women, US Departament of Labor. Women's Bureau, Boletín núm. 273, 1960.
PETROSSIAN, G.: *L'utilisation rationnelle du temps libre des travailleurs*, en «Recherches Internationales», núm. 42, 1964.
PIERRE, André: *Les femmes en Union soviétique*, París, 1961.
PISSAREV, Innokenti: *La población de la URSS*, Moscú, Ediciones del Progreso, 1962, texto ruso.
Resultados del censo de la población de la URSS en 1959 Dirección central de las estadísticas, 1962.
RÖSSEL, James: *Las mujeres en Suecia*, Instituto Sueco, 1967.
ROUX, Claude: *Population active féminine et travail professionnel de la femme mariée en France depuis la Première Guerre Mondiale* en «Cahiers de l'Institut de Science économique appliquée», septiembre 1966.
SARTIN, Pierrette: *Discontinuité des carrières féminines*, en «Humanisme et entreprise», 1967.
—*La promotion des femmes*, Hachette, 1964.
—*Le surmenage professionnel*, Hachtte, 1966.
SAUVY, Alfred: *Progrès technique et répartition professionnelle de la population*, en «Population», enero-marzo 1949 y abril-junio 1949.
SENDERS, V. L.: *Minnesota, plan for women's continuing education: a progress report*, en «Educational Record», octubre 1961.
SHUVAL, J. T.: *Occupational interest and sex role congruence*, en «Human Relations», mayo 1963.
SMUTS, R. W.: *Women and work in America*, Nueva York, Columbia University Press, 1959.
STOETZEL, Jean: *Une étude du budget-temps de la femme dans les agglomérations urbaines*, en «Population», núm. 1, 1948.
SULLEROT, Évelyne: *Demain les femmes*, París, Laffont, 1966.
—*La vie des femmes*, Col. «Femme», París, Gonthier, 1965.
THIBERT, Marguerite: *La rémunération du personnel féminin dans la Convention de Genevè et dans le Traité du Marché commun*, en «Informations Sociales», núm. 8, septiembre 1958.
Le Travail à temps partiel, en «Documentation française», núm. 3.228, 1965.
TRITZ, Maria: *El trabajo asalariado de las mujeres en la República Federal Alemana*, Ministerio Federal del Trabajo y del Orden Social, fascículo 5, 1965.
Vivir y trabajar en Suecia, Kugl. Arbets marknads styrelsen, Estocolmo, Dirección nacional del Trabajo, 1967.
WEINGARTEN, Violet: *The Mothers who work outside the home*, Nueva York, Child Study Association of American, 1961.
Why continuing education programs for women?, US Department of Labor, Women's Bureau, 1963.

The Woman in America, en «Daedalus», publicación de la American Academy of Arts and Sciences, Nueva York, primavera de 1964.
Women workers, anuario del US Department of Labor. Women's Bureau.
Work in Progress at the Center for Continuing education, Sarah Lawrence College, The first year, 1962-1963.